



TE DOY MIS SUEÑOS

SAGA COMPLETA

SILVIA CRUZ

Te doy mis sueños

Silvia Cruz

DEDICADO A...

Todas las mujeres, que os siento como parte de mí. A mi hija, Celia: quiero un mundo mejor para ti. A mi madre, Isabel: has sembrado la semilla de la inconformidad en mí. A mi abuela Leonor: has sido el símbolo máximo de fortaleza. A mi pareja, Manuel: gracias por apoyarme siempre en todo lo que hago, darme alas para todo en esta vida y tu eterna confianza en mí. A mi prima Julia Martín: luchadora y portavoz de todas nosotras con tu música. A todas las valientes, a todas las luchadoras, a todas las que habéis padecido o visto padecer en vuestros seres queridos violencia doméstica (que por desgracia sé que sois muchas), a todas las anuladas, a todas las ninguneadas... el fin de todo eso está hoy más cerca gracias a todas vosotras. A vosotros, hombres víctimas también de tan frustrante y punzante dolor. También existís y también padecéis las consecuencias.

***Agradecer** a todas y a todos los que seguís luchando con entusiasmo, brío y pasión para que esta lacra deje de existir en el mundo. Millones de gracias al “Movimiento Feminista” que hoy alza la voz con orgullo en todas partes del mundo. Sois tan importantes que habéis dado sentido a todo lo sufrido.*

Este libro habla del amor: El amor que es tan importante y que siempre debe empezar por el amor a uno mismo, para poder proyectarlo en amor a los demás. También habla de las consecuencias en hombres y mujeres del mal amor, del maltrato. Ojalá algún día sólo sea eso, una historia ficticia, un libro, y no un reflejo de la realidad. Espero que os guste. Gracias por leer esta historia.

La vida es un sueño, y los sueños, sueños son

(Calderón de la Barca)

LUNA

Tengo que irme ya al trabajo o llegaré tarde. Juan volvió a llegar anoche a casa borracho por culpa de su maldito trabajo y, como siempre, la paga conmigo. Ahora estoy apurada porque lo único que le saca de su mal humor es que le prepare el desayuno que a él le gusta.

- En la mesa te he dejado el café, el zumo de naranja y las tostadas con aceite de oliva y sal.
- Le digo tratando de parecer amable mientras me cuelgo el bolso del hombro y cojo las llaves de casa.

- Bien. Te quiero derechita a casa en cuanto salgas. – Dice con la misma frialdad que me habla desde que empezaron los malditos problemas en el trabajo. ¿O es desde que se mudó a mi casa a vivir sin que ni siquiera hablásemos de ello? Puede que ambas cosas. Todo coincidió en el tiempo. Las cosas en su casa andaban mal desde siempre. Es lógico que se le agriara el carácter. Antes no era así. Era cariñoso y romántico. – ¡Un momento! ¡Ven aquí! – Me pide cuando justo tengo el pomo de la puerta en mis manos. Mierda. Suspiro y me doy media vuelta.

- Voy a llegar tarde, Juan.

- ¿Te has maquillado, Luna? ¡Ya sabes que no me gusta que vayas hecha una buscona por ahí! ¡Estás mucho más guapa sin esa mierda en la cara!

- ¡No voy hecha una buscona! ¡Sólo me he puesto un poco de máscara de pestañas y brillo de labios! Me gusta estar presentable.

- ¡¿Me estás gritando?! ¡¿Tú, a mí?! – Se levanta del sofá y me amedrenta.

- No, perdona, cariño. – Espero paralizada hasta que su cara está a escasos centímetros de la mía. No puedo mantenerle la mirada. Me aterroriza cuando se pone así. ¡Odio su trabajo!

- Eso está mejor. Lávate la cara. – Lo miro con el ceño fruncido. – Haz lo que te digo, anda. Estarás más guapa. – Me da un suave beso cargado de cariño que me convence. Juan es un moreno de ojos negros y corpulento que quita el sentido. Pero su mal humor de los últimos tiempos me tiene del todo en alerta. No quiero ponerlo peor. Así que asiento, entro en el baño y cojo una toallita desmaquillante. Ya me maquillaré un poco en el ascensor y así evitaré la pelea.

- Adiós. – Digo cuando salgo ya desmaquillada.

- Adiós. – Dice sin mirarme. Si no le hubiera hecho caso ni lo habría notado.

En el ascensor me siento más que molesta conmigo misma. “¡Sólo hace eso para dominarte y anularte!”, las palabras de Ana, mi mejor amiga y compañera de trabajo de la cafetería en la que soy camarera me resuenan en la cabeza. Y sé que tiene razón. Pero sólo yo sé también lo encantador que es Juan cuando quiere.

Me vuelvo a maquillar y esta vez lo hago un poco más de lo que suelo hacerlo en el

ascensor para tratar de demostrarme a mí misma que soy yo la que tiene el control de la situación.

El metro de Madrid está siempre abarrotado de gente en la hora punta, pero he tenido suerte y he cogido asiento. Abro mi novela y me meto en un mundo de romances imposibles y apasionantes para evadirme del rato que queda hasta llegar a mi parada; Nuevos Ministerios.

Al salir del metro me doy cuenta de que sólo me quedan cinco minutos para que empiece mi turno, y tengo que cruzar dos calles para llegar a la cafetería. Mi jefe, Jaime, me va a matar si llego tarde otra vez. La última vez me penalizó con un día de sueldo y no puedo permitírmelo. Fue por culpa de un episodio bastante grotesco que viví con Juan y que prefiero no volver a revivir.

Cruzo las calles sin esperar a que el semáforo me dé permiso y, cuando estoy a punto de llegar a mi destino, un vehículo negro de alta gama da un frenazo para no atropellarme. Grito y me paralizo por el susto, pero no puedo evitar que me golpee levemente y me caigo al suelo de bruces, estampando las manos contra el asfalto.

¡Joder, me he hecho sangre! En una de las palmas tengo una herida bastante fea.

- ¡Maldita sea! ¡¿Estás loca?! – Un hombre entrajado sale del vehículo y me grita encolerizado. – ¿Quieres morir o qué? – Lo miro estupefacta.

Su cara me suena, pero no sé de qué. O puede que sea porque es el hombre más guapo que he visto en mucho tiempo. Un mechón de pelo rubio oscuro, algo rizado y un poco largo le cae por la frente y se lo echa hacia atrás, dejando a la vista los ojos más azules que he visto en mi vida. Él, cuando me ve, se queda también estupefacto, y provoca la típica reacción en mí desde que empecé a salir con Juan; evito la mirada de cualquier hombre que se considere mínimamente atractivo. Agacho la mirada hasta el suelo y me levanto como puedo.

- Lo siento, señor. Lo lamento mucho. Llego tarde al trabajo e iba con prisa. – Me sacudo los pantalones negros del trabajo y me recoloco la camiseta negra también.

- ¿Estás bien? – Su voz ahora suena más amigable.

- Sí, sí. Siento mucho lo sucedido.

- Al menos mírame cuando me hablas. – Dice molesto. Levanto con miedo la mirada y me encuentro con sus ojos muy azules que echan chispas, pero que se calman en seguida al toparse con mi mirada ambarina. – Deja que te vea. – Dice y me coge de las manos. Siento una corriente eléctrica por mi cuerpo que me aterra.

Es sin duda el efecto de tener a un hombre tan cerca y, tocándome. Un hombre que no es Juan. Debería quitar las manos de las tuyas, pero me quedo embobada mirando su rostro que evalúa concentrado los daños de mis palmas. ¡Qué guapísimo es! ¿De qué lo conozco?

- Estoy bien. – Digo en un hilo de voz y al fin le quito las manos de las tuyas. Vuelve a mirarme.

- Tienes que curarte eso.

- Estoy bien, de verdad. Siento lo ocurrido. – Sus ojos azules me miran como si me traspasasen y al fin encuentro las fuerzas para separarme. – Lo siento de veras. Tengo que irme. –

Me giro y salgo corriendo en dirección a la cafetería.

Siento la mirada del tipo clavada en mi espalda y, cuando doblo la esquina, lo miro por última vez y compruebo que no ha movido ni un músculo de cómo lo dejé y sigue mirando en mi dirección, aturdido.

- ¡Hola Luna! – Me saluda Ana cuando abro la puerta de la cafetería y me apoyo contra el cristal como si estuviese al fin a salvo. – ¡Eh! ¿Qué te ha pasado? No te preocupes por la hora, Jaime ha salido. – Miro a mi amiga. Suspiro.

- Joder, menos mal. Casi me matan por no llegar tarde. – Reacciono y me meto en la cocina para ponerme el mandil y lavarme las manos.

- ¡Coño! ¡¿Qué te ha pasado?!

- Un tipo casi me atropella y me he dado una leche contra el suelo. – Le informo mientras me echo agua oxigenada del botiquín en las heridas. – ¡Mierda, cómo escuece! ¡Au!

- ¿En serio? – Levanta una ceja. – ¡Cómo estés encubriendo otra paliza del degenerado de tu novio la vamos a tener tú y yo!

- ¡Imbécil! ¡Juan no me da palizas! – Me defiendo, le doy un latigazo en el hombro con el trapo que tengo en la mano y salgo de su mirada inquisitiva en dirección a la máquina del café. Voy a aprovechar que Jaime no está y la cafetería todavía está vacía para tomarme uno.

- Ya... bueno, sea como sea, ojalá lo dejes pronto. – Dice a mis espaldas y la ignoro. Ella no entiende. Aunque no puedo recriminarle su postura. Me ha salvado el culo en más de una salida de tono de mi novio.

- ¿Cómo va la mañana?

- Bien, tranquila. He visto ya algún cochazo por la zona. – La miro confundida. – ¡Están rodando por aquí la serie esa americana! ¡La que te dije, boba! Creo que se llama “Luna de cristal”.

- Ah, sí. – ¿Será de eso de lo que me sonaba la cara de ese tipo del coche caro? No puedo quitarme de la cabeza esa mirada... – Bueno, si vienen a desayunar aquí podríamos pillar buenas propinas.

- ¡Yo con que venga Tristan J. Moore ya tengo propina para los ojos! – Brama Ana.

- ¿Quién? – Pongo cara de lela.

- ¡Oh, cómo puedes ser tan pava! ¡Tristan Moore! ¡Mi Tristan!

- ¿Tienes nuevo ligue? – Me asombra la capacidad de mi amiga para cambiar de hombre. Ana pone los ojos en blanco y saca su móvil de su bolsillo trasero. Teclea algo en él y me tiende el móvil con la foto del hombre que casi me mata en su pantalla.

- ¡Tristan J. Moore! ¡Uno de los actores de moda del momento! ¡No me digas que no sabes quién es!

- Sí, sé quién es. – Miro a Ana perpleja. Ana sonríe como si pensase que es obvio que sepa quién es. – Es el tipo que casi me atropella hace unos minutos. – La cara de Ana palidece y su boca se desenchaja.

- ¡¿Qué casi te atropella Tristan Moore?! – Asiento igual de sorprendida que ella de saber que casi muero a manos de un actor famoso. – ¿Y te ha tocado? ¿Te ha dicho algo? ¡Vamos cuenta!

- Hablaba español perfectamente como para llamarse así... a lo mejor me he confundido. – Niego con la cabeza mientras le doy un sorbo a mi café.

- ¡Eso es porque se ha criado con su tía Carolina Escribano aquí, en Madrid! Su padre era un músico de country norteamericano, no recuerdo su nombre, no era muy famoso, y su madre era una modelo española. Es huérfano y se crio aquí, en España, hasta los veintidós años, que fue cuando se fue a Hollywood y enseguida triunfó. – La miro sorprendida.

- ¿Y te sabes también su número de pasaporte? – Bromeo. – Vaya acosadora estás hecha. – Me doy la vuelta y sonrío porque me hace mucha gracia cuando Ana se pone en plan histérica.

- ¡Cuéntamelo todo! – Me exige zarandeándome y casi derramo el café.

- ¡Estate quieta! ¡Sólo ha sido un “casi atropello”! Salió del coche, me gritó, le pedí perdón, me preguntó si estaba bien, miró mis heridas y salí corriendo. Fin. – Ana no articula palabra.

- Te ha hablado Tristan Moore. ¡Y te ha tocado, pedazo de zorra! – Suelto una carcajada y me pongo con la tarea, ignorando a mi amiga que continúa repitiendo lo mismo una y otra vez hasta que se cansa.

La jornada en el trabajo se hace amena cuando estamos solas Ana y yo para atender al público. También está en cocinas Leo y Gabriel. Leo es el pobre friegaplatos, un enclenque y moreno joven de dieciocho años que no sabe qué hacer con su vida y ha pasado ya por más de una docena de trabajos, y Gabi es un chico muy mono y muy tímido con el que no me atrevo a hacer mucha amistad porque temo que le gusto un poco. Gabi tiene el pelo rubio oscuro y rizado, y unos bonitos ojos chocolate.

Ana, mi mejor amiga, tiene unos ojos azules vivos muy bonitos y ha tenido el pelo de todos los colores posibles. Ahora lo tiene rosa claro, y creo que me gusta más que el azul chillón del mes pasado. Por lo menos parece más modosita así, si es que eso es posible.

Yo nunca he cambiado mi aspecto físico. Me mantengo fiel al estilo que adopté desde mi adolescencia. Tengo mi media melena rubia de gruesos rizos tal cual. Como siempre ha sido y creo que como siempre será.

- ¿Qué vas a hacer para tu veinticinco cumpleaños? – Me pregunta Ana cuando estamos recogiendo las mesas de una mini oleada de clientes que han venido a desayunar.

- Nada, supongo que lo de siempre. – Me encojo de hombros. – Ir a cenar con Juan a algún restaurante caro.

- ¡Tía, vas a cumplir un cuarto de siglo! ¡No hagas una celebración típica de una monja, te

lo pido por favor! ¡Salgamos con las chicas del turno de tarde y con las del salón de belleza de Nero's! – Grita Ana señalando al salón de belleza que hay en la acera de enfrente a nuestra cafetería. – ¡Son muy guay!

- No lo veo. Y, además, las monjas no tienen novio. Así que no voy a hacer una celebración típica de una monja. – En ese momento las puertas de la cafetería se abren y vemos entrar a otra oleada de clientes, entre los cuales está el impresionante hombre que casi me atropella hace escasas horas. – Mierda. – Mascullo. Ana mira hacia la puerta.

- ¡Hostia puta! – Exclama y le doy un codazo. Tristan Moore me ve y frunce el ceño. – Hostia puta. Hostia puta. Hostia puta. – Repite sin cesar al ver todo el elenco de actores reconocidísimos entrar en nuestra cafetería de barrio.

- Calla. Te acabarán metiendo presa por malhablada. – Me burlo con una risa nerviosa mientras sigo sintiendo la mirada de Tristan Moore en mi dirección.

- ¡No te meten presa por malhablada! Bueno... sí... pero, ¡Joder tía! ¡Está mirándote! ¡Tristan Moore está mirando hacia aquí! ¡Me muero! ¡Me muero! ¡Y Jack Ford también! ¡Oh, maldita sea, una foto para Instagram! – Ana comienza a buscar su móvil y yo la detengo en el acto.

- ¡Ni se te ocurra! – Me mira reprobando mi actitud. – Si los incomodas no volverán más y necesitamos esa clientela para sacar buenas propinas. – Le regaño.

- ¿Hola? – Un señor que parece importante nos llama desde la mesa en la que están sentados varias personas que creo reconocer como actores de mis series favoritas.

- ¡Ya va! – Le digo. – Ana, ve a atenderles. – Ana me mira estupefacta.

- ¡Voy! ¡Voy, voy, voy! – Dice histérica y cuando la veo salir del mostrador.

Yo me resisto a mirar hacia la mesa. Algo me dice que ese hombre sigue mirándome y, me pone muy nerviosa. Así que me doy la vuelta y comienzo a limpiar el poyete de la cafetera... otra vez. Pero al menos me mantiene distraída de pensar estupideces. O, al menos, eso intento.

TRISTAN

Si digo que es la cara más bonita que he visto en mi vida no exagero. Y también la más asustada. Pelo rubio con gruesos rizos perfectos que enmarcan una cara de ángel, ojos ámbar muy claros llenos de lunarcitos más oscuros, nariz respingona y llena de pequitas y... ¡oh, joder unos labios de vértigo! De esos que te quedarías todo el día mirando cómo se mueven mientras hablan. He visto algo en esos ojos que me ha resultado peligrosamente familiar, puede que por eso la he dejado huir de esa manera cuando simplemente quería comprobar que estaba bien después de casi atropellarla.

Me ha reconocido. Estoy seguro. O... casi. Pero no es la típica reacción que suelen tener las mujeres cuando lo hacen. “¡Oh, Tristan, una foto, por favor!” “¡Oh, Tristan, soy super fan de todo lo que haces!” “¡Qué guapo eres, por favor!”... eso se habría parecido más a la típica reacción. Hace mucho que no vengo por España, pero estoy seguro de que aquí la gente es igual de desquiciada que en todos lados. Ella, sin embargo, salió corriendo justo cuando iba a preguntarle su nombre y hacer de aquel accidentado encuentro algo más largo.

Pero luego me alegré enormemente de que se fuera sin más. Fue más que un alivio no tener que cruzarme con esa mirada que me decía todo lo que yo no quería oír ni en ese momento ni en ningún otro momento de mi vida.

El rodaje de esta mañana me dispersa de pensar más en ello.

Después de pasar por maquillaje y releerme por enésima vez el guion de mi personaje, tratando de interiorizar el carácter del personaje, me meto en el papel y salgo a dar lo mejor de mí durante el rodaje.

¿Alguna vez me tocará algún papel que no sea un jodido asesino, o un loco maniaco, o un borracho cabrón? Aunque puede que eso sea lo que mejor se me dé ser... En esta serie en concreto soy un capo traficante de droga que está pillado por la chica del flamante protagonista.

Jack Ford es el brillante protagonista. Un tipo guapo, con esposa aún más guapa, con dos hijas guapas, rodeado de gente guapa. De familia de actores galardonados por las mejores academias de cine mundiales, ¿qué otra cosa acabaría siendo él si no? Pues el protagonista de toda película o serie de moda que la industria produzca.

No es su culpa, claro está. Algunos han nacido con estrella y otros estrellados. Aunque yo no me quejo. He amasado una importante fortuna con esto del cine y con alguna campaña publicitaria de marcas importantes de ropa interior. También tuve un grupete de rock sureño durante una época. Eso ya lo dejé, igual que lo de modelar. Nunca me hizo sentir importante desfilando en ropa interior. Sin embargo, me abrió las puertas a esta industria apasionante y envolvente, en la que cuando entras, ya no sabes cómo salir. Ya nunca volverás a ser una persona normal y tus relaciones tampoco lo serán. Todos te ven como un producto, una máquina de hacer

dinero o un camino para conducirles a su propio éxito personal.

Porque todo el mundo se cree importante. Eso es algo que también he aprendido. No sé cuántas chicas me he llevado a la cama que se creían que por acercarse a mí sus carreras como actrices o como cantantes despegarían y alcanzarían las estrellas. No sé cuántas veces mis abogados se han tenido que pelear con ese tipo de mujeres para que no vendieran vídeos o fotos de mi intimidad con ellas. Esa es sin duda la peor parte de mi monotonía. Porque se ha convertido en una monotonía. Aunque ya no salgo con chicas desconocidas por esa misma razón.

En realidad, no salgo con nadie. Pocas son las veces que repito con una misma mujer. Yo no soy un tipo romántico y no me interesan las relaciones ni jamás lo harán. Pero sí que me interesan las mujeres y mucho. Así que de vez en cuando he tenido la desagradable experiencia de encontrarme teniendo sexo con alguna de esas que tratan de aprovecharse de mi éxito personal para crearse el suyo propio. Creo que en Estados Unidos hay una de ellas ahora mismo dentro de un Reality Show.

El rodaje de la escena de hoy tiene lugar en mitad de una avenida enorme de Madrid. Y, para ello, ha hecho falta cortar el tráfico de la zona.

A pesar de la seguridad contratada por la productora más la añadida a la proporcionada por el ayuntamiento de Madrid, algunas fans enloquecidas han conseguido burlar el cordón policial y se han abalanzado sobre Jack y sobre mí. Contra todo pronóstico, me he reído un poco al escuchar a una niñita gritarme a pleno pulmón que quería un hijo mío, inmovilizado en el suelo con la chica sobre mí.

Un seguridad se la llevó a tiempo de que le dijera que era una muy mala idea, que jamás sería un buen padre ni para sus hijos ni para todo el reguero de hijos que han tratado de endosarme durante los seis años que llevo siendo más o menos reconocido a nivel mundial.

Esa es otra de las malas experiencias de mi monotonía. No sé cuántas pruebas de paternidad me he hecho. Y siempre las hago de buena gana. Sé que jamás cometería una imprudencia como dejar a alguien embarazada en mi miserable vida.

Cuando acabamos la escena de la persecución en coche que nos habíamos propuesto rodar esta mañana, Jason Cooper, el director, nos dice que nos invita a tomar un aperitivo en alguna cafetería cercana y tranquila mientras discutimos cómo vamos a plantear la siguiente escena.

Lo que no esperaba por nada del mundo era toparme con esa mirada ambarina de nuevo. Ni mucho menos que esquivara mi mirada. Porque la extraña fêmea con los pelos rosa que está a su lado nos ha reconocido al menos a Jack y a mí y disimula de la peor manera que he visto en mi vida disimular su entusiasmo mientras habla con la mujer a la que casi mato esta mañana.

Me mira de nuevo, durante décimas de segundo, y se vuelve nerviosa para escapar de nuevo de mí. Interesante...

Jason llama a la camarera de pelos rosa que viene más temblorosa que un flan a tomarnos nota. Como no habla inglés le hago yo de intérprete. Me mira, sonríe sin parar, asiente y toma nota.

Me enfado conmigo mismo cuando me descubro mirando a la rubia por tercera vez y ella no

se ha dignado a hacerlo ni una mísera vez más. Tampoco a Jack Ford.

La chica de pelo rosa me trae algo que no he pedido y aprovecho la situación para levantarme y dirigirme a la barra.

- Hola. – Le digo molesto a su espalda. Mmmm, tiene buen culo. Se gira y cuando me ve da un brinco.

- Ho... hola. – Dice nerviosa y le cuesta mantenerme la mirada.

- Eres la suicida de esta mañana, ¿verdad? – Me burlo un poco de ella, aunque no sonrío en absoluto. Ella sí que lo hace y tiene una risa preciosa. Aunque creo que lo hace más bien por nervios.

- Sí, sí, soy yo. – Agacha la mirada y me vuelvo a molestar. No me gusta que me prive de la visión de sus ojos, aunque sean tristes son de lo más bonitos y singulares. – ¿Puedo ayudarle en algo? – Al fin vuelve a mirarme y se me escapa una sonrisa pícaro.

- En muchas cosas. – Permanece inmóvil esperando que le aclare en qué. – Tu compañera se ha equivocado de café. Le he pedido uno solo y doble. – Le tiendo el vaso secamente.

- ¡Oh, lo lamento mucho! ¡Enseguida se lo cambio! – Coge el vaso y veo una herida muy fea en su mano. Sin pedir permiso se la agarro con fuerza y la observo preocupado. –

- Eso debe doler. – Pienso en voz alta.

- No ha sido nada. – Quita la mano de la mía y mi molestia sube de nivel. De hecho, le regaño con la mirada por su grosería. ¿Es que no tiene ni idea de quién soy? ¿Puede eso ser posible? – Mi compañera le llevará el café enseguida, señor.

- No. – Contesto de forma autoritaria. Ella abre los ojos sorprendida. – Lo traerás tú. – Me giro y me vuelvo a sentar con mis compañeros de rodaje.

No vuelvo a mirarla más, bueno, sólo de reojo, y la noto bastante preocupada por tener que hacer lo que le he ordenado. Pero no voy a morderla, joder. Sólo soy un humano más. No soy un extraterrestre ni voy por ahí pavoneándome ni humillando a las personas. Minutos después estoy distraído con la explicación de Jason sobre cómo quiere que nos coloquemos en la nueva escena a rodar cuando siento el terciopelo de su voz junto a mí.

- Su café solo doble. – Me dice en perfecto inglés y me giro sorprendido a mirarla. ¡Me está sonriendo! Bueno, ya parece menos asustada de mi presencia. – ¿Necesitan algo más? – Se dirige al resto del equipo también en inglés. Jason le sonrío agradecido y le pide unas cuantas cosas más. Ella asiente obediente y anota el pedido en una libretilla.

Mientras tanto yo la miro con algo parecido a orgullo latiendo en mi pecho y me doy cuenta de que estoy sonriendo como un estúpido. Me aclaro la garganta y me obligo a devolver los pies a la tierra. En donde tengo que estar. En el rodaje de la serie.

Cuando me termino el café y las tostadas con aceite de oliva virgen y tomate natural, me excuso con el resto del elenco y les digo que nos vemos en el set. Estoy más ansioso de la cuenta y eso siempre me preocupa cuando sucede. Tengo que evitar que eso me vuelva a pasar.

Dejo una propina escandalosa sobre la mesa y, sin despedirme de la rubia enigmática ni de nadie, voy fumándome un cigarrillo por la calle con uno de los de seguridad siguiéndome los pasos. Tengo que pararme como quince veces por el camino para firmar autógrafos y hacerme fotos con viandantes. Pero, por una vez en mi vida, hasta agradezco la distracción.

Llevaba mucho tiempo sin sentir una señal de alerta como la que acabo de sentir en mi estómago allí, dentro de esa minúscula cafetería de barrio. Aunque no han sido las típicas náuseas, pero algo raro he sentido. Y sé que tengo que tener cuidado con eso. No soy médico, pero no me hace falta serlo para saber que es peligroso. No volverá a pasar.

LUNA

El corazón me va a mil por horas. Supongo que es lo normal cuando tienes a tanta estrella junta frente a tus narices y actuando como si fuesen simples mortales. Sacudo la cabeza. ¡Es que lo son, estúpida! Pero sus mortales vidas no se parecen nada a la super mortal vida que yo llevo.

Tristan Moore me pidió que fuese yo misma a servirle el café y no sé por qué estúpido motivo sentí el deseo de pavonearme frente a él demostrando que yo también hablo inglés. No sé por qué lo hice. Simplemente no quería sentirme una simple camarera de mierda frente a tanta personalidad ilustre.

He estudiado la carrera de magisterio de música y he hecho todos los cursos habidos y por haber de inglés. Cuando era más joven tenía la ridícula idea de convertirme en cantautora. La música era algo que unía a mi familia. Es la única magia que aún conserva mi vida. Pero ya no me siento capaz de querer algo así para mí. Por no hablar de cómo reaccionaría Juan si le dijese que quiero hacer semejante locura.

Gabi, Leo y Ana están haciéndose fotos con todos los actores mientras yo les observo a la par que voy secando los vasos que acabo de sacar del lavavajillas. Ana me llama con su mano para que yo también me una y yo niego con la cabeza sonriéndole a modo de disculpas. Con el único que me hubiera gustado hacerme una foto se acaba de ir por la puerta de la cafetería sin siquiera decir adiós. Y, sin comprender el motivo, me siento bastante triste por ello. Pero, ¿qué pensabas? ¿Que te ibas a hacer íntima amiga de Tristan Moore sólo porque ha estado a punto de atropellarte por tu culpa? Tendrá mejores cosas en las que pensar que en decir adiós a una simple camarera de mierda.

Mi jefe, Jaime, al fin hace aparición por la cafetería. Lleva casi todo el día fuera, y cada vez eso sucede más a menudo. Nosotros creemos que tiene un lío a espaldas de su mujer. Lo miro con malas pulgas y él levanta una ceja al ver la escenita de casi todos sus trabajadores haciendo el cafre con un puñado de actores. Luego me mira a mí, que estoy tras la barra.

- ¿Qué cojones pasa aquí? – Me pregunta.

- Son de la serie esa que están rodando por aquí. – Le explico con una sonrisa.

- Bueno, menos mal que a ti sí que te tiene bien atada corto ese tal Juan y no andas babeando por ahí como una adolescente en celo. – Lo miro ofendida. No parece que se haya dado cuenta. Si pretendía hacerme un cumplido con eso ha hecho más bien lo contrario. Sí, ya sé que Juan se pasa con su excesivo control sobre mí, pero es porque soy lo único que tiene. – Ponme un café de los que a mí me gustan, anda. – Me pide sin mirarme y le echa un vistazo a la caja. – ¡Joder! ¡Sí que está yendo bien el día!

- Sí, nos conviene que vengan aquí todos los días mientras siga el rodaje. – Comento y suspiro a la vez.

Las palabras que me acaba de decir mi jefe me dejan un poco dubitativa. ¿No será que me estoy convirtiendo en una de esas mujeres que sus parejas las anulan por completo y no me estoy dando cuenta? Todo el mundo me hace el mismo tipo de comentario y ya empiezan a hacer que dude de lo que hasta ahora sentía como lo único sólido y estable en mi vida; mi relación con Juan.

- Pues sí. Oye, Marga y Lorena no hablan inglés, ¿verdad? – Se refiere a las chicas del turno de tarde. Una semana están ellas de tarde y Ana y yo de mañana y otra semana nos intercambiamos. A no ser que tengamos que cambiarnos el turno por algún motivo.

- No. – Contesto.

- Pues te necesito para esta tarde por si vuelven. – Miro a Jaime asustada.

A Juan no le gustan nada esos cambios de horario. Comienza a dudar de mí y del mundo cuando las cosas se mueven de su habitual sitio. Pero si le digo eso a mi jefe alimentaré más la teoría de que no soy capaz de hacer nada sin pedir permiso a Juan.

- ¿Es realmente necesario que venga esta tarde? – Pregunto en un hilo de voz. Jaime me mira enfadado.

- Te lo estoy diciendo, ¿no? ¿Puedes o me tengo que buscar a alguien que haga tu jodido trabajo sin protestar? Porque estoy seguro de que hay más gente ahí fuera en paro que habla inglés y puede que otro idioma más.

- Yo también hablo un poco de francés. – Le digo sonriente. – Vendré esta tarde, no te preocupes, Jaime. – Ya me las apañaré con Juan, pero necesito este trabajo.

- Perfecto. Dile al gilipollas de Gabi que se meta en la puta cocina y me haga el almuerzo de una vez o lo echaré. – Ordena y sale de la barra para sentarse en su habitual mesa. ¡Menudo cretino!

Salgo de la barra y me dirijo a donde están mis compañeros y esas misteriosas estrellas de Hollywood. Todos me saludan y me hacen alguna foto desprevenida mientras siento manos por todos lados tratando de sujetarme para hacerme las dichas fotos.

Miro sin querer a la calle, esperando en vano que Tristan Moore aparezca y se una a las fotos. Pero ha desaparecido. Solo. Me hago sólo un par de fotos y me escabullo como puedo.

Después cojo del brazo a Ana y a Gabi y les digo que nuestro jefe ha llegado y está en modo gruñón.

- Gabi, ve y hazle el maldito almuerzo. Y si puedes métele un moco o algo. – Le digo a mi compañero que esconde una carcajada mientras se dirige a la cocina a toda prisa y Ana corre despavorida hacia detrás de la barra.

- Se acabó la diversión. – Susurra mi amiga mientras vemos salir a las estrellas de nuestra cafetería, riendo y bromeando por las calles se alejan de nuestro pequeño y aburrido mundo.

- Tengo que llamar a Juan, cúbreme. – Le digo a Ana cuando veo un par de clientes entrar y tomar asiento en una mesa. Pronto comenzará la ronda de almuerzos y esa es la parte más cansada de este trabajo.

- ¿Al mongolo ese para qué? – Le echo una mirada de reprobación a mi amiga y me meto un momento en la cocina. Pulso su número y me tiembla el pulso mientras ruego al cielo por que esté de buen humor ya.

- ¡Qué quieres! – Me contesta de mala gana. Espero que sea porque está ocupado trabajando.

- Hola, mi amor. – Le digo con dulzura.

- Hola, dime qué quieres.

- Juan, tengo que trabajar esta tarde. Me lo ha pedido Jaime y no puedo decirle que no. – Suelto atropelladamente. No dice nada y yo contengo la respiración hasta que lo hace.

- ¿Por qué cojones me lo dices ahora? ¿Y si yo tenía algún plan contigo qué?

- Juan no tenemos planes desde hace meses porque no nos llega el dinero para pagar todas las deudas. Y menos un martes.

- ¡¿Qué demonios me intentas decir?! ¡¿Me estás diciendo que te aburres conmigo?!

- ¡¡No!! ¡No, no, no, cariño! Es sólo que, bueno, nos hace falta el dinero. Serán horas extras y me las pagan mejor. Tú no tienes mucho trabajo últimamente y...

- ¡No pretendas decirme que tú me mantienes porque aquí el hombre de la casa soy yo! – ¿De la casa? ¡Querrá decir de mi casa!

Del pisito de mierda que heredé de mi madre que murió hace cuatro años de cáncer y que, gracias a que mi hermana mayor Alba me cedió su parte, puedo considerar mi hogar. Aunque haya tenido que hacer una reforma terrible que todavía estoy pagando para poder llamar a eso hogar.

- No te estoy diciendo eso, Juan. Sólo que me tengo que quedar y que nos vendrá bien ese dinero. – Pongo los ojos en blanco porque sé que no me ve.

- ¿A qué hora sales? – Oh, mierda, va a querer venir a recogerme. No quiero que monte otro espectáculo cerca del trabajo.

- No lo sé. Pero no me iré sola. Lorena vive por el barrio nuestro. Nos volveremos juntas en el metro.

- Iré a por ti a las once. – Sentencia. ¡Mierda! A las once cerramos si no hay clientes, sino nos pueden dar las doce o la una. Y no quiero a Juan con cara de perro rabioso dos horas contemplándome desde la calle.

- No sé si acabaremos...

- ¡A las once estoy ahí por ti y si no has acabado te saco a rastras de esa cloaca! ¡¿Qué se ha creído ese capullo de tu jefe, que tiene más poder sobre ti que yo?! – Se me hace un nudo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas. Sí, parece ser que todo el mundo se cree con derecho a mandar sobre mí.

- Saldré cuando haya terminado. Adiós Juan.

- ¡Qué! – No sé qué mosca me ha picado, pero le cuelgo sin dejarle replicar y, décimas de segundo después de hacerlo, me maldigo por mi jodida imprudencia.

¡Mierda, mierda, se va a cabrear y mucho! Mi móvil comienza a sonar y el miedo más profundo se apodera de mi cuerpo.

- Juan, Juan, lo siento, ha sido sin querer. – Le contesto rápidamente.

- Ésta me la vas a pagar. – Dice solamente y cuelga.

Yo comienzo a respirar con rapidez y a sudar como una loca. Vuelvo a intentar llamarlo. Joder, no contesta. Lo intento otra vez. Nada. ¡Maldita sea! Le mando un whatsapp.

“Mi amor, lo siento. Estoy nerviosa porque a mí lo que me apetecía esta tarde era estar en casa contigo. Pero me han jodido el plan. Te quiero.”

Le doy a enviar y Juan ni siquiera hace por leerlo.

- ¡Joder! – Golpeo con mi mano el poyete de la cocina y lloro sin poder evitarlo. No sé si por miedo, por rabia o porque no sé qué estoy haciendo con mi vida. De repente veo a Gabi mirándome con los ojos llenos de dolor. Vuelve la cabeza cuando me ve mirándolo y sacude la cabeza negando. – ¡Sí, ya sé que soy imbécil! ¡Soy una jodida imbécil con una vida de mierda, un novio de mierda y un trabajo de mierda! – Grito a los cuatro vientos y siento una pequeña liberación cuando lo hago. En seguida tengo a Ana a mi lado que me abraza asustada de verme así y me calma.

- Shhh, shhh, ¿qué pasa, tonti? – Me pregunta con ternura. No puedo parar de llorar.

- Joder, Jaime me va a pillar. – Me seco las lágrimas y me recompongo como puedo.

- Tranquila, ha salido a llamar por teléfono a su amorcito no tan secreto otra vez. ¡Gabi, cubre la caja un momento y enseguida salimos Luna y yo! – Ordena a mi compañero.

- No pienso que tú seas la imbécil. Pienso que él lo es. – Susurra Gabi al pasar por mi lado y me da por llorar otra vez.

- Vale ya, ¿qué pasa? ¿Has vuelto a discutir con Juan?

- ¿Y cuándo no lo hago? ¡Da igual lo que me esfuerce en hacerlo todo bien! ¡Da igual las muestras de cariño que le dé! ¡Nunca es suficiente! ¡Nunca soy suficiente!

- ¿Te has escuchado bien, Luna? – La miro con el rostro cubierto de lágrimas. – El problema lo tiene él, no tú. Tú sí sabes lo que es querer, él no. Eres demasiado buena para él y no lo soporta. No soporta que tú seas mejor que él. Y nunca lo hará. ¿Me oyes? Nunca Luna. Nunca. No puedes cambiar eso. Y mucho menos haciéndote cada día más pequeña a ti misma.

- ¿Que soy demasiado buena? ¡Ja! ¿En qué, a ver? Soy una camarera de mierda, tengo un piso de mierda, ¡si hasta el maquillaje me hace más fea! – Ana inspira con fuerza ante mis palabras y mira al cielo.

- Haré como que no has dicho eso. Tienes estudios, hablas dos idiomas, tienes la cara más bonita que he visto en esta triste ciudad y, querida, el maquillaje te sienta demasiado bien, ¿no te

has parado a pensar que eso es precisamente lo que le molesta a tu querido Juan? Tendrás un piso de mierda, pero al menos tienes uno. Algo que Juan no tiene. Además, eres una persona luchadora y buena, demasiado buena. Demasiado para que te dejes morir en sus manos.

- ¿Morir? No exageres. – Le digo a mi amiga un poco más aplacada gracias a sus bonitas palabras.

- Morir Luna. Sí. Hay muchas maneras de morir. Se puede morir en cuerpo y se puede morir en alma. Créeme, sé lo que estás viviendo. Yo también tuve una relación así cuando tenía dieciséis años. Anuló mi personalidad y rompió todas las ilusiones que pudo en mí durante el breve periodo de tiempo que estuvimos juntos. Pero, ¿sabes qué? Hay vida después de una relación de mierda. Una vida mucho mejor, porque eres consciente tras vivir una mierda tan pestosa y podrida como esa que la vida está repleta de colores. Colores mágicos y brillantes, que no son sólo el negro y el gris. – Sonríe a duras penas.

- ¿Y qué hará él si lo dejas? No tiene a dónde ir...

- ¡Bendita seas! ¡Al fin has pronunciado las palabras “dejar a Juan” Luna! – Me abraza más fuerte. Joder, tiene razón. – Ese es su problema. Tú no eres su madre. No le debes nada. Más bien te debe él a ti todos los años de sonrisa que te ha arrebatado. – Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas al comprender la razón que tiene mi amiga.

- No me lo pondrá fácil. – Hasta yo escucho el miedo de mi voz.

- No estás sola. No te dejaré caer. Nunca.

- Para. – Suplico porque después de esas palabras sé que no podré parar de llorar. Hace mucho que no escuchaba un mensaje de amor tan bonito de alguien.

- ¡Ven aquí, tonta! – Ana me abraza y yo me deshago de un millón de lágrimas en su hombro.

Lágrimas cargadas de determinación. Tengo que dejar a Juan. Y no seré cruel por ello. Hace mucho tiempo que no consigo quererlo como él quiere que lo haga. Nos hemos dicho cosas terribles, bueno yo nunca las dije en voz alta, porque me he llevado más de una cachetada por simplemente mirarlo mal. Pero le he deseado lo peor en muchas ocasiones, y eso sin duda no es lo que yo quiero sentir por la persona a la que llamo pareja.

- Vendrá a buscarme a la salida. Hablaré con él.

- Aquí estaré cuando salgas.

- No hace falta, Ana. – Me limpio al fin las lágrimas y digo más serena. – Soy capaz de hacerlo y quiero hacerlo. Lo haré.

- Confío en ti. De quien no me fio es de él. Vamos. Volvamos al trabajo. Y tú vuelve a maquillarte, anda. – Me dice mi amiga y asiento sonriente mientras me dirijo al baño.

En el espejo me miro y no me reconozco. ¿Por qué has dejado que te hagan esto, Luna? ¿Sigues ahí, en algún lugar de mi subconsciente? Siento su voz medio apagada, pero aún con vida, gritarme que sí. Que sigue viva la Luna de siempre en mí. Y que necesita salir de una vez y

gritarlo al mundo.

- Vamos a comernos el mundo antes de que el mundo nos coma a nosotras, Luna. – Le digo al espejo y sonrío. Esta vez me voy a maquillar de verdad.

TRISTAN

He recibido una llamada de mi agente, Joe. Al fin me han ofrecido un papel de protagonista, del bueno del cuento. Pero la cuestión es que es un ridículo musical. Una película romántica sobre un chico y una chica que vienen de mundos opuestos, se enamoran, se joden la vida y al final el amor todo lo vence. Me dan ganas de vomitar. Pero no puedo negar que es la oportunidad que estaba esperando. Así que he accedido sin dudar.

La Summit se hará cargo de la producción. ¡Una de las grandes productoras de películas taquilleras! Es una buena oportunidad.

La historia es que tengo que cantar en la banda sonora de la peli y yo hace mucho que no canto. Así que tendré que ponerme de nuevo a dar clases de canto para recuperar la técnica.

Joe también me ha dicho que el papel de la protagonista femenina aún no ha sido adjudicado, que el casting lo empezarán en breve, pero que quieren a alguien que no sea conocida para ello. ¡Qué jodidos son! ¡Siempre intentan ahorrarse lo que puedan para este tipo de películas! El conocido seré yo. Así tirarán de mi imagen para mover al público femenino y se ahorrarán una pasta en el sueldo de la chica, sabiendo que, cualquiera que esté en su sano juicio y que aspire a tener una carrera prometedora en la industria del cine, aceptaría cualquier caché con tal de aparecer en una película de tirón de la Summit.

He controlado el dolor de estómago y las náuseas que me dieron antes en la cafetería gracias a esa noticia que me tiene más que entretenido y animado. Hace que me entregue más todavía a mi papel de malo en la serie que estamos rodando. Pronto vendrán más papeles de diversa índole y saldré un poco de esta monotonía.

Durante el rodaje de la siguiente escena también me entretengo con Nika, una modelo del este que está haciendo sus pinitos como actriz y, aunque es bastante mala, está como un tren. Y creo que la tengo bastante a tiro. Es una morena de piernas imposibles y ojos verdes. Está para follársela unas cuantas veces, la verdad. Muy guapa y muy exótica.

En esta escena yo, Carlos Cortés, el capo de la mafia, rapto a Erikah (el papel que interpreta Nika) y la tengo maniatada sobre una cama. El set de interior se ha preparado en una nave cercana a la carretera donde hemos rodado hoy, pero han hecho un trabajo increíble los de decoración. Diera la impresión de que Nika está realmente maniatada en los barrotes de una cama de alguna de las habitaciones de hotel que suelo frecuentar cuando estoy de rodaje.

Resbalo mi mano por su cuerpo semidesnudo, como pone en el guion, y me coloco sobre la chica.

- Cortés va a darte placer, nena. – Digo la frase estrella de la escena que estamos rodando y la beso, de nuevo como dice el guion.

Pero lo que no dice el guion es que puedo usar mi lengua en este beso. Pero lo hago. Es una norma entre actores, no usar la lengua. No sé si Nika lo sabe ya o no, pero sonrío feliz cuando siento la suya surcar mi boca también.

- ¡Corten! – Dice el director y me separo de la chica a duras penas. – ¡Genial! ¡Muy convincente! – Le tiendo mi mano a Nika y la levanto de la cama.

- Bien hecho, nena. – Sonríe pícaro.

- Eres un caradura. – Replica sin un ápice de reprobación en su tono.

- Puedo serlo más. – Susurro en su oído. – Vente esta noche a mi habitación y lo sabrás. – Pruebo suerte.

- Puede que vaya, siento curiosidad. – Susurra ella también. Ha sido fácil. Le guiño y salgo del set.

En el camerino me limpio el maldito maquillaje y vuelvo a ser algo más parecido a un joven normal cuando me coloco los jeans y una camiseta gris de los Rolling Stones. También mis adoradas deportivas. Sí, parezco alguien normal. No está mal. Me digo mientras observo mi reflejo en el espejo. He tenido que dejarme el pelo más largo que de costumbre para esta serie. Ahora tengo una especie de melena rubia por debajo de las orejas si me lo aliso, aunque mis rizos lo hacen más corto. Lo dejé crecer porque mi personaje en esta serie siempre va engominado hacia atrás. Exigencias del guion. Yo hoy lo dejo mojado y hacia atrás, pero algo despeinado. ¿Le resultará más cómodo tratar conmigo así? ¡Pero qué coño! ¡Por qué demonios pienso en la rubia esa ahora! Puede que porque han dicho de ir a cenar algo a esa misma cafetería y tomar alguna copa antes de volver al hotel, que está bastante cerca también. Pero dudo mucho que la vuelva a ver por allí. No creo que esa chica trabaje dieciocho horas al día.

Sus ojos brillan un poco cuando me ve entrar, aunque se la ve cansada. Yo frunzo el ceño, ¿es que no descansa esta mujer? Ahora parece incómoda con algo que ve tras de mí. Me giro y veo a Nika haciendo una de sus gloriosas entradas. Ella no estaba en el set de esta mañana, porque sus escenas se han rodado por la tarde y ha sido de las pocas afortunadas que ha podido dormir más horas hoy. Aunque eso para mí no es una fortuna en absoluto. No, no, para nada.

Nika apoya su barbilla en mi hombro y la rubia se gira rápidamente para no ser testigo del acercamiento con mi compañera de set. Ignoro la punzada en mi estómago y me siento con mis compañeros más que feliz porque el rodaje ha ido muy bien hoy.

Estamos todos muy contentos con los resultados. Lo mejor es que la cafetería estaba completamente solitaria hasta que hemos llegado nosotros y podemos charlar distendidamente de todo sin tener que sufrir las inoportunas intromisiones del resto de comensales. Además, hasta para este país cenar a las once de la noche un martes es tarde. Así que reímos y conversamos en voz alta como si fuésemos gente normal y corriente. Es liberador. Estos pequeños momentos que te da la vida son muy reconfortantes.

- Buenas noches, ¿qué les pongo de beber? – Siento una corriente muy incómoda por mi cuerpo cuando escucho su voz y evito mirarla, prefiero enfocarme en mi exquisita acompañante de hoy, Nika, que se ha sentado a mi lado adrede. Pero tengo que admitir que la rubita tiene un acento

en inglés del todo exquisito. Todos pedimos nuestras bebidas. – Estupendo. ¿Van a querer algo para comer? – Pregunta muy amablemente y sonriente.

Evito mirarla mucho, pero a veces no puedo evitarlo y la encuentro mirándome, aunque, cuando nuestros ojos se cruzan, ella los redirige hacia otro lado. Le pongo nerviosa. Es preciosa, no puedo negarlo.

Jason, el director, pide un buen surtido de casi todo lo que ve en la carta. ¡Qué exagerado!

La comida está bastante bien para ser una simple cafetería de barrio.

Cuando ya le confirmamos que no vamos a pedir más comida, veo a un hombre, que parece el dueño del lugar, dando instrucciones a los trabajadores de que se pueden ir a casa. Todos menos la rubita. Le vamos a hacer trabajar hoy extra a la pobre. Ella parece que asiente conforme, pero en la cara se le nota el cansancio y creo que también preocupación.

Nika me habla todo el rato de su maravillosa y estúpida perrita Sisí y yo finjo interés en la conversación. ¡Lo que tiene que hacer uno por un polvo! Y la rabia que me da que ella solita se esté cargando el morbo que me daba hasta hace escasos minutos. ¡Con lo buena que está y no tiene otro maldito tema de conversación! Me tomo como cinco cervezas para poder digerir la ridícula conversación. Y, como soy un buen actor, ni se da cuenta de que me aburre hasta el infinito ni de que estoy prefiriendo emborracharme a volver a escuchar otra cucada de esa perra.

De manera involuntaria me encuentro, de un momento a otro, levantándome de la mesa, dejando a Nika con la palabra en la boca y dirigiéndome hacia la barra, hacia la rubita, que seca y coloca platos con bastante menos rapidez y eficacia que esta mañana.

Me ve acercarme y aparta la mirada de mí otra jodida vez. ¡Me cago en todo lo cagable! ¡No soy un ogro!

- Hola, dime. – Dice sin apenas mirarme.

- ¿Qué te pasa? – Pregunto sin venir a cuento. ¡Al fin me mira, maldita sea!

- Nada, señor, ¿por qué? – Pregunta preocupada.

- Porque me gusta cuando me miras, pero siempre evitas hacerlo. – Mierda, ya estoy borracho y diciendo bobadas. Abre la boca y sonrío de forma nerviosa, liberando una risita preciosa. – También me gusta cuando te ríes. – Sonrío como un estúpido. ¡Cállate ya, bocazas! Sacudo la cabeza. – Lo siento, he bebido antes en el set y he seguido bebiendo aquí para aguantar una ridícula conversación de la perra de mi compañera de rodaje. – Frunce el ceño. – No, ella no es la perra, hablo de su perra de verdad. – La rubita suelta una carcajada de verdad y no me la espero. No suelo hacer reír nunca a nadie, y menos a una mujer. Le hago otras cosas a las mujeres. Pero esto es nuevo y... me gusta el efecto que tiene. Me río yo también cuando veo unas lágrimas en sus preciosos ojos a causa del ataque de risa que está sufriendo. – Si vuelve a contarme otra vez más lo mona que es su perrita me convertiré en asesino de verdad. – No para de reír y es contagioso.

- Es guapísima. – Dice ella mirando hacia Nika.

- Lo es, y aburridísima. – Lo decía de corazón, pero veo que vuelvo a suscitar otra sonrisa en su bello rostro. – ¿Cómo te llamas? – De repente la cara de la rubita cambia y se pone del color de las paredes de un hospital. Está mirando hacia la puerta, creo. Me giro para mirar en la dirección que sus ojos lo hacen, pero ella me agarra del brazo y vuelve a captar mi atención.

- ¡Luna! – Me grita y me da un susto.

- ¡Joder! ¡Qué susto! – Ahoga otra risa, pero se nota que se ha puesto nerviosa y comienza a secar los platos esta vez con más ímpetu. – Yo soy...

- Sé quién eres. – ¡Ajá! ¡Sabe quién soy! Y lo dice de nuevo sin mirarme. ¡Qué frustrante! ¡Bueno, deja de una vez de buscar un polvo aquí, Tristan! A la chica no le interesas una mierda.

- Ya veo...

- Te felicito por tu trabajo. Es maravilloso. – Vuelve a mirarme con una sonrisa arrebatadora que me estremece y otra vez me desconcierta.

¿Le gusto o no? Pero algo la tiene nerviosa. Vuelve a mirar a la puerta y yo lo hago con ella. Veo a un tipo alto y musculoso mirándome con cara de enterrador al otro lado del cristal, apoyado sobre un coche, con los brazos cruzados.

- ¡Ahora entiendo! ¡Tienes novio! – Le digo un poco enfadado.

¿Cómo no he pensado en eso antes? La gente normal tiene de esas cosas. Novios pesados que no te dejan ni respirar o novias cotillas que te curiosean el móvil cada vez que tienen oportunidad. Ella no afirma ni desmiente.

- Por poco tiempo. – Me confiesa y automáticamente pienso que lo ha hecho para que yo no pierda el interés en ella. – O eso espero. – Piensa en voz alta y sigue a su tarea. Me está diciendo que va a estar libre. Libre para mí. Para que la saboree durante toda una noche. Se me pone dura sólo de pensarlo.

- Pobre hombre. – Susurro con mi voz más seductora y vuelve a alzar la mirada. – Perder a algo tan bonito como tú debe ser doloroso.

- No me lo hagas más difícil, por favor, Tristan. – Suplica.

¡Me ha llamado por mi nombre! La gente suele llamarme por mi nombre completo, con apellido y todo. Ha sido un gesto cercano y reconfortante. Pero lo que le he dicho no ha sido para que ella se sintiera mal por lo que ella solita ha decidido hacer, sino más bien para hacerle ver que estoy interesado en llevármela a la cama.

- Luna, ese tío es feo de cojones. – Arruga la frente. – Te lo estoy volviendo a poner fácil. – Le aclaro y vuelve a reír. – Además, tiene cara de cromañón. Seguro que no sabe hacer dos cosas a la vez. – Su risa es cada vez más adictiva.

- No sabes cuánta razón tienes. – Me sigue el juego.

- Yo, sin embargo, sabría hacerte más de dos cosas a la vez si me das una noche, contigo. – Pruebo suerte. Un estallido me hace dar un salto. Se le ha caído el vaso que tenía en las manos.

- Mierda. – Masculla y se agacha a recoger los restos. No quiero darle otra excusa para que no me mire, y quiero una respuesta a la propuesta que acabo de hacerle, así que me meto tras la barra con ella y le ayudo a recoger los cristales del suelo. Me mira como si me salieran tres cabezas. – Si sale mi jefe del almacén y te ve haciendo esto me echará seguro.

- Míralo por el lado bueno. Así no tendría que esperar a que te deje salir y te podría llevar ya a mi cama. – Prosigo con mi propuesta. Ella se me queda mirando fijamente y se muerde el labio. ¡Ahí está! ¡La tengo!

- No puedo. Todavía tengo novio. – Sentencia sacudiendo la cabeza y me quedo planchado. Con un nudo presionándome en la boca del estómago. ¿Alguna vez me ha dejado tan cortado una mujer?

- Perdona. – Me disculpo y salgo cagando leches hasta sentarme de nuevo junto a Nika. Aunque mi idea es más bien pensar en cómo puedo volver a controlar la situación para que ella acepte. Sé que está deseándolo, como yo.

Nika me pregunta que qué hacía con mala cara y le digo que pedir una copa a la camarera. Parece que le convence y prosigue la conversación por donde la dejó. Pero yo no puedo concentrarme. No puedo quitarme esa mirada de la cabeza y, para colmo, siento los ojos del neandertal que hay en la calle clavados sobre mí.

Finalmente, me calmo un poco y decido que voy a volver a levantarme para preguntarle a Luna si acepta mi proposición o no. Quiero pasar una noche con esa misteriosa chica, aunque sepa que me arriesgo a que sea otra interesada en el famoseo rápido. Sin embargo, ella no parece de esas para nada, más bien lo contrario. Estoy decidido, tengo que pasar una noche con esa chica que me ha llamado tanto la atención. De otra forma no me la voy a quitar pronto de la cabeza y no soporto esa sensación de descontrol.

Pero, en el momento en el que ya estoy levantándome, el moreno con cara de matón a sueldo, hace acto de presencia. Entra en la cafetería y se dirige derecho a Luna, que le observa con la mirada más aterrada que he visto en mi vida, la coge del brazo y, sin mediar palabra, comienza a tirar de ella hacia el exterior.

- Nos vamos a casa. – Farfulla mientras la chica intenta soltarse y mira a su alrededor preocupada por la escenita que está dando. – Ya son casi las doce y no voy a seguir presenciando cómo le calientas la polla al guaperas ese de mierda. – Masculla lo bastante alto para todos los oídos, mirando en mi dirección.

Menos mal yo soy el único de esta mesa que entiende español.

Me tenso.

Ella no me ha calentado la polla en ningún momento. ¿Por qué dice eso? Más bien ha sido más respetuosa de lo que estoy acostumbrado. De hecho, ha sido muy distante conmigo, y eso es lo que más me ha llamado la atención. Me gustan los retos. Hacen del sexo algo más divertido que cuando es demasiado fácil.

- Juan, suéltame, te lo suplico. – La escucho decir a ella con la voz quebrada y con unas

enormes ganas de llorar. – Juan, estoy trabajando. – El tipo la ignora y sigue tirando de ella hacia el exterior.

- Perdona Nika. – Le digo a mi compañera que sigue jodiéndome la vida con historias de su perra. – ¡Eh! ¡Qué haces! – Le increpo a ese subnormal que trata de sacar a la fuerza a Luna del local.

Si me meto es porque ella misma me ha confirmado que está decidida a dejar al tipo y porque aún no me ha respondido a mi propuesta de pasar una noche conmigo. Pero, al darme la información de que piensa dejarlo, me ha parecido entender que no sería tan complicado que aceptase a intimar conmigo. Estoy seguro de que puedo hacer que se olvide de ese capullo por una noche al menos.

- ¡Tú no te metas o te reviento la cara, maricón! – Me dice el moreno de forma rabiosa. Oh, oh. Tristan, contrólate.

- ¡Para Juan! ¡Suéltame! – Gime Luna aterrorizada. ¡Voy a matarlo! En ese momento aparece el jefe de Luna con unas cajas en la mano.

- ¡Eh! ¿Dónde cojones vas, Luna? – Ella no puede responder siquiera. Está llorando y creo que intentando controlar que no le dé un ataque de nervios.

Es una chica muy reservada. De eso me he dado cuenta. Supongo que protagonizar una pelea en público con su novio no debe ser lo que más le agrada en la vida.

Su jefe y yo nos dirigimos hacia fuera. Mis pies han cobrado vida propia y no puedo frenarlos. ¡Esa chica estaba a punto de caer en mis redes! ¡Estoy convencido!

- ¡Que me sueltes! ¡Se acabó Juan! ¡Se acabaron tus malditos cambios de humor! ¡Se acabó creer que siempre soy yo la culpable de todo! ¡Maldita sea, déjame vivir! – Luna tiembla de pies a cabeza mientras le dice esas hirientes palabras a su novio. El tipo parece desquiciado. – ¡Tienes un problema y tienes que resolverlo, tú solito! – Le grita al moreno. Su jefe y yo nos miramos y nos mantenemos atentos, por si la cosa se pone fea, pero sin participar. Por ahora.

Aunque sólo parece una discusión típica de pareja sacada de tiesto. ¿Ves Tristan? ¡Por estas cosas, entre otros motivos, no tendrás pareja en la vida! Porque tú no quieres sentirte ni de lejos tan miserable y tan desorientado como se está sintiendo ahora mismo ese capullo.

Vamos nena, mándalo ya a paseo y te compensaré llevándote a mi habitación del hotel y follándote como un loco.

- ¿Que se acabó? ¡Tú a mí no puedes dejarme! ¿Me oyes? ¡Nunca! – De repente la mano de ese malnacido se levanta y Luna esconde la cara y aprieta los ojos como acto reflejo.

¡No será capaz!

Estoy a punto de lanzarme sobre el tipo y coserlo a hostias. Pero no, falsa alarma, estampa su puño contra una papelera de la calle. ¡Ups! ¡Seguro que eso duele! Luna emite un gemido al escuchar el golpe y se desmorona, comenzando a llorar de forma desgarradora, abrazándose a sí misma sin parar. La ha asustado y a mí también. Pero me da la impresión que a ella más que a mí.

Me da la impresión de que estaba convencida de que el puño de ese tipo acabaría estrellándose contra su bello rostro.

¡Será cabrón! ¡Voy a arrancarle los ojos!

Me acerco dos pasos en dirección a Luna y el moreno me dedica una mirada de odio amedrentadora, cargada de advertencia, para que no me acerque a su chica. Aunque a mí esas miradas nunca me amedrentaron. Al menos desde que cumplí cinco años dejaron de hacerlo.

- Oye Juan, vete ahora mismo de aquí o llamo a la policía. – Interviene el jefe apartando a Juan de Luna y yo aprovecho para agarrarla a ella y ponerla detrás de mí.

- ¡Suelta tus sucias manos de mi novia o te reviento! – Me amenaza.

- ¡Vamos! – Le reto.

No sé si se ha percatado de que yo estoy mucho más fuerte que él. Entreno bastante duro. Y, aunque no lo hiciera, encontraría las fuerzas de donde fuera para darle su merecido.

Siento que me estoy metiendo donde no me llaman. Pero, tampoco he podido evitarlo. Lo he hecho sin pensar. No suelo llegar tan lejos por un polvo. Pero esta vez está siendo todo diferente a como de costumbre.

En ese momento salen algunos de mis compañeros de set y un par de especialistas (esos que hacen las escenas difíciles simulando ser el actor principal), supongo que extrañados por mi comportamiento y desconcertados porque no saben qué está pasando exactamente. Comienzan a increpar a mi rival con Luna en inglés y se ponen junto a mí.

- ¡Tú y yo! ¡No seas cobarde! – Me amenaza el moreno.

- Aquí el único cobarde eres tú por asustar a una mujer indefensa. Te ha dicho que se acabó, así que déjala en paz. – Escucho el llanto inconsolable de Luna a mi espalda y me estremezco.

Vamos nena, no es para tanto. Este sujeto no merece que te pongas así por él. Está fuerte, sí, pero no parece ser muy consciente del tesoro que tiene con ella.

Otra vez siento la punzada de dolor en mi estómago. Vamos, no es el momento, contrólalo Tristan. Ignóralo por una vez.

En ese momento veo llegar corriendo a la chica del pelo rosa de esta mañana, que se abalanza sobre el susodicho Juan y le da un empujón.

- ¡Vete de aquí, gilipollas, y déjala vivir! – Le grita.

El tal Juan parece poseído por el diablo y descarga una mirada sobre la chica de pelo rosa que, si las miradas matasen, esa chica estaría ya más que muerta.

- Vete ya Juan, o te juro que llamo a la poli. – Vuelve a repetir el jefe de la cafetería.

El individuo me mira lleno de odio, escupe en el suelo y mira a Luna, que sigue tras de mí, escondida.

- Vas a tener que volver a casa, puta calientapollas, y te las verás a solas conmigo. – Amenaza de nuevo ese engendro señalando con el dedo a Luna, que está hecha un ovillo tras de mí, y se va.

¿Cómo un tipo puede hablarle así a su novia? No lo entiendo...

Le dejo ir sin decirle nada más para poder al fin hacerme cargo de ella. Es mi momento. Ya no hay novio que se entrometa.

Cuando me giro, me encuentro a una masa temblorosa que lloriquea y enfoca la mirada hacia el mismísimo centro de la tierra, como si quisiera hundirse hasta llegar a él.

- ¡Eh! ¡Eh, tranquila! – La abrazo y acaricio la espalda. – ¿Estás bien? – Susurro en su oído. No puede hablar. Está aterrorizada y tiembla bajo mis brazos. – Ya, ya... shhhh, shhhh. Sólo es una ruptura, nada más.

- ¡Maldita sea, Luna! ¡Te dije que si volvía a hacerme ese estúpido el numerito en la cafetería te pondría de patitas en la calle! – Grita su jefe. Yo le dedico una mirada de lo más fiera y parece que surte efecto, porque se calla.

- Jaime, cállate, hazme el favor. – Dice la chica de pelo rosa. – Ella no tiene la culpa, es todo culpa de ese maldito asqueroso de Juan. – El dueño de la cafetería suspira y mira a Luna, que permanece en mis brazos llorando sin cesar.

La abrazo con todo lo que soy. No sólo ella necesita ser abrazada. Yo también siento que necesito hacerlo.

Siento su calor en mi cuerpo y siento un embriagador aroma que me colma. Lo desprende Luna.

Mis compañeros de set me preguntan qué ha pasado y yo resto importancia con ellos y les digo que un tipo ha intentado robar a Luna y hemos conseguido espantarlo. Sin saber muy bien por qué, siento que quiero proteger a esta chica de su sufrimiento personal, al menos, puedo hacerlo ahora mismo del qué dirán. Y tener a más personas pululando a tu alrededor haciéndote preguntas no ayuda.

- Bueno, bueno, tranquilízate, Luna. Ya está, ya se ha ido. – El jefe se acerca, acaricia la espalda de Luna de forma patosa, pero ella sigue enganchada a mí con todas sus fuerzas. Llorando sin consuelo.

- Ya, ya, que me vas a manchar la camiseta. – Bromeo.

- ¡Oh, lo siento! – Al fin reacciona, recuperando un poco de autocontrol, se separa de mí y se intenta limpiar la cara con el dorso de las manos. Siento el vacío que ha dejado en mi torso cuando se separa.

- Era broma. Vamos, ven. – La vuelvo a abrazar. Se deja, pero ya no llora. Bien, ha servido la distracción. – Vamos adentro y te tomas un té o algo. – Le digo con dulzura. Ella asiente.

Creo que a ella le sorprende tanto como a mí mi propia reacción cuando la cojo en brazos

y me la llevo dentro.

LUNA

Estoy soñando. Debo estar haciéndolo. Tristan Moore me está llevando en brazos hacia el interior de la cafetería y yo lo miro embobada con mis manos entrecruzadas alrededor de su cuello. Casi no puedo ver ni oír lo que está pasando a mi alrededor. Es como si todo lo demás estuviese borroso.

Me dedica una de sus arrebatadoras sonrisas y mi rostro se congela más todavía.

Me suelta sobre una silla, se sitúa de cuclillas frente a mí, me agarra de las dos manos y me dice algo.

Asiento, embobada, sin saber a qué.

- ¿Sí? ¿Sí qué? – Pregunta. Mierda. De repente vuelvo a recordar que no debo mirar a ningún hombre así que no sea Juan. Aunque esto sea un sueño. Tampoco puedo permitírmelo en sueños. Agacho la mirada y la escondo de la suya. – Luna. Te estoy hablando. – Dice molesto. Parpadeo y le vuelvo a mirar, pero esta vez más distante.

- Lo siento, no te oí.

- Te pregunté que qué te apetece tomar.

- Nada. Estoy bien. – Contesto mi típica frase de manera automática.

He aprendido a decirla y a que suene creíble después de llevar años poniéndola en práctica, aunque cuando la pronuncio suelo sentir lo contrario.

- ¿Ese era tu novio? – Pregunta y por su expresión parece que me odia por ello.

Todos me odian por ello.

Soy una imbécil a ojos de los demás por estar con Juan.

Mientras asiento con la cabeza, la escenita que acaba de tener lugar con Juan y conmigo como protagonistas vuelve a acudir a mis recuerdos y no puedo evitar que las lágrimas rieguen mi rostro.

Sí, ese es mi novio y no sé cómo hacer para que deje de serlo. Juan nunca me dejará que lo deje. Y yo ya no sé cómo ni de dónde encontrar las fuerzas para enfrentar a una ruptura con Juan, una ruptura que llevo deseando mucho tiempo. Juan sabe dónde encontrarme, sabe cómo desarmarme, cómo volver lo blanco negro, cómo aniquilarme mental y espiritualmente para que, al final, no pueda dejarlo.

Tener que enfrentarme a una situación como esa, para mí, supone ser consciente de que me insultará, seguramente me pegará y muy probablemente acabará forzándome a tener sexo como castigo cuando yo ya esté rendida, llorando y arrastrándome por el suelo, suplicando su perdón

por haber dudado de lo nuestro.

Siempre supe cómo sería nuestra ruptura, y, puede que, por eso, siempre la evité. Porque no servirá para nada. Pero hoy ha nacido una nueva determinación en mí proveniente de no sé dónde. Durante unas horas, esta tarde, he pensado que encontraría el valor para dejar a Juan.

En especial desde que Tristan Moore volvió a aparecer por la cafetería donde trabajo.

En cuanto abrió la puerta el corazón se me paró y sentí un calor extraño abrasándome desde dentro, muy dentro de mí. Evité mirarlo a los ojos, una vez más, pero no porque no quisiera hacerlo. Es simplemente que me sigue dando miedo a hacer tal cosa con un hombre diferente a Juan.

Sé lo que me espera cuando vuelva a casa. Porque alguna vez tendré que volver.

- ¿Te ha tocado? ¡Dime que no te ha tocado! – Interviene Ana y la fulmino con la mirada. Tristan Moore mira a mi amiga horrorizado, porque esa pregunta ha revelado una información bastante importante. Después me mira a mí.

- ¡¿Qué?! – Me pregunta Tristan temeroso. Casi no le sale la voz.

- ¡Ana, no saques las cosas de quicio, por favor! – Disimulo como bien he aprendido a hacerlo y parece que convengo a Tristan, porque lo oigo suspirar de alivio. – Sólo estaba nervioso porque no quería que lo dejase. – Me levanto al fin y prosigo con mi trabajo, para dar a entender que todo está bien. – Se acabó esta conversación. Ya se fue. – De reojo veo como Ana y Tristan Moore me siguen mirando sin saber si hacerme caso o no, un tanto desorientados con mi repentino cambio de actitud. Jaime, mi jefe, sí que se ha conformado con mi afirmación de que todo está bien y vuelve al trabajo, introduciéndose de nuevo en el almacén para poner en orden todo.

- Está bien. – Oigo decir a Tristan Moore. Me giro para verlo. Sí, parece que se ha convencido de que todo está bien. – Si tú dices que estás bien, te creo.

- Gracias. – Le digo de corazón. Él entiende que me refiero al apoyo que acabo de recibir por su parte porque asiente a mis palabras.

Ana me mira todavía sin saber qué palabras usar conmigo.

- No tienes por qué darlas.

- Juan es muy... intenso. Siento haberte metido en una situación tan desagradable.

- No me has metido tú. Lo he hecho yo solito. Y lo volvería a hacer. – Su confesión me deja de piedra. Y la convicción que muestran sus ojos más aún. ¿Por qué? ¿Por qué un hombre tan perfecto y con tanto éxito personal se preocuparía de una donnadie como yo? Lo miro perpleja y, por primera vez, es él quien aparta la mirada de mí. Mira hacia sus manos. – Ponme un whiskey solo con hielo, por favor. – Me pide en un susurro. Asiento y me pongo a ello. Ana sigue mirándome y sé que evaluándome. Pero se mantiene en un plano distante a lo que está ocurriendo. Sé que se muere de ganas por darme una buena regañina. Pero tendrá que esperar a que mi turno acabe.

- Aquí tienes. – Le pongo la copa en el mostrador. Tristan Moore sigue sin mirarme y,

cuando voy a darme la vuelta para dejar de hacerlo yo también con la cara de embobada que sé que estoy poniendo, siento sus dedos sobre los míos. Lo que hace que una corriente eléctrica me sacuda de arriba abajo. Nos miramos.

- Si no tienes dónde ir esta noche, puedes quedarte conmigo. – No ha dicho eso. No. No puede haberlo dicho. Mi mente se colapsa. Busco alguna respuesta rápida a su oferta y no encuentro nada coherente que decir.

- Eh... yo... me voy a quedar en casa de Ana. – Digo con poco convencimiento señalando a mi amiga, que me mira como si hubiese perdido el juicio.

¡Sí, ya sé Ana, es Tristan Moore! Está buenísimo y todo eso, con su mirada azul cristalina, su pelo rubio oscuro rizado revuelto, su mandíbula cuadrada y esos labios carnosos tan espectaculares. Pero no conozco de nada al tipo y sé lo poquita cosa que soy. Voy a defraudarlo, eso lo sé.

Y tampoco me siento preparada para estar con otro hombre que no sea Juan. No sé si alguna vez lo estaré. Mi relación con Juan ha hecho que dude de mi capacidad personal para establecer otro tipo de relación con sujetos masculinos. Simplemente me siento incapaz.

Tristan Moore asiente con la mirada clavada en su vaso y se da media vuelta para volver con sus amigos.

Y ahora viene el chaparrón de Ana, no me cabe la menor duda.

La miro y la encuentro exactamente como la imaginaba. Con una ceja levantada, los brazos cruzados y mirándome con reprobación.

- ¿Es que eres de hierro, o sólo estúpida hasta reventar? – Me pregunta enfurruñada.

- No puedo, Ana. Hablemos después. ¿Te importa que me quede contigo esta noche? No quiero volver a casa. – Ahora alza las cejas sorprendida.

- Ibas en serio con lo de dejar a Juan... no me lo puedo creer, pero lo vas a hacer. ¡Lo vas a hacer, Luna! ¡Por fin! – Se acerca y me sujeta de los hombros.

Me mira con admiración. ¿Admiración por qué? He sido una completa estúpida dejando pasar tanto esta situación que yo inconscientemente sabía que algún día tendría que abordar. Sonríe sin ganas y digo que sí.

El hombre que creo que es el director de la serie en la que está trabajando Tristan Moore me pide la cuenta.

- Dejemos la charla para cuando estemos en tu casa, ¿vale? – Le pido a mi amiga mientras salgo del mostrador para llevar la cuenta a la mesa de Tristan.

Mi amiga se conforma.

Al llegar a la mesa, no puedo evitar mirar a ese hombre tan espectacular; Tristan Moore. Pero no lo hago sólo por recrearme en su increíble belleza. No. Lo hago sobre todo porque no comprendo cómo un hombre como él puede sentir mínima atracción por alguien como yo. Y

menos, después de haber presenciado a Juan, mi novio, en todo su esplendor.

Aunque sé que he aprendido bastante bien en estos cuatro años a su lado a disimular nuestros problemas de pareja en público. La única que ha notado el alcance de la tensión de nuestra relación ha sido Ana, y lo ha hecho recientemente, porque no pude esconder bien en esa ocasión mis moratones en la piel ni tampoco mi llanto. Al final me desahugué con ella y fue lo peor que hice. Porque, desde entonces, Ana me reprende en público mi, según ella, “falta de valentía para terminar con ese maltratador”. He tratado de convencerla de que la culpa de que nuestra relación vaya tan mal es también es mía. Pero no hay forma.

Le tiendo la cuenta al señor y no dejo de mirar a Tristan, que parece que me ha encontrado sustituta para esta noche muy rápido, pues está más que acaramelado con la impresionante morena que está sentada a su lado. ¡Maldito sea! ¡Me ha tomado el pelo! ¡Y yo planteándome dejar al pobre de Juan, que lo único que tiene en la vida soy yo, por este... seductor incontrolable!

- Gracias chica, aquí tienes tu propina. – Me dice el director. ¡Me da sesenta euros de propina! ¡¿Está loco?!

- Gracias, pero no puedo aceptar tanto. – Se la devuelvo y no escondo mi malestar por ver a Tristan así de distante conmigo. Él me mira cuando me escucha decir que reniego de la propina y parece más que sorprendido. Yo lo fulmino con la mirada. – Buenas noches, señores. – Me giro y me voy.

- ¡No me puedo creer que le dijeras que no a Tristan J. Moore! – Exclama Ana por enésima vez mientras nos tragamos una tarrina de helado de vainilla con nueces de Macadamia en el sofá de su apartamento, con el murmullo de la televisión de fondo. Suspiro.

- La hubiera cagado. Soy una inepta con los hombres. Además, Ana, acabo de dejar a Juan. ¿Cómo me voy a ir la misma noche que lo dejo con otro hombre? ¡Si yo no he estado con otro hombre en mi vida! – Ese pensamiento me arruga el corazón.

Juan y yo llevamos cuatro años de relación. Justo desde que murió mi madre. Antes de eso estuvo dos años persiguiéndome, pero yo no le hacía ni caso. Era como el mejor amigo al que nunca llegas a ver con otros ojos. Alguna vez me acosté con él durante esos dos años, pero las chispas no saltaban en mí. Sólo saltaron cuando mi madre murió, mi hermana Alba se fue a Cádiz y me quedé completamente sola. Así como lo estaba él. Porque su madre nunca lo quiso. Me refugié en Juan y poco a poco nos hicimos inseparables. No sé muy bien cómo ocurrió, pero así fue. Tan inseparables que llegó un momento en el que comenzó a ser asfixiante. No lo vi hasta que no tuve el agua al cuello y ya no supe como deshacer el entuerto.

- ¡Luna! ¡¿Es Tristan J. Moore!! ¡No te entiendo, de verdad!

- Para por favor. No me lo recuerdes. – Digo sin mirar a la nada mientras chupeteo la cuchara llena de helado.

Mi teléfono móvil vuelve a sonar por enésima vez. Sé que Juan no se cansará y Ana también. Por eso ella acaba tomando la iniciativa de apagarlo por mí.

TRISTAN

Sin saber cómo, he llegado a esta absurda situación. Estoy en el ascensor del hotel donde me hospedo, con Nika en mis brazos. Le como la boca con rabia y manoseo su pecho por debajo de su camiseta. Ella se deja sin impedimento alguno, como yo sabía que lo haría.

El ascensor se abre y yo sigo apretando su pelo con rabia. Con la misma rabia que siento porque mis planes de llevarme a la cama hoy a una chica no eran precisamente con Nika, y no entiendo muy bien qué es lo que me ha sucedido con Luna ni por qué he hecho yo, Tristan Moore, el ridículo de esa manera, arrastrándome frente a una simple camarera.

Sin soltarme de su pelo la aplasto contra la puerta de su habitación. No voy a follármela en mi habitación. Necesito privacidad en las noches. Sobre todo, cuando estoy trabajando.

- Abre la puta puerta. – Le ordeno. Ella suelta una risita y obedece.

La empujo al interior y a cada paso que doy hacia su interior de su habitación me voy desprendiendo de una prenda. Ella también se desviste con entusiasmo. Cuando ambos estamos desnudos se abalanza para buscar de nuevo mis labios, pero se lo impido. Sólo beso para alcanzar mi objetivo, y ya lo tengo a tiro. Le doy la vuelta, la tumbo boca abajo y levanto su trasero para dejarlo a mi disposición.

- ¡Tristan! – Grita con miedo.

- Tranquila, no te voy a follar por ahí. – Le informo mientras me coloco el dichoso condón.
– ¿Preparada? – Pregunto cuando ya tengo la punta de mi erección sobre su sexo.

- Sí. – Responde en un jadeo y la penetro de una vez alcanzando el fondo de su sexo con rabia. Vuelve a gritar y me tengo que esforzar en quedarme quieto.

- ¿Estás bien?

- Sí, sí. Ha sido la sorpresa. – Me espero unos segundos para que se acostumbre a mi tamaño. Pero sé que necesito ser implacable.

- Voy. – Le informo. Asiente, deseándolo.

La empalo con rabia, tratando de hacer del acto lo más placentero que puedo. Ella aguanta el tipo, inmóvil y me deja hacer. Gruño lleno de rabia y frustración. Frustración que se acentúa cuando pasan los minutos y no siento en ningún momento que el orgasmo tenga intención de acudir a mí. Así que finalmente cierro los ojos intentando recrearme en algo placentero, haciendo uso de la imaginación y recurriendo a alguna fantasía sexual.

Involuntariamente recreo sus ojos, su aroma, su sensual acento cuando habla inglés, el tacto de su piel, el calor que desprendía su cuerpo pegado al mío cuando me abrazaba con una enorme necesidad de mí. Y me corro pensando y gritando el nombre de Luna.

No me había dado cuenta de que Nika ya había llegado a un intenso orgasmo bastante antes que yo. Tan sólo me mantengo atento por si ha notado que he pensado en otra y he dicho su nombre mientras me la estaba follando a ella. No quiero herirla así, no ha sido de forma voluntaria.

Pero me alivio al ver que, cuando salgo de ella, se gira y me contempla con una enorme sonrisa mientras me quito el condón y lo ato.

- Joder, eres un dios del sexo. – Me dice sonriente. – Y estás tan bueno...

- Ha estado muy bien, sí. – Finjo el mismo entusiasmo. Me agacho y le doy un rápido beso en los labios. Después comienzo a vestirme.

- ¿Te vas? – Parece contrariada.

- Sí, Nika. Hora de dormir. Ya es tarde y mañana hay trabajo que hacer. – Digo mientras me visto.

- Puedes quedarte... – Suplica con voz de niña abatida.

- Prefiero dormir solo. Buenas noches. – Me despido y salgo por la puerta de su habitación con rapidez. Antes de que intente convencerme de lo contrario y tenga que acabar dando explicaciones más tenso de la cuenta.

Cuando llego a mi habitación me desvisto y me meto rápidamente en la ducha. Creo que algo de agua caliente me aliviará. Porque el orgasmo no me ha destensado ni la mitad de lo que debería haberlo hecho.

Ahora me arrepiento de haberme llevado a Nika a la cama. ¿Por qué? No ha estado tan mal. Y yo ya sé que mis compañeras de trabajo son las mejores candidatas para ello. Ellas tienen el mismo celo con su intimidad que yo tengo. No les apetece salir en las portadas de las revistas por sus escándalos sexuales ni buscan fama por ellas, sino por la calidad de su trabajo. Como yo.

Pero me arrepiento porque esta sensación que estoy experimentando ahora mismo de vacío es desconcertante, muy asfixiante y sobre todo desconocida. No se parece a la sensación de la que llevo huyendo toda mi vida. Porque Nika no es peligrosa en ese aspecto. No, no lo es. Estoy convencido de ello. Nunca me ha producido ese dolor su presencia.

¿Qué me pasa entonces? Es todo muy extraño y muy confuso. Nunca antes me había sentido tan vacío.

Después de la ducha decido que hoy en lugar de una me tomaré dos de mis pastillas. No sé por qué tengo la sensación de que me va a costar hoy dormir más que de costumbre.

En la cama leo un poco, hasta que el sueño acude a mí y, sin darme cuenta me quedo dormido.

Unas horas después me despierto por mi propio grito en la noche. Estoy empapado de sudor y me tiembla todo el cuerpo. No recuerdo lo que he soñado, pero no hace falta.

Miro al techo y me repito una y otra vez que todo está bien. Todo está bien. Todo está bien. Sí... todo está bien.

Pero sé que no. Nada está bien y la sensación de caer en un abismo me sigue acompañando durante largos y densos minutos.

Recupero al fin un ritmo normal en mi respiración gracias a las técnicas de relajación que mi médico, John Taylor, me enseñó y miro mi teléfono móvil. Mierda, las cuatro de la madrugada. No he dormido ni tres horas. Últimamente era capaz de dormir hasta cinco horas. Espero que no esté sufriendo un retroceso en mi recuperación.

Me levanto porque sé que no volveré a quedarme dormido y decido ponerme algo de ropa de deporte y salir a correr para aplacar la ansiedad.

Me pongo una gorra y unas gafas de sol para no ser reconocido, aunque dudo mucho que haya más gilipollas como yo corriendo a las cuatro de la madrugada por las calles de Madrid.

El viento fresco de la madrugada golpea mi cara y me refresca un poco las ideas. Ahora hasta creo que no fue tan mala idea follarme a Nika. Aunque no lo volveré a hacer de nuevo con ella hasta no estar convencido que no se ha pillado por mí y que comprende que no quiero nada más allá de simple sexo con ella ni con nadie.

Tras una hora corriendo, decido que volveré al hotel andando y disfrutando de un paseo relajante.

Quizá debería darle otra oportunidad a la rubita, Luna. Hace mucho que no tengo un lío con alguien que no sea de mi profesión, porque no me fio de las reacciones de las fans ni de que usen mi debilidad con las mujeres en mi contra, pero recuerdo que siempre ha sido más placentero hacerlo con alguien que te admira sólo por ser famoso. Se entregan mucho más a la pasión, a mi disfrute, y suele ser bastante placentero. Además, Luna no parece la típica mujer dominada por unas hormonas revueltas y mal atendidas.

Eso también me enfada. Mucho. Significa que el moreno ese debe de proporcionarle bastante placer si no ha sucumbido a mis encantos después de demostrarle una y otra vez que ella me interesa.

No son celos. No. Yo no he sentido celos en mi vida. Pero hiere mi ego masculino. Tengo fama de ser bueno en la cama y es que para mí el sexo es algo a tomar en serio. Es importante cubrir las necesidades de tu cuerpo, ya que otras necesidades no pueden existir en mí más allá del placer momentáneo. Quizá por eso doy tanta importancia a tener un buen sexo que palíe la carencia de algo más profundo.

Así que creo que voy a convencer a mis compañeros de volver a la cafetería de Luna para hacer el descanso de media mañana. Y esta vez le voy a poner más difícil a esa mujer del diablo darme una negativa.

Me gusta. No voy a negarlo. Me da mucho morbo y no entiendo la razón. Es cierto que tiene un rostro precioso. Pero Nika también lo tiene. Y la enorme mayoría de las actrices con las que me relaciono. Pero ella es... diferente. Su mirada es diferente. Su reacción conmigo es diferente. Lo que despierta en mí es diferente. No creo que sea peligroso, porque lo habría notado. Siempre lo he notado y mi cuerpo solito ha huido de las malas vibraciones.

No lo ha hecho con ella. Al revés. Mi cuerpo ha buscado su cercanía constantemente.

Y sigo queriendo esa cercanía.

Necesito follármela durante una noche entera. Una noche loca que me deje exhausto de ella y me permita quitármela de la cabeza y seguir a lo mío y con mi rutina.

Pienso en todo eso mientras voy caminando, ya mucho más tranquilo y también decidido a hacer lo que voy a hacer. Hasta que, como por arte de magia, me encuentro a Luna saliendo de un portal.

Pestañeo unas cuantas veces y sufro una pequeña molestia en mi estómago. Pero a esta molestia no le doy importancia. No son náuseas. Sé que es a causa de la sorpresa, porque no me esperaba encontrármela, y menos a estas horas.

Voy a pronunciar su nombre en alto cuando veo al moreno, a su novio, acercarse a ella, abatido. Se agacha y se arrodilla frente a ella, abrazándola por la cintura y llorando sobre su vientre como un condenado.

¡Qué ridículo es!

Debería seguir mi camino, pero no lo hago. Mi cuerpo sigue su propia decisión y me escondo tras un coche cercano a ellos.

- Mi amor, no me dejes. No puedo vivir sin ti. No soy nada sin ti. – Suplica el muy estúpido. Yo contengo la respiración y aguardo a la contestación de Luna.

- Juan, yo... creo que no te convengo. – Dice ella y su voz tiembla al decir eso. ¿Que no le conviene? ¿Por qué dice eso? ¿Está metida en algo raro? – Mírate. Desde que estás conmigo estás fuera de control. Cada vez nos hacemos más daño y eso no es amor, Juan.

- ¡No! ¡No me digas que no me quieres o me matarás! ¡Te juro que me quitaré la vida, Luna! – ¿Se puede ser más absurdo? – Es la primera vez en cuatro años que no vuelves a casa, Luna. Y casi me vuelvo loco por no saber si estabas con otro. ¡¿Te gusta el guaperas ese de la cafetería, Luna?! ¡Nunca te he visto flirtear con un hombre así! ¡¡¡Delante de mis narices, Luna!!! – ¿Se refiere a mí? ¡Ja! ¡Esa sí que es buena! Luna flirteando conmigo... ¡Si ni siquiera me ha mirado a la cara más que un par de veces!

- ¡Juan, no era flirtear, era hablar con un cliente! – Le recrimina ella y yo me vengo abajo con su declaración. Ha corroborado lo que ya sé. Que no le gusto. – ¡Y no me voy a ir con otro el mismo día que lo nuestro se rompe, Juan! – Ladeo la cabeza meditando eso.

Quizá tengo que bailarle el agua un poquito más. Así son las mujeres normales, ¿no? Necesitan sentirse especiales cuando acaban de romper con alguien para poder abrirse a otra relación. Al menos, todas las películas de pasteloseo que he hecho son así. Aunque yo siempre era el tío al que dejaba su novia...

- ¡No! ¡No lo hemos dejado! ¡¿Me oyes?! ¡Tú eres mía y me perteneces! – Gruñe poniéndose en pie.

Sí, esa frase la he dicho también en alguna película. Y, si mal no recuerdo, no servía de

nada. La chica al final se iba con el guapo y atractivo joven que acababa de conocer. Así que en esta película pienso ser el protagonista. Lo siento por ti, Juan.

- Juan, por favor, hagamos esto fácil. – Ahora es Luna la que se arrodilla y comienza a llorar. – Es más difícil para mí de lo que crees.

- ¡Levanta! ¡¡Para!! ¡Vamos, te vienes conmigo! – La levanta tirando con fuerza del brazo y pretende llevársela por la fuerza.

Yo salgo de detrás del coche en el que estoy escondido sin pensarlo con la determinación de impedirlo.

- ¡Juan! ¡Estoy llamando a la policía! ¡Vete! – Aparece la chica de pelo rosa con el teléfono en la oreja y me freno en el acto. No quiero líos con la policía española. Juan la mira lleno de rabia. – Vete ahora mismo y déjala de una vez. Te he dicho que te dejaba hablar con ella, pero Luna se queda aquí. – Ahora es su amiga la que tira de Luna y la mete en el portal que está tras de ellas.

Creo que Luna me ve justo antes de entrar. Yo estoy quieto y patidifuso con lo que acabo de presenciar. Pero, cuando su mirada se cruza con la mía y la veo entrar y ponerse a salvo, al fin reacciono, me doy la vuelta y comienzo a andar en dirección contraria a Luna a toda prisa. Con toda la prisa que me permiten mis pies. Huyendo de ella, huyendo de un enfrentamiento con Juan en el que acabe matándolo.

No controlo bien mis reacciones en estas situaciones.

LUNA

¡Era él! ¿O me estoy volviendo loca? Sí, puede que sea eso. Estaba dormida cuando Juan comenzó a llamar al portero de Ana como un loco y me despertó del único sueño húmedo que he tenido en mi vida y... yo estaba en los brazos de Tristan Moore en ese sueño.

Un sueño maravilloso y erótico de alto nivel que me tiene todavía confundida.

- No vas a verte más con él. – Me dice Ana en el ascensor y me saca del trance. – ¿Me oyes? – ¿Está hablando de Tristan Moore? Yo quiero verlo... Mi rostro se entristece. – ¡No me pongas esa cara! ¡Juan ya es historia! – Ahh, verdad. Acabo de dejar a Juan.

- Es historia. – Confirmo con cara de lela.

Sigo en shock. Es muy poco probable que haya sido Tristan Moore la persona que acabo de ver a las cinco de la madrugada andando solo por las calles de Madrid. Me ha calado hondo ese tipo y me maldigo por ello. No quiero más hombres después de Juan. No quiero volver a perderme. Pero... por otro lado, encapricharme de alguien a quien no puedo tener no suena peligroso.

- ¿Lo dices en serio?

- Muy en serio. – Prometo.

- ¿Y por qué tienes esa cara? ¿No estarás dudando?

- He soñado que me tiraba a Tristan Moore. – Confieso presa de mi confusión y en seguida me tapo la boca. Ana suelta una carcajada. – No tiene gracia. Yo no soy así. Y acabo de tener una alucinación. Lo he visto ahí, en la calle.

- ¡Oh, querida! ¡Luna sigue viva ahí dentro de esa carcasa de mujer hueca que veo! ¡Cuánto me alegro! – Me abraza.

- Pues no sé de qué.

- ¡Mira que eres idiota! ¡Ese pedazo de tío te ha planteado una cita frente a mis narices y le has dado calabazas! Y ahora me entero de que te pone cachonda. ¡Boba!

- Ana, no hables así de mí. – Salgo de su ascensor molesta y entro en su piso. Me tiro sobre el sofá y me cruzo de brazos.

- No tiene nada de malo, ¿sabes? Que uno de los tíos más buenos del planeta te ponga cachonda no es ningún pecado. – Me sermonea. Le fulmino con la mirada.

- ¡Ana!

- ¡¡¡Qué!!! ¡Hazme el maldito favor y fóllate a Tristan Moore! Porque si no lo haces tú lo

haré yo. Pedazo de imbécil. ¿Lo has visto bien? ¡Y le gustas! ¡No entiendo cómo ha sucedido ese milagro, pero le gustas! ¡Tú!

- Oh, dios... Y le he dicho que no... No voy a tener la misma suerte dos veces. – Mi ánimo se desploma y me tapo la cara con las manos avergonzada de mi conducta reciente con él. – Le he dicho que no a Tristan Moore. Le he dicho que no a Tristan Moore... – Repito sin cesar para castigarme.

- Anda ven. – Me dice tendiéndome la mano. La miro sin comprender. – Te voy a poner explosiva por si vuelve hoy por la cafetería.

Aunque me niego en varias ocasiones Ana se sale con la suya. Me presta una camiseta suya negra bastante entallada y escotada. Me hace ponerme unos vaqueros suyos negros muy entallados y me maquilla a conciencia. Cuando hemos terminado son las seis de la mañana y en una hora tenemos que empezar nuestro turno de trabajo. Al mirarme al espejo no me reconozco. Sigo yendo en ropa de trabajo, pero, me ha sacado todo el partido posible para esta ropa y, me veo por primera vez en mi vida guapa.

Hoy es viernes. El día de más trabajo en la cafetería. Mañana sábado no trabajamos, ni el domingo tampoco. Es lo bueno de trabajar en una zona de oficinas, que los fines de semana cerramos porque no hay movimiento.

Paso la mañana mirando hacia la puerta, por si lo veo venir. Estoy ansiosa por verlo de nuevo y hasta busco su foto en Internet en mi móvil alguna vez. Suspiro al verlo. ¡Qué guapísimo es! ¡No es de verdad!

Hoy mi ánimo está por las nubes a pesar de la ruptura con Juan, algo que nunca imaginé que pasaría. Siento una extraña liberación en mi interior, a pesar de que soy consciente de que esto no ha terminado todavía. Creo que Tristan Moore es el culpable de que esté dejando vía libre a mis ilusiones. Espero no estar cometiendo una locura.

Jaime está desaparecido esta mañana también. Algo positivo. Ana y yo bromeamos sin cesar y el trabajo se hace más ameno cuando mi jefe no está.

Hasta me siento diferente con Gabi y Leo. Bromeo con los chicos constantemente y eso es algo que hace cuatro años que no hago. Nunca se me ocurriría bromear con hombres cuando estaba con Juan. Una vez lo hice con su amigo de la infancia, porque pensé que él era como de la familia para Juan, y me llevé una cachetada enorme al llegar a casa. Aunque luego me premió cubriéndome de besos... Pero esa Luna no soy yo. Ha existido esa mujer indecisa e insegura con los hombres, no lo voy a negar, durante cuatro años. Pero no por voluntad propia. Hoy me he dado cuenta que he sido esa persona asustadiza de todo por imposición. Juan me obligó a ser quien no era. Y esa es otra razón más para que admita que eso que teníamos no era amor. Él amaba a una Luna ficticia, que nunca existió. Juan me programó para que fuese quién él quería que fuera y... yo acepto mi parte de culpa por dejarle hacerlo.

Aunque toda mi convicción se desvanece cuando recibo un enorme ramo de rosas rojas y veo que en la tarjeta pone el nombre de Juan.

Con manos temblorosas la abro y leo su contenido.

“No sé vivir sin ti. Por favor, vuelve. Perdóname. Seré el mejor novio que puedas imaginar. Te amo, Luna.”

Las lágrimas amenazan con salir. Le estoy haciendo daño a Juan, la única persona que he tenido a mi lado siempre. Y él tampoco tiene a nadie más. ¿Estoy siendo cruel? ¿Debería darle otra oportunidad? Pienso mientras miro el ramo tan maravilloso y apenas soy consciente de las palabras de Ana a mi lado que me insiste en que eso es sólo un chantaje emocional.

Entonces, levanto la mirada, y lo encuentro a él en la puerta. El hombre por el que suspiro. El motivo por el que hoy sigo en pie y de una sola pieza. Tristan Moore me mira y suspira cuando ve el enorme ramo que tengo en las manos.

- ¡Joder, dame esto! – Ana me quita el ramo de las manos y lo esconde en un lugar poco visible. – No lo espantes más, hazme el jodido favor. – Me advierte.

No separo mis ojos de Tristan. Él tampoco de mí. Hasta que un compañero de set le dice que se siente junto a él y desvía su atención hacia sus acompañantes.

¡Está guapísimo! Vestido de traje, pero con una camisa blanca desabotonada por la parte superior. Salgo del mostrador rápidamente y decidida a atenderles yo.

- Buenos días. – Saludo. Me mira y sonrío. Él me dedica media sonrisa. – ¿Café solo doble? – Le pregunto a él primero y lo hago en inglés. Parece sorprendido y asiente. - Muy bien, ¿con tostadas con aceite y tomate?

- Sí, por favor, Luna. – Contesta sonriente. Lo anoto feliz. Pregunto al resto y voy anotando sus pedidos.

- En seguida vengo. – Voy rápidamente a la cocina a informar de las comandas y comienzo a prepararlo todo con sumo cuidado. Siento sus ojos clavados en mí en todo momento y eso provoca un calor desconocido en todo mi cuerpo. Me sonrojo y sonrío sin cesar. Cuando todo está listo lo llevo a la mesa y sirvo a Tristan primero. – Aquí tienes, Tristan. – Me tomo la libertad de llamarlo por su nombre de pila. Quiero que sepa que no soy indiferente a sus encantos para nada. Él me mira y traga saliva. ¡Creo que me está mirando el escote!

- ¿Estás tan atenta conmigo porque te estás planteando mi proposición? – Me pregunta en el oído y en español. Me aclaro la garganta y lo miro fijamente. – Te aseguro que si me das una noche no te arrepentirías jamás.

- ¿Y qué pasa si quiero dos? – ¿Eso lo he dicho yo? Tristan se sorprende más que yo aún.

- ¿Quieres dos noches? – Pregunto.

- Al menos quiero ser yo la que mande durante una noche. Y, por cómo has planteado tu oferta, deduzco que tú quieres lo mismo. Porque eres muy mandón. – Sonríe.

- ¿Tú? ¿Mandar sobre mí? – Me muerdo el labio me incorporo y suelto una risita nerviosa. No soy capaz de continuar con esta conversación. Así que me vuelvo a la barra, donde me siento más segura e intento que el color rosado de mis mejillas se esfume. – No me has contestado y no me gusta que me esquives la mirada. – Me dice muy serio y me asusto al verlo de nuevo frente a

mí.

- Sí, quiero mandar sobre Tristan Moore una noche. ¿No te gusta mi contraoferta? – Desde luego mi parte decidida ha salido cuando más la necesito. Aguanto como puedo su mirada y ni pestañeo.

Pero me he dado cuenta de que eso mismo es lo que necesito. Volver a ser la chica que un día soñé con ser con los hombres. Y él es el mejor hombre del planeta con quien soñar serlo. Aunque sea una noche.

- Es la primera contraoferta que he recibido en mi vida. – Contesta con una sonrisa pícaro. – Y me encanta. Dos noches. Una tuya y otra mía. Para hacerte lo que yo quiera. – Casi no puedo respirar. Las piernas me tiemblan. El aire me abrasa los pulmones.

- Lo mismo digo.

- ¿A qué hora sales de trabajar? – Joder. ¿Hoy? ¡No estoy preparada para hoy! Maldigo mi recién estrenada osadía. Todavía no sé cómo combinarla con mi falta de seguridad con los hombres.

- Mañana. – Digo muy seria.

- ¿Por qué no hoy? No quiero esperar a mañana para tenerte en mi cama, desnuda, excitada, deseándome dentro de ti. Hacerme esperar otro día es cruel. – Pone una cara muy tierna de desamparo.

- Mañana. – Vuelvo a repetir y trago saliva ante la descripción que me ha ofrecido de los hechos. Tristan me mira de arriba abajo, inhala aire con fuerza y lo expulsa poco a poco mientras sus ojos siguen recorriendo mi cuerpo.

- No suelo esperar tanto cuando quiero algo. Déjame sólo pasar un rato contigo hoy, como anticipo. Algo con lo que pueda conformarme a esperar unas horas más para hacerte todo lo que tengo en mente.

- Si quieres verme hoy iré yo a buscarte. – Digo y parezco convencida. Hasta yo me lo creo. Tristan levanta una ceja. No comprende. Yo sí. No me extrañaría nada encontrarme a Juan a la salida de mi trabajo y no quiero mezclar a Tristan con eso. Es mi problema.

- ¿Aparecerás?

- Iré. Pero nada de sexo hoy. – Maldita sea Luna, estás loca. Tengo ganas de reírme de mí misma.

Tristan me mira como si hubiese perdido un tornillo. Si no acepta no hay trato. No puedo acercarme aún a él de esa manera. Tengo mucho miedo por culpa de Juan y tengo que quitármelo poco a poco.

- ¿Nada de nada? – Me pregunta con una voz tan seductora que se clava entre mis muslos y tiemblo. Su mirada me hace vibrar. ¡Es en serio! ¡Quiere sexo conmigo!

- Nada. Así que tú dirás. – Suspira y vuelve a recorrerme con la mirada. Me pone histérica,

sin embargo, aguanto el tipo.

- Vale, pero ven con un vestido. Quiero ver tus piernas, al menos. Quiero soñar esta noche con todo lo que voy a hacerte. – Voy a replicar, pero posa un dedo en mis labios y me calla. – No protestes o te comeré esos labios carnosos tan apetecibles aquí y ahora sin importarme el público. – Joder. – Hotel Verona. Te espero en el hall a las siete y media. No se te ocurra llegar tarde. – Se besa el dedo que ha tenido sobre mis labios, se gira y se sienta de nuevo en su silla.

Estoy patidifusa. ¿Qué ha pasado? ¡Que le he dicho que sí a dos noches de sexo con él! ¡Dos noches en las que Tristan Moore será sólo mío! ¡Guau! Y... una de esas noches tengo que mandar yo. ¡Estoy totalmente colgada! ¿Y qué le ordeno que haga? ¡Ay dios! Me tapo la cara con las manos y abro poco a poco los dedos para convencerme que es verdad lo que acaba de pasar. Que Tristan Moore está ahí sentado y acabamos de acordar una primera cita. O... anticipo, como él lo ha llamado. Y lo veo ahí, más sonriente que nunca con sus compañeros y... me hago líquido con sólo verlo.

La hora y media que paso mirándola embobada desde la barra de la cafetería pasa endemoniadamente rápida y lanzo todo tipo de maldiciones cuando me piden la cuenta de su mesa.

- Aquí tiene. – Le digo al hombre que considero el director tendiéndole la cuenta. Noto la mirada de Tristan clavada en mi escote cuando me agacho. Nunca he temblado así, sólo cuando Juan me asustaba, pero era diferente. Al pasar por su lado siento su mano recorrer mi brazo hasta aferrarse a mi antebrazo. Lo miro y ahogo un gemido de sorpresa. Tira lentamente de mí para que me agache y pueda decirme algo al oído.

- No puedo dejar de mirarte e imaginarme todo lo que te haría. No llegues tarde, por favor. Me muero por estar contigo a solas un rato. – Se me escapa una risita nerviosa. Me mira intensamente, mordiéndose el labio y agacho la mirada porque esa mirada tan lasciva es insoportable. Pero Tristan tira de mi barbilla para que lo mire de nuevo. Lo hago con mucho esfuerzo. Pasa su pulgar por mi labio inferior y me hago líquido por dentro. Siento que todo mi cuerpo se estremece, en especial esa parte de mí situada en el vértice de mis muslos.

- No llegaré tarde. – Prometo y él asiente embobado mirando en dirección a mis labios que le ofrecen mi promesa.

Me separo de él mareada por todas las sensaciones que se agolpan en mi cerebro y, mientras me separo, siento su mano acariciar la mía hasta que nuestros dedos irremediablemente se separan. Pero la corriente eléctrica que han activado en mi piel perdura incluso después de su contacto.

Cuando al fin veo irse Tristan Moore comienzo a dar saltitos de alegría y euforia. No voy a perdonar en mi vida haberme prohibido esta sensación tan abrumadora durante cuatro años de mi vida.

Le cuento todo a Ana en la cocina, durante unos minutos de tranquilidad que vivimos en la cafetería y ella reacciona igual que yo; dando saltitos y palmeando sin cesar. Ambas emitimos grititos ridículos y cargados de emoción e ilusión.

Gabi, sin embargo, me dedica una mirada de entierro muy poco reconfortante. Sé que a él le

hubiera gustado tener la oportunidad de hacerme olvidar a Juan cuando lo mío con Juan terminara. Y ahora que lo ha hecho, apenas ha tenido la oportunidad ni de proponerme una cita. Pero no descarto hacerlo yo misma cuando Tristan Moore salga de mi vida. Dos noches pasan rápido...

Me deprimó en seguida ante la idea desde el momento que se cruza por mi cerebro.

- ¡Maldita cabrona con suerte! ¡Dos noches nada más y nada menos con Tristan Moore! – Grita Ana, pero mi rostro ahora refleja preocupación. – ¡Qué! ¡Ni se te ocurra echarte atrás! ¡¿Me oyes?!

- ¿Y si me gusta?

- ¡Por el amor de dios! ¡¿Cómo no te va a gustar?! ¿Lo has visto bien? Ese hombre es para rechupetearlo de arriba abajo. – Pero en ese momento Ana comprende mi preocupación. – Oye, sé lo que quieres decir. Pero, siempre dicen que es mejor haber amado y perdido que no haber amado nunca. Eso en tu caso es todavía más importante. Necesitas conocer lo que es un hombre de verdad. Por lo menos te servirá para abrir los ojos del todo sobre lo tuyo con Juan. – Asiento mirando al ramo de rosas de Juan, que está escondido justo aquí, en la cocina. – Tienes que aprovechar lo que la vida te ofrece, Luna. Nadie lo hará por ti. Sólo puedes hacerlo tú. Y una oportunidad de vivir algo así no sucede todos los días. ¡Hasta la Cenicienta era más valiente que tú en eso! Y eso que ella no tenía dos noches como tú, pedazo de guarra. – Ana hace que me ría de nuevo. Aunque otra preocupación se cruza por mi cabeza.

- ¿Y qué demonios le ordeno que haga la noche en la que yo tenga el mando? Porque creo que eso le ha creado unas expectativas bastante importantes, Ana. ¡Estoy cagada de miedo! – Ana asiente, comprensiva, y me susurra en el oído.

- Ordénale que haga cosas que sólo un hombre loco por ti haría. Haz que crea que estáis hechos el uno para el otro por una noche entera. Desquícialo. Y, de camino, hazle bajar al sótano. – Abro los ojos cuando comprendo que se refiere a que me haga un cunnilingus. – Porque mucho me temo que te tocará chuparle la polla a él cuando Tristan mande. – Me horrorizo sólo de pensarlo.

Cada vez que se lo he tenido que hacer a Juan era porque estaba enfadado conmigo y me amenazaba con que no me perdonaría si no se la chupaba. Lo único ventajoso de eso ha sido que me he hecho toda una experta en sexo oral. Mi vía de escape era que Juan se corriera pronto, terminase exhausto y se quedara dormido como un tronco tras la felación.

- Tengo que ordenarle cosas que haría un hombre que estuviera loco por mí. – Repito.

- Sí. Y eso no incluye a Juan. Ese no está loco por ti. Ese está loco sin más. – Asiento mientras miro a mi amiga todavía asustada. – Tenemos que ir a comprarte un vestido. – Me informa. Vuelvo a asentir como un robot. – ¡¡Ay!! ¡¿Qué ilusión!! – Ana me abraza y yo me debato entre abrazarla también o echarme a llorar de miedo.

El turno termina y Jaime, mi jefe, me pide que vuelva a doblar el turno por si vienen los actores de nuevo. Yo esta vez me niego en rotundo. ¡Tengo una jodida cita con Tristan Moore! Y le miento a mi jefe, afirmando que he escuchado que hoy viernes no rodarían por la tarde. Así que me deja libre. ¡Menos mal!

Ana y yo salimos cagando leches, porque vamos a ir de compras antes de llegar a su casa. Sin embargo, me freno en seco cuando veo a Juan esperándome apoyado sobre su adorado Seat León rojo y mirándome con cara de perrito abandonado. Ana también lo ve.

- ¡Vamos! – Ana tira de mí intentando evitar lo inevitable. Juan no se va a dar por vencido. – ¡Olvídate de ese imbécil! – Le hago caso a Ana con poca fe de que sirva de algo.

- ¡Luna! – Juan me llama. Aprieto los ojos y trato de ignorarlo. – ¡Luna, por favor! – Jamás había escuchado la voz de Juan tan amedrentada. – Te lo suplico, escúchame un segundo. – No puedo continuar. Me freno en seco y escucho la maldición que me lanza Ana. Me giro y lo enfrento.

- ¿Qué quieres?

- Nena, ¿qué he hecho esta vez para que me hagas esto? No ha pasado nada grave para que me tortures de esta manera. – Siento sus palabras como docenas de puñales atravesándome el estómago. Yo guardo en mi mente todas y cada una de las cosas graves que han pasado en nuestra tormentosa relación.

- ¿Tú no deberías estar trabajando? – Pregunto simplemente.

- Luna, vamos. – Me pide Ana y yo le suplico que me dé un par de minutos. Pone los ojos en blando y se cruza de brazos para esperar. Sé que va a cronometrarlos.

- No he ido. No puedo ir así. – Miro a los ojos de Juan y comprendo a qué se refiere. Siempre me lo ha ocultado, pero yo sé que a veces se ha drogado. Pero nunca he podido culparle de ello porque no he tenido las pruebas suficientes. – Vuelve conmigo, nena. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Nadie te va a amar como yo.

- ¡Eso espero! – Le grita Ana. – De hecho, ese es el plan. – Juan la fulmina con la mirada y se muerde la lengua para no escupirle alguno de sus improperios. Me sorprende. Juan nunca se calla.

- No te he hecho nada esta vez, Luna. – Vuelve a insistir.

- Quizá tú lo ves así. Intentar sacarme a la fuerza de mi trabajo delante de todo el mundo para mí sí es algo. Es mucho. Y tampoco quiero volver para estar preguntándome día tras día cuándo será la próxima vez que me grites, me insultes o me obligues a tener sexo castigador contigo. – Por primera vez en mi vida pronuncio delante de Juan todos mis miedos, todos mis sufrimientos.

Siempre pensé que cuando se los echase en cara sería mi fin. Para mi sorpresa, Juan agacha la mirada, incapaz de mantenérmela, y comienza a llorar como un niño. No puedo evitar sentir compasión por él. He sido como su madre durante cuatro años. He dependido física y emocionalmente de este hombre durante los años más duros e importantes de mi vida. Pero era una dependencia dañina y dolorosa. Destructiva. Para ambos.

- No me dejes. – Lloro y gime como no lo he visto nunca hacerlo.

- Se acabaron los dos minutos. – Ana me informa y tira de mí. Lo agradezco, porque yo soy

incapaz de moverme por mí misma. Ni siquiera soy capaz de mirar al frente mientras me alejo de él. Nuestros ojos mantienen el contacto durante un largo rato y dejo ahí, desvalido y solo, al hombre al que he intentado salvar de sus demonios internos durante más tiempo de lo sanamente recomendable.

- ¿Qué te parece este vestido? – Despierto del trance de golpe y estoy en un probador de una tienda de ropa, con Ana. – ¡Luna! ¡Vuelve a la tierra! ¡Hoy tienes una cita con Tristan Moore!

- ¡Joder! – Aterrizo en mi realidad súbitamente al oír eso. – Sí, sí, centrémonos. – Me obligo a pensar. Entonces me miro en el espejo. – ¡Ana! ¡Esto es un disfraz de furcia! – Le regaño.

- ¡No vas a ir hecha una monja! – Me regaña.

- No, pero una furcia tampoco. Habrá un término medio. ¡Éste! – Le digo señalando un vestido que tiene un corte de princesa, con una falda voluptuosa, pero corta, como Tristan me pidió.

- Mmmm, no sé. Ese da un mensaje de niña buena que...

- ¡Es perfecto! – Le digo. Salgo con dificultad del vestido en el que estoy embutida y me pruebo el precioso vestido color vino tinto que he señalado antes. Y es un acierto. Me queda como un guante. Entalla mi cintura, proyecta el volumen de mis senos y me hace una figura agraciada. – Creo que sí... – Susurro mirándome. – Pero es corto.

- ¡Estás increíble, Luna! – Ana me mira desde atrás con cara de admiración.

- ¿De verdad?

- Impresionante. ¡Sí señor! Tienes razón, éste es más tú. Ya dejaremos las extravagancias para la noche de sexo loca. – Trago saliva. – ¡Ahora los zapatos! Y también deberíamos comprarte algo de lencería atrevida. – Sugiere Ana.

- Estoy mareada. Tengo que sentarme un segundo.

- ¡Déjate de historias! ¡Vamos!

Ana me arrastra por las tiendas. Creo que el vestido es lo único que me deja elegir a mí. Me llevo unas sandalias de tacón negras con alguna incrustación de piedras brillantes que son monas y, según mi amiga, combinarán con todo lo que me ponga. También elige un conjunto de sujetador y tanga que son casi del mismo color que mi nuevo vestido y, para la noche de sexo, ha elegido un vestido gris perla entallado de punto, pero de un largo aceptable, pues me llega hasta las rodillas. Aunque da igual, parece como una segunda piel y ensalza cada curva de mi cuerpo. También ha cogido una americana negra para ese vestido y un conjunto de ropa interior negro que prefiero no mirar mucho o me caeré en redondo al suelo de pensarme con eso puesto, sólo con eso puesto, frente a Tristan Moore.

En casa de Ana me dejo mimar por ella. Me peina con un bonito recogido, aunque con

algunos de mis rubios rizos cayendo alrededor de mi cara. Me maquilla los ojos y me sorprende enormemente el resultado. La sombra marrón oscura hace que mis ojos parezcan más claros. Sobre los labios aplica labial rojo. Según ella es el mejor color para unos labios gruesos y bonitos como los míos. Y hoy, el mejor día para llevarlo puesto, ya que hoy no vamos a tener sexo. A Ana le ha parecido muy bien esa idea de cita sin sexo. Dice que puedo usarla para seducirlo, para subir la tensión sexual entre los dos, para gustarle un poquito más.

A mí todo eso me parece surrealista.

A las seis y media estoy lista. Aunque creo que me va a dar un ataque al corazón.

- Por favor, no me dejes ir sola. Acompáñame, te lo suplico. – Le pido a mi amiga.

- Mírate, pareces una princesita. Vamos, te acompañaré. Por si acaso el capullo de tu ex le da por perseguirte. – Me estremezco. – Ups. No debería recordártelo. ¡Vamos!

TRISTAN

Estoy hecho un flan. No recuerdo haberme puesto tan nervioso antes en una cita con una mujer. Pero tampoco recuerdo una situación tan rara como ésta con otra chica. Siempre he ido directo al grano; he propuesto sexo y han aceptado en el acto.

Puede que la dificultad añadida que Luna ha traído consigo haya aumentado mis expectativas. Y también lo poco que disfruté de mi encuentro con Nika.

Hoy he tenido que darle largas a mi compañera de rodaje, que me ha ofrecido pasar la noche en su habitación. Menos mal ha aceptado mis excusas sin ponerse nerviosa ni alterada.

Mi reputación con las mujeres me precede y ella la conoce bien. Sabe que yo no tengo más que ligues de una noche.

Aunque con Luna tengo pactadas dos noches. Y eso, contra todo pronóstico, me hace sonreír.

Es la primera vez que voy a dejarle a una mujer darme órdenes en el sexo, y me muero por saber qué órdenes serán las de Luna. Es un aspecto nuevo a conocer sobre una mujer que nunca me había planteado. Pero me gusta.

Miro mi reloj por enésima vez: las siete y veinticinco. ¿Todavía? ¡Si hace por lo menos veinte minutos eran las siete y veinte! Decido que me voy a sabotonar el botón superior de la camisa blanca que llevo. Me siento incómodo. Me incomoda esperar.

Lo bueno es que no he sentido las náuseas en ningún momento, así que estoy tranquilo en ese aspecto. Estoy a salvo. Pero no me siento al cien por ciento yo mismo. Aunque no es una sensación molesta. De modo que voy a disfrutar de mi juego con Luna y a hacerle disfrutar a ella también.

Noto el móvil vibrar en mi pantalón. Lo miro y veo que es mi representante, Joe. Le doy a colgar, ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en trabajo. Sólo la tengo en cómo convencer a Luna de echar al menos un polvo hoy. Uno que sacie un poco mis expectativas, porque no me gusta sentirme ansioso. Llevo muy mal la ansiedad. Eso me recuerda que no he cogido mis pastillas. Mierda.

Creo que me da tiempo en un par de minutos a subir a la habitación a por ellas.

Pero, simplemente no puedo.

Me quedo clavado en el sitio cuando veo aparecer a ese ángel caído del cielo por la puerta principal del hotel Verona. Dice con su mano adiós a alguien y me sonríe, tímida, preciosa. Luna me sonríe con su ser. Todo su cuerpo parece contento de verme. Sus ojitos ambarinos hoy resultan alegres y chispeantes. Sus increíbles labios sonríen de un rojo atractivo y delirante que te invita a morderlos como si de una fruta prohibida se tratase. Y su cuerpo... ¡oh, joder! Tristan, ¿te habías

fijado en esas curvas? ¡Cómo cojones ha conseguido esconderme ese cuerpazo de infarto! Mi polla también se estremece al verla.

Se acerca andando con cierto nerviosismo sobre esas piernas de infarto. ¿De verdad no voy a poder tocarla hoy? No puede ser que sea tan cruel. Ella debe saber lo buenísima que está y lo que me hará sufrir no poder degustarla.

- Hola. – El terciopelo de su voz hace que otra vez me estremezca de pies a cabeza. Me habla en inglés. Con lo que me gusta su acento hablando inglés. Decido continuar en ese idioma. Si es que logro encontrar mi voz.

- Emm... ¡Guau! – Consigo decir. – ¿Quién eres tú y que has hecho con la camarera de mis sueños eróticos? – Se ríe y me pierdo en sus labios.

- Tú también estás muy guapo. – Señala y me muerdo el labio. Sí que me gusta ese acento suyo en inglés. Es muy sexi. – ¿A dónde me vas a llevar?

- Tenemos un reservado en el restaurante de este hotel. – Le informo sin creerme lo que veo todavía frente a mí. – No quería estropear el poco tiempo que tenemos juntos con alguna fan enloquecida que interrumpa la velada. Estaremos más tranquilos. Si lo ves bien. – Asiente comprensiva. Qué bonita es. No me canso de mirar ese rostro. – ¿Vamos? – Le tiendo mi brazo como buen galán de película romántica y ella sonríe mientras se agarra a él.

- Vamos. – Dice conforme.

Siento su calor en mi cuerpo, traspasando la tela de mi chaqueta, y siento su embriagador aroma colmando mis sentidos. Camina contenta a mi lado y no para de sonreírme. Me hace sentir gigante, y sólo voy a invitarla a cenar. Nada más.

Un camarero nos conduce al reservado del restaurante, una pequeña sala con una lámpara de araña que emana destellos por toda la habitación, una mesa en el centro y dos sillas. Le sostengo su silla para que tome asiento y me siento frente a ella. No puedo dejar de mirarla.

- Es injusto. – Digo.

- ¿Qué cosa? – Pregunta curiosa.

- Que estés tan irresistible y no pueda tocarte.

- Podrás vengarte cuando sean tus reglas las que dominen nuestro encuentro. – Me dice con osadía, pero a la vez tímida.

- Tú vas a hacer uso de tus reglas en dos ocasiones. Yo sólo en una. Es juego sucio.

- ¿Quieres que te invite yo a cenar otro día bajo tus reglas? – Me propone.

Eso son cuatro citas con la misma mujer. Pero mis sentidos de alerta no se han activado. No me está pidiendo una relación. No me está presionando. Me está sólo proponiendo alargar más nuestro emocionante juego. Sopeso la pregunta.

- Sí. Sí que quiero. – Contesto con rapidez embobado con su hermoso rostro. – Creo que eso sería poner las cosas en tablas, ¿no te parece? – Ella dice que sí y parece feliz. Yo también lo

estoy. Me gusta estar con ella. – Pues mañana pasarás la noche conmigo y mandarás tú. El viernes que viene me invitarás a cenar tú y serás toda mía durante ese viernes y el sábado siguiente. – Sentencio. Ella abre los ojos como platos.

- ¿Mañana? – Confirmo con la cabeza. – ¿Y mandaré yo? – Vuelvo a confirmarle. No parece muy contenta. Creí que tenía ganas de mandar sobre mí, y he de admitir que me excita la idea. – ¿Por qué no mandas tú primero? – Pregunta con timidez.

- Por tres motivos: Primero: porque estoy impaciente por complacer tus órdenes. – Le informo levantando un dedo. – Segundo: porque voy a ser implacable contigo y vas a necesitar un poco de entrenamiento para ello. – Le digo levantando el segundo dedo. – Y tercero: porque así tendré más información de lo que te gusta y lo que te vuelve loca. – Termino mi explicación con mi tercer dedo en alto. Ella ladea la cabeza.

- Eso también es juego sucio.

- Puede, pero es mi juego. – Digo con cara de sobrado. Ella arruga la frente. – Vamos, alguna ventaja tiene que tener que yo me haya arrastrado tanto para poder verte a solas. – Su cara no refleja la comodidad que yo quisiera ver. – ¿Te ha molestado algo de lo que he dicho?

- Dices que vas a ser implacable conmigo. – Confirmo con mi cabeza lentamente sin entender a dónde quiere llegar. Claro que quiero serlo. Quiero arrancarle gritos de placer infinito y quiero embeberme de ella todo lo posible. – No quiero que me haga daño. – Suplica. Frunzo el ceño sin comprender.

- Y por supuesto que no voy a hacértelo. Yo tampoco querría algo así. – ¿Por quién me toma? Suspira aliviada. – Luna, quiero disfrutar de ti y quiero verte disfrutar a ti. Como una loca. Será una experiencia extraordinaria para los dos.

- Nunca he tenido sexo con un desconocido. – Confiesa y agacha la mirada.

- Mírame. – Le ordeno. Lo hace y me relajo al ver sus ojos de nuevo. Un camarero sirve dos copas de vino blanco que he pedido para acompañar la cena. – Creo que no soy un desconocido para nadie en este mundo. Estás con Tristan J. Moore, Luna. Sólo con poner mi nombre en Google obtendrás más información de mí y de mi vida de lo que yo mismo sé. Soy yo quien se expone contigo. – Levanta una ceja. – Sí, no sé cuántas citas he tenido en las que me han grabado, fotografiado o entrevistado para después vender la información a la prensa rosa.

- ¡Eso es horrible! – Exclama y parece que lo dice en serio.

- Así es la gente, Luna.

- Yo no pienso hacer eso. – Promete. En ese momento el camarero vuelve a llegar con los platos de langosta que he pedido y un ceviche de marisco para los dos. Luna mira el plato con estupor. ¿Me habré pasado de extravagante? Sólo quería darle lo mejor. Estoy seguro que ella no tiene muchas opciones para comer esta delicia.

- Lo hagas o no, voy a arriesgarme. Quiero mi noche contigo a mi entera disposición. – Digo con convicción.

- ¿Tu noche? ¿No eran dos? – Medito. ¿Me está pidiendo más? – Vale, pues tu noche. – Dice sonriente y se encoge de hombros. Vale, no me estaba pidiendo más.

- Mi cena y después mi noche. Eso son dos noches sí. – Le confirmo. Luna trocea una porción de su langosta y se la introduce en la boca con una sensualidad pasmosa y emite un gruñido de placer que hace que se me erice el vello de todo el cuerpo. Me aclaro la garganta y me muevo incómodo en mi silla. – No hagas eso.

- ¿Comer? – Pregunta confundida.

- Relamerte así. Ni... el sonidito ese, por lo que más quieras. – Suplico. Bebo un poco de vino y pruebo a comer algo a ver si se me pasa el acaloramiento tan repentino. – Sabes perfectamente de qué hablo. – Le acuso. Ella no contesta. Pero vuelve a hacerlo y esta vez pellizca el tenedor con sus blancos dientes. Siento un latigazo de placer en la polla. ¿Tan desesperado estás, Tristan? Nunca me había empalmado con una acción tan cotidiana – ¡Luna!

- ¡Qué! ¡No quiero dejar la marca del pintalabios en el tenedor! – Se defiende aguantando una risa traviesa. Vuelvo a tragar vino y pido al camarero que me rellene la copa.

Es toda una grata sorpresa su osadía. Parece a veces tan tímida y otras tan decidida que me confunde.

Paso un rato de lo más amargo observando esos labios degustar tan lenta y exquisitamente la comida, escuchando sus sordos gemidos de placer que se apoderan de mi cuerpo hasta concentrarse todos ellos en mi entrepierna. O cuando veo como su garganta traga el vino y se limpia con la lengua los restos que han quedado sobre sus labios. La peor parte es cuando viene el postre. Fresas con helado de chocolate. Casi no puedo prestar atención a lo que me cuenta, y eso que me resulta hasta interesante. Pero no puedo dejar de imaginarme esos gruesos labios alrededor de mi polla o gimiendo de placer mientras la penetro con ganas.

¿Qué cojones me pasa?

Entonces me acuerdo de que no he tomado mis pastillas y puede que por eso esté más activo de la cuenta.

Pero, viendo el resultado que provoca en mí, creo que voy a prescindir de ellas hasta que me folle a Luna, estoy seguro de que así será mucho más placentero si todos mis sentidos están tan sensibles.

Lo estoy pasando tan bien y a la vez tan mal que la combinación de esas dos sensaciones perfectamente equilibradas resulta en un placer intensísimo y desconocido que me hace olvidarme del mundo y, por unas horas, hasta del pequeño problema que tengo.

La cena termina y mis ganas de seguir en su compañía todavía no están saciadas.

- ¿Qué quieres hacer ahora, ama? – Me meto en el papel de hombre sumiso y ella sonríe.

- Bailar. – Responde con una preciosa sonrisa que aviva mi espíritu. Ella también quiere continuar con la velada. ¡Genial!

- ¿Bailar?

- Sí. Hace años que no lo hago y me encantaría hacerlo.

- Pues sus deseos son órdenes. – Me levanto y le tiendo la mano. – Sólo espero que no nos interrumpen mucho. – Comento pensando en que, como siempre que salgo a bailar, alguna fan siempre se entromete para hacerse fotos y demás gilipolces.

- Podemos ir a un sitio donde no nos interrumpen. – Dicen esos sensuales labios con una sonrisa pícara contenida y yo me muero por saber qué trama.

- No deseo nada más en el mundo. – Beso su mano sin dejar de mirarla. – Cargad la cena a mi cuenta. – Le pido al camarero que asiente. Enlazo mis dedos en los de Luna y la llevo de la mano hacia el hall del hotel. – Pediré un taxi. – Le digo.

- No. Llévame en tu coche. – Me ordena y no puedo negarme ante su petición, aunque no debiera porque he bebido.

Entre los dos nos hemos bebido botella y media de vino. Creo que está un poco achispada por el vino y perdiendo la timidez. Me ha ordenado eso mientras deslizaba su dedo por mi torso y me ha vuelto a encender de forma delirante.

- Cómo deseas. Subamos a por la llave de mi coche a mi habitación. – Le digo y la llevo de la mano al ascensor.

En el ascensor me la como con la mirada, pero me comporto porque hay más gente en este minúsculo espacio. Ella también me mira con deseo, o eso me parece. Es tan arrebatadora... y tan natural...

Abro la puerta de mi habitación y le digo que pase con mi mano. Lo hace y vuelve a parecer temerosa. Nada más entrar se queda mirando la enorme cama fijamente mientras se muerde el labio inferior. ¡Sal de aquí Tristan, o vas a acabar rompiendo tu promesa de no tocarla!

Me pongo de frente a ella, muy cerca, obligándola a mirarme a mí y no siga mirando la cama. Lo hace, pero, para mi tortura, enfoca su ambarina mirada en mis labios. Voy a besarla, no aguanto más. Eso no es sexo, ¿no? Acercó lentamente mis labios a los suyos, hasta que siento su aliento cálido sobre mi piel.

- Nada de sexo hoy, esclavo. – Susurra provocadoramente y roza con sus labios los míos. Aprieto los ojos frustrado. Es una dulce tortura, pero comienza a ser dolorosa en cierta parte de mi cuerpo.

- ¿Ni siquiera un beso inocente? – Pregunto sujetando su cuello y decidido a comerle esa impresionante boca en cuanto me dé permiso para hacerlo.

- ¿Podrás pararlo luego? – Pregunta con una voz aún más seductora y entrecerrando los ojos con esa mirada felina tan sensual.

- No. – Contesto con sinceridad.

- Entonces llévame a bailar. – Apoyo mi frente en la suya y suspiro sin parar. Intentando encontrar las fuerzas para dejarla salir de mi habitación sin haberla degustado.

Pero ella manda. Así que me consuelo pensando que ya me vengaré de su dulce tortura cuando llegue mi momento y le señalo con la cabeza que salga. Si ella sale podré mover mi cuerpo en dirección al exterior.

Y eso hace. Sale y le sigo como un perro faldero hacia el ascensor.

Cuando llegamos a mi Porche negro ella se queda boquiabierta al verlo bien. Es un coche muy bonito, sí. Tengo casa a las afueras de Madrid y este es uno de los coches que uso cuando estoy en este país.

Luna se sorprende de que yo tenga casa aquí. Le explico que me he criado aquí con mi tía y compré esa casa sobre todo para estar cerca de ella y de mi hermana pequeña, que siguen haciendo vida en Madrid.

No le digo que tengo otra casa en L.A. bastante más grande que la de Madrid y un apartamento en N.Y. Ya tendré tiempo de impresionarla con esos detalles menores más adelante.

- Toma. – Le lanzo las llaves de mi Porche. Ella las agarra en el aire como si quemasen.

- ¿Qué haces?

- Tú mandas. Tú me llevas. – Me encojo de hombros. – ¿Estás bien para conducir? – Ella pestañea unas cuantas veces mirando las llaves y sisea un sí apenas audible. – Pues vamos. – Me siento en el asiento del copiloto. Pero Luna está todavía fuera del coche aturdida. – Ama, vamos a bailar. – Le digo y al fin me mira. Me relaja cuando conectamos visualmente.

- ¿Y si lo arañó? ¿Y si...

- Es sólo un coche. Vamos. – Al fin entra y comienza a reírse como una niña pequeña el día de navidad delante de un montón de regalos.

Esa reacción es la que quiero ver.

- Vamos. – Dice con entusiasmo. Le sonrío conforme.

- Dónde tú quieras pequeña. Tú mandas.

LUNA

En los cuatro años de relación Juan jamás me ha dejado conducir nuestro coche. Y digo nuestro porque, aunque lo eligió él, lo pago yo con mi sueldo. Tampoco me dejó nunca decidir nada, ni respetó nunca cuando le dije que no me apetecía sexo en ese momento.

Tristan no es únicamente el hombre más guapo de la tierra por fuera, también es la maravilla más grande que he conocido en un hombre en cuanto a personalidad se refiere.

Me habla de lo mucho que le gusta Madrid mientras conduzco su carísimo coche y, de vez en cuando, pone uno de mis rizos sueltos tras mi oreja con la excusa de tocar mi rostro.

Es una caricia tan bonita y pura que es como si estuviera acariciando mi maltratada alma para aliviarla de lo vivido.

Ahora estoy del todo convencida de que lo mejor que he hecho en mi vida ha sido dejar a Juan. Pase lo que pase.

- Creo que me está secuestrando, ama. – Dice Tristan cuando reconoce la carretera que conduce a las afueras de Madrid. – Creí que mi ama quería bailar esta noche. – Vuelve a acariciar mi mejilla. Cada vez me siento más cómoda con su tacto. ¡Quién me lo iba a decir!

- Y vamos a bailar. Pero en privado. – Digo. Me desvío por un carril que lleva hacia uno de los miradores más bonitos de Madrid, que apenas es conocido.

- Me da la impresión de que no vamos a ningún bar. – Dice Tristan y me río. Él parece satisfecho con mi elección ahora que la ha averiguado. – Eres un genio. Para en esa gasolinera. – Me indica una pequeña gasolinera de carretera. Le obedezco.

- Hay gasolina de sobra. Digo parando el coche.

- Sí, pero necesitamos algo que beber. – Dice sonriente y sale del coche. Vuelve con una bolsa en las manos y de muy buen humor.

- ¿Qué es?

- Champán y vasos. – Me aclara. – Arranca. – Pongo el coche en marcha y continúo mi camino hasta que llegamos al mirador en cuestión.

Es un precioso lugar al que he venido siempre en solitario. Nunca hay nadie. No creo que nadie lo conozca. Yo lo descubrí un día por accidente, cuando tenía mi viejo Ford Fiesta y podía escaparme con él de mi asquerosa vida de mierda con Juan. Desde que se rompió mi coche y lo tuve que dejar en el desguace no había vuelto a este lugar. Pero es un lugar que me llena de paz y de calma.

- Llegamos. – Le informo. Tristan sale del coche y se queda mirando el horizonte unos

minutos. Salgo del coche y lo sigo, sin apagar el motor. La luz del coche nos servirá como iluminación. – ¿Te gusta? – Pregunto cuando llego a su lado. Me mira con admiración.

- Es perfecto. – Mira hacia su coche. – Necesitamos música, ama. – Se aleja de mí en dirección a su coche.

Acciona la radio y le da el volumen suficiente para que ambos podamos oírla. Después se quita su chaqueta y se remanga las mangas de su impoluta camisa blanca mientras vuelve de nuevo hacia mí.

- Buena elección. – Le digo al escuchar la canción que ha puesto, “The time of my life”, el tema principal de la película Dirty Dancing.

- Está en mi lista de reproducción de temas para bailar. – Me aclara situándose frente a mí. – ¿Me concede este baile, señorita Luna? – Levanta la palma de su mano. Yo coloco la mía sobre la suya feliz de la vida.

Me quedo a cuadros al ver lo excelentemente bien que baila y me guía. Pareciera que somos bailarines profesionales. Pero pierdo el equilibrio varias veces al notar sus manos en mi cintura, por mi espalda y sujetando mi nuca. Me pierdo en su mirada azul y estoy a punto de besarlo en un par de ocasiones. Pero me esfuerzo en recordar que soy yo la que he pedido que nada de sexo hoy.

- ¿Todo lo haces igual de bien? – Pregunto sin aliento. Sonríe.

- Soy actor. He tenido que dar algunas clases de baile para alguna película. – Me informa a la par que me da media vuelta y pega mi espalda contra su torso. Ahora siento su aliento en mi cuello. ¡Dios! – Tú también sigues muy bien el ritmo. – Su aliento en mi piel quema.

- De pequeña di clases de baile en el colegio. – Digo en un hilo de voz. Doy un respingo cuando siento una dureza en la parte superior de mi trasero. Tristan vuelve a girarme y de nuevo me hayo frente a él.

- Dicen que los que bailamos bien somos buenos en el sexo. – Me aprieta de la cintura y me pega a él de nuevo hasta que nuestras narices se tocan. – Así que tú y yo somos una buena combinación.

La canción termina y nos quedamos así, pegados y mirándonos.

Comienza a sonar “Listen to your heart” de Roxette. Un tema lento y precioso. Tristan me acaricia los brazos hasta llegar a mis manos, las coge y las coloca sobre sus hombros. Yo enlazo mis manos en su cuello y me dejo llevar por su contoneo. Está mirando mis labios, apoyando su frente en la mía, respira aceleradamente y creo que siente bullir el deseo en su piel como yo.

Sus labios se acercan lentamente a los míos.

- Tristan...

- Déjame besarte. Sólo eso. Lo prometo. – Suplica.

No contesto con palabras, sino que lo hago acercando mis labios lentamente a los suyos hasta que ambos se funden en un lento y tortuoso beso colmado de deseo y desesperación. Tristan

gruñe y aprieta mi trasero con su mano, clavándome contra su erección. Comienzo a gemir de forma involuntaria cuando siento su lengua surcar mi boca en busca de la mía. Estoy en el cielo. Nunca me habían besado así.

Un beso precioso y oscuro a la misma vez, que va subiendo de nivel a cada segundo.

Tristan me levanta del suelo aferrando mi trasero y yo enlazo mis piernas a su cintura, sin romper el intensísimo y pasional beso que me está volviendo loca de placer. Me lleva así hasta depositarme sobre el capó de su coche. En donde me sienta y se coloca entre mis piernas mientras continúa besándome como si fuese el último día de nuestras vidas y apretando mi trasero para pegarme a su cuerpo y frotarse conmigo. Gime y me rebota su gemido en el bajo vientre, de forma dulce, caliente, húmeda y seductora. Una de sus manos contornea mi pecho por encima de la ropa.

- Tristan. – Gimo su nombre y me separo un segundo de sus labios para recuperar el control, pero acabo aullando mirando al cielo cuando siento sus labios en mi cuello.

- Me vuelves loco, Luna. Loco como nadie lo ha hecho en mi jodida vida. – Continúa besando mi cuello y restregando su sexo sobre mi ropa y yo aullando como si estuviese poseída por alguna magia oscura. Creo que estoy a punto de correrme de tanta pasión. – Déjame entrar en ti. Te lo suplico. – Sujeta mi cara para que lo mire. Sonríe ante su impaciencia.

No respondo, lo beso con erotismo y enrosco mi lengua en la suya. Quiero que este beso dure más. Antes de sentirle dentro de mí. Entonces soy yo quien, apoyando mis manos sobre el capó del coche, tomo las riendas de nuestros movimientos y comienzo a apretarme contra su pantalón, contra su enorme erección. Tristan farfulla una palabrota en mis labios.

- Quiero seguir así. Hoy mando yo. – Le ordeno.

- Maldita sea, vas hacer que me corra sin siquiera penetrarte. – Susurra en mis labios. Su confesión aviva más mis movimientos y él me aprieta más contra su cuerpo. – Es lo que quieres, ¿no? Hacer que me corra y noquearme así. Sin siquiera sentirte como deseo hacerlo. ¡Ahhhh! – Gime y levanta su cuello cuando siente mi ritmo más acelerado.

- Estoy a punto. – Le informo en el oído y muerdo su lóbulo.

- Dios, sí, y yo, no pares.

No lo hago. Vuelvo a buscar sus besos hasta que me dejo ir notando como una tremenda descarga eléctrica se apodera de mi cuerpo y siento la humedad también que Tristan de repente emana de su cuerpo, atravesando la tela de su caro pantalón. Se queda enganchado a mis labios mientras se descarga por completo y yo sigo sufriendo réplicas de un intensísimo orgasmo en mi sexo palpitante. Su respiración es ruidosa. Separa nuestros labios y apoya su cabeza en mi hombro, extenuado. Yo también lo estoy, y me dejaría caer hacia atrás como un peso muerto si Tristan no me sujetase con tanta fuerza para evitarlo.

- Gracias. – Susurro en su cuello sin soltar mis brazos de su cuello. Levanta la cabeza y me mira.

- ¿Por el orgasmo?

- No bobo. Por respetar mis órdenes. – Tristan suspira, mira hacia su entrepierna y cuando ve una enorme mancha blanca pone los ojos en blanco y resopla.

- Me has hecho quedar como un adolescente fuera de control. – Me río. Libero una carcajada y él se acaba contagiando y riendo conmigo. – Y, sin embargo, ha sido increíble. – Ahora lo dice más serio.

- Lo ha sido. – Digo sintiendo una explosión en mi pecho mientras lo miro derretida de encaprichamiento por este hombre. – Brindemos por ello. – Sugiero.

- ¡Joder, el champán! ¡Has hecho que me olvide de todo, maldita mujer! – Sonrío. Tristan me da un rápido beso, me suelta y va al coche a por la botella de champán y los vasos de plástico. Abre la botella con maestría frente a mí y vierte el líquido en dos vasos, tendiéndome uno de ellos. – Por las mujeres dominantes. – Propone su brindis levantando su vaso.

- Por los hombres que te hacen perder el control y la cordura. – Propongo yo. Suspira mientras chocamos los vasos y bebemos después, mirándonos a los ojos.

- Estoy deseando que ya sea mañana por la noche. – Murmura. – Has superado sólo con esta velada todas mis expectativas. Eres increíble.

- Espero estar a la altura mañana por la noche.

- No puedo imaginar algo más placentero que tu compañía, así que, créeme que sólo con ser tú es más de lo que cualquier hombre desearía.

Siento un poco de frío ahora que Tristan y yo hemos relajado un poco nuestra tensión sexual. Me estremezco.

- ¿Hora de volver? – Propongo sin saber si quiero volver. Pero tengo que descansar algo si mañana quiero ser persona.

- Si mi ama así lo quiere... aunque por mí me pasaría la noche aquí, lejos del mundo, contigo. – Creo que yo también quiero eso. – Anda vamos. – Dice y hace que desista de proponerle que nos quedemos aquí.

Por el camino de vuelta es Tristan quien conduce, y eso me permite observarlo libremente sin ser vista. Es una maravilla para la vista. Su perfil es espectacular. Igual que de frente. No puedo creer lo que acabo de vivir con él. Soy realmente afortunada.

Al entrar en Madrid voy guiándole hacia la casa de Ana. Los minutos se me escapan y quiero grabar en mi mente todos sus detalles a fuego. No quiero olvidar esta noche nunca. Ha sido mágica. Ha sido la mejor noche de mi vida. Ha sido simplemente perfecta.

- Es por ahí, girando la esquina. – Le indico, aunque pareciera que sabe dónde está la casa de mi amiga. Recuerdo que creí verlo ayer de madrugada. Pero, cuando estoy a punto de preguntarle por ese suceso, veo el coche de Juan mal aparcado poco antes de llegar al portal de Ana. – ¡Joder! – Grito. Tristan me mira extrañado.

- ¡Qué pasa!

- Mierda, sigue, sigue, por favor. – Le pido y comienzo a buscar a Juan por todos lados. Lo encuentro sentado en el portal de Ana. Ahogo un grito y Tristan mira hacia el portal también.

- Ese imbécil no se cansa, ¿eh? ¿Quieres que suba contigo?

- ¡No! ¡No, por favor! ¡Llévame a otra parte! No quiero cruzármelo. – Recuerdo que tengo el móvil en silencio. Lo saco de mi bolso y me encuentro con cuarenta y ocho llamadas perdidas de Juan y varios mensajes de Whatsapp que no pienso leer. – Maldita sea.

- ¿A dónde quieres ir entonces? – Pregunta Tristan preocupado por mí. No puedo hablar. Estallaría en llanto si lo hiciera.

Dos calles más adelante Tristan ve un hueco y aparca su espléndido coche.

- ¿Por qué paras aquí? – Pregunto mirando a mi alrededor sin saber dónde estamos exactamente.

- Porque quiero saber si estás bien. – Asiento mirando mis manos. – Mírame Luna. – Me levanta la barbilla, pero mis ojos siguen huyendo su mirada. No quiero que vea el miedo en ellos. No quiero. Ha sido una noche tan perfecta que no quiero estropearlo todo ahora. – Mírame, por favor. – Su súplica me convence y lo hago. Y... encuentro la paz en su mirada. – ¿Qué quieres hacer? ¿Qué hago para que te sientas mejor?

- Estoy bien. – Le digo un poco titubeante. Tristan me mira como si no me creyese. – Ha sido una noche estupenda. Has hecho que me sienta increíblemente bien. Debería haberte pedido que nos quedásemos en ese mirador. – Tristan suspira.

- Te llevo a mi hotel. – Me informa. Abro la boca. – Si te parece bien. – Aclara.

- No sé... yo...

- Nada de sexo. Lo sé y llevo asumiéndolo como puedo toda la noche. Pero no te voy a dejar por ahí sola en mitad de la noche sin saber a dónde acudir. Tendrás que fiarte de este desconocido. – Se encoge de hombros.

- Vale. – Sonríe victorioso. – De todos modos, sigo teniendo el mando esta noche.

- Aguantaré valientemente la tortura. Aunque manche más todavía mis pantalones favoritos. – Me río y Tristan me besa de forma tierna. Aunque en seguida se aclara la garganta, sacude la cabeza y pone el coche en marcha.

Antes de entrar en el hotel se saca la camisa y trata de cubrir como sea la mancha de su pantalón. Yo me muerdo el labio para no reírme.

En el ascensor me dedica una mirada maliciosa.

- ¿Qué? – Le increpo.

- Nada. Que eres un peligro.

- ¿Yo? ¿Por qué? – Quiero saber. Las puertas del ascensor se abren cuando llega a su destino y Tristan no contesta a mi pregunta.

- Vamos. – Abre la puerta y creo que suspira antes de hacernos entrar. Me coloca su mano en la espalda y me guía hacia el interior de su habitación. Vuelvo a mirar su enorme cama. Mañana lo haré ahí con Tristan Moore. Debo estar loca. Pero lo voy a hacer. – Ponte esto. – Me da una camiseta blanca de hombre. ¿Quiere que me desvista delante de él? No... no soy capaz. ¡Claro que lo soy! ¡Tengo que serlo! No va a tocarme sin mi consentimiento. Hoy mando yo. Y tengo que ir preparándome para mañana.

- Ayúdame. – Me giro para indicarle que baje la cremallera de mi vestido. Lo hace tan lentamente que me corta la respiración. Vuelvo a sentir su aliento en mi cuello mientras me baja el vestido por los hombros y acaricia mis brazos conforme lo hace.

- Te desvestiría mil y una veces más. – Susurra en mi oreja. Oigo su gruñido cuando el vestido llega al suelo y me quedo en tacones y ropa interior. – Esto también fuera. – Dice desabrochando mi sujetador y repitiendo sus caricias mientras me lo quita. Siento las yemas de sus dedos en los costados de mis senos y me contraigo. – Ponte la camiseta, por favor. – Me pide. En ese momento recuerdo que sigo teniendo el control y que por eso quiere que me vista, porque no le he dejado tocarme. Sin saber de dónde saco la chispa, me doy la vuelta, vestida sólo con mi tanga rojo nuevo y me pongo de frente a él.

- Primero quítame los tacones. – Le ordeno. Sus ojos se oscurecen al clavarse en mis senos y mi estómago.

- Cómo desees. – Se arrodilla frente a mí, de forma que su boca está justo frente a mi sexo.

Inhala con fuerza y me siento arder. Poco a poco agacha la mirada hacia mis pies, y, uno a uno, va desabrochando mis zapatos y quitándomelos. Es una imagen gloriosa; Tristan Moore arrodillado frente a mí, deseándome y obedeciendo mis órdenes. Vuelve a ponerse en pie esperando la siguiente orden. Creo que sus ojos se detienen en uno de los viejos moratones que Juan me hizo y del que sólo queda ya un leve recuerdo. Tengo que desviar su atención.

- Ahora quiero desvestirte yo a ti. – Le digo.

Levanta la cabeza para dejarme acceso a los botones de su camisa. Cada botón que desabrocho me desvela un trocito más de su deseable torso. Y cada vez que lo hago le miro a los ojos. Sigue con la cabeza levantada, observando detenidamente mis movimientos, exponiéndome su deseable cuello de manera sensual y sexi. Cuando ya he abierto toda su camisa se la voy quitando lentamente comiéndomelo con los ojos. Es una obra de arte.

Cuando su camisa ya está en el suelo, poso mi dedo índice sobre el vello que recubre la unión de sus pectorales y lo desciendo poco a poco hasta llegar a su ombligo y después por la línea de vello que lleva hacia su creciente erección. Introduzco el dedo en sus pantalones para facilitarme la tarea de desabrochárselos y rozo sin querer la punta de su miembro.

Gruñe.

Lo miro a los ojos. Está desquiciado. Me encanta esta sensación.

Desabrocho sus pantalones sin dejar de mirarlo y me agacho hasta quitárselos del todo manteniéndole la mirada.

Antes de levantarme, me encuentro con una enorme erección mal escondida por sus boxers frente a mí. Deseo quitárselos y ordenarle que me dé el mejor sexo de toda mi vida, pero, por otro lado, deseo seguir disfrutando de este tipo de intimidad tan distinta y tan intensa.

Rozo con mi nariz la punta de su miembro sobre la tela de su ropa interior y Tristan, instintivamente, agarra mi pelo para procesar la tensión que siente.

Me levanto, me quito el recogido y muevo la cabeza para que mis rizos vuelvan a su lugar.

- No sigas torturándome. – Pide cerrando los ojos.

- Ponme la camiseta. – Le vuelvo a ordenar. Abre los ojos, coge la prenda y me la coloca rápidamente.

- Métete en la cama. – Levanto una ceja. – Por favor, ama.

- Métete conmigo. – Ordeno.

- Sólo si me dejas tocarte.

- Creí que hoy mandaba yo. – Susurro acercándome a sus labios. Me muerde el labio inferior.

- Estoy siendo bueno y obediente. No me castigues más. No es necesario. Y puede volverse en tu contra, ama, cuando seas mi esclava. – Ataca mis labios y vuelve a besarme como un animal salvaje en celo. Hace que retroceda y que me choque con la cama, cayendo sobre ella. Tristan se coloca sobre mí, entre mis piernas y sigue besándome de manera salvaje y exigente. Me aferro a su pelo y respondo de la misma forma, encaramando mis piernas a su cintura.

- Haz que me corra otra vez, como antes. – Pido. Tristan me mira con satisfacción.

- Sí, ama. – Siento su dureza todavía más consistentemente que antes, al tener menos barrera de ropa entre los dos. Grito y me arqueo ante la sensación.

Tristan me muerde uno de mis pezones por encima de la camiseta y vuelvo a gritar. Eso lo he notado en el interior de mi sexo como un latigazo de placer.

De un momento a otro se gira y me hace girar a mí también, de forma que ahora me encuentro a horcajadas sobre él. Me froto contra su erección completamente enloquecida, tanto que no puedo seguir con la sesión de besos devastadores. Me incorporo sobre él, sentada sobre su duro sexo y me froto como una salvaje.

Mi cuerpo se estremece y siento mi sexo húmedo e hinchado. Jamás habría imaginado que la mera fricción de dos cuerpos pudiera ser tan placentera, y para ambos.

Tristan gime en mis labios y se retuerce de placer. Yo también gimo y gimo y no paro de gemir. No soy capaz de detener sus manos que se cuelan por debajo de mi camiseta y se aferran a mis pechos. De hecho, siento alivio cuando noto algo de su tacto en mi piel.

- Voy a correrme Tristan. – Le informo.

- Pues te acompaño, ama. – Tira de mí para que vuelva a colocar mis labios sobre los suyos

y gruñe en mi boca mientras me mueve con sus manos sobre mi trasero de arriba abajo. – Tienes un culo increíble. Tienes unas tetas jodidamente exquisitas. Me vuelves loco. Mmmmmm. Mírame. – Me pide y esa orden ya me empieza a resultar familiar de sus labios. Pero estoy en tensión y no puedo abrir los ojos. – ¡Mírame, por favor! – Abro los ojos con mucho esfuerzo y me encuentro con su mirada azul que grita que está al borde del éxtasis, como yo. Me enciende más todavía. – Sigue Luna. Sigue. No pares. Me corro. – Gimo su nombre en sus labios y Tristan emite un gruñido ronco y sexi, tensando todo su cuerpo a la vez. Siento humedad en mis braguitas y no sólo es mía. – ¡Joder! – Vuelve a gruñir y a tensarse, levantando la cabeza esta vez y dejando su grueso cuello al aire. Lo beso por instinto. – Ahhh. Dios. – Sigue tensándose con una nueva sacudida bajo mi cuerpo. – Uffff. Esto es demasiado. – Al fin su cuerpo se relaja, me abraza y se gira, colocándose a su lado, pero sin deshacer el abrazo. – ¿Qué me estás haciendo, mujer? – Pregunta casi sin aliento mirándome a los ojos. Me da un beso en la punta de la nariz y cierra los ojos con una cara de satisfacción enorme.

- Te vas a quedar dormido así. Con los calzoncillos pringosos. – Me burlo de él y acaricio su cara.

- Mmmm. – Es el último sonido que emite Tristan después del episodio tan erótico y excitante que acabamos de vivir y se queda profundamente dormido.

A mí también me pesan los ojos y los cierro con una enorme sonrisa pintada en la cara.

TRISTAN

Abro los ojos y tardo unos largos segundos en ser consciente de que me acabo de despertar. Sin gritos. Sin tensiones. Sin pesadillas. Y, sobre todo, sin haberme tomado la medicación.

Luna está encaramada en mi pecho y, al verla, recuerdo todo lo que me hizo sentir anoche. Mi polla también lo recuerda, porque se empalma en cuanto la ve. Me agobio al verla tan quieta, pero rápidamente se mueve sobre mí, emitiendo un gruñidito muy sexi mientras duerme plácidamente. Me la merendaría ahora mismo.

Pero estoy tan distraído con el hecho de que he dormido tan... normal, como cualquier ser humano lo haría, que me siento confundido. Alargo la mano hasta la mesita de noche para ver qué hora es en mi móvil, con cuidado de no despertar a Luna. ¡¡¡¡Qué!!!! ¡Las doce del mediodía! ¡¿Qué cojones?! ¿He dormido nueve horas? No puede ser... este cacharro está mal. Me levanto con sigilo y busco el móvil de Luna en su bolso. Lo encuentro enseguida. ¡No me jodas! ¡Las doce! ¿Cómo...?

- ¿Qué haces? – Pregunta Luna al verme en pie con su móvil en las manos. Mierda.

- Eh... mirar la hora. ¡Son las doce! – Le grito.

- ¿Tienes que trabajar? – Pregunta extrañada por mi comportamiento.

- No... es que... – Vuelvo a mirar la hora en su móvil. Pero algo me hace fruncir el ceño. – Ese neandertal te ha llamado ciento cincuenta y tres veces, Luna. – La miro enfadado. Ella pone cara de entierro.

- Ya... Juan es así. – Se sienta en la cama incómoda por la situación. – Lo siento, Tristan. Lo siento mucho.

- ¿Tú? ¿Qué culpa tienes tú de que esté pirado? Pero ahora mismo vas a vestirte y vamos a denunciarlo por acosador. – Le ordeno sentándome a los pies de la cama.

- No Tristan. Olvídalo. – Me ruega estresada. Maldita sea, sigue sintiendo algo por él. – Yo prefiero ignorarlo.

- No te creo. – Arruga la frente. – No creo que lo hayas olvidado si eres tan condescendiente con él. – Mierda, ahora las náuseas no. Por una vez tengo que ignorarlas. Además, esta no es una situación típica en la que tenga que sentir esa señal de peligro. Porque yo sé que no estoy en peligro. Ya lo habría visto de ser así. Y, sobre todo, porque esta mañana estoy feliz por haber dormido por primera vez en mi vida desde que soy consciente nueve completísimas horas. A lo mejor es eso lo que hace que mi cuerpo reaccione extrañado.

- ¿No crees que lo haya olvidado después de lo de anoche? – Pregunta con una voz muy dulce mientras viene a gatas hasta donde yo estoy y me besa con dulzura. Me dejo besar y no

puedo impedirselo. Me gustan sus labios. Es sólo por eso. Son adictivos.

- Quiero follarte. – Le pido. Hace mil años que no echo un polvo matutino. Nunca había dormido con una mujer.

- Pero mando yo. – Sigue con su tortura.

- Pero hoy el sexo está permitido. – Me tiro sobre ella y le levanto la camiseta. Antes de que me ordene que pare atrapo uno de sus pezones en mis labios.

- Ahh, Tristan... no vale. – Lllaman a la puerta justo cuando ya la tenía donde quería.

- Mierda. – Me levanto. Abro la puerta con cara de asesino y me encuentro a Nika sonriente tras ella. Joder, no me jodas la mañana ahora.

- Me preguntaba si te apetecía desayunar conmigo. – Miro hacia el interior de mi habitación como acto reflejo. Creo que Nika comprende que no estoy solo enseguida.

- En otra ocasión. – Sonrío sin ganas.

- Lo... lo siento. Está bien, adiós. – Se va y cierro la puerta. Me quito los calzoncillos sin esperar un segundo más y me acerco hasta Luna de nuevo. Me mira con los ojos muy abiertos. Bueno, mira mi erección casi pasmada.

- ¿Quién era? – Pregunta cuando recupera la palabra y al fin me mira a mí.

- Nadie. – Me vuelvo a subir sobre ella y levanto su camiseta. ¡Joder, qué tetas tiene la condenada! Pero Luna está en otro lugar, lo noto. Y no quiero seguir si no está receptiva y no lo va a disfrutar.

- ¿Tu compañera de serie? – Pregunta y medito un segundo si su pregunta está empañada por algo similar a los celos. No quiero eso.

- Luna, ¿Qué pasa?

- Tengo... yo...

- ¡No vas a irte! ¡Ni lo sueñes! Tenemos un trato. – Le recuerdo.

- No he firmado nada. – Me desafía. Sus palabras me desinflan. Jamás la obligaría a tener algo que no quiera tener. Me siento en la cama, frente a ella.

- No me gusta esa mujer. Me gustas tú. Te deseo a ti y quiero pasar una maldita noche contigo.

- Sí, quieres sexo conmigo, ya lo sé. – Suelta con cierto tinte de molestia en la voz.

- ¿Tú no quieres sexo conmigo? – Parezco un niño abandonado.

Acaricio su rostro y sus labios por si me dice que no, por si me dice que ya ha tenido suficiente y es la última vez que puedo tocarla. Siento una molestia en mi pecho desconocida que comienza a asustarme. No, no son las náuseas, es distinto. Como si su posible negativa a estar conmigo pudiera desencadenar una serie de sensaciones aún más molestas en mi interior. Y,

paradójicamente, quiero que las desate. Porque por primera vez en mi vida me siento protegido con una mujer. Ella es diferente y... no me está pidiendo amor.

- Claro que sí. – Dice y agacha la mirada. – Pero yo no sé ser tan fría.

- ¿Yo soy frío? – Me siento dolido por su comentario. – ¡Luna, mírame! – Lo hace y me calman sus ojos un poco.

- ¡No! No, no lo eres. – Niega también con la cabeza.

- No te sigo, Luna. ¿Es por Juan? – Me tenso muchísimo al pensar que puede ser ese su motivo. – ¿Es que te has arrepentido de lo que pasó anoche porque te ha llamado insistentemente? Porque déjame decirte que para mí ha sido la noche más maravillosa de mi vida.

- Juan no tiene nada que ver. Ni siquiera he pensado en él en todo el tiempo que llevo contigo. Sólo que necesito ir a casa de Ana, comprobar que mi amiga está bien, darme una ducha, ponerme ropa limpia y esas cosas. – Suelto todo el aire de los pulmones.

- Entonces, no me estás dando largas, ¿verdad?

- No. – Me besa y la dejo. Necesito que no se distancie justo ahora de mí ni que empiece a dudar de pasar una noche conmigo. – Esta noche es mi noche. – Me confirma y sonrío en sus labios.

- Eso es. Seré todo tuyo y disfrutaremos juntos, pequeña.

- Sí. – Reafirma nuestro plan. Al fin me calmo y vuelvo a sentirme bien.

- Vamos, te llevo a casa de Ana. – La levanto y comienzo a vestirme. – Te recogeré a las seis. – Le informo.

- Eso de que mando yo no lo encajas del todo bien, ¿no? – Se burla de mí mientras se viste.

- Quiero llevarte a un sitio. Te gustará. Ahora que constato que te gusta bailar quisiera darle una sorpresa a mi ama y señora. Así que, si usted lo ve bien, a las seis la recogeré en casa de Ana.

- Lo veo estupendo.

- Bien.

Ahora soy yo quien busca sus labios sin venir a cuento para darle un beso. Son peligrosamente adictivos esos labios.

Me pongo unos jeans y una camiseta blanca y Luna me come con la mirada. Aguanto una sonrisa. Nota mental: a Luna le pone verme así, más cercano a su mundo.

Por el camino, en mi coche, llevo su mano entrecruzada con la mía. No he tenido una relación sólida en mi vida, pero en las películas románticas en las que he participado he visto que eso suele funcionar, que ese gesto tan simple infunde confianza en la otra persona. Y deseo y necesito que Luna lo haga en mí y que no se escabulla de nuestro encuentro pactado de esta noche.

Al llegar al portal de su amiga, después de dar tres vueltas a la manzana por orden de Luna para comprobar que el anormal de Juan no está esperándola, la dejo justo frente a las puertas. Me

llevo su mano a los labios y deposito un pequeño beso en su palma. Está nerviosa, lo noto.

- Hasta dentro de cinco horas y cinco minutos, ama. – Le susurro con sensualidad. Luna me regala una sonrisa de complicidad.

- Hasta pronto, esclavo.

- Me muero por tenerte otra vez entre mis brazos y seguir tus órdenes. Sean cuales sean.

- ¿Seguro? ¿Aunque te pidiese que no haya sexo de nuevo? – Medito la respuesta.

- Seguro. He tenido el “no sexo” más exquisito de toda mi vida contigo. Ha sido incluso mejor que el sexo normal.

- No estoy segura de que eso no haya sido sexo. – Susurra agachando la mirada de nuevo y mordiéndose el labio. Tiro de su barbilla para que vuelva a mirarme.

- Ha sido mágico. Exquisito. Intenso. Delicioso. Exactamente igual que tú. Lo llames como lo llames. Ha sido perfecto, Luna. Y te agradezco hasta el infinito que me hayas regalado esas horas tan maravillosas. – Suspira y sonrío. – Te veo luego, pequeña. – Beso la punta de su nariz.

- Adiós. – Sale del coche y antes de cerrar la puerta se agacha para mirarme por última vez. – Gracias por traerme.

- Estoy a tus órdenes, ama. – Se ríe, cierra la puerta y desaparece de mi vista dando saltitos hasta introducirse en el portal.

Reacciono cuando alguien me pita y me doy cuenta de que llevo un rato mirando el portal y desvariando. Me pongo en marcha hacia el hotel. Tengo tanta hambre que me comería un tiburón. Es la una de la tarde y no hemos ni desayunado por culpa de la impaciencia de Luna de volver a ver a su amiga. Yo habría pasado más tiempo con ella y habríamos desayunado juntos en mi habitación, en el hotel.

Pero ahora que lo pienso, eso supone adentrarme en un terreno peligroso. ¿Cuándo he desayunado yo con una mujer con la que haya pasado la noche? Qué pregunta tan estúpida. Si nunca he pasado una noche entera con una mujer. Al menos, no para dormir.

Nunca me he llevado a una mujer a ninguna de las viviendas que tengo. Siempre que he tenido una cita ha sido en la habitación de un hotel y siempre he reservado dos habitaciones, para poder tener un sitio en el que encerrarme solo con mis fantasmas después de tener sexo.

En esta ocasión no dispongo de dos habitaciones porque es la producción la que ha reservado nuestras habitaciones y porque no entraba en mis planes tener sexo con alguna mujer que no fuera del elenco. Nika era mi primer objetivo y ya está cumplido y olvidado. También había puesto el ojo en una de maquillaje, pero finalmente me he desinteresado de esa chica al conocer a Luna.

Ahora mi mente está en Luna, en nuestro juego y en las tres noches de sexo que nos esperan por delante.

La de anoche fue la más inusual que he vivido en mi vida y puede que por eso la que voy a

atesorar en mis recuerdos como la noche de sexo “no sexo” más misteriosa de toda mi vida.

Esa chica me ha descubierto un mundo sensorial desconocido para mí: la anticipación y la exaltación de los sentidos.

Siempre supe que los “previos” al sexo son importantes para las mujeres, pero nunca pensé que para un hombre pudiera ser tan excitante un juego de ese tipo en el que todo se vuelve prohibido y a la vez deseable a niveles insoportables. Anoche yo estaba en esa situación entre las piernas de Luna. Estaba a su merced. Puedo afirmar que habría hecho cualquier cosa que me hubiese pedido en ese momento. E incluso tengo esa misma sensación cada vez que me mira con esos increíbles ojos. Sin tocarme ni nada.

Tengo mucho en qué pensar con respecto a esta noche. Pero primero voy a llamar a John, mi médico, para que me confirme que no estoy en peligro. Necesito la confirmación de alguien que entienda bien de la materia a la que me expongo. Aunque, me dijera lo que me dijera, estoy seguro que no podría frenar este futuro encuentro con Luna. No he deseado nunca algo tanto en toda mi vida.

LUNA

Tengo las venas tan cargadas de entusiasmo que no puedo ni esperar a que el ascensor llegue. Así que subo las escaleras que llevan a la casa de Ana de dos en dos.

Quiero gritar de alegría. Tengo que sacar en palabras toda esta sensación o me asfixiaré de felicidad.

Aunque no esperaba que mi alegría tan inmensa se ensombreciera tan pronto. Tengo al Huracán Juan frente a mí al llegar a la planta de la casa de Ana. Estoy convencida de que ha pasado la noche aquí, esperando a que yo llegue. Trago saliva y me paralizó, como siempre que lo tengo frente a mí. Sin embargo, lo que realmente me apetece hacer es gritarle todas las mierdas que me vengan a la boca, mandarlo al infierno y salir corriendo en dirección a los brazos de Tristan de nuevo. Pero no lo hago. Lo observo expectante, sin saber cuál de las múltiples versiones de Juan es la que tengo frente a mí. Estoy tensa de pies a cabeza.

- Luna. – Pronuncia con aparente calma mi nombre y da un paso hacia mí. Yo retrocedo dos. – Mi amor. – Ha elegido el peor de los momentos para llamarme de una forma cariñosa por primera vez en cuatro años.

- ¿Qué haces aquí? – Pregunto con la voz temblorosa.

- Vengo a por ti. No podemos seguir enfadados, Luna. No sé qué mierda he hecho, de verdad que por más que lo pienso no lo veo. – Me dice frustrado y pasándose las manos por el pelo. – Pero ya he pagado con creces por mi error. Vamos a casa y olvidemos estos espantosos días. – ¿Espantosos? Para mí han sido los días más maravillosos de mi existencia. Especialmente el día de ayer.

- No voy a volver Juan. – Intento no proyectar mi miedo en mi declaración. Necesito que lo entienda. El horror inyecta su mirada. Su rostro se desencaja. – Se acabó. – Sentencio aguantando la respiración.

- ¿Dónde cojones has pasado la noche, Luna? – Oh no. Conozco ese tono de voz. Doy dos pasos atrás y pretendo salir corriendo escaleras abajo, pero antes de que pueda, su cuerpo ya está sobre mí, bloqueándome la salida. – ¡¡Dime!!! – Me grita encolerizado tan cerca que me daña los tímpanos.

Aprieto los ojos esperando su siguiente jugada, que no tarda en llevarla a cabo. Su puño estalla en mi cara dejándome aturdida. Pierdo el equilibrio. Me caigo al suelo y me hago un ovillo, escondiendo el rostro entre las rodillas. Unos gritos que no son los de Juan se cuelan por mis orejas.

- ¡Vete de aquí, maricón de mierda! ¡Te dije que si volvía a verte te denunciaría! – Creo que es la voz de Ana, pero no me atrevo a mirar. – ¿Qué le has hecho, cabrón? – Siento una mano que

me toca el antebrazo. Me suelto de su agarre muerta de miedo, pero al levantar la vista veo la amable mirada de mi amiga. – Joder. Luna. ¿Estás bien? – Me inspecciona el rostro y trata de borrar sin éxito las lágrimas que bañan mi rostro. Asiento. – ¿Te ha pegado ese bastardo? – Mis ojos se mueven levemente en dirección a Juan, que me observa bloqueado. Sin saber qué hacer o decir para arreglar esto.

- Sí. – Escupo con rabia mirándolo fijamente.

- No te ha marcado, tranquila. – Me dice Ana con amabilidad. Claro que me ha marcado. Llevo en mí su sello a base de golpes, como si fuese una res a la que le imprimen la marca de su amo a fuego en la piel. – ¡Eres una mierda! ¡Una pestilente mierda de trol rebozada en moco de orco! – Grita Ana poniéndose en pie llena de rabia. Poniéndose frente a Juan. – ¡¡Déjala!! ¡Ya le has hecho todo el daño posible!

- Ana, no... – Susurro. Me tenso al ver cómo mi amiga se pone en peligro por mi culpa. Trato de ponerme en pie, pero estoy mareada.

- ¡Tú no te metas, puta! – Le escupe Juan. – ¡Por tu culpa mi novia quiere dejarme! ¡Ella siempre ha sabido que no habrá nadie que la ame como yo!

- ¡Mírala Juan! ¡¡Mírala!! – Grita Ana señalándome. – ¿Eso es lo muchísimo que la quieres? – Juan me mira y yo no puedo seguir mirando ese rostro. Lo odio. Sé que no debería albergar ese sentimiento en mí. Pero lo hago.

- Luna, nena, perdóname. – Vuelve a acercarse a mí y yo me retuerzo como una culebra para evitar el tacto de su piel en la mía.

- No me toques. No me toques.

- Luna... – Comienza a llorar. Unos vecinos de la misma planta en la que vive Ana se asoman preocupados.

- Chica, ¿estás bien? – Preguntan.

- Está bien. Vamos cariño, vámonos a casa. – Vuelve a insistir Juan levantándose.

- ¡Suéltame! ¡Te odio! ¡No quiero que vuelvas a acercarte a mí! – Grito al fin todo cuanto deseo en la vida. No hay nada que desee más. Ni siquiera los maravillosos besos de Tristan que tanto saben a libertad.

- No la vas a volver a tocar, Juan. Vete. – Reafirma Ana mi mensaje interponiéndose entre Juan y yo, con los brazos abiertos, protegiéndome.

Juan la mata con la mirada y descarga un puñetazo sobre el rostro de mi amiga que cae al suelo.

Todo sucede muy rápido. Mis gritos. Los gritos de los vecinos que se abalanzan sobre Juan para alejarlo de nosotras. Yo levantando a Ana como puedo del suelo y arrastrándola hasta el interior de su vivienda intentando aguantar el llanto y concentrándome sólo en cerrar la puerta de su casa antes de que Juan pueda cruzar el umbral y nos sentencie a muerte a las dos. Cierro la puerta a décimas de segundo de que Juan llegue hasta mí, estampando la madera contra su rostro.

Me pego a la puerta y descargo un amargo y agónico llanto, mientras escucho los gritos del monstruo de mis pesadillas aullar mi nombre al otro lado de la puerta. Los golpes me estremecen de pies a cabeza, pero estamos a salvo. Por ahora.

Ana me mira horrorizada desde el suelo, porque creo que por primera vez está siendo consciente de la magnitud de mi pesadilla.

Se levanta con torpeza del suelo y busca su teléfono. Sé que va a llamar a la policía y no la detengo.

- ¡Luna abre o será peor! ¡¡¡Luna!!! – Quiero que desaparezca. Quiero que se muera. Dios, quiero que se muera. Sólo para poder ser libre, no es porque me alegrara verlo muerto. Pero no va a dejarme nunca. Ignoro sus gritos.

- Policía, un loco acaba de agredirnos a mi amiga y a mí y está aporreando mi puerta, amenazándonos. Vale, gracias. – Ana cuelga el teléfono y se acerca a mí, que sigo presionando la puerta con fuerza para que nunca se abra y no deje pasar al monstruo. – ¡La policía viene de camino, puto tarado! ¡Estás jodido! – Grita Ana hasta desgañitarse para que Juan lo oiga. Los golpes cesan.

- Tendrás que enfrentarme, Luna. Tarde o temprano tendrás que hacerlo. – Es lo último que oigo de su asquerosa voz. Me quedo mirando a Ana en silencio, esperando que todo haya terminado de una vez por todas. Finalmente me atrevo a separarme de la puerta y compruebo por la mirilla que Juan se ha ido.

- Se ha ido. – Digo.

- Volverá. Se ha pasado la noche aporreándome la puerta. – Me informa Ana. Lo esperaba. Me giro y la miro. Tiene sangre en el labio.

- Lo siento. Siento mucho lo que te estoy haciendo pasar. – Comienzo a llorar como una niña.

- No te voy a dejar sola, Luna. Soy tu amiga. Tú no tienes que pedir perdón. – Me abraza y yo la aprieto con fuerza. Necesitaba un abrazo así. Descargo mi llanto en su hombro. – Nos lo quitaremos de encima, ya verás. Y tú volverás a sentirte viva y conocerás el amor de verdad.

- Tengo mucho miedo. – Confieso entre sollozos.

- Ganaremos. No hay nada que temer. Es un puto cobarde y tendrá lo que se merece.

- No quiero volver a mi casa. No quiero volver a verlo. Nunca. Nunca. Nunca.

- Hablaremos con la policía y veremos cuáles son los pasos a seguir. – Me sorbo los mocos y digo que sí. – Ahora olvídate de esa rata y cuéntame. ¡Cuéntame todo! ¡¿Qué tal te fue con Tristan Moore?! – Ana consigue que me olvide de todo el horror que acabo de vivir con sólo pronunciar el nombre del hombre más maravilloso de la faz de la tierra. Comienzo a reír entre lágrimas.

- ¡Oh, Ana! ¡Ha sido increíble! ¡Increíble! ¡Increíble! – Grito y miro en dirección al cielo. Ana sonrío de oreja a oreja. – Ha sido perfecto.

- ¿Os acostasteis? – Pregunta emocionada.

- No. Pero hemos hecho cosas que... ¡oh, no lo puedes ni imaginar!

- ¡Cuéntamelo, por lo que más quieras!

Paso una hora narrándole a Ana con pelos y señales mis mágicas horas junto a Tristan Moore la noche anterior y contestando a todas sus preguntas.

Ana salta y da palmitas constantemente ante lo que oye. Me abraza una y otra vez y comparte mis alegrías como si ella misma las estuviera viviendo. Pero sólo vivir algo así te hace consciente de lo que es la verdadera dicha.

Sólo tengo tres citas más con ese hombre y no voy a exigirle más si él no quiere más. Aunque pase el resto de mi vida añorando su recuerdo. Pero voy a pasar también el resto de mi vida agradeciéndole que me haya hecho la mujer más dichosa de la tierra por unos días. Voy a agradecerle eternamente que me haya mostrado el camino hacia la luz, que me haya dado las fuerzas suficientes para luchar por seguir sintiéndome viva. Lo amaré por siempre y va a ser un amor sin culpa, sin odio, sin rencor. Será un amor puro y limpio que se alimentará de esas cuatro citas eternamente.

No me preocupa lo que venga después, cuando ya no esté, porque su recuerdo siempre estará y porque me habrá cambiado para siempre y me habrá hecho despertar de mi pesadilla eterna para no volver a vivirla nunca más. Nunca más.

La policía llega a casa de Ana y nos fríe a preguntas. Pero, al llegar a la conclusión de que el sujeto que nos amenazó era mi ex pareja, pareciera como si la gravedad de los hechos se esfumara. Al final, me dio la sensación de que ellos han deducido que ha sido una simple pelea de una pareja que hacía frente a una ruptura.

Me esfuerzo en callarle la boca a Ana, que le suelta un montón de improperios a la pareja de policías que nos atiende. Porque lo que menos necesito ahora es acabar en la comisaría. Hoy tengo una cita con Tristan Moore. Una cita importantísima para mí, porque va a ser la declaración firme por mi parte de que mi cuerpo ya no le pertenece más a Juan. Quizá todavía tenga síntomas de dependencia psicológica, pero voy a luchar con uñas y dientes para hacerlas desaparecer y no dejar ni rastro de ellas en mí.

Después comemos algo juntas y ambas nos proponemos olvidar este indeseable capítulo.

Más tarde Ana se empeña en ayudarme a ponerme guapa. Me siento tan mimada entre sus manos que lo disfruto mucho. Nadie me ha peinado antes, sólo mi pobre madre cuando era niña.

Termina de hacerme el arreglo número quinientos veintitrés a las seis menos cinco de la tarde. Me miro en el espejo y me gusta lo que veo. Veo decisión, positividad, ilusión y fortaleza. Ese era el reflejo que necesitaba ver. También me gusta el vestido gris que acentúa mis curvas y la americana negra que me da un aspecto de mujer segura de sí misma. Me agrada verme sobre tacones, sexi, pero pisando fuerte. Ana me ha alisado un poco los rizos, dejando sólo suaves ondas en las puntas. Ahora se aprecia bien lo largo que tengo el pelo.

- Es la hora. Me voy. – Le digo a mi amiga y le doy un fuerte beso.

- Bajo contigo. – Me dice. Le sonrío.

Cuánto estoy empezando a querer a esta mujer. Quiere asegurarse de que llegue a mi destino de una sola pieza.

Bajamos cogidas de la mano por el ascensor y aguanto la risa cuando veo a Ana casi tan nerviosa por esta cita como lo estoy yo. Salimos a la calle también cogidas de la mano y a ambas se nos corta la respiración al ver a Tristan Moore con sus vaqueros claros desgastados, su camiseta negra entallada marcando su increíble silueta y unos zapatos que son la única muestra de que pertenece al mundo de los ricos, esperando sonriente apoyado sobre su cochazo con los brazos cruzados. Sonríe al verme y yo sonrío todavía más.

Este es mi premio por haber roto el cascarón en el que estaba presa. Tristan se acerca hasta mí, me coge la mano y la besa.

- Hola, preciosa Luna. – Me vuelvo loca de amor en el acto.

- Hola, encantador Tristan.

- Hola, ¿Ana? – Pregunta Tristan a mi amiga que se lo come con los ojos.

- ¡Sí, sí, hola! ¡Soy super fan de todo lo que haces! ¡Ay, qué nervios! Cuídamela, ¿eh? – Me señala Ana. Tristan le sonrío.

- Lo haré. Oye, voy a llevar a Luna a una fiesta privada que va a hacer un amigo mío, que también es actor, en su mansión de Madrid, ¿quieres acompañarnos? – Ana y yo nos miramos con la boca abierta. – Estoy seguro que a Luna le encantaría compartir esa experiencia con su buena amiga Ana. – ¿No es encantador? Me hago líquido al oírlo.

- ¡Oh, pero así no puedo ir! – Ana se mira de arriba abajo y se frustra viéndose en chándal.

- Tranquila, volveremos a por ti en un par de horas. ¿Te parece? La fiesta no empieza hasta las ocho.

- ¡Vale! ¡Vale! – Ana comienza a dar saltos de alegría e incluso está a punto de darle un abrazo de emoción a Tristan, pero se detiene justo cuando ve lo que va a hacer. – Ay, perdón.

- ¡Abrázame! ¡No como! – Le dice él muerto de la risa. Ana le abraza y salta en sus brazos emitiendo unos ruiditos muy graciosos. Yo siento que el pecho está a punto de explotarme de orgullo. – Bueno, bueno, ya. Que hoy tengo dueña y no quisiera que me castigara después si la pongo celosa. – Dice Tristan mirándome y sonriéndome.

- ¡Me voy! ¡Que sólo tengo dos horas! – Ana sale disparada hacia su casa.

Tristan me abre la puerta del copiloto y yo entro muerta de la risa. Después se sienta a mi lado, me mira y me pierdo en sus ojos.

- Qué preciosa estás.

- Tú sí que eres precioso. – Le digo y lo beso como si le besara el alma. Tristan emite un sonido extraño, como si estuviese disfrutando y a la vez evitando mi beso. No le doy importancia. Sigo agradeciéndole todo igual. – Sólo es un beso de agradecimiento. – Le digo y suspira. –

Gracias por invitar a Ana. Esa mujer se merece un monumento.

- No tienes que darme las gracias. Me encanta esa sonrisa de felicidad y cómo brillan tus ojos cuando estás contenta. Tampoco tienes que excusarte por besarme. Hoy tú eres mi ama, así que disfruta de tu ventaja mientras puedas. – Sus palabras contienen una oscura promesa que me hace vibrar. – Bien, ¿A dónde quiere que la lleve, señorita? – Pregunta. – Tenemos dos horas antes de venir a por Ana.

- Si todavía no vamos a ir a la fiesta, ¿Por qué insististe en quedar dos horas antes?

- Me gusta estar contigo. – Se encoge de hombros restando importancia a lo que acaba de decir, que es mucho.

- Sé lo que me apetece hacer. – Le digo.

- Soy tuyo, pequeña.

Le doy a Tristan las indicaciones y las sigue sin preguntar ni una sola vez a dónde lo llevo. Lo hace de manera natural. Me refiero a hacerme sentir tan cómoda. Como si lo conociera de toda la vida.

Le indico que aparque cuando llegamos a la zona. Aparca y sale apresuradamente para abrirme la puerta, como buen galán de cine. Cuando salgo y lo tengo de frente me mira echando chispas, inspira mi aroma cerrando los ojos y, sin yo esperarlo, me da un beso de película apretándose contra su cuerpo.

Varios viandantes se paran conmocionados al ver su flamante coche y comienzo a escuchar cuchicheos de gente, preguntándose si ese es Tristan Moore.

Comienzo a pensar que no es tan buena idea exponerlo a esto. No había pensado que es tan conocido que no nos van a dejar en paz ni un momento. Pero él tampoco me lo recordó.

Tira de mi barbilla para que lo mire.

- ¿Qué le pasa a mi ama y señora? – Sonríe al ver esa expresión tan tierna.

- No me acordé de lo famoso que eres. A lo mejor deberíamos ir a otro sitio menos concurrido.

- Esas son las cosas que me gustan de ti. Que me ves simplemente como lo que soy: un humano más. No me importa la gente, Luna, si a ti no te incomoda iré donde me ordenes ir. – Suspiro. – Querías venir aquí por algún motivo y estoy deseando descubrirlo.

- Pues vamos, esclavo. – Le cojo de la mano y tiro de él. Tristan parece divertido mientras me sigue, de nuevo sin preguntar.

Llegamos al bar Marilyn, unos de mis lugares preferidos de esta ciudad. Un pequeño bar lleno de gente que tiene mucho que decir al mundo, aunque sólo lo hagan en este pequeño mundo. Tristan mira sorprendido a su alrededor. Tiene una decoración exquisita para ser un sitio tan pequeñito, lleno de fotos y referencias al mundo del arte: poesía, cine, música, pintura... Hace años venía aquí a cantar. Los sábados la música es la protagonista. Al piano, sigue el mismo

pianista de siempre. Un músico de calibre.

- Vaya. – Tristan demuestra su sorpresa y parece encantado con el lugar. Algunas mujeres lo miran comiéndoselo con los ojos y cuchichean sobre él. Me siento orgullosa de ser yo quien lo acompañe.

- ¿Qué quieres beber? – Le pregunto cuando nos sentamos milagrosamente en una mesa libre.

- Voy yo. – Se levanta y lo freno con mi mano.

- ¿Se te olvida quién manda, esclavo? – Bromeo, pero interpreto mi papel. Tristan se sienta y pone los ojos en blanco. – Así me gusta. Es bueno comprobar que no has olvidado que hoy estás a mi merced. ¿Y bien?

- Una cerveza, ama, por favor. – Es muy cómico ver a un hombretón tan grande y fuerte metiéndose en el papel de siervo.

- Ahora vuelvo. – Me levanto y me voy hacia la barra a pedir.

Siento su mirada clavada en mí durante todo el camino. Me sirven rápidamente y, al girarme, tres chicas están encima de mi hombre haciéndose fotos con él. Tristan las complace poniendo una sonrisa muy forzada que me resulta muy graciosa. Vuelvo a la mesa sacudiendo la cabeza y aguantando la risa. Cuando me siento junto a Tristan las chicas me piden perdón y se van.

- ¿Qué te hace tanta gracia?

- Tu sonrisa falsa.

- ¿Me está llamando falso, ama? – Se hace el escandalizado. – Nada de lo que te he dicho o hecho ha sido falso en absoluto. – Se defiende.

- No digo conmigo. Me refiero a la sonrisa que has puesto para las fotos con tus fans. – Tristan se encoge de hombros.

- No me has dado permiso para flirtear con otras. – Es un descarado. Me hace reír. Siempre me hace reír. Se me había olvidado lo bonito que era reír sin parar.

- No. Y que no se vuelva a repetir lo de las fotos. – Digo esta vez muy seria. Abre los ojos ante mi cambio de postura. Estallo en otra carcajada y enseguida se relaja.

- ¡Idiota! ¡Creí que ibas en serio! No puedo ser borde con la gente, me crucificarían. – Me aclara.

- ¿Aunque tengas un mal día? – De repente me apiado de su realidad.

- Ajá. Pero no es tan malo mostrar una sonrisa, aunque sea forzosa. No te sientas mal por ello. Y sobre todo lo mejor de ser quien soy es cuando hago reír a camareras preciosas con un acento muy sensual en inglés. – Me muerdo el labio.

- No entiendo cómo alguien como tú está solo. – Tristan frunce el ceño. – No sé cómo no te ha enredado alguna de esas top models con las que te relacionas. – Tristan se pone serio y me hace

preguntarme si he dicho algo malo.

- Luna no puedo.

- ¿Cómo? No entiendo. ¿No puedes qué?

- Enamorarme. – Confiesa y su afirmación me causa una herida en la boca del estómago. – No le he confesado esto nunca a nadie, pero no debo mezclarme a ese nivel con nadie. Nunca.

- ¿Por qué? – Pronuncio mi pregunta casi en un susurro. No sé si quiero saberlo.

- Tengo un problema a la hora de estrechar círculos afectivos por culpa de una historia de mierda que viví hace tiempo. No quiero que eso se repita, jamás. – Me confiesa y se me arruga el corazón. – No te sientas mal. No es nada grave. Lo tengo controlado. Simplemente evito las situaciones que puedan comprometerme si así pongo en conocimiento a la opinión pública mi problema, o situaciones que me causen estrés. Es sólo por eso que cuento con los dedos de mi mano los encuentros que tengo con una misma mujer. No confío en nadie que venga de fuera de mi entorno. Ya han vendido mi intimidad infinidad de veces. No es nada personal contigo ni nada de eso. Ni busco aprovecharme de nadie. Soy honesto con mis pretensiones cada vez que estoy con una mujer, siempre. Simplemente no voy a exponerme a ese daño ni a mí ni a nadie. Pero eso no me hace de hierro. Ni me hace inmune a los encantos femeninos. A veces necesito el calor humano, y el sexo es de las emociones más intensas que una persona puede experimentar. No quiero renunciar a sentir algo parecido a una relación humana, verdadera.

- ¿Por qué me cuentas esto, Tristan?

- He creído necesario que tú lo entendieras. Sólo eso. Quiero que sepas que si desaparezco en algún momento no es por ti. Por dios, no. Tú eres simplemente la persona perfecta con quien, si pudiera, intentaría tener una relación.

- No te he pedido más. – Digo y me tiembla la voz.

- Lo sé. ¡Eh! Dime que no he jodido nuestra cita de hoy. – Me agarra de la mano y miro nuestras manos unidas con miedo. – Lo siento. No quiero esta mierda para mí, créeme. Y mucho menos para ti.

- ¿Puedo pedirte algo? – Le digo y lo miro fijamente a los ojos. Él me atraviesa con los suyos.

- Lo que sea. – Dice y parece sincero.

- Pero no sólo quiero que sea algo que hagas hoy. Quiero que lo hagas durante el resto de días que sigamos viéndonos. – Mi mirada y la suya se intensifican.

- Lo que quieras. Lo haré.

- Olvídate de todo eso mientras estés conmigo, por favor. No voy a pedirte nada más de lo que me das, lo prometo. Lo único que voy a pedirte es que quiero vivir los pocos días que comparta a tu lado sin pensar en nada más. Sin pensar en que me harás daño o te lo haré yo a ti.

- No vas a hacerme daño, Luna. Lo que me haces es feliz y gigante. Te prometo no pensar

en mis problemas mientras esté contigo. Prométeme tú que no pensarás en Juan ni en nadie más mientras yo esté a tu lado. Prométeme que vas a entender que, haga lo que haga, lo haré siempre por tu bien y deseando siempre lo mejor para ti, Luna.

- Confío en ti.

- Prométemelo. Prométeme que estos días a tu lado seré suficiente para ti. Con mis taras y todo.

- Lo prometo. Lo eres. Eres mi cura, Tristan. Aunque no vuelva a verte nunca más después de estos días te estaré eternamente agradecida por todo lo que me has dado. Era lo que necesitaba. – Tristan sonrío.

- Me alegra haber soltado toda esta mierda contigo. Me siento liberado. Al menos, sé que, aunque pienses que soy un egoísta, tendrás claro que no tengo intención alguna de hacerte daño.

- Sí, pero egoísta y todo, hoy eres mi esclavo. Así que quiero aprovechar mi tiempo. – Tristan sacude la cabeza y se ríe.

- Tú dirás. ¿Quieres que grite a los cuatro vientos que eres mi ama y señora?

- Mmm, tentador. Pero no. Quiero que me cantes. – Tristan se yergue en la silla.

- Cómo, ¿aquí? – Confirmando con mi cabeza. Tristan mira en todas las direcciones. – Hay mucha gente.

- Tristan Moore, no me puedo creer que te dé vergüenza. ¡Si eres actor!

- Ya, pero hace mucho que no canto. Además, ¿aquí se puede cantar?

- Sí, sólo tienes que pedirle al pianista la canción y te acompañará. Por fi... – Suplico mirándole intensamente a los ojos.

- Maldita mujer. – Resopla y se pone en pie. ¡Va a cantar para mí! Le dice algo al oído al pianista y toma asiento frente a un micrófono. – Esta canción se la dedico a la dueña de este hombre perturbado. – Dice en español y me mira. Nos sonreímos. – Si hago el ridículo será tu culpa. Pero te seguiré perteneciendo igual. – Esto lo dice en inglés y me río.

Comienza a cantar “In my blood” de Shawn Mendes y parece que hace suya esa canción. Nadie más lo entiende aquí, solo yo. Tiene que ver con lo que me acaba de contar. Y por eso siento como que está queriendo explicarme la magnitud del peso que lleva sobre sus hombros por algo que ha vivido y le ha marcado.

Quiero levantarme y consolarlo. Quiero ofrecerle la mitad del refugio a sus males que me proporciona él a mí. Canta extraordinariamente bien, pero lo que realmente me llega es su mensaje de auxilio de su canción.

Cuando termina todo el público enloquece y se levanta a aplaudir, yo también lo hago. Hace una reverencia ridícula y me guiña.

- Ahora denle un fuerte aplauso a la siguiente artista. – Dice y yo abro la boca. ¡No será capaz! ¡Eso es jugar sucio! – Luna, ven aquí. – Señala el minúsculo escenario. Hace demasiado

que no canto. No sé si sabré hacerlo. Pero el aplauso y el barullo del público hace que me sienta comprometida.

- Esta me la pagas. – Le susurro en inglés cuando paso por su lado. Se ríe con una risa pícaro.

- Te saborearé desde el público, pequeña. – Me susurra en el oído.

Me siento mareada ante la escandalosa ovación. De repente encuentro la canción la canción ideal. Se la pido al pianista y asiente conforme.

Comienzo a cantar “Comiéndote a besos” de Rozalen y cierro los ojos para poder hacerlo sin sentirme ridícula. No sé si Tristan sabrá que se la canto a él, pero no quiero incomodarlo ahora que ya sé que, por algún motivo ajeno a mí, se niega al amor. No quiero que huya todavía. Quiero seguir sintiéndome a salvo, con él.

TRISTAN

Definitivamente si lo que pretendo es no caer a sus pies, rendido de amor, no debería haberle pedido que cantara. Ahora su brillo sobre ese minúsculo escenario desprende multitud de rayos que me ciegan y me aterran. Aunque no lo suficiente como para evitar que continúe firme ante mi propósito de introducirme en su carne una y otra vez hasta que duela.

No, no puedo escapar a su embrujo. No ahora, que tengo tan cerca mi ansiada recompensa. Sé que me expongo a unas posibles consecuencias terribles. Pero, como ella misma canta en su canción, tengo aún más miedo a no poder saborearla lo suficiente. Guardo la esperanza de empacharme de Luna después de tres días de bailes de sexo entre mis sábanas y poder dejarla ir cuando llegue el momento, porque ya habré absorbido de ella todo lo que necesito.

Su dulce voz lo envuelve todo. Me eriza la piel. Me acaricia por dentro. Es tan preciosa y tan auténtica, es simplemente tan ella, que merece ser venerada sólo por existir.

Cuando termina de cantar todo el mundo aplaude con ganas. Mucho más que a mí. Luna abre los ojos y su mirada me devuelve la paz y borra de un plumazo todos mis miedos. Le sonrío. Se sonroja y da las gracias. Después vuelve a mí y se sienta de nuevo junto a mí.

- Ama, eres excepcional. – Le digo con admiración.

- Eso ha sido una jugada sucia. – Me acusa. – Hoy mando yo.

- Cumpliré con gusto mi castigo. Da igual lo que me ordenes, ha merecido la pena ver esa maravilla que acabas de hacer. – Luna agacha la mirada.

- No exageres.

- Mírame. – Lo hace. – No dejes de mirarme nunca. Alumbras mis sombras, Luna. – Ella suspira.

Nos envuelve un silencio algo incómodo. No quiero seguir hablando o diré cosas de las que me arrepentiré y lo echaré todo a perder con ella. Ella tampoco sabe cómo contestar a mi semi-confesión.

- ¿Vamos a por Ana? – Rompe al final ella el silencio.

- Sí. Vamos.

Voy conduciendo en mi coche con esas dos chicas tan normales cuchicheando emocionadas porque van a una fiesta privada con actores de fama. Son frescas y alegres. Me encanta. Aunque Luna me mira con cara rara cuando me ve aparcar el coche frente al hotel Verona, en el que me

hospedo.

- No vamos a ir en mi coche. – Le informo. – No quiero conducir si voy a beber.

- Ah. Y, ¿Cómo vamos? ¿en taxi? – Les ayudo a salir a las dos amigas.

- No. Ahí. – Señalo la limusina que he contratado para que nos recoja a las ocho en el hotel. Ana y Luna abren la boca hasta que casi se les desencaja. – Vamos, chicas, no os quedéis pasmadas. – Entramos en la limusina entre risas y, en cuanto nos sentamos, descorcho la botella de champán del caro que hay en el botellero en el centro de la limusina y sirvo tres copas. Ignoro las fresas que hay en el centro, sería demasiado sexi verla comiendo alguna y no estamos solos los dos ahora mismo. Le tiendo una copa a cada una de las amigas y propongo un brindis. – Por la buena compañía.

- Por la buena compañía. – Dicen las dos al unísono.

Me bebo mi copa casi del tirón y vuelvo a servirme otra. Por el camino Luna y Ana beben y cantan canciones alegres y ritmosas. Yo me retrepo en mi asiento y disfruto de la actuación. Siempre es gratificante ver tanta alegría y entusiasmo alrededor.

Al llegar a la casa de Harry Klein, mi gran amigo y enorme actor, las caras de las chicas no dejan de reflejar estupor. Apuesto mi Porche a que nunca habían visto tanta celebridad junta ni una mansión como ésta. Actores y cantantes del panorama internacional. Todos me saludan con cariño y dedicándome cumplidos por ir tan bien acompañado con nada menos que dos mujeres preciosas. No aclaro nada al respecto. Dejemos que sigan pensando lo que quieran.

Pierdo de vista a “mi ama” durante unos minutos, cuando tengo que ponerme a saludar a algunos amigos que hace tiempo que no veo por incompatibilidad de agenda.

Pero, cuando al fin la encuentro, está mezclándose con mi gremio como si fuese una más. Y bebiendo alguno de los brebajes alcohólicos de Harry, que son deliciosos pero una auténtica bomba (lo digo por experiencia por la de veces que he acabado borracho como una cuba por beberlos). La observo unos minutos a la distancia. No le hace falta nada de este glamour para destacar y no soy el único que lo ve. Varios hombres más la observan con deseo. Los compadezco, no podrán saborearla hoy.

Encuentro a su amiga Ana, la de los pelos rosa, bailando acaramelada con uno de los cantantes de una Boy Band de esas que están de moda. Bien, así no echará de menos a Luna si la acaparo un poco.

Me acerco a Luna por la espalda, hasta clavarme a su cuerpo. Aspiro su aroma y ella se estremece. Se gira rápidamente y se relaja al ver que soy yo.

- Hola.

- Hola. – Responde con la mirada achispada. ¿Será el alcohol?

- Ama, ¿puedo pedirle un baile? – Le extiendo la mano.

- Por favor. Rescátame. – Posa su mano en la mía. ¡Oh! ¿Significa que el hombre que hablaba con ella la estaba acosando?

- Será un placer. – Tiro de ella y le beso con ganas, marcando mi terreno con Luna frente ante todos esos buitres.

Ella enreda sus manos en mi pelo, sin importarle los ojos que se clavan en nosotros. Tampoco a mí me importan. La mezo entre mis brazos y bailamos al compás de la música mientras le sigo comiendo la boca con el deseo queriendo conectar con ella a través de mi lengua.

- Me estás desquiciando. – Dice casi en un gemido cuando se separa de mis labios. Vuelvo a buscarlos enseguida. No soporto el vacío en mi boca cuando la tengo tan cerca. – Tristan...

- ¿Qué? Ordena lo que quieras.

- ¿Lo que quiera? – Pregunta.

- Lo que sea.

- Llévame a tu cama. – Su petición se me cuele por la entrepierna, activando mi instinto más animal.

- ¿Ya? Apenas llevamos una hora aquí. – Ella hace pucheros de una forma cómica. – Eh, tú estás borrachilla. – Luna se ríe y me contagia de su risa. – Yo también quiero colarme en ti, desesperadamente. – Confieso enterrando mi rostro en su cuello. Le beso seductoramente la piel que va desde su oreja hasta su hombro, apartando un poco la tela de su vestido, y ella gime. ¡Oh, dios! ¡Esta mujer me pone tan cachondo que es insano! – ¡Vámonos! – Tiro de su mano y ella se carcajea.

- ¡Espera! – Me frena justo antes de cruzar el umbral de la puerta. Me giro casi sin aliento.

- No puedo esperar más, ama, por favor, apiádate de mí. – Levanto mis manos exasperado.

- Ana. – Dice simplemente.

Mierda, es verdad. Tenemos que llevarla a su casa y no parece muy dispuesta a irse ya. Luna me sonrío, pero yo no le veo ni puta gracia a la situación. Coge dos copas de margarita de una mesa cercana y me tiende una a mí. La cojo sin comprender qué pretende, me besa de forma acalorada, dibujando mis labios con su lengua y suspiro de frustración en sus labios.

Entonces siento su mano en mi pecho y noto como me empuja hacia atrás. Sigo las instrucciones de su mano y doy varios pasos hacia atrás.

De pronto veo que me ha introducido en una habitación, un aseo, para ser más exactos, y, con su pierna, cierra la puerta del aseo tras entrar ella también. ¡Quiere que me la meriende aquí! ¡Oh, sí!

La miro con picardía al comprender sus intenciones y ella sonrío con malicia mordiéndose el labio. Levanta su copa de margarita en mi dirección y yo hago lo mismo, hipnotizado. Da un largo trago a su copa y yo la observo sin poder apenas moverme más que para mojarle los labios con la mía.

Sus labios buscan los míos con desesperación, derramando parte del líquido alcohólico con sabor a menta y lima en mi boca y me dejo llevar por la angustiada y desquiciante sensación

de hambre de su cuerpo. La estrello contra la puerta y me bebo sus labios como si me estuviese bebiendo su alma en ese beso.

Gimo. Ella gime. Levanto su vestido hasta su cintura y ella enrosca uno de sus muslos en mi cintura. Su piel es suave y quema. Deslizo mi mano por su muslo hasta llegar a su trasero y cuelo uno de mis dedos por su ropa interior, directo a su sexo. Está caliente, húmedo y palpitante. Su gemido se intensifica con ese gesto y se introduce por mi garganta hasta explotar en mi estómago y repartir destellos de pasión por todo mi ser.

- Oh, por favor. – Gruño desesperado hundiendo mi cabeza en su cuello. Luna tira de mi pelo buscando de nuevo mi mirada y mis besos.

- Fúndete conmigo. – Me pide. No puedo hacer otra cosa.

- Dime que tomas protección, por lo que más quieras. – Suplico con la ilusión de poder obviar el condón y poder sentirla plenamente. Ella afirma con la cabeza y me hace el hombre más feliz de la tierra con esa afirmación.

Entonces me desabrocho con patosa celeridad los pantalones, con la ayuda de sus manos y la distracción de sus labios por mi cuello. Libero mi tremenda erección y desprendo un alarido de placer al notar sus delicadas manos sobre ella, acariciando con pericia mi miembro, hambriento de ella. La levanto con mis dos manos, aparto la fina tela de su ropa interior y conduzco la punta de mi polla hacia su húmeda apertura. Ella aprieta los ojos ante la expectación.

- Quiero sentirte ya. – Me pide.

- Mírame. – Le digo casi sin voz.

Abre los ojos y voy introduciéndome lentamente en su delicioso cuerpo sin apartar los ojos de su expresión. Mi mandíbula se tensa al sentirla de esta gloriosa forma. Sus ojos brillan y se oscurecen. Sus labios se abren formando una O. Siento las paredes de su interior apretarse en torno a mí. No había saboreado nunca el sexo de esta forma. Aunque ya esperaba que sería especial con ella. Tanta expectación me ha convertido en un desesperado por sentir salvajemente a esta mujer.

- Dios mío, Tristan. – Gime cuando salgo y vuelvo a entrar en ella.

- ¿Sí, mi ama? – Digo con voz grave. – Dime qué quieres.

- ¡Ah! – Grita en mis labios sin poder hablar.

Salgo y entro con suavidad de ella y tengo que concentrarme mucho, muchísimo, para no dar rienda suelta a mis impulsos y empalarla con agresividad. Quiero ir poco a poco, degustar todas las posibilidades que me dan tener todavía dos noches más con ella. Repito la misma operación.

- Dime qué quieres, Luna. – Sus ojos parecen dos llamaradas amarillas.

- Más. – Pide y me noquea.

Comienza a contonearse sobre mí y, sus palabras y sus movimientos, me hacen perder la

razón y comienzo un tortuoso baile dentro de Luna mientras devoro sus labios para mitigar un poco nuestros gemidos. Me convengo a mí mismo que ese es el único motivo por el que la beso sin cesar y, porque sus labios son adictivos. Grita un poco, pero en seguida comprendo que no es por dolor; está a punto de correrse. Y eso me hace muy feliz, porque yo no soy capaz de aguantar mucho más. Un potente orgasmo sacude a Luna que se retuerce de placer entre mis brazos. Automáticamente me vació en ella y apoyo mi cabeza en su hombro, muerto por la explosión que mi cuerpo acaba de padecer. Suelto sus piernas sin fuerzas y apoyo las manos a ambos lados de Luna, sobre la puerta. Pareciera como si me hubiera vaciado todo mi ser en ella y me siento peso muerto.

- Me desarmas. – Me obligo a levantar la cabeza para mirarla. Para mirar esos increíbles ojos ambarinos. Luna me mira tímida y a la vez con complicidad. – Acabamos de hacer una diablura, lo sabes, ¿verdad? – Ahí está esa sonrisa que me encanta. Su sonrisa se transforma en carcajada y ambos nos acabamos riendo con ganas.

- Me encantas. – Suelta de repente provocando una fuerte y dolorosa punzada en mi estómago. Me besa y trato de aguantar mi ansiedad como puedo. Pero comienzo a sentir que se me colapsan los pulmones y no puedo respirar. ¡Joder, ahora no! ¡Cálmate, maldita sea, Tristan, todavía no puedes caer! ¡Aún falta mucho por disfrutar! – ¡Ahora podemos bailar un poco más! – Luna actúa con normalidad, como si no me hubiese dicho nada, como si no estuviese siendo consciente de que estoy al borde de un ataque de pánico. – ¡Vamos! – Se coloca bien la ropa y yo trato de sonreír como si nada. Pero no puedo respirar. Casi no siento el aire entrar en mis pulmones.

- Ve tú. Dame un segundo. – Abro la puerta agobiado. Necesito un momento a solas.

- ¿Estás bien? – Pregunta preocupada. Cálmala Tristan.

- Sí. Búscame una copa. En seguida te acompaño. – Le doy una palmada en el trasero y cierro rápidamente la puerta cuando ella ya ha salido. – Joder. – Me tiro del cuello de la camiseta y miro al techo, apoyando mi espalda contra la puerta. – Respira Tristan. Piensa en algo positivo. – Cierro los ojos y sólo me vienen a la mente los instantes que acabo de vivir con Luna. – ¡Ah! – Grito desesperado. – ¡Contrólate, maldito cabrón! – Me golpeo la cabeza. – Está bien. Todo está bien. Estás a salvo. Ella está bien. No pasa nada. Piensa en algo positivo. – Cierro los ojos y me doy cuenta de que no hay nada más positivo que la noche que me espera por delante, que no ha hecho más que comenzar.

Ese pensamiento por fin me serena y consigo relajarme. Al menos mi respiración ha vuelto a ser constante. Me acerco al lavabo y me echo un poco de agua en la cara. Me río de mí mismo al ver que tengo la boca llena de carmín de Luna. Toco mis labios y aún siento su sabor. Es exquisita. Ha sido increíble. Y no ha pasado nada. No ha llegado la sangre al río. Sólo ha sido un pequeño momento de debilidad, pero, como bien sabía desde el principio, no tengo nada que temer porque mi cuerpo no ha reaccionado nunca en contra de su proximidad, sino más bien lo contrario. La he buscado yo. Siempre yo. Habría notado si hubiera algún tipo de peligro. Siempre lo hago.

Así que voy a salir ahí y a disfrutar de la fiesta con Luna y su amiga, después me la follaré en el hotel hasta que me quede sin fuerzas y la dejaré dormir conmigo, de nuevo, porque haré de nuevo esa excepción. Sí, lo haré porque merece la pena la recompensa.

Al fin vuelve el color a mi rostro y salgo del aseo. Vuelvo al salón, donde está todo el mundo dándolo todo y ya hay más de un borracho por los suelos. No me cuesta nada encontrar a Luna entre el gentío. Ella es simplemente como un imán y ha captado la atención de nuevo de algunos de mis colegas, que se la comen con los ojos.

Me siento un poco extraño todavía, así que mantengo la distancia y me hago con una copa de whiskey. Luna me ve y me levanta su copa. Yo hago lo mismo con la mía y sonrío. Ithan Burke, un colega de profesión, le está dando la brasa, lo sé, pero confío que ella solita sabrá librarse de ese hombre si se pone más pesado de la cuenta. Sin embargo, cada vez parece más agobiada con la compañía de Ithan, así que finalmente me acerco a su rescate.

- ¿Todo bien? – Le pregunto en el oído.

- Sí. – No parece convencida.

- Tristan, tío, no te importa que baile con tu acompañante un rato, ¿verdad? – Me pregunta Ithan. Yo miro a Luna.

- Eso lo decides tú, pequeña. – Le pellizco la mejilla. Luna parpadea confundida.

- Ehh, no sé. Me da igual. – Creo que piensa que me puede molestar. Sácala de esa confusión, Tristan.

- Hoy tú mandas, ¿recuerdas? – Susurro en su oído. Ella sonrío y parece más tranquila.

- Vale. Un baile. – Le dice a Ithan que se la lleva más que feliz a la pista de baile. Me gusta verla así, alegre y feliz, bailando y dándolo todo.

La recordaré así cuando todo haya acabado: como un soplo de aire fresco durante mi estancia en Madrid.

- Te gusta, ¿eh? – Me sorprende mi amigo Henry agarrando mi hombro. Me tenso y me pongo de nuevo muy incómodo. Pero no me duele nada. Está bajo control.

- Pues está muy buena, sí. – Le digo. – Ithan Burke también opina lo mismo. – Trato de bromear.

- Sí, es muy bonita. La verdad. ¿Quieres un cigarrillo? Voy a salir fuera a fumar.

- Lo había dejado, pero, hoy creo que necesito uno. – Acompaño a Henry al enorme jardín de su casa, me tiende un cigarrillo y me da fuego.

Uff ahora me siento más tranquilo de verdad. Por un momento me había arrepentido de no haberme tomado mi medicación hoy tampoco. Pero ahora veo las cosas de otro color sin tener que tragar una sola píldora. Ahora que lo pienso, puede que por eso me haya sentido mal después de hacerlo en el baño con Luna. Sí, no ha habido nada raro salvo que llevo dos días sin tomar la medicación. Y, sin embargo, creo que esta noche las voy a dejar de lado otra vez. No me fio de mí ni de que no me dé más sustos mi cuerpo, pero espero que cuando la libido me domine con Luna no haya espacio para nada más en mi mente. Y, sin pastillas, mis sentidos se intensifican y lo disfruto mucho más.

- Entonces, ¿sigues picando de flor en flor? Creí que habías sentado la cabeza esta vez.

- No tengo tiempo para eso. – Digo mi típica excusa.

No tengo por qué contarle mis mierdas a nadie. Si lo hice un poco con Luna es porque John, mi terapeuta, me lo recomendó esta tarde, cuando lo llamé por teléfono, antes de ir a recoger a Luna, para explicarle la extrañeza de mi actual situación con esa chica y para que me confirmara que no corría ningún peligro al acercarme a ella. Él tiene una teoría nueva sobre mi problema y piensa que implicando a Luna un poco en mi vida me ayudará. Pero acabo de comprobar en el aseo que no ha sido así. Aunque lo he controlado, y, sin ayuda de las pastillas, pero he estado a punto de descontrolarme totalmente.

- Sí, bueno, nuestra profesión no es fácil de compaginar. – En ese momento escuchamos unos gemidos muy cerca de nosotros. Miro curioso detrás de una esquina.

- ¡Joder! ¡Ana! – Exclamo al ver a la amiga de Luna metiéndose mano con el cantante ese con el que estaba bailando hasta hace pocos minutos. Ni nos han visto.

- Estoy rodeado de amigos degenerados. – Dice Henry con tono chistoso. – Dejémosles privacidad. – Me dice Henry y le doy la razón.

Vuelvo al interior de la vivienda y Luna sigue bailando con Ithan, más que sonriente. Me gusta verla feliz, sí, pero ya está bien. Ahora que sea feliz, pero en mis brazos.

- ¿Puedo? – Le digo a Ithan interponiéndome entre él y Luna.

- Claro.

- Baila conmigo, ama. – Le pido y ya comienzo a notar el efecto del alcohol mezclado con Luna en mí.

- Al fin recupero a mi acompañante. – Dice enlazando sus brazos en mi cuello. – ¿Sabes dónde está Ana? No la veo desde que me acorralaste en el baño. – Abro la boca haciéndome el escandalizado.

- ¡Tendrás cara! – Aguanta una risa en la mano. – Tu amiga está aplicando tu técnica de seducción en el jardín de la casa de mi amigo. – Le señalo con la cabeza la puerta de cristal que da al jardín de la casa de Henry. Luna abre los ojos.

- No...

- Sí, ama, así es. Sois un par de brujas las dos y yo os he traído sin saber que acabaríais con la cordura de esta pobre gente.

- No veo a ningún pobre por aquí. – Replica. – Sólo a Ana y a mí. – Se me arruga el pecho ante su declaración. – Pero hoy soy una especie de Cenicienta viviendo un cuento de hadas. Gracias. – Me da un casto beso.

- Pero yo no soy ningún príncipe, Luna, eso ya lo sabes. – Me siento en la obligación de aclarárselo de nuevo. – Mi cuento es otro. Yo soy un sapo que por una noche tendrá la apariencia de príncipe.

- Pero me sirves incluso así para mi cuento. – Se encoge de hombros y hace que me relaje de nuevo. – Aunque nunca habría pensado que los sapos están tan bien dotados. – Me muerdo el labio inferior para aguantar una carcajada.

- ¿Te cuento algo? – Asiente risueña. Me acerco a su oído. – Todavía no tienes ni idea de lo que te espera. – Da un respingo entre mis brazos y yo aprieto su trasero para acercarla más a mí y que no escape. Aprieto mi creciente erección contra ella. – ¿Ves el efecto que tienes en mí? – Susurro.

- ¿Podemos irnos ya, esclavo? – Contraataca ella en mi oído. Suelto el aire de mis pulmones haciendo un ruidito.

- Dile a tu amiga que la quiero ver junto a la limusina. Ya. – Mis pensamientos se han vuelto a disipar ante la expectativa de tener por fin a Luna en mi cama, para mí. En exclusividad.

Ella se escapa de mis brazos al ver entrar de nuevo en el salón a la chica de pelos rosa, aunque su pelo es ahora una maraña. Tira del brazo de su amiga y le dice que nos vamos. Gracias al cielo la amiga obedece sin rechistar.

Ahora comienza de verdad mi noche.

LUNA

Casi muero del ataque de risa por el camino en la limusina, de vuelta de la fiesta a la que Tristan me ha invitado, cuando le pregunto a Ana que me cuente qué bicho le ha picado en la fiesta y qué le ha dicho ese hombre para convencerla de hacer semejante disparate.

Ella dice que no entendía ni papa lo que ese chico le decía, pero que sonaba sexi y por eso decidió irse al jardín a hacer diabluras. ¡Está loca esa mujer!

Dejamos a Ana en su casa y Tristan y yo nos dirigimos a su habitación en ese bendito hotel. Ya solos en el habitáculo de ese inmenso coche, ambos nos dedicamos miradas pícaras, sentados uno frente al otro. Estoy achispada por el alcohol y eso hace que pierda el miedo y la vergüenza. Quiero vivir esta experiencia en sus brazos todo lo intensamente que pueda.

Antes, en el aseo de esa maravillosa mansión, he experimentado la mejor sesión de sexo de toda mi insulsa vida. Mi cuerpo ha vibrado ante cada nuevo estímulo, ha sido todo un derroche de lujuria, pasión y deseo. Pero algo me dice que no ha sido más que un aperitivo del banquete que tengo la intención de darme de Tristan Moore. El plato principal todavía no ha llegado. Ni... el postre.

La mirada de Tristan también me lo confirma. Sentado frente a mí, recorre con sus ojos azules mi cuerpo. Entre los dos vuelve a haber una mesita con una botella de champán, ya abierta, y un bol con fresas.

Me agacho a coger una, la sumerjo en el líquido y la introduzco con sensualidad en mis labios. Tristan se remueve un poco y traga saliva. No dice nada con palabras, su cuerpo ya lo dice todo. Vuelvo a hacer lo mismo con otra fresa y esta vez la chupo mientras lo miro fijamente.

- Luna... – Esta vez susurra mi nombre con voz grave. Y echa su cuerpo un poco en mi dirección.

- Quieto. – Le ordeno. Inhala con fuerza y obedece. Vuelvo a coger otra fresa, pero esta vez me levanto y me siento sobre él. Muerdo un extremo del rojo fruto y le ofrezco la otra mitad con mis labios. El muerde la fresa con hambre y hace que parte del jugo de la fresa se derrame por su grueso cuello. – Mmmm, déjame limpiarte. – Le digo tirando de su pelo hacia atrás para dejarme vía libre por su cuello. Lo lamo hasta dejarlo bien limpio. Tristan gruñe con los ojos cerrados. – Mírame. – Empleo su orden en su contra. Cojo otra fresa y la introduzco en su preciosa y sabrosa boca. Mientras la muerde le beso con lascivia. Levanta sus caderas por impulso para pegarla contra mí.

- Quiero llegar ya. No aguanto más. – Sus palabras suenan como una oración en mis labios y yo me regodeo ante la sensación de tener a Tristan Moore rendido a mí.

- Disfruta esto. – Le pido acariciando con mi dedo su mandíbula, sus labios y su cuello.

Tristan me muerde el labio inferior.

- Hemos llegado. Ya no tienes escapatoria. – Me anuncia y me doy cuenta de que hemos parado. Tristan me coge en brazos por sorpresa y me lleva así hacia el interior del hotel.

Me introduce en el ascensor y allí me deposita en el suelo, para, acto seguido, estamparme contra la pared del ascensor y besarme como un energúmeno. Sus manos se entretienen con mi pecho, por encima del vestido y yo dirijo mi mano directamente a su entrepierna, por encima de su pantalón. Ambos estamos fuera de control. Las puertas del ascensor se abren y, sin despegar nuestros labios, Tristan me dirige hacia la puerta de su habitación, la abre y me levanta del suelo para introducirme en el que será el escenario final de nuestro juego de pasión. Cierra la puerta con el pie y me suelta a los pies de la cama. Me tumba sobre la enorme cama y busca su hueco sobre mí, acudiendo de nuevo a mis labios y apretando con fuerza su dureza contra mi entrepierna.

- ¡Ah! ¡Tristan!

- ¡Joder, Luna! ¡Qué ganas te tengo! – Enreda sus dedos en mi melena e invade mi boca con su lengua.

- Tristan. – Trato de frenarlo como puedo, pero me ignora. – Tristan, para. – Lo hace sin aliento y me mira confundido.

- ¿Qué pasa?

- Que hoy mando yo. – Le recuerdo. Mi recordatorio de le devuelve la sonrisa al rostro.

- Cierto. ¿Qué es lo que desea mi ama y señora?

He pensado mucho en esta noche. Me he rebanado los sesos pensando en qué es lo que él esperará de mí y de mi actitud como su “ama” y finalmente he llegado a la conclusión de que esta noche es “mi noche”.

No creo que vaya a vivir muchas noches más como ésta y quiero disfrutarla. Así que he tomado la determinación de pedirle lo que YO realmente espero de mí tras haber tomado al fin la decisión de dejar a Juan, de pedirle lo que la persona que quiero ser tras haberme topado con Tristan Moore quiere pedir.

Poso mi mano sobre su duro pecho y lo aparto lentamente de mí. Tristan mira mi mano y obedece sin rechistar, pero con cierto recelo. Creo que teme que me haya arrepentido. Jamás me arrepentiré de esto. Gracias a Tristan y a lo que estoy viviendo con él he pasado de ser un alma en pena a una persona viva y pasional. No tengo miedo de entregarme en cuerpo y alma a alguien como él, aunque sepa que irremediabilmente todo acabará pronto.

- Quiero desvestirte. Yo. Y quiero que aguantes, quieto, hasta que te lo ordene. – Le aclaro cuando ya hay suficiente distancia entre los dos. Tristan traga saliva. Mueve levemente su cabeza para mostrar su obediencia. Comienzo por quitarle la camiseta y me muerdo el labio ante tanta perfección. – Me encanta tu torso. – Pienso en voz alta mientras acaricio esos duros pectorales, el vello que los recubre y esos abdominales de infarto con mis dos manos. Su respiración se acelera cuando lo hago y más aún cuando le miro a los ojos con el deseo llameando en ellos. – Ven, ponte de pie. – Lo levanto tirando de su mano y obedece. – Quiero besar tu torso. – Me acerco y poso

mis labios sobre su piel con delicadeza y voy recorriendo todo su torso, comenzando por su clavícula, bajando por su pecho y después por sus abdominales, hasta clavarme de rodillas frente a él. Me mira enloquecido y con la respiración agitada, pero se controla y me deja hacer. – Ahora quiero quitarte los pantalones. – Le informo. Asiente con un suspiro.

Desabrocho uno a uno los botones de sus vaqueros y tiro poco a poco de ellos. Tengo que entretenerme en quitarle los zapatos y los calcetines primero, para poder desprenderle de los pantalones por completo. Cuando lo hago, vuelvo a estar de rodillas frente a su miembro, que apenas puede aguantar la presión de la tela de su ropa interior.

Está más que excitado y eso me excita a mí. Le está gustando, lo está disfrutando tanto como yo. Lo miro a los ojos para indicarle que voy a realizar mi próximo movimiento. Tristan llena sus pulmones de aire cuando introduzco mis pulgares por la goma de su ropa interior.

Bajo sus boxers sin dejar de mirarlo, o adorarlo, más bien. Pero en seguida la magnitud de su erección llama mi atención por completo. Su sexo duro y erguido reclama de mí, como el canto de una sirena. Aprieto los ojos y lentamente lo sumerjo en mi garganta, saboreando la salinidad de algún fluido que ha emanado de él. Tristan emite un quejido de satisfacción descomunal y automáticamente se aferra a mi pelo con fuerza. Lo saboreo de arriba abajo, masajeando la punta con mi lengua cuando asciendo.

- ¡Joder! ¡Maldita sea! ¡Cómo cojones haces eso! – Gruñe y se sacude de placer.

Yo aprieto sus nalgas para hacer que se quede quieto. Sé que esto no se me da nada mal, siempre fue la técnica que empleé con Juan para que me dejara en paz. Pero con Tristan lo que quiero es todo lo contrario: que se vuelva loco de pasión y no quiera dejarme nunca en paz.

Así que decido que no lo dejaré terminar su viaje a las estrellas. Cuando siento que la punta de su miembro está más inflada y sus gemidos se intensifican paro y me levanto. Me mira con el reflejo de su tortura sensorial asomando por sus ojos.

- Te toca a ti. – Le ordeno. Tristan cierra los ojos y levanta la cabeza, moviendo su cuello como si estuviese buscando la concentración necesaria para un partido de tenis, o algo así.

Cuando abre los ojos, ha recuperado un poco de autocontrol y se acerca a mí.

- Date la vuelta. – Pide y lo hago. Desciende lentamente la cremallera de mi vestido. – Nunca había dilatado tanto el sexo como contigo. Nunca he esperado tanto para introducirme en el cuerpo de una mujer. – Susurra en la piel de mi espalda mientras baja mi vestido. Se me eriza la piel al notar su cálido aliento. – Y no sabía que podía volverme tan loco esto. – Mi vestido llega al suelo. – ¡Oh dios mío! – Exclama al ver el conjunto de ropa interior que llevo. Me alegro de que le guste, nunca había gastado tanto dinero en una prenda así. Es una sola pieza que conecta el sujetador con mi cintura y el tanga. – Date la vuelta. – Me pide y lo hago. Llevo una combinación interior negra de encaje negro transparente bastante sexi y elegante a la vez. – Joder Luna. ¿Te has visto bien? ¡Eres de otro mundo! – Sus palabras me avergüenzan y bajo la mirada. – ¡Eh! ¡Ni se te ocurra no mirarme ahora! – Quiero recordarle que mando yo, pero me distrae tirando de mi mano y colocándome delante de un espejo de pared que hay en su habitación, él tras de mí. – Mira esa obra de arte. – Me miro y mis ojos chocan con un moratón que tengo en el muslo por culpa de la bofetada que me dio Juan y la brusca caída al suelo. Lo miro a él. Él sí que es arte puro. – Voy a

degustar todo esto de arriba abajo y todavía no me creo mi suerte. – Acaricia mis brazos y yo echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en su pecho cuando siento sus manos sobre mis senos y me sobrecojo cuando una de ellas desciende hasta mi sexo y aprieta dos de sus dedos sobre él. Gimo.

- Sigue. Desnúdame. – Le pido.

- Créeme, será todo un placer. – Siento sus dedos en mi espalda desabrochando la prenda mientras nuestras miradas siguen conectadas en el espejo. Me gira cuando ha terminado. – Ama, tengo que devolverle sus mimos. – Se agacha para quitarme la prenda. Apoya su frente en la parte baja de mi vientre e inhala mi sexo. Me estremezco. – Hueles de maravilla. – Lo siguiente que su lengua hace es acariciar el vértice de mis muslos. En ese preciso lugar que hace que el delirio más inaudito posea mi cuerpo.

- ¡Tristan, oh madre mía! – Grito y él continúa con su dulce tortura. Es la primera vez que me hacen algo así.

Es la primera vez en mi vida que soy el objeto de devoción yo. Y jamás pensé que sería algo tan delicioso. Hacía mucho tiempo que no tenía orgasmos con Juan. Desde hace años el sexo para mí era algo que hacía por obligación, no por placer. Pero en dos días en los brazos de este hombre han hecho que el sexo pase de ser un castigo a un premio celestial para mí.

- Dime qué quieres. – Se separa de mí y me siento de repente tan frustrada y vacía que me abrazo a mí misma.

- Quiero que continúes, dentro de mí. Quiero sentirte. Quiero que me sientas. – Pido casi sin aliento.

Tristan se levanta, me besa y noto en sus labios el sabor del deseo que mi cuerpo emana por él. Pierdo la razón en ese beso. Pero se separa y me gira.

- Pues yo quiero que veas lo bien que nos vemos fundiéndonos en uno. – Tristan coloca mis manos sobre el espejo y me abre las piernas con sus piernas. Me sujeta por las caderas para levantarlas un poco. – ¿Puedo? – Pide permiso mirándome a través del espejo. Jadeando le digo que por favor. – No dejes de mirarme. – Pide apretando la mandíbula mientras entra lentamente en mí. Pero lo primero que hago es apretar los ojos y echar la cabeza hacia atrás al notar la grandiosidad de Tristan en mi interior. – Mírame Luna, por favor. – Hago un esfuerzo titánico y abro los ojos para hacerlo. Sin embargo, lo que veo me tortura más: Tristan con el músculo de la mandíbula en tensión, su boca entreabierta, gruñendo de placer y unos ojos azules oscurecidos por el deseo. Entra en mí y mueve las caderas en círculos en mi interior para que me acostumbre a él, después sale de mí y vuelve a repetir la operación. Creo que se está conteniendo por mí. Pero yo quiero más y se lo digo.

- Más fuerte. – Susurro. Tristan besa mi cuello, pellizca uno de mis pezones con una mano y acaricia con la otra mi sexo. ¡Es demasiado! Sentirlo dentro y fuera de mí de esta forma es delirante. – Tristan. Dame más. Quiero más. – Suplico de nuevo.

- Déjame saborearte un poquito más así, despacio, ama. – Me pide. Y claro que le dejo. Le dejaría hacerme lo que quisiera ahora mismo. Su baile lento dentro y fuera de mí me está dejando sin respiración. Gruñe cada vez que llega al punto más interno. – Estás muy húmeda. Dime que me

deseas tanto como yo a ti, Luna.

- Te deseo, ¡oh si lo hago! – Vuelvo a cerrar los ojos cuando siento que me enviste un poco más fuerte.

- Mírame. ¿Quieres más? – Lo miro y asiento. – Yo también. Mucho más. – Es entonces cuando pierdo la poca cordura que me queda. Las manos de Tristan se clavan a mis caderas y comienza a investirme con fuerza. Yo hundo mi cabeza hacia adelante y me tenso a su alrededor, tratando de absorber la magnitud de su ataque. ¡Es glorioso! – ¡Mírame! – Gruñe.

- No puedo... – Susurro sin poder levantar la cabeza. Se queja con un nuevo embiste y grazna.

- Está bien. Sólo porque hoy mandas tú. – Ni por asomo estoy mandando yo ahora mismo. Pero no me importa. Si yo mandara, le pediría que tomase él las riendas de mi cuerpo como lo está haciendo ahora mismo.

Varios embistes más y siento como mi cuerpo se tensa más si cabe y estallo en un potente grito desgarrador a causa del descomunal orgasmo que estoy viviendo. Tristan, contagiado por la reacción de mi cuerpo, se deja ir en mi interior aullando mi nombre con voz ronca. Lo siento dentro de mí, la calidez de sus fluidos y los coletazos finales de su orgasmo y... me siento llena. Llena de algo que no sé qué es, pero es lo más potente que he vivido en mi insulsa vida.

- Ha sido increíble. – Pienso en voz alta con la cabeza colgando sobre mi pecho. Me cuesta respirar.

- Ha sido alucinante. – Me gira entre sus brazos, poniéndome de frente, sujetando mi cintura con uno de sus brazos y con el otro mi rostro. Tiene una expresión curiosa, me mira como si no comprendiese algo. – Eres dulce y picante a la vez. Eres una mezcla explosiva. – Mis cansados ojos parpadean ante la visión de su preciosa cara, pero apenas puedo mantenerlos abiertos. – Creo que necesitas dormir, preciosa Luna. – Afirmo con diversión en la voz. Me levanta en brazos y me tiende sobre su cama. Después se tumba junto a mí.

- Ojalá haya sido tan maravilloso para ti como lo ha sido para mí. – Digo encaramándome a su pecho. Tristan suspira y acaricia el brazo que tengo alrededor de él.

- Ha sido más delicioso de lo que podría haber imaginado. Más de lo que debería serlo. – Quiero preguntarle qué significa eso, pero el cansancio y sus caricias me duermen en décimas de segundo y no puedo formular mi pregunta.

TRISTAN

No sé qué hora es y, ahora mismo, ni sé dónde estoy. No recuerdo a quién pertenece el brazo que acaricia mi torso ahora mismo y me tenso muchísimo. ¡Qué cojones hago durmiendo con una mujer!

Doy un respingo y me separo.

- ¡Luna! – exclamo al ver a esa mujer. ¡Oh! ¡Esa mujer me hizo ayer perder la razón de una forma divina! Mierda, pero la he asustado por cómo me mira. – ¡Eh! – Cambio el tono de mi voz y acaricio su rostro. – Lo siento, he tenido un sueño raro.

- Parecías muy en paz. – ¿Yo? ¿En paz? ¿Mientras duermo? ¡Ja! ¡Esa sí que es buena! Espera... estaba durmiendo y me he despertado normal... otra vez.

- ¿Qué hora es? – Pregunto un poco extrañado. – Deberías descansar tras lo de anoche, pequeña. – Le digo. Que yo no pueda dormir no implica que no pueda hacerlo ella.

- Son las nueve y... bueno y quería un poco más de ti. – Me dice tímida. Pero eso no es lo que me tensa.

- ¡¿Las nueve?! – Busco mi móvil y enseguida veo que es verdad. – ¡Qué cojones! ¿He dormido siete horas seguidas? – Pienso en voz alta.

- Lo siento, ¿tenías algo que hacer? No quiero molestarte. – Dice nerviosa y se levanta de la cama con rapidez.

Comienza a dar vueltas por la habitación buscando su ropa. Yo la observo embobado. No sólo porque es la maravilla más grande que he visto desnuda sino también porque, ¿qué cojones me está haciendo esta mujer?

- Ven aquí. – Le digo señalando mi cama. Me mira aturdida. – Ven. Aquí. Ahora.

- ¿Ya es tu turno para mandar? – Pregunta enarcando una ceja.

- No, sólo quiero que te relajes. No tengo que ir a ningún sitio. Al menos, no todavía. Ven. – Me acerco a ella, tiro la ropa que sostiene en las manos al suelo y tiro de sus manos hasta colocarla sentada a horcajadas sobre mí. – Tú querías más, ¿no es así? – Beso sus labios y aprieto sus nalgas.

- Mmmm. – Responde dubitativa.

- ¿Ahora no lo tienes tan claro? No me digas que te he enfriado con mi mal despertar. – Besuqueo su cuello y luego uno de sus pechos.

- Eres muy raro. – Me dice y me freno en seco. La miro.

- No suelo dormir con nadie. – Le informo. – De hecho, no lo he hecho nunca desde que tengo uso de razón. – Frunce el ceño sin comprender. – Suelo tener problemas para dormir, pequeña. No importa ahora mismo.

- ¿Por qué no me pediste que me fuera? – Pregunta y eso me hierde.

Tampoco entiendo que me duela, porque, paradójicamente, es lo que siempre hago después de un polvo: pedir privacidad o largarme yo. Pero no quiero hacerle eso a esta persona tan dulce. Ella no quiere aprovecharse de mí, eso me ha quedado más que claro. Y me duele que piense que yo sí quiero hacerlo de ella.

- No quería que te fueras. Quería que te quedaras. – Digo penetrándola lentamente. Uff, esto es la gloria.

- ¿Por qué? – Pregunta sin aliento y mirándome fijamente. La muevo sobre mí.

- Porque me gusta estar contigo.

- ¿Cuánto te gusta? – Ahora la que se mueve sola sobre mí es ella, contoneando sus caderas y eso me pone muy muy muuuuuy cachondo. Pero no me gusta su pregunta.

- No es necesario aclarar ese punto. – Respondo seco. – Me gusta y punto. – Ella se desliza lentamente hacia atrás y vuelve a introducirme en ella de golpe y con rapidez. – ¡Joder! ¡Si haces eso dos veces más me correré, Luna! – Le advierto. No me hace ni caso y vuelve a hacerlo. – ¡Mierda, Luna! – La he subestimado. Nunca he durado tan poco en el sexo como con ella. ¡Tiene más recursos de los que creía! Y es de lo más apetecible.

- Repito. ¿Cuánto te gusta estar conmigo? – Ahora mismo veo que tengo frente a mí a Luna la osada. Me deja sin habla y vuelve a repetir el mismo movimiento. Grito de placer.

- Por favor Luna... quiero saborearte más y así no aguantaré. – Suplico esta vez.

- Contéstame. – Vuelve a hacerlo. Ahora se ha metido en el papel de ama de verdad. Es implacable.

- Mucho, me gustas mucho. – Contesto rendido. Muerde mi labio.

- ¿De verdad? – Ahora se mueve más lento, pero yo ya estoy al borde del precipicio. Cierro los ojos y me pongo a repasar mentalmente toda la plantilla de los Chicago Bulls para no perder el control. – Mírame. – Vuelve a hacer ese movimiento y casi me corro. La miro enseguida.

- Luna, ¡me encantas! ¡Más que nadie! ¡Más que nada! Mucho más. – Digo casi en una súplica.

- Gracias. – Susurra, me besa y esta vez impone un ritmo menos demencial sobre mí. Besándome y gimiendo en mis labios.

- Dime por lo que más quieras que estás cerca. – Me estoy aguantando como puedo, pero estoy ya demasiado fuera de mis casillas. Casi al borde del orgasmo.

- Sí...

¡Oh, gracias al cielo! Ella sigue su baile sobre mí, cual amazona domando a su bestia. Siento que mi alma abandona mi cuerpo en algunos momentos. Me siento a punto de estallar. Entonces vuelve a hacer ese movimiento sobre mí y estallo graznando a pleno pulmón, porque este es el puto orgasmo más bestia de mi jodida vida.

Me tiro hacia atrás casi muerto, con el corazón a mil por hora, tensando y destensando todos mis músculos mientras siento varias réplicas de mi orgasmo dentro de ella. Luna también está en mitad de un orgasmo y se deja caer rendida sobre mí.

Casi no me quedan fuerzas para acariciarla, pero lo hago.

- Eres la mismísima hija de Satanás.

Parpadeo y vuelvo a sentir esa sensación de confusión. ¿Otra vez me he quedado dormido? ¡Esto ya es muy raro! Luna está también a mi lado.

Mierda, no se mueve.

- Luna. – La zarandeo. – Luna, Luna. ¡Luna! – Me está dando el agobio. – ¡¡Luna!! ¡Despierta, maldita sea! – Siento como el pánico se apodera de mí rápidamente.

- ¡Eh! ¡Qué pasa! – Abre los ojos y se sienta de un salto.

- ¡Joder! – Exclamo y lleno de aire mis pulmones.

- ¿Estás bien? Estás muy pálido. – La miro de reojo mientras recupero la normalidad.

- Vamos a desayunar. Te invito y después te llevaré a casa. – Le digo algo distante. No quiero que se preocupe por mí. No la he traído aquí para eso.

- Ah, vale. – Parece decepcionada. Es lo mejor, nena. No debemos encariñarnos. Mierda, otra vez el pinchazo en el estómago. Me levanto rápidamente a por mis pastillas, ya he hecho bastantes experimentos estos días. – ¿Me podrías llevar mejor a casa de Ana? – Me pregunta mientras engullo las dos pastillas. La miro serio.

- ¿Vivís juntas?

- No, eh... no quiero volver a casa. – Agacha la mirada.

- ¿Es por el tipo ese? ¿Juan? – Siento que un calor interno en forma de enfado me invade.

- Yo no te pregunto por tu cambio de humor repentino y tú no me preguntas por Juan, ¿trato? – Me deja noqueado.

- Lo siento, no quería ser borde ni nada por el estilo. – Confieso con voz de niño al que le acaban de dar una regañina.

- No importa. – Se levanta evitando mi mirada y coge su ropa del suelo. – Voy a darme una ducha si no te importa. – Desaparece y se encierra en el baño.

Yo me quedo un momento inmóvil, pasmado y sin saber cómo actuar en esta situación tan extraña. Sólo he pasado dos noches con ella y ya es como si llevásemos viéndonos meses. Otras veces he repetido con alguna mujer y no ha sido así. ¿Por qué esta vez es diferente? Puede que porque es la chica más natural que he conocido. No entiende de estereotipos ni finge ser quién no es. Es tan ella que te acercas a su alma rápidamente y, para colmo, lo que ves en ella te deslumbra.

Me acerco a la puerta del baño. No quiero una conversación profunda con Luna, pero tampoco quiero su enfado. Me limitaré a darme una ducha con ella y mimarla un poco.

Pero, cuando intento girar el pomo, me percató que ha echado el pestillo. Mierda.

- Luna, ¿va todo bien? – Pregunto acojonado.

- Sí. – Su respuesta es tan fría y cortante como su voz. No voy a insistir. Así que me visto y espero a que termine.

Cuando sale ya está vestida y lleva el pelo mojado. Tampoco me mira cuando pasa por mi lado y recoge sus zapatos. Me siento más que nunca el “malo de la película” y no tengo ni idea de por qué.

- Oye, yo...

- ¿Nos vamos? – Me interrumpe.

- Vale. – Contesto dubitativo.

Luna sale de mi habitación y se dirige hacia el ascensor con decisión. Yo me pongo las deportivas torpemente y por el camino al ascensor para no perderla de vista.

En el ascensor está con la mirada clavada en el suelo.

- ¿No me vas a mirar? – Decido no emplear esta vez la orden como mecanismo de comunicación con ella. Me mira y sus ojos no me producen la calma que de costumbre. Está en modo distante. – Oye, si te he ofendido yo...

- Te he dicho que estoy bien.

- ¿Entonces por qué me hablas así? – Me rasco el pelo intentando rascarme las ideas confusas de mi cabeza. – Yo pensé que habías disfrutado conmigo... pensé que había sido tan especial para ti como para...

- No sigas. – Me frena con la mano en alto. – He disfrutado. Estoy bien. Quiero irme a casa.
Fin.

- ¿No quieres venir a desayunar conmigo? – Me siento abandonado de repente.

Y también siento unas repentinas ganas de alargar nuestra cita. Al menos hasta que me cerciore de que realmente está todo bien. Porque su tono no me deja nada tranquilo.

- Preferiría irme a casa, si no te importa.

- Y yo preferiría disfrutar de tu compañía un poco más. – Le digo con voz suave y acariciando su rostro. Luna suspira y me mira, esta vez con gesto más blando.

- Vale. – Uff, me siento liberado de un peso extraño.
- Genial. – Sonrío.

En la cafetería en la que estamos desayunando hay demasiada gente. Eso tiene algo en mi contra. Cuanta más gente haya más fácil es que me reconozcan y me exijan alguna foto o autógrafa.

Me cuesta un mundo lograr quedarme a solas con ella, que sigue mirándome como si hubiese matado a alguien.

Así que al final, opto por dar vueltas por todo Madrid cuando llega la hora de llevarla a casa. Ella está en silencio, a mi lado, mirando por la ventanilla de mi coche. No dice nada. Me frustra.

- ¿A qué hora quieres que te recoja el viernes? – Pruebo suerte. Necesito saber que nuestra siguiente cita sigue en pie. Aún no he tenido suficiente. Luna me mira levantando una ceja. Le dedico una sonrisa forzosa. Estoy histérico por su conducta.

- Creí que el viernes que viene tú mandarías. – Suspiro.
- Y así será. Pero puedo ser un poco complaciente.

- Hemos pasado tres veces por aquí. – Comenta distraída. Se ha dado cuenta de mi triquiñuela para retenerla más a mi lado. Sonrío ahora haciéndome el inocente. Ella sacude la cabeza y aguantando la risa. – Recógeme a las once de la noche.

- ¡¿Qué?! ¡Ni hablar! ¡Eso es muy tarde! Los viernes estoy libre de trabajo desde el mediodía, Luna. Te recogeré a las cinco. – Sentencio ofuscado.

- Trabajo de tarde esta semana. – Me aclara ella.
- ¡Oh! – Hago un mohín. – Y, ¿no puedes cambiar el turno? – Luna suspira.
- Lo intentaré. – Eso no es muy esperanzador. Y menos si no tengo forma de conectarme con ella sin saber si podrá o no.

- Me gustaría que tuvieras mi número de teléfono, Luna. – Digo y en seguida me arrepiento. Pero no sé por qué, tengo la intuición de que Luna va a ser la única mujer con la que he mantenido relaciones que no me va a dar la brasa. Le digo que anote mi número y ella lo hace. – Hazme una llamada perdida, por favor, y anotaré el tuyo. – Luna obedece. Ahora estoy más tranquilo. Ahora puedo llevarla a casa de su amiga.

- ¿Puedes parar un poco antes? – Me pide cuando ya casi hemos llegado.
- ¿Por qué?
- Eh... quiero pasar por la panadería antes. – Dice y no pregunto más. Entrometerme en su vida privada no es una opción para mí, por más curiosidad que sienta.
- Bueno pues... aquí termina tu mandato, ama. – Bromeo cuando paro al fin mi coche. Me quito el cinturón de seguridad y me vuelvo a mirarla, por última vez hasta que vuelva a cruzarme

con esta preciosa mujer. – Luna, no te tomes mis cambios de humor matutinos como algo personal. Te dije que tengo problemas para dormir.

- Has dormido como un tronco estos dos días. – Me dice enfurruñada. Ahora ya tengo claro que eso es lo que le pasa.

- Pero no es lo habitual. No te enfades, porfa. – Me acerco a ella y la beso dulcemente. Ella responde a mi beso. – Me encantan tus labios. Los echaré de menos estos días.

- Tú has impuesto cinco días sin vernos. – Susurra en mis labios y acaricia mi rostro. ¡Oh, no!

- Luna, es mejor así. No quiero que...

- ¿Me encariñe contigo? – Me mira herida. No tengo ni idea de qué cojones contestar. – Ya veo. Hasta el viernes, Tristan Moore. Veré que puedo hacer con mi turno. – Abre la puerta de mi coche y se va. ¡Joder! ¡No quiero que se vaya así!

- ¡Luna! – La llamo varias veces, pero no se digna a girarse y mirarme. ¡Soy un imbécil! Tengo que arreglar esto. Tengo que volver a verla.

Pero por hoy voy a dejar de pensar en esa mujer. Voy a ir a visitar a mi tía y mi hermanita pequeña, que viven aquí, en Madrid, en la casa que compré para ellas.

Mi tía lleva toda la semana dándome la brasa para que vaya a verla. Hoy ya no tengo excusa y, además, eso me ayudará a distraerme de Luna y sacarla por unas horas de mi cabeza.

LUNA

Me acerco sigilosamente al portal de Ana, mirando cada calle, cada esquina, cada recoveco, con especial atención. No me mirado mi teléfono móvil en todo el tiempo que he pasado con Tristan Moore, pero me apostaría mi salario de un mes a que debo tener infinidad de mensajes y llamadas perdidas de Juan.

Pulso la tecla del piso de mi amiga y pronto escucho su voz.

- Abre, soy yo, Luna.

- Sube, estoy con Gabi. Nos asomaremos ambos para evitar otro incidente. Sube por el ascensor. – Me pide mi amiga.

Y es lo que pensaba hacer. El camino desde la puerta del edificio hasta el ascensor se me hace toda una aventura. Corro rápidamente y cuando el ascensor se cierra y se pone en marcha al fin respiro tranquila.

Al llegar a la planta en la que vive Ana, la puerta del ascensor se abre sola y yo me pego por acto reflejo al fondo del ascensor.

- ¡Joder! – Exclamo aliviada al ver a mi amiga.

- ¡Somos nosotros! – Me grita y veo a Gabi, nuestro compañero de trabajo, junto a Ana dedicándome una sonrisa como saludo. – No hay moros en la costa. – Hago un mohín de disgusto. No me gusta que Gabi se entere de mis problemas personales. – Vamos, ¡no te quedes ahí pasmada! Entra en casa y cuéntamelo todo. – Me exige Ana.

- La verdad no quiero hablar de Tristan Moore ahora mismo. – Digo enfadada y entrando en el piso de mi amiga. Ana cierra la puerta de su vivienda y me mira de arriba abajo con mala cara.

- ¡Luna, no seas aguafiestas! – Pongo los brazos en jarra y le dedico un gesto de malestar. – ¿Tan malo ha sido? – Pongo los ojos en blanco. Gabi agacha la mirada al suelo, incómodo con la conversación. Yo también lo estoy. – Yo anoche te veía muy cariñosa con...

- Para, Ana. De verdad, no quiero hablar del tema. Ha estado muy bien y todo eso, pero no quiero pasar toda la semana echándolo de menos. Además, tengo cosas que resolver. Y necesito tener la mente fresca para hacerlos.

- Si te refieres a lo de Juan me he tomado la libertad de contárselo a Gabi para que entre todos busquemos la mejor solución. – Abro la boca de par en par mientras mis dos compañeros de piso me miran como si fuese un enfermo terminal.

- ¡Ana, no puedes airear por ahí mi vida privada! – Le regaño.

- Luna, todos sabemos lo que te sucede. – Me dice Gabi con timidez. Yo lo fulmino con la

mirada. “¡No os interesa! ¡Es mi vida!” Grito en mi interior. – Al menos yo siempre lo he intuido. Quiero ayudarte, Luna.

- Eso lo tengo que resolver yo. – Inquiero.

- No puedes volver ahora mismo a casa, Luna. No sabes lo que te encontrarías. – Continúa Ana. – Y tampoco mi piso es ahora un lugar seguro. Juan te abordará más veces aquí. Lo sabes.

- No tengo otro sitio a donde ir ahora mismo. – Confieso derrumbada.

- Puedes quedarte conmigo unos días. – Propone Gabi y yo frunzo el ceño.

- ¿Contigo?

- Sí, hasta que encontremos el modo de pararle los pies a ese cabrón. – Me froto las mejillas y los ojos.

- Tengo todas mis pertenencias en mi casa. No quiero perder lo poco que tengo. Quiero ir a recuperarlas, al menos mi ropa y los recuerdos de mi madre. – Me siento en el sofá de Ana abatida.

- Tenemos que encontrar el momento en el que sepamos que Juan no está y no irás sola bajo ningún concepto. – Formula Ana. La miro y me pregunto en qué momento mi vida se convirtió en una película de suspense. Sé la respuesta: cuando Tristan Moore llegó a mi vida para cambiarla de raíz.

- Está bien. – Confirmando rendida. – Me iré contigo unos días. Os pagaré a ambos por vuestra hospitalidad, no quiero causaros quebraderos gratuitos.

- ¡No voy a aceptar nada de eso! ¡Sólo me preocupa que estés a salvo! – Declara Gabi molesto.

- ¡Ni yo! – Ana se suma.

- Gracias a los dos. – Me levanto y abro mis brazos para abrazarlos a ambos. Los tres nos fundimos en un caluroso abrazo que me provoca lágrimas en los ojos. – Muchas gracias. Saldré de ésta. Juan será historia y seré libre. Y será gracias a vosotros.

Gabi, Ana y yo decidimos que ahora mismo, que Juan no está por los alrededores, es el mejor momento para desplazarme a casa de Gabi. Ana me deja unos pantalones negros y una camiseta negra suyos para que pueda ir al trabajo con ropa limpia al día siguiente. También me presta algunos vestidos, porque los dos que tengo conmigo son demasiado caros para usarlos en un día a día.

De zapatos también ando escasa. Menos mal tengo mis converse negras en casa de Ana, que son los zapatos que uso para trabajar. También las sandalias de tacón que me compré, junto a los vestidos caros, para las dos citas que he tenido con Tristan Moore.

Al pensar en esas prendas pienso inevitablemente en él. Han sido dos días mágicos a su lado. Me ha hecho sentir maravillas que había olvidado. Me ha hecho ilusionarme, encandilarme, olvidarme de mis males. Pero el hechizo de la Cenicienta se ha esfumado esta misma mañana,

cuando, al despertar por segunda vez, me ha recordado que yo no pertenezco a su mundo y que, todo ha sido una ilusión, un espejismo de una realidad de la que ahora no quiero renunciar, pero tengo que hacerlo.

Me he enamorado de ese hombre. Lo sé. Hace mucho que no sentía esta sensación, pero la reconozco. Y tengo que protegerme de su indiferencia. Él no está abierto al amor y yo no soy nadie para desbaratar sus planes.

Cuando Gabi baja a por su coche para llevarme a su casa tengo una pequeña conversación con Ana.

Le cuento cómo ha ido mi “gran noche” con Tristan y le explico mi por qué de no querer seguir hablando del tema. No quiero ilusionarme inútilmente.

También me esfuerzo en convencerla que para Tristan soy una más de sus múltiples aventuras y, que lo único que ve en mí es la simple curiosidad que por algún motivo he suscitado en él.

Ella dice que estoy chalada. Pero sé quién es la chalada de las dos.

Luego me enseña un mensaje que ha recibido del chico con el que se enrolló durante la fiesta a la que nos llevó Tristan. Está en inglés y quiere que se lo traduzca. El chico dice que quiere volver a verla y, Ana me pide ayuda para escribirle un mensaje de vuelta.

Quedan en verse mañana, después del trabajo, y yo siento una gran envidia por mi amiga. A mí me esperan al menos seis días más para poder disfrutar de unos minutos a solas con Tristan Moore. Y... sólo me quedan dos días con él.

Gabi vive en el Barrio del Pilar, muy cerca de la Vaguada. Su apartamento es espacioso y está muy bien decorado. Me sorprende. Él vive solo. Pero es un chico muy responsable, se ve enseguida.

Me muestra la que será mi habitación y decide que pedirá unas pizzas a domicilio para comer.

Paso el resto del domingo sentada en el sofá de Gabi, viendo sin ver la televisión y entablando de vez en cuando conversaciones breves, casi monosilábicas con él.

Echo de menos mi casa, mi espacio. Quiero pensar que podré volver pronto.

Aunque, lo que más echo de menos, son los besos y atenciones de Tristan Moore.

La noche es un duerme vela.

No sé en qué momento concilio el sueño, pero, cuando lo hago, pocas horas después me despierto y, justo en ese momento, veo la pantalla de mi móvil encenderse.

¡Un mensaje!

Cojo el artefacto dudando en si verlo o no. Si es de Juan prefiero ignorarlo.

Son las cuatro de la madrugada, tengo mi teléfono en las manos y me tiemblan, pero mal. Sin embargo, la curiosidad me puede y finalmente desbloqueo el móvil.

Tengo ciento cuarenta y ocho mensajes de whatsapp de Juan, que ignoro. Me llama la atención solo uno: el que acabo de recibir de Tristan Moore.

¡Joder, Joder!

Doy un respingo y de un salto me siento en la pequeña cama que Gabi me ha cedido de su casa.

¡Es él!

¿Lo leo? ¡Qué gilipollez! ¡Si ya me ha tenido que ver en línea! Abro el mensaje, escrito en inglés, y leo con las palpitaciones de mi corazón a mil por hora. Creo que mi corazón se ha desplazado a mi garganta.

“Preciosa Luna. Sólo quería escribirte para decirte que he pasado un fin de semana de ensueño contigo. Y, como no estoy contigo ahora mismo, no tengo esa necesidad de hacerme el duro. Así que te confieso que esta noche te echo de menos. Echo de menos que me acoses mientras duermes y me dejes sin espacio en esta enorme cama. Echo de menos tus ronquidos. Y, sobre todo, echo de menos tu sonrisa al despertar. Cuento los días para nuestro próximo encuentro. Y, recuerda, estarás bajo mi control. XXX”

Me da un ataque de risa nerviosa al leer su mensaje. No está en línea, así que medito bien lo que le voy a escribir.

“Gracias por todo. Sobre todo, por despertarme a las cuatro de la madrugada para inventarte cosas. ¡Yo no ronco! Pero eso no lo sabrás, porque el que estaba del todo inconsciente, si mal no recuerdo, eras tú. Yo también echo de menos esa enorme cama y... bueno, y a ti. No tanto a tus cambios de humor. Pero la próxima vez que lo hagas, simplemente te mandaré a la mierda. No obstante, espero ansiosa esa próxima vez. Trataré de ser obediente. XXX”

Pulso la tecla enviar y automáticamente veo que Tristan está en línea. ¡Ay dios! ¡Y escribiendo!

“Siento despertarte así, lo hubiera hecho de otra forma, pero no te tengo a mano. Y lo siento, no podrás mandarme a la mierda la próxima vez porque MANDARÉ YO. Pero espero ser un buen amo y no darte motivos para que me mandes a la mierda, dulce (aunque ahora no tan dulce) Luna. Perdona mis tormentos. Tú eres un rayo de luz, nunca la causante.”

Me quedo leyendo una y otra vez sus mensajes, sin saber si responder o no. Ya lo hace él por mí.

“Descansa. Te quiero con fuerzas el viernes. A LAS CINCO. XXX”

Me desconecto y me acuesto de nuevo con una sonrisa en los labios. Ahora puedo dormir más tranquila. Y lo hago abrazada al móvil como si fuese el escultural cuerpo de Tristan Moore.

TRISTAN

Hoy he hecho algo inusual en mí: hablarle a mi hermana de un ligue. Digo hoy porque, aunque sean las cuatro de la madrugada, para mí todavía no ha terminado el día pues, no he conseguido aún dormir.

Es lo normal, a pesar de que hoy sí que me he tomado la medicación. Lo que no ha sido nada normal en mí fue dormir de la manera que lo hice con Luna en mi cama. Me da mucho en lo que pensar...

De ella he hablado con mi hermana pequeña. Y ahora me arrepiento. Me ha avasallado a preguntas... pero, como no tengo cerca a John, mi médico, me inventé una terapia con esa pequeña cotilla.

Me ha encantado de todos modos volver a verla y comprobar que ya está hecha toda una mujercita.

Me he emocionado especialmente al ver a mi tía Carol, ella ha sido una madre para mí, para nosotros dos.

Mi tía me ha cebado con dulces y comidas de todo tipo. Me ha regado de besos constantemente. Está muy orgullosa de mí por haber llegado tan lejos en mi carrera profesional.

La casa que le compré a mi tía, en la que convive con mi hermanita, está pegada a la casa que también compré un día para mí, para los días que viniera a Madrid de visita. Pero esta vez no me he alojado ahí. Es una casa demasiado grande para mí solo y, bueno, es mejor estar cerca de mis compañeros de rodaje. Por eso me he quedado en el hotel donde se alojan todos ellos. De todos modos, sé que mi hermanita me la cuida bien... cuando se lleva a algún ligue para impresionarlo con la piscina jacuzzi o cualquier otra de mis caras posesiones.

Así que mejor me quedo con mis compañeros de rodaje para no ver cosas que no quiero ver.

Aunque, la verdad, no me estoy mezclando mucho con ellos. No soy antisocial, es más bien que cierta camarera encantadora me ha tenido despistado durante unos días.

No he dejado de pensar en Luna en ningún momento y, eso me molesta. Lo único bueno es que no me han saltado las alarmas. ¡Claro que no me han saltado! ¡Luna no se ha acordado de mí en ningún momento! Nunca doy mi número de teléfono a un ligue y a ella se lo di. Debería haberse sentido especial por ello, aunque sepa un poco acerca de mi problema, debería haberse encandilado de la super estrella que le ha puesto el mundo a los pies durante un fin de semana y, debería, al menos, haberme escrito un mensaje para indicarme que piensa en mí.

Ya intuí que ella no sería la típica fan enloquecida que me acosaría por teléfono, pero un mensaje no es acosar; es demostrar que te acuerdas de alguien.

Nada. No obtengo nada de ella en todo el maldito día.

Por eso, y por primera vez en mi vida, soy yo quien le escribe y trato de asegurarme mi próxima cita con ella.

Cuando le escribo el primer mensaje me lanzo diez mil maldiciones a mí mismo. Pero, cuando mi móvil suena y veo que ha contestado, me incorporo en la cama de este hotel en el que he pasado unas horas maravillosas con esa mujer, y, al leer su mensaje, me siento poderoso y flotando en una nube.

Me apresuro a contestar de nuevo para confirmarle y grabarle por escrito que nuestra próxima cita sigue en pie.

No le doy más opción a responder. Me desconecto y me fumo un cigarro en la ventana del hotel. Es una pena que haya vuelto a recuperar este maldito hábito, pero me tranquiliza y es lo que necesito ahora mismo.

La luna brilla sobre las calles de Madrid y yo mando el humo en su dirección. Mi Luna... siempre brilla para mí por la noche...

¿Qué ha sido eso? ¡Ni se te ocurra, Tristan! ¡Ya sabes que por ahí no!

Apago el cigarro y cierro la ventana y las cortinas. Como si pudiera así apagar la luz de la “luna”, cuando yo sé muy bien que no, que esa luz sigue brillando con fuerza ahí, tras esas tablas, luchando por atravesarlas e impactar sobre mi cuerpo. Como mi Luna particular.

Más me vale dormirme ya...

El sonido de alguien llamando a mi puerta me despierta. Ahogo un grito al hacerlo. Me falta el aire y estoy empapado en sudor. Me palpo el pecho. Todo está bien.

Echo un vistazo a mi móvil. Las ocho de la mañana. Hora de trabajar. Vuelven a llamar a la puerta.

No me preocupa haber dormido poco hoy. He dormido más en este fin de semana de lo que suelo dormir en una semana entera.

Quien sea insiste aporreando la puerta.

- ¡Ya va! – Me levanto furioso y no me paro ni a pensar que estoy en calzoncillos. – ¡Qué! – Contesto de mala gana, aunque me calmo al ver a Nika tras la puerta, con una gran sonrisa.

- Perdón, ¿te molesto? – Pregunta mirando tras de mí para comprobar si estoy solo.

- No. Dime. – Cuando le confirmo que estoy solo me echa una miradita muy sensual y recorre todo mi cuerpo con sus ojos, mordiéndose el labio.

- Hoy nos toca rodar juntos. – Me recuerda. ¡Ah sí! La escena tórrida de sexo.

- Ajá. Hoy eres del chico malo del cuento. – Respondo con voz seductora. No sé hablarle de otra forma a las mujeres y surte efecto sin siquiera hacerlo intencionadamente, porque me lanza una pícaro sonrisa.

- ¿Nos vamos juntos al set? – Propone.

- Eh... vale. Me visto y nos vamos. – Iba a proponerle que esperara fuera de mi habitación, pero ella entra y se pone a inspeccionar mi habitación. – Siéntate. – Le digo irónicamente, ya que ella ya ha tomado la iniciativa de hacerlo sobre mi cama.

- Me gustaría repetir lo de la otra noche. – Me declara cuando ya ha terminado de pasar los rayos x de su visión ultrasónica por mi habitación. Me pilla de sorpresa mientras me pongo los jeans, bajo el escrutinio de su mirada.

- Me pasaré una noche por tu habitación. – Digo sin más y me coloco una camiseta blanca.

- Puedo venir yo aquí...

- Prefiero ir yo a la tuya. – Le insisto apuntándole con el dedo como amenaza para que no siga por ahí.

- Con tu ligue del viernes no te importó traerla aquí. – Palpa con su mano mi cama y yo automáticamente recreo aquella noche con Luna, sin penetrarla, sin sentirla del todo y fue lo más intenso que he vivido en mi vida. – Ni la que te trajiste el sábado tampoco. – La miro ceñudo. – Vine el sábado a buscarte, pero me fui cuando te escuché gemir como un loco. – Me suelta y se pone en pie, frente a mí. – Confieso que sentí celos. – Dice seductoramente acariciando mi labio con su dedo índice. – Confieso que me moría de ganas por ser yo la follada por ti, Tristan Moore. – Aletea las pestañas. Quiere calentarme, pero recordarme los mágicos momentos que viví con Luna el sábado no hacen más que alejarme.

- Repetiremos otro día. – Corto por lo sano y me doy la vuelta para ponerme los zapatos.

- ¿Siempre eres tan cortante? – Esta conversación ya empieza a sacarme de mis casillas. Me doy la vuelta y la miro de frente serio.

- Nika, ¿qué quieres?

- ¿Quién era...? Bah, da igual. – Se amedrenta finalmente.

- No voy a darte explicaciones sólo porque follásemos una maldita vez, ¿entendido? – Me tenso mucho.

- ¡Eh! ¡Tranquilo! – Ahora me acaricia el rostro, pero eso no me tranquiliza en absoluto. No quiero ahora problemas con una tía y que se entrometa en mis planes. Le agarro de la mano para detenerla.

- Vámonos. Hoy toca un día largo de rodaje.

Durante el rodaje estoy más que tenso. Nika y yo tenemos que rodar una escena de cama y ella no para de restregarse sobre mí y de provocarme incluso entre toma y toma, cuando no

estamos grabando. Eso me hace desconcentrarme y que tengamos que repetir la jodida escena una y otra vez. Incluso tenemos que prescindir del descanso matutino. ¡Y eso sí que me envenena! Porque tenía ganas de ir a la cafetería y ver a mi camarera favorita para comprobar si sigue emocionada o no con nuestra próxima cita. Porque es tan distante a veces esa mujer que me confunde muchísimo. Aunque, luego recuerdo que Luna me dijo que esta semana trabaja de tarde y me relajo un poco. Pero sólo un poco.

Terminamos al fin de rodar todas las partes en las que aparece mi personaje a las 4 de la tarde, pero el rodaje con el resto de actores continúa.

Yo aprovecho las horas libres que tengo para encerrarme en la caravana donde los actores nos caracterizamos y releer un poco el guion. Sin embargo, cuando leo por quinta vez la misma línea y me doy cuenta de que mi mente sigue atrapada entre las sábanas de la cama del hotel con Luna, decido coger mi teléfono. Busco su nombre entre los numerosos contactos que tengo y, justo después de Leo Dicaprio aparece su nombre: Luna.

Miro el móvil, quiero llamarla, pero no debo. ¿Debo o no debo? Al final marco, pero no su número.

- ¡Tristan! ¡No me puedo creer que hayas aguantado dos días enteros sin llamarme! – Pongo los ojos en blanco.

- Hola John. Créeme, me hubiera gustado aguantar más.

- ¡Cuéntame! ¿Qué tal tu super polvo con Luna?

- ¿Te acuerdas de su nombre?

- Soy tu terapeuta, Tristan...

- ¿Cómo se llamaba la anterior a Luna? – Pregunto de mal humor. John calla. – Me la follé un día antes, no es tan difícil.

- Tu compañera de set, no recuerdo el nombre. ¿Para qué me has llamado? ¿Otra vez vas a descargar tus malas pulgas conmigo? Menos mal que me pagas bien.

- El viernes le conté un poco a Luna sobre mi problema, como me aconsejaste. – John vuelve a callar. – Dime algo, que para eso te pago.

- ¿Qué le dijiste exactamente?

- Que tuve una mala experiencia hace años y que no me puedo enamorar, bla bla bla...

- Sí que te puedes enamorar, Tristan.

- ¡John, no me jodas ahora con eso! Supongo que ella habrá entendido que lo que quería decir es que no debo hacerlo.

- ¿Quién dice que no debes?

- ¡Porque padezco de una jodida fobia, John! La espantaría, la acorralaría entre mis paranoias...

- En realidad padeces de dos fobias. – Me desquicia cuando habla con tanta frialdad de mis problemas. – No te olvides de tu Somnifobia.

- ¡No lo he olvidado, créeme!

- Por cierto, ¿estás durmiendo algo, Tristan? Ya sabes que debes ser estricto con la medicación. Es peligroso que te pases mucho tiempo sin dormir. Ya te dije que...

- El viernes dormí nueve horas seguidas. – Le corto. John guarda silencio de nuevo. – Y el sábado siete. Bueno, después del polvo dormí una hora y media más. – Sigue callado. – Lo mejor de todo no fue eso. Lo mejor de todo fue que me desperté sin ataques de ansiedad, aunque un poco desorientado, la verdad. Y, para colmo, no tomé la medicación ninguno de los días que estuve con ella. – El silencio de John ya me está poniendo nervioso. – ¡Di algo, joder! ¡Dime qué cojones me pasa!

- ¿El viernes dormiste con Luna?

- ¡Ya te lo he dicho, sí!

- ¿Y el sábado con quién?

- Con ella... te dije que tenemos un trato.

- ¿En qué consiste ese trato exactamente?

- Yo le pedí una noche con ella, ella me contraofertó que le diese una a ella para dominarme, pues la otra sería para dominarla yo a ella.

- Entonces ya no hay más citas planteadas con esa chica, ¿no?

- Bueno, lo del viernes lo consideramos un aperitivo. Su día para mandar sobre mí fue el sábado. Mi turno es este viernes y este sábado con ella.

- ¿Cuatro citas con la misma chica, Tristan? ¿Y en tan poco tiempo? Me tienes sorprendido.

- Joder, he tenido que concentrarlas porque pronto volveré a Los Ángeles y ya no la veré más.

- Ya veo...

- ¿Me pasa algo raro?

- ¿Y dormiste con Luna en tu habitación?

- ¡Claro!

- Tristan, no digas “claro” cuando nunca, en tu vida, has hecho eso. Jamás te has llevado a una mujer a tu habitación, ni a tu casa, ni a tu cama. – Me hace reflexionar. Tiene razón. – Está claro que esa chica tiene un efecto positivo sobre ti.

- ¿Crees que...? ¡Joder, si no me atrevo ni a decirlo!

- Sí, lo creo, Tristan. Y eso refuerza mi tesis de que tu problema no está en ti, sino en los

demás hacia ti.

- Pero para ella no soy importante... quizá por eso no han saltado mis alarmas. Así que tiene sentido lo que tú sugieres. Se jodería si ella se encariña de mí. Se iría todo a la mierda y yo entraría en un boquete.

- O podrías enfrentar de una vez tus miedos, Tristan.

- ¡John, si no puedo ni tener un puto despertar normal!

- Al parecer eso no es del todo cierto. Tristan, ábrete de una vez. Cuanto más tiempo lo dejes pasar será más complicado. Dime una cosa, Tristan. ¿Qué es lo que te llamó la atención de esa chica? Y no me digas lo guapa que es o el buen culo que tiene porque estás simplemente rodeado de bellezones por todos lados.

- Eh... pues, no sé. Recuerdo que al principio me evitaba. Evitaba mirarme, caer en mis redes. Y eso me ponía muy nervioso y de mal humor. Sólo quería poder disfrutar de una noche con ella. Pero quién me iba a decir que me la llevaría a mi hotel sabiendo que ni follaríamos...

- ¡¿Cómo?!

- ¿No te lo conté, John? El viernes no me la follé. Bueno, ¡la verdad es que fue igual de intenso o más! Pero no creo que eso importe. Quiero que me digas qué debo hacer para no ponerme en riesgo innecesario. ¿Crees que lo que estoy manteniendo con Luna es peligroso? ¿Crees que acabaré hundiéndome en el pozo?

- No lo creo, Tristan. Sinceramente no lo creo. Lo que creo es que deberías de hacerle caso de una vez a tus instintos. – Suspiro.

- Siempre me recomiendas que me aleje de las mujeres con las que me veo.

- Porque suelen ser personas interesadas y dañinas. Éste no parece el caso Tristan, por lo que tú me cuentas. No me da la impresión de que esa chica busque aprovecharse de tu fama ni nada por el estilo.

- ¡No, no, ella no es así! – Me doy cuenta de que sueno bastante desesperado por defender a Luna cuando oigo la risa de John al otro lado del teléfono. – Veré que hago. Hasta la próxima John. – Cuelgo sin esperar a que se despida. Me ha puesto histérico esta conversación.

Vuelvo a plantearme si llamar a Luna o no, pero al final me convengo de que es mejor que no lo haga. No quiero enviarle el mensaje equivocado.

Necesito dejar de pensar en ella.

Así que el resto de horas que quedan de rodaje, empleo el tiempo en entrenar un poco y hacer ejercicio.

Eso siempre ayuda a despejar la mente.

LUNA

No me sorprende en absoluto cuando llego a la cafetería y veo otro ramo de rosas rojas con una tarjeta con el nombre de Juan en ella. Hasta hace no muchos días ese gesto me habría derretido y me hubiera bastado para creerme su gran mentira; su amor por mí.

Juan ha convertido mis últimos cuatro años en una pestilente mentira y una pesadilla. ¿Cómo he estado tan ciega? ¿De verdad no lo veía? ¿De verdad no era capaz de ver que eso es lo más alejado al amor que existe? O tal vez el miedo me impedía verlo. Todo lo que hacía, todos mis movimientos, mis actos, hasta mi ropa eran producto del miedo a su reacción. Ni siquiera me permitía cuestionarme mentalmente mi relación con él, por miedo a que pudiera escuchar mis pensamientos.

Hoy no siento tanto miedo, aunque esa asfixiante sensación no ha desaparecido del todo en mí. Sería mentirme a mí misma decir lo contrario. Pero hoy tengo un miedo aún más fuerte. Tengo miedo de desperdiciar mi vida, la única que tengo, entre los brazos de alguien que emplea todos sus esfuerzos en aniquilarme.

Prefiero vivir sólo dos días más sin miedo a vivir décadas de pánico a ser yo misma y tener que padecer tortura tras tortura por ello.

Cojo el ramo de flores y lo tiro a la basura directamente.

Ana llega a la cafetería justo cuando estoy haciéndolo.

- Hola. – Me saluda con cariño. Le sonrío con todo lo que soy.

- Hola Ana.

- ¿Qué tal ayer con Gabi? – Creo que su tono guarda algo de picardía.

- Normal. Comimos pizza, vimos la tele y después me fui a la habitación que me ha prestado.

- Ajá. ¿Juan? – Pregunta señalando el ramo que ya está desparramado en la basura. Le digo que sí con la cabeza. – Anoche volvió a mi casa. Estuvo aporreando la puerta. – Pongo cara de horror. – Tranquila, no estaba en plan agresivo, más bien llórica.

- ¡Dime que no le abriste!

- ¡No! Sólo le informé que ya no estabas quedándote conmigo y que era mejor que te dejase ir. Entonces se fue sin más.

- Nunca me va a liberar de estas cadenas. – Pienso en voz alta, cargada de tristeza y con la mirada perdida. Ana se acerca a mí y me aprieta los hombros.

- No llores por ese estúpido. Al final se cansará. Y, si se vuelve a acercar a ti, lo mejor será

que le denuncies, Luna. No puedes dejarle que siga controlándote e infundiendo miedo a tu vida.

- ¿Crees que servirá de algo que le denuncie?

- Tendrás que hacerlo una y otra vez hasta que sirva.

- No quiero que sea desgraciado, Ana. – Digo sacudiendo la cabeza. – Sólo quiero que sea feliz, rehaga su vida con otra mujer y me olvide.

- ¿Deseas que otra mujer padezca lo que tú has padecido? – Se me corta la respiración. – Imagina a una chica de veinte añitos en las garras de Juan. Porque ese cabrón es guapo y sabe cómo ir poco a poco anulando a sus parejas.

- ¡No! ¡No, no, no! ¡No quiero eso! ¡No! – Me sacudo con fuerza del abrazo de Ana.

- Shhh, shhh. Pues entonces tú eres la elegida para pararlo. Serás la catwoman de las mujeres que se crucen con ese villano. – Sonríe un poco. Ana siempre sabe cómo meter su fricky mundo en una conversación, sea de la índole que sea. – Serás la heroína de muchas mujeres. Así que párale los pies.

- Vale, dejemos ya esta conversación o Jaime nos echará. – Le digo a mi amiga al ver la cara que nos está dedicando nuestro jefe mientras habla con alguien por teléfono, al fondo del local.

Menos mal el día está bastante ajetreado y consigo frenar las ganas de llamar a Tristan, pero me muero por, aunque sea, oír su voz.

Mi corazón comienza a repiquetear cuando escucho por el hilo musical de la cafetería que comienza a sonar “Listen to your hear” de Roxette, la canción que sonaba de fondo mientras Tristan me besaba como un loco sobre el capó de su coche. Y, como por arte de magia, la puerta de la cafetería se abre y comienza a entrar todo el elenco de actores compañeros de Tristan, el director y el propio Tristan que me dedica una breve, pero intensa mirada cómplice, aunque en seguida sus ojos se enfocan en la chica monísima de la otra vez cuando le dice algo a Tristan al oído. Mierda.

- Esa es Nika Carlin, una modelo monísima de origen polaco. – Escucho la voz de Ana en mi oído. Suspiro y bajo la vista de nuevo a los platos que estoy secando. – Los vas a pulir. – Se burla de mí Ana al ver que no paro de frotar los vasos y platos que tengo en la mano – Por cierto, tienes que ver una cosa importante, Luna. – Dice mi amiga y capta toda mi atención.

- ¿Qué pasa?

- ¿Has visto Instagram estos días? – Me quedo pensativa.

- Yo no tengo Instagram. Juan no me dejaba... en fin, no tengo cuenta. ¿Por qué? ¿Qué hay en Instagram? – Dejo los platos y la observo detenidamente. Espero que no sea que haya información sobre Tristan y alguna novia o algo así o me sentiría absurda. Ana saca su móvil, teclea algo y me lo muestra. Frente a mí tengo fotos mías con Tristan muy acaramelados en la fiesta del sábado en casa de su amigo.

- Creo que tienes que ver esto. Según esto, eres la nueva presa de Tristan Moore.

- Mierda. – Mascullo.

- No me digas que no te sientes orgullosa. – Ana levanta una ceja y yo la miro horrorizada. Si Juan ve esto me va a matar. – Oh, creo que tu príncipe azul se acerca, así que me voy. – ¡Qué! Levanto la vista y veo a Tristan situándose frente a mí, al otro lado del mostrador que nos separa.

- Hola Luna. – Me dice con media sonrisa en la boca.

- Hola Tristan. – Susurro.

- ¡Vaya, te acuerdas de mi nombre! – Bromea. Yo me río y resoplo. ¡Cómo voy a olvidar alguna vez a este hombre y lo que he vivido con él! – ¿Qué te hace tanta gracia? – Pregunta curioso.

- Nada. – Me encojo de hombros.

Ambos nos quedamos mirando fijamente a los ojos. Estoy paralizada, hipnotizada en el azul de sus ojos.

- Tienes la mirada más bonita del mundo. – Me sorprende y por poco se me cae el vaso que tengo entre manos. Vuelvo a mirarlo. – Todavía te tengo muchas ganas, ¿sabes? Estoy deseando tenerte de nuevo entre mis brazos, Luna.

- Yo también quiero volver a verte... – Dicen mis labios sin obedecer las órdenes de mi cerebro de mantenerme en alerta constante con Tristan. Simplemente me hago mieles ahora que lo tengo de nuevo de frente.

Sonríe ante mi confesión y parece como si le hubiera alegrado el día.

- ¿Por qué no me has llamado? – Su voz suena a súplica, sin embargo, enseguida se aclara la voz y adopta una pose más segura, cruzándose de brazos.

- Estabas trabajando. – Parpadeo mientras digo esto. ¿Quería que le llamase?

- Ayer no. – Continúa con los brazos cruzados, como un poli en un interrogatorio.

- Ayer me dejaste muy claro que ya habías tenido suficiente de mí por unos días. – Contesto con sequedad y vuelvo a secar la vajilla, desde el principio. Menos mal que Ana ha salido a atender al equipo de actores.

- ¿Eso hice?

- Ajá. – Contesto distante mirando la vajilla.

- Mírame Luna. – Obedezco rápida e involuntariamente y me maldigo por ello. – No es así. No he tenido suficiente de Luna ni por asomo. – Me sonrojo y me esfuerzo por mantenerle la mirada mientras continúa con su alegato. – Te dije que tengo un problema. No es nada personal.

- Sí, me dijiste que, por algún motivo, te niegas al amor. Me dejaste claro que lo nuestro sólo sería sexo. Eso lo entendí. Pero no recuerdo que entre las múltiples órdenes que te di el sábado estuviese la de que me amaras o fingieras hacerlo. – Me sorprende hasta a mí misma la decisión que estoy mostrando al hablar con Tristan. Jamás hablé así a Juan. Tristan inclina la

cabeza y me mira divertido.

- Me ordenaste muchas cosas, sí. Pero déjame corregirte algo. – Aguanto la respiración. – Lo nuestro no fue ni será sólo sexo, Luna. – ¡Cómo! – He hecho mucho más contigo que simple sexo, y ha sido apasionante. – Controlo como puedo mi sonrisita de satisfacción.

- Me alegro que te gustara. Para mí fue... – en ese momento mis ojos se cruzan con los de otra persona, que me observa parado en la calle, a través del cristal. ¡Oh, no! ¡Juan otra vez! ¡No se va a rendir! Me pongo nerviosa y comienzo a tartamudear. – Tengo que volver al trabajo, Tristan. Si mi jefe me echa estaré en problemas.

- No veo a tu jefe por ningún lado. – Dice con el ceño fruncido.

- Ha salido, pero volverá en cualquier momento. – Ruego al cielo para que me crea, vuelva a la mesa y no continúe hablando conmigo de esta forma o sé que Juan entrará y montará un numerito.

- Eh, ¿qué te pasa Luna? ¿Por qué te has puesto así de buenas a primeras? ¿Te he dicho algo que te haya ofendido? – Pregunta Tristan a mi espalda, porque yo me he girado para cortar la conversación rápidamente.

Aprieto los ojos. Sólo quiero que Juan desaparezca de una maldita vez de mi vida. Que se muera o que se mude a Honolulu, lo que sea, pero que no vuelva a verlo.

- No. – Digo y me tiembla la voz. No puedo mirarlo, pero me imagino que me mira desconcertado.

- Luna, mírame, por favor. – Respiro hondo y vuelvo a hacerle caso. Me encuentro la mirada que debe tener un perro cuando lo abandonan y, me siento miserable. Pero siento la mirada de Juan posada en mí y no puedo actuar con libertad.

- Te llamaré cuando salga. – Le digo y salgo del mostrador. No me contesta. No dice nada. Se queda en la misma posición. Yo miro a Juan y le indico con la cabeza que se dirija al callejón que hay junto a la cafetería. Gracias al cielo lo hace y nadie se percata de su presencia. Me dirijo a Ana. – Cúbreme, voy a salir un momento. – Le susurro.

- ¿Polvete con Tristan? – Pregunta chistosa.

- No. Vigila que Tristan no salga, por favor. No quiero que lo vea. – No digo nada más, pero la escucho gritar mi nombre mientras salgo a la calle. Seguro que ha entendido qué es lo que ocurre.

También siento la mirada de Tristan clavada en mí.

En el callejón encuentro a Juan, o más bien su espíritu. Está demacrado y marchito, pero no siento ninguna lástima por él. Yo me he visto peor que él multitud de veces por su culpa.

- Luna... llevo casi cinco malditos días sufriendo un calvario para poder hablar contigo. ¿Qué cojones te ha pasado? ¿Dónde demonios te has metido? ¿Por qué no me has contestado ni una puta llamada? – Juan va lanzando sus improperios mientras se acerca a mí, que permanezco quieta, inmovilizada, como siempre que me habla así. La diferencia es que esta vez le mantengo la

mirada. Sé que no me hará nada tan cerca de mi trabajo. Jaime saldría, Gabi saldría, Ana se lo comería, llamarían a la policía. – ¡¡Contesta!! – Levanta su puño y ni parpadeo.

- Hazlo. – Le reto. – Vuelve a ponerte tu asquerosa mano encima y pasarás meses metido en una puta celda. Hazlo y alimenta más el odio y el asco que te tengo, Juan. – Escupo con rabia y con los ojos llorosos. Deseo que me pegue, por primera vez en mi vida lo deseo, y así cogeré el impulso que me falta para denunciarlo. Sin embargo, Juan no se mueve. Mantiene la mano en alto y me mira sin comprender qué es lo que me está pasando. Ni yo misma lo sé.

- Vas a volver conmigo. – Dice y esta vez suena amedrentado.

- No. – Sigo manteniéndole la mirada.

- Luna... vuelve. – Está comenzando a suplicar. ¡Esa sí que es buena! ¡Juan suplicando!

- No. – De repente pasa algo inaudito. Juan se arrodilla frente a mí y se aferra a mis rodillas.

- ¡Nena, te lo suplico! ¡Haré lo que me pidas! ¡Cambiaré! ¡Lo que quieras, Luna, no me dejes, no lo hagas! ¡Perdóname! ¡Perdona todo lo que he hecho! – Lloro como un niño pequeño y no produce ningún efecto en mí. Poso mi mano sobre su cabeza y él suspira, creo que de alivio, porque piensa que le he perdonado.

- Te perdonaré si desapareces de mi vida. Si no insistes más. – Juan levanta la mirada y busca la mía. No puede creer lo que oye. – Si desapareces perdonaré las heridas, moratones, las palizas, los insultos, las violaciones, las humillaciones en público, el desprecio en casa... todo. No quiero volver, Juan. Ni quiero que cambies. Ni quiero que hagas lo que yo te pida. Quiero que me dejes seguir con mi vida. – Ahora se levanta y me mira lleno de rabia.

- Tú estás marcada. Nadie podrá hacerte vibrar como yo. – Me entran ganas de gritarle todo lo que me ha hecho sentir Tristan en sólo dos días, pero me muerdo la lengua.

- Juan, déjalo ya. – Sujeta mi cara y comienzo a temblar. No quiero que me bese. No quiero que me toque. No.

- Está bien. Me iré. – ¿de verdad? Pestañeo. – Me iré cuando encuentre algo donde ir, Luna. No puedes dejarme en la calle, nena.

- ¡No! ¡Claro que no! Puedes quedarte en mi casa todos los días que necesites. Hasta que encuentres algo. – Acepto de inmediato. Es mucho más de lo que me esperaba.

- ¿El guaperas ese te ha dicho algo? – Pregunta, parece calmado, pero yo sé que es sólo fachada. Se refiere a Tristan, lo sé.

- ¿Quién?

- No te hagas la estúpida. Es el mismo al que le calentaste la polla el otro día, ¿verdad? – Suspiro.

- Juan ese hombre es un actor de Holliwood, nunca se fijaría en alguien como yo. – Mi interpretación me convence hasta a mí y... duele.

- Un millonitis, ¡vaya, nena! ¡quieres pegar un braguetazo! – Ahora se burla de mí.

- Sólo hago mi trabajo, Juan.

- Sí... ya... en fin, te veré por casa. – Se gira para irse.

- ¡Iré a por mis cosas el miércoles! – Grito a su espalda. Entonces se gira. Me mira dolido. ¡Ay dios! ¡Que no empiece! – Y te dejaré tiempo para que tú empaquetes tus cosas.

- ¿No vas a volver? – Vuelve a acercarse a mí. En esta ocasión me cuesta mucho mantenerle la mirada fija, aunque me obligo a hacerlo.

- No Juan. Será más fácil así.

- Está bien, nena. Como tú digas. El miércoles te llevas tus cosas. – Me hace una reverencia de forma grotesca y yo trato de controlar los nervios que sacuden mi cuerpo.

- Gracias. – Apelo al chantaje emocional. Juan me mira sorprendido. – Sólo quiero hacer esto fácil y que los dos podamos ser felices por nuestro lado. No te deseo nada malo. – Juan se acerca peligrosamente, hasta que nuestros alientos se entremezclan. Estoy cagada de miedo y no sé qué hacer.

- Siempre seremos el uno para el otro. Sólo es cuestión de tiempo que vuelvas a verlo, nena. – Me da un lento y casto beso. Yo aguanto la respiración y aprieto los ojos mientras dura.

Finalmente me lanza una sonrisa maliciosa, se da media vuelta y se va.

Cuando ya lo he perdido de vista comienzo a llorar como una energúmena, me pongo en cuclillas y me abrazo sin parar. También trato de borrar con mis manos su asqueroso beso sobre mi boca.

- ¡Luna! – Escucho el grito de Ana. – ¡Luna, qué pasa! – Me agarra para levantarme y me abrazo a ella. Descargo mi llanto en su hombro. No puedo hablar. Después de pasar tanto miedo la boca siempre se me queda muda. – ¿Te ha pegado ese bastardo?

- No. – Farfullo en mitad del llanto. – Le desafié, pero no lo hizo.

- Tranquila. – Me acaricia la espalda.

- He tenido mucho miedo, pero lo he controlado. – Digo sorbiéndome los mocos. – Me ha dicho que se irá, Ana. ¡Se irá y me dejará en paz! El miércoles tengo que ir a por mis cosas a casa. Iré cuando esté trabajando. ¡Se irá, Ana!

- Ojalá sea así. – Susurra Ana. – Tristan ha preguntado por ti. – Mi miedo se disipa enseguida. Me limpio las lágrimas.

- ¿Qué ha dicho?

- Que espera tu llamada. Sólo eso. – Sonrío. – Ya se han ido. Llámalo Luna. No dejes de vivir esta experiencia ni por Juan ni porque él se vaya a ir. – Ana me sujeta la cara y borra el resto de mis lágrimas. Asiento. – Es tu cuento. Dure lo que dure es mucho más bonito y perfecto de lo que mucha gente vivirá en años.

- Es verdad. Lo llamaré cuando salga del trabajo.

TRISTAN

Me siento tan ridículo babeando por esa mujer que estoy actuando así, como un ridículo.

Me he dejado embaucar otra vez por Nika y ahora mismo estoy en la habitación del hotel de mi compañera de set, arrancándole la ropa de cuajo y haciendo lo propio con la mía.

- ¿Dónde hay un puto condón? – Pregunto cuando ya la tengo tumbada y abierta para mí, envuelto en rabia.

Rabia por no comprender qué narices le pasa a Luna conmigo. Creí que después de lo que vivimos juntos lo lógico sería que se pillara por mí y no me dejara de mandar mensajitos de amor, o que me llamara incesantemente pidiéndome o suplicándome más. Yo le daría más. Porque sé que no corro peligro. Pronto me iré a L.A. y la borraré de mi memoria.

No sólo sigue huyendo de mi mirada, dejándome desamparado sin ver esos preciosos ojos, sino que también se va en mitad de nuestra conversación negociadora de la siguiente cita.

Así que esta noche necesito fogar y descargar me de tanta tensión.

- En la mesita. – Me informa Nika.

Cojo el condón y me lo pongo rápidamente, antes de que me arrepienta de lo que voy a hacer.

Empalo a Nika con todas mis fuerzas y sin piedad alguna. La chica grita hasta casi quedarse sin voz.

Me tengo que concentrar mucho para poder disfrutar esto. Mierda, no puedo. Avivo el ritmo y nada. No siento nada.

- ¡Joder! – Grito frustrado y salgo de ella.

- ¿Qué pasa? – Se incorpora. Mi erección está a medio camino, dejándome en ridículo ella también. – Déjame a mí. – Me quita el condón y comienza a chupármela. No lo hace mal, pero ni punto de comparación con Luna.

¡Maldita sea, quieres dejar de pensar en ella! ¡Gilipollas! ¡Pasa de ti! ¡Es la una de la madrugada y no me ha llamado, ni escrito, ni nada!

Muevo el cuello y cierro los ojos, tratando de concentrarme en lo que estoy.

¡Qué es eso!

- ¡Mi móvil! – Aparto a Nika de golpe de mí y voy a por mi teléfono. ¡Es ella! ¡Es Luna! – Esto... lo siento Nika. Otro día será. – Me disculpo torpemente cogiendo mi ropa con rapidez y saliendo de su habitación, completamente desnudo. Pero mi habitación queda muy cerca.

- ¡Eh! – Nika protesta.

- ¡Te compensaré! – Le guiño y abro la puerta de mi habitación al tiempo que descuelgo la llamada de Luna. – ¡Ey! – Contesto haciéndome el desinteresado.

- Hola. – Su voz suena sensual. Con ese acento tan encantador hablando en inglés. – Espero no molestarte. – Pronuncia cada palabra seductoramente. ¿O soy yo que me acabo de quedar a medias?

- Tú nunca molestas. – Cierro la puerta, tiro la ropa que llevo en la mano al suelo y me tumbo sobre mi cama. Oigo su sonrisa y me ablando. – ¿Por qué no me has llamado antes?

- He salido muy tarde del trabajo y cuando he llegado a casa de mi amigo Gabi, me he dado una buena ducha. Necesitaba limpiarme.

- ¿Tu amigo? Ya... – No puedo esconder mi desilusión.

- Sólo es mi amigo, Tristan.

- ¿No te gusta nada de nada? – Hablo como un niño pequeño, con la esperanza de sacarle una sonrisa además de información.

- Nada de nada. – Dice sonriente.

- Pobre chico, tenerte tan cerca y no poder saborearte...

- Estoy guardando fuerzas para el viernes. – Ahora vuelve a sonar seductora y me empalmo en el acto. ¡Joder, quiero follarme a Luna ahora, ya! – Un actor famoso me ha prometido una cita apasionante. – Dice chistosa.

- No aguantaré al viernes...

- ¿Quieres que nos veamos antes? – Propone. Siento la punzada en el pecho, pero es... diferente. No sé si un mal aviso o lo contrario.

- Sí. – Digo sin pensar. Cierro los ojos y me maldigo por ser tan estúpido.

- Yo también. – Me vuelvo a alegrar rápidamente y mi polla también.

- Mañana. – Pruebo suerte.

- Mañana. – Confirma y hace que me sienta volar.

- Y pasado. – Sé que me voy a arrepentir al final. Pero, ¡a la mierda! Pronto me iré. Me costará un mundo volver a sentirme tan vivo. No es nada fácil encontrar a alguien con quien te comenpetres tan bien.

- Y pasado. – Confirma con una risita.

- El jueves te dejo descansar. – Ahora me regala una carcajada.

- ¿Quién mandará mañana y pasado?

- Tan curiosa mi niña traviesa. – Su risita me contagia. – Me da igual, la verdad. Sólo quiero

saborearte. Pero el viernes y el sábado estarás a mi merced.

- Mañana salgo tarde de trabajar...

- Estás hablando conmigo. Yo nunca duermo. Aunque sé que me he dejado por mentiroso a mí mismo cuando he dormido contigo. Vente en cuanto salgas de trabajar y te duchas aquí, conmigo. Te esperaré a que salgas y venimos juntos al hotel.

- Vale.

- Vale. – Repito. – Buenas noches, preciosa.

- Buenas noches, príncipe sapo. – Me saca una carcajada que sabe a gloria.

Cuelga.

¡Ay Luna, qué hago contigo!

Alguien llama a mi puerta. Sé de quién se trata y, aunque no tenga ningunas ganas de lidiar con su enfado, se merece una explicación y, no quiero malos rollos con mis compañeros de trabajo.

Abro la puerta y me encuentro a Nika más que enfadada, con los brazos en jarra y con una bata puesta.

- ¡Ey! – Saludo haciéndome el inocente.

- ¡A qué ha venido eso! – Me acusa. – ¡Vas a rematar la faena o sino me oirás! – Joder. Ahora mismo no estoy para pensar en ella.

- Oye, lo siento yo...

- ¡Vamos! – Tira de mi brazo y me saca desnudo como estoy al pasillo. Yo cierro la puerta tras de mí y me dejo llevar. ¿Qué otra cosa puedo hacer si no? Me introduce en su habitación, enfadada y se quita la bata. – Quiero mi polvo, Tristan Moore, así que no se te ocurra escaquearte. – Suspiro.

- Está bien, ¿por dónde íbamos? – Es mi forma sutil de proponerle que me encienda ella, o no seré capaz de rematar la faena.

Nika se pone de rodillas sin protestar y continúa con la felación que antes corté, cuando Luna me llamó. Cierro los ojos y trato de concentrarme en la situación, pero sólo me viene el recuerdo de Luna entre mis brazos. Decido que lo voy a utilizar en mi favor y recreo la escena en la que Luna y yo follamos como salvajes en el baño de la casa de mi amigo Henry.

¡Oh sí! ¡Ahora empieza a ser placentero de verdad!

Cuando estoy a punto de correrme Nika para y se pone en pie, frente a mí.

- Fóllame. – Me exige. Sigue con malas pulgas.

- Ponme un condón. – Exijo yo. Y me obedece.

Después la coloco sobre su cama, a cuatro patas y me dejo llevar por mi parte animal, de nuevo con el recuerdo de Luna entre mis brazos.

Varios fieros embistes después Nika se corre y yo lo hago también, farfullando el nombre de Luna, aunque de forma ininteligible, menos mal.

- Quédate a dormir. – Me pide. Puede que no sea mala idea. Con Luna dormí muy bien.

- Está bien, hazme un sitio. – Le pido y me acuesto a su lado. Parece más que feliz. Quítale las esperanzas, Tristan. – Oye Nika...

- ¿Ajá? – Pregunta sonriente mientras acaricia en vello de mi pecho.

- No hay nada serio en esto, ¿vale?

- Sé quién eres. Jamás me plantearía algo serio con alguien como tú. – Dice tan tranquila y se abraza a mí.

Nika se queda dormida varios segundos después y yo me quedo pensativo. “Sé quién eres. Jamás me plantearía algo serio con alguien como tú...” Las últimas palabras de Nika me hacen reflexionar. ¿Será eso lo que piensa Luna de mí y por eso lucha por evitarme? Luna no pertenece a este mundo y no parece la típica chica que tiene constantes citas con hombres. De hecho, acaba de terminar una relación con el soplapollas ese, el tal Juan, y parece que ha sido una relación duradera. Pero la cuestión no es esa. ¿Así es cómo me ven desde fuera? ¿Soy una persona con la que no te plantearías involucrarte personalmente? ¿Estoy condenado a la soledad?

Pasan las horas y yo sigo tragando techo, planteándome por primera vez en mi vida si, lo que yo creía que era un planteamiento de vida coherente y seguro, en realidad se ha convertido en una celda y me ha convertido en una persona fría, distante y solitaria. Aunque, poco puedo hacer ya para cambiar quién soy. Lo intentaría si no fuese preso de mis fobias, pero ellas mandan sobre mí, así ha sido siempre y siempre será de esa forma.

Al final decido volver a mi habitación. Con Nika a mi lado no voy a dormir una mierda. Salgo a hurtadillas a las tres de la madrugada, llego a mi habitación, me tomo mis pastillas y me tumbo en la cama.

No puedo respirar. Una mano presiona mi garganta con fuerza y está a punto de estrangularme. Trato de gritar, pero no me sale la voz. Trato de pedir auxilio, nadie me oye, estoy muerto. Al final consigo gritar y un alarido sale de mis entrañas, consiguiendo que me despierte y me siente bruscamente, desorientado y empapado en sudor. Me toco la garganta. Falsa alarma. Sólo ha sido el mismo sueño de siempre. Me tiro en la cama, cansado de esta mierda. Todos los días la misma maldita mierda en mi cabeza. Siento que, en cualquier momento, me va a explotar y pereceré por culpa de mis miedos.

- Vete de mí. – Hablo conmigo mismo. – Déjame respirar. Sólo quiero que te vayas. Sólo quiero que termine de una vez. Sólo quiero ser normal.

Me levanto hecho un zombi. He dormido poco y he dormido mal. Me ducho y froto mi

cabeza para poder eliminar con el jabón toda mi amargura, todos mis miedos. Me visto, cojo mi móvil y mi cartera y me percató que tengo un mensaje de Luna. Me lo envió cuando yo estaba en plena faena con Nika y, me hace sentir miserable. No debí hacerlo.

- ¡Luna! – Exclamo. Me siento en mi cama y lo abro.

“Siempre quise ser libre y tú me haces sentir así: libre. No te pido amor, te pido sólo eso; libertad. Es mucho más de lo que podía imaginar tener y, dure lo que dure, esa sensación perdurará en mí cada vez que te recuerde. Nos vemos en unas horas. XXX”

Libertad... bonita palabra. Yo también me siento así cuando estoy con ella. Me siento libre de miedos, de ataques de pánico, aunque, a veces, amenacen con adueñarse de mí. Pero eso es algo con lo que tengo que vivir, con o sin Luna. Y, con ella, he conseguido controlarlos. Aunque siempre me acompañarán. No me dejarán. Me perseguirán allá donde vaya.

Acaricio sus besos con mi dedo en la pantalla de mi móvil y me maldigo por lo que hice anoche con Nika. No me ha aportado nada, ni tranquilidad ni confianza ni nada.

Quisiera ser capaz de escribirle algo a Luna que no esté impregnado de un tinte de tristeza. Ahora mismo no me sale nada. Miro al techo y, personalmente, no comprendo nada de lo que me está sucediendo, pero me siento al borde del abismo y, me da la sensación, de que yo solito me estoy empujando a él.

Durante el rodaje de hoy Nika me pregunta por mi huida durante la noche anterior. Le explico que no podía dormir y decidí volver a mi cama. Me pregunta que cuándo lo repetiremos y me culpo a mí mismo cuando me demuestra abiertamente que se siente dolida por ello. Me dice que esperaba algo más de mí. Dice que, aunque sabía de mi fama con las mujeres, según ella, nosotros dos habíamos conectado y está convencida de que ella me gusta de verdad.

No me muestro tan firme como debería para aclararle que no siento nada por ella ni por nadie y que, haga lo que haga, nunca lo haré. Y no se lo digo porque todavía nos quedan dos semanas de rodaje en Madrid. Y otras dos en L.A. en los estudios de la productora.

Así que procuro cuidar de que entre Nika y yo todo se transforme en una amistad, aunque sea pasajera, para evitar tensiones.

El día de trabajo se hace largo, pero se me olvida el cansancio cuando llega la hora de la cena en equipo. Aunque, para mi sorpresa, hoy Nika propone un lugar diferente para ir a tomar un aperitivo. Dice que ha encontrado un restaurante japonés por la zona, bastante poco transitado y discreto, y todos parecen encantados con la idea de cenar sushi.

A mí también me gusta el sushi, pero me gusta más contemplar a Luna de cerca.

No voy a ser yo quien lleve la contraria a lo que todo el equipo propone, así que asiento conforme a los planes de ir al japonés y, cuando llegamos, me disculpo un segundo para llamar a Luna por teléfono.

Salgo a la calle y marco su teléfono. No contesta. Mierda. Seguramente no llevará el móvil consigo en el trabajo, o simplemente no podrá contestar.

No estoy muy lejos de su cafetería. ¿Y si me acerco un momento y le digo que luego la recojo? Miro al interior del japonés, todos mis compañeros están entretenidos contando anécdotas del rodaje.

Sin pensarlo mucho me dirijo con rapidez a la cafetería de Luna. Está a sólo unas dos manzanas de aquí y en menos de cinco minutos llego.

Me quedo de piedra cuando la veo sostener un enorme ramo de rosas rojas que algún hombre encandilado de su belleza le ha mandado. Ella mira la nota y suspira. ¡Joder! Una sacudida en el pecho me provoca náuseas. Quiero salir corriendo, sin embargo, mis pies están bloqueados y no se pueden mover. Mi respiración también se congela cuando la veo salir a la calle con el ramo entre las manos, directa a mí, aunque no me ha visto.

Cuando abre la puerta le está diciendo algo a Ana, que creo que sí que me ha visto.

- Sí, pienso tirar esta mierda de flores ahora mismo Ana, tranquila. A mí me gustan menos que a ti, por no hablar de su remitente. ¡Joder! – Casi se cae de bruces cuando me ve y rápidamente la sostengo del brazo para evitarlo. – Hola... – Se ha quedado sin respiración.

- Hola. – Sonrío. – Bonitas flores. – Sueno sarcástico, exactamente como quiero sonar. Luna mira las flores y luego me mira a mí, consternada.

- No son... yo no... son de... no las quiero. – Dice finalmente cuando sus pensamientos se aclaran un poco.

- Pobre hombre enamorado. – Susurro y acaricio su mejilla con mi dedo pulgar. Luna cierra los ojos cuando mi dedo llega a sus labios. – A mí también me dolería que me rechazaras. – Abre los ojos de golpe.

- No es un pobre hombre. Merece que yo y todas las mujeres le rechacemos. – La virulencia de sus palabras me pillan por sorpresa. – Tú no lo mereces.

- Ah, ¿no?

- No...

- No estoy del todo de acuerdo, pero no te voy a dar motivos para que me mandes al cuerno. – Me acerco a sus labios hipnotizado con ellos, Luna contiene la respiración.

Pero, de un momento a otro, tira de mi brazo y me introduce en un callejón contiguo a la cafetería. Tira el ramo de flores a un enorme contenedor y se aferra con sus dos manos a las solapas de mi chaqueta para acercarme a su cuerpo.

- Aquí no me verá mi jefe. – Me besa llena de deseo.

El terciopelo de sus labios y su calidez impactan en los míos como si hubiese atravesado un desierto, sediento, y al fin bebiera del manantial que sacia mi sed. Estampo su espalda contra una de las paredes del callejón y presiono mi cadera contra ella.

- ¿Has visto cómo me pones con sólo un beso? No es justo. – Susurro clavándole aún más mi erección. Luna me agarra del pelo y gime en mis labios al notar mi dureza. – ¡Oh, joder! Vas a

volverse loco. Jodidamente loco, Luna. – Beso su cuello y sigue gimiendo.

- Tengo que volver al trabajo. – Protesta, pero no hace el más mínimo esfuerzo para apartarme de ella.

- ¿A qué hora sales? – Pregunto con la respiración acelerada. Sonríe con sus ojos mientras me mira. Adoro esa mirada tan viva y traviesa.

- A las once. Si no hay clientes.

- A las once estaré aquí. – Vuelvo a besarla y me esfuerzo mucho, muchísimo, por separarme de ella. – Hoy han elegido sushi. – Me encojo de hombros.

- Me encanta el sushi. – Dice y vuelve a buscar mis labios.

- Luna, apártate de mí o no respondo. – Libera una risita traviesa que me pone todavía más cachondo.

- Te veo luego, nene. – Pronuncia en mis labios a la par que tantea mi polla por encima del pantalón.

Aprieto los ojos con fuerza para no perder el poco control que tengo. Su risita resuena en mi mente y, cuando abro los ojos, ya se ha ido.

- ¡Gracias al cielo! – Grito mirando hacia arriba. – ¡Cómo cojones hago con esta mujer! ¡Arg!

Vuelvo al restaurante en el que están mis compañeros después de haberme recolocado mis pensamientos en mi cabeza y mi miembro viril en mi pantalón. Nadie pregunta por mi breve ausencia. Sólo Nika, que me da la cenita con su manía de manosearme por debajo de la mesa y de contarme secretitos estúpidos como pretexto para acercarse a mi cuello y mi oreja.

A las once menos diez me disculpo con todos, pido una bandeja más de sushi y una botella de vino blanco para llevar y dejo un billete de cien euros en la mesa.

- Me voy chicos. Pagad por mí. Mañana nos vemos en el set.

- Hasta mañana Tristan. – Gritan casi todos al unísono. Me giro y salgo del restaurante.

- ¡Tristan! – Escucho mi nombre cuando ya estoy en la calle. Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta.

- Dime Nika.

- Lo que dije anoche... no lo dije en serio. – Mierda. Joder. – Me refiero a lo de...

- Sé a lo que te refieres. Y, tenías razón. No soy el hombre adecuado del que enamorarte. Pero me caes bien y no quiero herirte. Seamos amigos Nika, sólo ha sido un tonto.

- ¿Has quedado con alguien? Llevas esa comida y ese vino porque has quedado con otra, ¿verdad? – Joder, ahora no. Tiene los ojos llorosos y está a punto de montar una escenita. ¡Delante de mis compañeros de trabajo!

- Nika... no, por favor.

- ¿De verdad no te gusto nada? ¿Tan poquito te importa cómo me sienta yo ahora mismo? – Arranca a llorar. ¡Maldita sea!

- Nika – me acerco con cuidado – no me hagas esto, por favor. No me hagas sentir el malo de esta película también. No te he prometido nada. – Digo exasperado. Ella me mira con tristeza. – Ni a ti ni a nadie.

- ¿A la de esta noche tampoco? – Se sorbe los mocos.

- Tampoco. – Prometo. Parece que eso la serena un poco.

- Sólo es una diversión. – Asegura, no pregunta.

- Sólo eso.

- ¿Volveré a degustarte? – ¿Qué digo?

- Si me demuestras que eres capaz de entender lo que quiero, sí.

- Vale. – Ahora sonrío. ¡Es bipolar! – Me vale. – Asegura.

- Genial. – Me doy la vuelta. Ya llego tarde con Luna.

- ¡Sé que pensarás en mí! – Grita Nika a mis espaldas y yo la ignoro soltando una risa de incredulidad.

Cuando llego a la cafetería ya está cerrada y no veo a Luna por ninguna parte. ¡No me lo puedo creer! ¡Sólo he llegado siete minutos tarde! Mi corazón me aporrea el pecho y no sé si de rabia, miedo o decepción.

Mi móvil vibra en mis pantalones. ¡Es una llamada de Luna!

- ¡Eh! ¡Dónde estás! – Contesto furioso.

- ¿Estás en la cafetería? ¡Vete de allí, por favor! Te veo en la puerta de tu hotel.

- ¡¿Por qué?! ¿Qué pasa? – Miro a todos lados, confundido.

- Por favor... yo ya estoy de camino a tu hotel. No tardes, ¿vale? – De pronto veo un hombre a lo lejos dándole patadas a un cubo de basura con violencia. ¿Ese no es el tal Juan? ¡Oh, no! Me doy la vuelta rápidamente y paro un taxi que, por fortuna, pasa justo por mi lado.

- ¡Eh! ¡Ven aquí guaperas! ¡Voy a matarte! – Escucho los gritos de Juan a mi espalda. Mierda, me ha visto. Pero ya estoy en el taxi y le indico la dirección al taxista que arranca antes de que Juan llegue hasta mí.

- Ya voy de camino, Luna. Tenemos que hablar. – Cuelgo.

Me ciega la rabia y el dolor. El dolor más abrupto que jamás he sentido. Bueno, lo viví una vez, cuando sólo era un crío de cuatro años y, me trastornó para siempre.

Acabo de ver lo que le pasa a Luna. Acabo de toparme de frente con su realidad. ¿Cómo

cojones he estado tan ciego, maldita sea? ¡Vi esos endiablados moratones en su piel y pensé que habían sido simples golpes, en el trabajo o algo! ¡Me cago en todo!

Por lo que más quieras Tristan, relájate. Cierra los ojos. Respira hondo. Cuenta hasta diez. Eso es. Piensa en algo positivo...

- ¡Joder! – Grito sin querer y el taxista me mira por el retrovisor asustado.

- Ya estamos llegando señor.

- ¡Sí, vale, dese prisa!

- Aquí estamos. Son ocho euros con...

- Tome. – Le tiro un billete de veinte y salgo del taxi cagando leches.

Me encuentro a Luna en la puerta, abrazándose y temblando. Mirándome con miedo. Me dirijo a ella envuelto en cólera.

- Lo siento. – Es lo primero que me dice cuando estoy frente a ella, sudando como un loco e hiperventilando.

Mierda. La estoy asustando. Aprieta los ojos, llena de miedo.

- ¿Estás bien? – Abre los ojos sorprendida. Su mirada no me calma esta vez. No me gusta verla así, asustada. – Dime que ese cabrón no te ha tocado o lo mataré. – Mascullo. Pero se me para el corazón cuando veo que sus ojos se llenan de lágrimas. – Eh... no, no, no, no. – Acuno su cara con mis manos. – No me llores, por favor. – Beso sus ojos con todo mi cariño.

- No me ha tocado. – Sacude la cabeza y sonrío con la boca, aunque no con los ojos. – Lo he despistado y me fui.

- Luna, vamos a ir ahora mismo a denunciar a ese cabrón. – La cojo de la mano y tiro de ella.

- No. – Se queda quieta. Me giro y resoplo.

- Luna, no acepto un no, lo siento. Vamos a ir ahora mismo y yo voy a estar conti... – me calla con un cálido beso e hincando sus uñas en mi espalda.

Consigue que me olvide de todo, aunque mi enfado sigue por dentro, muy dentro de mí.

- Quiero que me lleves a la cama. Quiero que me hagas vibrar. – Gruño. Ahora sus ojitos vuelven a brillar con picardía. Me deleito en ellos y en esos gruesos labios que me sonrían con ganas.

- Quiero matarlo. – Mascullo.

- Juan es historia para mí. – Vuelve a besarme. – Ahora vamos a tu habitación, desnúdame y hazme que me olvide de todo como tú sabes. – Vuelve a tantear mi entrepierna y ya estoy perdido. Le doy la bolsa que llevo en manos.

- Llévala tú. – Exijo.

- ¿Qué es?

- Tu cena, pero primero voy a cenarte yo a ti, loca testaruda. – La levanto en mis brazos y me dirijo con ella en brazos hacia el ascensor.

Luna me regala una bonita risita por el camino y creo que los de recepción también se ríen al vernos.

Al llegar a mi habitación abro la puerta pegado a la boca de Luna, que me besa como si fuese el último día de su vida y me va quitando la chaqueta.

Al entrar, Luna tira su mochila al suelo y coloca la bolsa de su comida sobre la cómoda. Le quito la camiseta y suspiro al ver sus pechos malescondidos tras el fino tul de su sujetador negro.

Luna se desviste en un santiamén. La miro de arriba abajo con deseo y con rabia. La rabia me sigue concomiendo por dentro. No entiendo cómo alguien puede ser tan ruin de hacerle daño a alguien como Luna. Aprieto la mandíbula. Ella se acerca dubitativa al ver mi estado.

- ¿No te vas a desnudar? – Su mano acaricia mi pecho por encima de mi camiseta. Tengo la respiración acelerada.

- Vamos a darnos una ducha. – Sugiero. Ella asiente. Me quito mi ropa y me la llevo de la mano a la enorme ducha spá de mi habitación.

Entro y tiro de su mano para hacerla entrar conmigo. Acaricio sus rizos, su cara, sus brazos y desciendo mi mano por su cintura, hasta sus caderas. Mis ojos se posan en el residuo de lo que fue un moratón en su cadera. Luna me besa para distraerme y abre el grifo.

De pronto, un chorro de agua fría nos cubre y farfullo una maldición ante la sorpresa. Luna libera una de sus preciosas risitas y hace que me ría. Mira mi entrepierna divertida al ver que ha menguado su erección a causa del frío repentino. Entorno los ojos y frunzo los labios.

- ¿Te ríes, maldita? – Pero no puedo enfadarme.

Su imagen ahora mismo es gloriosa; con su larga melena mojada, que parece mucho más larga así, con sus pezones erguidos por el frío y sus gruesos labios mostrando la picardía de su sonrisa. Pongo el agua templada.

Ataco sus labios y la estampo contra la pared de la ducha. El agua hace que su piel esté resbaladiza y comienzo a lamer cada parte de su piel. Primero su cuello, después su pecho, su vientre, sorteo su sexo para ir a su cadera y beso el residuo de esa odiosa profanación a su piel. Luna ahoga un gemido mezcla de pasión y dolor. Pero no quiero recordarle eso ahora mismo. Y mucho menos quiero recordármelo a mí o me volveré loco.

Así que me dirijo a su sexo y comienzo mi ataque ahí, con mi lengua. Luna lanza un grito que proviene de sus entrañas y echa la cabeza hacia atrás, muerta de placer.

- ¡Tristan! – Tira de mi pelo y me hace mirarla, adorarla más bien. Aquí, de rodillas, mientras veo cómo el agua venera su precioso cuerpo, me siento a su merced. – Te quiero dentro. – Exige. Me pongo en pie y me pego a su piel.

- Lo que ordenes, ama. – Digo y ella cierra los ojos, saboreando mi rendición.

La levanto en mis brazos y ella rodea mi cintura con sus piernas y enrosca sus manos en mi cuello. La penetro de golpe, mirando esos ojos que son mi perdición. Ambos gemimos y tengo que esforzarme demasiado en no avivar demasiado el ritmo. Porque la rabia que todavía siento en mí me puede. Salgo y entro de ella con contundencia, pero sin ser del todo implacable. Luna gime de una forma que me hace perder el juicio.

- ¡Sí! ¡Más! – Pide y me quedo bloqueado. Me mira y su cara es la cara de la diosa de la lujuria. No puedo. Si subo el ritmo no podré parar. – Más. – Susurra mirándome fijamente.

- No quiero hacerte daño. – Imploro.

- No lo harás. – Me besa y es ella la que se mueve sobre mí, exigiendo que avive mis embestidas. ¡Dios! ¡Esto también es la gloria! Me dejo un poquito más, sintiéndola contonearse sobre mí. Cierro los ojos y levanto la cabeza. – Quiero más. – Vuelve a recordarme sin dejar de moverse. Vuelvo a mirarla.

- ¿Más? – Gruño estampándola con fuerza contra la pared mientras la penetro con todas mis fuerzas. Grita y sé que es de placer. – ¿Quiere más, ama? – Mi voz suena ronca y lasciva. Ella gime de una forma que hace que me olvide de todo. La empalo con fuerza y creo que voy a morir de placer con sólo mirarla así. – ¡Dime! ¿Así está bien de fuerte, ama?

- ¡Sí! ¡Ah! – Grita y echa hacia atrás su cabeza.

- ¡Pues mírame, joder! – Gruño entre dientes. Me mira. Ufff, no puedo con ese rostro, desencajado de placer. Sus músculos se tensan alrededor de mi miembro y sé que está cerca. – Me voy a correr, pequeña, espérame. – Asiente sin poder hablar y aprieta los ojos. – ¡Mírame!

- ¡No puedo!

- Mírame o no te dejo que te corras. – Abre automáticamente los ojos y busca mis labios. Eso quiere decir que se va a correr ya. Y así es. Estalla en mis labios para ahogar su grito. Y sus contracciones internas hacen que me descargue súbitamente en su interior. – ¡Ahhhhhh!

Me quedo sin aliento, con Luna en mis brazos. Ahora estoy más relajado de lo que lo he estado desde que Luna se fue, el domingo por la mañana. A pesar de la rabia que siento en mi interior por lo que he averiguado. Pero ella está ahora aquí, a salvo. Y, está bien. Está más que bien.

Sólo tengo que mirar esa sonrisa cómplice que me está dedicando.

- Voy a lavarte y a darte de comer. – Le informo cuando ya la he soltado.

- Hazme lo que quieras. – Guau.

- Eso es más de lo que podría pedir.

LUNA

Tristan me está lavando. ¡Me está lavando! Es lo más dulce que un hombre ha hecho jamás por mí. Ya hemos tenido sexo, así que no lo hace con ese fin. ¡Estoy perdidamente encandilada de este hombre!

Incluso ha sugerido ir a denunciar a Juan en lugar de quedarnos aquí, saboreándonos.

Me masajea la cabeza con el jabón. Acaricia mi cuerpo con la espuma y vuelve a murmurar una maldición cuando vuelve a ver el moratón de mi cadera.

En ese momento le digo que es mi turno y comienzo a enjabonarlo yo a él, para devolverle el favor y para quitarle esa imagen de mí de su cabeza.

Vuelve a tener la respiración agitada. Sus ojos están apretados y la cabeza levemente levantada. Su cuello está en tensión, sus puños también, y sus piernas. No debe preocuparse de eso. No es justo que le salpique a él. Así que tiro de sus manos y lo sitúo debajo del caño del agua, para limpiar los restos de jabón de su cuerpo y comienzo a besar cada parte de su piel.

Parece que funciona cuando veo que vuelve a despertar poco a poco su erección. Pero sigue con los ojos cerrados. Le beso la punta lentamente y funciona. Abre los ojos y me ve arrodillada y dedicándole una sonrisa.

- Será mejor que cenes algo antes de que me abalance sobre ti otra vez.

Me saca de la ducha rápidamente, me seca y me río al ver que sigue empalmado.

- Cuando te enfadas estás muy sexi. – Bromeo. Me mira con sorpresa.

- Y te hace gracia por lo que veo...

- Verte cabreado y empalmado es gracioso, sí. Aunque me hayas secado sigo húmeda. – Saco la parte explosiva de mí. Sonríe y sacude la cabeza.

- Necesitas comer algo primero. Y yo necesito una copa de vino para relajarme o seré demasiado duro contigo. – Me dice y me lanza una de sus camisetas. – Póntela.

- Me gusta que seas duro conmigo. – Digo sin vestirme.

- Joder, ponte la dichosa camiseta Luna. Yo no quiero ser como ese hijo de puta contigo y me estás poniendo malo. – Abro los ojos como platos.

- Tú jamás serás como él. – Digo consternada por su afirmación.

- ¡¿Cómo lo sabes?! ¿Acaso me conoces? – Se pasa la mano por el pelo, nervioso. Lo observo entristecida por su injustificado miedo hacia mí. – Si te hago daño no me lo perdonaría. – Refunfuña para sí mismo.

- ¿Ves? Eso jamás lo diría ese bastardo. – Me niego a pronunciar el nombre de Juan. Tristan me mira. Quiere creerme. – Tampoco me habría duchado, ni me habría traído la cena, ni me hubiera llevado a una fiesta, ¡joder, jamás me hubiera permitido bailar con un amigo suyo, aunque fuese el mejor de los amigos! Jamás me hubiera complacido lo más mínimo. No me hubiera dejado mandar. – Me pongo en pie frente a él. Me mira evaluando lo que digo. Precavido. No sabe si creerme. – Y yo ya no soy la Luna que estaba con ese bastardo. Tú me has liberado de las cadenas. Ya no tengo miedo y no voy a permitir que nadie me haga daño. Nunca más. Y... te lo debo en parte a ti. A haberme cruzado contigo. – Tristan hace una mueca de dolor y se palpa el pecho.

- Yo no soy mejor...

- Lo eres. Lo quieras ver o no, me has dado en dos días a tu lado mucho más que ese imbécil en cuatro años. – Abre los ojos y se acerca a mí, olvidando el dolor de su pecho repentinamente.

- ¿Cuatro años, Luna? – Casi no le sale la voz. Agacho la mirada. – Mírame. – Lo hago.

- Eso ya acabó.

- Prométemelo. Prométeme que, aunque yo me vaya y no pueda estar más contigo no volverás con ese engendro. Te mereces algo mejor, pequeña. – Acaricia mi rostro.

- ¡Jamás! ¡No! – Sacudo la cabeza nerviosa.

- Vale, vale. Come algo, por favor. – Saca una bandeja de sushi y una botella de vino. ¡Qué mono! Saca dos copas del minibar de su habitación, descorcha la botella y sirve dos copas. Lo miro embobada, creo que orgullosa de lo que veo. – Brindemos. – Me dice tendiéndome una de las copas. Lo miro extrañada. – Por no hacernos daño. Y... por disfrutar mucho juntos, preciosa Luna. – Me dice acercándose a mí con una mirada pícaro y me hago pequeña. ¿Por no hacernos daño? ¿Por qué piensa que me está haciendo daño?

- Tristan, tú no...

- Brinda, por favor. – Pide con seriedad. Choco mi vaso contra el suyo y bebo. Creo que su brindis esconde un horrible miedo que no comprendo.

- Siempre recordaré estos días como los mejores de mi vida, Tristan. – Confieso haciéndome la distraída mientras me introduzco una pieza de sushi en la boca. Siento su mirada clavada en mí. – Mmmm, ¡qué rico! – Cierro los ojos y saboreo.

- Sí, tienes razón. – No sé si se refiere al sushi o a lo anterior que he dicho, pero decido ignorarlo.

- ¿Quieres? – Le pongo una pieza de sushi en la boca y la abre con poca convicción.

Pero al final se la quito de la boca y me la como yo. Me río de su cara de estupor.

- ¡Eh! – Se queja y sonrío ante mi picardía. Así mejor, sin melancolía.

- Toooma. – Vuelvo a acercarle otra pieza y vuelvo a hacerle la misma trampa. Me río a carcajadas al ver su enfado.

- ¡Serás víbora! – Se abalanza sobre mí, me coge en brazos y me tira sobre la cama. Estoy muerta de la risa. – ¿Y si ahora no te dejo comer más qué? – Me carcajeo de él mientras Tristan se sienta a horcajadas sobre mi vientre y me inmoviliza las manos. – ¡Ja! ¡Qué graciosa es la niña! – Alarga su mano y coge una pieza de sushi. – ¡Abre la boca! – La abro y espero la misma jugada que le he hecho yo, pero no. La introduce en mi boca y yo mastico aguantando la risa. – Qué bien come la niña insolente. – Se burla y comienza a hacerme cosquillas. Yo me retuerzo como una culebra.

- ¡Para, para! – Se me sale parte de la comida de la boca.

- ¡Eso de espurrar comida está muy feo, señorita! – Sigue haciéndome cosquillas y trato de tragas como puedo el resto de comida que tengo en la boca.

- ¡Ya, ya! – Al fin para, me agarra de las muñecas y me mira.

- Eres muy valiente. – Dice y no entiendo nada. ¿Valiente? ¿Yo?

- Y tú un tramposo.

- ¡Mira quién habla! ¿Quieres vino? – Coge su copa y me la enseña.

- Así tumbada voy a poner perdido el colchón. Déjame sentarme. – Niega con la cabeza.

- Yo te doy. Confía en mí. – Bebe y acerca sus labios a los míos, derramando vino en mi boca. Trago rápido el líquido caliente de su boca. – ¿Más? – Sus ojos se han vuelto oscuros. Sé qué significa. Digo que sí con mi cabeza. Vuelve a repetir la misma operación. – ¿Tienes más hambre?

- No de comida. – Arquea la cabeza.

- Mi niña osada tiene hambre de sexo, ¿verdad? – Sonríe y digo que sí. – Quiere decir que antes no he sido tan duro como creí.

- La verdad es que esperaba mucho más de ti. – Miento para provocarlo.

Lo de antes ha sido lo más intenso que he vivido en mi insulsa vida y él lo sabe porque me ha escuchado gemir como una loca. Sin embargo, se hace el escandalizado ante mi tentativa.

- Eres una bruja malvada. – Me besa y se coloca entre mis piernas.

¡Oh! Siento su erección sobre mis braguitas. ¡Me encanta este hombre y lo que despierta en mí! En la vida me hubiera imaginado vivir un romance tan apasionante como éste.

- Quítame las braguitas. – Susurro en sus labios. Su mirada me hace arder.

- Sí, ama. – Se levanta para quitarse él primero la camiseta y los boxers. Yo me siento y bebo de mi copa de vino mientras lo observo, relamiéndome. Es impresionante. Es pura perfección. – ¿Le gusta lo que ve, ama? – Pregunta y se acerca de nuevo a mí. Me bebo lo que queda de vino en mi copa y Tristan me la quita de las manos.

- Ajá. – Trato de parecer segura de mí misma, pero casi no me sale la voz.

- ¿Puedo ahora yo adorarte con mis ojos? – Susurra en mi oído y agarra la camiseta suya que

llevo puesta por los bajos.

- Sí. – Susurro yo frotando mi mejilla con la suya. Está áspera por la sombra de barba que comienza a asomar y caliente, muy caliente al tacto. Tristan suspira ante mi gesto.

- Consigues que este simple gesto sea apasionante. – Levanta lentamente mi camiseta. Sus ojos bañan mi torso con devoción. Tira la camiseta a un lado y se lleva uno de mis pezones a su boca.

- ¡Ah! – Gimo. Sus labios ascienden por mi cuello y luego mi boca.

- ¿Seguimos? – Pregunta en mis labios.

- Sí. – Casi no reconozco mi voz.

Tristan me tumba e introduce sus pulgares por ambos lados de mis braguitas, sin dejar de mirarme a los ojos. Las resbala por mis piernas lentamente. Las echa a un lado y posa sus labios sobre uno de mis tobillos.

Lentamente y sin dejar de mirarme va ascendiendo por mi pierna. Sé a dónde se dirige y la expectación me está volviendo loca de placer.

Cuando siento su húmeda y cálida lengua surcar mi sexo me retuerzo y grito. Mis manos cobran vida propia y se aferran a su pelo.

Siento latigazos que provienen de mi sexo y que se reparten por todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Clamo su nombre, una y otra vez.

- Sigue gritando mi nombre así, pequeña. – Me pide y vuelve a la carga, mucho más intensamente.

- ¡Dios, Tristan! – Le clavo las uñas en sus hombros y siento que estoy a punto de explotar. De repente exploto en un fuerte quejido sintiendo cómo un calor abrasador invade mi cuerpo. Me tensó y grito su nombre en mitad del orgasmo. – ¡Tristan! ¡Ahhhhh! – Mantengo mis ojos apretados y absorbo todas las sensaciones que siguen en mi cuerpo, dando coletazos finales. Mi respiración es agitada. Estoy en el cielo. Al fin abro los ojos y lo veo sobre mí, sonriéndome.

- Al fin me muestras esos ojos tan bonitos. – Me besa y noto mi sabor en sus labios. Su beso es intenso y apasionado, pero a la vez protector y cariñoso. – Quiero saborearte ya, pequeña diabla. – Dice apoyando su frente en la mía. Siento a Tristan entrando en mí, lenta y deliciosamente, mientras continúo notando las contracciones de las paredes de mi sexo. – Mmmmm, eres demasiado exquisita. – Muerde mis labios y comienza un baile dentro de mí delirante.

Pronto vuelvo a sentir ese calor abrasador en mi interior y comienzo a acompañar a sus movimientos en sus embestidas.

Tristan nos hace girar en la cama y me coloca sobre él, a horcajadas.

Me muevo con ímpetu, sin separarme de sus labios. Sus gruñidos de placer se cuelan por mi boca y viajan por mi estómago hasta mi bajo vientre. Adoro esto. Amo esta sensación. Sostiene

mis nalgas y me ayuda a continuar con mi ritmo. Pero yo quiero más. Quiero llegar al límite, a la frontera final de este celestial viaje de mi vida y comienzo a moverme con ansias sobre él.

- ¡Ah! ¡Luna! – Levanta la cabeza y deja al descubierto su precioso cuello. Lo chupo. – Nena, nena, si sigues así...

- Quiero más. – Suplico. Escucho su gruñido y de pronto me hace girar y vuelvo a estar bajo su cuerpo.

- ¿Más? – Me mira intensamente.

- Sí. – Digo casi sin aliento. – Quiero todo. Todo lo que den de sí estos días a tu lado. – Tristan me mira pensativo. Suspira.

- Me parece justo. Vamos allá, ama. Complaceremos a la señorita. – Levanta mis piernas y coloca mis pies sobre sus hombros. – ¿Lista? – Me muerdo el labio inferior y asiento. – Pues vamos. Si es demasiado pídemelo que pare, pero no pararé si sólo gritas, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.

No me deja terminar cuando ya lo siento entrar fuertemente hasta el fondo de mi ser. Grito con fuerza. Es casi doloroso y, en esta postura, tiene mucho más acceso a mi interior, pero es más delicioso de lo que podría imaginar.

Vuelve a investirme con fuerza y brama. No me pide que lo mire, pero intento hacerlo cada vez que puedo, es una imagen digna de ver: Tristan con sus músculos en tensión, mandíbula apretada, torso sudoroso...

Y, cada vez que lo miro se enciende más y más y aviva el ritmo. Nuestros cuerpos chocan y producen un fiero sonido al hacerlo. Me aferro a sus brazos para soportarlo. Y grito. Grito con fuerza y clamor de vez en cuando su nombre. Tristan comienza a gritar también, hunde la cara en su pecho y sé que está cerca. Lo sé porque lo siento mucho más inmenso en mi interior.

La explosión sucede de golpe y prácticamente a la vez. Tristan gruñe con fuerza y yo siento una explosión interna de infinito placer que me catapulta a las estrellas.

Aferrada todavía a sus hombros recibo los espasmos de su cuerpo y el mío. Ya, con las piernas en el colchón y con el cuerpo de Tristan repellido sobre el mío. Respira con dificultad y el acelerado movimiento de su pecho al respirar es el único movimiento que de su cuerpo emana.

- ¡Joder! – Lo escucho farfullar.

- Sí, joder. – Susurro. Tristan levanta la cabeza y me mira. Sonríe.

- Sí, joder. – Repite. Comienzo a reírme.

Sí que ha sido bestia, sí. Pero no ha sido nada agresivo. Con Juan jamás lo hice tan intensamente y, sin embargo, el acto siempre estaba cargado de agresividad. No ha sido así con Tristan, a pesar de sus fieras embestidas. De lo único que ha estado cargado nuestro acto sexual ha sido de sensualidad a raudales.

- Vale, te doy el aprobado. – Me burlo. Tristan abre la boca escandalizado.

- ¿Sólo un triste aprobado? ¡Arrgggg! – Se gira y se tumba a mi lado, bocarriba y con las piernas y los brazos abiertos, derrotado. – Vas a acabar conmigo, camarera del infierno. – Cierra los ojos y veo una sonrisa de placer aparecer en su rostro.

- Ha estado mejor que un simple aprobado. – Susurro y me acomodo a su lado, acariciando su torso con mis manos. Tristan abre un ojo y me mira.

- ¡Ha estado de sobresaliente!

- Lo dejaré en notable a expensas de lo que puedas ofrecerme cuando mandes tú. – Vuelve a cerrar los ojos y se ríe casi sin fuerzas.

- Vale, me parece justo.

El martilleante sonido de su corazón va poco a poco descendiendo hasta quedar en un sonido rítmico y relajante. Cierro los ojos, abrazada a Tristan, y me quedo dormida con la sonrisa más gigante que nunca he tenido en el rostro.

Un movimiento convulso me despierta. ¿Qué pasa? Miro a mi lado y veo el cuerpo de Tristan moverse y sacudirse de un lado a otro. Creo que está teniendo una pesadilla.

- Shhh. – Susurro en su oreja y le acaricio el rostro y el pelo. – Shhh. – Parece que funciona. Se relaja en el acto y continúa durmiendo.

Casi es de día, creo.

Miro su precioso cuerpo desnudo y no me creo mi suerte. Sin duda alguna no volveré a vivir una experiencia como esta en mi vida.

Acaricio su torso, embebiéndome de él, su vientre y me recreo en su vello púbico.

- Me gustas mucho. – Susurro aprovechando que está dormido. Su respiración comienza a agitarse. Su miembro a erguirse. – ¡Oh! – Exclamo. – ¿Qué tenemos por aquí?

Desciendo lentamente mi boca por su torso, dándole infinidad de besitos hasta que me detengo en la parte de su cuerpo que más hondo me ha calado. Me río ante mi pensamiento. Compruebo que está dormido y poco a poco me sumerjo su miembro en mi boca. Gruñe en sueños. Lentamente lo saboreo y noto que comienza a empujar sus caderas para ayudarme. Sigue dormido. De pronto siento sus manos en mi pelo y acelero el ritmo. Sus pequeños gemidos me avivan. Cuando levanto la vista de nuevo, veo que se ha despertado.

- ¡Uff nena! ¡Buenos días! – Sonrío y desciendo de nuevo, degustando su cara de placer. Tristan cierra los ojos y levanta la cabeza. – Sí, sí, así. – Me indica que le gusta lo que hago. – Dios, ¿cómo haces eso con...? ¡Ah! – Grita cuando acaricio su miembro con los dientes. – Luna, Luna, ¡por lo que más quieras! ¡ahhh! – Me anima su desesperación y aprieto con mi mano su sexo mientras lo sumerjo en mi boca. – Pequeña, me voy a correr. – Me informa entre dientes. – Sepárate si no quieres que... ¡Ahhh! ¡joder, joder! Ufff, madre mía...

- Demasiado tarde. – Le digo limpiando sus restos de mi boca con el dorso de la mano. Tristan levanta la cabeza para mirarme, pero enseguida la deja caer de nuevo en la cama, como si pesase toneladas.

- ¡Mmmmm! Ven aquí. – Me pide con la respiración acelerada. Trepo por su cuerpo hasta que estoy frente a él. Me mira y quita un resto de sus fluidos de mi boca con su pulgar. – Éste ha sido el mejor despertar de mi puta vida. Quiero que lo sepas. – Me besa con fuerza. – El maldito mejor despertar de mi vida. – Sonrío satisfecha.

- Me alegro, amo. – Contesto con picardía. Tristan se muerde el labio.

- ¿Hoy mando yo? – Pregunta curioso.

- Sí.

- Ah, pero técnicamente me ordenas tú que mande. Así que no sé muy bien quién manda de verdad.

- Puedes aceptarlo o rechazarlo.

- ¡Lo acepto! – Vuelve a besarme. En ese momento llaman a la puerta de la habitación de Tristan. – Mierda, ¿qué hora es? – Pregunta asustado. Me encojo de hombros.

- ¿Tristan? – Se escucha la voz femenina de una mujer llamándolo al otro lado de la puerta de la habitación. Tristan pone los ojos en blanco.

- ¡Qué pesada! – Refunfuña en voz baja.

- ¿Quién es? – Intento no mostrar mis celos, que sin duda alguna los siento bullir en mí. Tristan y yo nos sentamos.

- Alguien que no sé cómo quitarme de encima.

- ¿Me dejas? – Pregunto sin saber si lo que estoy pidiendo es buena idea o no. Tristan me mira curioso.

- Toda tuya. – Me señala la puerta con la mano y una sonrisa en el rostro. Me levanto rápidamente y me pongo la camiseta de Tristan. La mujer sigue golpeando la puerta con insistencia y llamando a Tristan. Abro la puerta y se queda patidifusa al verme.

- Hola. – No me extraña nada ver a la preciosa mujer que trabaja con Tristan, la modelo esa con raíces polacas. Ella, sin embargo, me mira noqueada. – Tranquila, Tristan ya se ha despertado. Yo me he encargado. – Le guiño. – ¿Quieres algo?

- Eh... no... yo... ¿seguro está Tristan aquí? – Me señala el interior de la habitación con mala cara. Miro hacia atrás y veo aparecer a Tristan en calzoncillos. Se sitúa a mi lado, me rodea la cintura con su mano y besa mi pelo.

- Buenos días, Nika. Sí, estoy aquí y estoy despierto. Nos vemos en el set. – Tristan le guiña y cierra la puerta en sus narices. Después me mira y sonrío al ver que estoy aguantando la risa. – Gracias. – Me besa. – Ahora sí que ha captado el mensaje. ¿Quieres venir esta mañana al rodaje? Te gustará. – Propone de repente. Abro la boca sorprendida.

- ¡Me encantaría! Ay, pero, acabo de acordarme que tengo que ir a mi piso a recoger mis cosas. – Pienso en voz alta. Tristan arruga la frente.

- ¿Tu casa? ¿Vivías con ese capullo? ¿Y te tienes que ir tú? ¡Esto es el colmo! – Vuelve a ponerse tenso. Le acaricio los brazos.

- Es mi casa sí, y le he dejado quedarse hasta que encuentre otra cosa para él. Ha aceptado y he quedado en ir a recoger hoy mis cosas. – Le beso y hablo como si todo estuviera bien, para calmarlo.

- No quiero que vayas sola allí. – Ordena.

- No lo haré, iré con Ana y con Gabi. – Tristan gruñe. – Y Juan debe estar trabajando ahora mismo. Así que no hay nada que temer.

- Llévate el teléfono encima. – Vuelve a mandarme. – Y dame por si acaso el teléfono de Ana.

- Qué mandón estás, ¿no?

- Tú me has pedido que hoy mande yo. – Besa mi mano. – Sé que es lo que esperas de mí, ex ama. Así que hazme el favor y dámelo. – Me apremia.

Después de darle el número de Ana, me doy una ducha rápida, mientras Tristan pide el desayuno para que nos lo sirvan en la habitación. Eso es algo que sólo he visto en las películas románticas, pero, según él, es algo muy normal.

Me visto con ropa limpia que he traído en mi mochila y después es Tristan quien se ducha. Agradezco que nos separemos para ducharnos o estoy segura de que Tristan no llegaría jamás puntual al trabajo.

Desayunamos entre risas. Hoy Tristan está de mejor humor que nunca y disfruto muchísimo de su compañía.

Ana me llama por teléfono y quedamos en media hora en mi antiguo piso. Le doy la dirección por teléfono y noto que Tristan se tensa mucho con mi llamada. Pero no me dice nada.

Cuando cuelgo llega la hora de despedirnos. Él tiene que trabajar y yo que recoger mis cosas. En el ascensor me da un bonito beso y me mira creo que un poco asustado.

Al salir a la calle, de repente, Tristan me coge del brazo y tira de mí.

- Ven. Yo te llevo. – Me dice. – Tengo tiempo de sobra. – Asiento y me dirijo con él a su magnífico coche.

El camino se me hace más corto de lo que me gustaría: primero porque no quiero separarme de Tristan, segundo porque no me apetece nada volver al que fue mi hogar con Juan.

Cuando llegamos, Tristan me coge de la mano y me ordena que le mire, como siempre.

- No quiero ver después esos ojitos hinchados ni nada por el estilo, ¿me oyes? – Me quedo absorta mirándolo. ¿Tanto se preocupa por mí? – No quiero tener que renunciar a los planes que

tengo contigo y si me lloras harás que tenga remordimientos cuando te lleve a la cama.

- Me encanta todo lo que me haces. – Le digo convencida y le beso. Después suspiro y tomo aire para volver a casa.

- Te recogeré a las once en la cafetería. – Me dice y me vuelvo.

- Mejor te veo en el hotel. – Trato de evitar que Juan y Tristan se crucen. No quiero que Tristan se vea mezclado en esta mierda.

- En la cafetería. Yo no le tengo miedo a ese capullo. Y no quiero ni pensar en que te persiga por las calles, de noche y sola.

- Eres un sol. – Le tiro un beso y me giro.

Me encuentro al girarme con la cara alegre de Ana saludándome y la cara desencajada de Gabi al ver el cochazo de Tristan.

- ¡Luna! – Me abraza Ana.

- Ey. – Gabi me da una palmada en la espalda con melancolía en la voz. – Ya veo por qué no te quedaste anoche en mi casa. – Mira hacia atrás de nuevo y el rugido del motor del coche de Tristan hace que Ana y yo nos giremos. Suspiro al verlo desaparecer por el horizonte.

- Sehhh, es un gran motivo. – Dice Ana refiriéndose a Tristan.

- Y tan grande... – Añado. Me tapo la boca ante la barbaridad que acabo de decir, más típica de Ana que de mí y ambas comenzamos a reírnos con fuerza ante mi insinuación.

A Gabi no le hace ninguna gracia y pone los ojos en blanco.

Abro la puerta del portal y lo primero que veo es mi nombre tachado con fuerza con un bolígrafo de tinta roja en el buzón que pertenece a mi casa.

- Mierda. – Susurro. Ana lo ve y gruñe.

- Ese cabrón no está ahora, ¿verdad?

- No, trabaja de nueve a tres. – Le digo. Entramos los tres en el ascensor y comienzo a morderme las uñas.

- Tranquila. Sólo coge lo imprescindible y nos vamos cagando leches. – Me dice Ana.

- Además, tienes a un machote aquí para protegerte. – Añade Gabi y hace que sonría.

- Gracias a los dos. De corazón. – Llegamos al tercer piso, que es donde está mi casa.

- ¡Mierda! – Exclama Ana. – Me he dejado el móvil en tu coche Gabi. Tenemos que bajar.

- ¡Ahora lo coges! – Se queja Gabi.

- ¡No pienso dejar mi jodido Iphone 8 plus a la vista de todo el mundo para que lo roben! Todavía me queda un año y medio por delante para terminar de pagarlo. – Protesta Ana. Me río.

- Bajad. – Les insto. – Enseguida voy yo.

- Yo voy y vengo rápido Luna. No tardo nada.

- No te preocupes. Esperadme abajo. – Salgo del ascensor, pulso la tecla de bajar y les cierro la puerta. Me giro y me enfrento a la puerta de mi hogar. Hace seis días que no vuelvo a mi casa. La primera vez en mi vida que lo hago. Suspiro y meto la llave en la ranura. – Vamos allá. Será rápido. – La cerradura está echada, prueba de que Juan no está. Pero eso no impide que mi corazón luche por salirse del pecho.

Abro la puerta, la madera cruje y guardo la llave en mi pantalón con un pulso terrible. ¡Madre mía, está todo hecho un desastre! Me acerco lentamente a la mesita que hay frente al sofá sin atreverme a cerrar la puerta de la calle y compruebo que está llena de latas de cerveza vacías, un par de botellas de licor y... un polvo blanco que creo que es droga. ¡Joder!

Me alejo rápidamente de eso y me dirijo a mi habitación. Lo que veo sobre la cama tampoco es muy alentador. Toda mi ropa destrozada y fotos de Juan y mías quemadas. El colchón tiene un enorme boquete por haber quemado todo ahí.

Abro mi armario con la esperanza de que algo de mi ropa haya quedado con vida y me alegra ver un par de pantalones y un vestido intactos. Eran los favoritos de Juan y yo ya los odio por eso. Pero no me queda nada más. Así que me quito la mochila que llevo puesta, la abro y comienzo a meter la ropa de cualquier forma.

En la cómoda me encuentro algunas bragas y un sujetador, de nuevo sus favoritos. ¡Vamos Luna, guárdalo todo y vete de aquí! El pulso me tiembla. Las piernas me bailan y comienzo a sudar. Cierro la mochila y, cuando me la voy a colgar escucho un portazo proveniente de la puerta de casa.

- ¡Joder! – Grito y me tapo la boca. – ¿Ana? – No obtengo respuesta. – ¿Gabi? – Nada. ¿Habrá sido por la corriente? Salgo de la habitación con el paso lento y tratando de hacer el menor ruido.

Tengo la puerta de la calle en mi campo de visión y, no veo nada más alrededor. Pero, no me fio. Tengo que llegar a la puerta de la calle como sea y rápidamente. Cierro los ojos, tomo aire y me concentro en mi objetivo. Me lleno de decisión y mi cerebro me grita a pleno pulmón una orden: ¡Corre!

Corro como alma que lleva el diablo hacia la puerta. Estoy llegando, estoy aquí ya. Suspiro al sujetar el pomo, lo giro y... ¡oh, no! La llave está echada. ¡No! Son décimas de segundo lo que tardo en percatarme que él está aquí, que estoy encerrada y que estoy perdida.

Me giro rápidamente y me encuentro con su furibunda mirada, que me traspasa. Juan corre hacia mí y yo lo hago de vuelta a mi habitación, con el miedo más aniquilador palpitándome en las sienes.

Corro porque sé que me va la vida en ello y, justo al alcanzar la puerta de mi habitación, Juan me agarra del pelo para frenarme, pero resisto el dolor como puedo y me separo de su contacto, dejando un mechón de mi pelo en su mano. Entro en la habitación y cierro la puerta y el

pestillo.

- ¡Abre! – Aporrea la puerta. Estoy muerta de miedo. – ¡Abre, joder! ¡Te voy a matar si no abres! ¡Me oyes! – Comienzo a sollozar y a mirar a mi alrededor. Veo la cómoda. Tendrá que servir. Comienzo a arrastrarla hasta taponar la puerta mientras los gritos de Juan y sus golpes en la madera lo inundan todo.

- ¡Juan vete! ¡Ana está abajo y llamará a la policía! – Le advierto, pero sé que es inútil. No me dejará ir. No me dejará salir de aquí. Sus puños comienzan a partir la madera y no tengo salida. Me voy hacia la ventana, desesperada. Me asomo, pero enseguida sé que no puedo escapar por ahí. Está demasiado alto y me mataría. – ¡Vete! ¡Por favor, por lo que más quieras, vete! – Grito envuelta en llanto mientras contemplo cómo Juan hace añicos la puerta y separa la cómoda que he colocado para protegerme. Estoy perdida y me hago un ovillo tembloroso y lacrimoso en el suelo.

- ¿Creías que te escaparías? – Vuelve a tirarme del pelo para ponerme en pie y me obliga a mirarlo. Pero las lágrimas me lo impiden.

- Perdóname. Perdóname. No quería enfadarte. Por favor... no me pegues. No me hagas daño.

- ¿Daño? – Juan estruja mi cuello con una de sus manazas y tapona el aire de mis pulmones. Abro los ojos y la boca y trato de respirar, pero no puedo. Mis pies no tocan el suelo y tengo de frente la mismísima cara de Satanás disfrutando de lo que ve. – Daño es lo que tú me has hecho, puta de mierda. – Tiro con mis manos de la suya para que me suelte, estoy a punto de rendirme y pataleo en el aire para tratar de escaparme. No puedo. – Tranquila, esto no quedará así. – Me tira a la cama y me centro en recuperar el aire que me faltaba. Siento un dolor inmenso en la garganta y en el estómago del enorme esfuerzo que hago por volver a respirar.

Cuando vuelvo a ser consciente de lo que sucede, veo a Juan atándome las manos con una cuerda al cabecero de la cama.

- ¡No, no, por favor! – Suplico. – Perdóname Juan. Perdóname, no te dejaré. Hablemos, ¿vale? – Intento apelar al chantaje emocional. Pero no hay forma. Juan tiene las pupilas dilatadas y no sólo por la droga. La ira le domina.

- ¿Te has follado al guaperas ese, Luna? – Maldita sea.

- ¡No! – Grito.

- ¿No? – Acerca su cara a la mía y me entran náuseas con sólo oler su hedor mezclado con alcohol barato. – ¿Y si miro tu móvil no encontraré nada, Luna? – Coge mi mochila y el pánico más tórrido me paraliza. Se hace con mi móvil y lo desbloquea. – Anda mira. Una conversación con el guaperas de Tristan Moore. Veamos qué pone: **“Preciosa Luna. Sólo quería escribirte para decirte que he pasado un fin de semana de ensueño contigo. Y, como no estoy contigo ahora mismo, no tengo esa necesidad de hacerme el duro. Así que te confieso que esta noche te echo de menos. Echo de menos que me acoses mientras duermes y me dejes sin espacio en esta enorme cama. Echo de menos tus ronquidos. Y, sobre todo, echo de menos tu sonrisa al despertar. Cuento los días para nuestro próximo encuentro. Y, recuerda, estarás bajo mi**

control. XXX”

Comienza a leer con voz de mamarracho y la cara se me desencaja. No puedo decir nada. No puedo moverme. Estoy paralizada. Mi móvil comienza a sonar entre sus manos y Juan estrella mi móvil contra el suelo, haciéndolo añicos.

- ¡Juan, no hice nada! – Grito sin saber qué otra cosa hacer. – Sólo dormí con él porque no tenía dónde quedarme.

- ¡ME TOMAS POR ESTÚPIDO! – Grita encolerizado subiéndose sobre mí y me da una bofetada que me deja por un momento sorda de un oído y muy desorientada. – ¡NO ME NIEGUES QUE TE LO FOLLASTE! ¡ZORRA DE MIERDA! – Vuelve a atrapar mi cuello con fuerzas. Estoy muerta. Lo sé.

- No... lo... hice. – Insisto. No tengo otra opción.

- Vamos a jugar a un juego, yo te follo hasta que reviente dentro de ti. – Se levanta, y se quita el pantalón. No... no quiero... no me toques... Coge un condón de la mesita y se lo pone. Juan jamás usa condón, por eso tomo la píldora. – Te voy a follar hasta que grites que pare y, si se te ocurre denunciarme por violación y encuentran fluidos en ti, no serán los míos, Luna. Y entonces tú y tu amiguito estaréis muertos. – Comienza a desvestirme de cintura para abajo y yo pataleo.

- ¡No lo hagas, Juan! ¡Hablemos primero! ¡Arreglemos esto!

- Y si descubro que ese cabrón se ha follado a mi novia – continúa haciendo caso omiso a mi súplica – entonces lo mataré delante de tus putas narices, Lunita. – Siento como su carne usurpa la mía y ahogo un grito de dolor, asco, desesperación y terror. – Le cortaré los huevos y le haré tragárselos. Delante de ti. – Escucho golpes en la puerta de la casa y los gritos de Ana y Gabi. Grito.

- ¡No! ¡Ayuda! – Juan me tapa la boca, introduciéndome una prenda en ella y continúa con su asquerosa violación.

Lloro amargamente y, finalmente, dejo de resistirme. Sólo cierro los ojos y lloro en silencio, rezando por que acabe todo ya. Noto la sacudida final de su cuerpo sobre el mío y se retira de mí.

- Que no se te olvide que eres mía, Luna. – Lloro con los ojos cerrados.

- ¡Policía, abra! – Escuchamos y abro los ojos al fin, intentando emitir un grito de auxilio.

- ¡Maldita sea! – Juan me desata y me agarra del pelo. – Si me denuncias iré a por él y a por ti. No veréis más ninguno de los dos la luz del sol, ¿entendido? – Asiento entre lágrimas. Me quita el pañuelo de la boca. – Bien, vístete. – Casi no me mantengo en pie cuando intento hacer lo que me pide.

- ¡Policía! ¡Abra!

- ¡Ya va agente! ¡Tranquilo! – Se dirige a la puerta y escucho que la abre. – Eh, ¿qué pasa? Sólo estaba echando un polvo de reconciliación con mi novia.

- ¡Maldito hijo de puta, bastardo! – Grita Ana. – ¡Luna! ¡Luna! – La escucho gritar mi nombre cada vez más cerca mientras me tambaleo semidesnuda en medio de la habitación. – ¡Oh, dios! ¿Qué te ha hecho? – Mis fuerzas me abandonan en ese momento y me doy de bruces contra el suelo. Todo se vuelve oscuro.

TRISTAN

Hoy el rodaje se me ha hecho ameno al recordar cómo Luna ha lidiado esta mañana con Nika. Ha sido cómo echarle el perro. Pero ha surtido efecto. Ahora Nika pasa de mi cara y es mucho mejor así.

Me preocupa un poco que me esté acostumbrando tanto a la compañía de Luna, pero es que es una chica increíble. Es lista, sorprendente, viva, perspicaz y muy divertida. Me hace olvidar mis miedos cuando estoy con ella. No puede ser que sea malo seguir viéndola. Cuando no la tenga cerca la voy a echar mucho de menos, eso sí, pero hay que disfrutar la vida mientras se pueda, ¿no? Es lo que dice ella y tiene toda la razón.

Además, tengo una nueva misión con Luna: hacer que el tal Juan pase a la historia.

Si me vuelvo a encontrar con ese tipo lo voy a reventar. Me importa una mierda qué pase, pero no voy a consentir que vuelva a tocarle un pelo a Luna. Estoy convencido de que le ha pegado alguna vez. Vi el miedo en sus ojos anoche, cuando la encontré en la puerta del hotel. Vi la cara del miedo al contemplarla y me hizo replantearme eso que siempre dice John, mi terapeuta: los miedos hay que enfrentarlos.

Gracias a Luna yo estoy comenzando a enfrentar a mi miedo a dormir y no volver a despertar. Anoche, con Luna, volví a olvidarme de mi medicación y, sin embargo, dormí como un niño y no digamos del maravilloso despertar que tuve. ¿Puede ser Luna la cura de mi fobia al sueño? ¿Puede ser ella el remedio contra mi somnifobia?

Creo que sí. Y eso me hace estar en deuda con ella. Tengo que ayudarle a vencer a su mayor miedo: Juan.

Voy a hacer lo que esté a mi alcance para protegerla de ese tipo. Tengo que conseguir, con mis contactos, que lo metan preso o algo.

Hoy me siento vivo y lleno de determinaciones. Y me siento ansioso por volver a ver a Luna.

Así que, cuando he terminado de rodar las escenas en las que yo intervengo, me voy a la cafetería con uno de mis compañeros de rodaje para tomarnos unas cervezas mientras me deleito contemplando a mi camarera favorita.

Lo extraño es que, son las seis de la tarde y Luna no está trabajando en la cafetería. Tampoco está Ana. Enseguida me alerto.

Veo al jefe de Luna y le pregunto por las chicas, pero, con un gesto de disgusto, simplemente me dice que hoy no vienen a trabajar. ¡Mierda!

Me pongo más que tenso y llamo a Luna por teléfono. Tiene el móvil apagado. ¡Qué cojones!

Pero no desisto y llamo a Ana, dando gracias al cielo por haber presionado a Luna esta mañana para que me diera el teléfono de su amiga.

Llamo y no me contesta nadie. ¡Maldita sea! Entro de nuevo en la cafetería y voy directo a la cocina. El jefe de Luna me persigue sin atreverse a pararme los pies al ver mi estado.

- ¡Eh! – Veo al amigo de Luna trabajando en la cocina. – Gabi, ¿verdad? – El chico asiente. – ¿Dónde está? – Agacha la cabeza y comienza a llorar.

- Señor, no puede estar aquí. – Me advierte el jefecillo. Yo lo miro con la mirada ida. – Luna no se encuentra bien, pero...

- ¿Sabe quién soy yo? – Le reto.

- Sí, señor. Un magnífico actor que...

- ¡Soy un amigo de Luna! ¡Muy amigo de ella! ¡Y exijo saber qué pasa! – Le apunto con el dedo. – Déjeme llamar a Ana de su móvil y se lo recompensaré. – Le pido. El tipo parpadea. – ¡No tiene mi maldito número y no me contesta el puto teléfono! – Le explico sin paciencia.

- Toma. – Me ofrece su teléfono el tal Gabi. – Ya está llamando. – Me informa.

- Gracias. – Me pego el teléfono a la oreja y rezo para que Ana conteste.

- ¿Gabi? Está bien, tranquilo, está en observación. – Me desinflo por dentro y me relajo un poco. Ella está bien. Pero, ¿está en observación? ¿Por qué? Sé que no estoy loco. Algo dentro de mí me dice que no está bien del todo.

- ¿Dónde está? – Pregunto con la voz quebrada.

- ¿Tristan?

- Sí. Por favor, dime dónde está.

- No es buena idea...

- ¡Ana, no me jodas! ¡Quiero verla! ¡Necesito ver que está bien! ¡No me toques los cojones y dime dónde demonios está! – Bramo.

- ¡Está bien, tranquilo! – Suspira. – Hospital La Paz. – Me informa. – Pero ya pronto le darán el alta.

- Voy para allá. Tienes una llamada perdida. Hazme el favor de anotar el número. Es mi número. Llámame si pasa cualquier cosa. Ahora os veo. – Cuelgo y le doy el teléfono a Gabi. – Gracias. – Le digo. – Ana dice que está bien. – Me siento en el deber de informarle. El chico sonrío y llora a la vez. – Voy a por ella.

Salgo de la cafetería cagando leches, dejo a mi compañero con cara de póquer y me meto en mi coche. Pongo el GPS y corro como un loco por las calles de Madrid en dirección al hospital.

Al llegar a la puerta del hospital vuelvo a llamar a Ana.

- ¿Tristan?

- ¡Sí, soy yo! ¡¿Dónde está Luna?!

- Estamos en la sala de espera, hablando con la policía. Le están tomando declaración, pero no parece muy participativa... ¿puedes venir? Necesito refuerzos para hacerle entrar en razón. – Escucho la voz de Luna de fondo diciéndole que no.

- ¡Claro! ¡Voy para allá!

Pregunto a una enfermera por la sala de esperas y corro en la dirección que me indican.

Al final de un pasillo, unas puertas de cristal se abren ante mi presencia y me quedo paralizado al ver el tristísimo rostro que levanta la vista y me observa.

- Tristan... – Susurra.

- ¡Luna! – Me acerco hasta ella.

Está sentada con una manta del hospital rodeándola. Ana está sentada a su lado y sosteniendo la mano de Luna. Ambas me miran con el tormento asomando por sus ojos.

- Señor, ¿sabe usted algo de lo que a la señorita le ha pasado? – Me pregunta la pareja de policía que está de pie frente a Luna.

- ¿Yo? No. – Miro a Luna y me pongo de cuclillas, frente a ella. Sostengo sus manos en las mías y la miro con ternura. Tiene un aspecto horrible. – ¿Qué ha pasado? – Pregunto con suavidad. Los ojos de Luna se anegan de lágrimas y sacude la cabeza en una negativa. – Luna, por favor. Tienes que hablar. Cuéntalo.

- ¡Se niega a hablar! – Intercede Ana. La miro horrorizado y vuelvo mi mirada hacia Luna. – ¡Lo he intentado todo! ¡No sé qué más decirle!

- ¡Eh! Tienes que enfrentarlo, Luna. Tienes que enfrentar tu miedo a Juan. – Le digo con ternura y vuelve a mirarme. Las lágrimas comienzan a salir de sus ojos.

- No puedo. Se vengará de mí con las personas que más quiero. No puedo permitirlo. No. No. No. – Repite sin cesar y comienza a llorar con agonía. Hiperventilando. Sufriendo casi una crisis de ansiedad. Las conozco bien. Le abrazo con fuerza y se deshace en lágrimas en mi hombro.

- Señorita, si no lo denuncia, cuando pasen veinticuatro horas en el calabozo ese energúmeno estará en la calle si la fiscalía no se pronuncia. – Dice uno de los policías y Luna levanta la cara para mirarlos. Después me mira a mí.

- Oye, ven conmigo un momento. Hablemos a solas. – Le pido y la levanto sujetándola de la cintura con mi brazo. Le sonrío para aplacar su ansiedad un poco. – Enseguida la traigo de vuelta. – Les digo a los policías y a Ana que me miran extrañados. Saco a Luna a la calle, a que le dé un poco el aire. Busco un lugar privado y la pongo frente a mí, sujetando sus hombros.

- No deberías haber venido. No quiero que me veas así. – Agacha la mirada. Tiro de su barbilla para que vuelva a mirarme.

- Tengo una deuda contigo. – Le digo y frunce el ceño, confundida por mi declaración. – Tú

me has ayudado a superar una de mis grandes fobias y te lo debía. Quiero hacer lo mismo por ti. Quiero ayudarte a enfrentarte a Juan y a ganarle.

- ¿Tus fobias? ¿Qué fobias?

- Una de ellas se llama somnifobia y es un miedo atroz a dormirme y no despertar con vida. A veces siento el mismo miedo cuando veo dormir a alguien que me importe. Pienso que morirán súbitamente y no despertarán. – Luna me mira con los ojos muy abiertos. – Sólo he hablado de ello con mi familia, mi terapeuta y ahora contigo. Al parecer viene porque mi madre murió cuando yo era pequeño. Estábamos mi hermana, con apenas dos meses de vida, mi madre y yo con cuatro años solos en casa. Durante días, creo... intenté despertarla inútilmente hasta que me rendí y comprendí que había muerto. – Trato de hablar de ese episodio con toda la objetividad que puedo, pero ver que los ojos de Luna vuelven a inundarse de lágrimas al escuchar mi historia no ayuda.

- Por eso te despertabas así...

- Sí. Pero he dormido más contigo de lo que lo he hecho jamás en toda mi vida habiendo probado infinidad de medicamentos o terapias de todo tipo. Y eso es gracias a ti.

- ¿A mí por qué?

- Aún no lo sé. Pero esa no es la cuestión. John, mi terapeuta, siempre me dijo que los miedos hay que enfrentarlos. Y tú tienes que hacer lo mismo, Luna.

- Juan sabe que estuve contigo. – Lloro amargamente. – Irá a por ti.

- ¿Eso es lo que te preocupa? – Sujeto su rostro. – Luna, Juan no me da miedo. Me da más miedo dormir o... bueno de lo otro ya lo hablaremos si llega la oportunidad. Pero Juan no me da miedo. Y no quiero que a ti te lo dé.

- ¡No puedo hacerlo! ¡No puedo vencer este miedo! – Niega rotundamente.

- ¡Luna si no lo haces iré yo mismo a buscar a ese bastardo y lo mataré! ¡¿Me oyes?! – Grito histérico.

- No...

- ¡Sí! ¡No estoy dispuesto a permitir que ese bastardo te mate! ¡Porque lo hará si tú le dejas! ¡Como el cabrón que mató a mi madre! ¡Lo hará! – Luna apaga un quejido con su mano ante mi confesión. No debería haberle revelado tanto. Me he cuidado mucho y he pagado importantes sumas de dinero para que esa información de mi vida privada no aparezca en Internet. – Yo era muy pequeño para saber que ese hombre vivía obsesionado con destruir a mi madre, simplemente porque ella no le amaba. Pero esos monstruos existen, Luna, y no voy a permitir que tú seas una víctima más, un número más en la estadística, una voz silenciada por un engendro como Juan. ¡¡No pude evitar la muerte del ser que más quería porque apenas tenía cuatro años, pero la tuya la evitaré, aunque sea lo último que haga!! ¡¡Quieras o no quieras!! – Ahora el que comienza a hiperventilar soy yo y me llevo las manos a la cabeza para intentar aliviar la presión que siento en las sienas.

- Dios Tristan... – Luna acaricia mi rostro y recupero un poco de tranquilidad al mirar a sus

ojos de nuevo. – Lo siento mucho. – Besa mi mejilla y la calidez de sus labios me traspasa. – Lo siento. – Besa mi otra mejilla. – No es justo. – Dice finalmente apoyando su frente en la mía. Suspiro.

- No, no lo es. Pero eso ya no se puede cambiar. – Digo en un hilo de voz. – Tú y yo somos víctimas de unos despreciables seres. Pero todo tiene solución. Ahora lo sé. Déjame ser tu bastón para cambiar tu realidad, Luna. Te lo suplico. Como tú haces con la mía.

- Lo eres Tristan. Lo has sido. – Me confiesa. – Dejé a Juan al conocerte. Porque sentí que la vida podía ofrecerme cosas maravillosas que no podría vivir a su lado. Aunque tuvieran una fecha de caducidad corta. – Por primera vez siento que la futura despedida con Luna será algo negativo para mí. ¿Cómo podré protegerla? – Lo haré. – Sentencia y expulso todo el aire de los pulmones ante la sensación de alivio. – Lo denunciaré.

- No voy a dejarte sola en esto, Luna. Aunque vuelva a Los Ángeles pronto, tengo muchos amigos y contactos aquí y me ocuparé de que ese bastardo no vuelva a acercarse a ti nunca más. – Prometo agarrándola con fuerza de las manos.

Ella asiente.

No voy a permitir que la toque nunca más.

Nunca.

LUNA

Creí que Juan era el mayor monstruo sobre la faz de la tierra y que me había tocado sólo a mí padecer algo así. Eso creí hasta que escuché a Tristan y su historia cuando sólo era un crío de cuatro años. Un bastardo obsesionado con su madre la asesinó delante de su hijo pequeño y asustado... ¡cómo se puede ser tan miserable! No quiero ni imaginar el miedo de ese niño llamando a gritos a su mami para que despertara. Se me rompe el corazón simplemente de imaginarlo. ¿Cómo habrá hecho Tristan para ocultar esa información de su vida privada a la prensa? ¿Cómo habrá conseguido que no aparezca nada de eso en Internet? Puede que por eso él nunca establezca vínculos afectivos con nadie de fuera de su entorno. Es comprensible. Si saliese esa información a la luz seguramente lo acribillarían con todo tipo de preguntas y reabrirían su herida constantemente.

Es un hecho infernal. Es injusto que un crío presencie algo así.

Uno escucha noticias tortuosas de este tipo todos los días, en la televisión o en la radio, y siempre dices “pobre, qué horror habrá vivido”. Pero sólo sabes de ese horror cuando verdaderamente lo experimentas. Y Tristan y yo lo hemos hecho de forma muy cruel.

Me llenó de tristeza su confesión y lo amé más que nunca por compartir conmigo su calvario, sólo para hacerme abrir los ojos.

Después de oír un testimonio tan desgarrador y de saber de su sufrimiento personal, no podía negarme a denunciar a Juan y no podía volver a esconderme en el caparazón para simular que nada había pasado.

Así que interpose la denuncia contra Juan, pero obligué a Tristan a permanecer fuera para que no escuchara nada de los hechos que tenía que narrar sobre aquel espantoso suceso de mi vida. Los médicos del hospital también aportaron pruebas de la violación y los golpes y los policías aportaron las fotos del escenario de los hechos en donde aparece la puerta de mi habitación hecha añicos, el colchón quemado y con salpicaduras de sangre mía.

No le he dicho a Tristan que fui violada por Juan y no pienso decírselo. Me haría sentir muy sucia conmigo misma. Siento que lo alejaría de mí a la hora de tener otro acercamiento íntimo y me avergüenzo mucho de lo sucedido. Me avergüenzo por tener ganas de intimar con él después de haber sido forzada por Juan. Una víctima de violación no debería sentir deseo ni ganas de borrar lo sucedido. No debería sentir ganas de rehacer su vida. Me avergüenzo de querer pasar página y no querer permitirle a Juan que me arruine mi vida sexual. Me avergüenzo de no querer rendirme en el amor ni a ser feliz. Y, me siento culpable por ello. Pero es lo que voy a hacer para poder disfrutar de lo que me quede de Tristan a mi lado. Porque se me irá de las manos y no tendré otra oportunidad como ésta en mi vida.

Para Tristan, Juan sólo me ha pegado, insultado y retenido contra mi voluntad en mi

apartamento durante una hora. Aunque, ahora que lo pienso, “sólo” no es el adverbio que mejor representa todo eso.

Tristan nos lleva a Ana y a mí en su cochazo después de haber terminado de prestar declaración y vamos directas a casa de Ana. No me ha preguntado si me quedaría allí o no, pero, la verdad, no tengo intención de volver a mi casa ahora mismo y revivir esos desastrosos momentos.

Cuando Tristan para el coche frente a la casa de Ana, mi amiga le da un enorme beso a Tristan saltando prácticamente encima de él desde el asiento trasero de su coche. Tristan sonrío. Yo estoy sentada a su lado y lo miro con ternura.

- Gracias por todo. – Beso su mejilla también. – Que descanses. Te lo has ganado. – Me dispongo a salir del coche, pero Tristan tira de mi brazo para impedírmelo.

- Quédate conmigo esta noche. – Lo miro estupefacta. – Por favor...

- ¡Pues claro! – Contesta Ana por mí, me introduce en el coche de Tristan de nuevo y me besa. – Mañana te cubriré yo el turno, ya he hablado con Jaime. Así que tómate el día libre y ve un poco de compras, hazme el favor. – Le sonrío llena de agradecimiento.

- Mil gracias, amiga.

- No despertéis a todo el hotel. – Ana nos guiña y se va dando saltitos a su casa. Libero una carcajada al oírla y Tristan y yo nos miramos sonrientes.

- Echaba de menos esa sonrisa. – Me dice cuando vuelve a arrancar el coche y nos ponemos en marcha.

A pesar del día de mierda que llevo, el aire de repente me resulta más limpio, más puro. Respiro a libertad.

En la radio suena la canción de “Feel” de Robbie Williams y le doy más volumen. Sí, es una buena canción para celebrar este agridulce momento: mi libertad.

Cierro los ojos y abro la ventanilla al máximo para sentir el frescor del viento sobre mi cara.

- ¡Vete a la mierda Juan! – Comienzo a gritar sin pensar en Tristan ni en su reacción a mi locura. – ¡Que te jodan! – Me río a carcajadas. – ¡Me he librado de ti! ¡Jajajajajaj! ¡Arrrrggggg! – Grito por la ventana y me río con fuerza. Miro a Tristan y parece de lo más entretenido con mi interpretación.

- Sí, está bien jodido...

- Está muy jodido. ¡Muy, muy muy jodido! – Entramos en el parquin del hotel y Tristan me mira y por fin lo hace con alegría. Me quito el cinturón y me tiro sobre él.

- Tenemos que celebrarlo. – Le beso con ardor. Tristan me besa desconcertado. Maldita sea, que no tenga ahora miedo de tocarme. – ¿Qué? – Pregunto desilusionada al ver su falta de entusiasmo.

- Nada, que primero vamos a lavar a esta Luna llena, más llena que nunca. – Dice acariciando mi rostro. – Vamos.

Entramos en el hotel y me doy cuenta de que llevo unas pintas espantosas porque todo el mundo me mira. Tristan me lleva de la mano y la aprieta con fuerza hacia el ascensor.

Cuando entro en el ascensor entiendo el porqué de que todo el mundo me mire cuando choco con mi reflejo en el espejo.

- ¡Por favor! ¡Estoy horrible! – Me toco el rostro sin reconocerlo. Tengo una herida en el labio, una mejilla un poco morada y el pelo hecho una maraña. Tristan se coloca pegado a mi espalda y suspira al ver mi reflejo.

- No estás horrible. Sólo tienes aspecto de lo que eres; una guerrera. – Lo miro sorprendida. ¿De verdad quiere que me quede con él con esta pinta? – Estas son heridas de guerra. – Acaricia la hinchazón de mi rostro y la herida de mi labio. – Eres muy valiente, Luna. Te admiro.

- ¿Qué?

- No tienes miedo a abrirte a otro hombre después de lo que has vivido. Eso es impresionantemente valiente. – Me besa. – Es inspirador y debería aprender de ti.

- No tengo miedo a abrirme a ti. – Susurro entre besos. Tristan inspira con fuerza.

- Vamos a la habitación. – Me saca del ascensor de nuevo de la mano cuando hemos llegado a la planta en cuestión.

En la habitación Tristan prepara la ducha y pide algo de cenar para que lo suban a la habitación. Después me desnuda lentamente, acariciando y besando cada pedazo de mi piel. Cuando ha terminado, se desnuda él y nos metemos en la enorme ducha.

Sus manos masajean mi cuero cabelludo mientras lo enjabona y casi me duermo del placer. Pero despierto al sentir sus manos sobre mi cuerpo unos minutos después.

- Ya está limpia mi Luna. – Dice sonriente. – Vamos a comer algo, ¿te apetece? – Asiento gustosa. – Mmmm, no tienes ropa, ¿verdad? – Recuerdo en ese momento que mis pocas pertenencias se quedaron en mi apartamento tras lo sucedido con Juan y que Ana se ha llevado mi mochila con la ropa nueva.

- No.

- Ahora vengo. – Sale de la ducha, se enfunda en una toalla y aparece minutos después con unos boxers suyos y una camiseta suya también. – No tengo nada de encajes. – Bromea. – Pero seguro que te ves todavía más sexi con mi ropa interior.

Comemos un pescado muy rico y nos bebemos casi dos botellas de vino blanco entre los dos. Ha sido un día muy largo no sólo para mí. He visto la preocupación en el rostro de Tristan y le estaré eternamente agradecida por sus atenciones.

Cualquier persona pensaría que no estoy en mi sano juicio por querer celebrar un día como hoy con un hombre. Pero hoy celebro por fin mi libertad. Desde hoy, podré salir a la calle, ir a

cualquier sitio, acompañada de cualquier persona, vestida cómo me plazca, sin tener que ir acompañada del miedo a encontrarme con Juan. A pesar de todo lo amargo de este día, hay una puerta al fondo de la oscura habitación en la que llevo mucho tiempo encerrada que se está abriendo. Y voy a celebrarlo. Voy a celebrar que he sobrevivido.

Una hora y media después Tristan y yo estamos borrachos como cubas tirados en la enorme cama de su habitación y riéndonos de todo. Él se ríe de mi imagen en calzoncillos y yo comienzo a hacerle un baile “sexí” de borracha vestida con ropa de hombre. Él se desternilla de la risa y acompaña mi baile reproduciendo desde su móvil la canción de “You can leave your hat on” de Joe Cocker.

Pero poco a poco me lo voy creyendo y me contoneo como he tenido prohibido hacerlo durante años. ¡Hoy ya soy libre!

Balanceo mi melena aún húmeda y mis caderas al compás de la música. La cara de Tristan va cambiando. Lo veo. Me meto en el papel cada vez más y me doy unos azotes en el trasero mientras lo muevo al compás de la música. ¡Sienta bien la libertad! Tristan se sienta de golpe al ver mi osadía y restriego mi trasero en sus piernas. Cuando siento su mano sobre mi culo me doy la vuelta y poso mi pie en su muslo, acariciando mi pierna desde el tobillo hasta el muslo, relamiéndome mientras tanto y mirándole con lascivia. Su respiración se acelera.

- Quítate la ropa. – Me ordena a mitad del baile. Ya no se ríe tanto y me mira de esa forma tan sensual.

- Sí amo. – Le obedezco sintiéndome agradecida porque siga mirándome con deseo.

Me quito primero la camiseta, la giro en el aire y se la tiro a la cara. Él se la quita rápidamente para no perderse detalle.

Luego voy bajándome los calzoncillos lentamente y hago lo mismo. Tristan silva y yo me subo a la cama, trepando a cuatro patas hasta que me subo sobre él.

- Eres exquisita. – Se aferra a mi trasero y me besa apasionadamente. Noto el bulto que quiere sobresalir de su ropa interior.

- Tú me pones a cien. – Gimoteo en sus labios y bajo su ropa interior. La canción vuelve a sonar y Tristan levanta sus caderas para ayudarme a quitarle la prenda.

- ¿Estás segura? – Pregunta casi sin aliento cuando ya he liberado su erección.

- Es lo que más deseo ahora mismo, amo. – Gruñe, me besa con fuerza y me sostiene con firmeza para introducirse en mí.

Siento un poco de dolor por culpa de un desgarró que Juan me ha provocado, pero me obligo a obviarlo y a disfrutar de lo que es la verdadera pasión. Así que me muevo sobre Tristan, aunque no muy salvajemente.

- ¿Estás bien? ¿Quieres seguir? – Pregunta, pero está fuera de control por completo.

- Ajá. – Lo beso y me concentro en sentirlo sólo a él.

Tristan me gira y se coloca sobre mí sin romper el contacto. Siento un poco de miedo de que él domine la situación, pues no estoy en plenas facultades. Pero me sorprende llevando un ritmo arrebatadoramente dulce y lento dentro de mí. Cubriéndome de besos y caricias. Haciendo que olvide todo el dolor y que me inunde una sensación de paz y amor maravillosa. Haciendo que me sienta la persona más adorada y feliz del mundo.

Ambos nos dejamos ir a la vez. Me siento tan plena que se me escapan unas lágrimas de felicidad. Tristan se acurruca a mi lado me coloca de espaldas a él y me abraza con fuerza, oliendo mi cuello.

- Debería haber sido fuerte y haberte dejado descansar. – Dice con voz soñolienta.

- No, no deberías. – Tristan entrelaza sus dedos a los míos sobre mi vientre y me aprieta con fuerza.

- Te estás convirtiendo en una adicción. – Hunde su nariz en mi pelo. – Me encanta cómo hueles. Me relaja tu olor.

No soy consciente de cuando me duermo, pero sé que lo hago en paz.

Sin embargo, a mitad de la noche, siento la presencia de Juan, que me oprime el cuello, sobre mí y me asfixia. Despierto súbitamente con la respiración acelerada y me palpo el cuello. Uff ha sido una pesadilla.

Miro a Tristan y sonrío al ver que duerme plácidamente. ¿Fobia a dormir? No lo parece...

Pero, de un momento a otro, Tristan palpa la parte del colchón en la que yo estaba tumbada y comienza a moverse nervioso y a respirar con dificultad.

- ¡Eh! Shhh, shhh, estoy aquí. – Se queja y sigue medio dormido. – Shhh. – Acaricio su rostro y abre los ojos de golpe. Sus ojos se clavan en los míos y pasan del pánico a la calma en décimas de segundo. – Hola. – Saludo sonriendo.

- Hola Lunita. Lo siento, ¿te he asustado? – Me aprieta contra su pecho y besa mi pelo.

- Ni un poquito. – Beso yo su pecho y lo acaricio.

- ¿Qué haces ya despierta? – Parece en calma, pero noto el bombeo de su corazón muy acelerado bajo mi mejilla.

- He tenido una pesadilla. – Le informo. – ¿Estás bien? – Levanto mi cara y lo veo con los ojos cerrados, creo que concentrado.

- Ajá. – Sólo responde y me vuelve a apretar contra él.

Ya no habla más. Me da la impresión de que está tratando de hacer algún tipo de meditación o algo que le serene. Yo me quedo sobre su pecho y, cuando el ritmo de su corazón vuelve a ser constante y normal, me quedo dormida de nuevo.

TRISTAN

Es la primera vez en mi vida que, después de un mal despertar, consigo serenarme y seguir durmiendo. Y eso es lo que me ha pasado hace unas horas cuando desperté tras haber tenido otra pesadilla.

Pero esta pesadilla era diferente, aunque muy similar a la de siempre. Ella estaba sentada en esa silla, maniatada, llena de heridas, y yo la llamaba, como siempre, pero no respondía. Sólo que esta vez Ella era Luna, no mi madre.

Todos mis miedos se disiparon en cuanto abrí los ojos y vi que Luna estaba bien, vivita y coleando y, junto a mí.

Ahora duerme plácidamente junto a mí y yo la miro preguntándome qué está pasando en mi mente para que me haya despertado otra mañana más de forma tranquila (sin contar el casi despertar de hace unas horas). Pero, ahora mismo, acabo de abrir los ojos sin más. No he tenido más pesadillas, o al menos no las recuerdo. Y siempre suelo recordarlas cuando me despierto abruptamente.

Sonríó al mirarla y comprobar que su pecho se mueve por su respiración, muestra de que está viva y está tranquila, pero, cuando se mueve y se gira un poco más hacia mí, el corazón me da un vuelco al ver que su mejilla hoy está bastante más morada que ayer.

¡Ese hijo de puta! Tengo que joderle la vida a ese cabrón.

Miro mi móvil y veo feliz que son las ocho de la mañana. Otro día que consigo dormir siete horas. Me siento nuevo, me siento diferente.

Envío un mensaje a Jason Cooper, el director de la serie, y le digo que no me encuentro bien y que me voy a tomar un par de días de descanso. Me contesta enseguida y me dice que no me preocupe, que tiene otras escenas que rodar importantes. Me propone rodar el resto de mis escenas entre el lunes y el martes siguiente.

Después me meto en la ducha y hago tiempo para que Luna descanse un poco más y, sobre todo, para no tener que verla dormir, porque me sigue poniendo muy nervioso. Pero cuando salgo de la ducha sigue inconsciente. Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza y siento cómo el miedo intenta apoderarse de mí. Gracias al cielo Luna se mueve mucho cuando duerme y eso hace que me relaje un poco. De todos modos, tengo que salir de aquí si no quiero que el miedo acabe por adueñarse de mi cuerpo.

Recuerdo que no tiene nada de ropa limpia consigo, así que decido bajar y ver si encuentro alguna tienda por los alrededores donde pueda encontrar algo apropiado para ella.

No muy lejos encuentro una tienda Zara, y recuerdo que mi hermana es una habitual de esa tienda. Así que entro y rápidamente dos dependientas se me echan prácticamente encima. Les

describo un poco las dimensiones de Luna y, veinte minutos después, estoy saliendo de la tienda con dos bolsas llenas de ropa y lencería.

Cuando estoy de vuelta en la habitación, Luna está desperezándose en la cama. Me mira sin comprender. Estoy duchado, vestido y afeitado. Mira las bolsas que porto y me mira a mí, sin comprender.

Yo me encojo al ver una de sus mejillas bastante roja, aunque la herida de su labio tiene mejor aspecto.

- Te traigo algo de ropa. – Digo encogiéndome de hombros. – No sé si es de tu gusto...

- Gracias. – Pronuncia en un hilo de voz y su voz se quiebra. Oh, no. ¿Va a llorar? Me siento sobre la cama, a sus pies y le acaricio la mejilla que no tiene morada.

- No tienes por qué darlas. Me apetecía salir un rato y ahora quiero hacer un poco de turismo en la ciudad y necesito una acompañante. Pero para ello tienes que ir vestida.

- ¿Hoy no trabajas?

- No, me he dado el día libre. – Sonríe. No sé por qué he eludido mi trabajo hoy, yo nunca hago eso. Pero tengo que averiguar qué es lo que está cambiando en mí para poder seguir trabajando en mi recuperación. Por primera vez en mi vida siento que tengo solución en algunos aspectos.

- Yo... no puedo faltar a mi trabajo. – Agacha la mirada. – No sé si Ana habrá conseguido convencer a mi jefe de...

- Estoy seguro que tu jefe entenderá que hoy necesitas descansar. – Respondo serio. – Y si no lo hace, hablaré seriamente con él. Así que vístete. Vamos a desayunar en un lugar que me encanta. – Tiro de ella y hace lo que le pido.

El vestido rojo que le he comprado le sienta de maravilla. Es juvenil y entalla perfectamente en su fina cintura, pero tiene un escote en pico que me distrae bastante. Aunque es un justo precio a pagar para poder llevar a esa joya de mujer de la mano.

Pero, al mirarse en el espejo, ella sólo ve las marcas que ese desgraciado de Juan ha dejado en su bellissimo rostro. Se acaricia la mejilla morada y hace un gesto de dolor. Yo también siento un enorme dolor cuando lo hace, en mi estómago. Es un dolor familiar y a la vez distinto. No estoy seguro de si puede desembocar en un ataque de pánico, pero me voy a arriesgar a caer yo con tal de que Luna no lo haga. Ella es mi antídoto para dormir.

Ahora ya sé la realidad que ha vivido Luna durante muchos años en los que ha sido presa de una relación que la ha privado de fortalecer vínculos con otras personas y, ahora mismo, sólo cuenta con Ana, el chico ese, Gabi, (que estoy seguro que se muere por ella) y... conmigo. Pero yo voy a tener que abandonarla en breve, así que voy a darle todo de mí mientras esté aquí. Como moneda de cambio por lo que ella está haciendo por mí, aunque sea de forma inconsciente, pero lo está haciendo.

- ¡Ah! – Siento de repente una punzada en el estómago bien fuerte que me oprime y me falta

el aire.

Me siento y me concentro en mi respiración. ¡Ha vuelto! Tranquilo Tristan, no ha sido tan fuerte como de costumbre y, de todos modos, estás jugando con fuego y es lógico que esto ocurra. Llevo días sin tomar la medicación. No pasa nada siempre y cuando sigas controlándolo, como lo has hecho esta semana. Respira Tristan, sólo respira y piensa en algo bueno.

- ¿Qué te pasa? – Luna acude a mí y enlaza sus manos en mi pelo.

Mierda. El aire que respiro me abrasa los pulmones.

- Nada... yo... dame un minuto. – Entierro mi cara en mis manos para no mirarla. Luna se queda quieta y expectante. Tengo un nudo de sensaciones, pero la única que reconozco de verdad es el dolor en mi pecho al respirar. El resto de sensaciones las desconozco y, me asustan. No quiero nuevos miedos. No. – Debería tomarme la medicación. ¿Puedes acercarme esa caja? – Le pido señalando mis pastillas y todavía con la respiración entrecortada.

Siento que me hormigean las manos y que la visión se me nubla. Luna me trae la medicación rápidamente y noto que le tiembla el pulso al hacerlo. Ella tiene tanto miedo como yo, pero hace algo para controlarlo y yo quiero hacer lo mismo con los míos. Saco dos grajeas y las ingiero mientras la observo sin pestañear.

- ¿Qué son? – Pregunta. – ¿Qué es lo que te pasa? – Se arrodilla frente a mí.

- Es mejor que no lo sepas. Estás muy guapa de rojo. – Digo ya un poco más tranquilo. Lo he controlado. Me he concentrado en su expresión y lo he hecho. – Vamos. Me sentiré mejor cuando desayunemos.

El Retiro siempre ha sido uno de mis lugares preferidos de Madrid. Allí es donde llevo a Luna y desayunamos juntos en una cafetería de allí. Después paseamos y nos tumbamos un rato al césped, para disfrutar del día soleado y cálido que se nos ofrece.

Ella me cuenta que su padre falleció cuando era niña y que su madre lo hizo hace cuatro años por una dura enfermedad, cáncer, coincidiendo con el comienzo de su relación con Juan. Dice que Juan aprovechó que estaba baja de ánimos para colarse poco a poco en su vida. Pero no quiero que recuerde a ese bastardo, así que no indago más.

También me cuenta que tiene una hermana mayor, Alba, que hace mucho que no ve porque se mudó de ciudad con su pareja y viene poco por la capital. Eso me constata que está sola de verdad. Así como yo lo estoy... pero yo lo estoy por voluntad propia.

Luna trata de indagar sobre mí también. Sólo le cuento que la poca familia que me queda con vida sigue aquí, en Madrid. Aunque también tengo una tía, una hermana de mi padre, Cathy, que vive en L.A., muy cerca de mi casa. Pero no la visito porque cada vez que lo hago me recuerda mi mayor miedo.

Pero no le hablo de mi tía Cathy a Luna. Tampoco de mis padres y agradezco que ella no haga preguntas al respecto. Debe de haber entendido que es un pasaje bastante doloroso para mí de mi vida haber perdido a mi madre de la forma en que la perdí y que, el haber sido testigo de la muerte de mi madre, me ha cambiado para siempre en cuanto a las relaciones personales se

refiere, sobre todo a las relaciones sentimentales.

Aun así, es la primera vez que hablo tanto de mí con alguien que no sea mi hermana, mi tía o mi terapeuta.

Tengo amigos, sobre todo compañeros de trabajo, a los que tampoco les he confiado nunca mis oscuros secretos.

Pero ahora, aquí, tumbado en el césped del Retiro, con el sol brillando y mi Luna personal junto a mí, estoy cegado por tanta luz que no veo las sombras.

No estoy curado, ni mucho menos. Eso lo sé. Pero he encontrado un paliativo a mi tortuosa enfermedad: la compañía de Luna. La única persona que he conocido que se ha colado en mí de forma natural, sin presionar, sin atosigar, sin reclamar nada a cambio.

Un silencio reparador nos rodea después de nuestra charla, sólo se escucha el cantar de unos pájaros y el de un aspersor regando una franja de césped a nuestro lado. Estoy tan relajado que me podría quedar dormido de nuevo.

- Mierda. – Masculla Luna. Yo abro un ojo y la miro con él.

- ¿Qué?

- Ese de ahí nos está haciendo fotos. – Dice señalando a un chico que está a unos pocos metros de nosotros.

- Qué pesados son. – Digo cerrando los ojos de nuevo y volviendo a disfrutar de la calma.

- ¿No te molesta?

- Mmmm, nop. Ya estoy acostumbrado. ¿Te molesta a ti? – Vuelvo a abrir los ojos y me incorporo para sentarme. – Si quieres le digo algo y trato de espantarlo. Pero no te prometo nada. Son muy tercos.

- No... yo... es que... – Tartamudea nerviosa. – Salimos en Instagram. – Me suelta de repente. Me quedo tal cual. Esas redes sociales son así. Siempre colgando lo primero que ven de ti y haciendo montajes e inventando hipótesis enrevesadas.

- Ya lo imaginaba... ¿te han ofendido a ti o algo? – Intento ver qué es lo que le molesta de todo. Ella sacude la cabeza.

- Bueno... me han llamado “tu nueva víctima”.

- ¿Eso te han llamado? – Pregunto con cara de travieso. – Qué equivocados están. Aquí la víctima soy yo, está claro.

- ¿Tú? ¡Tendrás cara! – Se hace la escandalizada, pero está aguantando la risa.

- Ven. – Me pongo en pie y tiro de ella.

- ¿Qué haces?

- Vamos a poner a ese tipo en su sitio. – Le digo muy serio. Ella abre la boca, asustada por

mi reacción.

- No, yo no quiero problemas con nadie. A mí no me molestan las fotos y a ti tampoco. Vámonos a otro sitio si quieres, si piensas que puede dañar tu imagen que te vean otra vez conmigo. – Dice la muy tonta mientras tiro de su mano y la coloco justo donde quiero colocarla. – ¡Eh, qué haces! – Grita cuando el chorro de agua del aspersor cae justo sobre ella.

- Darle carnaza de verdad a esos paparazis de pacotilla. – Tiro de ella y la aprieto contra mí para después darle un beso de película bajo la lluvia artificial que crea el aspersor sobre nosotros.

Luna ríe en mis labios, pero responde a mi beso y nos vamos deshaciendo en el calor de ese gesto que, desde que conozco a Luna, se está convirtiendo en algo cotidiano por no decir adictivo. Besar los labios de Luna es una de las mejores drogas que hay.

La levanto en el aire y sigo besándola mientras la dejo resbalar de nuevo lentamente hasta el suelo. Cuando ya estamos totalmente empapados y yo bastante empalmado la suelto.

- Seguro que hemos conseguido unas fotos preciosas de nuestro paseo por el Retiro. – Le digo y ella sonrío.

- Estoy chorreando.

- Mmmm, me encanta tener ese efecto en ti.

LUNA

Después de haber pasado uno de los mejores días de mi vida con Tristan en los lugares más emblemáticos de mi ciudad como el Retiro, el Palacio Real, Sol... siento que el corazón se me arruga cuando veo que Tristan recibe una llamada de una tal Mila y él se excusa para hablar un momento con ella en privado.

Pero no se va lo suficientemente lejos como para que yo no escuche parte de la conversación.

- No es mi novia, Mila. Ya te he dicho que yo soy así y así me voy a morir. – Siento que mi corazón se despedaza en multitud de cristalitos, imposible de reconstruir. Sé que Tristan siempre me dejó claro que, por culpa de un problema que tuvo, se niega al amor. Pero, después de todo lo que hemos vivido juntos durante esta semana, pensé que podría ser diferente. – No, Mila, no estoy enamorado de ella, tranquila. Escucha, te haré una visita hoy y te lo demostraré. – Tristan trata de decir eso más bajo para que yo no lo oiga, pero lo he oído, y me ha atravesado el estómago como una lanza. – Sí, pequeña, un beso. – Se despide y vuelve a donde yo estoy.

- Pequeña, tenemos que volver. Tengo que ir a...

- Sí, volvamos. – Le corto en seco y comienzo a andar rápidamente por Gran Vía en dirección a la siguiente parada de metro. Tristan trata de alcanzarme y me coge del brazo para evitar que entre en la boca del metro.

- ¿Dónde te crees que vas? Te llevo yo en mi coche. – Me mira molesto. Más molesta estoy yo por haber comprobado que llama “pequeña” a todos sus ligues. ¡Y yo que me sentía algo especial para este capullo!

- No hace falta. Así no tendrás que desviarte de tu destino por mi culpa. – Tiro de mi brazo y me vuelvo para entrar en el metro. Pero Tristan entra también y me sigue.

- ¡Eh! ¡Qué cojones te pasa! – Vuelve a increparme en mitad de una corriente de personas que entran y salen del metro.

Miro a todos lados preocupada por que lo puedan reconocer y esté dándose mala publicidad por mi culpa. Así que pruebo a sonreír mientras le hablo.

- Nada. Gracias por este día. Pero ahora el hechizo de este día acabó y yo tengo que volver a mi realidad y tú a la tuya.

- Me parece muy bien, pero puedes volver a tu realidad en mi coche. – Vuelve a tirar de mí.

- Tristan. – Se para y me mira más que furioso. – Necesito estar sola un rato, por favor.

- ¿Por qué? – Parece preocupado. – ¿He hecho algo malo? No comprendo.

- No, tú... eres maravilloso, pero...

- ¿Pero qué? – Vuelve a insistir y me mira herido.

- Pero eres inalcanzable. – Las lágrimas amenazan con salir de mis ojos, sobre todo cuando creo que él comprende lo que digo y se queda callado, haciendo una mueca de dolor.

Me separo de él y me introduzco entre la muchedumbre que se dirige a coger el metro. Miro un par de veces hacia atrás y me echo a llorar cuando veo que no se mueve para impedir mi marcha. Pero, justo cuando voy a entrar por el control y a perderlo de vista, me giro por última vez y creo verlo pálido y con dificultad para respirar, porque se está desabrochando el botón de la parte de arriba de su camisa.

Eso hace que me frene en seco. Algo le pasa, sé que algo me oculta. Esta mañana lo vi mal también y me pidió que le diera unas pastillas. No sé qué es lo que le ocurre, pero la verdad es que Tristan Moore ha sido lo mejor que he vivido jamás y no merece que lo deje así. Tiene un problema que al parecer lleva toda la vida ocultando a todo el mundo, pero que yo estoy comenzando a descubrir porque he pasado más días con él que la mayoría de los mortales.

Así que me vuelvo y llego de nuevo hasta él, que está subiendo de nuevo las escaleras de la boca del metro para salir al exterior y parece que tiene la respiración muy agitada.

- ¿Estás bien? – Digo posando mi mano en su musculosa espalda. Tristan se da la vuelta de repente y se asusta cuando me ve.

- Sí, sí, estoy bien, estoy bien. – Dice a trompicones, pero parece todo lo contrario. Creo que no enfoca bien con la vista y está sudando. Sale tambaleándose del metro y apoya su espalda contra la pared de un edificio que hay de frente a la boca del metro.

- ¡Tristan! ¡Mírame! – Le grito preocupada. No parece verme. – ¡Tristan! ¿Tristan? – Su respiración se hace muy sonora y escandalosa. La genta comienza a rodearnos y algunos viandantes creo que comienzan a hacerle fotos. – ¡Dejadlo en paz! – Escucho voces diciendo que está borracho o drogado. – ¡Parad, sólo se ha mareado, joder! – Trato de llevarlo, poniendo uno de sus brazos sobre mis hombros y lo introduzco dentro de un cajero automático que encuentro. Cierro la puerta y siento a Tristan en el suelo. Tiene muy mal aspecto, suda, tiene las pupilas dilatadas y parece como si no pudiese respirar. – Tristan, joder, ¿qué te pasa? – Aguanto el llanto como puedo al verlo así.

Desorientada y desesperada por ayudarlo sin saber cómo, finalmente decido sentarme sobre él, abrazarlo y acariciarlo mientras le canto una canción que mi madre solía cantarme para dormir. Un poema de Alberti al que Ana Belén puso música, “La Paloma”. Mientras la canto, voy regando su mejilla y su cuello de besos. Poco a poco su respiración vuelve a ser más normal. Lo observo sin dejar de cantar y tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada hacia atrás en la pared.

- “Se equivocaba... que tu falda era tu blusa, que tu corazón su casa... se equivocaba.” – Termino mi canción y Tristan abre al fin los ojos cuando ve que me callo. Sus ojos chocan con los míos. Al fin me ve.

- Se equivocaba. – Repite la última palabra. Sé a qué se refiere. Me he equivocado con él

y “su corazón no es mi casa” aunque lo he sentido como mi casa estos días. – Lo siento, Luna. – Sus ojos se cristalizan.

- No. Perdóname a mí. Nunca quise hacerte daño. – Comienzo a llorar.

- ¡Eh! ¡No! – Me agarra de la cara, todavía con pocas fuerzas. – No me has hecho esto tú. Tú no tienes nada que ver en esto.

- Pero me lo advertiste...

- Aunque lo hiciera ni tú ni yo somos de hierro. – Apoya su frente en la mía. – Y hemos jugado a vivir un cuento que los dos sabíamos que acabaría de una sola forma. Y no precisamente comiendo perdices. – Hace que suelte una triste sonrisa. – Pero quería darte por unos días lo que tú me has dado a mí; esperanza y vida. – Se me hace un nudo en la garganta ante sus palabras.

- Es lo que me has dado, Tristan.

- Pero te estoy empezando a hacer daño, ¿verdad? – Vuelvo a mirarlo.

- Lo que me duele es cuando inevitablemente me topo con la realidad y me doy cuenta de que, aunque sean los mejores días de mi vida los que estoy viviendo a tu lado, son sólo un espejismo, una mentira. – Tristan hace una mueca de dolor. – No quise decir eso, perdona. – Digo rápidamente para no causarle otro estado de ansiedad.

- Tranquila, ya estoy bien. No tienes que ser condescendiente conmigo. Lo que me acaba de pasar no tiene nada que ver contigo, Luna. He sido un estúpido al no tomarme la medicación durante varios días. La verdad es que prefiero saber lo que piensas, aunque acabe hecho un despojo humano, como ahora.

- No eres eso. – Lo beso sin pensar. Rápidamente me separo cuando soy consciente, pero él no me deja hacerlo.

- Quiero que me beses, quiero que sigas haciéndolo mientras me queden días por vivir a tu lado. La despedida ya promete ser dura de cojones, paremos esto ahora o dentro de unos días. – Suplica en mis labios.

- ¿Por qué tiene que haber despedida, Tristan? Explícamelo. Necesito entenderte yo también. ¿Qué es lo que te pasa exactamente? – Tristan suspira. – ¿Para qué es la medicación? ¿Tienes alguna enfermedad?

- No, no es eso, Luna. Me ayudan a dormir, sólo eso. Y me relajan. Mi mente me juega malas pasadas a veces, recreando cosas del pasado que debería dejar de una vez atrás y no sé cómo. No voy a contarte más porque llevo toda la vida intentando proteger mi intimidad del resto del mundo, Luna. Ya sabes lo de mi madre, es suficiente. Pero no quiero profundizar en eso. Ni quiero que me veas como un hombre débil. No suelo tener ataques cuando tomo la medicación. Lo tengo controlado.

- Yo tampoco quise que me vieras como una mujer débil por lo de Juan. – Le reprendo.

- Y por eso no fuiste tú quién me confesó el verdadero problema que tenías con él. – Tiene razón. Ni siquiera le he contado que ayer Juan me violó. – No te veo ni por asomo cómo alguien

débil, Luna. Al contrario. Tú tienes el poder de aplastarme si quieres. Tú y sólo tú. – Me quedo paralizada. – Pero no vamos de hablar de esto en un cajero automático en plena Gran Vía. – Vuelve a hacerme reír. – Más que nada porque ya hemos dado suficiente carnaza para las redes sociales, ¿no crees? – Asiento. – Pues vámonos.

Salimos del cajero y sorteamos como podemos varios viandantes que tratan de fotografiar la escena. Yo me interpongo frente a Tristan para que no lo saquen a él, en la medida de lo posible, y vamos andando hasta su coche.

Cuando llegamos a su coche, Tristan me tiende las llaves de su coche y me pide que lo conduzca yo. Me da las instrucciones de a dónde quiere que lo lleve y me dice que me vuelva yo a su hotel en su coche y lo espere allí. Que luego volverá él en un taxi.

Al llegar frente a una enorme mansión, veo a una rubia muy mona que me mira con mala cara y que está esperando a Tristan. Tristan sale del coche después de darme un beso en la mano y pedirme de nuevo que lo espere en su hotel, le da un fuerte abrazo a la rubia frente a mis narices y ella un fuerte beso a Tristan en los labios. Yo maldigo a la rubia y a Tristan también por unos minutos, pero me trago el orgullo y conduzco el coche de Tristan de nuevo hasta su hotel, con los ojos llenos de lágrimas.

Aparco el coche, voy a un cajero cercano y saco cien euros. Me dejo sólo en la cuenta del banco cuarenta y tres euros para terminar el mes, pero dentro de unos días cobrará mi siguiente paga.

En la habitación de Tristan, miro a todos lados y nos veo a nosotros fundiéndonos en besos, abrazos y piel, mucha piel.

Dejo los cien euros sobre una mesita y escribo una nota, porque no tengo otra forma de comunicarme con él, ya que mi móvil quedó hecho trizas por las manos de Juan.

“Tristan,

Lo siento, pero no puedo cumplir mi promesa de quedarme hoy aquí, contigo. No estoy enfadada, ni nada, no puedo reprocharte que te fueras hoy con otra, pero, estoy hecha un lío por dentro y necesito pensar, a solas.

Te dejo estos cien euros para pagar de alguna forma la ropa que compraste para mí.

Si todavía sigues con la idea de mantener nuestra cita de mañana házmelo saber. Cambié mi turno para mañana viernes y trabajaré de mañana en la cafetería. Te esperaré a la salida del trabajo, a las tres y hablaremos mejor en persona de ello. Si no vienes lo entenderé. Hagas lo que hagas siempre recordaré estos días cómo los más felices de mi existencia. XXX.

Luna.”

Cojo la ropa que Tristan me ha comprado esta mañana, porque es de lo poco que tengo para subsistir. Eso y los modelitos que compré para pasar el fin de semana pasado con él y que tengo

en casa de Ana, en mi mochila que ella se llevó. Después salgo del hotel y comienzo a andar en dirección al centro de mi infierno personal; el que fue mi hogar con Juan.

Allí empezó todo y allí debe acabar. Juan está ahora preso, en prisión provisional y sin fianza hasta que salga el juicio rápido y se determine si entra en prisión o no por lo que me hizo.

Pero aquel piso fue mi prisión personal durante cuatro años y ahora tengo la misión de limpiar todos los restos de Juan y volver a convertirlo en un hogar, aunque me apetece poco o nada volver a vivir allí. Pero no tengo otro lugar dónde ir.

Por el camino pienso en Tristan y en lo vivido a su lado. Estoy completamente enamorada de él. Mucho. Muchísimo. Creo que es la primera vez que sé el aspecto que tiene el amor de verdad. Sin miedos de por medio, sin intimidación, sin censuras.

En una semana junto a Tristan he sido más yo que en lo que he sido en cuatro años con Juan y he experimentado cosas que no sabía ni que existían.

Y no estoy triste por perderlo irremediamente. Bueno, sí, pero no tanto. La alegría de haberlo tenido entre mis brazos de esa forma tan intensa y la felicidad que he vivido a su lado es mucho mayor que la tristeza. Pero, hemos llegado a ese punto de no retorno en el que, si me quedo a su lado, ambos nos haremos daño irremediamente.

Yo no quería enamorarme, pero no había forma humana de evitarlo. Simplemente hemos encajado a la perfección en todos los sentidos y eso era algo que no entraba en nuestros planes. Ni en los míos ni en los de Tristan Moore (el seductor que se niega al amor).

No me da miedo amarlo, pero sí que empañemos lo bonito de lo que hemos creado haciéndonos un daño innecesario.

Cuando llego a mi casa siento un enorme repelús al recordar lo que he vivido aquí, encerrada, no hace muchas horas. Pero el monstruo ya no está y no volverá. Voy a hacer lo posible para que esté encerrado una buena temporada, lejos de mí, y, cuando salga, espero que mi vida haya mejorado lo suficiente como para haberme podido largar de aquí y que no me encuentre jamás. Porque sé que me buscará por cielo y tierra cuando salga.

Lo tiro todo. Todo lo que veo, todo lo que Juan haya tocado. Todo. Menos los muebles, que tendrán que esperar a que tenga dinero suficiente para reemplazarlos.

Limpio los restos de droga y alcohol. Lleno tres grandes bolsas de basura con las pertenencias de Juan y otras tres con cosas de casa y fotos que ya no quiero. No quiero nada que me recuerde ese pasado desastroso.

La ropa de Juan la meto en un armario en desuso. Ya se las entregaré a la policía o pensaré qué hacer con ellas. También tiro el colchón. Tiene un gran agujero en medio, pero, si no lo tuviese, lo tiraría igual. Y la puerta de mi habitación, que está hecha añicos. La cambio por la puerta de otra habitación que está en desuso.

Después de un gran trabajo de limpieza no queda ni rastro de Juan en mi casa y me hace sonreír. Por suerte, ese bastardo ha dejado alguna cerveza viva en la nevera, así que me abro una lata y me tiro en el sofá para respirar un poco de calma y descansar después de tanto trabajo.

Aunque las paredes de este piso siguen impregnadas de gritos e insultos.

Doy largos tragos a mi cerveza mientras trato de ahogar en alcohol todos esos malos recuerdos.

TRISTAN

Siempre que paso un rato de intimidad con Mila soy hombre nuevo. Nadie me ha comprendido nunca como ella. Es de la única persona que he conseguido aceptar su amor. Bueno, y de mi tía también.

Pero cuando llego a mi habitación en el Hotel Verona mi ánimo se torna gris al ver la nota que me ha dejado Luna junto a cien euros que no estoy dispuesto a aceptar. Mucho menos si significan que nuestro trato se ha roto. Le concedí obediente su día para ser mi ama a cambio del mío propio y fui muy claro en que no pensaba renunciar a eso. ¡Es más! ¡Le dejé que me ordenara lo que quisiera durante dos días!

No voy a consentir que me robe lo único que me ha hecho verdaderamente ilusión en mucho tiempo. Además, ella es mi amuleto para dormir...

¡Y todo por unos estúpidos celos por Mila! ¡Yo no le he prometido amor! ¡Yo no puedo darle de eso y ella lo sabe! ¡Maldita sea, lo sabe! Espero que no sea porque ha visto mi debilidad y se haya desencantado de mí... ¡Joder, conseguí controlar el ataque! Y si me dio fue sólo porque no tomé la medicación. Estoy seguro que lo tengo más controlado ahora. No, no es eso lo que ha hecho que se vaya, sé muy bien que la razón es otra y tengo que encontrar la manera de que cambie de opinión con eso.

En la nota, sin embargo, me pide que vaya mañana a recogerla al trabajo si es que sigue nuestra cita en pie para mí, dice que tenemos que hablarlo, pero a mí no me da nada de confianza su repentina huida, estoy seguro que está poniendo tierra de por medio para distanciarse. ¡Claro que sigue en pie nuestra cita! Y, cuando la vea, lo único que tengo que hacer es convencerla de que entre nosotros sólo hay una conexión eléctrica muy fuerte y sexo, mucho sexo y muy bueno. Nada más. Pero es un motivo poderoso de sobra para que no se distancie todavía de mí y aprovechemos el tiempo bien en lo que mejor sabemos hacer juntos.

Si me he preocupado tanto por ella estos días es porque es lo que ella merece. Ella y cualquier ser humano. Pero no hay otro motivo más allá de la lógica consideración que he de tenerle a las personas que me rodean. Me gusta su compañía y quiero disfrutar de ella a todos los niveles que resulten placenteros y no dolorosos para mí.

Me quito la camisa, me sirvo un vaso de whisky y cojo mi teléfono. Pero no le voy a llamar hasta que consiga calmarme un poco. De modo que me siento en un sillón que hay junto a la ventana, doy largos tragos a mi bebida y miro con rabia la cama que debería contener ahora mismo a Luna en su interior, desnuda y ansiosa por que me la follara. Ha salido corriendo por celos. ¡Joder, celos! ¿Debería hablarle de Mila? ¡No! ¡No tengo que darle más explicaciones, maldita sea! ¡Le he dicho más de lo que debería saber de mí! ¡Maldición, Mila tiene razón! No debo confiar en Luna, ¡apenas la conozco! ¡Ella no me conoce ni sabe de lo que soy capaz! ¡No sabe mi mayor secreto y tengo que mantenerla apartada de todo eso! ¡Tengo que volver a

fortalecer mis barreras con ella! Como me dijo Mila... No puedo darle algo que nunca le he dado a nadie a una persona que pronto no volveré a ver más y pasará a formar parte sólo de mis recuerdos del pasado.

He sido un completo estúpido con Luna. He fingido ser alguien que no puedo ser y yo solito la he confundido. Porque ella siempre ha estado conforme con lo poco que podía ofrecerle y jamás me reclamó nada más. Pero ambos hemos olvidado ese pacto durante unos días y hemos creado un juego peligroso para los dos.

Presiono el número de teléfono de Ana, porque sé que Luna tiene el suyo roto espero a que me conteste su amiga.

- ¡Tristan! ¡Hola!

- Buenas noches Ana. Dile a Luna que se ponga. – Mi voz suena severa, como mi mensaje. Pero no tengo ganas ni fuerzas para disculparme ahora mismo.

- ¿Luna? No está aquí...

- ¡Ana, por favor, no me toques los cojones y dile que se ponga ahora mismo! ¡Me prometió que me esperaría en mi cama y la quiero aquí, ahora mismo! – Mi falta de paciencia siempre se hace más aguda con el alcohol.

- ¡Eh, tranquilito! Te he dicho que no está aquí y no tengo por qué mentirte en eso. Si no quisiera que hablase contigo te lo diría claramente. – Suspiro. Tiene razón. Ana es de esas mujeres que los tienen bien puestos.

- Lo siento, Ana. Estoy un poco perturbado. Ha sido un día complicado para mí. ¿No sabes dónde puede estar Luna? Es tarde y está incomunicada.

- Pues... como no se esté quedando otra vez en casa de Gabi... – ¡Qué! Mi corazón da un vuelco. Mi respiración se acelera y se me tensa todo el cuerpo. – Seguro que Gabi le habrá insistido en que...

- ¡Dame el putito teléfono de ese tío! – Le exijo al borde de un colapso.

- Oye guapo, no voy a hacer tal cosa por muy famoso y sexi que seas si vas a ser otro quebradero de cabeza para mi amiga. ¡Bastantes quebraderos de cabeza ha tenido ya Luna! – Aprieto los ojos y trato de buscar la calma en mí. No puedo. De repente pensar en Luna con otro hombre, otro que no esté tarado como yo y que pueda ofrecerle todo lo que yo no puedo, hace que me maree y el aire que respiro me abrasa los pulmones.

- Por favor... – Suplico casi sin voz. Oh, no. Otra crisis en el mismo día. – Por favor...

Pero siento que el aire se me corta de repente y la visión se me nubla. Todo se vuelve oscuro y las fuerzas de las manos y pies me abandonan.

Esta vez no es un aviso. Esta vez tengo un ataque de pánico de verdad y no sé qué cojones lo ha provocado.

El teléfono se me cae de las manos y mi cuerpo comienza a convulsionar. Me tiro al suelo y

trato de arrastrarme cómo puedo hacia la cama, pero no lo consigo.

Estoy en mitad del suelo, convulsionando como un cabrón y con los ojos en blanco. Golpeándome con fuerza contra el suelo y quedándome sin aire que respirar.

Creo que antes de perder la consciencia alguien me llama por mi nombre y creo que algo me punza el brazo, pero estoy tan agotado por el enorme esfuerzo que he hecho para tratar de controlar el ataque que finalmente me rindo y me desvanezco.

Abro los ojos y veo a dos hombres que no conozco preguntándome si estoy bien y si los veo. Uno de ellos tiene una bata blanca y me muestra dos de sus dedos.

- Dos. – Contesto aturdido a su pregunta de cuántos dedos veo y trato de incorporarme. Estoy en la cama de mi habitación, en el Hotel Verona. – ¿Qué hacen aquí? – Les pregunto confundido, tratando de recordar qué ha pasado. Ah, sí, el ataque de pánico. – ¿Quiénes son?

- Soy el jefe de recepción del hotel, Señor Moore. Éste es Alfredo Menéndez, el médico del hotel. Hemos recibido una llamada de una mujer que aseguraba que mantenía con usted una conversación por teléfono cuando de repente algo malo le sucedió. – Ana, sí, recuerdo esa conversación. ¡Joder, y la posibilidad de que Luna esté con otro esta noche! Oh, no. Otra vez me siento mareado.

- Necesito mis pastillas. – Digo y señalo la cómoda en las que están. El médico las coge y las observa con el ceño fruncido. ¿A qué espera? No quiero otro ataque, maldita sea. – Démelas. – Ordeno. Lo hace con reticencia.

- Son ansiolíticos muy fuertes, señor. Ya le hemos inyectado un calmante en el brazo. – Cojo dos grajeas y me las introduzco en la boca mirándolo con desdén.

- Son prescripción médica. Ya estoy bien, gracias por su atención, señores. – Les digo y vuelvo a tirarme en la cama. Cierro los ojos y trato de concentrarme en mi respiración. Como John me dijo que hiciera ante estos casos. Pero esos dos no se van. Abro los ojos. – ¡Qué!

- ¿De verdad no quiere que le llevemos a un hospital, señor?

- ¿Por un ataque de ansiedad? ¡No! Ya estoy bien y está controlado. Sólo estoy últimamente un poco descontrolado porque he olvidado tomarme varios días la medicación y por el estrés en el trabajo. Solamente eso, señores. Pero agradezco la preocupación.

- Señor Moore, nunca había visto un ataque de ansiedad de esas dimensiones. Cuando hemos entrado estaba convulsionando y con los ojos en blanco. Totalmente descontrolado. – Me dice el médico. Pero eso ya lo sé. Así son mis ataques de pánico. Aunque hacía mucho que no sufría uno tan fuerte. Estoy exhausto ahora mismo y necesito soledad y tranquilidad.

- Estoy bien. De verdad. – Aseguro.

- Está bien. Volveré en dos horas a comprobarlo, si no le importa.

- Está bien, está bien, pero salgan de aquí. Necesito descansar. – Digo con pocas ganas

señalándoles la puerta.

- Debería llamar a la señorita que nos advirtió de su estado. Parecía preocupada. – Mierda, no quiero que Ana vaya con el cuento a Luna o la espantaré del todo. No quiero espantarla del todo, todavía...

Le pido al jefe de recepción que me entregue mi teléfono antes de salir y lo hace. Los dos hombres salen de mi habitación y llamo a Ana.

- ¡Tristan! ¡Qué te ha pasado antes! ¡He escuchado golpes y no contestabas!

- Nada Ana, que el teléfono se me ha bloqueado. Simplemente eso. ¿Has llamado tú al hotel?

- Sí, claro. Me habías asustado. – Suspiro.

- Está todo bien. – No. No lo está. Luna puede estar con otro y olvidando nuestro pacto. Otro que no se va a poner a convulsionar a la primera de cambio.

- Luna no está con Gabi. – Dice y siento un jodido alivio dentro de mí que es inaudito. Por fin siento que mis músculos se destensan del todo y mi mente se aclara. – Lo he llamado y no ha sabido nada de ella. Yo iba a ir a verte, pero me he preocupado por Luna también, así que he ido a su casa primero, me ha llevado Brandom. – ¿Quién? Ah, sí, el cantante ese con el que se lio en la fiesta de Henry. ¿Siguen viéndose? ¡Ja! – He hablado con ella por el portero electrónico y parecía serena y bien. Dice que mañana hablará contigo.

- Estupendo. Gracias Ana. – Contesto con ganas de colgar. Siento que mi cuerpo es peso muerto ahora mismo.

- Buenas noches, Tristan.

- Buenas noches. – Cuelgo.

Debería llamar a John, mi terapeuta, antes de que me quede dormido. Las pastillas comienzan a hacer efecto y la calma por fin ha llegado a mí.

De modo que hago un último esfuerzo y llamo a John para contarle lo que he experimentado hoy.

Lo que John me cuenta acerca de lo que piensa que me sucede no me gusta ni un pelo y, en contra de su consejo médico, decido que lo que tengo que hacer es justo lo contrario. Tengo que volver a mi zona de confort, donde todo es seguro y sé manejarme sin ponerme en este riesgo innecesario. En mi zona de confort también la mantendré a salvo a ella. Así que no hay más que decir.

Cierro los ojos y me dejo transportar a otra dimensión en donde las pesadillas vuelven a acompañarme, como cada maldita noche.

Pero, de nuevo, no aparece mi madre sin vida en mis pesadillas. Sí lo vuelve a hacer Luna. Estoy en el centro de una maldita fiesta, muy similar a la que llevé a Luna hace unos días en casa de mi amigo Henry. Luna está frente a mí, bailando, dándolo todo, en los brazos de otro hombre

que no soy yo...

La rabia me ciega y la impotencia también. Yo le he alejado de mí, confesándole que no puedo darle más que unas noches de pasión, y no tengo ningún derecho a pedirle que no me deje, que no me abandone por otro. Me quedo plantado, frente a ella, observando cómo se contonea para otro sin poder hacer más que mirarle con toda mi rabia, rogándole con la mirada que pare, que no me haga sufrir más.

No lo hace, sino que más bien se gira para besar a ese desconocido de esa forma en que ella sabe enloquecer con sus besos y yo la maldigo con todo mi ser. Maldigo que me haya descontrolado, que me haya arrebatado el control, la serenidad y el dominio de la situación. Maldigo que otro la saboree y, finalmente le agarro del brazo para separarla.

- ¡Para! – Le ordeno envuelto en cólera. Pero, mi cólera se vuelve pavor cuando veo la cara del hombre que la tiene en sus brazos y tira de ella en su dirección. ¡Soy yo! – ¡Ahhhh! – Grito al sentir una mano sobre mí y me despierto de golpe. – ¡Joder! ¡Qué cojones hace! – Le grito al médico del hotel que me está chequeando la respiración.

- Lo siento Señor Moore. Tenía que comprobar que seguía vivo. Ha ingerido una alta dosis de calmantes. Debería estar casi en coma...

- Estoy acostumbrado a ellos. – Me incorporo en la cama. – ¿Qué hora es?

- Las cinco de la mañana. He venido varias veces para comprobar su estado. Parece que todo está bajo control. ¿Se siente mejor?

- Sí. Estoy bien. Muy cansado. – Digo frotándome la frente.

- Está bien. Si necesita algo más, por favor, no dude en comunicármelo.

- Lo haré, gracias.

El médico sale de mi habitación y yo me quedo mirando el techo. Una enorme soledad me embriaga. Siempre he sido un tipo solitario y me he sentido cómodo en ese estilo de vida. Sin embargo, ahora mismo, no quiero esta sensación.

Me siento como una mierda. Por fuera y por dentro. Había conseguido pasar varios días sin pastillas, sin miedos y con ilusión. Y ahora todo se ha ido al carajo sin saber por qué. Luna no me estaba suplicando que la amara anoche, cuando me dio el ataque. Sólo estaba hablando con Ana para averiguar dónde estaba, porque había vuelto a huir de mí. Tampoco ha insistido en verme, ni ha montado un numerito porque haya ido a ver a otra mujer que no sabe qué lugar ocupa en mi vida...

Todo está en orden y no hay nada que temer. Pero, entonces, ¿qué me pasó anoche? ¿Tendrá razón John? No... me niego... no...

LUNA

El turno de esta mañana se me está haciendo eterno en la cafetería. No he dormido mucho pensando en Tristan y en qué voy a decirle cuando lo vea, si es que quiere seguir viéndome. Me desperté a las cinco de la mañana de repente en mi sofá y me puse a darle vueltas a todo lo que me ha pasado en esta última semana. Es demasiado.

Además, creo que me estoy volviendo loca. De camino a la cafetería, esta mañana, he creído ver a Juan en varios sitios, espiándome. Pero siempre ha sido una confusión momentánea. Lo he achacado a la falta de sueño.

Así que estoy cansada y también nerviosa. Todo a la vez. Pero esta mañana trabajo con Lorena, otra de las chicas de la cafetería, que es buena gente, aunque no tengo ni la mitad de la mitad de confianza que tengo con Ana, que ha demostrado ser la mejor amiga del mundo. De modo que no puedo desahogarme con nadie sobre mi estado de nervios.

Gabi sí que está, porque él tiene turno partido los viernes, que es el día de más trabajo. Pero Gabi no es la persona tampoco con la que hablaría de mis problemas sentimentales.

Me centro en el trabajo para no pensar mucho o me volveré loca.

Pasan así las horas y yo sigo con la mente en una sola cosa: Tristan.

Casi me da un parraque cuando veo entrar a sus compañeros de la serie a la cafetería a media mañana y al director, pero, no está él. ¿Por qué no? ¿No ha querido venir aquí? El alma se me cae a los pies.

Aguanto como puedo las ganas de llorar mientras voy y vengo constantemente a atender a los compañeros de Tristan, especialmente a la tal Nika, que me hace ir y venir constantemente por cualquier tontería y me mira con mala cara.

Creo que he arruinado todo con Tristan y no voy a poder despedirme de él como me hubiera gustado.

Mi turno termina y, cuando veo llegar a Ana que entra en el turno de tarde, le pido que por favor vigile si viene Tristan mientras yo me cambio de ropa en el almacén. Le ruego que si lo ve le diga que no tardaré.

Me cambio a toda prisa y me pongo unos tejanos y una blusa azul que me compró Tristan el día anterior. Me maquillo como nunca lo he hecho en mi vida y me alegro mucho que mi mejilla ya no esté roja. Me atuso el pelo y me pongo hasta tacones. Al final el resultado es bastante aceptable.

Pero, cuando salgo y veo la cara de Ana, siento que algo no va bien. Tristan no ha venido. Maldición...

Ana me mira sin saber qué decirme.

- A lo mejor se le ha hecho tarde, Luna.

- Es posible. Esperaré...

Pasa una hora sin noticias de Tristan y el nudo de mi garganta cada vez es más grande.

- ¡Voy a llamarlo! – Grita Ana cuando ve mi desesperación. – Qué se ha creído ese cretino, con todo lo que has tenido que vivir tú...

- ¡No! – Le freno cuando ya tiene el móvil en la mano. Ana me mira seria. – No lo llames. Por favor. Si he de olvidarlo ya es mejor que no lo hagamos más duro. – Le pido con lágrimas en los ojos. Ana suspira y me mira con lástima. – No pasa nada, Ana, de verdad que no. He vivido los mejores momentos de mi vida gracias a él y le estoy agradecida. Me ha ayudado a enfrentar a Juan y a borrarlo de mi vida. Me ha hecho recuperar la fe en mí.

- Entonces, ¿por qué narices estás llorando? – Ana se pone con los brazos en jarra y me mira como una auténtica madre regañona. Sonrío y lloro a la vez.

- Porque me he enamorado, Ana, y, me hubiera gustado otro tipo de despedida con él. Pero quizá es mejor así. Tengo que irme. Voy a comprar un colchón nuevo para mi cama y voy a aprovechar hoy que Jaime nos ha pagado. – Le planto un beso a mi amiga y me voy rápidamente de la cafetería, para no llorar más delante de Ana, que sé que lo está pasando muy mal por mí y no merece más penurias.

He llegado a casa después de comprar un colchón a plazos y algo más de ropa para el día a día. También he comprado algo de comida para la semana y me he mantenido durante un rato entretenida con eso. Además, he tenido la sensación de ser observada por la calle, algo que siempre me ha pasado desde que comencé mi relación con Juan, pero en esta ocasión me ha apetecido pensar que era Tristan el que me ha acompañado en silencio a hacer las compras.

No obstante, cuando entro en mi portal, la tristeza se vuelve a apoderar de mí. Me espera un solitario viernes en casa, devanándome los sesos pensando en lo que podría estar haciendo con Tristan si no me hubiese dejado llevar por los celos y me hubiese quedado anoche en el hotel esperándolo, como él me pidió.

Pero si ha sido tan fácil para él apartarme de su vida no me queda más remedio que aceptar que sólo he sido el lío de Tristan Moore durante unos pocos días y su “nueva víctima” según Instagram.

Abro el buzón y me encuentro un paquete a mi nombre y una citación judicial. Suspiro y subo a mi casa.

El chico de la tienda de colchones me ha prometido que esta tarde me traerían el colchón. Así que me pongo a guardar las compras y a ordenarlo todo para cuando eso suceda.

Las lágrimas vuelven a colmarme los ojos cuando estoy en la tarea y, de repente, el paquete que he recibido y que he dejado sobre el poyete de la cocina sin abrir comienza a vibrar y a emitir una serie de pitidos muy estridentes.

- ¡Joder! – Exclamo con miedo, lo cojo y me dirijo hacia la ventana para tirarlo, acojonada. Pero para de vibrar en seguida. Vuelve a hacerlo de nuevo y doy un salto. – ¡Es un teléfono! – Grito y comienzo a abrir el paquete con celeridad. – ¡Voy, voy! – Le hablo al paquete y, cuando consigo abrirlo, me encuentro con lo que pensaba; un teléfono móvil recibiendo una llamada de Tristan Moore. Doy las gracias mirando al cielo y contesto rápidamente. – ¡Diga!

- ¿Luna? – ¡Es él!

- ¡Sí, sí! – Parezco desesperada, pero me da igual.

- Hola...

- ¡Hola! – Después de un breve silencio esperando a que me diga algo al final continúa.

- Te he comprado este móvil. Por favor, acéptalo. Necesitas estar comunicada. – Sonrío.

- Gracias Tristan.

- Sí, vale. Oye, me ha sido imposible ir hoy a recogerte. Lo siento.

- ¡No importa! – Nada importa ahora. He vuelto a oír su voz, aunque sea sólo su voz. A pesar de que suene distante y frío, es muy reconfortante.

Me seco las lágrimas, que en esta ocasión son de alivio.

- Dime entonces.

- ¿Cómo? – No entiendo, me ha llamado él.

- Tú querías hablar de lo de nuestra cita de hoy, ¿no?

- ¡Ah!

- Habla por aquí, Luna. – ¿No va a venir a verme? Quiero verlo, pero no voy a suplicarle. – Habla Luna.

- ¿Tú... quieres...?

- ¿Quieres tú? – Me corta sabiendo exactamente lo que iba a preguntarle. – Piénsalo bien, antes de que vaya a por ti y vuelvas a sentirte herida por mi forma de ser.

- No... yo, lo siento. Sólo es que necesitaba un momento a solas, Tristan. Por eso me fui. No porque me sintiese herida por ti. – Miento por la desesperación de volver a verlo.

- No me engañes, Luna. Te sentó mal que fuera a ver a otra mujer. Admítelo. – Su voz suena cansada. Seguro que cansado de mí y de este tipo de reproches. No puedo confesarle que los celos me consumían o no lo veré más.

- No, eso no me importa. – Digo apretando los ojos rogando para que me crea. – Al principio pensé que sí, pero no me molesta. Somos libres, ¿no? Nada nos ata, tú me lo has dicho muchas veces. – Tristan calla y me da la impresión de que se ha cortado la comunicación. – ¿Tristan? ¿Hola?

- ¿Tienes planes con alguien para hoy? – Me suelta de repente.

- Eh... no. Estaba esperando a que me confirmases que el nuestro seguía en pie, pero si no quieres yo...

- A las ocho te recojo en tu piso. – Me corta de repente. – Recuerda que hoy tú invitas a cenar y que yo mando. – Abro la boca sin saber qué decir. – Luna, confirmame que lo recuerdas, porque ese es nuestro plan para hoy.

- Sí, lo recuerdo. – Digo con reticencia. No sé si está siendo distante de más. Tristan nunca ha sonado tan duro.

- Bien, te veo a las ocho. – Cuelga.

Me quedo un buen rato mirando mi nuevo móvil sin comprender qué ha pasado. Cuando reacciono al fin, me doy cuenta de que son casi las siete y sólo dispongo de una hora para arreglarme y pensar qué demonios hago con la cena. Pero recuerdo que el chico de la tienda me dijo que a las ocho y media me traerían el colchón, así que finalmente decido que voy a tener que invitar a cenar a Tristan en mi casa.

Sazono un solomillo ibérico que he comprado, lo único decente en todo mi frigorífico y lo meto en el horno. Mientras tanto me doy una ducha a toda prisa, me depilo (todo) y me peleo con la poca ropa que tengo. Al final decido que me volveré a poner el vestido gris de punto que es bastante entallado y me maquillo con sumo cuidado.

Cuando estoy esparciéndome gotas de mi perfume favorito por el cuello escucho el sonido de un teléfono. ¡Es mi teléfono nuevo! Corro al salón para contestarlo.

- ¿Sí?

- ¿Estás lista? Estoy en tu portal.

- Sí, esto... ¿por qué no subes?

- Está bien, dime el piso.

- Quinto, letra a. – Enseguida suena el portero electrónico y doy un respingo.

Corto la llamada y pulso la tecla de abrir la puerta del portal tremendamente nerviosa. Después me recoloco una y otra vez el vestido y el pelo. ¡Oh, por dios! ¡Me va a dar un ataque!

Suena el timbre de la puerta y abro antes incluso de lo que tarda su sonido en desaparecer. Me encuentro a un Tristan Moore espectacular tras la puerta. Con sus rizos engominados un poco hacia atrás. Sus ojos azules brillantes. Un pantalón de traje azul oscuro que le sienta como un guante, una camisa blanca desabotonada por el cuello y sujetando la chaqueta con su mano sobre su hombro. ¡Guau!

- Actores a domicilio, buenas noches. – Bromea y se me escapa una sonrisa nerviosa.

- Justo a tiempo, ya iba a poner una queja a su empresa por la tardanza. – Le sigo la broma. – Pasa. – Le indico el interior de mi modesto pisito.

Espero que no se asuste. Este lugar no tiene nada que ver con lo que él está acostumbrado a frecuentar. Sin embargo, no me hace ni caso. Me mira de esa forma tan seductora de arriba abajo, me atrapa con uno de sus brazos y me estrella contra su pecho.

- Primero quiero besarte. – Sus labios buscan los míos y libero un gemido mezcla de sorpresa y alivio al volver a sentir su aliento sobre mi piel.

Nuestras lenguas se entrelazan y siento como su desesperación por mí crece a la par que la mía por él. Entramos en mi piso sin separar nuestros labios, Tristan cierra la puerta con su pie y me acorrala contra la pared de mi casa.

- Espero que tengas hambre, amo. – Susurro en sus labios mientras acaricio sus pectorales por encima de su camisa. Tristan tira su chaqueta el suelo y me agarra con fuerza del trasero.

- Mucha, esclava. – Me aprieta contra su erección y siento una corriente eléctrica por todo mi cuerpo. – Quitate el vestido. – Me ordena y obedezco en el acto. Mientras Tristan me observa con el deseo más fiero. Me quedo en tanga y sujetador, con mis tacones aún puestos. – Así estás divina. – Dice y vuelve a acercarse a mí para morder uno de mis pezones por encima de la tela del sujetador.

- Quiero sentirte. Dentro. – Dejo salir mi deseo en forma de palabras. Tristan se incorpora y me mira divertido.

- Pero hoy mando yo. – Me besa y aferra mi sexo con una de sus manos. – Dime, ¿a dónde piensas llevarme a cenar?

- Estoy haciendo la cena aquí, amo. – Gimo en sus labios.

- Mmmm, y yo que pensaba llevarte así al restaurante. – ¡Qué! ¡Así, en ropa interior! No será capaz... – No te asustes, pensaba dejarte llevar un abrigo encima. Pero, ¿sabes? Me apetece también verte cocinar así. – Vuelve a besarme y se separa. Me examina con una sonrisa maliciosa. – Estás exquisita. Vamos a la cocina, te ayudaré. – Tira de mi mano y me suelta cuando hemos llegado. Posa su mano en su barbilla y adopta un gesto de “mirón” muy sexi.

- Voy a ver qué tal está la carne. – Digo nerviosa y me giro para mirar el horno. Cojo la manopla, pero con los nervios se me cae al suelo y me agacho a cogerla. Al levantarme, veo de soslayo su expresión y parece que le he puesto bastante nervioso, aunque no ha sido mi intención, pero me gusta. Después centro mi atención en el asado. – Está ya listo, amo. – Le informo girándome de nuevo hacia él.

- Está más que listo. – Susurra acercándose a mí. Acaricia mi labio inferior y suspiro. – Me apetece un vino, Luna. ¿Tienes alguno? – Mierda. Sí que tengo, pero no estoy segura de su calidad.

- Ahí. – Digo titubeante señalando uno de los armarios. Tristan se gira y comienza a investigar en mi pobre bodega.

- Éste no está mal. – Dice. – Necesito un sacacorchos y dos copas, Luna. – Ordena. Busco lo que me pide y se lo entrego. – Buena chica. – Abre la botella y vierte vino en ambas copas. Acto seguido me entrega una. – Por mis dos noches al mando y por mi Lunita obediente y sexi. – Levanta su copa y brindo deshaciéndome por dentro. Bebemos sin dejar de mirarnos. – Saca la

carne, Luna. – Me pide y obedezco. Dejo el asado sobre la tabla de madera y me vuelvo. Quiero que me toque y se lo suplico con la mirada. – ¿Qué significa esa mirada, Lunita? – Pregunta acercándose de nuevo a mí y acunando mi rostro en sus manos. – Tenía tantas ganas de besarte... – Me besa y pierdo la razón en ese beso. Comienzo a gemir como una loca. Lo necesito dentro de mí, muy dentro. – Luna...

- Te deseo, Tristan. – Suplico aferrando mis manos a su pelo.

- Y yo a ti, pequeña. Mucho. – Besa mi cuello y me hago líquido. Sobre todo, porque siento que de repente ha vuelto el Tristan tierno que he conocido. – Pero se va a enfriar tu deliciosa cena y no me lo perdonaría. – Vuelve a mirarme. Me pierdo en sus ojos. Me traspasa.

- Prefiero que se enfríe la cena a que el frío se apodere de mi cuerpo. – Suplico. – Hazme sentir viva. Hazme sentir deseada. – Tristan me observa como hipnotizado.

- Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidieras. – Dice y parece que se arrepiente en el acto de sus palabras, por como frunce el ceño.

Pero ataca mis labios con ansias y me levanta del suelo, entre sus manos, subiéndome sobre el poyete de la cocina y buscando sitio entre mis piernas. Nos besamos con salvajismo, desabrocho su camisa y él desabrocha mi sujetador. Succiona uno de mis pechos, después el otro, me siento en el cielo. De pronto el timbre de la puerta nos interrumpe.

- Mierda. – Exclamo.

- ¿Esperas a alguien? – Pregunta molesto.

- Sí, espero al repartidor de colchones. – Pongo mi mejor cara de disculpas. Tristan me mira extrañado. – He tirado el mío. – Me encojo de hombros. Vuelve a sonar el timbre.

- Ve a tu habitación. Yo me encargo. – Me ordena colocándose la camisa bien. Voy entre risas a mi habitación y cierro la puerta.

- Hola. – Le escucho saludar al repartidor. – Déjelo aquí, ya me encargo yo. – Ordena.

- Eh... vale. ¿Usted no es...? No, déjelo, no puede ser.

- Aquí tiene su propina, gracias.

- Joder, gracias.

- Sí, sí, adiós. – Escucho cerrarse la puerta de casa y escucho las pisadas de Tristan acercarse a mi habitación. Abre la puerta y me encuentra muerta de la risa. – Te hace mucha gracia, ¿no? – Se acerca hasta mí y me muerdo el labio para no reírme.

- Sí. – Entrecierra los ojos.

- Quítate el tanga. – Ordena.

- Pero la cena... – Me burlo de él.

- Grrrr. – Se echa sobre mí encolerizado y me levanta entre sus brazos para sentarme sobre la cómoda de mi habitación. No puedo parar de reír. – Ayúdame o te lo rompo. – Me advierte.

Levanto mi trasero para que Tristan me quite el tanga. Se quita su camisa y desabrocha sus pantalones. – Tendrás que conformarte con uno rapidito. Te tengo demasiadas ganas. – Conduce su sexo al mío y aprieto los ojos ante la expectación. – Mírame o me voy por donde he venido, Luna. – Abro los ojos rápidamente y lo siento entrar de golpe en mí. – Siiiiiii. – Sisea. Yo le muerdo los labios para acallar mis gemidos ante la sensación de sentirme tan colmada. No quiero espantar a mis vecinos. Me agarro con fuerza a sus bíceps y siento como Tristan se mueve en mi interior, implacable.

Su vigorosidad es como un bálsamo que sacia de una vez toda mi sed de él. Si por mi fuera, pasaría el resto de mi vida así, con él. Pero el resto de mi vida se reduce a dos días. Dos días que tengo que vivir al máximo.

Los golpes que la cómoda provoca sobre la pared no le amedrentan, ni mis arañazos en su piel. Está volviéndome completamente loca y él lo sabe.

Cuando exploto en un profundo orgasmo Tristan sigue bombeando en mi interior hasta que, varias estocadas después, se vacía en mí lanzando un gruñido de satisfacción muy sexi.

TRISTAN

Después del contacto de nuestros cuerpos, la química ha vuelto a resurgir entre Luna y yo con la misma intensidad de siempre.

Ahora estamos cenando en su salón y empezando la segunda botella de vino. Creo que está bastante achispada y eso hace que se ría sin cesar, cosa que me encanta. Es una bonita imagen de ella para almacenar como recuerdo.

Me alegra haber podido revivir tras una noche tan desastrosa como la de anoche. Me he pasado prácticamente todo el día entre la cama y el baño. No he parado de vomitar en toda la mañana y creo que tiene que ver más con la cantidad de calmante que ingerí anoche que con la ansiedad, aunque no estoy seguro.

En este momento no voy a pensar en ello. Hoy voy a poder dormir tranquilo y, sin pastillas. Porque hoy voy a dormir con Luna.

El solomillo está delicioso y así se lo hago saber. Ella piensa que sólo quiero ser agradable, pero no es así. Es buena cocinera, aunque creo que soy yo más bien que adoro todo lo que venga de ella.

Terminamos de comer y le propongo ayudarle a colocar el colchón en su sitio, con la idea, claro está de que lo estrene conmigo. Accede encantada y me apetece pensar que lo hace porque tiene las mismas ganas que yo tengo de que yo sea el primero en dormir con ella y degustar su precioso cuerpo allí. Prefiero pensar que lo hace por ese motivo más que por nuestro juego de obediencia.

Cuando el colchón ya está colocado y ponemos las sábanas que lo cubren vuelvo a reclamar su cercanía. Le beso esta vez más despacio y le quito mi camisa, que es lo único que cubre su cuerpo. La venero con mis labios y ella se deja hacer, tranquila, relajada, cómoda y tan mía...

Le pido que me desnude y también se toma su tiempo en hacerlo.

Ya desnudos, la tumbo sobre la cama y me pierdo en su aroma y su piel. Es cálida, balsámica, adictiva. Creo que es la primera mujer con la que paso de la tercera cita y sigo con la misma sensación de no tener suficiente de ella.

Elimino un pensamiento que quiere acudir a mi mente, algo que me dijo John anoche, cuando lo llamé desesperado. No puedo pensar en eso ahora. Pero tampoco en alejarme todavía de Luna. He tenido la maldita suerte de encontrarme con ella en la vida, que me lo hace todo tan fácil que al final es más difícil todavía para mí amurallar mi alma con Luna.

La degusto esta vez lentamente. Obligándole a mirarme y a recordarme así, rendido a ella. Sé que será cruel para ella este recuerdo cuando yo ya no esté en su vida. Sin embargo, no puedo evitar ser egoísta. Quiero poseer su alma durante dos días más y quiero hacerlo de una forma

diferente a todas las anteriores veces que he estado con una mujer.

He meditado en ello. He pensado en lo diferente que es todo esto para mí. Y también en lo peligroso. Ya no hay marcha atrás. No puedo evitar lo inevitable.

Luna llega al orgasmo y grita mi nombre. Me siento tan maldito como vivo y fuerte por dentro cuando lo hace y le premio con la misma moneda.

- ¿Cuándo te irás? – Pregunta acurrucada a mí después de una sesión de sexo de lo más inaudita para mí. Le acaricio la espalda y pienso en mi respuesta.

- ¿Ya quieres echarme? – Sonríe. – Cuando termine el rodaje. – Contesto simplemente. – Tengo un nuevo proyecto en Los Ángeles, por fin me han dado un papel protagonista. – Digo con poco entusiasmo. Y eso que es lo que siempre deseé.

- ¡Eso es genial! – Ella sí suena ilusionada. La miro y beso su frente como señal de gratitud. De verdad que esta chica es desinteresada conmigo y hasta se alegra de mis triunfos. – Lo harás maravillosamente. Como todo lo que haces.

- ¡Oh! ¿Estás haciéndome la pelota para que sea considerado contigo, esclava? – Me burlo y le hago cosquillas. Luna se retuerce bajo mi cuerpo muerta de risa. Me contagia la risa.

- Pero, ¿cuándo termináis? – Vuelve a insistir atrapada bajo mi cuerpo. No es buena idea hablar de esto ahora.

- Todavía no. ¿Por qué? ¿Quieres volver a mandar? – Sonríe. – Sí que me has salido mandona. – Me burlo de ella y beso la punta de su nariz.

- No estaría mal.

- Nos vamos a malacostumbrar. Después vendría mi turno. – Mi reproche hace que se cree el silencio entre ambos y nos miramos intensamente.

- Necesito más vino. – Dice ella para romper el silencio.

- Voy yo. – Me levanto y voy hasta el salón. Cojo nuestras copas de vino y la botella y veo en un mueble una carta que me llama la atención. Es una citación judicial. Cojo el sobre y vuelvo al dormitorio de Luna. – ¿Qué es esto? – Le digo mostrándole la carta. Luna se sienta y la toma en sus manos. La abre y la lee cuidadosamente. Me mira con los ojos muy abiertos.

- Me han citado para el juicio contra Juan. Es un juicio rápido, al parecer, en dos meses más. – Dice más que pálida.

- Puedes hacerlo, Luna. – Vierto vino en ambas copas y le tiendo la suya. – Puedes hacer que ese bastardo se quede donde merece estar.

- Sí. – Dice y bebe. Pero no parece muy convencida.

- Prométeme que lo harás. – Le pido. Ella vuelve a mirarme y parece perdida. – Prométemelo.

- No tienes forma de enterarte de lo que haré cuando te vayas. – Me reta.

- Crearé en tu palabra si me la das. Y sé que no me defraudarás. Y me vas a dar tu palabra ahora mismo.

- ¿Por qué ahora mismo? – Me besa y trata de distraerme.

- Porque estás bajo mis órdenes. – Pruebo suerte por si nuestro juego puede ser provechoso también a otros niveles que no sea sólo en el plano sexual.

- Está bien.

- Dilo.

- Te lo prometo. Iré a ese maldito juicio y contaré todo. – Suspira.

- Perfecto, pequeña. Ahora bébete el vino que pienso hacerte muchas malicias que tengo en mente.

Luna sonrío con picardía y se bebe la copa de vino de una sentada. Hago lo mismo con la mía.

Lo que vino después de esa copa de vino tinto es difícil de describir con palabras. Sólo puedo decir que jamás nadie despertó en mí mi instinto tan animal y tan hambriento de sexo, piel y pasión.

Abro los ojos lentamente cuando siento la caricia de Luna en mi mejilla. Me regala una bonita sonrisa.

- Creo que tus problemas con el sueño se están resolviendo. – Dice contenta.

- ¿Qué hora es? – Un sol de justicia entra por la ventana.

- Casi la una. Has dormido casi nueve horas. Dormilón. – No sé por qué esta vez no me extraño. Y me siento como nuevo.

- Es que tu cama es muy cómoda. ¿Hacemos el desayuno juntos? – Me pongo de lado para verla mejor.

- ¡Dirás ya el almuerzo!

- ¡Qué dices, loca! Yo jamás renunciaría a un buen desayuno. Sea la hora que sea. – Luna se ríe y se levanta, tirando de mi brazo. – Pero vístete o no respondo. – Le amenazo. Ella coge de nuevo mi camisa, que es lo primero que tiene a mano, y se la coloca. – Mmmmm, no sé qué es peor. Así estás muy apetecible...

- ¡Vamos a desayunar! – Me riñe. Hago una mueca de niño enfadado y me lleva a tirones a la cocina mientras me pongo como puedo los calzoncillos por el camino.

Desayunamos juntos, aunque ella al final se sale con la suya y más bien almorzamos, pero con café acompañando a la comida. Después nos acurrucamos en el sofá y vemos una película juntos. ¡Odio el cine americano doblado en español! Pero no me quejo porque tengo una buena compañía.

Por la tarde, Luna prepara su bañera para darnos un baño juntos. Se acurruca sobre mí, con su espalda sobre mi pecho y me permite lavarla lentamente. Aunque al final acabamos manoseándonos bajo el agua, besándonos y poniéndolo todo perdido de agua.

A las nueve de la noche le digo que se arregle, porque voy a llevarla a un sitio. Ella obedece ilusionada y mientras Luna se viste yo me plancho de nuevo mi camisa, que ha quedado bastante arrugada después de tanto trote.

Unos cuarenta minutos después estamos ambos vestidos y preparados para la acción. No me pregunta a dónde la llevo y me alegra que se muestre tan animada a complacer mis caprichos. Se disfruta más cuando la otra persona también disfruta.

Pasando por a la Moraleja, sus ojos se abren ante lo que ve. Es una zona bastante lujosa y hay unas mansiones increíbles, pero, a mí me parece más acogedor su pisito. De todos modos, la novedad siempre llama la atención.

Cuando llegamos a la que será nuestra mansión durante esta noche, tecleo el código de seguridad y las verjas de hierro se abren, dejando a la vista un enorme jardín, muy bien cuidado (y sé que es gracias a los atentos cuidados de Mila) y la enorme casa de fondo. La fiesta ya ha empezado sin nosotros, hay una multitud de personas esperándonos para continuarla, entre esas personas está su amiga, Ana, (porque yo la llamé en secreto para hablarle de mi plan y ella se sumó enseguida) muy bien acompañada por Brandom, el cantante de la boy band.

Luna abre la boca y me mira, pero no dice nada. Aparco mi coche, salgo y abro la puerta del acompañante para invitarla a salir.

- ¿Madam? – Le tiendo mi mano. – Lo siento, aquí vas a tener que hacer uso de tu exquisito acento inglés. – Ella sonríe y me da la mano. El vestido burdeos que lleva le sienta de miedo y se mueve con el gélido aire de esta noche de primavera. Hace un gesto de frío al salir. – Vamos dentro o te me convertirás en un polo de Luna. – La abrazo y la llevo al interior.

Por el camino saluda a Ana con un fuerte beso, a Henry, mi amigo que nos invitó a la última fiesta y a algunos actores del elenco de la serie en la que estoy trabajando, asiduos también a la cafetería en la que Luna trabaja.

Mila ha hecho un gran trabajo con el salón y parece una auténtica sala de fiestas. Me hago con un cóctel para Luna y otro para mí y se lo tiendo.

- Gracias. – Dice tímida. – Este sitio es impresionante. – Confiesa mirando a todos lados. Yo no aparto mis ojos de ella.

- Sí, ahora más que nunca con esta Luna llena radiante y hermosa en su interior. – Me dedica una tierna sonrisa.

- Gracias por volver a ser cercano y tierno conmigo. – Me sorprende su declaración. Tiene razón, estoy olvidando mi cometido con ella.

- Voy a saludar a algunas personas. – Le informo. – ¿Vienes o prefieres indagar un poco por aquí? – Ella mira a mis espaldas y ve algo que hace que su cara cambie de color.

- Te espero por aquí. – Bebe de su copa y se da la vuelta para merodear un poco por el salón.

Su cuerpo se va alejando del mío con un movimiento rítmico al compás de la música que suena, que hace que me quede hipnotizado mirándola.

- Hola otra vez. – Escucho una voz a mi espalda y me giro rápidamente.

- Hola Mila. – Me da un beso en los labios, como siempre ha sido su costumbre. – Gracias por la fiesta. Ha quedado todo impresionante. – Confieso mirando a mi alrededor.

- Era lo que el amo y señor quería, ¿no? – Se hace la diva divina y me río. – ¿Era esa la tal Luna? – Me pregunta señalando con su mirada la dirección por la que Luna ha desaparecido.

- Sí, es ella.

- Es guapa. – Dice mostrando una indiferencia que sé que no siente.

- Mucho. Por dentro y por fuera.

- ¡Oh, qué poético, Tristan! ¿Quién eres tú y qué has hecho con el Tristan Moore que yo conozco? – Se burla de mí. Sacudo la cabeza, divertido.

- Es la verdad, Mila. No he conocido a nadie como ella en mi vida.

- ¡Cuidado! – Me advierte con el dedo.

- Tranquila, no es eso. Lo tengo bajo control. Sigo siendo yo, Mila. No sé ser otra persona.

- Y no quiero que lo seas. – Me abraza por el cuello y comienza a mecerse en mis brazos al compás de la música. – Eres perfecto tal y cómo eres. – Apoya su cabeza en mi hombro y la abrazo, siguiendo el compás de la música con ella abrazada a mí.

Mila es especial, siempre lo ha sido. Un rayo de luz en mi vida. La única que me ha hecho sentir bien conmigo mismo, hasta que conocí a Luna y me hizo sentir aún mejor.

- Mila, si la pongo celosa me va a complicar las cosas luego, cuando me la quiera llevar a la cama. – Explico para que se separe un poco de mí.

- ¿Quién en su sano juicio te pondría a ti las cosas difíciles para que la llevases a la cama? – Pregunta y parece realmente convencida con lo que dice, por cómo me mira. Se separa un poco de mí, atendiendo a mi petición. – Te he visto muchas veces actuar con las mujeres y simplemente todas caen rendidas a tus pies, haz lo que hagas.

- Ella no. Me ha complicado las cosas varias veces. – Le informo sonriendo ante los recuerdos de mi primera cita con Luna. – La primera vez que durmió conmigo ni siquiera me permitió que me la follara. – Mila abre la boca, sorprendida. – Sí... fue genial. – Me muerdo el labio.

- Tristan... cuidado, ¿vale? – Asiento lentamente. – Bueno, diviértete, pero no me hagas ir detrás de esa pelandrusca y sacarla de aquí por los pelos, ¿entendido? – Suelto una carcajada y vuelvo a asentir. Me da otro beso en los labios y desaparece de mi vista con su coqueteo

intrínseco al caminar.

Cuando me giro, veo la cara de Luna mirándome como si quisiera aniquilarme. No le doy importancia y me acerco a ella tranquilamente, con las manos metidas en los bolsillos, dispuesto a volverla loca como yo sé hacerlo. Pero, en el camino, me aborda Nika y me para.

¡Mierda! ¡¿Qué hace ésta aquí?! ¡Le dije a Mila que no la invitara! ¡Maldita Mila y sus juegucitos!

- ¡Tristan! ¡Qué guapo estás! – Exclama Nika besando mi mejilla con más brío del necesario. Miro a Luna para tantear la situación. Ups, me ha girado la cara. – ¿Estás mejor? Me habían comentado que estabas enfermo.

- Sí, gracias. Discúlpame un momento, Nika. – Me deshago de ella como puedo y voy en busca de Luna.

La encuentro bebiéndose dos cócteles de golpe junto a una mesa con bebidas y aperitivos y con uno de mis compañeros de la serie tratando de ligar con ella.

No me ve al acercarme, así que aprovecho y le cojo el culo. Se da la vuelta rápidamente.

- ¡Qué haces! – Intenta abofetearme y por los pelos esquivo su golpe. – ¡Ups! – Exclama cuando se da cuenta de que soy yo. – No te esperaba. – Se gira de nuevo, intentando esquivar mi mirada. Está enfadada.

- La fiera de mi niña quiere herir a este pobre hombre encandilado de ti. – Susurro en su oído, pegándome a su espalda.

- Tranquilo, tienes candidatas de sobra con quienes reemplazar mi compañía. – Dice con un tonito de irritada muy cómico.

- Pero yo no quiero reemplazarte. Te deseo a ti. – Pego mis caderas a su trasero y da un brinco. Rodeo su cintura con uno de mis brazos para evitar que se me escape y con mi mano libre separo su cabello de su cuello. Lo beso.

- Vas a conseguir que las mujeres de la fiesta me odien. – Pronuncia aguantando un gemido.

- No todas te odiarán. – Continúo besando su cuello.

- No, Ana no me odiará, está claro. – Sigue luchando para no rendirse a mí y eso me pone todavía más desesperado por hacerla caer de nuevo en mis redes.

- Baila conmigo. – Le suplico en el oído. Inesperadamente se gira, con otro cóctel en la mano, me dedica una mirada altanera y se bebe el cóctel de un solo trago sin dejar de mirarme.

- Voy a bailar, pero con él. – Señala a mi compañero que todavía no se ha separado de nosotros y nos mira esperando a no sé qué, a pesar de que he marcado mi terreno con ella de forma bastante evidente. Miro a Tom, mi compañero de reparto y ahora rival, de arriba abajo y vuelvo a mirar a Luna, cruzándome de brazos. – Lo siento, se te ha adelantado para pedirme bailar. – Y desaparece de mi vista, cogiendo a Tom del brazo y llevándoselo al centro de la pista de baile.

Me deja noqueado y muy enfadado. ¿Qué narices hace? La busco con la mirada, con un enfado monumental. Rápidamente la encuentro. Bailando con Tom. Luna comienza a contonearse con ese tipo de una manera bastante sensual. Gruño.

- ¿Quieres bailar? – Miro a mi lado y vuelvo a ver a Nika a mi lado. Vuelvo a gruñir. – Alguien como tú no puede quedarse solo en una fiesta como esta.

- ¡Sí, quiero bailar! – Digo furioso. – ¡Bueno, no! ¡Bueno, sí! ¡Joder! – Cojo a Nika de la mano y me la llevo al centro de la pista de baile, junto a Luna y Tom. Nika se agarra a mi cuello y comienza a moverse como una loca. Pero yo miro a Luna, y lo hago con cara de perro rabioso.

- ¿Qué demonios estás haciendo, Luna? – Le grito por el nivel de la música tan alto.

- ¡Bailar, como tú! – Se agarra al cuello de Tom, de la misma forma que Nika lo hace conmigo.

- ¡Quiero que bailes conmigo! – Le exijo quitándome los brazos de Nika de mi cuello y girándome hacia Luna.

- ¡Eh! – Me increpa Nika. La ignoro. – ¡Que te den! – La escucho gritar a mi espalda.

- Bueno, pues ya te he dicho que Tom se te ha adelantado. – Tom me mira y se le ve incómodo. Supongo que se está dando cuenta de que Luna no está disponible para él hoy.

- Ven. Aquí. Ahora. – Señalo el suelo junto a mis pies. Luna se separa de Tom al fin. Tom me mira, asustado por mi actitud, y decide irse. Bien. Pero Luna sigue sin acercarse a mí. Se cruza de brazos y me desafía.

- ¿Por qué?

- Porque hoy mando yo, ¿recuerdas? – Sueno prepotente, pero no me importa. No tengo experiencia en cómo arreglar este tipo de situaciones, pero necesito hacerlo.

- En nuestro plan no entraban terceras personas. Tú lo has roto. – Me acusa apuntándome con el dedo.

- ¡Qué! ¡Yo no he hecho tal cosa!

- ¿Por qué no le pides a la tal Mila esa que baile contigo? – Oh, vaya. Escenita de celos. Lo que me faltaba.

- ¿Por qué iba a hacerlo?

- ¡La has besado! ¡Te he visto!

- Luna, eh, eso no ha tenido importancia. – Adopto la técnica de calmarme y calmarla. Me acerco a ella y le acaricio la cara. Funciona. No se retira, aunque me sigue mirando con cara de perro rabioso. – Pequeña, vamos. Te he traído aquí para pasar un buen rato. – La abrazo y sigue sin poner impedimento. – Quiero estar contigo, sólo contigo.

Ya está, lo he dicho. Y ahora... ¿qué?

LUNA

Quiere estar conmigo, sólo conmigo... ¿Lo ha dicho en serio? ¿Se refiere a hoy solamente? Pues claro, imbécil. Ya te ha dejado claro que no está dispuesto a enamorarse, y mucho menos de una camarerucha de tres al cuarto, estúpida a rabiar y que ha consentido que su exnovio la ningunee e incluso la maltrate.

- Baila conmigo. – Me pide de nuevo pero esta vez con una voz muy suave.

Levanto las manos en un acto reflejo a su proximidad y me aferro a su cuello. Sin saber qué más añadir a esta conversación, decido simplemente apoyar mi cara en su hombro y me dejo mecer por él al compás de la música.

Suena la canción de Gotye “Somebody that I used to know” mientras bailamos y no puedo evitar pensar en que la despedida con Tristan se acerca y ya no lo sentiré más así, tan cerca.

Así que me aprieto más a su cuerpo para intentar aplacar la ansiedad que me produce ese pensamiento.

Tristan se deja llevar también por la música. Es un bailarín increíble. Supongo que habrá recibido clases de danza para alguna de sus películas.

Me balancea, haciendo que mi espalda se arquee y vuelve a pegarme contra su pecho. Hace que cada vez que regreso a su cuerpo lo desee más y más. Luego me hace girar en su mano y vuelve a pegarme contra él. Me embriago en su viril aroma.

Y, cuando pega su frente a la mía y siento que me mira de esa forma, no aguanto más y reclamo sus besos con mis labios. Y me besa. Me besa de esa forma tan espectacular en la que sólo él me ha besado en la vida. Acariciando mi rostro con sus manos mientras lo hace. Dios... no quiero que se vaya nunca.

Más canciones nos abordan en medio de la pista de baile y Tristan sigue poseyéndome con su sensual baile y sus besos. No sé cuántas más. He perdido la noción del tiempo entre sus brazos.

Perdida en el calor de su abrazo, meciéndome, besándome, acariciándome el pelo y el cuello... me siento completamente hechizada.

Estamos rodeados de personas, en mitad de una estupenda fiesta y siento como si sólo estuviésemos él y yo.

- Me vuelves loco. – Susurra en mi cuello y lo besa. No puedo más. Ha conseguido que me olvide de todo y que lo único que desee en este mundo sea estar con él, en cuerpo y alma.

- Quiero que me hagas el amor. – Digo sin pensar y Tristan me mira serio.

Estoy segura de que él también está pensando en el término que he usado para reclamar

sexo. “Hacer el amor” no es una expresión que se adecúe a su exigente concepto de las relaciones sexuales.

- ¿Ahora mismo? – Dice sonriente. Parece que ha decidido no darle importancia a la fórmula que he usado para reclamar su cuerpo. Me alegro.

- Sí. – Digo mirándole fijamente.

Sin más, Tristan me coge de la mano y tira de mí hasta sacarme del enorme salón y en dirección a unas escaleras. Creo que conoce este sitio a la perfección, pero ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en eso. Voy riéndome por el camino por la travesura que estoy a punto de hacer con él.

En el piso superior, Tristan abre la primera puerta que se encuentra, pero la cierra inmediatamente cuando vemos a una pareja a punto de tener sexo sobre la cama de la habitación.

- “Fuck” exclama y yo sigo riéndome. Vuelve a tirar de mí. – Espero que la otra habitación de invitados no esté ocupada. – Con ese comentario compruebo que sí que conoce este lugar. Abre la puerta que hay frente a la que acabamos de abrir y nos encontramos a dos hombres y una mujer en una actitud bastante erótica también. Yo me tapo la boca con la mano, escandalizada. – ¡Joder! ¡Pervertidos! – Les grita en español, supongo que para que no le entiendan. Cierra la puerta de golpe y me mira. Yo estoy desternillándome de la risa y... muy borracha de repente. – No te vas a librar. – Me dice sonriente.

- Queda el cuarto de baño. – Digo encogiéndome de hombros y provocativamente.

- No lo voy a hacer en el baño contigo. No aquí. Ven. – Tira de mí y me lleva hacia el final del pasillo, donde hay una puerta con un artefacto lleno de números junto a ella.

- ¿Qué es eso?

- Es la pantalla para introducir el código de seguridad. – Dice mientras marca un código. Lo miro estupefacta cuando veo que la puerta se abre. – Es mi casa. – Me aclara de repente con cara de inocente e encogiéndose de hombros. – Entra. – Señala el interior de una habitación de ensueño.

Lentamente entro y miro a mi alrededor confundida y boquiabierta. En la habitación suena con nitidez la canción que está sonando en la sala donde se está celebrando la fiesta, “Give me love” de Ed Sheeran. Me vuelvo para mirar a Tristan sin saber qué decir.

- Tengo hilo musical en toda la casa. Si te molesta la música la puedo apagar. – Niego con la cabeza sin poder hablar y vuelvo a girarme para contemplar bien lo que hay frente a mí.

La habitación es enorme y muy oscura. Los muebles negros y las paredes grises. Es espectacular y muy bonita, con una gran cama en el centro coronada por un enorme cabecero negro con detalles dorados. Pero lo que más llama mi atención es el cuadro que pende sobre el cabecero. Una maravilla en lo que a técnica se refiere, aunque bastante tétrico. En él, se muestra la imagen de un Cupido herido de muerte por su propia flecha de amor y parece que me mira a mí. Creo que es bastante significativo para Tristan.

- Eres la primera mujer que entra aquí. – Dice de repente a mis espaldas mientras desciende la cremallera de mi vestido y me giro rápidamente.

- Tu habitación es preciosa. – Digo sin saber qué otra cosa añadir. Tristan me besa y me derrito en sus labios.

- Tú eres preciosa. Tumbate en la cama. – Ordena a la par que hace descender mi vestido hasta el suelo. Me quedo quieta, observándolo, tratando de adivinar qué significa tanta oscuridad en su habitación. – ¿Qué pasa? Vamos. A la cama. – Me señala la cama con expresión severa. Esta vez hago lo que me pide y me siento sobre ella, vestida únicamente con mi ropa interior. Tristan comienza a desnudarse sin dejar de mirarme. Yo le mantengo la mirada hasta que descubre la parte de su anatomía más turgente en estos momentos. Suspiro. Desnudo completamente parece un ser de otro mundo, inmortal. Se acerca, me besa y me empuja sobre la cama, para tomar posición sobre mí y separando mis piernas con las suyas. – No sé cómo te has colado en este lugar tan prohibido, Luna, pero vas a tener que pagar las consecuencias ahora mismo. – Me susurra atrapando mis manos en las suyas sobre mi cabeza y presionando con su sexo en mi estómago.

- ¿Qué lugar prohibido? – Pregunto sin aliento.

- Mi habitación. – Señala y comienza a succionar mi cuello. Levanto la cabeza para saborearlo y me encuentro de nuevo con el cuadro del Cupido herido.

- Si las consecuencias son éstas estoy dispuesta a pagar por ello. – Mi voz suena ronca por el deseo. Enredo mis piernas en su cintura. Tristan me mira preguntándose algo, no estoy segura de qué.

- ¿Sean las consecuencias que sean? – Me muerdo el labio. Creo que significa que quiere mostrarme una parte de él que aún no he conocido y eso hace que inmediatamente me sienta ansiosa por conocerla.

- Sí...

- No voy a ser dulce, Luna, tienes que saberlo. Y mucho menos aquí, en mi cama. Así que estás a tiempo de pararlo, si quieres pararlo. – La respiración se me acelera.

- Confío en ti.

Tristan me mira complacido con mi respuesta. No dice nada. Sólo vuelve a la carga besando mi cuello y descendiendo sus labios lentamente hasta llegar a mi pecho. Saca mis senos por encima de la copa del sujetador y los succiona sensualmente, terminando su degustación con un pequeño mordisco en el pezón. Me retuerzo al notar una corriente eléctrica sacudir mi cuerpo.

Continúa su descenso en dirección a mi sexo, posando las palmas de sus manos en la cara interna de mis muslos, abriéndome todo lo que mi cuerpo da de sí para él. Muerde mi sexo, por encima de la tela de las braguitas, e inconscientemente presiono mi pelvis contra su boca. Mi gesto le provoca y me dedica una mirada que cabalga entre la sensualidad y la malicia. Vuelve a mordirme y gimo. Repite la acción una y otra vez hasta volverme completamente loca.

- ¡Tristan! – Grito su nombre en una súplica silenciosa. Atiende a mi llamada colocándose de nuevo sobre mí y mordiendo mi labio inferior.

- Qué. Qué quieres. Dilo. – Estoy a punto de pedirle que me “haga el amor” de nuevo, pero sé que no es lo que quiere oír y sé que no es lo que voy a recibir de él en estos momentos. Él me ha aclarado ese punto antes de hacerme líquido de esa manera.

- Fóllame. – Susurro con miedo.

Jamás había pedido algo así, tan duro, tan crudamente. Pero es lo único que él está dispuesto a ofrecerme aquí, en su santuario, en su intransitada cama.

Tristan muestra una sonrisa de satisfacción al oír mi súplica. Se incorpora de repente y me hace girar sobre mí mima, colocándome boca abajo y sorprendiéndome por su actitud.

- Levanta las caderas. – Me exige mientras tira de ellas, dejándome casi a cuatro patas.

¡Oh, dios! ¡Esto promete ser intenso! Desciende lentamente mis braguitas hasta dejarlas a la altura de mis rodillas y se aferra a mis caderas.

Esta vez no va a pedirme que lo mire, así que cierro los ojos esperando su inminente ataque. No tarda en llegar. Siento su fiera estocada en mi interior y lo siento llegar hasta mis entrañas. Grito ante la sorpresa y también por la punzada que siento en mi interior.

- ¡Ah, Tristan! – Se para y abro los ojos de golpe.

- ¿Qué? ¿Estás bien? ¿Quieres que pare? – Pregunta siseando entre dientes.

¿Quiero? No lo sé. Aún no me ha dado tiempo a acostumbrarme. No digo nada y Tristan comienza a mover sus caderas mientras lo siento en mi interior. Quiere que me acostumbre y... puedo hacerlo. Puedo por lo mucho que deseo hacerlo. Porque quiero conocerlo de verdad, llegar al trasfondo de su problema y... ayudarlo a que lo solucione, conmigo.

Vuelve a salir de mí y me preparo, acogiendo en mis pulmones todo el aire que puedo. Vuelve a entrar con crudeza en mi interior, provocando que nuestros cuerpos suenen al chocar. Vuelvo a gritar, pero mi grito suena mucho más a placer esta vez. Y es lo que siento. Un placer infinito. Como si pudiera conectar con la parte más animal de mí.

Antes de que vuelva a repetir su gesto, me aferro a un cojín que hay sobre la cama de Tristan y lo muerdo con fuerza. Eso hace que mitigue mi grito incontrolado. Ahora el placer es infinito. Quiero más. Mucho más.

El hecho de que haya encontrado la forma de acallar mis gritos hace que Tristan se encienda más y reduce el tiempo de espera entre estocada y estocada.

Siento su mano surcar mis rizos de repente y tira hacia atrás de mi cabeza a la par que él se recuesta más sobre mí.

- Dime que esto te está volviendo tan loco como a mí. – Escucho su voz en mi oído. No puedo responder y ni siquiera puedo soltar el cojín que sostengo con mi mandíbula más que apretada entre mis dientes. – Dilo. – Me ordena introduciéndose más dentro de mí. Emito un sonido parecido a una afirmación que suena extraño por culpa del cojín. – ¿Sigo entonces? – Vuelve a parar, moviendo sus caderas mientras sigue en mi interior y yo gruño al sentir como las paredes de mi sexo se tensan a su alrededor. – Dímelo, Luna. ¿Sigo?

- Sigue, por lo que más quieras. No pares. – Suplico sabiendo que ya estoy en caída libre camino a uno de los orgasmos más bestias de mi vida.

Tristan vuelve al ataque, con mi pelo en su mano y su boca en mi oído. Sus gemidos me hacen delirar. Su aliento me quema en la piel. Grito con fuerza. Ya estoy en medio de la gloria. En mitad de un tórrido orgasmo que me deja prácticamente sin voz. Pero él no se detiene y sigue su duro ataque hasta dejarme sin fuerzas entre continuas réplicas de mi orgasmo. Finalmente, y tras una última y fiera embestida escucho su quejido y siento el peso de su cuerpo sobre mí.

Estoy exhausta. Nunca había vivido algo tan intenso y tan apasionante con un hombre. Tristan se deja caer a mi lado, mirando hacia el techo. Tiene la respiración agitada y una bonita sonrisa, que va dirigida a mí.

Estoy a punto de decirle que lo amo con toda mi alma, no obstante, me detengo en el último segundo. Lo estropearía todo. Sobre todo, cuando escucho la canción de Julia Martín “Imposible Love” sonar en el hilo musical y me siento tan identificada con el mensaje.

- ¿Estás bien? – Me pregunta cuando ha recuperado algo de normalidad en su respiración.

- Ajá. – Contesto sonriente. Estoy más que bien, ahora mismo, que lo tengo junto a mí. Un poco dolorida, pero si tuviera fuerzas lo repetiría de nuevo. Una y otra vez. Dentro de unas semanas no estaré tan bien como ahora, eso es irrefutable.

- Eres increíble. – Dice besando mi frente.

- El mérito ha sido todo tuyo. – Admito con timidez.

- Te equivocas. Jamás he tenido entre mis brazos a alguien más deseable, sensual y embriagadora que tú. Ven. Vamos a levantarnos o nos quedaremos dormidos. – Dice levantándose y tirando de mí. Tengo que hacer un enorme esfuerzo por levantarme.

Nos vestimos y salimos de la habitación de Tristan. Aunque yo me llevo en mi mente el recuerdo de ese cuarto, ese cuadro y sobre todo ese momento de pasión extrema.

Volvemos a la sala de fiestas, en donde quedan menos invitados. Veo a Ana bailando con su nuevo ligue. Me guiña y le devuelvo el gesto. ¿Quién nos iba a decir a nosotras que nos veríamos en éstas?

Tristan me ofrece otro cóctel, que acepto de buena gana porque parte de la borrachera se me ha esfumado en su cama y porque estoy sedienta después de tanta acción.

Bailamos un rato más, aunque más tranquilamente y también con la participación de varios invitados que desean bailar con Tristan y conmigo. Ya no veo a la tal Nika por ahí, y Mila parece entretenida con un chico muy mono. Así que me relajo y me dejo llevar por la alegría de la fiesta y me contagio por la sonrisa tan bonita que tiene hoy Tristan en su rostro.

TRISTAN

Estoy despidiéndome de Mila y su “amiguito” que se ha adjudicado para esta noche. Luna está despidiéndose de Ana a pocos metros de mí. Son los últimos invitados de la fiesta que he organizado con la ayuda de Mila que quedan en mi casa. Los demás se han ido hace rato y al fin nos quedaremos Luna y yo solos.

Cuando Mila se va me despido de Ana también.

- Adiós Ana. Espero que te hayas divertido.

- ¡Ha sido una fiesta increíble, Tristan! – Me besa con fuerza la mejilla y me abraza. No estoy acostumbrado a tanta efusividad femenina sin que tenga un interés sexual sobre mí. Pero me gusta. Me resulta fresco.

- Un placer contar con tu compañía.

- Nos vemos el lunes en el trabajo. – Se despide Luna.

- Sí. ¡Cuídamela, Moore! – Me amenaza con un tono guasón.

- A la orden.

Luna y yo nos quedamos contemplando cómo Ana y su acompañante se van y, cuando han salido del recinto privado de la casa, nos miramos.

- ¿Vamos a pasar la noche aquí? – Pregunta con timidez.

- Sí. Tenía que venir a darle una vuelta a la casa y no me apetecía hacerlo solo. Vamos dentro. – La cojo de la mano y volvemos al interior. Está todo hecho un desastre. Pero ha sido una buena fiesta.

- Esto va a ser duro de limpiar. – Apunta ella mirando a todos lados.

- El lunes vendrá Juana, la chica que limpia. No te preocupes por eso. Ven, vamos a relajarnos un rato. – La llevo escaleras arriba, aunque esta vez nuestro destino es la azotea. Pulso el código que abre la puerta de mi lugar favorito de la casa y Luna se queda patidifusa al ver lo que hay tras ella. – Desde aquí hay unas vistas preciosas. Sobre todo de noche. – Le digo y me acerco al enorme jacuzzi que tengo en la azotea. Lo acciono para llenarlo de agua caliente y burbujas. – Ponte cómoda. Voy a por algo de beber y de picar. – Luna me mira escandalizada. Debe pensar que soy un pijo. Pero es que lo soy. Esta casa es una de mis grandes tesoros.

En seguida estoy de vuelta y me alegra mucho ver que Luna está disfrutando de un buen baño y con un gesto de disfrute total.

- Esto es maravilloso. – Me dice sonriente.

- Toma, come algo. – Le paso una bandeja de canapés y se la coloco junto a su cabeza. – Y aquí tienes otro cóctel. – Lo dejo todo en una mesita junto al jacuzzi y me quito mi ropa. Pongo algo de música de relax en un dispositivo musical. Después entro en el jacuzzi y me acomodo junto a ella. – ¿Verdad que es genial? – Pregunto disfrutando de las vistas de Madrid.

- Mmmmm. – Dice con un ruidito de placer. – No entiendo cómo teniendo esto te alojas en un hotel.

- Cuando vengo por trabajo me gusta estar con mis compañeros y meterme de lleno en el trabajo.

- ¿Vienes mucho por Madrid? – Pregunta nerviosa. Creo que está tanteando la posibilidad de que nos veamos en el futuro. Pero, por mucho que deseara hacerlo, no le haría eso a ella. Ni a ella ni a nadie. No soy una buena opción. Ni siquiera soy una opción.

- No mucho. Hacía un año que no venía.

- ¿Por qué no has llevado a ninguna mujer a tu habitación? – Me sorprende su pregunta. Sin embargo, se merece una contestación.

- Te he llevado a ti...

- Sabes a lo que me refiero. – Me reprende.

- No quiero hacerlo algo personal. Ni quiero que se aireen por ahí mis cosas personales. – Contesto mirando al cielo. – Supongo que contigo no tengo ese problema porque ya sabes parte de mi problema y si quisieras perjudicarme tenías material de sobra para hacerlo antes de entrar en mi casa.

- ¿Qué es lo que realmente te pasa, Tristan? – Me tenso al escuchar su pregunta tan directa.

- Luna, no debo hablar de eso con nadie. No te ofendas, pero no es apropiado.

- Ya me contaste lo de tu “sommifobia”. – Insiste. – Pero sé que hay algo más.

- Luna, ahora no. Por favor. – Le pido y cierro los ojos. Cansado de que mi problema siempre tenga que aparecer para empañarlo todo. Pero, su repentino silencio no me calma. Al revés. Abro los ojos y la miro. Está dándole vueltas al tema. – Esta bien. Pregunta.

- ¿Qué te pasó el otro día en Gran Vía? – No pierde el tiempo y me lanza su dardo venenoso.

- Me dio un comienzo de ataque de pánico. – Me mira con lástima en los ojos.

- ¿Te dan muy a menudo?

- Depende. Si la situación se me complica inesperadamente y no tomo la medicación sí. Pero hacía mucho que no me daba uno porque siempre he marcado bien las fronteras de lo apropiado para mí y lo inapropiado, y no había dejado nunca la medicación a un lado. – Confieso mirando el cielo estrellado. Todavía no sé qué mosca me picó para no tomar la medicación estando con Luna, pero no me arrepiento porque todo ha sido mucho más intenso y, si volviese atrás, lo haría de nuevo así. Pero sólo con ella. Con nadie más me arriesgaría de forma tan

irresponsable.

- ¿Fue culpa mía? ¿Yo hice que te pusieras así? – Frunzo el ceño.

- ¡No! ¡Si tengo que culpar a alguien sería en todo caso al hijo de puta que mató a mi madre! Tú no tienes nada que ver.

- ¿Qué tiene que ver lo de tu madre con lo que sucedió en ese momento? ¿Qué te sucedió para ponerte así? – La miro y me siento una mierda por culpa de mis taras mentales. No me apetece que le salpiquen a ella.

- Que una camarera muy atractiva me dio a entender que se podía acabar enamorando de un majara como yo. – Le digo mientras cambio de posición y me coloco sobre ella. – Pero luego me di cuenta de que sólo eran imaginaciones mías porque esa camarera del infierno lo que verdaderamente hace es huir de mí.

- Yo no creo que estés majara. – Dice con una cara de inocencia adorable.

- Yo discrepo sobre eso.

- Sigo sin comprender qué tiene que ver lo que le pasó a tu madre contigo y conmigo, Tristan. – Suspiro.

- Yo no soy de las personas que piensan que el amor saca lo mejor de uno, sino todo lo contrario. La persona que asesinó a mi madre decía amarla intensamente y, sin embargo, la mató delante de sus hijos. Juan decía amarte, pero te pegaba y te trataba mal. – Luna palidece ante mi confesión. – No creo que el amor sea positivo. Sólo lo es cuando es correspondido, pero, eso no dura eternamente, y, cuando una de las partes deja de amar a la otra, saca lo peor del ser humano. Pero no vamos a discutir en una noche tan estupenda como ésta, ¿verdad? – Niega con la cabeza. – Genial. – La beso. Me sobresalto ante la sorpresa de ver que Luna toma las riendas de la situación colocándose sobre mí en un movimiento bastante grácil. – Vaya, mi camarera favorita quiere llevar el control.

- Me gusta esta canción. ¿Quién es?

- Florence Welch, la canción se llama “Patricia”. – Digo mirándola embobado.

- Quiero hacerte el amor. – Ha vuelto a decirlo. Y no me causa repulsa su declaración. Al contrario. Estoy deseando que me muestre qué es lo que me estoy perdiendo de la vida. Pero el miedo me paraliza. – Es mi primera vez en un jacuzzi. – Comienza a besar mi cuello y a deslizarse sobre mí, haciendo que se me olvide mi miedo por un momento. Sé que mientras me tenga sumergido en el hechizo de su sensualidad no pensaré en ello.

- Haz lo que desees conmigo. – Le digo y la beso ardiendo de deseo por ese endiablado ser que hace que nunca pueda saciar mi sed de ella. Quiere hacerme el amor y yo estoy permitiendo que lo haga.

Con un movimiento certero me introduce en ella y contengo la respiración. Me quedo quieto observando la diosa que se mueve sobre mí, me besa, me acaricia, me hace sentir tan especial y tan vulnerable a la vez que me siento frágil ante su embrujo.

Es toda ternura y sensualidad y produce un efecto en mi pecho que no reconozco. Siento que mi corazón se quiere salir de su lugar, cabalgar por mi garganta y asomarse por mi boca. Para alojarse en ella a través de sus deliciosos besos. La ternura nunca ha sido algo atractivo para mí, pero ahora mismo siento que estoy a punto de tener un orgasmo más rápido de la cuenta, y es su delicadeza y todo lo que su cuerpo me está diciendo en estos momentos lo que hace que mi deseo se eleve de categoría.

- Luna. – Pronuncio su nombre como si fuese una plegaria liberadora.
- Déjate llevar, mi adorado majara. – Me pide. Estoy a punto de explotar.
- Me gustas mucho, demasiado...

No he debido decirlo, y, sin embargo, me siento liberado cuando lo hago. Ambos nos corremos a la vez y nos quedamos durante un rato fundidos en uno y abrazados.

Es media noche y me acabo de despertar de golpe. No ha sido la típica pesadilla, pero ha sido sin duda alguna una horrible pesadilla. En mis sueños, Luna se besaba desafortunadamente con otro hombre frente a mis narices, justo después de que yo le pidiera que me olvidara. Ha sido una auténtica agonía presenciar eso. Aunque no me he despertado en medio de un ataque de pánico, pero eso ha sido más bien porque me he despertado junto a ella, mi amuleto para dormir. Al verla junto a mí, mi mente se ha serenado en seguida.

Luna duerme plácidamente con uno de sus brazos sobre mí y yo la observo extrañamente tranquilo. Normalmente, cuando veo a alguien dormir me tenso. Sobre todo, si esa persona me importa, y Luna me importa. Me importa mucho, para ser sincero. Demasiado.

Ahora la tesis de John, mi terapeuta, cobra cada vez más sentido. Él opina que me estoy enamorando de Luna. Algo que, hasta el momento, había evitado con todas mis fuerzas que sucediera con toda mujer que se cruzaba en mi camino. ¿Por qué con ella he sido diferente desde el principio? ¿Por qué no he hecho nada para evitarlo? ¿Podía evitarlo? No estoy seguro.

Acaricio su bello rostro dormido y por primera vez siento paz al contemplar a alguien así, sumergida en un profundo sueño. Creo que tiene más que ver con que tengo la sensación de que se siente tranquila a mi lado. Me hace sentir gigante verla así, tan tranquila, relajada y serena, y pensar que es gracias a mí.

Miro el techo de mi habitación y pienso en todo lo que mi vida ha cambiado en una simple semana y media, junto a Luna. La he llevado a mi habitación en el hotel, la he traído a mi casa y... a mi habitación.

Cupido herido por la flecha del amor me observa desde la parte superior del cabecero de mi cama y me recuerda lo imprudente que estoy siendo. Ese cuadro lo colgué ahí para recordarme siempre el motivo por el que he evitado toda mi vida el amor. También tengo uno similar en mi

habitación de mi casa de Los Ángeles. Pero, nunca he necesitado que me recordaran los motivos por lo que no quería caer en las garras del amor. He sido testigo de la desolación que deja tras su marcha. Sé lo que pasa cuando el amor acaba. Y, también sé que me estoy enamorando de Luna, pero estoy a salvo siempre que ella no lo haga de mí. No sería una buena opción.

Ahora la ansiedad me ciega, pero no desemboca en ataque de pánico. ¿Puede que sea por lo que John me dijo en nuestra última conversación? Porque no puede ser que me haya curado también de esto. De esto es de lo único que no quiero ser curado, jamás. El tema de los sueños era otra cosa. Necesito dormir para vivir. Al amor no.

Y, sin embargo, miro a Luna y siento que ya no puedo vivir sin ella. Maldita sea...

Son las siete de la mañana y sé que ya no dormiré más. Así que me levanto y me obligo a separarme de Luna para pensar bien lo que voy a hacer.

Me pongo unos pantalones de chándal, cojo mi móvil y salgo de mi habitación con sumo cuidado de no despertarla. Bajo las escaleras y rebusco algo en el frigorífico que pueda emplear como desayuno. Preparo el café y unas tostadas con un poco de todo y salgo al jardín trasero para desayunar en tranquilidad mientras estudio mis próximos movimientos.

Mientras pienso y pienso echo un vistazo a las redes sociales. En Instagram vuelve a aparecer una foto mía y de Luna, juntos, durante la fiesta de anoche en mi casa. ¡Ten amigos para esto! ¿Quién me habrá vendido esta vez?

Es una foto bonita. Salimos ambos bailando y riendo, disfrutando de la fiesta, pero se nota que ambos estábamos sintiendo lo mismo en esa mirada del uno al otro: no había nadie más, sólo nosotros, a pesar de estar rodeados de gente.

Veo también unas fotos un poco más antiguas de Luna en mis brazos. Fueron tomadas en el Retiro, cuando la metí bajo el agua de los aspersores que regaban el césped. Sí que nos hizo unas bonitas fotos ese cabrón paparazzi...

Salgo de las redes sociales porque no quiero seguir viéndolas. Me va a ser complicado parar todo esto y aún no estoy seguro de qué voy a hacer ni cómo. Simplemente, después de unos largos minutos pensando, decido no pensar más y actuar por impulso, siguiendo mis instintos, los que siempre me han guiado, y hago una compra que va a cambiar mi vida para siempre.

Espero no arrepentirme de esto. Espero que sea lo mejor para los dos. Ambos lo merecemos.

LUNA

Me despierto en una habitación oscura y Tristan no está a mi lado. Me incorporo de golpe y me encuentro de nuevo con ese cuadro. Ese dios herido de amor. Parece que me mira y en su mirada se advierte el dolor. Un dolor intenso y desgarrador. ¿Es todo culpa de ese extraño que mató a su madre? Suena a motivo suficiente. Pero no quiero que lo sea. No quiero rendirme con él. No quiero pensar que él no tiene solución. Así como tampoco quiero pensar que yo no la tengo. Me gustaría que viese el lado bonito del amor de mi mano. Yo también he conocido el mal amor, pero Tristan no tiene nada que ver con él. Tristan es amable, cariñoso, respetuoso y sé que jamás haría nada para herirme adrede. Me gustaría que él se viese como lo veo yo, porque estoy segura de que todo su problema tiene que ver con la forma en la que él se ve a sí mismo frente al amor.

Me levanto de la cama y busco algo que ponerme para cubrir mi desnudez. Mi ropa se quedó anoche en esa azotea, junto al jacuzzi. Así que rebusco algo en los negros cajones de la habitación y encuentro una camiseta blanca y unos pantalones de chándal de Tristan. Aunque también me encuentro con el retrato de una mujer preciosa. Me pondría celosa si no hubiera reconocido la mirada azul de esa pobre mujer: es la madre de Tristan.

Tristan la guarda en sus cajones como guarda su recuerdo; con dolor. No quiere dejarla salir del cajón para no tener que enfrentarse a su pérdida constantemente. Pero tampoco se deshace de su recuerdo.

Dejo la foto en su lugar y salgo de la habitación. Mis pies desnudos descienden las escaleras hacia la parte inferior de la enorme casa. A la derecha de los pies de la escalinata está el salón donde anoche celebramos la gran fiesta. Entro y exclamo un taco al ver el estropicio. Pobre mujer de la limpieza...

Al fondo del salón hay una puerta de cristal que da a un jardín trasero y allí es dónde me dirijo.

Abro la puerta y veo a Tristan, en el jardín, tumbado sobre una hamaca, con los ojos cerrados y agitándose de vez en cuando. Creo que está dormido. Por eso me acerco con sigilo.

- ¡No! – Se queja en sueños. Me paro justo frente a él y me quedo quieta, entristecida por lo que veo. – ¡No! ¡Vete! ¡Déjala! – Se queja aún más fuerte y su cuerpo comienza a dar fuertes sacudidas.

- ¡Tristan! – Trato de despertarlo cogiendo su rostro con las dos manos. – ¡Tristan, despierta! – De pronto, sus ojos se abren en el acto de par en par. Una rabia impresionante le ciega. Siento sus manos presionando mi cuello. Se incorpora y de un movimiento rápido soy yo la que se encuentra de repente tumbada boca arriba en la hamaca, con sus manos presionando con fuerza mi garganta, quedándome sin aire.

- ¡Te voy a matar! ¡Argggg! – Me grita. Quiero gritarle yo también que pare, pero no me sale

la voz y el aire no me llega a los pulmones. Trato de tirar de sus manos, pero no tengo fuerzas. Pero de repente despierta del trance y me ve al fin, soltando las manos de mi cuello. – ¡Luna! ¡Joder, pequeña, lo siento! – Comienzo a toser y siento sus manos acariciando mi cara. – Joder, joder, lo siento. Estaba soñando con...

- Tranquilo. – Digo con un hilo de voz. – Ha sido una pesadilla. – Me incorporo un poco. Tristan está sentado y me mira perdido. Agacha la mirada al suelo y esconde su cara de mí, entre sus manos.

- Menuda mierda... casi te mato.

- No ha pasado nada. – Trato de calmarlo acariciando su espalda. Aunque sigo estando muerta de miedo por lo que acabo de ver.

- Lo siento, de verás. No volverá a pasar. – Al fin me mira de nuevo y parece que con su promesa me está diciendo adiós.

- No ha sido nada. Todos tenemos pesadillas, Tristan. – Trato de calmarlo desesperadamente. Él sonrío forzosamente.

- Desayuna algo. Quiero pasar el día en la cama contigo y necesitarás reponer fuerzas. – Al fin vuelve a sonar como el Tristan que yo conozco e incluso me besa con sensualidad.

No puedo negarme a su oferta.

De hecho, su oferta comienzo justo después de que yo terminara mi desayuno. Me levantó entre sus brazos, tiró al suelo lo que había sobre la mesa del jardín y me poseyó allí, sobre la mesa del jardín.

El resto del día lo pasamos entrelazando nuestros cuerpos en varios lugares de la casa de la casa de Tristan.

Tuve una sensación diferente con él. Tuve la impresión de que estaba diciéndome algo con su cuerpo que no sabía poner en palabras.

El momento de la despedida llega ahora, al anochecer. Tristan y yo vamos sumergidos en un incómodo silencio en su coche, dirección a mi casa. Él me dejará allí y se irá al hotel Verona, donde se sigue hospedando, según él, hasta que el rodaje de la serie termine. Le he preguntado qué hará después, cuando haya terminado. Tengo miedo de su respuesta, porque sé que existen más posibilidades de que se vaya cuando haya terminado su trabajo. Pero quiero oírlo de sus labios. Quiero que me diga que, después de los días que hemos vivido juntos, será capaz de irse sin más y hacer como si este sueño no hubiera sucedido. Eso me dará más fuerzas para olvidarlo. Pero no ha contestado. Sólo me ha mirado durante una fracción de segundo y ha vuelto a enfocar la mirada en la carretera.

Yo sigo esperando, en silencio, a que conteste mi pregunta.

Tristan aparca su coche frente a mi edificio y aguarda con el coche en marcha a que yo me baje.

- No me has contestado. – Insisto de nuevo antes de decir adiós.

Noto su mirada clavada en mí, aunque no me atreva a mirarlo, pero la noto. Quiere decirme algo y no sabe cómo. No me gusta nada esta sensación.

- ¿Te veré mañana? – Su pregunta me coge por sorpresa y es entonces cuando lo miro.

- ¿Quieres verme mañana?

- Sí... mañana tengo un día duro en el set, no creo que pueda ir a la cafetería con el resto de mis compañeros porque tengo que rodar todas las escenas que no rodé durante el jueves y el viernes. Pero... si puedes... me gustaría que vinieras al hotel por la noche.

- No me has contestado a...

- Te contestaré mañana. – Suspiro. ¿Está pensándose lo nuestro? Si su plan fuera irse me lo habría dicho igual de claro que siempre. Me sonrío con temor y le devuelvo la sonrisa. – Te voy a echar de menos en mi cama. – Dice y me besa con ternura. Siento la caricia de su lengua en la mía y me dejo llevar por todo lo que siento por este hombre. – Te voy a echar mucho de menos.

- Estás consiguiendo que me enamore de ti. – Mis labios hablan sin permiso de repente y me maldigo enseguida por lo que acabo de decir. Cierro mi boca cuando siento que se corta su respiración mientras me besa. Pero ya no puedo volver atrás. Lo he dicho...

- No... joder. – Tristan cierra los ojos y apoya su frente en la mía. – Dime que no...

- ¡Lo siento! – Me tapo la boca con la mano, como si así pudiese desdecirme. No puedo y ya lo he soltado. Tristan me mira con el terror más intenso en sus ojos. – Tristan yo...

- No te preocupes. – Dice sonriendo con esfuerzo. – No te arrepientas de haberlo dicho. Necesitaba oírlo. Y... no he entrado en pánico. Todo está bien, Luna. – Me da un rápido beso y se gira para mirar hacia su volante. – Es mejor que te vayas, es tarde y estarás cansada.

- ¿Estás bien? – Pregunto preocupada cuando veo que está estrangulando el volante con sus manos. Me mira sin saber qué decir.

- Estoy bien. Mañana te veo. – Asiento sin saber qué más añadir después de mi torpeza.

Cojo una bolsa con mi ropa, porque llevo puesta la ropa de Tristan y abro la puerta del coche para salir. Pero cuando ya tengo un pie en el asfalto, Tristan tira de mi brazo y me vuelve a introducir para darme un beso de película. Escucho su gemido en mi boca y siento que me besa como si le fuese la vida en ello.

- Quédate... – Le pido. Él sabe que no me refiero sólo a esta noche. Me mira con intensidad y sonrío.

- ¿Si me quedara serías capaz de enamorarte de este tarado y aceptarlo cómo es o acabarías por ser desdichada a mi lado como con Juan? – Frunzo el ceño.

- Tú no eres como él.

- ¿Cómo lo sabes? No sabes nada de mí. Nadie sabe quién soy en verdad.

- Nadie puede fingir durante tanto tiempo. Sé lo que he visto en ti.

- Soy actor, Luna. – Su crudeza me deja sin palabras.

- Entonces puede que me haya enamorado de alguien que no existe. – Digo mirando al suelo. Tristan tira de mi barbilla para que vuelva a mirarlo.

- No soy tan buen actor, aunque me gustaría. – Vuelve a besarme y me aprieta con fuerza contra su boca. – Buenas noches, mi Luna. Gracias por haberme dado todo esto. Mañana hablaremos. Yo también tengo cosas que confesar y tengo que encontrar las palabras adecuadas.

- Vale. – Me deja un poco más tranquila. Sé lo que quiere confesar. Lo sé. Siempre lo he sabido. Y sé que él también lo sabe. Sólo tengo que ser paciente. – Buenas noches. – Le beso de nuevo. ¡Qué difícil separarme de él! Tristan sonrío divertido.

- Buenas noches, pequeña. – Salgo del coche y me agacho para darle la última despedida.

- Buenas noches Tristan Moore.

Me voy más que feliz hacia mi casa. Creo que al final no ha sido tan mala idea confesarle mis sentimientos. Alguien tenía que tener el valor de comenzar esta conversación. Y me alegro de por una vez ser yo la valiente. Eso es lo que quiero ser desde que lo conocí. Valiente. Quiero tomar las riendas de mi vida. Quiero ser feliz. Quiero ser honesta conmigo misma. Quiero vivir.

El día en el trabajo se me hace soporífero. Un lunes con muchísimo trabajo y sin Tristan como cliente especial. Tampoco han venido sus compañeros del set, supongo que por lo que dijo Tristan acerca de que hoy era un día duro de trabajo en el rodaje.

Anoche no dormí mucho. Esperaba un mensaje de Tristan que nunca llegó. Pero al despertar esta mañana lo encontré. **“Buenos días, preciosa Luna. Nos vemos esta noche a las diez en mi habitación del hotel. Que tengas un buen día.”** A lo que yo contesté con un OK y tres besos.

Gabi y Ana están hoy estresados. Ana me ha dicho que vaya con ellos al cine esta tarde, después del trabajo. A mí me parece estupendo, pero no entiendo a qué vienen esas caras raras y tanta tensión, algo les pasa. Ni tampoco entiendo por qué Gabi ha elegido este momento de mi vida para ponerse en plan seductor conmigo. No es que no me guste el chico, es mono, pero Tristan Moore ocupa la totalidad de mi cerebro ahora mismo y ha sido Tristan el único valiente que se ha atrevido a acercarse verdaderamente a una prisionera como era yo de Juan. Él ha sido mi liberador y no puedo pensar en otro que no sea él ahora, ni nunca más, me temo...

Al fin he conocido el verdadero amor. Y, me da igual si Tristan siente lo mismo que yo o no, sólo puedo estarle agradecida por todo lo que me ha dado. Sin embargo, algo dentro de mí me dice que él también lo siente. Se está enamorando de mí y, ¿por qué no? Soy suficiente, ¡lo soy! Ahora me siento así. Suficiente para él, suficiente para mí.

Si todo se acabara aquí y ahora, seguiré pensando que lo soy. Seguiré creyendo en mí y lucharé por borrarle los estigmas de una relación venenosa que ha durado demasiado para mí. Iré a ese juicio rápido y contaré al juez todo lo que Juan me hizo padecer. Escupiré todo lo que llevo

años callando, tragando, dejando pudrirse en mi interior. Vomitaré toda esa mugre y Juan pagará por ser un cobarde e inhumano.

Cuando llega el cambio de turno algo extraño sucede. La tal Nika aparece justo cuando estamos saliendo de la cafetería Ana, Gabi y yo, y, viene sola.

- Hola, ¿podemos hablar? – Me dice en inglés. Ana y Gabi me miran sin comprender lo que dice. Yo miro a Nika sin comprender qué tenemos ella y yo que hablar. Pero la curiosidad me llama y decido acceder a la conversación.

- Claro, dime. – Le digo sin separarme de mis amigos. Ellos no se van a enterar, al fin y al cabo.

- Tristan vino anoche a mi habitación, estaba mal. ¿Qué le has hecho? – Me quedo de piedra. ¿Fue a verla? ¿Anoche? ¿Después de que le confesara mi amor? Un agujero se abre en mi interior al imaginarme el motivo de su visita a la habitación de esa preciosa mujer.

- ¿Qué quieres decir? – Pregunto al borde del llanto, no obstante, consigo contenerlo.

- Venía fuera de sí, creo que se había drogado y... Tristan nunca se droga.

- No sé qué decirte...

- Sólo quiero que sepas que no le haces bien. Que le estás confundiendo y que él siempre será como es, no puedes pedirle que lo deje todo por ti. ¡¿Tienes una idea de lo que le ha costado ser quién es?! ¡Hazme el favor y no seas tan egoísta!

- Yo no le he pedido eso. – Digo intentando tragar el nudo de mi garganta. – ¿Él te dijo algo así?

- ¿Qué pasa, Luna? – Me pregunta Ana nerviosa.

- Un segundo, Ana. – Le pido a mi amiga. Me vuelvo a Nika y busco las fuerzas para continuar hablando con ella. – ¿Por qué fue a buscarte? ¿Qué quería Tristan de ti?

- ¿De verdad hace falta que te dé los detalles? – Las palabras de esa mujer me pulverizan por dentro. Aprieto los ojos para no dejar las lágrimas que guardo campar a sus anchas por mis mejillas. – No quiere defraudarte, Luna. Era Luna, ¿verdad? – Pregunto y asiento lentamente. – Pues Luna, déjalo en paz, te lo digo no como rival, sino como compañera de Tristan. Él dice que no quiere defraudarte, pero que lo hará. Dice que no puede tirarlo por la borda todo ahora, por ti.

- Yo no quiero eso. – Digo llorando finalmente. – Nunca he querido que tire nada por la borda. Yo sólo quería... quererlo, ayudarle.

- ¿Ayudarle? ¿Crees que necesita ayuda de una simple camarera? ¡Vamos, nena! ¡Estás hablando de Tristan Moore! Tiene lo que todos luchamos por tener; un futuro prometedor en lo que le gusta. Está a punto de cumplir sus sueños con un papel de protagonista en una superproducción, y tú estás haciendo que se plantee dejarlo todo por ti. ¡Por ti! ¡¿Cómo puedes ser tan egoísta?! ¡Estaba a punto de tener una crisis de ansiedad porque piensa que está siendo injusto contigo! Me costó un mundo calmarlo. Y sé que habéis quedado esta noche, porque él me lo confesó. Pero te pido que pienses bien qué es lo que puedes ofrecerle tú a él y qué es lo que Tristan merece de

verdad. Eso es todo. – Nika se da la vuelta y me deja allí, en mitad de la calle, perdida.

- ¡Eh! ¿Qué quería la boca de chorizo esa? – Me pregunta Ana y se percata de que estoy llorando en ese momento. – ¡Oye! ¿¿Por qué cojones estás llorando tú ahora?! ¡Ni se te ocurra hacer caso a la gilipollez que te haya dicho esa porquería de plástico, ¿me oyes?! ¡A Tristan Moore le gustas tú y está rabiosa de celos! ¡Eso es lo que pasa! – Miro a Ana y no puedo evitar romper a llorar como una estúpida.

- Anoche fue a su habitación. – Le digo llorando amargamente y tapándome la boca con la mano.

- ¡Qué! – Ana me abraza boquiabierta. – No... no puede ser... yo he visto lo que le gustas a ese hombre. Yo he visto lo que eres para él, Luna. – Me coge de los hombros para que la mire. Estoy derrumbada.

- Has visto a un buen actor. – Digo con una triste sonrisa recordando las palabras de Tristan ayer.

- ¡Es un cabrón! – Gabi se introduce en la conversación y Ana y yo le miramos sorprendidas.

- ¡Tú cállate! ¡No le conoces! – Le grita Ana. – Oye Luna. Habla con él. Seguro que se está planteando quedarse aquí, contigo. – Me limpio las lágrimas que no cesan con el dorso de mi mano.

- No creo que se esté planteando algo así si va en busca de otra. Y, de todos modos, no debería hacerlo. Yo no pertenezco a su mundo. Ya está, se acabó Ana. Ha sido bonito, o más bien precioso mientras duró, pero se acabó. Se acabó, Ana. – Me tiembla el labio y vuelvo a la carga con una buena llorera. Ana me abraza sin saber qué más decir.

- Vente a mi casa, anda. Será mejor que hoy no te vea así. Hazle sufrir por un día. Así puede que piense en lo que va a perder.

- ¡Mándalo a la mierda! – Añade Gabi. Suspiro.

- Mira Gabi, si te quedas con nosotras que sea para ayudar. Sino vete para tu casita y punto. – Le riñe Ana mientras me continúa abrazando.

En casa de Ana sigo siendo un alma en pena. Las horas pasan lentas y envueltas en un amargo llanto. Sólo quiero que lleguen las diez y Tristan me llame. Que al menos me dé a entender que algo le importo.

Ana me grita una y otra vez que no sea estúpida, que está convencida de que Tristan se muere por mí. Gabi al contrario, piensa que ya se ha divertido lo suficiente conmigo y se ha aburrido. Dice que habrá ido a por su “nueva víctima”, algo que cobra mucho sentido para mí, pues así es exactamente como me llamó a mí la prensa cuando me fotografiaron con él.

Cuando llegan las diez de la noche estoy al borde de un ataque de nervios. Sentada en el sofá de Ana, con mi móvil sobre la mesita auxiliar, mirándolo fijamente esperando su llamada. Ana y Gabi están también nerviosos y ansiosos por ver qué pasará, pero puedo jurar por lo más sagrado que ni la mitad de la mitad de lo histérica que estoy yo.

Miro el reloj de la pared del salón de Ana, marca las diez y diez cuando mi móvil comienza a sonar.

- ¡Es él! – Grito y me abalanzo hacia el teléfono.

- ¡Ni se te ocurra! – Me frena Ana poniéndose delante de mí.

- ¡Quítate! ¡Déjame hablar con él! – Lloro.

- ¿Así? ¿Hecha un mar de lágrimas! ¡Ni hablar!

- ¡Ana! ¡Te lo suplico! – Me arrodillo en el suelo y me cubro la cara con las manos para esconder mi llanto. – Lo amo tanto...

- ¿Quieres saber qué eres para él o quieres conformarte otra vez con las migajas de alguien? – La crudeza de las palabras de Ana esconde una gran verdad tras ella. La miro sin decir nada. – Por muy Tristan Moore que sea, por mucho dinero, por muy bueno que esté, tú mereces más que ser su simple distracción, Luna. Si es suficientemente hombre sabrá que tiene que demostrar más de lo que ha demostrado.

- Ana, tú no lo entiendes. Él tiene un problema que...

- ¡Pues que lo solucione! ¡Tú también tienes los tuyos y estás luchando para solucionarlos! ¡¿O no es así, Luna?! – Me quedo pensativa. Ana tiene razón. He movido ficha para estar con él. He dejado a Juan, he luchado contra ese monstruo y me he puesto en peligro porque Tristan era suficiente motivo para mí. ¿Lo seré yo para él?

- Está bien. – Admito al fin. – Dejaré que piense que me ha perdido. ¡Pero sólo por unas horas! ¡Lo que resista, Ana! – Ana suspira. – No voy a poder aguantar una noche entera sin saber qué ha pasado para que me haga esto él.

- Bueno. Siéntate y trata de aguantar un rato al menos. Luego ya veremos.

Mi teléfono deja de sonar y yo aprieto los ojos. ¡Dios, menuda prueba! ¡Esto es horrible! Vuelve a sonar y aguanto sin responder. El siguiente móvil que suena es el de Ana. Para mi sorpresa, mi amiga sí le contesta, pidiéndome con su mano que permanezca callada cuando me acerco a ella, nerviosa por saber qué va a decirle Tristan.

- Hola Tristan. – Le contesta mi amiga. – No, Luna no está aquí. No sé dónde está. ¿Que había quedado contigo? Bueno, supongo que tras saber que anoche estuviste con la tal Nika esa habrá decidido no ir a verte. – Miro al techo para aguantar el llanto mientras mi amiga le da esa información a Tristan. – ¿Que cómo ha reaccionado? ¿No vas a desmentirlo siquiera? – Me dejo caer de nuevo al suelo y aprieto mis labios para no dejar escapar el lamento que necesito gritar. – Bueno, supongo que estará decepcionada, Tristan. Ella y yo pensábamos que eras diferente. ¿Que tienes problemas? ¿Crees que Luna no? ¡Te voy a decir tu problema! ¡Tu problema es que eres un

cobarde! ¡Déjala en paz y haz tu vida con tus mujercitas! Luna tiene bastante con los suyos y está decidida a salir adelante con todo. – Miro a Ana queriendo creer su afirmación. – Sí, de acuerdo. Adiós, Tristan. – Ana cuelga y me mira. – Quiere que vayas a su hotel. Quiere hablar contigo en persona y... disculparse. – Me dice mi amiga y yo hundo mi mirada al suelo en el que estoy arrodillada.

- ¡No vayas! – Dice Gabi.

- ¡Es mayorcita! ¡Déjala que haga lo que quiera! – No puedo creer que Ana sugiera que vaya a verlo. La miro y me limpio de nuevo las lágrimas. – Pero no deberías ir si vas a perdonarle sin más. Ni deberías ir con la cara llena de lágrimas y los ojos hinchados de llorar. Si vas, que sea para enfrentar de una vez tu vida como tienes que hacerlo, Luna.

Doy un gran suspiro, me levanto y, sin decir ni mu, me meto en el baño de Ana y me doy una ducha. Derramo todas las lágrimas del mundo bajo el caño de agua caliente y después salgo, me seco, le pido un modelito escandaloso a Ana, me arreglo y cuarenta y cinco minutos después estoy en un taxi en dirección al hotel Verona.

El hombre de la recepción me reconoce, me saluda por mi nombre y me da las llaves de la habitación de Tristan, dice que por orden expresa de él. Yo las cojo, tomo todo el aire que cabe en mis pulmones y me introduzco en el ascensor.

Estoy muerta de miedo cuando llamo a su puerta. No contesta y vuelvo a insistir. Sin respuesta, decido abrir la habitación con la llave que me han dado en recepción. Lo que me encuentro al abrirla me abre las entrañas. Está todo impoluto y... vacío.

Lo único que hay fuera de lugar es un papel encima de la cama, de esa cama donde Tristan y yo hemos hecho magia juntos. Me siento, porque me temo lo que voy a leer en ese papel y abro con mis manos temblorosas el trozo de papel que está plegado por la mitad.

“Mi Luna,

Sé que piensas que soy un cobarde y, tienes razón. No soy capaz de decirte esto mirándote a esos ojos tan increíbles y que tanta paz han traído a mi angustiado corazón.

Me voy. Me voy para no hundirte a ti en mi pozo. Para no salpicarte con mis mierdas, que no he sido capaz de afrontar del todo en esta semana y media, la semana y media más maravillosa de mi vida.

Quisiera decirte lo que realmente siento, pero sería injusto contigo si lo hiciera y... tú no lo comprenderías. No lo harías porque no conoces mi verdadera historia ni quién soy de verdad.

Sólo te pido que no me odies. Yo no te olvidaré jamás. No, imposible olvidar lo único que me ha hecho sentir vivo de verdad.

Guarda tu amor para alguien que lo merezca de verdad y sé feliz con quien pueda darte lo que mereces.

Siempre serás mi Luna, la que brilla para mí en las noches y, para poder seguir

creyendo que tu luz me pertenece a mí y sólo a mí he decidido volver a Estados Unidos y cambiaré mi número de teléfono para no poder escuchar o leer un mensaje tuyo que me confirme que me has olvidado o que me odias. También para no caer en la tentación de llamarte y suplicarte que me perdones. Porque, sencillamente, no merezco tu perdón. Voy a ser justo contigo y dejaré que nuestra relación sólo exista en mi mente a partir de ahora.

Siempre tuyo,

Tristan”

Acaricio su nombre con los ojos inundados de lágrimas y le digo adiós a un papel que ha destrozado mis sueños en un momento. Él era el que tenía problemas con sus sueños, qué ironía. Yo le he dado los míos, mis noches, mi amor. Y lo único que me queda de él es una triste despedida porque simplemente yo no he sido suficiente motivo.

Ese ha sido su regalo el día de mi veinticinco cumpleaños; una historia de ensueño con un final muy poco feliz. Pero ha sido real, al menos.

Esa noche lloro en silencio abrazada a su almohada, que aún huele a él, hasta que el cansancio me vence y los ojos me pesan de tanto llorar.

Adiós Tristan, gracias por todo lo que me has dado, que es mucho más de lo que te has llevado de mí. Te amo y siempre te amaré.

EPÍLOGO

TRISTAN

¿Alguna vez te has sentido tan maldito que has tenido ganas de arrancarte la piel y dársela de comer a los lobos? Así me siento ahora mismo, en el avión, de rumbo a Los Ángeles.

No sé por qué fui anoche a la habitación de Nika e hice lo que hice con ella. Quería demostrarme a mí mismo que seguía invicto ante el amor, que Luna no me había marcado de por vida, y conseguí lo contrario. De paso he conseguido decepcionar a Luna y causarle un daño que no me atrevo ni a imaginar. No sé cómo habría reaccionado yo si hubiese sabido que ella ha pasado la noche con otro. Y, como no quiero averiguar cuál sería mi reacción cuando eso pase, he decidido irme de su vida y borrar toda conexión.

He acordado con la productora terminar de rodar en los estudios de Los Ángeles un par de escenas que me quedan por rodar para poder darle a Luna la oportunidad de conocer a alguien que realmente esté a su altura sin que yo pueda interferir en ello. Porque, si me quedo en Madrid como realmente deseo, sé que no la dejaría olvidarme. Pero no puedo pensar mucho en eso o me dará un infarto de imaginármela con otro. Porque sin duda lo hará. Conocerá a algún hombre guapo y joven, y, sobre todo, alguien sin taras mentales que pueda disfrutar de ella en todo su esplendor. Yo no puedo. No puedo porque el simple hecho de imaginarme siendo “él” me dan ganas de vomitar. No quiero ser como “él” y lucharé lo que me quede de vida para evitarlo. Aunque eso suponga perder a Luna, la única mujer que he amado y que me permitiré amar en toda mi miserable vida.

Me volcaré en mi trabajo. Me centraré en mis proyectos y cogeré todos los que pueda coger para evitar pensar en lo que acabo de dejar escapar.

Mi vida nunca ha sido fácil, pero esto promete ser lo más duro que he hecho jamás. Es como si me arrancase el corazón del pecho con las manos. Es como si me hubiese quedado sin alma. Es como si cada vez que respiro me abrasara el aire por dentro.

Dicen que el amor lo puede todo. Yo no puedo decir lo mismo. Siempre he pensado que el amor es precisamente el causante de las mayores desdichas. Al menos yo lo viví así. Cuando mi padre acabó con la vida de mi madre porque ella ya no sentía lo mismo por él, comprobé que el amor era algo peligroso y que debía temer. Por culpa de mi padre desarrolle la maldita Somnifobia y también la Filofobia; un miedo irracional al amor y a ser como él con quien llegase a amar.

Porque si a alguien me parezco de verdad es a él, a mi padre. Dos putas gotas de agua. Dos malditos locos. Dos estúpidos con taras mentales que no se merecen que ángeles como mi madre o Luna nos amen.

Así que lo mejor que puedo hacer es irme y dejarla vivir, feliz, y... sin mí.

CONTINUARÁ...

Te doy mi amor

Silvia Cruz

TRISTAN

La vida se ha convertido en un infierno para mí desde que me fui de Madrid. Mi somnifobia ha vuelto a empeorar y mi terapeuta, John, ha decidido dejar de recetarme los ansiolíticos porque dice que estoy abusando de ellos y que es peligroso. Es él quien viene a mi casa para suministrarme una gragea cuando no puedo soportar la ansiedad, aunque, según él, puedo intentar dejar atrás mi dependencia de las pastillas, pues ya lo hice cuando estaba en España.

Eso fue distinto. Tenía un juego en mis manos que me permitía soñar con ser alguien normal. Y más que normal, me sentí un superhéroe con ella.

Pero ahora estoy tan desesperado por dormir, aunque sea una maldita noche un mínimo de cinco horas, que no sé qué hacer.

Mañana comienzo la promoción del estreno de la serie que rodé en Madrid, “Luna de cristal”, y no dejo de pensar en ella, no dejo de pensar en Luna.

En realidad, no he dejado de hacerlo ni un instante durante estas seis semanas y tres días que llevo sin verla ni saber qué habrá sido de ella. El único vínculo que me he permitido tener con Luna ha sido la abogada que he contratado para que lleve su caso, contra Juan. Le prometí que no la dejaría sola en esto y pienso cumplir mi promesa. Espero que ella también cumpla la suya de encarar a ese malnacido para que cumpla su jodida condena.

Luna...

Qué difícil se me está haciendo esto. ¿Cómo puede alguien colarse tan dentro de ti en sólo unos días? ¿Y cómo puede ser que no la haya conseguido olvidar ni un poquito con todos los días que llevo sin verla ni sentirla? Al contrario, creo que cada día la extraño más.

Especialmente por las noches. Porque durante el día me la paso trabajando tanto en la promoción de la serie como en las clases de canto que estoy dando para la próxima película, que todavía no se sabe ni quién será mi compañera de rodaje y de cartel. Pero las noches son un martirio.

Ahora mismo, esta maldita noche de verano, me metería en mi cama con ella, la saborearía de arriba abajo y me entregaría en cuerpo y alma en una noche salvaje de sexo con la mujer de mis sueños.

Pero no puedo ni meterme en la cama. La soledad me está matando por dentro y, sin embargo, siempre me he sentido cómodo en soledad. Pienso en todos y cada uno de los momentos que compartí con Luna sentado en un sillón, mirando mi cama con recelo, con un vaso lleno de whiskey en la mano y suspiro al mirar el cuadro de cupido herido sobre mi cama.

Luna me ha corroborado lo que yo ya sabía. Que el amor duele. Pero ni en mis peores pesadillas me hubiera imaginado un dolor tan inmenso. ¿Qué estará haciendo? ¿Pensará en mí?

¿Estará dándole su maravilloso cuerpo a otro? ¡Maldita sea, por qué cambié mi número! ¡Por qué no guardé el suyo! Quiero oír su voz, aunque sólo sea eso, una maldita vez más.

Es mi cuarto vaso de whiskey y, a pesar de que el alcohol me pone más triste, por lo menos me ayuda a dormir.

Cansado de pensar en Luna me levanto y me fumo un cigarrillo en la ventana de mi cuarto. Y me doy cuenta de que todo esfuerzo de intentar dejar de pensar en ella es inútil. Si sólo con mirar al cielo veo una inmensa Luna que brilla como siempre.

¡Joder! ¡Esta noche estoy melancólico de más! Siento una humedad desconocida en mis ojos y eso hace que me cabree más conmigo. ¡Yo no he llorado en mi puta vida! Y estoy a punto de hacerlo... por ella.

- ¡Soy un maldito! – Grito y reviento mi vaso medio vacío contra el suelo. – Joder, Luna. – Me tiro de los pelos desesperado por dejar de una vez de lado esta tristeza tan desgarradora.

Mi móvil suena de repente y la melodía de “Psycho” de Muse me alerta de que es John, el único amigo de verdad que tengo. Me acerco a la mesita de noche para coger el móvil, me siento en la cama y lanzo tres suspiros antes de contestar.

- Hola...

- Tristan, ¿qué tal estás hoy? – John está preocupado por mi estado. Me llama a diario para comprobar que no he hecho una tontería.

- Igual. Jodido. Muy jodido. – A él le puedo confesar la verdad.

- ¿Estás solo? ¿No tienes ninguna acompañante hoy tampoco? ¿No está Nika contigo? – Cuánta pregunta estúpida.

- Como si se me pudiese empalmar con todo lo que he bebido. – Bufo. – Y lo de Nika ya se acabó. Sólo la he buscado un par de veces o tres porque me recordaba a tiempos mejores, pero ya no era lo mismo...

- ¿Otra vez estás borracho, Tristan? ¡Joder! ¿No tienes bastante con los problemas que ya tienes? Nika no será lo mismo que Luna, pero al menos te mantenía distraído. Yo pensaba que te estabas deshaciendo de ese miedo tan absurdo de repetir varias veces con la misma mujer.

- Sólo la he visto tres veces desde que volvió de Madrid, John. Aunque la prensa insista en afirmar que tenemos una relación, no es verdad. Y sí, tienes razón, ya no me da ya miedo repetir con una misma mujer. Siempre que me haga olvidar a esa tortura que tengo en la cabeza a todas horas.

- Esa tortura se llama amor, Tristan. Deberías intentar hablar con Luna. Tienes que admitir que estás peor sin ella que con ella. – En eso mi amigo tiene toda la razón. Suspiro y miro al techo.

- No querrá saber de mí...

- No lo has intentado siquiera.

- Se merece ser feliz de verdad. Tú y yo sabemos que aún no estoy listo para esto. La defraudaría, se me iría de las manos con mi escaso autocontrol sobre mis impulsos...

- ¿Y si para ella ser feliz significa estar contigo? – Se me escapa una lágrima que borro rápidamente de mi cara al oír eso.

- La dejé tirada, John. Me fui y corté toda comunicación con ella. Ella no sabe que lo hice para protegerla y seguro que los rumores de que tengo algo con Nika la habrán hecho creer que me escapé de ella por otro motivo muy diferente. ¿Crees que después de todo querrá escuchar una película rocambolesca sobre fobias y asesinatos en familia? Lo que querrá será olvidar el daño que le hice. Y, francamente, no creo que pueda soportar hacerle un daño aún peor o una rotunda negativa de ella por su parte para volver a verme. Si me rechazara de esa manera sería mi fin. Y sé que lo merezco. Merezco esta mierda y mucho más. Pero me duele demasiado renunciar a ella.

- Tristan, te he dicho mil veces que tú no eres como tu padre. Os parecéis mucho físicamente, no te lo voy a negar, pero no...

- ¡Soy su jodido calco, John! – Me tiro a la cama bocarriba.

- Tristan, somos dueños de nuestros actos. Somos libres de escoger quiénes queremos ser. ¿Quién quieres ser tú?

- Yo sólo quiero tenerla junto a mí.

- Suenas derrumbado Tristan. Ve, búscala, dile lo que sientes. Cuéntale lo que te pasa y déjala decidir por ella misma si quiere seguir a tu lado cuando lo hagas.

- Pensaré en ello. – Digo sin fuerzas para seguir pensando. Al fin el alcohol me está dejando adormilado.

- Está bien. Descansa. Inténtalo al menos. Prueba con la relajación.

- Eso haré. Adiós. – Cuelgo y me quedo un rato mirando al techo.

Puede que lo haga. Puede que la busque. Puede que trate de convencerla de que lo deje todo y se venga conmigo, con este amargado, tarado, inseguro, marcado psicológicamente y sobre todo muerto de amor por ella. Pero parece poco probable que yo sea capaz de hacer tal cosa.

Los ojos me pesan de tanto darle vueltas al coco...

“Papá ha llegado a casa, está enfadado. Me grita y me dice que mi mamá es mala, que lo quiere echar de casa y que quiere que otro hombre sea mi papá.

Yo no quiero otro papá. No quiero ningún papá. Los papás gritan, están casi siempre borrachos, insultan. Yo sólo quiero estar con mi mamá. Mi hermanita llora en su cuna y mi mamá también llora. Le dice a mi papá que se vaya y nos deje en paz. Yo también quiero que se vaya. Me tapo los oídos. No quiero oír más gritos. Pero mi papá pega a mi mamá y la tira al suelo del golpe, y ahora, soy yo quien grita.

- ¡Mami! ¡Mami! – Me tiro sobre ella y lloro mientras miro a mi papá y no comprendo por qué hace esto. Mi mamá es buena. – ¡No pegues a mamá!

- ¡Quítate del medio! – Me grita papá y me empuja. Mi mamá se asusta al ver que me ha hecho daño y me he golpeado contra la pared. – No vas a dejarme por otro. Tú eres mía, ¿me oyes? Prefiero verte muerta que en los brazos de otro. – Mi papá está haciendo daño a mi mamá, le está apretando del cuello.

- ¡Suéltala! ¡Suéltala! – Le grito hasta hacerme daño en la voz. No puedo separarlo de mi mamá. Es demasiado fuerte. – ¡Deja a mamá!

Pero papá no hace caso.

De repente, mamá se queda dormida y papá la mira con miedo. ¿Qué pasa?

- ¿Isabel? – Intenta despertarla. – Isabel... ¡oh, dios mío! ¡Qué he hecho...! – Papá se tira de los pelos, me mira con el horror en los ojos y se va. Por fin se ha ido.

- Mami, mami, ya se ha ido. Ya puedes despertar. ¡Mami! ¡Despierta mami! – Mi hermanita sigue llorando cada vez más fuerte. – ¡Mami! ¡Despierta! ¡Papi ya no está!”

Abro los ojos de golpe y de un salto me incorporo en la cama. Mierda. Ese maldito sueño otra vez... Necesito más whiskey. Eso me mantiene sereno y aleja las crisis de ansiedad.

Así que antes de que desemboque en otra maldita crisis me dispongo a beber a morro directamente de la botella, cierro los ojos y continúo bebiendo hasta que siento otra vez mis neuronas adormiladas.

Al cabo de un rato me vuelvo a quedar dormido por la borrachera. Vestido y todo. Y sueño con otra pesadilla, mi nueva pesadilla: Luna diciéndome que la deje en paz, que ella ya ha hecho su vida con otro que la ama de verdad y sin miedos.

Dos horas y media después me despierto sobresaltado y asqueado con mi puta realidad.

Esto no puede seguir así. ¿Cuánto tiempo más tengo que esperar para olvidarla?

¿Cómo hago para arrancarla de mí?

LUNA

- ¿Luna? ¿Me oyes? – Me pregunta Ana y sacudo la cabeza para volver a la tierra.

Otra vez me he quedado pasmada mirando la silla en la que Tristan se solía sentar cuando venía a la cafetería. A veces hasta oigo su voz. Me estoy volviendo chalada.

- Sí, sí, café con leche y tostadas con... con...

- Café solo y tostadas con tomate y aceite. – Me aclara Ana con una ceja alzada.

- Sí, eso, para la mesa seis.

- La tres. – Se cruza de brazos.

- Entendido. – Me giro y me pongo a ello. Pero sé que Ana está mirándome fijamente a mi espalda.

- Necesitas un ligue nuevo. – Sus palabras chocan con mi espalda y rebotan para salir disparadas a algún lugar lejano a mí.

- No quiero más problemas ahora mismo. Sólo necesito que pase ya el juicio contra Juan y poder poner en orden mi vida. – Le digo sin mirar mientras preparo el café.

- También necesitas olvidar a Tris...

- ¡No lo nombres! – Esta vez sí que me giro y le dedico una mirada llena de rabia. – ¡No quiero oír su nombre! ¡Ya no está, no volverá y no tengo forma de verlo ni saber de él! ¡Así que te agradecería que me facilitaras la tarea de olvidarlo! – Le apunto con el dedo. Desde que Tristan se fue mi carácter se ha vuelto más duro como consecuencia de que he tomado la decisión de convertirme poco a poco en una persona segura de sí misma y menos temerosa.

- ¿Acaso hace falta que lo nombre para que pienses en él a todas horas? – Me riñe mi amiga. – ¡Siempre estás mirando a esa silla, o a la puerta, como si estuvieses esperando que apareciera en cualquier momento! – Aprieto la mandíbula y gruño. Ana tiene razón y me aborrezco por no ser capaz de ser más fuerte. Pero lo estoy intentando.

- Por eso estoy buscando otro trabajo. – Digo.

- ¡Qué! ¡No, Luna! ¡No me vayas a dejar sola en esta mierda! – Señala el suelo. La miro y suspiro.

- Nunca te dejaré sola Ana. Tú eres mi familia, mi apoyo, lo único que de verdad tengo. – El labio de Ana comienza a temblar por la emoción. – Pero tengo que olvidarlo de una vez. Y tengo que solucionar el tema de Juan. Y no te preocupes, cuando todo esté en orden volveré a salir con hombres. Ahora mismo no estoy del todo presente y no tengo muchos ánimos. Toma, el café de la tres. – Le tiendo el vaso. – Ahora llevo yo las tostadas.

- Vale. – Ana me sonrío y se va con el café, gracias al cielo dando la conversación por finalizada, porque no puedo aguantar mi entereza todavía durante mucho tiempo cuando hablo de él.

Cinco minutos antes de las tres, la hora en la que salgo de trabajar, una mujer muy arreglada y con una apariencia muy formal entra en la cafetería y me sonrío como si me conociera. Yo, por más que la miro de arriba abajo, no tengo ni idea de quién es.

- Luna, ¿verdad? – Me tiende la mano y la estrecho con incertidumbre. ¿Quién es?

- Sí, dígame. – Digo mientras la estrecho.

- Soy Mónica Sanz, abogada. – Mierda. ¿Es la abogada de Juan? Porque mi abogado de oficio es un señor mayor que no tiene tanta pinta de pijo. – Me gustaría hablar un rato contigo, si no es inconveniente. Sales ya de trabajar, ¿verdad? – ¿Cómo sabe mi turno?

- Sí, eh... deme unos minutos. Me cambio de ropa y salgo enseguida.

- Tranquila. Te esperaré ahí sentada. – Me señala una mesa de la cafetería.

- De acuerdo. ¿Quiere que le sirva algo?

- Un té negro con azúcar de caña, por favor. – Dice sonriente.

Es demasiado amable conmigo para ser la abogada de Juan. Le preparo el té, se lo sirvo y me dirijo al almacén de la cafetería para cambiarme de ropa, con una extraña sensación en el estómago.

Cuando salgo, tomo asiento frente a ella. Estoy hecha un flan.

- Dígame Señora Sanz, ¿en qué puedo ayudarla? – Le pregunto intentando no mostrar mi nerviosismo.

- ¡Oh, llámame Mónica, por favor! Si vamos a trabajar juntas tenemos que hablarnos con cordialidad.

- ¿Juntas? No entiendo... yo ya tengo mi abogado...

- Sí, lo sé. Ramón Benítez. Ya he hablado con él y le he dicho que yo me haré cargo del caso. – Me quedo a cuadros.

- Sigo sin entender...

- Luna, tranquila, soy de las mejores abogadas de Madrid. – Me coge de la mano y mi estado de shock se acrecienta con esa afirmación.

- ¿Cómo?

- Mi cliente me ha pagado una importante suma para hacer que a Juan Ramírez Belmonte se le imponga la mayor de las condenas posibles. – Mis ojos se abren cada vez más.

- ¿Su cliente? ¿Qué cliente? – Separo mi mano de la suya y me yergo en la silla.

Esto me suena muy raro. Esto me suena a... Tristan. ¿De veras no ha sido capaz de hablar conmigo ni siquiera para informarme de esto? ¿Tanta indiferencia siente por mí que no he merecido ni una conversación por su parte? Porque está claro que si es él el que está detrás de todo esto es únicamente porque se siente culpable. Seguro que debe imaginarse que yo ya sé que mantiene una relación amorosa con la tal Nika, ¡todo el mundo lo sabe! a pesar de que a mí siempre me insistió en que no podía llegar a más con ninguna mujer. Y yo, como una tonta, lo creí. Creí el papel que interpretó conmigo para simplemente llevarme a la cama y convertirme en su “nueva víctima”.

- No me está permitido revelar su identidad. Pero tú no te preocupes. No te costará nada a ti. Todo corre de parte de mi cliente.

- Lo siento, no puedo aceptarlo. – Me levanto y cojo mi mochila para irme cagando leches del medio de la intermediaria de Tristan Moore y su mala conciencia.

No quiero darle motivos para que piense que así arregla todo el vacío que dejó en mí. Ni tampoco quiero que se sienta bien consigo mismo. Lo que realmente querría sería volver a verlo alguna vez y ver en sus ojos que realmente no todo fue mentira.

Pero dudo mucho que nos volvamos a ver.

Él me dejó muy claro en su nota que cortaría toda relación conmigo y que hasta cambiaría de número para que yo no lo llamase, como sin duda lo habría hecho para suplicarle que no dejara. Ahora ya no siento esas ganas de suplicar. Después de muchas noches de lágrimas, amargo llanto y hasta gritos de dolor por su pérdida, ahora lo que quiero es olvidarme de que esos maravillosos días existieron.

En una cosa tengo que darle la razón a Tristan Moore, el amor duele. Sin embargo, no voy a perder la esperanza de sentirme de verdad querida alguna vez. Como creí sentirme una vez por él.

- ¡Luna! – La mujer me vuelve a sujetar de la mano para evitar que me vaya. – No seas tonta. ¡Podemos pulverizarlo!

- Mira Mónica. No es nada personal contigo. Pero dile por favor a tu cliente, el Señor Moore, que no tiene que sentirse en deuda conmigo. Dile que yo ya le he olvidado y que mi nuevo novio no entendería que otro hombre me pagase un carísimo abogado. – Miento y sé que lo hago con la esperanza de hacerle daño. – Así que se lo agradezco mucho, y te lo agradezco a ti, pero no es necesario. Dile que puede seguir haciendo su vida con Nika y que le deseo lo mejor. – La mujer me mira anonadada, sin saber qué decir.

Eso me constata que es él quien está detrás de todo esto.

Me giro y me voy intentando mostrarme serena y segura de mí misma, aunque por dentro estoy hecha un puñado de nervios.

Decido volver a casa andando, a paso rápido. Al menos andar me hará descargar un poco de adrenalina y podré controlar un poco así el llanto, al menos hasta llegar a casa, el único sitio donde me permito llorar por Tristan Moore.

Toda esa fortaleza nueva que he decidido sacar me sirve momentáneamente, pero, al llegar a casa, me tiro sobre el sofá y me desmorono llorando de nuevo como cada día, en soledad. La canción de “Rupture” de Cranberries es mi única compañera, como todos los días. La escucho una y otra vez y vuelvo a recordar los bonitos momentos que viví con Tristan, que, aunque para él fueran parte de la ficción a la que está acostumbrado a vivir, para mí fueron muy reales y, los mejores días de toda mi vida.

La parte masoquista de mí me domina durante un momento y vuelvo a mirar en Instagram las fotos que algunos paparazzis colgaron nuestras. Aunque cada vez ocupan un lugar más distante en el tiempo, pero siguen ahí. Hay una en especial que es mi preferida. En ella Tristan me levanta en el aire mientras me besa acaloradamente bajo una lluvia incesante creada por el agua de un aspersor en el Retiro.

Se vuelve a humedecer mis ojos, aunque también sonrío al recordar ese día. Lo quiero tanto...

¿Podré olvidar alguna vez a Tristan Moore y volver a enamorarme de alguien que sienta que soy suficiente para él, tal y como soy?

No... no podré olvidarlo...

Nunca...

El agujero de mi pecho es demasiado grande y no puedo volver a llenarlo de nuevo de una manera tan bonita, mágica y esperanzadora como lo hice aquellos días, a su lado.

TRISTAN

Hoy he empezado clases de yoga y meditación en mi casa con una mujer que John me ha recomendado. Me siento muy ridículo haciendo todas estas posturas y el rollo ese de la respiración... pero si sirve para poder dejar mis angustias a un lado, me conformo con hacer el ridículo.

Sarah, la entrenadora de yoga, sí que se lo toma muy en serio y la verdad es que me tengo que esforzar mucho en no reírme cuando la veo tan metida en el papel. Yo nunca he sido una persona muy espiritual, que digamos.

La chica está como un tren y creo que a veces me pone ojitos y me toca de una manera especial cuando me ayuda a colocarme en la posición adecuada. Y, sin embargo, mi miembro viril no ha dado muestras de estar vivo en ningún momento. ¡Eso sí que es raro! Hasta la última vez que estuve con Nika tuve problemas de erección y a duras penas pude acabar la faena. ¡No tenía bastante con mis paranoias de siempre! ¡Ahora me va a costar también empalmarme! ¡Vamos, no me jodas!

Maldita Luna...

Después de la clase estoy empapado en sudor y hambriento. Algo que agradezco, porque me he alimentado muy mal últimamente y no me interesa perder masa muscular para la película que comenzaremos a rodar en unos meses en la que seré el protagonista al fin.

Sarah se va con una enorme sonrisa y quedamos en continuar el lunes siguiente con las clases. Voy a darle un margen de una semana a la clasesita ridícula a ver si me ayuda a relajarme y dormir.

Marcia, mi asistente, ha dejado un buen asado para comer y creo que hoy al fin voy a comérmelo todo y dejar de tirar comida.

Tengo que llamar a Mónica Sanz, la abogada que he contratado para Luna, pero voy a esperar a hablar con ella cuando haya terminado de comer. Porque estoy seguro que tener noticias de esa maldita mujer me hará perder el apetito y volver a ponerme nervioso.

Aunque, cuando estoy ya terminando mi plato, después de jugar con el móvil en la mano durante minutos, al final marco su número. Ya estará despierta. Hay mucha diferencia horaria con España, pero Mónica es madrugadora. Enseguida contesta.

- Hola Señor Moore. Iba a llamarle ahora mismo.

- ¿Qué tal está Mónica? – El corazón me bombea en el acto al pensar que voy a tener noticias de Luna.

- Bien, Señor Moore. Aunque tengo que comunicarle un pequeño problema con Luna Sáez.

- ¡Qué! ¡Qué pasa! – Me tenso y suelto la comida sobre el plato.

- No quiere que yo la represente, señor.

- ¿Por qué? – Pregunto con pesar. – ¿Le has dicho que eres una de las mejores? ¿Le has dicho que ella no tiene que pagar nada?

- Lo hice, Señor Moore. Pero ella... no quiso aceptar su ayuda. Dice que tiene nueva pareja y que no entendería que otro hombre le pagase un carísimo abogado. – Mi mundo se paraliza al oír eso. Todo deja de moverse. Mi corazón se para y mi respiración también.

- ¿Está con otro? – Pregunto casi sin voz.

- Eso me dijo, señor.

- No... no es verdad... ¿la viste con otro? – Me levanto de la silla y comienzo a dar vueltas por toda mi casa, acariciándome el pelo, tratando de buscar la serenidad que me falta.

- No, es sólo lo que ella dijo. Me dijo que se preocupara usted de una tal Nika, que ella se encargaría de su propia vida, o algo así.

- Piensa que estoy con Nika... quizá por eso lo dijo. No puede ser verdad... no está con otro. – Divago en voz alta. – Escúchame Mónica. Ve allí y vuelve a insistirle. Dile que no acepto un no. Dile que, si no acepta mi ayuda, yo mismo iré a buscarla y a ponerla en su sitio. ¡No puede permitir que ese malnacido salga del juicio sin la mayor de las condenas posibles!

- Pero...

- ¡Pero nada! ¡Te he pagado para hacer tu trabajo, maldita sea! ¡Te pagaré lo que haga falta! ¡Pero quiero que me asegures que ese bastardo se pudrirá en prisión! ¡Así que vuelve a buscar a Luna, convéncela, no me importa lo que tengas que inventar para hacerlo, pero hazlo! ¡Y llámame justo después para comunicarme su decisión, que espero por tu bien que sea positiva! Me da igual la hora que sea, tú llámame justo cuando hables con ella de nuevo.

- Pero...

No le doy opción a réplica y cuelgo. La ansiedad me está consumiendo por dentro y tengo que serenarme cómo sea. Llevo un infernal mes y medio repleto de ataques de ansiedad y pánico. Tengo que frenarlo y, he encontrado un motivo para hacerlo. Quiero recuperar a Luna.

No puedo imaginarla con otro. No. Ella me ama a mí. Me lo confesó. No puede ser que me haya olvidado ya. ¡No puedo permitir que esté con otro sin haberle dado una oportunidad a lo nuestro! Porque sé que ella es la única capaz de hacerme salir del pozo en el que me encuentro desde que murió mi madre. Porque sé que yo podría hacerla feliz. Sí. Ya la hice feliz una vez. Sonreía sin cesar a mi lado, se mostraba apasionada, alegre, viva. Sólo tengo que conseguir una cosa antes; controlar mi ansiedad y frenar los ataques.

No existe otro modo. Si de verdad quiero intentar la locura de recuperar a Luna e intentar forjar una relación con ella tengo que controlar esta mierda.

Así que empecemos por el ataque que está empezando a darme en este mismo momento.

Siéntate Tristan. Cierra los ojos. Concéntrate en tu respiración. Así. Eso es. Y piensa en algo positivo como... volver con ella.

Cuarenta minutos después estoy bastante tranquilo, para ser sincero. Y bastante sorprendido. Porque la noticia de que Luna está con otro casi me aniquila por dentro. ¡Esta mierda del yoga funciona! Es una buena noticia. Puede que siga sintiendo el dolor en el pecho de la pérdida de Luna, pero combinado con ese dolor, siento la esperanza de poder controlar mis mierdas y recuperarla.

Me ducho y me preparo para el viaje de hoy con una nueva esperanza en el pecho.

Es de noche y estoy en Nueva York. A punto de salir a plató. Jack Ford (el chico bueno de la serie “Luna de cristal”) Nika Carlin (mi compañera de set en la serie y la mujer que todos los medios me atribuyen como pareja actual) y yo vamos a hacer la entrevista promocional de la primera temporada de la serie que hemos rodado juntos entre Madrid y Los Ángeles, en el show nocturno de la cadena Fox de televisión. La entrevista será televisada esta misma noche en directo y colgada en internet al día siguiente.

Es la primera de varias entrevistas que la productora tiene contratadas en numerosos canales de televisión y demás medios de comunicación tanto estadounidenses como también en Inglaterra, por ser de habla inglesa.

Soy consciente del alcance mediático que estas entrevistas tienen y que, muy posiblemente, puedan ser un altavoz para comunicarme de alguna forma con Luna, si es que llega a verlas alguna vez. Aunque Joe, mi agente, me ha insistido una y otra vez que no haga declaraciones de posibles relaciones amorosas, porque dañarían mi imagen pública y mi caché, ya que el hecho de ser soltero hace que el público femenino muestre más interés en mí. Especialmente ahora que voy a protagonizar al fin una película.

Nika, Jack y yo llevábamos cuatro semanas sin vernos, desde que terminó todo el rodaje, y tengo que admitir que hoy Nika se ve espectacular después de haber pasado por maquillaje. Pero, para mí, ella ya sólo es un obstáculo entre Luna y yo.

Así que, después de varias preguntas por parte del presentador sobre la sinopsis de la serie y otras dirigidas a mi compañero Jack sobre su vida en familia, abordo la pregunta sobre si hay algo entre Nika y yo como puedo.

- Nika es una de las actrices con más proyección de futuro que he conocido. – Contesto con una mirada cómplice hacia mi compañera de set. Ella aletea sus pestañas creyendo que estoy coqueteando. – Pero sólo somos amigos. No hay nada más, lo siento. – Nika asiente a mi declaración, pero no parece muy conforme.

- Pero, han salido fotos vuestras pasando alguna velada juntos fuera del rodaje. – Añade el presentador mientras muestra algunas instantáneas robadas de Nika y mías de una vez que coincidimos en un pub nocturno y acabé llevándomela a la cama. En las fotos aparecemos los dos

muy acaramelados en mitad de la pista de baile. Mierda. Esto no va a ayudar a mi credibilidad.

- Somos buenos amigos. – Vuelvo a insistir. – Mi mente está puesta en otra cosa.

- ¿Otra cosa u otra persona? – El presentador quiere más información sobre mi estado sentimental.

Está bien, lo entiendo. Pero no voy a airear mis sentimientos en televisión. Nunca he sido capaz de hablar de ellos con mis seres más cercanos, sólo con John. Así que este presentador no va a ser el primero.

De repente, en la enorme pantalla que hay tras el presentador, una preciosa foto de Luna en mis brazos hace aparición y me quedo mudo al verla. Joder... Luna...

- Este Tristan es todo un seductor. – Añade Nika y la miro mordeándome la lengua para no mandarla a la mierda.

- ¿Quién es esta preciosa joven, Tristan? – Me pregunta el presentador con curiosidad.

Miro al público del plató y recuerdo que Joe, mi agente y manager, me ha insistido en que no hable de mis sentimientos hacia ninguna mujer.

Lo sopeso bien. No quiero decir nada que me comprometa ante la opinión pública ni mucho menos a Luna, que tiene que afrontar un juicio en breve contra su expareja. No quiero que la prensa la moleste a ella, ni que la asedie día y noche. No quiero que lo que siento por ella le perjudique en ese juicio. No quiero ser un obstáculo en su vida. Por muy enamorado que esté de ella. Ya buscaré la forma de ser yo mismo quien le haga saber lo que siento por ella.

- Es una persona que no pertenece a este mundo. – Digo simplemente. – Ni siquiera tengo contacto con ella. – No sé por qué me siento miserable al decir algo así.

Gracias al cielo, debido a la falta de tiempo, se zanja la conversación aquí y muestran un clip de la serie para promocionarla, ya que a eso es a lo que venimos. Pero no tienen otra cosa que hacer que mostrar una escena de cama entre Nika y yo de la serie.

El presentador nos despide tras mostrar el clip y da paso a la publicidad para despedirnos como es debido. Me quito el micrófono y me dirijo a mi camerino. Por el camino, miro mi móvil para ver si tengo noticias de Mónica, la abogada que he pagado para Luna. Pero nada.

- ¿Te apetece salir un rato esta noche? – Me sorprende Nika a mi espalda cuando estoy abriendo la puerta de mi camerino. Me giro y la miro confundido. – Jack se ha apuntado.

- Eh, te agradezco la invitación, Nika. Voy a volver a Los Ángeles el domingo y mañana tengo cosas que hacer. Tengo cosas que resolver.

- Una lástima. Podríamos repetir lo de la última vez. – Dice con un tonito lastimero ridículo.

- Nika, déjalo estar. – Digo cansado y entro en mi camerino.

En la habitación de mi apartamento que tengo en Nueva York me tumbo en la cama y no dejo

de mirar el móvil. Necesito una maldita señal que me diga que puedo ir planeando un acercamiento con Luna. Pero mi teléfono sigue mudo.

Pruebo con la relajación y trato de dormir algo. Cuando llegue la llamada me despertaré. Seguro.

LUNA

La mañana del viernes en la cafetería ha sido como siempre un trasiego. Pero agradezco estar tan ocupada para no pensar en él. Ha venido otra vez la abogada esa, Mónica Sanz, y me ha insistido en llevar mi caso contra Juan. He vuelto a declinar la oferta. A pesar de que Ana me ha gritado hasta la saciedad porque no está de acuerdo con mi decisión.

Aunque, cuando le he explicado mi motivo, mi amiga al fin ha comprendido mi situación. Tristan está con Nika y me ha hecho el corazón trizas. Si no estuviera con nadie al menos habría podido seguir creyendo que conmigo todo fue especial y mágico. Pero me ha mentado sólo para llevarme a la cama y me ha dejado aquí, con un tremendo agujero en el pecho y sintiéndome sola, vacía y sobre todo estafada. Así que no quiero contribuir a limpiar su sucia conciencia conmigo.

Si Tristan no es capaz al menos de hablar conmigo y decirme cuáles son sus verdaderos motivos para ayudarme es que no pueden ser buenos. Así que no quiero su ayuda. No quiero seguir pensando en él. No quiero sentirme tan vacía. Quiero continuar con mi vida.

Me ha costado derramar muchas lágrimas de sangre para liberarme de la prisión de Juan. No quiero ser prisionera ahora de un amor no correspondido y que ni siquiera está presente en mi vida. No quiero desperdiciar mi corazón con alguien que nunca más va a volver a mi lado. Con alguien a quien sólo pueda admirar desde la distancia de una pantalla de plasma. Aunque, ahora en casa, sola y vestida con su chándal que una vez me prestó cuando pasé la noche en su casa, escuchando de nuevo la canción de “Rupture” en bucle, lo único que deseo es que la vida alguna vez me vuelva a dar la oportunidad de volver a degustar sus besos.

Después de otra larga noche en la que duermo a ratos y lloro su ausencia a otros, el sábado me levanto un poco más determinada a olvidarlo.

Necesito salir de mi rutina y sobre todo necesito salir de las cuatro paredes de mi casa. De modo que salgo a correr un rato y a gastar energías. A lo mejor así esta noche no es tan mortífera.

Me obligo a almorzar y paso unas horas por la tarde leyendo. He elegido un thriller. Algo que se aleje del romanticismo. Aún no estoy preparada para eso. Y también me obligo a dejar de escuchar una y otra vez esa maldita canción.

Por la tarde Ana me llama por teléfono y me anima ver su nombre en la pantalla del móvil que... me compró Tristan.

- ¡Hola! – La saludo, entusiasmada por hablar con alguien.

- Hola mujer de las cavernas. ¿Te apetece salir un rato con tu mejor amiga esta noche?

- ¿No has quedado con Brandom hoy? – Ana sí ha tenido suerte y su relación con ese cantante va viento en popa.

- No. Se ha vuelto a ir de gira con el grupo. Está en Alemania esta semana. – Dice con voz tristona. – Le he dicho que me llame el lunes, al trabajo. Te necesito de intérprete. – Pongo los ojos en blanco.

El inglés de Ana ha mejorado bastante gracias a la colaboración de Brandom, pero sigue siendo insuficiente para mantener una conversación telefónica con él, y siempre que Brandom está fuera, me usan de intérprete entre los dos. No me importa hacerlo por ella, pero siempre me pone melancólica escucharlos hablar de amor.

- ¿Cuál es tu plan entonces?

- ¿Quieres ir al Marilyn?

- La verdad es que sí. Necesito salir y dejar de pensar. – Además, ese es el único sitio al que de vez en cuando salgo a cantar un poco mis penas.

- ¡Genial! Te veo allí a las diez.

- Allí nos vemos. – Digo animada. Aunque el Marilyn me recuerde también a Tristan porque allí le dediqué una canción de amor, en realidad, cualquier sitio me recuerda a él.

A las diez en punto estoy en la puerta del Marilyn arreglada y esperando a mi amiga. Mientras espero, una mujer que me resulta familiar entra en el bar y me mira de arriba abajo. ¿De qué me suena?

- ¡Hey! – Me sorprende Ana. – Ya estoy aquí. Vamos dentro. – Entramos y pedimos una cerveza cada una. Después nos sentamos en una mesa mientras escuchamos de fondo la actuación improvisada de una chica que canta “Amiga mía” de Alejandro Sanz. – Dime. ¿Lo has visto ya? – Me pregunta mi amiga cuando ya estamos acomodadas y yo me quedo extrañada.

- ¿El qué?

- ¡La entrevista que hizo ayer Tristan! ¡¿Qué va a ser?! – El corazón se me para.

- ¿Hizo una entrevista?

- ¿Pero tú en qué mundo vives? Hizo una entrevista con la víbora esa de su compañera. – Se me hace un nudo en el estómago.

- Ya sabes que no soy muy asidua a las redes sociales... ¿Qué dijo? ¿Han confirmado ya el romance?

- ¡No puede ser que no lo hayas visto! ¡Tienes que verlo con tus propios ojos, Luna!

- No sé si me atrevo... – Me bebo la mitad de mi pinta de un trago. Ana me mira como si no se creyese lo que digo. Para mí tiene mucho sentido. Verlo de nuevo me hace daño. Y si lo que tengo que escuchar es negativo todavía más. Aunque bien sé que cuando esté sola en casa lo miraré sin poder evitarlo. – Ahora mismo quiero pensar en otra cosa. – Sonrío a mi amiga. – Dime, ¿cómo te va con Brandom? Parece que todo va genial entre los dos, ¿no es así?

- ¡Sí! Estoy tan emocionada... lo único malo es que todavía no lo entiendo del todo bien. Sólo me entero de lo que quiere claramente cuando me dice “Fuck”. – Ana y yo soltamos una

carcajada ante su comentario. Me viene bien estar con ella. Hace que ría y es la única que lo consigue de verdad desde que Tristan se fue.

En ese momento, la mujer que vi en la calle y que creo conocer de algo comienza a hablar en inglés con alguien en voz muy alta, hace que me llame la atención en el bar y vuelve a mirarme. Me dedica la misma cara de extrañeza que yo le dedico a ella. Tiene el pelo negro y muy corto. Unos ojos muy azules y muy maquillados. Es muy guapa.

- ¿La conoces? – Me pregunta Ana.

- Eso creo, pero no sé de qué.

- A mí también me suena. Puede que sea una clienta de la cafetería.

- Tiene un aspecto muy pijo para venir a la cafetería, Ana.

- ¿Luna? – Una voz masculina me sorprende a mi espalda. Al girarme veo al pianista del bar. – Eres Luna, ¿verdad?

- Sí, sí, soy yo. – Digo extrañada de que conozca mi nombre. Aunque será porque he venido alguna vez a cantar desde que Tristan se fue.

- ¿Te importaría acompañarme en una canción? Recuerdo haberte escuchado varias veces cantar aquí y lo haces muy bien. – Me quedo boquiabierta.

- ¡Sí, sí! – Me anima Ana.

- Ehhhh, vale. – Me levanto con paso tembloroso y acompaño al pianista hacia el escenario.

- ¿Qué quieres cantar? – Me pregunta al tomar asiento junto al piano. ¿Qué me gustaría cantar? Si él estuviera aquí...

- Noventa minutos, de India Martínez. – Le pido. Noventa minutos no puede durar el amor... representa exactamente lo que viví con él.

Todo tenía una fecha de caducidad demasiado corta. Quizá si me hubiera dado un poco más de tiempo podría haberle demostrado que puedo ser suficiente motivo para él.

Me acerco al micrófono y cierro los ojos para imaginarme que le canto esta canción a él.

De pronto, el bullicio del bar cesa y me permite concentrarme más en el mensaje que quiero darle.

No puedo evitar que alguna lágrima se me escape. Tristan ha sido el gran amor de mi vida. La única persona que me ha hecho de verdad feliz. Y, aunque fuera una mentira todo, amé y sigo amando su mentira. Lo echo tanto de menos que no sé si alguna vez podré olvidarlo de verdad. Siento la necesidad de perdonarlo, pero entonces todo dolería más, porque yo sería la única persona a la que tendría que culpar de haberlo perdido a él.

Cuando termino mi canción vuelvo a ser consciente de dónde estoy, al escuchar los aplausos. Me levanto tímidamente, doy las gracias y vuelvo rápidamente a la mesa donde Ana me espera.

- ¡Guau! ¡Ha sido increíble! – Grita Ana entusiasmada. – Seguro que has pensado en Tristan...

- Ha sido como si se la cantara a él. – Admito.

- Hola. – Me giro y veo a la enigmática mujer de antes junto a mí. – Eso que acabas de hacer ha sido increíble.

- Hola, ¿te conozco?

- Me llamo Milagros. No he tenido el placer de hablar nunca contigo, pero te he visto venir algún sábado de estas últimas semanas por aquí. – Ana me mira sorprendida y después mira a la tal Milagros. Sí, he venido aquí sola, a cantar cuando la soledad me ha podido. – Tienes una voz maravillosa. Me gustaría verte en una audición, si lo ves bien. – Ana y yo nos miramos sorprendidas.

- ¿En una audición? ¿Para qué?

- Es verdad, perdona. – Milagros se ríe. – No me he presentado del todo. Trabajo para una empresa cazatalentos. Soy manager. Sería sólo para abrirte una ficha profesional y, si saliese algún trabajo interesante, te lo haría saber por si estás interesada. Pero necesito material decente que presentar a las productoras. – La miro petrificada. ¿Cazatalentos? ¿Yo serviría para el mundo del espectáculo? Lo dudo mucho... – Así que, si lo ves bien, acordemos una cita en la sala de actos de la empresa en la que trabajo, así podremos grabarte apropiadamente y, con un poco de suerte, encontrarte algo digno de una voz y un aspecto como el tuyo. Toma, esta es mi tarjeta. – Me tiende una pequeña cartulina con su nombre en él, Milagros Escribano.

- ¡Genial! ¡Claro que irá! – Grita Ana. Yo la miro perpleja. No entiendo lo que está sucediendo. – Luna, dale tu número, ¡vamos! – Miro a Milagros que me sonrío.

- Ehhh, sí. – Se lo dicto y lo anota.

- Luna, ¿verdad?

- Sí, eso es.

- Bien Luna, nos vemos pronto. Te llamaré durante la semana que viene para decirte qué huecos tengo para la audición. – Milagros me tiende la mano de forma muy profesional y se la estrecho todavía en shock. Después se despide y se va.

- ¡Madre mía! – Vuelve a gritar Ana cuando volvemos a estar sola. – ¿Te imaginas? ¡Vas a ser una estrella! ¡Como...

- ¡No lo digas! – Corto a mi amiga. – No voy a volver a cometer el error de anticipar mi futuro.

Sin embargo, la irrupción de Milagros en mi vida ha vuelto a hacer que mi cabeza trabaje por sí sola y se imagine un futuro para mí mejor del actual.

Y, quizá... volver a ver a Tristan algún día, pero al fin hacerlo de igual a igual.

Esa idea cabalga por mi cerebro sin permiso, pero se ha instalado ahí, y vuelvo a soñar con

volver a tener a Tristan Moore de frente, ojalá más pronto que tarde.

Y esa idea ha conseguido despertar mi ilusión de nuevo.

Si existe la posibilidad de volver a encontrarme con Tristan Moore de frente, no quiero que se encuentre a un alma solitaria y triste, compadeciéndose de sí misma.

Así que acepto de buena gana la proposición de Ana de salir a bailar esa noche y lo damos todo.

Incluso me tomo alguna copa que me sientan extrañamente bien y acabo dándolo todo en la pista de baile con mi amiga.

Creo que hay esperanza para mí. Mientras hay vida hay esperanza. Siempre la hay. Debe haberla.

Si no, ¿qué sentido tiene todo?

TRISTAN

- ¡Joder Mónica! ¡Te dije que la convencieras! ¡Te dije que tú tienes que hacerte cargo de la acusación! – Le grito al teléfono desde mi habitación en mi piso de Nueva York.

- Lo sé, Señor Moore, pero Luna se niega en rotundo a que usted se haga cargo de los gastos de su defensa. No tuve forma de convencerla.

- ¿Pero por qué no? ¿Tanto me odia? ¡Maldita sea! – Pateo una figura de madera que tengo en la habitación.

- Dice que usted ya tiene pareja y que debe preocuparse de su pareja, no de ella.

- ¡¿Qué maldita pareja?! ¡Ufff, qué terca es esta mujer! Bueno, déjame a mí. Yo me encargaré de convencerla de otra forma. Pero no voy a permitir que ese jodido cabrón salga de ese juicio con una pena inferior a lo que se merece. – Cuelgo y vuelvo a golpear una silla que me encuentro en el camino. – ¡Eres un maldito grano en el culo, Lunita! – Grito lleno de rabia. – ¡Pero esto no quedará así! ¡Ni de coña!

Cuando siento que la ansiedad está a punto de colapsarme los pulmones decido hacer uso de la meditación de nuevo. Si me funcionó ayer tiene que hacerlo hoy también.

Aunque anoche volví a dormir horrorosamente mal, y ahora mis sueños sólo son con ella dejándome, olvidándome. ¡Qué ironía! Toda una vida huyendo del amor y llega ella y me vuelve todo del revés.

Como la meditación no consigue calmarme todo lo que necesito acabo llamando a John, desesperado.

- ¿Tristan? ¿Estás bien? – Me contesta John enseguida.

- ¡No! ¡Luna me odia! ¡Está con otro! ¡Y ni siquiera acepta mi ayuda con lo de la abogada! ¡Me duele el pecho y no puedo calmarme ni con la puta meditación!

- ¡Oye! ¡Relájate! Toma asiento.

- ¡Estoy sentado! ¡Joder!

- Ahora habla en un tono más relajado. – Resoplo. – Vamos, si me vas a hacer trabajar un sábado por la noche, al menos, no me hables rugiendo. – Gruño para asentir que tiene razón. – ¿Te duele el pecho?

- Sí. Y estoy bastante mareado. – Me tumbo bocarriba en mi cama e intento respirar con normalidad, pero no puedo.

- Tristan, tienes que calmarte. Te dará un infarto algún día. ¿Desde cuándo te duele el pecho? Eso es nuevo para mí.

- No lo sé. Desde hace unas semanas noto un dolor intenso cada vez que pienso en ella...
- ¿Has intentado hablar con Luna y arreglar tu patosa huida?
- ¡No, joder! ¿Qué parte del “Luna me odia y no quiere saber nada de mí” no has entendido?!
- ¡Tristan!
- ¡Vale, vale, joder, lo siento!
- Pues tendrás que intentarlo mejor. Porque mandar una abogada de intermediaria no es la mejor opción para buscar un acercamiento con una persona de la que estás enamorado.
- ¡No digas eso, por lo que más quieras! – Aprieto los ojos y me siento en caída libre.
- Puedes llamarlo cómo quieras, Tristan, pero es amor. Estás enamorado de ella y tú la dejaste. Así que tú tendrás que arreglarlo. No tienes nada que perder, Tristan, el no ya lo tienes, te lo has dado tú solito. Pero no Luna. Ella a ti no te ha dicho que no nunca, a nada. – Tiene razón. Mi respiración se relaja de un momento a otro. – Ella no quiere hablar con una abogada intermediaria, vale. Eso tiene todo el sentido, aunque tú no lo veas. Si no es una persona interesada, como tú siempre la has descrito, es normal que no le interese tu dinero ni tu poder lo más mínimo. Lo que necesita es oír de tus propios labios que ella te importa de verdad.
- Me importa de verdad... – Susurro dándome cuenta de lo que eso significa para alguien como yo. – Tengo miedo, John. No quiero herirla. No quiero ser como mi padre con mi madre. Ese maldito apareció muerto tras matar a mi madre. Se dio un tiro en la sien, como un cobarde. Yo no quiero ser cobarde, como él. Mi padre debió darse el tiro antes de acabar con la vida de mi madre...
- Tristan, para. Deja de torturarte por los actos de otros. Tú no eres tu padre, tú nunca habrías dañado a tu madre, ni le harías daño a Luna...
- Se lo hice, John.
- Te fuiste, sí, pero porque tenías miedo.
- John, me follé a otra la misma noche que me confesó su amor. Es lógico que ahora me odie. Yo también me odio.
- ¿Te follaste a otra cuando te confesó eso? ¡Maldita sea, Tristan, eres todo un experto en joderla de verdad! – Suspiro.
- ¿Qué hago? ¿Cómo arreglo eso? ¿Puedo arreglarlo? Y, sobre todo ¿Merezco que me perdone?
- Esa decisión es de Luna. En tus manos está sólo el intentarlo. Pero si no lo intentas nunca lo sabrás. Nunca sabrás si Luna y tú podríais ser felices, daros amor, pasión, esas cosas que sólo las personas elegidas pueden darte, Tristan. – Cierro los ojos y pienso en todas las veces que Luna estuvo entre mis brazos.
- Creo que yo la hacía feliz...

- Lo sabes, Tristan. Eso se sabe.

- Estoy muerto de miedo. No tengo ni idea de esto...

- Libérate de una vez de esa cárcel que te has impuesto tú solito y permítete vivir de verdad. La fama y el dinero no sirven de nada si no tienes a nadie con quién compartirlas. Eso es el amor, Tristan, compartir. No es nada de esa negatividad que tú te has empeñado en creer. Tu padre no amaba a tu madre de verdad porque no era capaz de amar, tú sí. – Una lágrima me resbala por la cara mientras escucho en silencio las palabras de John. – No quería a tu madre ni os quería a tu hermana ni a ti. Tú no eres el que tiene que pagar la condena de un asesino, debería haber sido él. Tú siempre te has hecho cargo de tu hermana y de tu tía. Tú sabes querer, él no. Lo que pasa es que tienes miedo, porque tus heridas son demasiado profundas. Pero tienes que dejarlas cicatrizar ya. O te desangrarán por dentro.

- Tendré que aceptar que la necesito para hacer eso.

- Bien. Pero primero trata de relajarte. Cierra los ojos. – Lo hago. – Piensa en que vas a hacer lo que esté en tus manos para arreglar esto y piensa que lo vas a hacer bien, con positividad, con ganas de ser feliz y hacerla feliz. Piensa también que, si Luna no te perdona, al menos tendrás tu conciencia tranquila, porque habrás hecho lo que debías hacer. Pero enfócate en que lo conseguirás. Harás que te perdone porque; ella te quiere.

Las palabras de mi amigo John me llegan a un lugar muy profundo de mi cuerpo y consigue que, de alguna forma, las guarde en una especie de caja fuerte en mi interior. Esa será mi meta y haré lo que esté en mis manos para conseguirlo.

Esa noche consigo dormir un poco más, aunque me despierto constantemente a causa de pesadillas que ahora tengo con Luna, pero no cunde el pánico gracias a las palabras de John y mi nueva determinación, así que consigo quedarme dormido después de despertarme súbitamente dos veces. Tras la tercera me es imposible, pero dormir cinco horas y media ha sido todo un hito para mí en comparación con lo que he dormido estas últimas semanas. Aunque echo de menos lo bien que dormía con Luna...

El domingo vuelo de vuelta a Los Ángeles. Esta semana que entra tenemos dos entrevistas programadas para la promoción de la serie.

Paso el día también pensando en cómo puedo abordar mi nuevo reto.

También llamo a Sarah, la entrenadora de yoga y meditación, y concierdo una cita para la clase de mañana por la mañana.

Por la noche del domingo comienzo a leer el guion de la película que voy a empezar a rodar como protagonista principal dentro de algo más de un mes. Hoy me han avisado de que ya tienen a una chica para hacer el papel de coprotagonista conmigo, aunque la productora parece que tiene problemas de entendimiento con ella con respecto a las condiciones de contrato.

La noche del domingo es diferente a todas las demás desde que me fui de Madrid, porque tengo un plan en mente y me mantiene ilusionado, pero a la vez nervioso. No sé qué me voy a

encontrar mañana.

Al despertar por segunda vez tengo el corazón alborotado, pero no por angustia, ni miedo, ni ansiedad. Acabo de tener un sueño erótico con Luna y, por primera vez en mi vida no quería despertar de un sueño. Quería que durara para siempre. Ha sido tan real... que casi siento el calor que emanaba su piel en la mía. Me acabo de despertar con una sonrisa enorme pintada en la cara y... con una erección de campeonato.

Así que me voy hacia la ducha, bastante divertido por la reacción de mi cuerpo, y decido darme una ducha y masturbarme antes de la clase de yoga.

Sarah llega puntual, justo cuando yo estoy terminándome el desayuno. No son cosas mías, creo que le gusto por cómo me mira, pero ignoro su comportamiento y trato de enfocarme en la clase de yoga y meditación. Creo que está dando buenos resultados en mí.

Cuando termina la clase, me despido de ella precipitadamente. Tengo una llamada muy importante que hacer.

Medito bien lo que quiero decir. No puedo sonar desesperado, la asustaría y no lo entendería. Tampoco puedo abordar su realidad, así como así, sin pensar en las consecuencias que tendrá para ella. ¡Joder, qué nervioso estoy!

Ojalá no hubiese borrado el teléfono de Luna, sería mucho más fácil. Pero es lo que hay...

Antes de marcar el botón de llamada, decido hacer un poco de relajación con mi cuello. ¡Bueno, ya está bien de dilatar el momento!

Pulso la dichosa tecla y espero...

- Hola, Aranda, ¿dígame? – Sé quién es... Vamos allá.

- Hola, me alegra oírte, pásame con ella, por favor, es importante...

LUNA

- ¿Quién es? – Contesto una llamada de un número que no conozco justo cuando estoy entrando en la cafetería para trabajar mi turno del lunes.

Esta semana Ana y yo estamos de tarde. La saludo con la mano, ella está ya en la tarea, tomando nota de un pedido por el teléfono de la cafetería.

- Hola, Luna, ¿verdad?

- Sí...

- Soy Milagros. Nos conocimos el otro día en el Marilyn.

- ¡Ah, sí! ¡Dime! – Jaime, mi jefe, me mira mal por estar atendiendo una llamada telefónica en el trabajo. Me pongo el mandil y le dedico una sonrisa de culpabilidad. Pero esta conversación es importante.

- Quería ver si puedes venir mañana por la tarde a hacer la prueba.

- ¿Por la tarde? ¿No puede ser por la mañana? – Con un día de margen solo me va a ser difícil cambiar el turno.

- ¿Puedes a la una?

- ¡Sí, sí, a la una estoy allí!

- Vale, te paso la ubicación por Whatsapp.

- ¡De acuerdo! ¡Hasta mañana! – Cuelgo rápidamente y me guardo el móvil para no molestar a mi jefe.

- Sir, can you call in five minutes? – Escucho a Ana decir por el teléfono de la cafetería en inglés a alguien que llame de nuevo dentro de cinco minutos.

Me aguanto la risa. Seguro que es Brandom y ella está esperando a que Jaime se haga su escapada diaria para hablar sin impedimentos. Ana cuelga y se acerca muy nerviosa hasta donde estoy.

- Hola. – Le digo.

- Hola. ¿Qué tal tu domingo? Yo tenía ayer una resaca...

- Pues bueno... Vi la entrevista de Tristan. – Confieso con tristeza.

- ¡¿Y?! – Grita Ana.

- ¡Chicas! ¡A trabajar! ¡Que tengo que salir! ¡No os pongáis a chismorrear! – Nos riñe

Jaime.

Ambas asentimos con cara de chupar limones. Es un estúpido cuando quiere. Pero, por suerte, se va enseguida cuando ve que ya estamos todos los del turno de tarde establecidos.

- ¿Ves cómo dijo que no tiene nada con Nika? – Vuelve a la carga Ana.

- Sí...

- Y, entonces, ¿por qué esa cara de amargada? Lo dijo delante de ella. Yo sé que esa furcia fue la que le calentó la polla y luego él...

- ¡Ana! ¡No hables así! ¡Hay clientes!

- ¡Pero tengo razón! ¡Yo sé lo que vi cuando Tristan estaba contigo! ¡Cuando te miraba! Si él pudiera hablar contigo y explicarte su porqué...

- ¡Dijo que no soy de su mundo! ¡Dijo que ni siquiera tiene contacto conmigo! – Maldigo la facilidad que tengo para llorar cuando hablo de él.

- Luna, ¿qué querías que dijera en televisión? – La miro y no sé qué responder. Vuelve a sonar el teléfono de la cafetería y Ana da un salto. – ¡Discúlpame! – Me grita y le digo que vaya a atender la llamada. Suspiro mientras voy colocando platitos, tazas y cucharillas sobre el mostrador. – ¿Hello? Yes, Yes. – La escucho eufórica hablando con Brandom y siento una envidia enorme en mi pecho. Esa podría ser yo si continuara teniendo contacto con él. Aunque no tuviéramos nada serio. Me conformaría con saber que se acuerda de mí... Pero... Sólo soy una persona que no pertenezco a su mundo... – ¡Yes, yes! ¡Luna! – El grito de Ana me saca de mi ensoñación y doy un respingo. – Toma. – Me tiende el teléfono. Otra vez quiere que le haga de intérprete y yo no estoy hoy para nada. Hoy ya hace siete semanas que se fue y cada día duele más.

- Cafetería Aranda. – Respondo. Se hace el silencio y miro a Ana encogiéndome de hombros. Ella me mira ansiosa. – Hello Brandom. – Saludo por teléfono con un suspiro. Ana me mira más que emocionada. Siempre está emocionada cuando habla con él. No la culpo. El amor, cuando es correspondido, es lo mejor que hay. Pero Brandom sigue sin responder. – ¿Brandom? – Miro al teléfono. ¿Por qué no responde? – ¿Hello?

- Hola Luna. – Su voz se me clava en el estómago.

No puede ser... Ahora comprendo la histeria de Ana, que me mira como si estuviese esperando mi transformación en caballo o cualquier truco de magia emocionante.

- ¿Tristan? – Pronuncio su nombre con miedo.

- Sí, Lunita, soy yo. – ¡Dios! Mis piernas tiemblan como si se fueran a desmoronar. Ahogo un quejido como puedo. – ¿Cómo estás? – ¡Que cómo estoy! ¡A punto de sufrir un infarto!

- ¿Qué quieres? – Pregunto al recordar la idea que tenía en mente hace unos segundos. “No pertenezco a su mundo”, así que no sé qué puede querer de alguien como yo.

Cojo el teléfono y me voy a una mesa de la cafetería para tener un poco de privacidad e insto a Ana a que no me siga. No quiero que nadie interfiera en lo que tengamos que decirnos, al

fin, Tristan y yo.

- Muchas cosas.... Quiero muchas cosas... pero empecemos por una. ¿Por qué no has aceptado la abogada que te he mandado, Luna? Te dije que no te dejaría sola en esto y quiero mantener mi palabra.

Me falta el aire.

- Sí, me dijiste muchas cosas... y ahora mismo no sé cuáles eran verdad y cuáles mentira. – Respondo con rabia y la respiración acelerada.

- Luna, nunca te he mentado. ¿Por qué dices eso? – Parece herido también.

- Tristan, no quiero recordar los motivos por los cuales me siento dolida contigo. Ha sido muy duro para mí. – Unas lágrimas recorren mi cara y las limpio con rapidez. No quiero llorar más por él.

- Siento mucho haberme ido así, yo...

- ¿Y también sientes haberte follado a otra la noche que te confesé mis sentimientos? – Le escupo y casi estallo en llanto al gritarlo.

- Luna... de verdad que siento mucho la manera tan torpe en que yo...

- ¡¿Torpe?! ¡Yo no lo llamaría así! ¡Interpretaste muy bien tu papel! – Finalmente arranco a llorar con desesperación. – ¡Fuiste frío y despiadado!

- Pequeña, no llores, no tienes la culpa...

- ¡No me llames “pequeña”! ¡¿Sólo me has llamado para que acepte tu estúpido abogado y limpiar tu conciencia conmigo?! ¡Pues olvídate! ¡No necesito tu caridad ni la de nadie! ¡Puedo solucionar mi vida sola! ¡Porque ya me cansé de vivir mentiras, Tristan! Para ti sólo fue un juego, ahora lo veo claro. Pero para mí no. Así que no voy a seguir jugando.

- Luna...

- ¡Sólo quieres limpiar tu conciencia conmigo! ¡Sólo quieres que te diga que estoy bien para poder seguir haciendo lo que te dé la gana sin remordimientos!

- Luna, escúchame...

- ¡Has estado viéndote con Nika! ¡Hay fotos de vosotros dos juntos varias veces más después de dejarme aquí, destrozada! ¡Tú, que decías que no repetías nunca con las mujeres! ¡Mentiroso! – Mi llanto se hace ya insostenible.

- ¡Luna, escúchame, joder!

- ¡No! ¡Si lo único que quieres es darme tu caridad guárdatela para alguien a quien le interese! ¡Como tú me dijiste que hiciera yo con mi amor! – Lloro desconsoladamente mientras Tristan se queda callado. Me cuesta admitir que, después de todo, estoy esperando a que me diga que estoy equivocada con él, ahora que ya he descargado la rabia y la pena que lleva consumiéndome semanas. No dice nada y el agujero de mi pecho se hace más grande. Cuando por

fin puedo volver a articular palabra me despido. – Adiós, Tristan.

- No, por favor...

Cuelgo y apago el teléfono inalámbrico de la cafetería. Para evitar así que vuelva a llamarme. Dejo caer mi cabeza sobre la mesa de la cafetería en la que estoy sentada y lloro sin encontrar consuelo.

Siento una mano sobre mí que me acaricia.

- ¿Qué ha pasado? – Pregunta Ana.

- No quiero hablar de él. Quiero... quiero...

- Tranquila. – Ana se sienta junto a mí y me acaricia la espalda hasta que me consigo medio tranquilizar.

- He sido muy dura. – Digo mirando a la nada. Ahora me maldigo por haberlo sido, pero ha sido un mecanismo psíquico de defensa. No quiero volver a caer.

- Tenías que descargar toda tu mierda. Es normal. Pero, ¿ves? Te ha llamado. Es una señal, Luna. – Miro a Ana.

- Sólo quería que aceptase la maldita abogada. Sólo eso.

- Luna, no le has dejado hablar.

- Y ya no lo hará más...

El resto del lunes lo paso trabajando a destajo para evitar pensar en lo inevitable.

Por la noche, en mi cama, vuelvo a acordarme de él. Me pongo su chándal, la canción de “Rupture” y lloro abrazada a mi almohada, hasta que el sueño me vence.

Estoy frente al edificio que Milagros me ha indicado. Estoy temblando de pies a cabeza. ¿Qué hago yo en un sitio como éste? Estoy loca... completamente loca...

Es ahora, cuando estoy a punto de subir el primer peldaño, que me conduce hasta la entrada del edificio “Sunlight”, la empresa cazatalentos, en un polígono industrial a las afueras de Madrid, que me siento estúpida.

Me giro y decido volver a mi piso, a mi absurda realidad. Yo no pertenezco a este mundo. Tristan lo gritó al planeta entero en televisión. Yo no soy tan sofisticada como Nika, ni capaz de fingir sentimientos como Tristan. Pero, por otro lado, algo me grita en mi interior que puedo serlo. Que puedo dejar de ser la niña triste y asustada que vivió una tortura con Juan. También puedo dejar de ser la inocente inexperta que Tristan sedujo con mentiras. Puedo demostrar que hay dentro de mí también tesoros por descubrir, como en cualquier ser humano. También tengo cosas que contar al mundo, y, sobre todo, tengo mucho que contarle a él. Tengo mucho que dar, “tengo la necesidad de girar la llave y no mirar atrás” como diría Rozalén.

De modo que entro en el edificio y me dirijo al mostrador de información que hay frente a mí. Reúno las fuerzas que puedo en mi interior y me dispongo a mostrar una parte de mí que vive en la penumbra desde hace mucho. Está viva, sí, pero lleva dormida mucho tiempo.

- Hola, me llamo Luna Sáez. Tengo cita con Milagros Escribano. – Le digo a la recepcionista.

- Hola. – Dice sonriente. – Al fondo del pasillo, en el salón de actos. – Me indica con su mano.

- Gracias. – Aprieto mi bolso contra mí como si así pudiese reforzar una especie de armadura que me infunde fuerzas.

Al abrir la puerta me encuentro con un enorme salón de actos que bien pareciera un magnífico teatro de cualquier ciudad cosmopolita. Las tenues luces que hay enfocan al escenario, donde un chico con una guitarra está interpretando una hermosa canción que no conozco.

Me quedo atrapada en su íntima interpretación. Eso es lo que tengo que conseguir yo. Inflo de aire mis pulmones y bajo lentamente la grada, hasta que encuentro a unos señores que examinan concienzudamente la interpretación de ese chico. Milagros es una de ellas, reconozco su corta melena morena enseguida. Ella también me ve, me saluda con la mano a la distancia y me indica con ella que me siente. Eso hago y espero mi turno sentada. Hecha un flan.

Después del chico, una pareja de bailarines interpreta varios bailes de salón, muy bien ejecutados. Me encantaría bailar como ellos. Yo era una buena bailarina hasta que me topé con Juan y me prohibió toda clase de “exhibición” al resto de la humanidad, o así lo calificaba él. Para mí, la música no es un método de exhibición. Para mí la música es un método de expresión. Todo lo que sientes, todo lo que vives, todas las emociones del mundo pueden canalizarse mejor con la ayuda de la música o cualquier forma de expresión artística.

- ¡Luna Sáez! – Gritan mi nombre y doy un brinco. Me levanto y levanto la mano. Un hombre me sonríe. – Al escenario, Luna. Demuéstranos de qué eres capaz. – Respiro hondo y voy en dirección al escenario. ¿Cuántas celebridades habrán hecho un recorrido similar sintiéndose tan pequeñas como yo me estoy sintiendo ahora mismo? Subo al escenario por un lateral y veo a un chico con una guitarra sentarse sobre un taburete en el escenario. – Él es Antonio, te va a acompañar en tus canciones. Hemos preparado tres canciones para ti. De diferentes estilos. ¿Estás lista? – Me pregunta el hombre cuando ya estoy frente al micro.

- Sí. – Digo por el micrófono y mi voz retumba por toda la sala. Aunque apenas la reconozco.

- Adelante, Luna.

El chico de la guitarra comienza a tocar “90 minutos” de India Martínez. La canción que Milagros me oyó cantar. Y me alegro de la elección porque puedo pensar que estoy en alguna sala oscura y solitaria, cantando mis sentimientos por Tristan. Cuando el foco me ilumina sólo a mí ya no veo a nadie más. Mis sentimientos salen solos, en forma de melodía musical, los lloro y los grito con la fantasía en mi mente de que Tristan los está escuchando.

La siguiente canción también la reconozco. Es una preciosa balada de R&B de Julia Martín llamada “Imposible love”, en inglés, que también puedo sentir como mía y que me hace cantar mi lamento de la misma intensísima forma.

Por último me hacen escoger una canción de Whitney Houston y elijo “All the man that I need”. Cada vez me siento más segura de mí misma. Incluso, en esta última, me permito pensar que estoy cantando para una gran audiencia.

- ¡Perfecto! – Escucho la voz del hombre de antes, aunque no lo veo porque sigo cegada por el foco. – Tenemos material importante. Milagros te llamará si sale algún proyecto interesante.

- Vale. – Contesto y bajo del escenario. Al bajar veo a Milagros esperándome junto a la escalinata.

- ¡Ha sido maravilloso, Luna! – Me abraza y yo respondo tímidamente a su abrazo.

- Gracias...

- Voy a mandar tu audición a todos los representantes que conozco y a las productoras. Estoy segura de que en breve tendré buenas noticias para ti. Espero que estés lista para este reto.

- Sí, estoy preparada. – Digo con convicción.

- ¡Genial! Este es el mejor momento de tu vida. Tienes que aprovechar las oportunidades que se te brindan.

- No puedo estar más de acuerdo.

TRISTAN

Sigo en estado de shock tras haber escuchado de nuevo su voz, pero sobre todo por la rabia que mostró al hablarme y... esa amargura que yo le he provocado. No la merezco, ya lo tengo más que claro.

Llevo dos días haciendo lo que puedo para no caer en el abismo. Lo he conseguido gracias a la meditación. Eso es bueno. Me estoy empezando a curar de mis fobias. También he vuelto a tener sueños húmedos con Luna. Pero ahora mi enfermedad se llama “amor”. Porque ya no tengo miedo a admitirlo, la amo.

Solía temer ese sentimiento. Solía temer las facciones negativas que despierta dicho sentimiento en las personas, más específicamente en mí, porque en mis genes llevo la semilla del “mal amor” de mi padre. Pero me he dado cuenta de que también mi madre y todo su precioso amor influyó en mí.

También lo ha hecho Luna, y sacó lo mejor de mí cuando estaba a mi lado, aunque también lo ha hecho al rechazarme. Quiero superar mis mierdas. Quiero ser mejor persona por ella, aunque no quiera saber de mí, pero quiero que llegue el día en el que, en nombre de ese amor y de lo que ha despertado en mí, pueda mirarla a la cara y darle las gracias por haber conseguido hacerme mejor persona.

De todos modos, y aunque le desee lo mejor, no puedo evitar que duela, que la tristeza de no tenerla me invada... No sé si rendirme o no. No quiero ser injusto con ella si la hice sufrir tanto y ha decidido olvidarme. Ella le dijo a Mónica que tiene otra relación, y, ¡joder, cómo duele eso! Aunque a mí no me dijo nada cuando descargó su enfado conmigo. Pero creo que no voy a dejar paso a esa opción en mi cerebro y pensarla con otro. Pienso que puedo darle al fin lo que ella merece. No puedo conformarme con perderla para siempre. No sin intentarlo al menos una vez más.

Mi móvil suena y me acerco a cogerlo. Es un whatsapp de Mila.

“**Mira lo que tengo en mi poder**” dice y me manda un vídeo. Con poco ánimo le doy a reproducir. Pero lo que veo en él me deja patidifuso.

- ¡Luna! – Me siento en el primer sitio que encuentro, para no perder el equilibrio.

Luna aparece en el centro de un escenario. Lo reconozco. Es la sala de actos de la empresa en la que trabaja Mila. Luna canta una preciosa canción con un gran sentimiento, con los ojos cerrados y hasta creo que una lágrima rueda por su mejilla.

No puedo terminar de ver el vídeo y finalmente decido que ya está bien de meditación y de hacerme el fuerte por hoy. Voy a abrir otra botella de licor.

No sé cuánto tiempo llevo bebiendo cuando suena el timbre de mi puerta. Me levanto con

torpeza del sofá y me golpeo con varios muebles mientras voy hacia la puerta para abrir.

- ¡Eh! ¡John! ¡Amigo! – Le doy un fuerte abrazo a mi terapeuta.

- Tristan, ¿otra vez borracho? ¡Joder! ¡¿No decías que estabas mejor?! – Entro en mi casa y John me sigue.

- Tengo mis momentos...

- Tristan, tienes que parar este desastre. – Dice mi amigo entrando en mi casa y cerrando la puerta tras de sí.

- A veces lo tengo controlado, John, tranquilo. – Intento dar otro lingotazo a la botella, pero John me la arrebató de las manos en el momento en el que la acerco a mi boca. – ¡Oye!

- ¿Has hablado con Luna?

- Sí. – Levanto la barbilla desafiante.

- ¿Y?

- No quiere saber de mí. Piensa que la dejé para irme con Nika y cree que le he engañado con mi problema. ¿Contento? No quiere que la moleste y quiere olvidarme. Así que devuélveme la maldita botella.

- Ni hablar. Métete en la ducha y quítate esa estúpida borrachera de encima, hazme el favor.

- ¡No! Hoy la meditación no ha funcionado, John. Hoy tengo un día duro. Déjame beber.

- Tristan, sólo porque la llames una vez no va a caer rendida a tus pies. No puedes ponerte así sólo por aguantar el chaparrón que sin duda te mereces.

- No estoy así sólo por eso. – Le señalo mi móvil. – Mila me mandó un mensaje. No sé cómo lo ha conseguido, pero ha convencido a Luna de que haga una audiencia para ella y, conociéndola, está dispuesta a sacar partido de sus facultades artísticas. Sin duda Luna no ha debido reconocerla con su nuevo look, porque yo recuerdo bien que a Luna no le agradaba mucho la presencia de Mila.

- ¿Mila? ¿Has metido tú a Mila en esto? ¡Estás loco!

- No, no. Yo no le pedí que lo hiciera. Lo hizo ella solita. Sentía mucha curiosidad por conocer a la mujer que me tiene así...

- ¡Tristan! ¡Acabo de tener una maravillosa idea! – John parece eufórico de repente. Lo miro extrañado.

- ¿Qué idea?

- Tú déjame a mí. Voy a ayudarte a recuperar a Luna.

- ¡¿Tú?! ¡Cómo!

- Como lo hacen las personas normales. Está claro que los inválidos emocionales como tú

no tienen ni idea... Pero prométeme que seguirás luchando por encontrar el buen camino y que cuando la tengas de nuevo de frente no la cagarás.

- Joder, ¿estás en serio? ¿Podrás hacer que eso pase?

- Lo haré sólo si me lo prometes.

- ¡Lo prometo! ¡Lo prometo!

- Pues dame la maldita botella de whiskey ahora mismo y métete en la ducha.

Cinco días han pasado desde que hablé con John y me prometió que haría lo posible por traerme a Luna de vuelta. Pero no he tenido noticias de ella y John evita hablar conmigo del tema cuando lo llamo. De modo que me estoy por fin conformando con haberla perdido.

Lo extraño de todo es que no he vuelto a tener una sola pesadilla desde hace tres días. La verdad, es que a veces no sé si estoy despierto o dormido. Sólo me dejo llevar por el volumen de trabajo que tengo, que es mucho.

Anoche tuvimos otra entrevista en otro show nocturno de televisión para promocionar la serie, aquí en Los Ángeles. Hoy tenemos otra entrevista para otra cadena y en cuatro días tendremos una entrevista en Londres, para una cadena de televisión inglesa.

Pero hoy, al terminar la clase de yoga y meditación con Sarah, algo me ha hecho despertar de golpe de este estado de trance. Sarah se me ha tirado al cuello, me ha besado con ansias y mi cuerpo ha respondido al contacto sin pensarlo. Hace mucho que no siento el contacto ni el calor de un beso o un abrazo, y esa ha sido principalmente la razón por la que me perdí en ese gesto. Pero, al clamar el nombre de Luna en sus labios, la magia se ha roto enseguida y he despertado.

- ¡Joder! ¡Hoy es el juicio! – Pienso en voz alta mientras separo a Sarah de mí. Ella me mira sin comprender. – Tengo que hablar con ella...

LUNA

Después de la audición volví a mi rutina diaria del trabajo duro en la cafetería y también tuve las últimas reuniones con Ramón, mi abogado de oficio, para preparar el juicio contra Juan. Me sentí un poco esperanzada por la llamada de Tristan y pensé que, a lo mejor, volvería a intentar hablar conmigo. Pero no ha sido así. Lo peor de todo es que sigo deseando que lo haga, aunque haya resurgido una nueva determinación en mí de no dejarme arrastrar de nuevo por un mal amor.

Pero, varios días después de la llamada de Tristan, mientras me preparaba la cena en casa, recibí una llamada anónima a mi teléfono. Lo miré con miedo, y no pude evitar contestar, rezando para que fuese él.

- ¿Hola? ¿Quién es?

- ¿Luna? – Una voz con acento norteamericano dice mi nombre y se me eriza la piel.

- Sí, soy yo. ¿Quién es?

- Soy un amigo de Tristan Moore. – Dice la voz de ese desconocido en inglés. El corazón se me para y dejo todo lo que tengo entre manos. ¿Un amigo? ¿Qué quiere de mi un amigo suyo? – Me gustaría hablar contigo y explicarte algunas cosas sobre Tristan.

- Creo que eso debería hacerlo él mismo...

- Creo que lo ha intentado y tú no le has dejado.

- ¡¿Que lo ha intentado?! ¡Me ha llamado una maldita vez en dos meses y no ha dicho nada! – Mi pulso se dispara. El caparazón anti-hombres se me activa en el acto y la respiración se me acelera. – Y me parece muy cobarde pedirle a un amigo que le haga el trabajo sucio. Dile que te pague lo que haya acordado pagarte, pero que no quiero perdonarlo a través de abogados caros o llamadas de amiguitos chantajeándome emocionalmente para ello. – Estoy a punto de colgar.

- ¡Espera! Escúchame un segundo, Luna. No soy un amigo normal y corriente. Soy su terapeuta. Tristan tiene un problema y creo que te habló de ello. – Me quedo callada y aguardo para escuchar finalmente qué me tiene que decir ese señor. – Tú no sabes hasta qué punto es difícil todo esto para él. Pero lo es, y mucho. Y creo que tú puedes ayudarle, Luna.

- Ya estoy cansada de ser el resorte de los demás. Yo también he necesitado su ayuda y lo único que me dejó al irse fue una herida enorme que he tenido que curar yo sola. Pero dígame que no se preocupe más por mí. He sufrido heridas mucho peores y sigo en pie. Tiene el camino libre para irse con Nika o con quien quiera. No hablaré de él con la prensa, si es lo que le preocupa.

- Luna, Tristan no está con nadie. Él no puede estar con nadie por su problema y...

- ¿Entonces para qué demonios me llama? – Grito enfurecida. Si no es para volver conmigo,

entonces, ¿qué es lo que necesita de mí? – Si quisiera vender información de él a la prensa ya lo habría hecho, así que dígame que esté tranquilo, no pienso hablar de él.

- Creo que para Tristan eres muy importante, Luna. – Se me arruga el corazón al oír eso.

- Entonces, ¿por qué ha dejado pasar siete semanas para llamarme? ¿Por qué cuando lo ha hecho no me ha dicho nada? ¿Por qué se acostó con otra la misma noche que le confesé mi amor? – Comienzo a llorar y escucho el suspiro del amigo de Tristan al otro lado del teléfono. – Creo que necesito esta vez mucho más que una simple excusa de un estúpido miedo del que yo no soy responsable. Yo también sé lo que es el miedo, ¿sabe? Y tengo cosas importantes que resolver. Cosas que no he dejado que influyeran en lo que sentía por Tristan.

- Tú no sabes lo que él ha pasado...

- ¿Sabe acaso usted lo que he pasado yo? – Grito desesperada, aunque me obligo a serenarme y me siento en una silla. – Mire, sé que no le interesará mi vida, pero he pasado cuatro años en una relación horrible, llena de malos tratos, palizas, violaciones y vejaciones. Tengo un maldito juicio que hacer frente y no tengo fuerzas para seguir los juegos de Tristan Moore. Si él tiene algo que decirme sabe dónde vivo y hasta le di mi número de teléfono. Si decidió borrarlo será porque no será tan importante para él saber de mí.

El amigo de Tristan guardó silencio después de mi declaración. Eso me constató lo que llevo semanas macerando en mi mente. Yo no soy para él lo que él es para mí y no quiero las migajas de lo que quiera darme, ni de él ni de nadie. Aunque Tristan Moore sea el hombre más deseable y maravilloso de la tierra.

No voy a negar que he seguido esperando esa llamada de Tristan cada minuto de estos días que llevo sin él, incluso después de haber hablado con su “amigo” o “terapeuta” o cómo él lo quiera llamar. Pero me alegro de no haber cedido ni haberme ablandado. Yo no soy una “terapia” soy una PERSONA y también necesito vivir y cumplir mis sueños y sentirme querida y valorada.

Y hoy es el día más importante de mi vida. Ana, mi gran amiga, me acompaña apretando mi mano hacia el interior de los juzgados, donde el juicio de Luna contra Juan se va a celebrar en unos minutos. Ramón, mi abogado, nos sigue y nos indica que asiento tenemos que ocupar cada una en la sala donde se celebrará el juicio.

Yo, como acusación particular, tengo que estar al frente y es donde tomo asiento. Me sudan las manos, las piernas me tiemblan. Aguanto en silencio hasta el momento en el que finalmente se abren las puertas de la sala y, escoltado por dos policías y esposado, Juan hace aparición y mi mundo vuelve a pararse de repente. Me maldigo por compadecerme de sus ojeras, de su amargura y de su dolor, pero eso sólo dura un instante. Mi compasión termina en el momento en el que sus ojos se posan en los míos y me dedica una mirada de rencor y rabia que conozco bien. Y sé que, si pudiera, ahora mismo las manos de Juan estarían estrangulando mi cuello, intentando darme muerte. Porque seguro me responsabiliza a mí de su desdicha. Supongo que no se habrá parado a pensar jamás en la mía propia. Supongo que yo, para él, simplemente era de su propiedad y pensaba que tenía todo el derecho a hacer de mí lo que él quisiera.

- Señor juez, yo no le violé. – Declara Juan con cara de perro abandonado cuando llega su turno y mi abogado le pregunta por qué me agredió sexualmente. – En las pruebas médicas no

encontraron restos de mi semen, sino de otro. – Lanza su dardo envenenado mirándome fijamente.

- ¿Y la puerta de la habitación de Luna? ¿No la rompió usted? – Le tienta mi abogado.

- ¡La rompió ella con un palo! ¡Estaba endemoniada cuando yo llegué a casa y me amenazó con matarme! – No puedo creer lo que oigo... ¡Cómo puede ser tan cabrón!

- ¡No me diga! ¿Y tampoco la ató en la cama? ¿Ni la golpeó hasta dejarla aturdida? ¡Porque aquí tengo el informe médico con todas las marcas que le dejó a mi clienta! – Mi abogado pone el informe sobre la mesa del juez, que ojea todo detenidamente. – Le dejaste contusiones en la cara, ambas muñecas, en uno de los muslos y desgarros vaginales. – Dice mi abogado apuntándole con el dedo.

- Los desgarros vaginales no fueron míos. ¡Pregúntele a ella! Se estaba follando al actorucho ese, Tristan Moore – aprieto los ojos al oír eso porque sé que van a tener consecuencias en mí sus palabras – y seguro que también le calentó la polla a algún famoso más para conseguir fama y dinero. – Es un miserable. Un pestilente miserable. – Yo sólo me defendí cuando vi que quería pegarme. La ató a la cama para evitarlo y ella se hizo daño meneándose como una culebra para soltarse. ¡Estaba desquiciada! ¡Quería matarme! Y yo hice lo posible para evitarlo, como cualquier otro hombre hubiera hecho.

- Señor Ramírez, puede decir lo que quiera, pero la policía encontró un preservativo en la habitación en la que recluyó a Luna Sáez contra su voluntad, y, ¿adivine qué? Tenía restos de fluidos suyos, Señor Ramírez.

- Ah, eso fue porque la noche anterior me llevé a una amiguita a casa. – Dice con media sonrisa pintada en la cara. – Luna me dejó quedarme en nuestra casa mientras encontrara otro sitio a dónde irme. Y, si ella estaba haciendo ya su vida con otros, ¿por qué no iba a poder hacer yo lo mismo? – Comienzo a sentir unas náuseas en el estómago que me devoran.

El turno de su abogado defensor comienza y Juan se recrea en su narración, colocándose él como la víctima de mi supuesto maquiavélico plan para quedarme con todo “nuestro” patrimonio. ¡Como si el piso de mi madre fuese suyo! ¡O el coche que yo he pagado letra por letra y sigo pagando! Aunque no he querido usar, pues apesta a él.

La parte más bochornosa es cuando muestran fotos mías con Tristan durante su estancia en España. Haciendo alusión a lo bien que yo estaba a pesar de ser víctima de malos tratos. Todos me miran y siento cómo me culpan por ello. Me culpan de querer vivir, de querer ser feliz.

Mantengo el tipo como puedo y me obligo a seguir manteniendo la cara en alto y no me permito dejarme amedrentar por las miradas, mucho menos por la de Juan.

Llega mi turno y contesto una por una las preguntas de mi abogado, describiendo la sucesión de los hechos de aquél día. Y no sólo de ese, sino de todas y cada una de las aberraciones que padecí de manos de Juan y que guardo en mi memoria con cuidado.

Cuando el abogado de Juan se acerca a mí me yergo, adoptando una posición defensiva.

- Usted dice que mi cliente le pegaba con asiduidad. – Me dice.

- Así es. – Trato de mostrar mi tono de voz firme y seguro. No quiero darle a Juan el placer de verme otra vez rota, por él.

- Y si eso es así, ¿por qué nunca lo denunció?

- Porque tenía miedo y, porque no quería hacerle daño. – Miro a Juan mientras digo esto. Jamás he sido capaz de decirle todo lo que sentía. Ésta será la primera y última vez que lo haga. Con suerte.

- ¿Tenía miedo de dejar al Señor Ramírez, Señorita Sáez?

- Sí, mucho.

- Y sin embargo lo dejó. Y no le dio ningún miedo exponerse a la mirada de Juan ni a la mirada pública exhibiendo su aventura sexual con un famoso actor. – El abogado de Juan me pone unas fotos en las que Tristan y yo salimos besándonos delante de mí. Trago saliva.

- Sí que lo tenía. Mucho, mucho miedo. Pero quería rehacer mi vida. – Me esfuerzo en separar los ojos de la imagen de Tristan besándome y vuelvo a mirar a Juan. – Le dije que le perdonaría todo si me dejaba en paz, si me dejaba hacer mi vida. Pero siempre supe que jamás lo haría. Sabía que vendría a por mí y sería implacable en lo que él considera mi “castigo” por haberle dejado de querer. – Juan entrecierra los ojos al escuchar esto y aprieta los labios.

Llega el turno de mi amiga Ana, que declara como testigo, responde a las preguntas de mi abogado y describe nítidamente todas las veces que ha visto marcas y heridas en mi piel provocadas por Juan. También narra las veces en que Juan ha ido a recogerme al trabajo y ha montado un numerito porque no le ha gustado algo de mi comportamiento. Después, el abogado de Juan, cambió con sus preguntas el rumbo de la declaración cuando mi amiga tuvo que admitir ante el tribunal que nunca presencié una agresión de Juan hacia mí. Aunque sí que sufrió ella una cuando intercedió en una disputa, justo frente a la puerta de la casa de Ana.

Ninguno de los testigos puede declarar haber presenciado una agresión por parte de Juan a mi persona.

Es cierto... Ahora que lo pienso él siempre se cuidó mucho de no agredirme frente a nadie. Siempre tenía lugar entre las cuatro paredes de mi casa. Donde nadie le podía recriminar su actitud.

Algunos vecinos declaran que en unas pocas ocasiones escucharon gritos, pero nada de golpes. Y el abogado de Juan consigue que todo parezca que son simples discusiones de pareja.

Esto pinta mal... Y, si Juan sale impune y, por tanto, en libertad, estoy muerta.

Cuando el tribunal se ausenta para deliberar sobre el veredicto me quedo sentada y pienso en qué puedo hacer si Juan sale libre de ésta. Ana me habla, mi abogado me habla, pero no puedo escucharles.

Cuando vuelven, nos ponemos todos en pie para escuchar la decisión. Aprieto los ojos con fuerza y rezo por primera vez en mi vida para que Juan no salga, al menos no ahora. Necesito un poco de tiempo para poder hacer algo con mi vida y alejarme de aquí, de él.

- Declaramos al acusado, Juan Ramírez Belmonte, inocente de ser causante de los hechos de agresión sexual, pero culpable de los hechos de agresión contra la demandante y retención de la demandante contra su voluntad, e imponemos una pena de prisión de dos años y medio y una indemnización de quince mil euros. – El mazo del presidente del tribunal golpea la madera y abre los ojos de golpe.

¿Inocente de agresión sexual? Miro a mi abogado horrorizada. Dos años y medio... no es suficiente. No, no lo es. Podría salir mucho antes por buena conducta. Pero me tendrá que bastar para poner tierra de por medio y buscar la forma de salir de aquí, cagando leches.

Mi abogado y Ana lanzan toda clase de maldiciones mientras salimos de la sala. Según mi abogado, parece que algún juez no ha creído mi versión de los hechos y por eso han rebajado la pena al mínimo.

No soy capaz de expresar ahora mismo emoción alguna. No sé si estoy feliz o triste. Aliviada o asustada. Y, mucho me temo que Juan va a recurrir la condena. Mi abogado, al menos, me está gritando sin cesar que nosotros sí la recurriremos al supremo. Así que todavía no puedo sentir nada con claridad con respecto a este tema.

Esta tortura aún no ha acabado.

Al salir de los juzgados, me encuentro con la abogada que quiso contratar Tristan para mí. Frunzo el ceño al verla, acercándose a mí.

- Esa condena ha sido lo más injusta del mundo, Luna. Podemos recurrir y, si me dejas, haré que ese bastardo se pudra en la cárcel. – Me dice.

- ¿Te ha pedido Tristan que vinieras? – No sé por qué pienso ahora en él. Quizá porque ahora mismo necesitaría un abrazo por su parte. Se me cristaliza la mirada.

- No ha hecho otra cosa más que insistirme que hiciera justicia contigo.

- Saldré de esta. – Digo fríamente y me voy.

Necesito ir a casa, darme un baño, relajarme y pensar. Tengo que hacer algo si la justicia no hace nada. Tengo que luchar todavía más fuertemente y salir de ésta. Yo sola. Sin salpicar a nadie más.

Por la noche, recibo una llamada de Milagros. Contesto rápidamente porque ahora mismo es mi única vía de escape.

- ¡Luna! ¡Tengo una promotora interesada en ti! ¡¿Qué digo una promotora?! ¡Tengo a un monstruo interesado en ti! He tirado de contactos con un viejo amigo y con gran influencia y ha funcionado. ¿Sabes algo de interpretación? – Me dice y sonrío. Es una señal del cielo. – Escúchame. Tú dominas bien el inglés, ¿verdad? Eso al menos pusiste en tu ficha...

- Sí, lo domino bien.

- ¡Estupendo! Porque me han llamado de una productora bastante importante. ¡La Summit ni más ni menos! – Joder, ¿en serio? Me quedo muda. – Quieren rodar un musical y buscan actores y actrices secundarias. ¡Dime que sabes de interpretación, por lo que más quieras!

- Puedo hacerlo. – Digo convencida y nerviosa a la vez. – Dime qué hay que hacer y lo haré.

- Pues tendremos que volar a Los Ángeles. – Se me corta la respiración. ¡Tristan! – Te voy a apuntar para el casting de varios personajes y te pasaré al email las líneas que te tienes que aprender para el casting. Volamos en dos días, Luna, porque el casting tiene que cerrarse de aquí a una semana y el rodaje empieza en dos meses. Así que, por lo que más quieras, dime que no tienes inconveniente en venirte a Los Ángeles en de dos días. No te preocupes por los gastos, porque ellos se encargan de todo. ¡Por favor! Es una oportunidad de oro. Para las dos. Si todo sale bien, podremos ambas incluir en nuestro currículum un trabajo para la Summit. ¿Sabes lo que es eso?!

- Cuenta conmigo, Milagros. – Confirmo sin dudar.

Necesitaba una vía de escape de Madrid y de Juan, y, no se me ocurre una mejor que ésta.

Además, si lo hago bien y me quedo en Los Ángeles, tendré la oportunidad de volver a verlo. De volver a ver a Tristan, aunque sea en la distancia. Pero esta vez no seré una simple camarera asustada. Podrá ver lo que de verdad se perdió conmigo y, puede que vuelva a sentir interés por mí. Puede que quiera volver a estar conmigo. Puede que... puede que mi vida deje de ser un desastre.

Sólo con tener la oportunidad de tenerlo cerca ya me siento la mujer más feliz de la tierra. Aunque lo ame y odie a partes iguales. Aunque tenga la culpa de mi dolor en el pecho.

Nunca he amado a nadie así.

TRISTAN

Hoy he salido un rato con mis compañeros de rodaje de la serie que estoy promocionando. Me han llegado las noticias del juicio de Luna por medio de Mónica, la abogada que pagué para que la defendiera, y casi me vuelvo loco y lo rompo todo en mi casa. Así que, si finalmente Luna ha decidido dar carpetazo a todo a su manera, no puedo hacer otra cosa que respetar su decisión y continuar con mi vida.

Dentro de dos días volaré a Londres, y cuando vuelva comenzaré el entrenamiento de lleno de la película que voy a rodar como protagonista. Voy a estar ocupado y voy a centrar mis energías en mi trabajo, que es lo único que me ha dado buenos resultados y alegrías duraderas en la vida.

En el reservado de la discoteca en la que estamos bailando la música y el alcohol no para de correr y hasta consigo olvidarme de todo por unas horas. Necesitaba esto. Liberarme de mis castigos y de la culpa, volver a ser un hombre joven de veintiocho años con ganas de reír, bailar, disfrutar.

He echado el ojo a una de las chicas de maquillaje, que ya me atrajo en Madrid, pero a la que presté poca atención después de conocer a Luna. Bailamos sensualmente unas cuantas piezas hasta que Nika se interpone entre los dos y, con poco tacto, se deshace de su rival. En realidad, me da igual. Cualquiera de las dos puede ocupar ese lugar hoy junto a mí en la cama. Porque la necesidad que tengo no es más que volver a hacer las paces con la parte de mi anatomía que se ha desvinculado de mí desde hace muchas semanas.

Y quizá Nika no sea una mala opción, después de todo. No creo que a estas alturas espere gran cosa de mí. De modo que bailo con ella, la aprieto contra mí y parece más que a gusto entre mis brazos.

Mis compañeros incluso nos corean.

Acabo estampando mis labios en los suyos y dejándome llevar por la pasión que me pide mi cuerpo. Aunque no sea ella la opción más deseable para mí. Tengo que seguir con mi vida y tengo que dejar hacer la suya a Luna. Sin mí.

Nika me sigue el juego. Enreda sus manos en mi cuello y su lengua con la mía. Gracias al cielo me estoy poniendo cachondo y no dejo que la parte de mi subconsciente que grita que pare me domine.

Así que, cuando ya hemos dado suficiente espectáculo, me llevo a Nika a mi casa.

Sí, ya lo sé. Nunca he llevado a una mujer a casa. Pero sólo porque nunca duermo con una mujer, porque temo dar un espectáculo lamentable en mitad de la noche con mis pesadillas y que luego todas mis mierdas se aireen en la prensa amarilla.

Sin embargo, hace días que no tengo pesadillas. Ya ni siquiera recuerdo lo que sueño. Porque tampoco he tenido sueños eróticos con Luna. Simplemente ando en un estado de sonambulismo perpetuo en el que ni siquiera soy capaz de diferenciar si estoy soñando o despierto.

Mi cabeza está rara y se ha convertido en una especie de habitación vacía que necesita ser rellenada con alguna experiencia que me recuerde que sigo vivo.

Al llegar a mi casa, Nika se desnuda antes incluso de llegar a la habitación. Cosa que hasta agradezco, porque en el último momento me he arrepentido de llevármela a mi cuarto, a mi cama. Creo que ese lugar voy a reservarlo todavía un poco más por si... bueno, por si la vida al final me da otra oportunidad.

Pero no voy a pensar en eso ahora.

Entre mis brazos, llevo a Nika desnuda hacia la habitación de los invitados y la suelto sobre la cama. Le beso con desesperación, intentando así concentrarme más en la tarea que tengo entre manos.

Me desvisto impaciente. Puedo hacer esto. Puedo dejar a Luna ser libre de mis paranoias y hacer una vida normal, lejos de mí. Puedo yo también seguir con mi vida, tal y como antes de conocerla la hacía.

Me pongo el condón rápidamente y me entrego a la tarea de dar y recibir placer del cuerpo de Nika. Ella parece disfrutar bastante y eso me ayuda a continuar, aunque me sigue costando más de lo normal rematar la faena. Pero al final lo consigo, tras dos orgasmos de Nika me corro y me desplomo en la cama, junto a ella.

Nika se enreda en mi pecho, lo acaricia y susurra algo sobre la pasión y lo bien que nos entendemos ella y yo en la cama. Yo asiento mirando al techo. No ha estado mal... tampoco ha sido nada del otro mundo...

Ella sigue hablando mientras yo emito gruñidos que simulan prestarle atención y pienso de nuevo en lo que dejé en Madrid. La sensación que experimenté después de hacerle el amor a la única mujer que se ha colado de verdad en mi corazón. Las risas. Las miradas. Ufff echo de menos esa mirada. Llenaba mi pecho con sólo mirarle a los ojos.

Un rato después Nika duerme a mi lado y yo me levanto sigilosamente, me fumo un cigarrillo y merodeo por mi casa hasta que al final, me siento en el sofá del salón y pongo algo de música a un volumen bajo. Pongo una emisora de música española y fumo como un tonto.

Así pasan al menos dos horas hasta que escucho la canción que Luna un día cantó por petición mía en aquel bar.

Me levanto rápidamente y cojo mi móvil. Rastreo la canción y la guardo. "Comiéndote a besos"... Rozalén...

Fue muy bonito, mientras duró... Te recordaré siempre, Luna, mi Luna.

- Tristan, despierta. – Abro los ojos.

- ¿Qué pasa? – Me despierto y veo a Nika, vestida con una de mis camisetas, frente a mí. Me he quedado dormido en el sofá. – ¿Qué hora es? – Me levanto aturdido.

- Las diez. ¿Qué haces aquí?

- No podía dormir anoche. Bebí demasiado. – Nika me sonrío y creo que quiere algo.

- Lo pasé muy bien. Podríamos repetir...

- Tengo un día bastante ajetreado. Otro día mejor. – Me alejo de ella y me dirijo a la cocina.

- Tienes una casa impresionante. – Me dice abrazándome por la espalda mientras que estoy cargando la cafetera.

- Gracias. – Trato de sonar educado, pero distante.

- ¿Por qué no reconoces ya que te gusto bastante? – Frunzo los labios y me giro.

- Nika, me gustas, sí, pero no para tener una relación contigo. Yo no busco una relación. Estoy bien como estoy. – Nika suspira.

- En Madrid pensé que te estabas pillando por la camarera esa... Ya veo que no. – Aguanto la respiración y trato de no mostrar mi debilidad por Luna. – Ni por ella ni por nadie. ¿Por qué eres tan duro? – Dice acariciando mi mejilla.

- Soy así. – Me encojo de hombros. – ¿Quieres café? – Cambio de tema. Ella asiente visiblemente desilusionada por mi declaración. – Bien, desayunemos y después te llevo a casa. Tengo que ir después a clase de canto y de baile. – Vuelvo a girarme y sigo preparando el desayuno.

Nika se sienta en la mesa y guarda silencio mientras yo preparo el desayuno.

Durante el desayuno tampoco habla mucho.

- Al menos dime que te caigo bien. – Dice de repente.

- ¡Claro! ¿Por qué no ibas a caerme bien?

- Cuando le conté a la camarera esa que habías pasado la noche conmigo pensé que me odiarías y que, si no lo hacías, sería porque yo te gustaba de verdad. Pero ahora estoy desconcertada de verdad.

- Aquello fue más culpa mía que tuya. – Confieso atormentado por el recuerdo y sigo comiendo.

- Entonces, te arrepientes... de haberme buscado aquella noche. – Nika me mira con tristeza y yo me siento lo peor del mundo.

- Sí, me arrepiento. No porque tú no me gustes, pero le hice daño a una persona muy

importante para mí.

- Eso quiere decir que no estaba equivocada... esa chica te gustaba bastante, ¿verdad? No eran cosas mías. – Suspiro y asiento. – Esa mujer es imbécil. – Frunzo el ceño.

- No la conoces. No deberías hablar mal de ella. – Le amenazo con el dedo. – Ella actuó como cualquier persona con dignidad hubiera hecho. Arrastrarse por alguien que te ha traicionado no merece la pena.

- Por ti sí. – Su declaración me deja mudo.

- Termina el desayuno y vístete. – Me levanto de la mesa cansado de la conversación y me meto en la ducha.

El agua caliente me alivia un poco la sensación de frialdad en mi piel. Pero no rellena el vacío. No, yo no merezco su perdón. Luna es una persona pura, angelical, noble... y yo... un desalmado como mi padre. Algo que yo ya sabía desde que tuve uso de razón.

Estoy en el avión, está a punto de despegar, rumbo a Londres, en donde tenemos concertadas varias entrevistas promocionales de la serie.

A punto de apagar mi teléfono móvil, pero, de pronto, suena en mis manos y me llevo un susto ante la sorpresa.

Es John...

¿Qué querrá ahora?

- Hola John, estoy a punto de despegar. Habla rápido.

- Me debes una cena o algo. ¡Qué cojones! ¡Me debes una mariscada!

- ¿Cómo?

- Pero en un sitio caro.

- ¿De qué hablas, John?

- Mira en tu whatsapp y verás quién está aquí, en Los Ángeles, para hacer el casting como actriz secundaria de la película que vas a rodar TÚ. ¡Y gracias a mí!

- ¿Y por qué no me lo dices tú, ya que me has llamado?

- Dejaré mejor que te dé la ansiedad esa estúpida tuya en soledad. – ¡Será capullo!

- ¡Genial! ¡Ríete de mí y de mis problemas! – Le grito. Todos en el avión me miran asustados, así que bajo la voz. – No tiene gracia, maldito loquero.

- La verdad es que sí la tiene. Y pagaría una fortuna por ver la cara que se te va a quedar. Lo he conseguido gracias a Joe, tu representante, y a Mila, que no tiene ni idea de cuál es el

verdadero plan, así que tendrás que invitarnos a todos. ¡Buen viaje! ¡Ah! Y trata de que no te dé un infarto. Sería conveniente que volvieras a L.A. de una pieza y remataras tú solito la faena.

John me cuelga y yo le lanzo todo tipo de maldiciones al teléfono como si fuera a él mismo. Después abro el whatsapp.

- Señor, vamos a despegar, tiene que apagar el teléfono. – Me dice una azafata poniéndome ojitos.

- Sí, sí, voy. – Pero primero abro el whatsapp, más que intrigado.

En él me encuentro una jodida foto de Luna con Joe, mi representante, en el aeropuerto de L.A. y con Mila, que está irreconocible tras su cambio de look. ¡Joder! ¡Está aquí mismo! Nos hemos debido cruzar incluso.

Me levanto del asiento del avión y me dirijo hacia la puerta del avión.

- ¡Señor! ¡No puede levantarse, vamos a despegar!

- ¡Tristan! ¿Qué cojones haces? – Me dice mi compañero Jack. Lo miro. ¿Qué hago? No puedo irme y dejarlos a todos plantados... Tengo un jodido contrato con la promotora. Me vuelvo a mi asiento y llamo a John.

- Que no se mueva de L.A. hasta que yo regrese. ¿Me has entendido? ¡Dime que me has entendido, John! – Digo con firmeza.

- Tú vuelve pronto y... entero. Yo me encargo de lo demás.

- Eso espero.

- Ella estará aquí cuando vuelvas. Así que disfruta de tu viaje a Londres y ponte cómodo. ¡Ah! Y trata de dormir algo para tener una cara decente cuando vuelvas.

- ¡Deja de tocarme los cojones y haz lo que te pido! ¡Joder! – Me tiembla el pulso.

- Señor, apague el teléfono, por favor. – Vuelve a insistir la azafata.

- ¡Voy, joder! – La pobre chica se asusta ante mi grito. – Perdón, perdón.

Cuelgo y apago el teléfono, sintiendo como si mi corazón hubiese subido cabalgando hasta mi garganta. Tiro del cuello de la camisa que llevo, que parece que de repente quiere estrangularme. Tengo que garantizar que Luna permanezca en L.A. unos días más. Y tengo que hablar con Mila. Luna no puede saber nada. No quiero que huya. No...

LUNA

Ha sido todo una locura. Después del juicio la prensa rosa me ha seguido a dónde quiera que fuera y me han frito a preguntas sobre Tristan y la relación que tuvimos.

Por supuesto no he contestado nada.

Ni siquiera he vuelto a ir a la cafetería. He evitado por todos los medios salir a la calle.

Le he pedido unas semanas a Jaime, mi jefe, alegando estar en una situación bastante estresante y él me las ha concedido sin pensar. Él tampoco quería a la prensa rosa y todos esos paparazzis merodeando por la cafetería.

Ni siquiera he podido despedirme de Ana como es debido antes de viajar a L.A.

Mi teléfono no ha parado de sonar estos días y he tenido que contestar a todas las llamadas por si era Milagros o alguien de la Summit. Pero todo eran llamadas de paparazzis enloquecidos por saber qué me une a mí con Tristan Moore y sedientos de confidencias. Nada. No me une nada. Eso es lo que he contestado incesantemente y con convicción.

Así que a los nervios ya intrínsecos de tener que hacer un casting para una superproducción televisiva se suman los nervios por toda la locura que mi vida está experimentando.

No solo eso. Justo antes de despegar mi avión con destino a L.A., he recibido una llamada de mi abogado, Ramón, informándome que Juan también ha recurrido la sentencia del juicio y que el juez le ha dejado en libertad provisional bajo fianza hasta que se celebre el nuevo juicio. ¡Dios mío! ¡Cómo está la justicia en mi país! Aunque dudo mucho que Juan pueda conseguir los seis mil euros de la fianza, pero nunca se sabe...

De modo que me voy a L.A. más que convencida de lo que estoy haciendo.

Cualquier cosa que ponga tierra de por medio entre Juan y yo es buena.

Paso todo el vuelo con un nudo en el estómago que se acrecienta cuanto más corta se hace la distancia entre Tristan y yo. Voy a respirar el mismo aire que él en breve. Quiero verlo. Quiero besarlo. Quiero... No, no puedo querer eso. Aunque... quizá... ya lo he castigado lo suficiente y puedo intentar hacerle recordar lo bonito que era cuando estábamos juntos.

Además, tengo la presión de hacer bien el casting para no tener que volver a España en una buena temporada. No puedo fallar en esto.

Milagros va a mi lado. Es una chica muy simpática y alegre y me contagia de entusiasmo. Dice que confía en mí. Dice que va a salir todo redondo. Me ayuda con algunas líneas y practicamos juntas en el avión las escenas de los personajes para las que me voy a presentar.

Cuando aterrizamos, un tal Joe, que dice ser representante de grandes actores, nos recoge y

nos da la bienvenida a L.A.

Milagros, que es una especie de “manager” para mí, dice que confía ciegamente en él y que estaría bien contar con su ayuda como mi representante. A mí eso ahora mismo me suena todo al cuento de la lechera. Primero tengo que hacer un casting y hacerlo bien. Después, si consigo hacerme con algún papel secundario, pensaré en todo lo demás.

Joe me cae bien enseguida y parece que a Milagros ya la conoce de antes. Así que nos sentimos cómodos los tres rápidamente. Joe me pregunta sobre mi formación. Le digo que estudié para profesora de música, le cuento mi afición por la música y le prometo por lo más sagrado que voy a hacer un buen casting y no voy a dejar a nadie indiferente.

Joe nos lleva hasta el hotel en el que Milagros y yo nos vamos a hospedar mientras estemos en L.A., dice que los gastos corren de parte de la productora, mientras se celebre el casting. Es un hotel increíble. Jamás había estado en uno igual.

Cenamos algo en el restaurante del hotel los tres y tenemos una amena charla en la que Joe me da muy buenos consejos para afrontar el casting, que empezará mañana y en el que sólo quedan dos vacantes por cubrir. Pero yo no puedo dejar de pensar en Tristan y en lo cerca que debo estar ahora mismo de él.

Cuando estoy sola, en mi habitación, decido buscar información sobre él en mi móvil. No lo he hecho casi nunca y dudo mucho que en internet esté su dirección o su teléfono, pero me gustaría mucho saber cómo puedo hacer para volver a verlo, aunque sea desde cierta distancia.

Lo que veo en internet no es lo que esperaba. Tristan está en Londres, según las últimas noticias sobre él y, para colmo, hay unas fotos nuevas de él con Nika, bailando y en actitud bastante cariñosa de hace un par de días atrás, justo de cuando yo estaba saliendo del juicio contra Juan.

¡¿Cómo he podido ser tan gilipollas de pensar que se preocupaba por mí?! ¡No digamos ya de echarme de menos!

Tiro mi móvil contra la cama y lanzo un grito de enfado.

Siento un par de lágrimas que quieren salir de mis ojos, pero no les consiento que lo hagan.

- ¡Olvídate ya de él, Luna! ¡Y céntrate en labrarte un futuro mejor y, sobre todo, lejos de Juan! – Me grito a mí misma y me meto en la cama. – Esta noche va a ser una soberana mierda... Pero espero que pronto nos veamos las caras, Tristan Moore.

El primer día de casting es una de las cosas más emocionantes y a la vez más estresantes que he vivido. Me presento para dos papeles; el de la mejor amiga de la protagonista y también para el de la chica chungu que quiere quitarle el chico a la protagonista. Es un poco difícil meterse en el papel porque ninguno de los actores protagonistas está presente y, en su lugar, nos colocan

unos maniqués que simulan ser ellos.

Yo me he aprendido bien todas las líneas y he practicado en mi mente y en la habitación de mi hotel cientos de veces, pero los nervios de sentirte observado cambian la situación por completo.

Aun así, lo recuerdo todo más que bien y, sobre todo, me dan a enhorabuena cuando represento el papel de la chica que le quiere quitar el novio a la protagonista. La verdad es que imaginarme que ese muñeco era Tristan y poder hablarle como a mí me gustaría hacerlo ayuda.

Por la tarde el casting sigue y en esta ocasión nos hacen cantar algunas canciones de las que se interpretarán en la película. Milagros me mira desde la grada y sonrío. Creo que satisfecha con lo que estoy haciendo.

Al terminar todo un día entero de pruebas nos dicen que volvamos al día siguiente con nuevas líneas aprendidas a la mitad de las participantes en el casting. Las siguientes pruebas se celebrarán en dos días. Según Milagros, eso significa que he pasado el primer corte y por la noche lo celebramos juntas yendo a un club nocturno para tomar unas copas y bailar un poco.

La vida en este lugar de la tierra parece tan diferente que me da la impresión de estar viviendo en un sueño.

Milagros es una chica alegre y muy amable. Bebemos y bailamos y nos reímos mucho.

Estoy en mitad de la pista de baile dándolo todo cuando siento un cuerpo pegarse a mí por detrás. Me giro rápidamente y veo a un chico muy mono sonriéndome. Creo que quiere bailar conmigo y yo le sigo el juego. Milagros también está bailando con un hombre que acaba de conocer, así que no creo que le moleste.

- ¿Cómo te llamas? – Me grita el chico por culpa del volumen de la música.

- Luna, ¿y tú? – Grito yo también.

- Marc. Bailas muy bien. ¿De dónde eres?

- De España.

- ¡Conozco Ibiza! – Grita de forma muy simpática y me hace reír. Ibiza... es uno de los lugares más conocidos de mi país, sin duda.

Sigo bailando con Marc que, aunque no lo haga demasiado bien, parece disfrutar de lo lindo de la música y de mi compañía.

Al cabo de unos bailes más, Milagros aparece en escena, me coge del brazo y me dice que tenemos que irnos. Parece enfadada. Algo le habrá pasado... Así que me despido de Marc con un beso en su mejilla y salgo del club con Milagros.

- ¿Puedo volver a verte? – Escucho a mi espalda. Me giro y veo a Marc. ¡Qué mono! ¡Ha salido a buscarme!

- ¡Claro! – Digo feliz.

- ¡No! – Grita Milagros. La miro extrañada. – Tenemos mucho trabajo por delante. – Me aclara. Miro a Marc. Me gusta, es mono, y necesito ilusionarme...

- Vengo aquí siempre. – Me dice ignorando a Milagros. Le sonrío y le guiño.

- Vale. – Milagros tira de mí y yo no paro de mirar hacia atrás.

El chico era muy mono. Bueno, vale, no tanto como Tristan, pero si él está en otras cosas con otras mujeres no debo cerrarme en banda a conocer más hombres.

En el taxi, camino al hotel, Milagros no para de hablar y hablar y me da la impresión de que evita el tema.

- Mañana te prepararé bien para el papel de la chica mala. Creo que es el que más les ha gustado de ti y...

- ¿Por qué no puedo conocer a algún chico? ¿Va eso incluido en el contrato? – Le reto. Milagros me mira y suspira.

- No, pero no sería conveniente.

- ¿Por qué no? – Le reto.

- Eso te distraería.

- ¿Es así la vida de los actores? – Trato de imaginarme un poco la vida de Tristan.

- ¿Es eso lo que te preocupa? No te eches ahora atrás, Luna. Si te dan ese papel te pagarán cincuenta mil dólares por un rodaje de dos meses. Tendrás las dietas incluidas y el alojamiento. Creo que no está nada mal, ¿no crees?

- ¡Cincuenta mil dólares! – Me escamo. – No, no, no me preocupa en absoluto. Sólo sentía curiosidad.

- Es mejor que no te relaciones con desconocidos ahora mismo. No debes revelar nada del rodaje y hay mucho cara dura por ahí suelto.

Las palabras de Milagros me hacen pensar que eso mismo lo habrá oído Tristan en infinidad de ocasiones. Sin embargo, no le importó conmigo. Cada rato libre que tuvo durante el rodaje de la serie me lo dedicó a mí... sin siquiera conocerme y exponiéndose a una desconocida.

Hoy los castings son mucho más duros. Ayer pasé prácticamente el día recluida en el hotel practicando. Hoy el nivel de los participantes es bastante más elevado y se ve que están más experimentados que yo en este ámbito.

Pero yo me esfuerzo todo lo que puedo en que mi papel suene creíble.

Cuando llega mi turno, sobre el escenario del teatro en el que se están haciendo las pruebas, el director de la película me da un montón de indicaciones de cómo tengo que colocarme para que

se me vea bien en la cámara. Esa es la parte más difícil para mí, porque no estoy acostumbrada a filmarme ni a hacerme fotos. Dice que mi perfil bueno es el derecho, así que hago un esfuerzo para recordarlo en todo momento mientras hablo con el muñeco que han puesto como si fuese el actor principal e interpreto, como si me fuese la vida en ello, el papel de mujer enamoradísima y dispuesta a lo que sea por conseguir su amor.

- Tienes que sonar más desesperada. – Me grita Richard, el director, mientras digo las líneas del guion que me dieron. Cargo todavía más de desesperación mi voz. – Eso, así. Ahora levanta las manos y agítalas en el aire mientras le gritas. – Hago lo que se me pide. – Genial. Ahora llórale. ¿Puedes llorar? – Joder. ¿Llorar? ¿Así, sin más? Tendré que esforzarme.

- Sí, sí. Lo intentaré. – Digo mirando en la dirección de dónde procede la voz del director, aunque con los focos alumbrándome a la cara no puedo ver nada.

- Vale, pero escúchame. Olvídate del guion. – Me señala el director. – Me gusta mucho tu voz y como cantas, pero tienes que creértelo un poco más. – Me muerdo el labio. Necesito este trabajo. – Di lo que tú quieras decir, sólo piensa que el amor de tu vida de acaba de decir que quiere a otra y tú no estás dispuesta por nada del mundo a dejar que ese chico se te escape.

- De acuerdo. – Digo temblorosa.

- Vale, vamos allá. Olvida que aquí hay más gente. Estáis solos, Ithan, que es el protagonista, y tú. – Cargo de aire mis pulmones y comienzo mi alegato. Me imagino hablando con Tristan, pues así me resultará más fácil.

- Ithan, te quiero, nadie va a quererte como yo, tienes que verlo. Esa mujer no te ve cómo te veo yo, jamás te hará feliz. Yo sería capaz de cualquier cosa por ti. ¿Por qué no eres capaz de quererme a mí?

- Muy bien, sigue. Trata de llorar.

- ¿De veras no significo nada para ti? – Poco a poco siento llegar la humedad a mis ojos. Vamos Luna, llora, por lo que más quieras. Trato, para ello, de recordar la infinidad de insultos que recibí de Juan, sus palizas, violaciones. Pero nada surte tanto efecto como recordar el día en el que Tristan Moore, lo más bonito que me ha pasado en la vida, decidió irse y dejarme atrás dejándome claro que yo no era importante para él. – ¿De verdad vas a apartarme de tu vida, para siempre? No es justo. Yo... te quiero. Quédate, quédate conmigo. – Digo con los ojos llorosos mientras acaricio el rostro del muñeco. – Haría lo que fuera por una noche a tu lado...

- Impresionante. – Escucho una voz proveniente de la oscuridad. – Richard, pruébala en el papel de protagonista. – Esa voz...

- ¿Qué? Tristan, esta chica no tiene nada de experiencia y ya tenemos a Amanda Walls. – ¡¿Tristan?! ¡Qué cojones...! Me tapo con la mano la luz del foco, a modo de visera, y lo busco. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Está aquí! ¡Mirando mi actuación!

Con las manos en los bolsillos y dedicándome una mirada de, ¿qué? ¿qué significa esa mirada? ¡Por favor, por qué es tan guapo! ¡No es justo!

- Amanda Walls ha puesto muchos inconvenientes para este papel, Richard, no sé, si se raja

en el último momento estamos en un problema. – ¿Qué está haciendo aquí? ¡Madre mía! ¿No estaba en Londres? ¡Está aquí! ¡A escasos metros de mí! Me mira con una sonrisa traviesa en la cara y se acerca al escenario en el que estoy. Sube cada peldaño que le lleva hasta mí con una calma aniquiladora y yo comienzo a temblar de pies a cabeza. ¡Viene! ¡Se acerca! ¡¿Qué hago?! – Me gusta como lo haces. – Me dice sonriente. Yo no puedo pronunciar palabra. Estoy en shock. – Richard, vamos, pruébala. – Pide mirando de nuevo al director, que permanece callado mientras observa cómo Tristan y yo nos miramos. – Mírala. Es perfecta. – Me señala. ¡Dios! ¡Perfecta! ¿Ha dicho eso de verdad?

- Sí, pruébala Richard. – Añaden Joe y Milagros.

Yo no puedo apartar mis ojos de él. Después de dos meses sin verlo al fin lo tengo de frente.

Lleva el pelo más corto y una barba de dos días, y está más impresionante que nunca. Sus azules ojos brillan y también sonrén. Me muerdo el labio mientras pienso en todo lo que lo he echado de menos. Aunque, sobre todo pienso en todos los besos que le daría si pudiera.

- Esta bien. Probemos y veamos si hay química entre vosotros. Si no la hay, no perderé el tiempo en esto, Tristan.

- Veamos si la hay. – Me susurra Tristan desafiante.

Por un lado, quiero huir, salir corriendo. Esta prueba es demasiado dura para mí. Porque, me siento débil y a punto de un infarto por tenerlo de nuevo de frente. Por otro lado, me tiraría a su cuello y le suplicaría que me follara hasta que me matase.

- Probad la escena del beso. – Escucho al director y yo me giro rápidamente a mirarlo. ¡¿El beso?! ¡Dios! – Tristan, tu personaje, Ithan, le confiesa a Katy, que será interpretado por Luna, que ha besado a otra, pero que sólo fue una estupidez, porque realmente se ha enamorado de Katy y lo hizo porque no quería admitirlo. – Narra el director mientras yo siento la mirada de Tristan sobre mí de una intensísima manera. – Tú Luna, serás Katy. Tienes que decirle que no lo crees – claro que no lo creo – y que no puedes confiar en él – claro que no confío en él – pero, al final, sucumbes a su beso porque estás enamorada – claro que estoy enamorada. Suspiro. Esto no estaba en mis planes. No sabía que Tristan trabajaba en esta película. Pero... ¡es genial! Puedo besarlo sin sentirme estúpida por ello. Puedo tocarlo y sentir su piel sin tener la sensación de ser una estúpida por haberle perdonado todo sin esfuerzo por su parte. – Tú dilo como te salga, ¿vale Luna? – Asiento. – Bien, pues vamos allá.

Madre mía... sí, sí, vamos allá.

Miro a Tristan. Él clava su mirada en la mía levantando la cabeza en actitud chulesca, como si estuviese delimitando su territorio y su respiración se hace más ruidosa. Su mandíbula cuadrada me distrae, igual que su cuello. Me gustaría lamerlo y perderme en su aroma...

Carraspea y me recorre con los ojos. De arriba abajo. Se relame, cierra los ojos y gira su cuello. Como si estuviese buscando concentración en alguna parte de su interior. Cuando abre los ojos de nuevo sé que comienza la función.

- Katy, por favor, no te alejes de mí por un simple beso que no significó nada para mí. – Dice Tristan comenzando su alegato, mientras se acerca a mí y me acaricia el rostro. ¡Ay! Conectar de nuevo con su mirada y con su piel me hace marearme. – Sólo quiero estar contigo. – Métete en el papel, Luna, háblale con el corazón en la mano.

- ¿Que no significó nada para ti? ¿Cómo puedes ser tan frío? – Le acuso. – Puede que para ti no significara nada, pero para mí sí. Pensaba que yo te gustaba, pensaba que yo era especial. Sólo te has divertido conmigo. Y, de paso, me has hecho un daño inmenso. – Digo lo que siento. Es lo que siento. Mi mirada se vuelve vidriosa como reacción instantánea.

- Lo siento. No volveré a hacer una estupidez así. – Sus manos acunan mi cara y siento mi piel arder ante el contacto. Cierro los ojos para saborearlo y más lágrimas se me escapan. – Te quiero. – Dice. Abro los ojos rápidamente. Es todo cuanto quiero oír de sus labios. Aunque sea mentira. Pero su mirada parece sincera. Es un magnífico actor, no lo olvides, Luna. – No sabes cuánto. No sabes lo importante que eres para mí... – Apoya su frente en la mía e inspira mi aroma. – No me dejes. Te lo suplico. Estoy perdido sin ti...

- No puedo confiar en ti... – Digo en un hilo de voz. – Volverás a hacerlo. Volverás a fallarme...

- Antes me arrancaría los ojos. – No puedo frenar ya las lágrimas. He soñado con escuchar esas palabras tantas noches y... ahora las interpreta para mí. – Te amo, pequeña. – El corazón se me para. Pequeña... así solía llamarme. Sus labios se acercan lentamente a los míos y me falta el aire. Me siento caer en un abismo. Necesito besarle. Siento el roce de sus labios en los míos y aprieto los ojos. Va a besarme. – Mírame. – Su petición me traslada a tiempos mejores. Momentos que compartí con él. – No dejes de mirarme nunca. – Me pide y me besa con demencial lentitud.

Siento sus labios acariciar los míos y la humedad de su lengua surcar mi boca en busca de la mía. Mi cuerpo cobra vida propia y enredo mis manos en su pelo, apretándolo contra mi boca. Escucho su gemido y noto sus dedos aprisionando mis rizos. Me besa con desesperación, así como yo lo hago. Y me vuelvo loca en ese beso.

- ¡Maravilloso! ¡Espectacular! – Grita el director y me separo de golpe de Tristan al recordar que sólo ha sido una interpretación. – Luna, ven conmigo a mi despacho. Tenemos que hablar. – Miro al director, después a Tristan y trago saliva. Tristan... Me has hecho tanta falta...

- Enhorabuena. – Dice sonriente. – Creo que tienes el papel protagonista. – Sacudo la cabeza y bajo del escenario, sintiendo la mirada de Tristan clavada en mi espalda.

Estamos en un angosto despacho Richard Carlin, que es el director, y yo.

- Luna, creo que Tristan y tú tenéis una química especial. Creo que podrías hacerte cargo del papel principal. Lo que acabo de ver ha sido impresionante. ¿Qué dices? – ¿Yo? ¿Protagonista de una película? Ahora mismo no puedo pensar. Tras esa puerta está Tristan, el amor de mi vida y todavía siento el calor de sus labios en mi boca. – Sólo tienes que firmar esto y listo. Para mí está muy claro. Lo que acabo de ver ha sido impresionante. Mágico. Se respiraba la pasión. Firma, por favor. Puede ser una gran oportunidad para ti. – En ese momento la puerta del despacho se abre y veo aparecer a Joe.

- Richard, si no te importa me haré cargo de la negociación, junto con Luna. – Me sonrío. – Porque si no me equivoco te están ofreciendo un papel de protagonista. – Asiento con cara de póquer. – Estupendo. Puedo ser tu representante si quieres. – Dice sonriente.

- Va... vale. – Digo sin saber qué otra cosa decir. Estoy perdida en este mundo.

- Genial.

- ¿Tú vas a representar a los dos protagonistas? – ¿Cómo? ¿Joe es el representante de Tristan? Esto me huele raro.

- Así es. ¿Qué contrato le ofreces?

- Doscientos mil dólares más dietas, alojamiento y días de promoción. – Joder, doscientos mil dólares. Me siento mareada.

- Tristan dice que acepta trabajar con ella si le pagáis quinientos mil dólares y las mismas condiciones de dieta y alojamiento que a él. – Ay, dios. ¿Qué?

- Eso es mucho dinero para una principiante, Joe.

- Cuatrocientos mil. No bajaremos de ahí. Esta chica ha sido relacionada sentimentalmente con Tristan Moore por la prensa del corazón, así que ya tienes la mitad del trabajo de promoción hecho. – ¿Están queriendo decir que van a jugar con mi vida privada? ¡Ah, no!

- Eso suena interesante... la mitad del márketing estaría ya hecho con filtrar alguna foto de ellos juntos.

- Perdón, pero creo que se trata de trabajo, de interpretar un papel, no de interpretar una vida. – Interfiero. Ambos me miran serios.

- Luna, este mundo funciona así. – Me aclara el director y yo me quedo de piedra. – No tienes que acostarte con él si no quieres. Ni siquiera tenéis que besaros con lengua. Pero sólo con la posibilidad de que entre los dos protagonistas de una película romántica taquillera exista una relación haría a los fans enloquecer y acudir en masa al cine. Sobre todo, tratándose de Tristan Moore. Incluso podríamos hacer un merchandising bueno. ¡Acepto cuatrocientos mil dólares! – Me tiende la mano. Yo me quedo planchada. Mi cuerpo y mi mente han desconectado y no sé cómo volver a despertar.

- Luna, es buena oferta. Hazlo. – Me anima Joe. Estoy bloqueada. Levanto la mano, pero sólo porque no sé qué otra cosa hacer y sello el trato.

- ¡Estupendo! Mañana comenzaréis Tristan y tú las clases de baile. ¡Y te pondré un profesor de canto de inmediato! ¡Esto va a ser la bomba! – Joe y Richard salen del despacho dándose palmadas en la espalda y yo todavía estoy en shock.

- ¡Joder! ¡Joder! ¡Lo has conseguido! – Grita Milagros que entra en el despacho del director, donde me hayo más que perdida. Me abraza y yo sigo sin poder responder. – Increíble. Ha sido increíble. Cuando Joe me lo propuso me parecía una locura, pero, ¡mírate! – Al final la abrazo cuando mis manos y mi cuerpo responden. – Sabía que tenías algo especial. Lo vi desde el principio. Gracias al cielo Joe nos ha ayudado y te han dado la oportunidad de oro para esta

audición.

De pronto, levanto la vista y veo a Tristan sonriente, apoyado en el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

- Enhorabuena. – Dice.

- ¿Qué tramas? – Me separo de Milagros y me acerco un poco a él. Me mira extrañado. – No me mires así. ¿Joe es tu representante?

- Sí, ¿y? – Ni yo misma sé a dónde quiero llegar a parar. – La verdad que no tenía ni idea de que estabas aquí para el casting hasta hace dos días.

- No entiendo. ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué has pedido que me prueben en el papel de protagonista? – Tristan se acerca a mí con los brazos cruzados todavía.

- Porque sabía que podías hacerlo. Tienes talento y yo sólo te he dado una motivación.

- ¿Y cómo lo sabías que tengo talento para ser actriz? ¡Yo no he fingido contigo en ningún momento! – Saco mi artillería.

- ¿Quieres decir que yo contigo sí? – Me desafía levantando la cabeza de nuevo.

- Eh... yo esperaré fuera. – Milagros se va y me deja sola ante el peligro.

- Contéstame. – Vuelve a desafiarme con los brazos cruzados.

- Sí. Eso hiciste. – Imito su gesto.

- Sin embargo, la que se ha echado pareja de los dos eres tú. O eso es lo que le dijiste a la abogada que te contraté. – Su gesto se vuelve más severo. – ¿Es eso cierto? ¿Estás con otro, Luna?

- ¡Ja! ¡Esa sí que es buena! – Le grito y me pongo hecha una histérica. – ¡Tú no has parado de follarte a la pelandrusca esa de Nika desde que te fuiste de Madrid y me vienes con esas!

- Nika no es una pelandrusca, Luna. – ¿Me está vacilando?

- ¿No? ¿Y cómo llamas a una persona que viene a mi trabajo sólo para decirme que la noche anterior se acostó contigo para hacerme daño?

- Eso no fue culpa de Nika. Sólo mía. – Sigue mirándome impasible y parece que enfadado conmigo. ¡De qué va! – Y no has respondido a mi pregunta. ¿Estás con otro?

- ¡Sí! – Miento llena de rabia. ¿Cómo puede ser tan cabrón?

- Eso es mentira. – Farfulla apretando la mandíbula.

- Aunque no lo creas, algunos hombres me consideran una mujer de valía. Y me alegro mucho de haber dado con alguien así. – ¿Por qué le digo esto? Es como si sólo quisiese hacerle daño... ¡Y es lo que quiero! ¡Que pruebe de su medicina!

- Eso no lo dudo. Pero ahora estás aquí, conmigo. Y ese tipo no está, por lo que veo. Así que, sintiéndolo mucho, Lunita, voy a intentar hacer que te olvides de ese tipo. Haré que me ames

a mí. – Descruza los brazos y da un paso en mi dirección. Yo me tenso y doy dos hacia atrás. Pero no puedo retroceder más porque tengo la mesa del despacho tras de mí.

- No te acerques más. – Casi no me sale la voz.

- No me pienso alejar. Olvídalo. – Da otro paso más. Joder. Está justo frente a mí. Siento su cálido aliento en mi cara. Me quema. – He soñado muchas noches con esto. – Sujeta mi cara y lo miro embobada. – No me niegues tus besos. Los necesito para respirar. – Sus labios impactan en los míos y me dejo llevar por la necesidad que mi cuerpo tiene de Tristan. Pero, entonces recuerdo que es un gran actor y que sólo está interpretando conmigo.

- No. – Me separo como puedo. – No voy a engañar a mi novio con un cobarde que no fue capaz ni de despedirse de mí como es debido. – Tristan abre los ojos. Creo que se siente dolido. Bien. – Sólo te besaré cuando sea estrictamente necesario. Cuando el guion así lo diga.

Digo y salgo a toda prisa de su presencia y de ese despacho, o sé que acabaré sucumbiendo a sus besos.

No quiero. No estoy preparada para esto ahora mismo. No me he mentalizado para hacerle frente. Creí que nunca más lo tendría a mi alcance, de hecho. Creí que la vida ya lo había apartado de mí para siempre. Pero la vida es más caprichosa de lo que uno puede llegar a imaginar.

Al salir del despacho salgo en dirección a la calle. Sin saber muy bien qué hacer. Pero necesito aclararme las ideas.

Milagros me sigue y me sugiere ir al hotel a descansar. Por lo visto, por la noche hay una cena en donde todo el elenco final de actores de la película cenaremos juntos, con la compañía del director, cámaras y demás miembros del equipo.

Voy a volver a verlo esta noche...

¿Qué digo esta noche? ¡Vamos a compartir hotel durante el rodaje!

Madre mía...

TRISTAN

Estoy soñando. Luna y yo vamos a hacer una película juntos, como coprotagonistas. ¿Será verdad que hay alguien ahí arriba y que además se ha apiadado de mí? ¿Merezco yo esa compasión? Sea como sea tengo que aprovechar la situación. No creo que se me den más oportunidades como ésta en mi vida. Maldita sea... pero tiene novio... ¡No! ¡No puedo amedrentarme por eso! Sé que dentro de ella sigue existiendo algo de lo que sentía por mí. Lo sé. Lo he notado en sus besos. Así que tengo que dar las gracias al cielo por tener de nuevo una oportunidad para hacer que se quede conmigo.

Aunque yo sé que detrás de todo esto está la mano de Mila, John y creo que Joe también se ha confabulado con esos dos.

Sé que Mila se sorprendió mucho de que yo al fin le hablase de sentimientos hacia una mujer y ella mejor que nadie conoce mi sufrimiento interno. Me imagino que, desde que me fui de Madrid, ha hecho lo posible por averiguar sobre Luna y cómo contactar con ella. Aunque dudo mucho que ella sepa que pretendo tener una relación con Luna, eso no lo permitiría nunca mi querida Mila. También me imagino a John, sabiendo como sabe lo mal que lo he pasado por Luna, haciendo lo posible por traerla a mí. Porque, como bien dice mi amigo, yo soy un inútil para estas cosas del amor.

Ha sido maravilloso volver a besarla, sentirla, acariciarla, mirar sus increíbles ojos. Hasta he podido decirle cuantísimo la quiero. Aunque fuera interpretando un papel. No creo que sea capaz de decir una cosa así en una situación normal. Pero, ha huido al final.

No sé qué se supone que debo hacer cuando Luna me rechaza o escupe sus frustraciones conmigo. Nunca antes había sentido algo así por una mujer y nunca antes una mujer que me interesara me había rechazado. Pero Luna lo hace constantemente, a pesar de que su cuerpo da muestras continuas de querer acercarse a mí.

Su rechazo provoca sensaciones desconocidas para mí. Por un lado, lo convierte todo en un juego emocionante e intenso. Por otro, me pone de los malditos nervios y me provoca mandarla a paseo, porque no estoy acostumbrado a que me hablen así. Pero sé que sería incapaz de hacerlo con ella.

Esta noche nos vamos a ver las caras de todos modos. Así que tengo que planear bien mi siguiente jugada.

Cuando llego al hotel me instalo en la que será mi habitación. Muy cerquita de la habitación de Luna. ¡Ja! No tiene escapatoria.

Llevo una maleta con mis cosas. A pesar de que tengo mi casa aquí, en Los Ángeles, siempre me ha gustado alojarme en el mismo hotel que mis compañeros de rodaje. Y ahora con Luna como compañera, más aún.

He llamado a John. Necesito el consejo de alguien que no esté tan tarado como yo. Ha accedido a acompañarme esta noche, cosa que le agradezco enormemente.

En mi habitación, a falta de unos míseros minutos para que la cena del elenco de actores tenga lugar, mi amigo John me da las instrucciones pertinentes para que no cunda el pánico en mí durante la noche.

- Tristan, recuerda no perder el control.

- Tranquilo, John. Al final la mierda esa de la relajación funciona. Lo tengo bajo control. – Sonrío nervioso.

- Contigo nunca se puede estar tranquilo... Siempre encuentras la forma de cagarla. – Me dice el muy estúpido.

- ¡Oye, no me jodas! ¡Te he traído para que me ayudes! ¡No para que me sermonees! – John aguanta la risa. – ¡Dime ahora mismo que esa mujer se va a derretir en cuanto me vea! – Le amenazo con el dedo. – Me he arreglado más que para salir en la tele...

- Vámonos antes de que me tire yo a tu cuello y te bese rendido a tus encantos. – Sigue mi amigo con la burla. Yo pongo los ojos en blanco.

En el ascensor, camino a la sala de reuniones que han habilitado en el hotel para celebrar nuestra cena y una pequeña fiesta, voy sintiendo náuseas y mareos. ¡Mierda! John me mira de arriba abajo. Tengo que demostrar que puedo con esto. ¡Vamos, Tristan! ¡No me toques los cojones! Para ya esta mierda.

- ¿Estás bien? – Pregunta John cuando me ve con los ojos cerrados. Abro un ojo y lo miro.

- Joder, John...

- ¿Qué sientes?

- Náuseas, mareos... ¡Mierda! ¡Joder! – Me pellizco la nariz.

- ¿Ansiedad?

- No lo sé... me siento raro.

- Tranquilo – dice sujetándome de los hombros – son sólo maripositas.

Se abre la puerta del ascensor y John sale de él. Yo me quedo mirándolo y enfadado porque ese parlanchín sepa antes que yo lo que me sucede.

Se vuelve al ver que no he salido y me ordena con la mirada que le siga. Lo hago resoplando por el camino.

Cuando llegamos a la sala, Richard, el director, es el primero que viene a saludarme. Me da un apretón de manos y me suelta un rollo de que está muy emocionado con el futuro rodaje de la película y con la elección final del elenco de actores. Yo asiento a todo lo que me dice mientras busco a Luna con la mirada. ¡No está!

Varias actrices me saludan entusiasmadas y me dedican infinidad de cumplidos por mis

trabajos anteriores. Sí, sí, muy bien... pero, ¿dónde está esa mujer del diablo?

Richard me señala mi lugar en la mesa, justo en el medio de la enorme mesa, y todo el mundo ocupa su lugar en ella. Comienzan a traer vinos, platos de canapés y entrantes para todo el mundo. Yo miro a John, que está sentado demasiado lejos de mí por orden del director, y con mi mirada le pregunto que dónde demonios está Luna. Él se encoge de hombros. ¡Maldita sea!

Pero, entonces, la puerta de la sala se abre y allí está. Enfundada en un impresionante vestido de noche plateado, más típico de Mila que de Luna, y con un precioso recogido, hace aparición la diosa de mi cuento. Me levanto por impulso. Menos mal que Richard también lo hace para saludarla y le indica que se siente en el lugar vacío que hay justo a mi lado. ¡Bien!

Luna me mira con miedo, pero obedece y se sienta.

Creo que Mila también ha llegado con ella, pero yo sólo tengo ojos para Luna. Me saluda parcamente al sentarse a mi lado y yo inspiro su aroma. Está tan cerca que puedo sentir el calor que emana su cuerpo. El corazón se me va a salir del pecho. Al fin está conmigo. Bueno... al menos, cerca.

- Hagamos un brindis por la pareja del año. – Propone el director refiriéndose a nosotros. Sonrío y la miro. Ella pestañea sin cesar, evitando mirarme a los ojos. – Por el amor de estos tortolitos y por que todo salga sobre ruedas. – Levanto mi copa, pero al ver que Luna está nerviosa y no sabe qué hacer, le sujeto de la barbilla para obligarla a mirarme.

- Por nosotros. – Le digo levantando mi copa. Ella asiente y choca su copa con la mía. Bebe rápidamente, prácticamente todo de un trago. Sí, está muy nerviosa.

La cena transcurre y no consigo que vuelva a mirarme. Luna apenas prueba bocado y bebe sin parar.

- Para de beber o voy a tener que llevarte en brazos a la habitación. – Le digo a la quinta copa de vino que veo en sus manos. Ella da un respingo al sentir mi aliento en su cuello y al fin me mira.

- Necesito beber. – Me dice y parece que me está pidiendo permiso.

- ¿Estás nerviosa? – Sacude la cabeza rápidamente para decirme que sí y sigue bebiendo. – Yo también... Tranquila, lo harás muy bien. – Intento infundirle confianza.

- ¿Tú también estás nervioso?

- Ajá. – Parece sorprendida. ¡¿Cómo no voy a estarlo?! ¡La tengo a ella a mi lado! ¡Va a alojarse a escasos metros de mi habitación! ¡Vamos a trabajar juntos! ¡Codo con codo! – Pero me alegra mucho compartir esta experiencia contigo. – Mi mano busca la suya por debajo de la mesa y la acaricio. Ella quita su mano rápidamente.

- Yo no voy a ser otro trofeo para ti. – Me suelta de buenas a primeras, apartando la vista de mí y vuelve a coger su copa de vino.

- ¿Por qué dices eso? – Me ofendo.

- Porque sé de tu afición a acostarte con las mujeres con las que trabajas. – Vuelve a mirarme y lo hace con recelo. – Milagros me lo dijo. – ¡Qué! ¡Voy a matar a esa diabla!

- ¡¿Ahora confías más en Mila que en mí?! – Luna tose mientras está bebiendo y yo le ayudo palmeando su espalda.

- ¿Milagros es Mila? – Me pregunta escandalizada y alzando la voz. Menos mal que el resto de los presentes están todos enzarzados en conversaciones. – ¿La Mila esa que era rubia y con el pelo largo que fuiste a ver cuando estabas en Madrid? – Asiento evaluando su reacción. ¿Todavía no le ha hablado Mila de nuestra relación? Eso sí que es raro...

- Sí, y si mal no recuerdo, no te caía muy bien. – Luna mira a Mila y luego a mí.

- ¿Te acostaste con ella? – ¡Vaya! ¡La gatita al fin demuestra su interés en mí! Me encojo de hombros y ahora el que bebe soy yo. Yo también sé jugar a esto, Luna. – ¡Habla! ¡¿También me la pegaste con ella?! ¡¿Con mi manager?!

- Luna, yo no te la pegué con nadie porque no teníamos una relación. Pero si me dejas que...

- ¡Sí lo hiciste! – Mierda. ¿Me va a montar una escenita delante de todos? Miro a mi alrededor y no sé qué hacer. Al final aprieto los ojos y decido aguantar el chaparrón porque podría empeorar las cosas con Luna si la mando callar. – Te dije lo que sentía por ti – menos mal que ahora habla más bajo – y me prometiste que hablaríamos de ello. ¡Pero te fo...

- Luna, si quieres hablar de ello te sugiero que lo hagamos en privado. Yo también tengo cosas que decir y...

- ¡No tengo nada que hablar contigo! – Vuelve a girarme la cara y yo gruño. – Ya me dejaste claro el lugar que ocupo para ti. Y has tenido dos malditos meses para arreglarlo. Ahora que voy a dejar de ser una camarera mediocre es cuando te interesa aclararme cosas... ahora no hay nada que aclarar. – Miro al cielo. Dame fuerzas...

- No eras una camarera mediocre para mí. No te he menospreciado jamás. Sólo que tenía problemas que resolver antes de decirte que... – Luna vuelve a mirarme, esperando que termine mi frase – que... bueno... yo – me pierdo en sus ojos – quiero hacerte el amor. – Suelto. Es una forma de decir lo que no sé decir de otra forma. No sé hablar de amor. Y ruego para que Luna se haya percatado de las palabras que he empleado para pedir un acercamiento. – Estás preciosa...

- No voy a follar contigo, Tristan. No soy tu terapia. Olvídalo.

- Creo que no he empleado la palabra follar. – Le reto sosteniéndole la mirada. Ella se queda callada. Me mira de esa forma. Y sus ojos bajan hasta mis labios. ¡Ella me desea! ¡Lo sé! Sacude la cabeza y la vuelve a enfocar en su copa. ¡Es desesperante! ¡¿Qué más se supone que tengo que hacer?! – Ven a mi habitación esta noche. – Susurro en su oído.

- No. – Susurra ella.

Pero he notado la vacilación en su voz.

- Ven y te haré sentir el placer más intenso y prohibido. – Vuelvo a intentar. Luna se

remueve en su asiento. Tarda en contestar. ¡Sí! Lo está meditando.

- No. – Vuelve a insistir.

- Luna, ven y déjame compensarte por la forma en que me fui. – Ahora abre sus ojos y me miran con rabia. ¡Ups! Creo que no he debido recordarle eso.

- No. Tengo novio. – Dice nítidamente.

Pongo los ojos en blanco y decido dejarlo estar hasta que vuelva a encontrar la fórmula para que se vuelva a relajar.

Y la verdad es que no tengo que esperar mucho. En cuanto terminamos de cenar, Richard Carlin hace un speech acerca de trabajar en equipo y la importancia de confiar en tus compañeros para acabar dando paso a la pequeña fiesta con música y cócteles que celebramos en ese mismo espacio en el que estamos.

Luna parece algo más relajada cuando la música comienza a sonar y los más animados incluso empiezan a bailar. Creo que en realidad está un poco borracha.

Yo me hago con un par de cócteles y le doy uno a Mila, que ya está en la pista dándole todo. Cuando me ve llegar se aferra a mi cuello instándome a bailar con ella. Y lo hago. Necesito hablar con ella a solas.

- ¡Qué guapo te has puesto hoy, Tristan! Se nota que el lobo ha salido a cazar esta noche... – Dice esa pequeña diablita de Mila.

- Mila, ¿por qué narices le has dicho a Luna que me follo a las chicas que trabajan conmigo?

- Es la verdad... siempre lo haces. – Me dice con esa vocecita irritante que pone cuando piensa que me está dando una lección.

- ¡No me jodas! ¡¿Quieres espantármela?! ¡Sabes lo importante que es ella para mí! Deja de meterte en mi vida privada.

- ¿Cuánto de importante es ella? – Me desafía.

- Eso a ti no te importa. – ¿Qué pretende, que le confiese a ella mis sentimientos? Si a duras penas lo he podido hacer conmigo mismo.

- Sí que me importa. No voy a permitir que la hundas. Esa mujer ha sufrido mucho. John me ha contado lo del juicio, lo de los malos tratos, todo. – Hago una mueca de dolor al recordar esa parte y busco a Luna con la mirada. La encuentro dedicándome una mirada envenenada. Seguramente por estar bailando con Mila. – Escúchame, insensato, – vuelvo a mirar a Mila tras su reclamo – no voy a permitir que la machaques tú también. Esa chica tiene mucho talento. He conectado con ella y quiero ayudarla. – Frunzo el ceño. – Tampoco voy a permitir que te hundas más a ti mismo. Aléjate de ella.

- Luna no es de tu propiedad, Mila. Aunque tengas beneficios gracias a ella. Sé muy bien que no la ves así, te conozco. Pero Luna y yo ya somos mayorcitos para saber lo que nos hacemos.

Y yo no pretendo machacarla, sino todo lo contrario.

- Cuando lo vea lo creeré. Porque hasta la fecha no te has comportado como un adulto con ninguna de las numerosas mujeres con las que te has relacionado. Ahora Luna tiene una oportunidad de oro para ser alguien en la vida. De modo que no la distraigas para tonterías. La necesito enfocada en esta peli.

- ¡Yo pensé que me estabas ayudando a traerla de nuevo a mí! – Gruño.

- Y te estoy ayudando, Tristan. Aunque tú todavía no lo veas lo estoy haciendo. Esta va a ser una prueba de fuego para ti y tendrás que demostrar quién eres de verdad.

- ¡¿Cómo me ayudas?! ¡Diciéndole que soy un capullo! ¡Me la estás asustando, Mila! Deja de hacerlo o me voy a tener que poner serio contigo.

- A mí no me das ningún miedo. Así que te sugiero que te relajes o puedo ser todavía peor. Esta vez no voy a ser tu cómplice en tus estupideces, Tristan. No fuiste el único que lo pasó mal con aquella desgracia. Pero te has refugiado en eso toda tu vida. Si de verdad esta vez es diferente y te importa Luna realmente, demuéstalo. Crece de una vez y deja tus mierdas de una vez atrás. – Las palabras de Mila me enervan. Aunque tengo que admitir que algo de razón tiene.

- Pues entonces no te metas. – Me bebo el cóctel de un solo trago y me separo de Mila.

Voy directamente en busca de Luna, que tiene una cara de enfado muy graciosa. Cuando la tengo de frente me mira de arriba abajo y cruza los brazos.

- ¿Qué? ¿Ahora toco yo? – No puedo evitar sonreír.

- Siempre estarás tú por delante. ¿Bailas? – Levanto mi mano. Ella la mira y vacila.

- No, gracias. – Aprieto los labios para no reírme.

- Vaya, una lástima. – Me guardo mi mano en el bolsillo. – Estás verdaderamente preciosa. Hasta con morritos y todo. – Levanta una ceja.

- Te has acostado con mi manager también, ¿verdad? Te has tirado a Mila, admítelo. – Me apunta con el dedo. Su voz suena cómica por culpa de la borrachera.

- No, Luna, Mila es...

- ¡No me mientas! – Guau, nunca la había visto así de firme. – ¿Y también has repetido con ella? ¿A ella también le contaste ese cuento de fobias raras y traumas de pacotilla? – Vaya, sí que se está poniendo dura.

- Nunca te he mentado, Luna. – Me pongo serio y mantengo una posición distante, con mis manos en los bolsillos.

- Ah, ¿no?

- No.

- ¡Pues admite que te acostaste con ella!

- Pensé que tenías novio y yo ya no te importaba. Y no voy a admitir algo que no es cierto.

- ¡Te he visto besarla en los labios cuando estuviste en Madrid! – Suspiro.

- Siempre ha sido su forma de saludarme, sólo eso.

- ¡Ya! ¡Sólo eso! ¡Ja! ¡Y con Nika también te has saludado solamente! – Agacho la cabeza, avergonzado. – Creí que yo te importaba, Tristan. – Al fin estamos hablando. Aunque sea con Luna borracha y hecha una furia. Algo es algo...

- Me importas. No sabes cuánto. – Confieso, pero me mantengo en mi posición defensiva. – Y también te puedo acusar a ti de lo mismo.

- ¡¿A mí?! ¿Qué he hecho yo?

- No te importo ni un poquito.

- ¡Mira, Tristan, no me vengas con cuentos! ¡Te demostré lo importante que eras para mí! Te di todo de mí, te elegí frente a todo lo demás.

- Yo también hice eso mismo, Luna. – Ella se calla y me mira creo que con ganas de llorar.

- ¿Por qué dices que no me importas? ¿Cómo puedes tener tanta cara? He aguantado que fueras a ver a Mila cuando te estabas viendo a la vez conmigo, he soportado que la besaras en los labios en público, frente a mí, y, ahora mismo estoy prestándote atención después de haber elegido bailar con ella antes que conmigo. – Unas lágrimas se escapan de sus increíbles ojos y mi corazón se dispara.

- ¡Eh! ¡Ven aquí! – Desisto de seguir haciéndome el duro e intento abrazarla, pero se resiste.

- No, déjame. – Lloro.

- Luna, – la sujeto de los hombros y levanto su barbilla para que me mire – si fuera verdad que te importo algo habrías indagado en internet sobre mi vida y habrías averiguado que Mila es mi hermana. – La boca de Luna se abre hasta desencajarse. Se ha quedado pálida y de piedra. – Es mi hermana pequeña. Ella y mi tía Carolina son la única familia que me queda. Aunque ella use nuestro apellido materno, porque no quiere que la relacionen con nuestro padre. Pero es así. – Aprovecho su estado de shock para colocar sus manos sobre mi cuello. – ¿Ahora ya puedes bailar conmigo? – Comienzo a mecerla sin esperar la respuesta y cuelo mi nariz en su cuello. – Mmmm, hueles tan bien... Te he echado mucho de menos, Lunita. – Sigue sin hablar. Se deja llevar por la música de LP “Muddy waters” y por fin siento la calma llegar a mi cuerpo tras tantas semanas añorando su cuerpo. El calor me abrasa y a la vez aplaca el frío severo que he sentido en mi interior desde que nos forcé a separarnos. – He pasado demasiadas noches sin mi Luna.

- ¿Por qué no me lo dijiste antes? – Me acusa, pero no se separa de mí, sino que apoya su cabeza en mi hombro.

- No me has dado oportunidad. Te llamé para disculparme y... explicarte algunas cosas. – La voz se me vuelve ronca al notar su nariz acariciando mi cuello. ¡Joder! Se me pone dura en el acto. Creo que no he pasado un periodo tan largo sin sexo en mi vida como el actual. – Te vuelvo

a pedir perdón. – Acerco mi cara a la suya para sentir el calor de su mejilla en la mía. Ella se restriega a la mía al notar el contacto, como una gatita mimosa.

- ¿Qué quieres de mí, Tristan? No me hagas más daño. – Suplica con voz lánguida. Ya no suena tan dura. Miro a mi alrededor. Hay demasiado público para demostrarle con actos lo que quiero ahora mismo de ella.

- ¿Es verdad que estás con alguien? – Calla. – No puedo culparte, pero, me partirías el corazón.

- No. No estoy con nadie. – Admite con su cara enterrada en mi cuello. ¡Joder! ¡Qué alivio!

- Vente a mi habitación, Luna. Conmigo. Toda la noche. – Levanta la mirada buscando mis ojos. ¡Dios! ¡Cómo me pone esta mujer! Sus ojos chispean y no es sólo por el alcohol.

- He bebido demasiado. – Confiesa y se ríe. Grrr, está borracha. Y yo necesito expresarle todo lo que siento sobria. De otro modo no me creerá nunca.

- Has bebido demasiado y no has comido nada. – Le regaño.

- ¿Ahora eres mi papá? – Vuelvo a gruñir.

- Luna no tientes más mi paciencia. Yo no tengo de eso.

- ¿Y qué vas a hacer si sigo tentándola? – Inesperadamente siento su mano sobre mi pantalón, justo encima de mi erección. Me aclaro la voz y miro a todos lados.

- Oye, aquí hay mucho público. Todos nuestros futuros compañeros de trabajo, para ser más exactos.

- Me da igual. – Me reta apretando mi miembro. ¡Joder! ¡Va a hacer que explote! – No necesito una imagen pública bonita, ni tanto dinero, ni lujos. Yo lo que necesito es sentirme viva. – Susurra con sus labios pegados a los míos.

- Estás borrachísima. – Sonrío. – Jamás te había visto tan indiscreta y osada. Por no decir lo bipolar. – Me burlo de ella. Levanta una ceja. – No hace ni un minuto estabas rechazándome.

- Cuando se me pase la borrachera volveré a ponerte en tu sitio, Tristan Moore. – Dice tambaleándose por el alcohol. La sujeto de la cintura para que no se caiga. – Pero, adivina qué quiero ahora. – Susurra en mi oído. – Quiero que me folles y me hagas olvidar toda la mierda que he tragado estos dos últimos meses, por tu culpa. – Trago saliva.

- Vamos a mi habitación. – Le pido y me la llevo de la mano. Sin esperar a su contestación.

Me despido apresuradamente del resto del equipo y veo a Mila dedicándome una mirada rencorosa a la distancia. Yo le sonrío triunfalmente.

Introduzco a Luna en el ascensor del hotel con rapidez. No tengo tiempo que perder. La deseo más que nunca. Ella se ríe con fuerza. ¡Voy a tener que darle una duchita para quitarle esa borrachera tan inoportuna!

- Esto es gracioso. – Dice. Me pone nervioso esa mirada tan maléfica.

- ¿Qué te hace tanta gracia?

- Todo. Tú. – Se acerca a mí y dibuja mi pecho con uno de sus dedos. Me acelera de nuevo. – ¿Sabes? Me juré no volver a caer en tus redes. – Ahora acaricia mi labio. Yo fijo mi mirada en los suyos. – Pero por esta noche voy a dejar que mi cuerpo haga lo que le dé la gana. Porque... estoy borracha y puedo permitírmelo. – Sin aguantar más la tentación de su cercanía me abalanzo sobre ella y me como sus labios en un beso lleno de rabia, deseo y anhelo infinito. Ella enreda sus dedos en mi pelo y tira de él. Gime.

- Joder, me vuelves loco. – La aprisiono contra la pared del ascensor y le clavo mi erección sobre su vientre. Vuelve a gemir y levanta la cabeza, dejándome vía libre para devorar su cuello.

- Fóllame Tristan. – Vuelve a pedirme y ya estoy fuera de control.

El maldito ascensor al fin se abre y enlazo mi mano en la suya para llevarla a mi habitación. Abro apresuradamente la puerta y ella entra. Al entrar, mira la enorme cama. Justo como el primer día que la llevé a la habitación en la que me hospedé en Madrid.

- Desnúdate. – Le pido sin aliento. Ella se gira y me mira.

- Hazlo tú. – Me pide. Me acerco lentamente a ella y saboreo su mirada cargada de deseo hacia mí.

- Sí, ama. – Nuestro juego vuelve a revivir de una forma instantánea y mágica.

Bajo lentamente la cremallera lateral de su vestido sin parar de mirarla y dejo que la tela se deslice hasta llegar al suelo. Me muerdo los labios al ver su pecho desnudo y, sin pausa, pero sin prisa, me agacho para quitarle las braguitas negras de encaje que lleva. Mientras beso su vientre y sus muslos.

La observo arrodillado y me recreo en su perfección.

- Ahora fóllame. – Suspiro. Me pongo en pie y la miro intensamente.

- Esta vez prefiero hacerte el amor, ama. Pero, sin duda, después de eso te follaré como un loco. – Le beso y Luna se tambalea al cerrar los ojos. Mmmm, creo que debería parar. Luna no está psicológicamente presente del todo. Sin embargo, no puedo pararla cuando ella comienza a desvestirme. La observo embobado. Es la cosa más bonita que mis ojos han visto en la vida y... está aquí, conmigo, de nuevo. Ignoro la punzada en mi pecho, no puedo permitirme pensar en eso ahora.

- Ahora ya estás listo. – Dice cuando me desnuda del todo. Sigo quieto, mirándola, besando todo su cuerpo con mi mirada. – Vamos. – Tira de mis manos y me lleva hacia la cama, tumbándose ella bocarriba y colocándose sobre ella. – ¿Qué pasa? – Pregunta. Sacudo la cabeza y sonrío.

- Nada, que eres preciosa. – Me besa de forma ardiente y enrosca sus piernas en mi cintura. ¡Ay dios!

- ¡Ah, házmelo ya! Antes de que me arrepienta. – Me pide y yo me separo de sus labios al oírlo. – ¿Qué? – Pregunta jadeante. – Ay, madre mía, todo me da vueltas. – Se queja tocándose la cabeza.

- Será mejor que descanses. Ya continuaremos cuando estés en condiciones de continuar. – Le digo sin saber de dónde saco las fuerzas y me recuesto a su lado. Suspiro y miro al techo. Este calentón inconcluso va a ser doloroso.

- ¿Cómo? – Me mira herida. ¡Mierda! Ahora piensa que la estoy rechazando. Le acaricio la cara y me llevo sus labios hasta los míos. Le doy un dulce beso.

- No pienses ni por un segundo que te vas a librar de mí. Pienso hacer lo que esté en mis manos para arreglar lo que estropeé al irme de Madrid y dejarte a ti atrás. – Me mira confundida.

- No entiendo. – Arrastra las palabras. – ¿No quieres hacerlo conmigo?

- Lo deseo más que nada en este mundo, – la abrazo y la recuesto sobre mi pecho – pero quiero que seas consciente de lo que haces cuando eso suceda y, sobre todo, no quiero que te arrepientas después. – Beso su pelo y la escucho suspirar.

- Me da todo vueltas. – Dice.

- Anda, duerme. Ya buscaremos nuestro momento.

Se acurruca en mi pecho y no tarda nada en quedarse dormida mientras yo acaricio su espalda. Sí, me he quedado con las ganas, pero, incluso así, esta sensación de tener a Luna durmiendo relajada en mis brazos es la mejor sensación que he tenido en mucho tiempo. Para ser sinceros, es el mejor momento de mi vida desde que volví de Madrid.

LUNA

- ¡Tristan abre la puerta! – Un aporreo me despierta. ¡Au! ¡Mi cabeza! ¿Dónde estoy? – ¡Tristan! ¿Dónde está Luna? ¡Abre! – ¿Cómo? Me siento rápidamente en la cama y veo a Tristan desnudo, durmiendo junto a mí. ¡Mierda, yo también estoy desnuda! ¿Qué ha pasado?

Tristan se queja.

- ¡Joder, Mila, déjame en paz! – Grita y se tapa con la almohada. Yo me quedo mirándolo estupefacta, tratando de recordar qué pasó la noche anterior entre Tristan y yo.

- ¿Luna? ¿Estás ahí? – Vuelve a insistir Milagros al otro lado de la puerta. Miro hacia la puerta y sigo bloqueada. – ¿Luna? – Finalmente voy a contestarle, pero siento la mano de Tristan silenciándome en el acto y empujándome hacia la cama. Le miro asustada.

- Shhh, no digas nada. Es una pesada. – Me pide. – ¡No está aquí, Mila! ¡Vete de una vez! Habrá ido a las clases de baile. – ¡Ay, las clases! Miro a Tristan con ojos aterrados.

- Voy para allá. – Milagros al final parece que se va.

- ¡Las clases! ¡Tengo que irme! – Me levanto rápidamente. ¡Joder! ¡Es verdad! ¡Estoy desnuda! – ¿Dónde está mi ropa? – Grito a Tristan. Él parece divertido con mi actitud. Sigue sentado y contemplándome con diversión.

- Creo que tu vestido se cayó por detrás de la televisión.

- ¿Y tú de qué te ríes? – Le acuso. – ¡No tiene la más maldita gracia que te aprovecharas anoche de mi borrachera para hacerme lo que te diera la gana! – La expresión de Tristan cambia en el acto.

- ¿Cómo dices? – Se levanta y se planta frente a mí con una cara de enfado amedrentadora. – ¿Que yo me aproveché de ti? – Me siento pequeña ante su repentino enfado y me quedo muda. – ¡Por si no lo recuerdas, fuiste tú la que me pidió que te follara cuando descubriste que tus celos por mi hermana Mila eran del todo absurdos! – Maldición. ¡Es verdad! Ahora lo recuerdo. – Y yo quien te paró al final los pies para que no hicieras nada de lo que al final te arrepintieras. – ¿Eso hizo? Y yo he supuesto que todos los hombres son como Juan, pero Tristan no es así... ¡Bueno, pero tampoco es un santo!

- Bien, mejor así. – Digo avergonzada y me doy la vuelta para buscar mi vestido y escapar de su mirada acusatoria.

- ¡Eh! ¡Mírame! – Tira de mi brazo y me vuelve a poner de frente. Miro su mano. No me gusta ese gesto. Creo que se da cuenta porque enseguida me suelta. – Tenemos que hablar, Luna. – Prosigue esta vez sin presionarme físicamente.

- Ah, ¿sí? ¿Sobre qué? – Me pongo a la defensiva, me cruzo de brazos y levanto el rostro

para demostrar una seguridad en mí que no siento. – ¿Qué es eso que te ha costado dos meses sentir la necesidad de decirme? – Tristan aprieta los labios y creo que empieza a temblar. Me mira fijamente. – ¡Vamos! ¡Habla! ¡Te escucho!

- Yo... – Se rasca la cabeza. – Uff, maldita sea... ¿Por qué es tan difícil? – Dice mirando al techo. Yo sigo de brazos cruzados. – Me ayudaría mucho que te relajaras. – Me acusa con el dedo y comienza a dar vueltas. – Mierda, no me vendría nada mal una pastillita ahora mismo. – Creo que piensa en voz alta.

- ¿Por qué? ¿No eres capaz de ser sincero conmigo sin drogas de por medio? – Sigo en mis trece.

No te lo voy a poner nada fácil, Tristan. No tienes ni idea de lo que llevo sufrido por Juan y luego por ti. ¡Ni una más! Tristan me mira otra vez enfadado.

- ¡No se te ocurra trivializar con mi problema! – Me grita y parece muy nervioso.

- Si tu problema soy yo sólo tienes que apartarte de mi camino. – Le reto.

- ¡Luna, no tienes ni idea! ¡Es un jodido martirio para mí! Por culpa de ese problema no he tenido una maldita relación en mi vida. ¡Pero lo estoy intentando, al fin! – Sigue hablándome en tono de reproche.

- Sí, lo he visto. Estoy al tanto de tu relación con Nika.

- ¡Eso es un golpe bajo!

- ¡Ja! ¡El golpe bajo fue que salieras huyendo de mí! ¡El golpe bajo fue que te la follaras a ella cuando te confesé que estaba empezando a sentir algo por ti! – Tristan suspira y aprieta los ojos. Ojalá sienta vergüenza por lo que hizo. – Pero he salido de cosas peores, ¿sabes? Y conseguí olvidarte. – Me tiembla la voz. Tristan me observa levantando una ceja, incrédulo. ¡Joder! ¡Así no voy a poder ser actriz! – ¡Sí! ¡Tengo novio y es...

- ¡No sigas por ahí porque anoche también me confesaste que tu noviete ese no existe! – Vuelve a recriminarme. ¡Mierda! ¿Por qué hice eso?

- Pues... ¡bueno sí! ¡Pero no voy a olvidar lo que me hiciste! – Intento recuperar el control de la situación.

- ¿Por qué no intentas escucharme primero, Luna? Escucha lo que tengo que decirte, sé que he sido un capullo, pero...

- ¡Sí! ¡Un capullo de órdago! ¡Y un egoísta!

- También...

- ¡Y un gilipollas!

- ¡Bueno, vale ya! – Me silencia. – ¡Sí! ¡Y un gilipollas también! ¡Pero este gilipollas quiere arreglarlo, ¿vale?!
- ¡Cómo! ¡¿Qué piensas hacer para que no me venga a la mente cada vez que te vea que

preferiste follarte a Nika antes que hablar claramente conmigo de lo que yo representaba para ti?! – Estoy al borde del llanto, sin embargo, lo controlo como puedo. Tristan me dedica una mirada perdida. – ¡Habría sido más valiente que me dijeras que yo no pinto una soberana mierda en tu vida!

- Pequeña, quería estar contigo, no con ella. – Me acaricia el rostro y yo me separo rápidamente. ¡No sucumbas!

- Sí... ya lo vi...

- Luna, padezco filofobia. – Dice con expresión de derrota y yo no sé de qué habla. – Es un miedo inmenso al amor. Lo de mis padres me marcó mucho de pequeño y me ha convertido en un inválido emocional.

- ¡No me vengas con otro cuento como el de la somnifobia! – Le recrimino.

- ¡Eh! ¡Eso también es verdad! Te lo he confesado sólo a ti. ¡Joder Luna! No tienes ni idea de la tortura que supone para mí irme cada noche a la cama. – No sé qué pensar ni qué decir, después de meses dándole vueltas, mi conclusión fue que me había tomado el pelo, pero el verlo así me hace de nuevo dudar. – Ni sabes el pavor que siento cuando creo que existe la posibilidad de que pueda existir amor entre una mujer y yo. Pero, contigo, fue distinto...

- ¡¿Distinto?! ¡Huiste de mí! – Ahora sí se me escapa una lágrima. ¡No! ¡No caigas otra vez, Luna! Él te engañó y te usó, después se fue corriendo con el rabo entre las piernas y te dejó sola... muy sola...

- Sí, pero... sólo lo hice porque siempre he actuado así. Pero me costó un mundo dejarte, Luna, créeme. – Suelto una risa de incredulidad. – ¡Es cierto! Pasé todo el tiempo que pude contigo porque necesitaba sentirte cerca, mucho más de lo que necesitaba alejarme. Pero al final... la cagué con Nika y creí que era justo para ti darte la oportunidad de olvidarme. – Suspiro. Olvidarlo... ¡Pues no he podido! Incluso ahora, que la rabia me domina, me muero por besarlo y entregarme a él. – Dime qué tengo que hacer para que me perdones. – Vuelve a coger mi rostro y esta vez le dejo. Me pierdo en su mirada azul. – Puedo intentar arreglarme, por ti. Si tú quieres...

- No soy una terapia, Tristan. – Sacudo la cabeza.

- Tienes razón. – Dice con los hombros hundidos. – Pero para mí eres mucho más que eso. – Vuelve a mirarme y me acaricia el labio inferior.

- ¿Qué soy? ¿Qué es lo que buscas en mí ahora, después de todas estas semanas? – Pongo los brazos en jarra y le desafío con la mirada. – ¡Vamos, Tristan, qué soy! ¿Qué es lo que buscas en mí? Yo también necesito salir de mis mierdas personales, ¿sabes? He vivido cosas que ni te imaginas y he tratado de no salpicarte a ti con ellas, porque para mí tú sí significabas algo. ¡Dime qué demonios soy yo para ti! – Tristan abre sus ojos y me mira intensamente. Su voz desaparece, pero sus ojos me hablan y me dicen que no es capaz de contestar esa pregunta. Su respiración se hace agitada. Aguardo largos segundos y no dice nada. – Quizá deberías primero intentar aclararte ese punto, Tristan. Antes de volver a marearme. – Me doy finalmente la vuelta y comienzo a vestirme. – Nos vemos en las clases de baile. – Lo miro por última vez y lo veo temblando, pero inmóvil, viendo cómo me largo de su habitación a toda prisa.

Me meto en mi habitación y controlo las ganas de llorar mientras me quito el vestido de la noche anterior, me ducho y me pongo ropa adecuada para las clases de baile.

Durante las clases de baile siento la mirada profunda de Tristan proveniente de la habitación contigua a la mía. Un enorme cristal es lo único que nos separa, y, al parecer también lo hace su “filofobia” o como sea que fuera que Tristan lo llamó. Él está con un profesor particular y yo con una profesora para mí, que me enseña las cosas básicas sobre baile de salón.

Agradezco el desgaste físico que proporcionan las clases de baile porque así, cuando llega la hora de la cena, cuando Mila y yo estamos en el restaurante del hotel, apenas tengo fuerzas para dar unos cuantos bocados e irme a la cama a dormir. Necesito descansar el cuerpo, pero también la mente.

Decido irme justo cuando veo a Tristan aparecer por el restaurante del hotel acompañado de Joe y su amigo John. Me mira con rabia y yo le aparto la mirada en el acto.

- Voy a dormir, Milagros. – Informo y me levanto.

- ¿Es por él? – Me pregunta señalando disimuladamente a su hermano con la cabeza. Yo miro brevemente a Tristan y suspiro.

- Estoy cansada y mañana me espera un día duro.

- No dejes que te maree, Luna.

- ¡Vaya! ¡Hasta su propia hermana sabe lo capullo que Tristan Moore puede llegar a ser! – Suelto con furia y me coloco el bolso en el hombro. – No te preocupes, no pienso dejarle.

- No es un capullo porque quiera, Luna. Tiene un problema. Siempre lo ha tenido. Y no tiene solución. Pero tú ahora no necesitas de esa mierda. – Las palabras de Mila, lejos de animarme, me preocupan mucho más. Me acerco a ella para que no pueda oírme nadie.

- Eres su hermana, recuérdalo. No deberías echar más mierda en su desquiciado mundo. – Mila sonríe y me alarma todavía más. – Ya veo que la locura es hereditaria. – Se ríe aún más. – Voy a estar apartada de ese maldito seductor del demonio, Milagros, lo tengo claro. No me trago nada de sus sucias tretas de folobia ni lo del sueño ni nada de esas gilipolleces. ¡No soy imbécil!

- Es filofobia. – Responde tranquila y sigue comiendo. Como si nada.

- ¿Cómo dices? – Consigue atrapar mi atención y vuelvo a sentarme, frente a ella. – ¿Qué sabes tú de eso?

- ¡Soy su hermana! – Levanta una ceja. Como si fuese obvio que lo supiese.

- Entonces, ¿es cierto?

- Lo que me extraña es que te lo haya contado a ti. – Milagros deja la comida en el plato y me mira extrañada. – Al final va a ser cierto que eres diferente. – Se me para el corazón. La

sangre se me agolpa en el pecho y comienzo a temblar.

- ¡Cuéntamelo!

- Luna, no comparto en absoluto la forma en que mi hermano aborda sus problemas sentimentales, pero, aun así, no voy a darte información sobre mi única familia para que la vendas a la prensa rosa.

- ¡Cómo! ¡¿Crees que no habría podido hacerlo ya si quisiera hacerlo?! ¡Genial! – Me vuelvo a levantar ofendida y con ganas de irme y mandarla a la mierda.

- Siéntate. – Me pide serenamente cuando ya me he girado. Me vuelvo y la miro, herida. – Te importa Tristan, ¿verdad? De verdad te importa. – Me quedo callada. Vuelvo a mirar a Tristan que hace un intento estúpido por ignorarme, sentado a sólo dos mesas de distancia de mí. – Siéntate. – Vuelve a pedirme y lo hago resoplando.

- ¡Qué!

- Mi padre la mató. – Suelta de repente y se me hiela la sangre.

- ¿Hablas de...

- Mi madre. Sí. La mató frente a Tristan. Y, bueno, frente a mí también. Pero yo tenía meses, no lo recuerdo. Tristan, sin embargo, tenía cuatro años y trató de despertarla de todas las formas posibles, durante... los tres días que tardaron en encontrarnos. – Mi mundo se para y siento un nudo gigante que no me deja respirar. Vuelvo a mirar a Tristan que se ríe con esa preciosa sonrisa, mientras pretende ignorar que yo estoy allí, al lado.

- No... – Mis ojos buscan al hombre que ocupa todo mi corazón y las lágrimas los inundan, convirtiendo su imagen en borrosa. Tristan... mi pobre Tristan... Ahora su sonrisa parece todavía más forzada.

- Sí. Así fue. Luna, mírame. – Vuelvo a depositar mi mirada vidriosa sobre Mila. – Mi hermano está roto. No puedes arreglarlo. Ni tú ni nadie. Porque lo que ha vivido lo ha traumatizado a un nivel que tú no entiendes. – Siento como me voy despedazando poco a poco por dentro. – No quiero que empeore ni que te haga daño a ti. Tú no lo mereces y... él tampoco. No puedes arreglarlo, Luna. Lo ha intentado todo. Si fracasa contigo su problema se hará mil veces mayor.

- Yo... yo no...

- No quieres hacerle daño, lo sé. Pero lo harás. Y él te lo hará a ti porque no puede darte eso que quieres de él. – Se me escapa una lágrima que borro de mi mejilla rápidamente. – No hay mujer en el mundo suficientemente fuerte para soportar la condena tan pesada de ese hombre. – Vuelve a señalar a su hermano. Vuelvo a mirarlo por un segundo y siento como si algo dentro de mí se rompiera en millones de cristallitos puntiagudos. Lo amo tanto... – Y sé que tú le gustas, mucho. – Dios. Le gusto. Mucho. No fue del todo una mentira. – Pero él ha encontrado la fórmula para que nada le empañe más su delicado estado mental, y así debe seguir siendo, lo entiendes, ¿verdad? No quiero que mi hermano sufra más, Luna. No entiendes la gravedad de la situación. Si te traje hasta aquí fue porque John, su terapeuta, me engañó para que lo hiciera. Pero no quiero

llevarte de vuelta a Madrid. Creo que tienes potencial para alcanzar este sueño y una oportunidad de oro para hacerlo. Pero debes entender que Tristan no está a tu alcance en el sentido que tú deseas que esté.

- Sí. Lo entiendo. – Susurro casi sin aliento.

- Debes renunciar a otro amor dañino, Luna. Te lo estoy poniendo fácil. Te estoy contando lo que mi hermano lleva toda la vida luchando por borrar del dominio público. Ya has vivido suficientes desgracias amorosas, ¿no crees? Él es incapaz de quererte, solo serás un experimento desastroso para él. Porque se alejará de ti cuando sus demonios vuelvan a aparecer por su mente y, créeme, no tardarán en aparecer. Ya has tenido suficientes mierdas en el amor. – Asiento derrumbada. – Y él también. Déjalo estar. Él acabará siendo como siempre y se olvidará del encaprichamiento que siente por ti. Siento haberte traído al centro de la hoguera, a mí me engañaron también y me siento víctima de un intento de terapia de choque que estoy segura que será nefasta para vosotros dos. Por eso quiero explicarte cuál es mi visión de la realidad de mi hermano. – Vuelve a mirar a la mesa de Tristan y le sonrío forzosamente. Tristan responde a Mila de la misma forma. – No me dijeron que mi hermano trabajaría en esta película. Fue una artimaña para traerte a sus brazos. Debí haberlo imaginado sabiendo lo que eras para él.

- ¿Él pidió que me trajeran? Entonces, ¿no tiene nada que ver con mi talento? – Me siento mareada por tanta información que no sé cómo digerir.

- ¡Claro que sí tiene que ver con tu talento! – Me riñe. – Pero ha sido más fácil que te tuvieran en cuenta gracias a esos dos y su complot.

- Necesito descansar. – Digo simplemente y me levanto de nuevo. No quiero echarme a llorar aquí, frente a todo el mundo. – Necesito pensar en soledad. – Mila asiente.

- Mañana iremos juntas a las clases de baile. Te recogeré en tu habitación. Aprovechemos esta oportunidad, Luna.

- Sí, vale... adiós...

Me pongo en camino a mi habitación sintiendo una tonelada de peso sobre mis hombros.

Jamás había pensado en Tristan Moore sufriendo una realidad tan dolorosa. El hombre al que amo... con todas mis fuerzas... el hombre que no he conseguido comprender, pero que, esta noche y gracias a la confesión de Mila, comprendo un poco más.

Pero, ¿por qué me ha querido traer hasta aquí? Si no puede amarme, si no puede sentir esto que yo siento por él. ¡Esto que él sabe que siento por él! ¿Para qué insiste? ¿Por qué no me deja seguir?

Por la noche no puedo dormir pensando en él. No me mintió cuando me confesó que tenía un problema. Lo que no me contó fue la magnitud de dicho problema. Yo he sufrido mucho por un mal amor, pero sigo viva. Afortunadamente.

He temido por mi vida en multitud de ocasiones cuando vivía con Juan, pero he sobrevivido a todos y cada uno de sus ataques. Tristan no. Parte de él murió cuando con cuatro añitos fue consciente de que su padre había apagado para siempre la luz de su querida mamá. Y,

aunque no puedo hacerme cargo de la magnitud del dolor que lleva desde entonces consigo, soy capaz de imaginarme una pequeña parte del mismo. Y me duele más que todas las palizas, insultos y humillaciones juntas que he recibido de la persona que un día decía amarme. Me duele porque yo amo a Tristan con todo mi ser y, ahora más que nunca, soy consciente de cuánto lo amo.

Siento una inmensa tentación de ir a su habitación, buscarlo y ofrecerle mi abrazo. Pero, como dice Mila, eso no haría más que hundirnos a los dos hasta el inframundo. Tengo que renunciar a él y tengo que hacerlo por los dos. Va a ser una tortura tener que mirarlo cara a cara durante el rodaje. Va a ser un infierno sentir el calor de sus labios sobre los míos para tener que volver a perderlo después de nuevo y para siempre.

Unas horas después de deshacerme en llanto sobre la almohada, escucho que alguien llama a mi puerta. Muerdo la almohada para ahogar mis gemidos de dolor. Sé que puede ser él y, muy a mi pesar, he prometido a Mila que me mantendría lejos de Tristan, para protegernos de un dolor aún mayor.

Sea quien sea, no insiste y se va. Cuando yo ya estoy levantada, frente a la puerta, acariciando la madera y mordiéndome los labios para llorar en silencio. Supongo que pensará que estoy dormida. Nada más lejos de la realidad. Esa noche no consigo conciliar el sueño y sólo hago imaginarme a un pequeño de cuatro añitos llamando a su mamá sin consuelo, a una bebé de pocos meses llorando desatendida en su cuna y, a un asesino despiadado sintiéndose victorioso tras la dura condena ejercida sobre el cuerpo de la mujer que decía amar.

¿Qué pasa por la mente de esas personas para llegar a hacer algo tan monstruoso delante de tus propios hijos?

¿Qué clase de amor es capaz de apagar el aliento de una vida para siempre?

¿Cómo puedes volver a mirarte al espejo tras algo así?

¿Cómo voy yo a poder aguantar el tipo y no caer en sus brazos si sigue insistiendo en un acercamiento dañino para ambos, pero a la vez, tan necesitado y deseado por mi alma?

TRISTAN

Luna está más que rara y me preocupa. No he querido insistir mucho en un acercamiento porque he entendido el mensaje por su parte: está muy dolida conmigo y no confía en mis intenciones.

Y lo comprendo y respeto. Yo solito me lo he buscado. Por eso he decidido darle un poco de tiempo y espacio para que se relaje conmigo, para que vea que no soy el mismo que se fue y la abandonó cuando más me necesitaba, para que entienda que no ha sido mi intención hierla. Simplemente no estaba preparado. En mis planes no entraba enamorarme y mucho menos ser correspondido. No sé qué hacer con unas sensaciones tan fuertes, impredecibles y peligrosas para alguien como yo.

Pero no quiero rendirme ahora. He pasado tantas horas recordándola, extrañándola e imaginándome otra clase de circunstancias entre los dos que, ahora que la vida la ha vuelto a colocar en mi camino, tengo que aprovechar la oportunidad. Aunque he de ser paciente. He de aprender a ahuyentar algunos fantasmas que aún rondan por mi cabeza cuando la siento cerca. Y he de hacerlo antes de prometerle cosas que no sepa cómo cumplir después.

Sin embargo, no soy tan fuerte. Hoy es la segunda vez que me hayo pegando en su puerta en mitad de la noche. Hace dos días también lo hice, tras verla tan fría y distante mientras cenaba a escasos metros de mí en el restaurante del hotel, con mi hermana Mila. Hoy la respuesta es la misma: el silencio.

Llevamos dos días sin mediar palabra más que un simple “hola” cuando nos cruzamos por los pasillos del hotel o en las clases de baile. Es cierto también que su entrenamiento en el campo del baile y de la interpretación está siendo duro, pues carece de experiencia en este terreno. Pero es buena. Tiene espíritu y sabe conectar con la gente, que es de lo que se trata, básicamente. Pero lo dicho, está rara, y ya no siento que me mire con rabia ni rencor, más bien con algo todavía más duro de digerir; dolor.

Mila no me da ninguna pista del extraño comportamiento de Luna y yo ya sé que de ella no voy a sacar ni media palabra. Mila nunca ha estado muy a favor de que yo intentase algún tipo de relación con una mujer. John, mi terapeuta y amigo, opina que es por la falta de referente paterno y materno. Desde que mi progenitor se suicidara tras haber asesinado a mi madre, sólo nos hemos tenido el uno al otro y yo he sido más que un hermano mayor para ella. De pequeña me tenía idolatrado, ahora es ella la que se cree mi madre a veces, pensando que entiende mejor que yo mismo mi propio dolor y erróneamente, a veces, sabiéndose conocedora de qué es lo mejor para mí. Por supuesto, para mi hermanita, nunca será una mujer a mi lado que ocupe un lugar preferente ante ella. Esa pequeña posesiva... ¡cómo si alguna vez alguien pudiera ocupar su lugar! Espero que no sean celos absurdos los que la llevan a la conclusión de que una relación amorosa sería dañina para mí, al menos, no con Luna. Luna es diferente.

Tras llamar a la puerta de Luna, sin obtener de nuevo respuesta, me vuelvo cabizbajo hacia mi habitación.

Mierda. No me va a dejar explicarle lo que siento. Y mi estupidez mental tampoco me ha dado tregua en las pocas ocasiones en que he podido hacerlo. No soy capaz de ponerlo en palabras. Es demasiado duro para mí abrirme en ese aspecto. El otro día mismo, cuando me preguntó que era ella para mí, casi me da otro ataque de ansiedad. Menos mal se fue y pude cortarlo con las técnicas de relajación.

Al menos, sí que consigo dormir algo. Tenerla relativamente cerca aplaca un poco mi ansiedad y me llena de paz por las noches. Me hace sentir una mínima esperanza en mi pecho de que todavía puedo recuperarla. Y definitivamente me alivia saber que está bien, lejos de ese desgraciado de Juan y haciendo de su vida algo mejor. Ese tanto me lo tengo que apuntar yo, o, por lo menos, siento que algo de responsabilidad tengo en el salto de calidad que su vida ha dado. Mila se ha fijado en su talento porque sentía curiosidad por conocer a la mujer que me ha sacado un poco de la oscuridad. Joe ha confiado en ella para la audición porque sabía que mejoraría mi concentración y motivación en el rodaje de la película. Y John, mi gran amigo, ha hecho todo lo posible para convencer a Joe y a Mila de este plan, que espero que sirva para algo.

Es viernes. Son las siete de la mañana y ya llevo despierto al menos dos horas y media. Me he duchado, me he cambiado de ropa cinco veces para matar el tiempo y he bajado a desayunar al restaurante del hotel.

Ya son cuatro los días que llevo con Luna a mi alrededor sin dirigirnos la palabra y todavía no sé cómo acercarme a ella para hacerle confiar en mí de nuevo. Está tan liada con su entrenamiento para la película que no encuentro el momento de volver a iniciar un acercamiento. Y las pocas veces que está libre, Mila siempre anda pululando por su alrededor.

Por eso me pongo tan nervioso cuando la encuentro hoy, sola, en la mesa del bufé del desayuno, sirviéndose el suyo.

- Hola – La saludo nervioso. Ella levanta la vista y al verme da un brinco.

- ¡Hola! – Me sonrío. ¡Eh! ¡Esa es buena señal!

- Tus desayunos eran mejores. – Digo para tratar de sonar amable señalando la comida que hay frente a nosotros. Ella vuelve a sonreír, tímidamente, y sacude la cabeza. – Pero esa sonrisa acaba de mejorar este desayuno, sin duda. – Me mira con intensidad y parpadea.

- Tristan...

- Necesito un rato de intimidad contigo, Luna. – Vuelvo a suplicar. Ella contiene la respiración. – Por favor... No soy tan asqueroso como crees. Déjame que me explique.

- No pienso eso de ti. – Su gesto parece más blando ahora conmigo. Me pierdo en su mirada.

- Te echo de menos...

- No me hagas esto, Tristan...

- ¿El qué? ¡Vamos, Luna! ¡No ha sido todo tan horrible conmigo para que no me des ni siquiera la oportunidad de hablar!

- No, no lo ha sido. – Ella suspira y agacha la cabeza. – Y por eso mismo es mejor quedarse con un buen recuerdo antes de hacernos más daño. – Su alegación me deja congelado.

- No voy a volver a hacerte daño, Luna. Créeme. Jamás te lo prometería si no estuviese convencido. – Vuelve a mirarme y creo que está luchando por no caer en las redes de nuestro amor. – Mírame. No voy a hacerte daño, Luna.

- Pero yo sí puedo hacértelo a ti.

- ¿Qué? ¿Por qué piensas eso? – Suelto mi plato y me sitúo frente a ella. Sujeto su barbilla para que me mire.

- Por lo que me confesaste... tu problema con el amor. Yo... no sé ser sólo tu amuleto para dormir.

- Estoy solucionándolo. Puedo hacerlo.

- ¿Estás realmente convencido de eso? – En ese momento veo que los ojos de Luna se posan en otra persona y se aparta de mí. Miro a mis espaldas y veo a Mila dedicándonos una mirada de recelo. – No me prometas cosas que no puedes cumplir. – Susurra en voz baja mirando a su plato.

- ¿Qué te ha dicho? – Luna se pone nerviosa y no habla. – ¡Luna!

- Nada que yo ya no supiera. – Dice muy nerviosa. – Yo ya sabía que tú no estás hecho para lo que yo necesito.

- ¡Habla! ¿Qué te ha dicho Mila!

- Hola, hermanito. – Mila llega hasta nosotros y yo la miro lleno de rabia. Ignoro su saludo.

- No me voy a rendir, Luna. Tenemos que hablar, tú y yo. A solas. – Me giro con mi plato de comida en las manos y me siento en una mesa. Solo.

Mila arrastra a Luna del brazo hasta otra mesa, distante a la mía, pero en mi campo de visión. Luna no deja de mirar en mi dirección y parece atormentada por lo que sea que mi hermana le esté diciendo.

Hoy es viernes. Por fortuna, la semana que viene daremos las clases de baile Luna y yo al fin juntos. Así que tendré tarde o temprano mi momento con ella.

Como durante el día tampoco consigo encontrar un rato a solas con Luna, pues está más que entregada al entrenamiento coreográfico e interpretativo, le propongo a Richard, nuestro director, que hagamos una especie de salida nocturna los del elenco de actores esta noche, con la excusa de así ir conociéndonos mejor. Aunque mi único fin es poder iniciar un fructífero acercamiento con Luna.

Richard accede encantado cuando lo llamo por teléfono para proponerle el plan y dice que él mismo se encargará de informar al elenco de actores y a sus representantes.

¡Por fin tendré mi momento!

Reconozco el bar en el que hemos quedado. Es una discoteca bastante selecta a la que mi hermana me ha obligado a venir más de una vez cuando ha venido a visitarme a Los Ángeles.

Me estoy empezando a poner de los nervios al ver que mi hermanita no se separa de Luna en ningún momento y que Luna, de nuevo, no deja de beber como una tonta. Además, lleva un vestido bastante corto que me está poniendo muy nervioso. Necesito tantísimo volver a sentirla que me cuesta mucho concentrarme en lo que Joe, mi representante y ahora también de Luna, me está contando sobre el rodaje.

- Y si el entrenamiento de Luna sigue así de fructífero como parece ser que lo está siendo, van a adelantar el rodaje a dentro de una semana o dos. – Me dice Joe y yo no aparto la mirada de Luna, que de vez en cuando también mira en mi dirección con una expresión de miedo absoluto.

- Ajá...

- Así, si termina antes el rodaje, podemos plantearnos que aceptes el papel en la película policiaca de la que te hablé. Estaría bien que te abrieses las puertas a otros estilos.

- Ajá. – Me levanto en el acto cuando veo a Mila desaparecer de escena. Creo que se ha ido al baño. ¡Tengo que aprovechar mi momento!

- ¿Adónde vas? ¿Me estás escuchando?

- Perdona un momento, Joe. Esto es todavía más importante que la película esa. – Digo mientras me remango las mangas de mi camisa y me dirijo rápidamente hacia la barra, donde está Luna, nerviosa, bebiendo.

Se gira al notar mi presencia y da un brinco. Intenta beber de su copa, pero la freno.

- ¿Qué haces?

- Luna, para, te vas a poner mala. – Le riño con dulzura.

- ¿Qué más da? – Su expresión refleja preocupación y vuelve a demandar de su copa.

- ¿Qué te pasa? – Abre los ojos.

- ¿Por qué? Estoy bien. Más que bien. – Finge sin éxito y con la voz achispada.

- Te conozco. Algo te pasa.

- No importa... ya no...

- Cuéntamelo. – Tiro de su barbilla para que me mire. Sus ojos del color del caramelo

líquido se me clavan y mi polla se estremece. Es tan bonita...

- No es asunto tuyo. – Me reta.

- Te equivocas. Cualquier cosa que te pase a ti es asunto mío. Muy mío. Aunque me odies.

- ¡Ya te he dicho que eso no es así!

- Ah, ¿no? Si no me odiases me permitirías hablar, al menos.

- ¡Has tenido dos malditos meses, Tristan! ¡Dos condenados meses que has dejado que pasen haciéndome pensar que estabas con Nika, que me manipulaste para acostarte conmigo y que ni te acordabas de mí! – Sus ojos se llenan de lágrimas. Quiero hablar, pero me vuelve a cortar. – ¡Y ahora me vienes con que no me has olvidado, pero que tienes un problema que te impide enamorarte!

- Luna, eso...

- ¡Sí! ¡Ya sé que es verdad, maldita sea! ¡Mila me lo contó! – Da un golpe con el puño en mi pecho. Ay dios...

- ¿Qué te ha dicho mi hermanita?

- ¡Qué más da! ¡Lo que había entre tú y yo se acabó y no puede volver a existir porque me acabaría enamorando perdidamente de ti! – Contengo el aliento. – ¡No puede repetirse porque yo querría más! ¡Y tú no podrías ofrecérmelo! Ni siquiera puedo acercarme a ti, consolarte, ayudarte, estar a tu lado en las malas – confiesa y las lágrimas comienzan a rodar por su rostro. Me quedo paralizado – porque si hago eso me metería en un pozo sin fondo en el que me juré que no volvería a entrar. ¿No lo ves? ¿Es tan absurdo que me quiera mantener alejada de ti después de todo esto?

- No... – Confieso abatido.

- No puedes darme tu amor, ¿verdad? – Pregunta limpiándose las lágrimas. No sé qué decir. Lo estoy intentando, pero aún no lo he conseguido del todo. De hecho, estoy comenzando a hiperventilar. – ¡Dime!

- No, todavía no. – Ella se ríe con tristeza y se seca las lágrimas con las palmas de sus manos. – Pero lo estoy intentando, Luna. Quiero hacerlo.

- Querer no es siempre poder, Tristan. Y sólo vas a conseguir que nos destrocemos. – Trago saliva.

Está renunciando a lo nuestro, a nuestro amor y... duele. Mucho. Muchísimo. Sobre todo, porque la culpa es sólo mía. Aunque sus palabras han frenado lo que estaba empezando a despuntar como un inminente ataque de ansiedad en mí. El hecho de que me esté diciendo que no quiere intentarlo me ha vuelto a hacer sentir que estoy a salvo del amor. Sin embargo, por una vez en mi vida, no quiero estar a salvo. Quiero el peligro de sus besos, de su piel, de su amor.

- No me dejes. – Casi no me sale la voz.

- Tristan, fuiste tú quien...

- ¡No! – Le sujeto del rostro. – ¡No te dejé! ¡No te he dejado en ningún maldito momento! ¡Has estado siempre aquí! – Me martilleo la sien con el dedo. Ella me mira de esa forma que... me mata. Quiere creerme. Lo sé. – De verdad. Luna, eres mi luz.

- Viene Mila. – Me anuncia y miro a mi espalda. ¡Mierda! – Ella no ve bien que hablemos. Tristan, para mí es muy importante conservar este trabajo. No puedo volver a Madrid ahora...

- ¡Ven! – Tiro de ella y me la llevo a la pista de baile. Entre el bullicio pasaremos desapercibidos.

- ¿Qué haces?

- Baila conmigo. – Poso mis manos en su cintura después de colocar las suyas en mis hombros y la aprieto contra mí. ¡Siento su calor! ¡Su perfume! Me llena por dentro de cálida esperanza. – Déjame intentarlo. – Susurro en su oído y ella restriega su mejilla con la mía. – Si una vez estuviste a punto de quererme cuando menos te merecía, podrás hacerlo de nuevo ahora que quiero cambiar. Por ti. – Me mira y mira mis labios.

- ¿Qué pasará si sale mal? – ¡Se lo está pensando!

- Te dejaré que me fustigues. – Bromeo y ella al fin libera una de esas risas tan adorables.

- No quiero hacerte daño.

- Pequeña, daño me harás si me rechazas.

- ¡No es justo! ¡No puedes hacerme ese chantaje!

- Es verdad. Es verdad. Eres libre de rechazarme. Pero, te perseguiré día y noche. – Apoyo mi frente en la suya. Comienzo a sentir los dedos de Luna masajeadando mi nuca y mis ansias por besarla se disparan. – Luna...

Voy a besarla, no puedo más. Ella parece desearlo tanto como yo. Así que acerco mis labios. Lentamente. Casi puedo rozar los suyos...

- ¡Aquí estás! – Joder con mi hermanita. Mila tira de Luna y me la arranca literalmente de los brazos.

- ¡Mila, qué coño...

- ¡Calla! – Me ordena la condenada. – Mira, Luna, a quién me he encontrado preguntando por ti. – De repente veo que un tipo al que no conozco viene con mi hermana y le dedica una mirada muy acaramelada a Luna. Ella parece sorprendida. ¿Quién cojones es éste? – ¡Es Marc! Dice que tiene ganas de bailar contigo y, como yo sé que te hacía tilín, te hemos estado buscando. – ¡Qué! Miro a Luna, que parece horrorizada por lo que dice mi hermana, pero no niega nada.

- ¡Ey! ¡Hola! – La saluda el tipo. Es todo sonrisa y músculo. – Es verdad, Luna. Tenía ganas de bailar contigo. Llevo días viniendo a ver si volvía a verte. Baila conmigo. – Le tiende la mano. – ¿Puedo? – Me pregunta a mí el muy cabrón.

- Es la señorita quien decide. – Contesto en un gruñido. Luna me mira sin saber qué hacer, mira a Mila y... maldita sea, coge la mano del tipo y se pone a bailar con él. ¡Joder!

En décimas de segundo han desaparecido de mi vista entre el gentío. Luna... bailando con otro... dándole su calor, su... ¡no, no, no!

- Vamos, Tristan. Déjala. No quiere que la distraigas de su camino. – Me dice Mila tirando de mi brazo. Le dedico una mirada endemoniada y me suelto en el acto.

- ¡¿A qué juegas?! – Ella se asusta al verme tan fuera de mis cabales. Creo que nunca antes le he gritado a mi hermana. – ¡¿Qué cojones te crees que haces, Mila?!

- Protegerte... – Susurra atemorizada.

- ¡Pues no quiero tu puta protección! ¡Quiero que dejes de interferir entre Luna y yo! – Le grito encolerizado.

- Tristan, este juego se te está yendo de las manos. – Mierda, el cuello de la camisa me aprieta. No puedo respirar. Me desabrocho el primer botón de la camisa sin dejar de emitir llamaradas por mis ojos en dirección a mi hermanita. – ¡Mírate! Te está dando un ataque de ansiedad, ¿verdad? ¡Eso es por no dejarlo estar con Luna de una vez! Te estás poniendo en peligro, debes calmarte.

- ¡No tienes ni idea de los dos malditos meses que llevo desde que me fui de su lado! ¡No sabes el horror que he vivido! ¡ESO SÍ QUE HAN SIDO ATAQUES DE ANSIEDAD, MALDITA SEA, NO ESTO! – Mila me mira sorprendida.

- Entonces, ¿por qué la dejaste? ¿por qué te fuiste si de verdad te gustaba?

- ¡No me gustaba, Mila, me había enamorado de ella! – Mila contiene un grito en su mano. – ¡Sí! ¡Estoy condenadamente enamorado de esa mujer! – Señalo al gentío. – Y estoy dispuesto a lo que sea por recuperarla. ¡¿Me oyes?!

- Tristan Moore... he esperado toda mi vida para escucharte decir algo así. Lo has dicho. Lo has hecho. – Joder, es verdad. – Pero... no estás preparado. Tú lo sabes.

- Mila, te lo ruego. Cree un poquito más en mí. No me niegues tú también la oportunidad de vivir algo real. Ya bastante me lo he negado yo mismo.

- Esta bien. – Suspira – Ve por ella. Pero estaré atenta por si caes. No puedo perderte a ti también. – Las lágrimas de mi hermana y su caricia en mi rostro me reblandecen.

Pero vuelvo a buscar a Luna con la mirada entre el gentío. La encuentro, en brazos del tipejo ese, que intenta robarle un beso y ella trata de zafarse sin éxito de él.

- ¡Maldito cabrón! – Comienzo a empujar a gente para abrirme paso hasta ella. – ¡Suéltala ahora mismo! – Grito encolerizado a ese mequetrefe asiéndolo del cuello de la camiseta. – Vete de aquí o te parto la cara, imbécil. – Le escupo con rabia.

- ¡Eh, amigo, tranquilo! – Me suplica acojonado.

- ¡Para! – Luna tira de mí y la miro lleno de rabia.

- Te estaba molestando.

- Pero ya se va. ¿Verdad, Marc? – El tipo asiente, asustado, y al fin lo suelto.

- Ya me voy, sí. – Sale huyendo como un gallina.

- ¿A qué ha venido eso? – Me acusa Luna.

- ¡¿Que a qué ha venido?! ¡Se estaba propasando contigo! ¡Debería partirle la cara! – Me vuelvo a buscar al tipejo.

- ¡No! – Vuelve a tirar Luna de mí. Estoy enloquecido. – Eh, mírame, mírame – pide y me aplaco un poco al conectar con su mirada y al sentir la calidez de sus manos en mi rostro. – No ha pasado nada. – Sin decir nada más me lanzo a sus labios y los beso como si fuese el último instante de mi vida. ¡Dios, y cómo me aplacan sus besos! Ella contesta con las mismas ansias a mi ataque y comienzo a sentir sus manos resbalando por mis brazos y aferrarse a mi pelo. – Tristan... – susurra igual de perdida que yo.

- Bésame. – No le dejo separarnos y entre besos voy guiándola hasta el fondo del local, hasta estamparla contra la pared.

Si me estoy condenando más por esto, sinceramente, ahora mismo me da igual. Si la estoy condenando a ella, no puedo evitarlo. Ella es lo único que me ha llenado el pecho de vida de verdad.

LUNA

Tengo una maraña de sentimientos en mi pecho que no me dejan pensar con claridad. Creo que Tristan me está intentando decir que le importo de verdad. Que quiere intentar curarse de su miedo al amor conmigo. Y yo... yo quiero que lo intente. Aunque Mila me haya convencido que no es buena idea. Aunque Tristan Moore me haya hecho un boquete en el alma cuando se fue, cuando se acostó con Nika, cuando me traicionó.

Siento sus labios devolverme a la vida de nuevo. Siento su lengua revivir mi alma. Estoy perdida y no quiero otra cosa más que estarlo. Así. Para siempre. Perdida en él. Sus manos se deslizan por mi cintura y se cuelan por debajo de la falda de mi vestido. ¡Oh, joder!

- ¡Tristan, para! – Digo casi sin aliento.

- Te necesito. – Dice en un gemido sin intentar pararse ni un poco y besando mi cuello. ¡Me voy a derretir!

- Para, nos están fotografiando. – Digo cuando me percató de algún flash en nuestra dirección. Tristan gruñe y se separa.

- Vamos a mi casa. – Sonrío.

- Dirás al hotel.

- No. A mi casa. Ya. – Tira de mi brazo y me hace salir así del club en el que estamos.

Por el camino veo a Mila que me mira alucinada. Yo me encojo de hombros y me aguanto la risa ante la ridícula situación.

En el parquin del club, Tristan se para justo frente a un descapotable impresionante negro.

- ¿Esto es tuyo? – Casi no tengo tiempo de admirarlo por fuera. Tristan lo abre apresuradamente y me abre la puerta del copiloto desde dentro.

- Sí. Entra. Ya. – Lo hago con cara de alucinada. Tristan arranca el coche y hace una maniobra rápida para salir del parquin a toda prisa.

- ¿Vas bien para conducir? – Me mira de reojo.

- Yo sólo me he tomado una copa. ¿Vas bien tú para no arrepentirte de lo que pienso hacerte? – Me desafía.

- No voy a arrepentirme. – Confirmando. Tristan suspira sin dejar de mirar la carretera. – ¿Por qué a tu casa?

- No quiero más irrupciones estúpidas de Mila, ni que te siga convenciendo de que lo mejor para ti es que estés alejada de mí. No voy a correr más riesgos contigo. – Pronuncia con la

mandíbula apretada.

- Yo soy quien toma mis decisiones. – Me vuelve a mirar de reojo, pero no dice nada más.

Llegamos a la entrada de una impresionante mansión y Tristan acciona un mando a distancia que hace que se abran las verjas de ese majestuoso lugar. Yo miro a mi alrededor, alucinada. No sólo es su casa, todas las de alrededor son sacadas de las revistas. ¡Madre mía!

El coche de Tristan se para frente a la puerta de una inmensa mole de mármol blanco. Ni siquiera ha aparcado el coche bien. Sale apresuradamente del vehículo y yo lo observo moverse con rapidez alrededor del coche, abre la puerta de mi lado y me tiende la mano.

- ¡Vamos! – Me ordena con evidente tensión en el gesto. Miro su mano y me asedian las dudas de nuevo. ¿Debo entrar? Si le miro a los ojos no podré pensar, sé que diré que sí a todo lo que me pida. Pero tengo que ser fuerte. Por una vez en mi vida tengo que serlo. – ¡Vamos Luna! – Vuelve a insistir. Vacilo y le miro a los ojos. Tristan suspira y se agacha hasta que su mirada queda a la altura de la mía. Me coge de ambas manos y las acaricia. – Si quieres irte te llevaré, pero, si me has echado la mitad de menos de lo que lo he hecho yo, me dejarás al menos esta noche para decirte todo lo que tengo que decirte de la única forma que sé hacerlo. Después, respetaré la decisión que tomes, sea cual sea. Pero déjame esta noche al menos, Luna, por favor.

- De acuerdo. – Digo sin pensar y poso mi mano en la suya.

Tristan cierra los ojos y suspira. Salgo del coche de Tristan y enseguida me encuentro en sus brazos. Me abraza con fuerza y yo siento como mi cuerpo se mezcla con el suyo. Siento que estoy en mi hogar. Siento que recupero la ilusión, las ganas de vivir, el amor de mi vida.

- Vamos adentro. – Le sigo cogida de su mano. Sin dejar de suspirar por el camino.

Me siento inflada por dentro de un millón de sensaciones distintas que me abrazan en mi interior.

Tristan abre la puerta con torpeza. Está nervioso. Nunca lo había visto así. Al abrirla, me hace un gesto con la mano para indicarme que entre. Lo hago.

Miro a mi alrededor y veo que el lujo lo ocupa todo. ¡Es impresionante! Cuadros impresionistas, muebles de diseño... Y me hace recordar sus palabras durante la entrevista que hizo para un canal de televisión refiriéndose a mí. Yo no pertenezco a este mundo. No pertenezco a su mundo...

Aunque ahora esté un paso más cerca gracias a la película que vamos a rodar juntos. Pero, ¿qué pasará conmigo después de esa película? ¿qué pasará con lo nuestro? Mila dice que Tristan siempre acaba teniendo aventuras amorosas con sus compañeras de rodaje. Nada serio, claro está, sus taras mentales no le permiten llegar a más. No le permiten llegar a más. No le permiten llegar a más...

Inesperadamente vuelvo a sentir los labios de Tristan sobre los míos y me dejo llevar por ese beso tan necesitado por una parte enorme de mí, aunque una pequeña voz me grite en mi interior que me vaya de aquí, que me aleje de él. Tristan no pierde el tiempo y comienza a desabrocharme el vestido, sin dejar de besarme, guiándome de espaldas hacia el interior de su

templo de veneración. Me dejo llevar. No tengo las fuerzas suficientes para pararlo. Ni quiero hacerlo, para ser sinceros.

Le he dado el beneficio de la duda, por esta noche.

- ¿Adónde vamos? – Pregunto sin aliento pegada a sus labios.

- Al oscuro rincón de mi corazón que necesita de tu luz, Luna. – Abre una puerta a mis espaldas y así, de espaldas, me hace entrar en la habitación. Sus besos me distraen y no puedo ni parar a mirar a mi alrededor. Yo también comienzo a desvestirlo justo después de tirar mi bolso al suelo. Necesito sentir su piel. Él me observa embobado mientras le quito la camisa y desabrocho sus pantalones. Me ayuda para quitárselos y desliza mi vestido hasta el suelo. – ¿Quieres que siga contándote lo que eres para mí? – Pregunta cuando ambos estamos ya en ropa interior, acariciando con uno de sus dedos la piel que cubre mi clavícula y siguiendo en dirección a mi ombligo. Me deleito en la visión de su escultural cuerpo.

- Sí, por favor. – Susurro embebiéndome de su mirada azul. Sonríe. Me vuelve a besar y desabrocha mi sujetador en un gesto rápido y ágil, dejándolo caer por mis hombros y perderse en el suelo de la oscura habitación.

- Eres lo más bonito que he tenido nunca en mis manos. Por favor, perdona lo que te hice. – Me asombro al ver en sus ojos un brillo que parece contener emoción. Aunque Mila me dijo que él nunca llora. Por nada ni por nadie.

- Quiero saber qué soy para ti. – Pido. Tristan asiente con un suspiro y se acerca para besar mis labios, después mi cuello y por último mis senos. Mi piel arde en deseo y cierro los ojos para degustar la sensación, echando mi cabeza hacia atrás. Sus manos bajan mis braguitas y, al llegar al suelo, mis pies las destierran lejos de mí.

- Eres la única que ha llegado hasta aquí. – Me dice y abro los ojos para adivinar a qué lugar se refiere.

Tristan está desnudo y eso hace que casi consiga distraerme del mensaje. Pero no. Lo veo. Justo detrás de él. Sobre una enorme cama negra. Un reflejo artístico del mensaje de advertencia que Mila y el propio Tristan me llevan emitiendo desde siempre: un enorme cuadro de Cupido herido por las flechas del amor.

Ya conocido por mí. Es una réplica del que vi una vez, en Madrid, en su cama.

No puedo evitar que las lágrimas se me escapen.

“Él está roto, Luna, no puedes arreglarlo”. Las palabras de Mila retumban en mi cerebro.

- Tristan...

- No llores. Ven. – Tira de mi mano y me lleva junto a la cama. No puedo dejar de mirar el cuadro y, al ver mi cara de estupor, él también lo hace y suspira. – Siempre pensé que era como él, pero ya no. Al menos, puedo intentar evitarlo. – Dice y no sé a qué se refiere.

- ¿Como él?

- Como mi padre. Es una larga historia...

- Lo sé. Sé la historia. – Confieso rota y él me mira aterrado.

- ¡Yo jamás te haría daño, Luna!

- Lo hiciste.

- Sí, lo hice. Y sé que soy un maldito y que no te merezco por ello. Sé que no soy digno de alguien como tú, pero quiero cambiar eso. – Me acaricia el rostro.

- No me hiciste daño porque fueras indigno, ni nada por el estilo. Me hiciste daño porque me enseñaste la parte bonita del amor y después me condenaste a renunciar a ella, haciéndome pensar que renunciaría para siempre. – La respiración de Tristan se vuelve agitada mientras me mira. – Jamás había soñado con sentir algo como lo que sentí a tu lado, esos días, en Madrid...

- Yo tampoco, Luna.

- ¿Puedes dar el siguiente paso? ¿Puedes darme tu amor? – Tristan palidece. Su respiración cada vez más ruidosa y mueve su cuello como si lo estuviese pasando realmente mal. Doy un paso atrás, asustada. No quiero causarle daño.

- No te alejes. – Me coge de la mano y tira de mí hasta que choco con su cuerpo. Me aprieta de la cintura y siento su erección sobre mi vientre. – No puedo prometerte nada, te estaría engañando si lo hago. Pero quiero decirte con mi cuerpo lo que eres para mí.

Tristan me besa con desesperación y me levanta del suelo, entre sus brazos. Se tira sobre la cama colocándose sobre él. Nuestros cuerpos comienzan a frotarse, a sentirse, tras más de dos largos meses de añoranza mutua. Mis caderas se mueven solas, sin pensarlo, y se colocan justo en el lugar indicado. Tristan es quien aniquila la distancia final entre ambos, presionando mis nalgas y empujándose para acceder a mi interior. Ambos gemimos ante el magnífico contacto y automáticamente volvemos a buscar nuestros labios.

Acaricia mi rostro, mis labios, mi pelo, mientras posee mi cuerpo con calma, pero de una manera más que intensa. Yo también me recreo en él, en su perfección física con mis manos, en su gesto de placer grabándolo en mi cerebro así, a través de mis emocionados ojos.

Me hace girar entre sus brazos, sin romper el divino contacto de nuestros cuerpos entrelazados, posicionándose sobre mí, enredando sus dedos en los míos y aprisionando mis manos sobre el colchón. Siento que voy a morir de placer. Si antes sentía que lo amaba, ahora ese amor me inunda con una fuerza aniquiladora y arrolladora. Creo que voy a explotar.

- Luna... – Susurra mi nombre en mi cuello. Que no acabe nunca este momento. Exploto en un intenso orgasmo y Tristan me sigue segundos después gritando mi nombre. – ¡Luna!

- ¡Dios! – Me siento liberada. Volando. Tristan se deja caer sobre mi cuerpo, con la respiración muy ruidosa.

- ¡Joder, cómo necesitaba esto! – Levanta la cabeza y vuelve a buscar mis labios. Le beso, satisfecha con mi cuerpo. Pero al abrir los ojos vuelvo a toparme con ese cuadro sobre mí. – Ese cuadro no me representará más, si te quedas... – dice. Vuelvo a mirarlo, preguntándome si se

refiere a para siempre. – Eres la primera mujer que entra en esta habitación. – Confiesa sonriente.

- ¿Debo creerte?

- ¡Ajá! – Suspira y se recuesta junto a mí. Con uno de sus brazos me abraza y tira de mí para colocarme junto a su pecho. Escucho el contundente latir de su corazón. – Has iluminado las sombras de este descarriado, Lunita. – Le miro y me regala otro beso.

- Espero que no nos arrepintamos ninguno de este nuevo acercamiento. – Tristan gruñe, pero no dice nada más. Sólo siento sus caricias sobre mi espalda y el latir de su corazón y, sin darme cuenta, me sumerjo en un profundo sueño.

Un estruendo me despierta en mitad de la noche y me incorporo de un salto. No sé dónde estoy hasta que me percato de la enorme y lujosa cama negra en la que me encuentro.

¿Dónde está Tristan?

Lo busco con la mirada en la oscuridad y lo encuentro desnudo, guardando algo en un armario.

- ¡Maldita sea! – Refunfuña.

- ¿Qué haces? – Pregunto confundida. Tristan se gira y me ve despierta.

- ¿Te he despertado? Lo siento. Estaba guardando el dichoso cuadro. – Miro a la pared, sobre el cabecero. El cuadro de Cupido ha desaparecido. Vuelvo a mirar a Tristan, sorprendida. – Duérmete, o te devoraré de nuevo. – Dice en tono juguetón subiéndose sobre mí y besándome, como sólo él sabe besar a una mujer. Yo me río.

- Vas a tener que hacer que me vuelva a entrar el sueño. – Levanta una ceja.

- ¿Me estás provocando, Lunita? – Me aferro a su cuello y tiro de él hacia mí, para besarle más intensamente. Me remuevo ansiosa bajo en contacto de su cuerpo. – Mmmm, creo que voy a tener que emplearme más a fondo contigo.

Y lo que empezó como una unión dulce de entrega, terminó como una noche loca de pasión desatada.

Sé que Tristan lo necesitaba tanto como yo. Sé que la rotundidad con la que se cuele en mi interior es eso, pura pasión. Consigue que me olvide hasta de mi nombre durante largos minutos en los que sólo soy capaz de emitir alaridos de intensísimo placer entre sus brazos.

Después de dos increíbles orgasmos, ambos caemos rendidos y, abrazados, nos dejamos arrastrar por un profundo sueño.

Es de día. La luz que entra por la ventana incide en mis adormilados ojos y me hace parpadear varias veces para acostumbrarme a ella. Tardo unos segundos en volver a ubicarme y

sonríó al ver a Tristan dormido como un tronco a mi lado. Acaricio su incipiente barba y lo miro con dulzura. Algo me dice que hoy es la primera vez que duerme en condiciones desde hace mucho tiempo. Ahora que sé de su problema puedo hacerme cargo de que es así. Mila me ha contado más de lo que me gustaría saber. Pero no me ha asustado ni un poco. Si él me quiere de verdad a su lado, es aquí, a su lado, donde permaneceré. Sin embargo, tengo que estar segura de que no le dañaré más si me quedo.

Un zumbido llama mi atención. Levanto la mano que Tristan tiene rodeándome con precaución de no despertarlo y me incorporo un poco para averiguar que es ese zumbido. Viene de mi bolso, que está tirado en el suelo. ¿Mi móvil?

Me levanto con cuidado de la cama y rebusco en mi bolso hasta dar con mi móvil. ¿Una llamada de Ana? ¡Oh, es verdad! Llevo días prometiéndole que la llamaría cuando tuviera tiempo y, como no he parado en estos días, no lo he hecho. Veo una camiseta de Tristan sobre una silla, la cojo y salgo rápidamente de la habitación para atender a la llamada de mi amiga sin molestar a Tristan en su necesario sueño.

- ¡Ana! – Contesto mientras me voy poniendo la camiseta por el pasillo sin saber adónde me dirijo exactamente. – Perdón por no llamarte antes. ¿Cómo va todo? ¿Ha vuelto ya tu amorcito de la gira?

- ¡Ey! Sí... todo bien... bueno.

- ¿Qué pasa, Ana? – Pregunto preocupada por su tono y su respuesta esquiva. Ana siempre es muy expresiva.

- ¿No te ha llamado tu abogado? – El corazón se me para.

- Lo hizo cuando estaba a punto de entrar en el avión, camino a L.A. ¿por qué? ¿Es sobre la fianza de Juan de lo que hablas? Espero que no tenga cómo conseguir ese dinero... Juan está sin blanca sin mí y no creo que...

- Ha salido. – La respiración se me corta. – Ha salido, Luna. No sé cómo cojones ha conseguido la pasta, pero lo ha hecho. Anoche estuvo en mi casa y casi derrumba la puerta. Estaba hecho una furia y gritaba sin cesar que le dijera dónde estabas tú. Menos mal que Brandom estaba conmigo en casa y, al ver a mi novio enfurecido por su actuación, se marchó cagando leches. ¡Es un maldito cobarde! ¡Sólo se atreve con mujeres indefensas! ¡Pero, como me vuelva a encontrar a ese capullo me va a oír! – El mundo se me cae a los pies. No soy capaz de emitir palabra, ni siquiera de mantenerme en pie. Así que me dejo caer al suelo hasta que acabo arrodillada. – ¡Pienso cortarle los huevos!

- No, Ana...

- ¡Cómo que no! ¡Ni se te ocurra defender a ese malnacido! ¡¿Me oyes?!

- No quiero que te pongas en peligro. Juan es... el demonio, Ana. – Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos ante el pavor de pensar que algo malo le suceda a mi mejor amiga por mi culpa.

- ¡No me da ningún miedo!

- Ana, no sabes de lo que Juan es capaz.
- ¡Oye, ni se te ocurra llorar por ese mojón de orco de las tabernas! – Su comentario me saca una leve sonrisa.
- Déjalo estar. Yo ya estoy lejos. No me encontrará aquí. Tranquila.
- No vuelvas, Luna... no mientras ese monstruo siga suelto.
- Descuida. No voy a suicidarme de esa forma tan absurda.
- Bueno, bien. Y, ¿cómo van por ahí las cosas? ¿Has visto a Tristan? ¿Has sabido de él? – Suspiro y miro en dirección a la puerta de la habitación de Tristan.
- Sí, lo he visto.
- ¡¡¡¿Y?!!! ¡Luna, estoy segura que no se ha podido olvidar de ti! ¡Habla con él!
- Hemos hablado... bueno, más o menos. – Me encojo de hombros y se me escapa una sonrisa al recordar las largas horas de sexo recientes en los brazos de Tristan.
- ¡Te lo has follado! ¡¿Serás jodida?! – Suelto una carcajada. – Ya decía yo que el cuento ese de que querías olvidarlo no era nada creíble...
- Quería hacerlo, pero era imposible. Sobre todo si vamos a ser coprotagonistas de la misma película.
- ¡¡¡¿QUÉ?!!!! ¡CUÉNTAMELO TODO!
- Es muy largo, Ana, y ahora mismo no puedo. Tristan está dormido y si despierta no quiero que me escuche hablando de lo que siento por él. Esta vez será él quien tenga que decirme qué siente por mí.
- ¡Oh! ¡Estás con él! Bien, bien, pero sé lista, Luna. No le dejes jugar contigo.
- No creo que esté jugando... pero tampoco sé si tener una relación conmigo sea una opción para él. Ya te contaré, ¿vale? Es largo. Y necesito digerir lo de Juan. Maldita sea, nunca me libraré de él.
- ¡Olvida lo que te he dicho y sigue con tu vida! Ahora mismo tienes otros proyectos más interesantes que Juan.
- Sí, eso haré. Gracias por mantenerme informada. Te quiero mucho, ¿sabes?
- Yo a ti también. Que la fuerza te acompañe, amiga. – Sonrío.
- Un beso.

Cuelgo y me quedo un rato sentada en el suelo, con la mirada perdida. No puedo volver. No. Si vuelvo Juan me encontrará y... me aplastará. Sobre todo ahora, que ha visto con qué facilidad ha sido capaz de salir impune de ésta. No debería odiar, lo sé. Pero lo hago. Odio a Juan y odio lo pequeña, vulnerable y miserable que siempre consigue hacerme sentir. Aunque haya miles de kilómetros de distancia entre nosotros.

Un grito repentino me saca de mi estado de shock. Proviene de la habitación de Tristan.

- ¡Tristan! – Me levanto y salgo corriendo en dirección a su habitación. Lo que veo al entrar en ella me deja helada. Tristan está convulsionando sobre la cama y con los ojos en blanco. – ¡Tristan! ¡Tristan! ¡Mírame! ¡Eh! – Me subo sobre la cama y le sujeto de la cara, obligándole a mirarme, pero no lo hace. Sus ojos siguen en blanco. – ¡Por favor! ¡Háblame! ¡Qué te pasa! – Sus convulsiones son cada vez más violentas y yo comienzo a hiperventilar y a tirarme del cabello, sin saber qué hacer. Me levanto y cojo mi móvil del suelo y llamo... ¿a quién? Pulso el primer número que veo de la única persona que se me ocurre.

- Hola, Luna. Dime que mi hermano no te ha hecho o dicho una barbaridad o lo voy a...

- ¡Mila! ¡Ayúdame! ¡No sé qué le pasa! ¡Tiene los ojos en blanco y... ay dios... convulsiona y no responde! – Me vuelvo a subir sobre la cama. Sobre Tristan. – Tristan, Tristan, háblame por favor.

- ¡Joder! ¡Voy a llamar a John! ¡¿Dónde estáis?!

- En su casa.

- Vale. Sujétale bien. Que no se haga daño. ¡Mierda, sabía que esto pasaría! Voy para allá. Quédate con él y sujétalo bien.

- ¡Sí, sí! – Mila cuelga y yo trato de sujetar los brazos de Tristan como puedo, aunque tiene mucha más fuerza que yo y casi salgo disparada de la cama. – ¡Tristan, mi amor, escúchame! ¡Estoy aquí! ¡Mírame! – Sus convulsiones remiten poco a poco y sus ojos se cierran. – Ya está, ya está. – Acaricio su rostro mientras trato de contener el llanto como puedo. – Eh, ya está. Abre los ojos. – No responde a mi petición. Está tan quieto que me asusta. – Eh, ¡eh! ¡Tristan! ¡Joder! – De pronto mi móvil vuelve a sonar. Es un número desconocido. – ¿Sí? – Pregunto entre lágrimas.

- ¿Luna? Soy John, el médico de Tristan.

- ¡Oh, John! ¡Haz algo! ¡Tristan no responde, no abre los ojos, no se mueve! – Comienzo a llorar amargamente.

- Tranquila, voy de camino. No tardaré en llegar. ¿Ha convulsionado?

- Como un loco. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no responde? ¡Tristan, Tristan! – Sacudo su rostro sin encontrar respuesta.

- Debe haber perdido la consciencia. No te preocupes. He llamado a una ambulancia. Lo examinaremos mejor en el hospital. Hazme un favor, Luna. Ábrele la boca y comprueba que no se haya tragado la lengua.

- ¡Qué!

- Hazlo, rápido.

- Sí, sí, voy. – Me tiembla el pulso como una loca, pero hago lo que John me pide. – Está en su lugar.

- ¡Uf, menos mal!

Tres minutos después John me llama para pedirme que le abra las puertas de la mansión de Tristan. Menos mal que él conoce las claves de acceso de la verja de entrada y entra rápidamente en dirección a la habitación de Tristan. Yo le sigo preocupada y muy nerviosa. Lo observo tomarle el pulso y hacerle todo tipo de reconocimientos médicos y espero ansiosa a que me dé alguna información sobre su estado.

- Está bien. Débil, pero bien. – Me dice al ver la preocupación de mi rostro.

- ¿Qué le ha pasado?

- Una crisis grave de ansiedad provocada seguramente por alguna de sus fobias. Nunca le había dado una tan fuerte. Le ha dejado inconsciente. – Admite con tristeza mientras observa a Tristan. – ¿Ha habido algo raro en su actuación en las últimas horas?

- No... dormía como un niño cuando salí de la habitación para atender una llamada para no despertarlo. – Le informo abatida señalando el cuerpo inconsciente de Tristan.

- Debe haber sufrido alguna emoción muy fuerte.

- Es por mí. – Susurro apretando los ojos. – Mila me lo advirtió.

- No es tu culpa, Luna. Este chico ha sufrido un infierno y está tocado, sólo eso.

- ¡¿Sólo eso?! ¡Míralo! – Comienzo a llorar como una niña. John atiende una llamada de teléfono e informa del estado de Tristan. Será Mila. Supongo que Mila querrá asesinar me tras esto. Ella me lo advirtió. Me advirtió de que no pusiera en riesgo la vida de su hermano. De lo único que tiene en la vida.

Una ambulancia llega poco después y se lleva a Tristan después de que John les diera a los sanitarios las instrucciones precisas.

Yo me visto entre lágrimas y John me pide que le acompañe hasta el hospital. Dice que a Tristan le gustará verme cuando despierte.

Yo obedezco como una sonámbula pidiendo al cielo que Tristan se ponga bien. No me importa renunciar a él si así él mejora.

En el hospital nos encontramos con Mila, que está desesperada y no deja de preguntar entre gritos qué ha pasado. Yo no sé qué contestar y mantengo la cabeza agachada. Joe la acompaña y trata de serenarla. John, sin embargo, se esfuerza más en serenarme a mí.

Las horas pasan y no sé nada de Tristan y a cada minuto que pasa me siento más miserable y dañina. Esto no ha sido buena idea. No puedo querer tanto a alguien y no importarme lo que le pase por mi culpa. Ahora sé que Tristan siempre tuvo razón y que sus motivos no eran que no me quisiera, o que yo no fuera suficiente para él. Sus motivos eran lo que siempre me dijo: que simplemente no podía y no debía quererme.

Mila apenas me dirige la palabra y yo estoy desesperada por saber cómo está él. Doy vueltas de un lado a otro, vestida con ropa de sport de Tristan, con el pelo enmarañado y el alma rota.

TRISTAN

Abro los ojos súbitamente. Otra vez ese intensísimo horror. ¿Qué es esto?

- ¡No! – Grito y me incorporo. Con el terror apoderándose de mí desde dentro. – ¡No, no, no! – Me sujeto la cabeza, desesperado. ¿Cómo he podido hacer algo así? ¡Soy un monstruo! – ¡¡¡No!!!

- ¡Tranquilo, señor Moore! Usted está bien. Tranquilo. Han llegado a tiempo. – Un señor con bata blanca me habla y yo me aferro al cuello de su bata.

- ¡La he matado! ¡La he matado! ¡¡¡No!!! ¡Arrrggg! – Libero un grito descomunal de angustia y comienzo a llorar como un niño. No recuerdo la última vez que lloré en mi vida, pero seguro que no fue ni la mitad de dramático que esta vez.

- No ha matado a nadie. Ha sufrido una pesadilla, sólo eso. – Me dice cuando siento que mi cuerpo comienza a sacudirse involuntariamente. – ¡Señor, relájese o tendremos que sedarlo de nuevo!

- ¡Déjenme pasar, soy su médico! – Escucho el grito de John, aunque no puedo verlo. Mi visión se ha vuelto a nublar. – ¡Tristan, mírame! ¡Sea lo que sea que te ronda en la mente ha sido una alucinación! ¡Un sueño! Luna está aquí y está muy preocupada por ti. Mila también. Por favor, relájate de una vez, por ellas. ¡Hazlo por ellas! – Las palabras de John me revientan el pecho de alivio. ¡Luna! – Eso es, así, cálmate. Todo está bien. Sí, Tristan, respira, controla la respiración. – Mi cuerpo vuelve al estado de reposo y el cansancio vuelve a intentar apoderarse de mí. Pero lucho por no caer dormido con todas mis fuerzas.

- Ella... está viva... ¿verdad?

- ¡Claro que está viva, Tristan!

- ¡Oh, joder! – Vuelve el llanto. – Soñé que... ¡soñé que la mataba, John! – Mi amigo me coge de la mano y la acaricia.

- Puede irse, – le dice al doctor que me mira estupefacto – está controlado. – El doctor asiente y se va.

- Soñé que no despertaba. Que estaba inmóvil, en mis manos. ¡Dios, soñé que la había estrangulado, John!

- Jamás harías algo así, Tristan. Lo sabes. – Lloro. – Dime que lo sabes.

- Sí... – digo sin fuerzas. – ¿Cómo está ella?

- Aterrada. Ha pasado muchísimo miedo. Escucha, Tristan, tienes que relajarte. Mila está pensando en destruir el contrato de Luna con la productora. Piensa que lo vuestro es muy dañino

para ti.

- ¡Qué! ¡No puede hacer eso! – Me incorporo en la camilla del hospital. – ¡No puede hacerlo! ¡Esto es lo mejor que le ha pasado a Luna en su vida! ¡Ella no tiene la culpa de nada, John! ¡No puedes permitirlo!

- Tristan, lo intento. Pero que el médico haya dicho que casi te da un infarto no ha ayudado mucho en mi credibilidad.

- Mierda...

- Sí, mierda, Tristan. Creo que tendremos que profundizar más en tu terapia si quieres realmente que este experimento funcione. Tengo que pedirte perdón. Pensé que no tendría consecuencias tan nocivas para ti. – Miro a mi amigo desolado. Sé lo que intenta decirme. Asiento.

- ¿Dónde está? – John suspira sabiendo a qué me refiero.

- Fuera, en la sala de esperas.

- Dile que venga, por favor, John.

- ¿Estás seguro? Estás débil, acabas de pasar una crisis enorme...

- Dile que venga. Sólo te pido eso. Déjame un momento a solas con ella, por favor. – John asiente con dudas.

- Está bien.

Sale de mi habitación y me quedo solo. Más solo que nunca. Siempre había encontrado refugio en la soledad. Pero ahora, no sé dónde encontrarlo. No hallaré paz en la soledad ni en compañía. Esto es peor que mil torturas juntas.

La puerta de mi habitación se abre y aparece ella. Su rostro refleja el gran dolor que siente. Sus preciosos ojos están inundados de lágrimas. Sus piernas tiemblan y su labio inferior también.

- Tristan – llora tras pronunciar mi nombre y se tapa la cara con las manos.

- ¡Eh! ¡Ven aquí! – Abro mis brazos para ofrecerle consuelo entre ellos. Ella me mira y duda. – Ven, vamos. – Le ofrezco una triste sonrisa. Sin estar segura del todo, se acerca lentamente hasta la camilla en la que estoy sentado. Cuando está lo suficientemente cerca, cojo su mano y le ayudo a romper la poca distancia que nos separa. Haciéndonos fundir en un emotivo abrazo.

- Tristan... – llora en mi hombro y yo acaricio su espalda y sus preciosos rizos. Me abraza con fuerza y descarga su amargo llanto. – He pasado tanto miedo...

- Shhh, tranquila, estoy bien. – Miento. Luna me mira con unos enormes ojos ambarinos abiertos y llenos de lágrimas.

- Pensé que te perdía para siempre. – Sus palabras y su expresión de intenso dolor son un puñal. – Si te hubiera pasado algo por mi culpa... yo... no podría soportarlo. – Aprieto los ojos y cojo aire.

- Ven aquí. – Le señalo la camilla para que se tumbe junto a mí. Lo hace y me recuesto a su lado, sin dejar de acariciar su bello rostro y tratando de borrar sus lágrimas. – Esto no es culpa tuya. – Intenta replicar, pero la freno. – No, Luna, no lo es. No tienes nada que ver en mi tara mental. – Trato de sonar dulce.

- Pero esto lo ha provocado nuestro acercamiento...

- Sí. – Dudo, pero al final le confirmo. Tengo que ser sincero con ella. Se lo debo. Ella suspira. – No estaba preparado para una maravilla tan grande como tú en mi vida. – Las palabras se me atragantan en la garganta. Ella abre los ojos tras adivinar mi mensaje. – Lo siento, Luna. Siento hacerte pasar por esto. Siento fallarte de nuevo y siento no poder darte lo que tanto me habría gustado darte. – Vuelve a llorar y a mí se me parte el alma.

- Te quiero... – La cabeza me da vueltas.

- Jamás nadie ha significado para mí lo que has significado tú. Créeme, ¿lo harás? – Ella asiente lentamente. – Mereces otra clase de relación tras todo lo que has vivido.

- No quiero...

- Shhh – beso sus labios y siento como si los besara con el corazón, que siento hecho añicos. – Sí, lo harás. Porque tu corazón es grande y está en perfectas condiciones de amar.

- Puedes salir de esta, Tristan. Yo te ayudaré. – suplica entre lágrimas. Me siento morir ante su dolor.

- Mila no permitirá que tu contrato con la productora siga en pie si sabe que me expongo a un grave peligro por tu cercanía, Luna. Y tú no puedes dejar pasar esta oportunidad. – Luna me abraza de nuevo y se deja morir de pena en mis brazos.

- No dejaré de quererte nunca. – Esto es sin duda lo más duro que he hecho jamás.

- En unos meses tendrás centenares de hombres rendidos a ti cuando el mundo vea todo lo que Luna Sáez tiene que ofrecerles. – Disparo mi propio dardo venenoso. Ella me mira aterrada. Trato de sonreír. – Es mejor ahora, antes de un peor desenlace. – No puede hablar, pero asiente. Se incorpora en la camilla y se dispone a salir de la habitación y... de mi vida. Aunque, en el último momento, no puedo evitar que el pánico me invada. – ¡Luna! – Ella se gira. Su precioso rostro bañado de lágrimas me observa con cautela.

- ¡Tristan! – Corre a mis brazos y me besa, y yo sé que es un beso de despedida, en el que ambos gemimos, pero de dolor.

No puedo hablar. Tengo un nudo enorme en la garganta y tampoco quiero separarme de sus besos. Al final es ella quien lo hace, abatida, y desaparece de mi vista dejándome aniquilado.

Ya está, Tristan, lo has intentado. Y, has fracasado. Sí. Pero, ¿qué esperabas? ¿Acaso no estabas abocado al fracaso del amor desde el principio?

Mila y John entran en la habitación, justo después de que Luna desapareciera del alcance de mis ojos. Mila acude a mis brazos, también entre lágrimas, y me informa del enorme miedo que ha padecido y de lo cerca que ha estado de perder a su único referente paterno. John me observa

con pesadumbre, él deseaba tanto como yo que mi amor por Luna hubiera conseguido sanar mis heridas.

- ¡Dios! ¡Tristan! ¡No puedes hacerme esto! – Lloro Mila. – No puedes dejarme aquí, sin ti. No puedes irte tú también. – No puedo hablar. La marcha definitiva de Luna de mi vida me ha dejado hueco, vacío. Sólo la abrazo por intentar consolarla al menos un poco. – Ella no puede quedarse. Nos matarás a las dos si algo terrible te sucede. Luna debe irse...

- ¡No, Mila! – Al fin reacciono. – Luna y yo hemos hablado. Hemos acordado que lo mejor será dejar de vernos y volver a nuestra vida, por separado. – Mila me mira con dudas. – Es cierto. Ella no puede arreglarme. Nadie puede. Sé lo que tengo que hacer para no pasar por esto otra vez. Y ella no tiene la culpa. Así que no pienso joderle su futuro. Si Luna se va yo me iré detrás de ella. Prometí una vez ayudarla y, si eso es lo único que puedo hacer por ella, será lo único que haré.

- No quiero que sufráis, Tristan. – Confiesa mi hermanita. – Pero tienes que admitir que esto no ha sido buena idea.

- No, ya lo sé. No ha sido buena idea si quiero lo mejor para ti y para ella. Os he dado un susto de infarto y no es eso lo que quiero. Déjame un momento a solas con John, hermanita, por favor. – Mila asiente, me da un beso en la boca, como es su costumbre, y sale de la habitación. Miro a John. Él también lo está pasando mal. Es un buen amigo. – Dime que podré conseguirlo, John. – Mi amigo suspira.

- Acabas de prometer que no lo intentarías más, Tristan.

- Por ahora. Porque no estoy listo. Pero no quiero renunciar a ella todavía para siempre. Tengo tiempo. El tiempo que dure el rodaje.

- Haremos lo que podamos, ¿vale? – Pone su mano en mi hombro. – Pero no nos precipitemos de nuevo. – Asiento.

Diez días han pasado desde que le dije a Luna que lo mejor para ambos era que nos mantuviéramos separados. John ha vuelto a ponerme la medicación, no se fía de mí. De nuevo he tenido que conformarme con retroceder.

Por las noches duermo gracias a las pastillas, pero las pesadillas continúan. Aunque ahora no le hago daño, sino más bien ella me lo hace a mí. Luna me dice en sueños que no soy bueno para ella, que soy nocivo. Escuece.

Apenas nos hemos cruzado unas pocas veces por los pasillos del hotel. Mila siempre va a su lado y no le permite siquiera mirarme. Hasta se ha instalado en la habitación de Luna para “controlarnos” y evitar que alguno de los dos vaya en busca del otro. Tengo que comprenderlo, pero me cuesta. Ella, sin embargo, me ha mirado a escondidas, y sus ojos me gritan que me extraña. Si no fuera por esos ojos y todo el sentimiento que esconden me rendiría. Pero no voy a hacerlo.

Luna ha continuado su entrenamiento, prácticamente día y noche. Yo también me he centrado en el mío. No le he prestado atención a las noticias que han salido en algunos medios de que Luna y yo teníamos un romance, por culpa de las fotos que nos tomaron juntos aquella fatídica noche, en la discoteca. No, lamentablemente no estamos juntos. Es la primera vez que desearía que una noticia falsa de mí fuera real, pero no lo es y me cuesta asumir que nunca lo será.

Lo que sí me toca los cojones esta noche, cenando con John en mi habitación del hotel, es cuando veo aparecer a Nika en un programa de prensa rosa, en la televisión. Está dando una entrevista que en principio parece estar relacionada con su carrera profesional, pero que, inesperadamente, acaba siendo sobre nuestro supuesto “pasado romance”. Nika dice que es la primera mujer a la que llevé a mi casa. ¡Oh, joder! ¡Y es verdad! Pero no tenía para mí esa intención. Quería olvidar a Luna. Sólo eso. La comida se me atraganta y John se alerta al verme así.

- ¡Mierda! ¡¿A qué juega esta estúpida?! – Me levanto encolerizado de la silla.

- ¡Eh, tranquilo!

- ¡Qué tranquilo ni tranquilo! ¡Quiero que desmienta esa información ahora mismo! ¡¿Qué cojones pretende?! ¡¿Hundirme?! ¿Por qué, John?

- Sólo es la típica pataleta de mujer despechada. Habrá visto las fotos tuyas con... bueno con...

- ¡Luna, John! ¡Se llama Luna! ¡No seas infantil, puedo pronunciar su nombre sin que me dé un ataque! ¡Además, estoy medicándome, ¿recuerdas?! No me va a pasar nada. Quiero hablar con Joe, mi representante. ¡Quiero que le haga saber a Nika que si no desmiente todo eso la denunciaré por calumnias!

- Tranquilo. Estás acostumbrado a cosas peores, Tristan.

- ¡Pero eso era antes de Luna!

- ¿Piensas que esto pueda hacerle alejarse de ti?

- ¡Por supuesto que lo pienso!

- Luna no quiere volver a intentarlo, Tristan. He hablado con ella y dice que lo nuestro ya es pasado, historia. – Siento un puñal en el corazón.

- ¿Ha dicho eso? – Me siento en la cama, abatido.

- Es lo mejor...

- Me dijiste que lo intentaríamos, John. Me lo prometiste...

- No puedo interferir en los sentimientos de otras personas, Tristan.

- Ella me quiere... me lo dijo.

- El amor viene y va cuando menos te lo esperas, Tristan. Tú no lo conoces tan bien como yo. He amado para siempre hasta a diez mujeres, que ya no significan nada para mí. – Mi mundo

se para. Claro, yo soy el único incapaz de amar, sólo a ella porque... es única.

- Voy a hablar con Nika. – Digo convencido. – Si Luna verdaderamente quiere olvidarme, le daré motivos. – Digo esto dominado por la rabia y por la sensación de abandono.

John no me frena, así que seguramente no será una tontería lo que pienso.

Hoy vamos a ensayar juntos las escenas de baile. Luna y yo. Juntos. Ufff..

Se ha retrasado todo por mi reciente convalecencia, pero ahora que vuelvo a estar como siempre, Richard, el director, ha decidido que los ensayos tienen que volver a reanudarse.

Llevo unos días dándole vueltas a la idea de llamar a Nika y restregarle a Luna por la cara que yo también puedo jugar a este juego del olvido, pero no he podido. Algo dentro de mí guarda la esperanza de que todo cambie al volver a vernos y sentirnos tan cerca. Apenas la he visto en estas dos últimas semanas y estoy más que nervioso por verla hoy.

Estoy ya en la sala de baile con Carric, mi profesor de baile, y Hannah, la profesora de Luna, esperando a que ella haga aparición. El corazón se me va a salir por la boca. Aunque John me ha insistido en tomar la medicación antes de venir, yo no he querido hacerlo hoy. No quiero estar a bajo rendimiento cuando la tenga aquí, delante.

- Hola a todos. – Su voz suena a mi espalda. No sé si girarme o no. Me tiemblan las piernas.

- ¡Hola, Luna! ¡Te estábamos esperando! – Dice Hannah. Yo me agacho para disimular que estoy atándome las deportivas y fingir poco entusiasmo con su llegada. – Vamos, ponte ahí, delante de Tristan. Vamos a empezar la coreografía del final de la película, antes de nada. – Dice Hannah. De repente, veo unas piernas delante de mí. Trago saliva y me pongo en pie, y recorro con mi mirada esas piernas de vértigo, sus muslos, caderas, cintura, pechos, ojos...

- Hola. – Pronuncio y casi no reconozco mi voz. Luna va enfundada en unas mayas que dejan poco a la imaginación. El pelo semi alisado en una cola de caballo. Y me mira con cierta irritación.

- Hola. – Dice muy alto. – Empecemos ya. – Le dice a Hannah y Carric. Vuelve a mirarme, con los ojos entrecerrados. ¡Oh, oh! Esto me suena a que algo ha tenido que ver de lo que Nika va diciendo por ahí.

- Vale, mira Tristan, esto es más o menos una balada. Pero tiene que ser muy sensual. Tenéis que hacer algunas acrobacias, así que tienes que sujetar bien a Luna, ¿de acuerdo? – Hannah me da las instrucciones.

- ¡Perfecto! – Contesto y le muestro una sonrisa pícaro a Luna. Ella sigue con cara de enterrador. – Si sonrías un poco no pasa nada, ¿sabes? – Le provoco.

- Ya sonreiré cuando lo exija el guion. – Ay, madre... me lo va a poner complicado...

Comenzamos con los primeros pasos y vuelvo a la vida al sentir su cuerpo tan próximo al mío. Ella apenas me mira, pero siento su respiración entrecortada, el temblor de su mano apoyada en mi hombro.

- Mírala con más pasión, Tristan. – Me indica Carric.

- Y tú acaricia el pecho de Tristan en los parones en los que la música baje de intensidad, Luna. – Añade Hannah. Luna obedece y me acaricia el pecho mirándome con esos ojos que... uff... concéntrate Tristan.

Casi no puedo concentrarme. Quiero besarla y desaparecer en sus gruesos labios.

Creo que ella lo nota, por cómo me mira. Parpadea y parece nerviosa.

- ¡Genial! ¡Otra vez! – Grita Carric dos horas después, cuando ya hemos conseguido hacer los dos bailes enteros sin equivocarnos. Y eso es toda una proeza. Estoy luchando contra una erección que me amenaza constantemente. – Probemos ahora los portés. – Luna y yo asentimos. Ambos estamos sudorosos de tanto ejercicio. – Tienes que cogerla así, mira. – Carric se coloca frente a Luna, ella me mira de reojo y vuelve la vista a Carric. – De la cintura. Y la levantas hasta arriba. – Observo intentando poner cara de impasible mientras Luna le restriega las tetas a Carric por la cara. Mmmm... ¿se habrá visto con alguien estos días? ¡Mierda, no pienses eso ahora! ¡Joder! – Y luego la bajas lentamente hasta que quede frente a ti. Ahí es donde le das el beso final, el que cierra la película.

- Ajá. – Digo de forma profesional.

- Pero no tenemos que besarnos ahora, ¿verdad? – Añade Luna. Pongo los ojos en blanco.

- No ahora, pero no estaría nada mal que lo ensayaseis cuando tengáis el baile listo. – La voz de Richard, el director, nos interrumpe. – Buenos días chicos. ¿Cómo lo lleváis?

- Bien, Richard. Nos faltan los portés del baile final. Y los del baile de mitad de la película. Sólo eso. – Le informo.

- Bien. Me gustaría empezar a rodar a finales de esta semana. ¿Creéis que sería posible?

- ¡Sí, sí, claro! – Dice Luna con entusiasmo.

- Claro. – Añado yo.

- Vale, mostradme qué tenéis. Tengo que organizar cómo colocar las cámaras y los planos. Demostradme que no me he equivocado al ponerlos juntos. – Luna suspira, nerviosa, y se coloca frente a mí. Levanto su barbilla para que me mire.

- Vas a hacerlo. – Aguanta una sonrisa y asiente.

Comenzamos a bailar. Siento su calor y su aliento sobre mis labios. Acaricia mi pecho, mi cara, me mira con deseo, pasión. ¡Joder! Saltamos las partes de los portés, menos el último. La levanto en el aire y la bajo lentamente, acariciando su vientre con mi nariz hasta que vuelvo a ponerla en el suelo. Luna...

Acerco mis labios sin pensarlo. Ella acerca los suyos también.

- Luna...

- La llevaste a tu casa. Me mentiste. – Susurra cuando estoy a punto de besarla. Mierda.

- ¡Ha sido increíble! – Nos interrumpe Richard y Luna y yo nos separamos. – Tengo los planos perfectos en mente. ¡Rodamos en dos días, chicos! – Se va dando palmas, muy satisfecho con lo que ha visto. Me giro y miro a Luna.

- No te mentí. – Le digo en voz baja.

- Da igual, Tristan. Eso ya no importa.

- ¿Por qué? ¿Por qué no te importo ya? ¿Estás con otro? – Luna se queda callada. Ufff...

- Venga chicos. Vamos a ver los dos portés que quedan.

Nos pasamos las siguientes dos horas ensayando los portés, que son de lo más difícil. Después, nos vamos a comer, Carric, Hannah, Luna y yo a la sala que han preparado como “bufet” libre para los trabajadores.

Los cuatro nos sentamos juntos para hablar del día y medio de ensayo que queda y sobre cómo vamos a plantearlo.

- Creo que lo que queda de día vais a tener que ensayar solos y al final de la tarde vendremos Carric y yo a ver si queda algo para pulir mañana. – Nos dice Hannah. – Nosotros vamos a estar esta tarde con el resto de bailarines contratados para la película. Vamos a repasar la coreografía con ellos. Mañana se hará un ensayo general con todos juntos. Descansad lo justo y os ponéis manos a la obra. – Yo miro a Luna. Ella asiente, pero parece nerviosa por quedarse a solas conmigo.

Yo también lo estoy.

LUNA

Esto es lo más difícil que he hecho nunca. Le he prometido a Mila que lucharía con todas mis fuerzas por no sucumbir a los encantos de Tristan. Aunque Nika me lo ha puesto un poquito más fácil cuando ha dado esa maldita entrevista, dando detalles de la casa de Tristan. Detalles que sólo puede conocer si ha estado allí, antes que yo, y, por lo tanto, Tristan me vuelve a mentir.

Me siento ninguneada, ultrajada y menospreciada. Ahora sé muy bien que Tristan tiene un problema y no debe exponerse al peligro del amor. Pero yo no debo volver a sentirme responsable de los problemas ajenos, ni hacerlos míos. Además, nada de eso le da derecho a jugar conmigo. No voy a permitir que juegue sucio con sus mierdas para convertirme de nuevo en una prisionera de los problemas de los demás. Yo también he pasado lo mío. Yo también tengo cosas que superar.

Además, he tenido noticia, por medio de mi abogado, que mi coche ha desaparecido y lo han encontrado estrellado en las afueras de Madrid. Me importa una mierda ese coche, que siempre perteneció más a Juan que a mí, y hasta me alivia que haya sido destruido. Pero, por otro lado, ese hecho vuelve a dejar patente que la sombra de Juan sigue sobre mí, porque no puede haber sido más que él quien hizo eso con el coche. Y sé que es una advertencia por su parte.

No he dicho nada a nadie sobre ese tema, pero necesito algún tipo de consuelo, de apoyo, algo que me diga que no estoy sola, que tengo un hombro en el que llorar si se sigue torciendo la cosa con Juan.

Y Tristan ni siquiera ha intentado acercarse a mí de nuevo, tras aquella noche en sus brazos, en su casa. A pesar de que se lo he suplicado con la mirada las pocas veces que me lo he cruzado por los pasillos del hotel.

Me tragué su cuento una vez más. El mismo que supongo le habrá contado a Nika.

Hoy, tras días evitando pensar en él como buenamente puedo, tengo que hacer frente a su presencia en el ensayo de las dos coreografías que tenemos que preparar juntos y me vuelvo a sentir pequeña frente a su presencia.

Durante cuatro intensas horas hemos estado preparando los bailes con la ayuda de nuestros entrenadores personales. Y, ahora, acaban de irse ambos y me han dejado sola ante el peligro: con Tristan.

Me estoy comiendo un yogurt y siento su ardiente mirada sobre mí. No pienso hacerle ni caso.

- Mírame. – Me pide. Yo lo hago unos segundos. Me pone nerviosa su presencia. – No la llevé a mi cuarto, ni a mi cama. – Pongo los ojos en blanco. Va a intentar convencerme de nuevo.

- Déjalo, Tristan.

- No. Tienes que creerme.

- ¡Por qué! – Le reto encolerizada. – ¡Para qué! ¿Te vuelve a picar la polla? ¡Llámala a ella!

- No me he visto con Nika...

- ¡¡¡Mientes!!! – Doy un golpe en la mesa y me levanto. – ¡Si no la hubieses llevado a tu casa no sabría tantos detalles de ella! – Tristan me mira sin saber qué contestar. Finalmente lo hace.

- Fue antes de volver a verte. – Se defiende en un hilo de voz.

- Por lo tanto, me estás confirmando que mientes. – Me voy hacia la sala de ensayo. No quiero seguir con esto. Tristan aparece, minutos después, cuando yo estoy estirando. Se pone frente a mí.

- Luna, quiero volver a intentarlo. – Libero un jadeo parecido a una risa y me incorporo. Está frente a mí y me suplica con la mirada. – De verdad...

- Yo no. Pon la música. – Le ordeno. Suspira, pero no se mueve.

Me mira de una forma que me hace dudar hasta de mi existencia. Así que finalmente rompo yo el contacto visual y le doy al reproductor. Pongo la canción de Orianthi, “How do you sleep”, en bucle. La música le distraerá de esta conversación sin sentido. Suena y comenzamos con nuestro sensual baile. El primero de ellos.

Me cuesta una barbaridad concentrarme en el baile, sobre todo porque no deja de acariciarme y susurrarme mensajes apasionantes al oído, los que trato de ignorar inútilmente.

“Necesito tu piel. Tu contacto...”

“Quiero pasar las horas perdido en tu cuerpo, pequeña...”

“Me vuelves loco...”

“Por favor, dame tus besos, tu cuerpo...”

No sé cómo me controlo cuando tengo sus labios rozando los míos, sus manos rodeándome, sus ojos devorándome.

Paso el momento más largo y eterno de toda mi vida, luchando contra mis instintos naturales que me gritan desbocados que me entregue a él.

Y, cuando finalmente Tristan me besa al final de la canción, mi cuerpo se rinde y mis labios dejan escapar un agónico gemido de deseo y desesperación. Hasta a mí me coge por sorpresa mi propia reacción. Aprieto su cabello con fuerza y le beso como una auténtica gata en celo. Con furia. Con un hambre infinita.

Tristan gime con fuerza y responde a mi ataque, estampándose contra la pared y levantando mis piernas, que enrosco en su cintura. Siento su durísima erección sobre las mayas que llevo y la fuerte presión que ejerce sobre mi sexo mientras nos besamos de forma devastadora.

Mi mano tampoco responde a mis razones y se cuela por debajo de sus pantalones

deportivos y su ropa interior. Rodeo su dureza con ella y presiono con fuerza.

- ¡Ah, joder! ¡Dios, Luna! – Me muerde el labio inferior y yo lo torturo un poquito más masajeando su miembro sin piedad. Entonces es Tristan quien me devuelve la jugada colando su mano por debajo de mi ropa, desde mi trasero, y colando dos dedos en mi ardiente humedad.

- ¡Ahhhh! – Gimo con fuerza.

- Vas a acabar conmigo. – Gruñe aplastándome entre sus labios y la pared.

- Eres un maldito.

- No más que tú.

Nos maldecimos, pero ninguno deja de tentar al otro con nuestras manos.

De pronto escuchamos un murmullo y ambos sacamos nuestras manos a la vista, aunque nos cuesta un poco más separar nuestros labios. Tristan respira como si hubiese corrido una maratón. Yo, creo que aún peor. Pega su frente a la mía.

- ¡Aquí estáis! – Nos grita Richard. Tristan sigue sin separarse de mí. – Mostradme cómo va la cosa. ¡Vamos!

Obedientes, hacemos de nuevo la coreografía, con más sensualidad de lo moralmente aceptable. Si Tristan está la mitad de excitado que yo, debe estar pensando lo mismo: necesito perderme en su cuerpo. Sólo una vez más. Sólo una...

Al terminar el porté final, frente a frente, vuelve a besarme y me pierdo de nuevo en sus labios. Sin recordar siquiera que Richard nos está mirando.

- ¡Maravilloso, joder! ¡Esto era exactamente lo que quería! ¡Chicos, sois cojonudos! Mañana os veo en el ensayo general. Podéis descansar. ¡Perfecto! ¡Perfecto! – Grita mientras desaparece.

Tristan y yo estamos sin aliento.

- Necesito una ducha. – Digo y me separo medio mareada de él. Cojo mi mochila con mis cosas y, en mi fuero interno, sigo rezando para que Tristan venga a mí, a por más.

- Quiero saborearte, ama. – Dice a mi espalda, presionando con su erección mi trasero, rodeándome con sus manos la cintura y asiendo con una de ellas mi sexo por encima de la ropa. Aprieto los ojos y suspiro. Muerta de la excitación. – Sabes que tu cuerpo me quiere a mí, sobre ti, dentro de ti. – Susurra en mi cuello.

- Creí que eras tú el que luchaba por impedir que eso mismo volviera a ocurrir. – Mi rebeldía comienza a abandonarme. No puedo separarme de él.

- A veces pienso que es lo mejor. Otras veces pienso que jamás me rendiré contigo. Ni yo mismo sé qué hacer contigo. Pero es simplemente por un motivo.

- ¿Qué motivo?

- Ya te lo he dicho. Me vuelves loco. Muy loco...

Me giro y miro sus increíbles labios. Y soy yo esta vez quien se lanza a por ellos. Tristan responde con fiereza. Estoy condenada a arder en las llamas del infierno de este hombre.

Menos mal que la irrupción de Mila impidió que me follara a Tristan en la mismísima sala de ensayo. Y menos mal que ella iba hablando por teléfono y no se percató de la escenita que estábamos dando su hermano y yo. Estoy loca.

Pero ahora, en mi habitación, bajo el agua de la ducha, sonrío como una estúpida. Tristan me desea...

Puede que sea un hombre maldito, con una rara dolencia, peligroso, impasible con las mujeres, demasiado deseable para no perder la cordura, pero me desea y eso me hace sentir inmensa.

No me ama. No me amaré jamás. No, y aunque lo hiciera, sería sólo por unos días. Porque él es así. Pero me desea. No ha dejado de hacerlo desde el primer día que nos conocimos y yo... tampoco.

Mila me grita desde el otro lado de la puerta del baño que tiene que hacer un viaje urgente a Nueva York para hablar con una productora y que mañana por la noche volverá y yo le digo que ok. Eso me hace sonreír todavía más. Voy a hacer una locura, lo sé. Pero estoy deseando hacerla.

Cuando oigo la puerta de mi habitación y sé que Mila no está, salgo de la ducha, me enfundo en mi albornoz y, sin secarme siquiera salgo con sigilo hacia la habitación de Tristan. Golpeo con fuerza e insistencia la madera de su puerta. Le oigo maldecir, pero no me freno. Sigo aporreando su puerta hasta que me abre.

- Luna...

Parece más que sorprendido. No digo nada. Simplemente me quito el albornoz a la par que voy entrando en su habitación y lo tiro al suelo. Él lleva una minúscula toalla también cubriendo su entrepierna y esta mojado, resbaladizo, como yo.

Tampoco dice nada más. Me tiro a sus labios y, de un salto, me engancha con mis piernas a su cintura. Su toalla cae al suelo, sus labios se adhieren a los míos y, sujetando mis nalgas, me lleva directamente hacia el interior de su habitación, depositándose sobre una mesa que hay antes de llegar a su cama. Allí nos fundimos en manoseos y besos lascivos. Sin decir nada también, Tristan conduce su erección hacia mi húmeda hendidura y me empala con fuerza. Grito. Grita. Me vuelvo loca ante el contacto y me contoneo como una loca a su alrededor. Sus gemidos suben de nivel ante mi osadía y su lujuria también. Me agarra con fuerza del cabello y comienza a embestirme con salvajismo. Yo aprieto su trasero con fuerza para colarlo todo lo dentro de mí como sea posible. Pero, cuando estoy a punto de perderme en un potente orgasmo, se separa de mí. Desolada lo observo. Con un movimiento rápido, me carga sobre su hombro y me deposita en la cama, haciéndome girar hasta quedar bocabajo. Jadeante, noto como tira de mis caderas hacia arriba con una mano y, con la otra, sujeta en una madeja mi cabello.

Esto promete ser intenso.

Y lo es.

Con un movimiento brusco vuelve a entrar en mí haciendo que nuestros cuerpos choquen con el contacto. Grito con fuerza, pero él no se amedrenta. Sale despacio de mi cuerpo y vuelve a empalarme. Gruñe.

Joder, otra vez estoy a punto de correrme. Dos embistes más y ya noto mi cuerpo comenzar a temblar.

Pero, justo cuando estoy en el vértice del abismo, vuelve a salir de mí, dejando mi cuerpo de nuevo desamparado.

Gimoteo y agacho la cabeza, aunque él no me lo permite. Tira de mi cabello de nuevo para hacerme mantener la postura.

- No te lo voy a poner tan fácil yo tampoco. – Susurra en mi oído. – Sabes que me necesitas tanto como yo a ti. Pero te niegas a admitirlo. Me estás desquiciando y es lo justo que haga yo también lo mismo contigo.

- ¡Tristan, fóllame! – Le exijo.

- Puede que seas mi ama. Que tengas el control sobre mí. Pero yo también sé jugar, ama.

- ¡Hazlo!

- Suplícame. – Resbala su miembro por mi trasero y yo me contoneo para intentar reconducirlo hacia mi desangelado interior. – Pídeme lo que quieres que te haga con deseo y te lo haré. Como nunca nadie antes te lo hizo. Dímelo, Lunita.

- Por favor, Tristan. Haz que me corra.

- ¿Cómo, ama?

- Follándome, como tú sabes. – Casi no puedo terminar mi súplica cuando siento su fuerte embiste de nuevo y grito.

Su juego ha subido mi excitación al máximo y me corro en cuanto lo siento dentro de mí. Pero él no se detiene. Continúa invadiendo mi cuerpo sin compasión. Rápidamente vuelvo a sentir unas convulsiones potentes y reveladoras de un nuevo orgasmo. Rompo de nuevo entre intensos gemidos y Tristan sigue. No sé cómo está aguantando tanto. Su dureza me indica que está muy excitado.

Cuando llego al tercer orgasmo y sin fuerzas para mantenerme en dicha postura, me gira de nuevo, haciendo que quede tumbada bocarriba. Me sonrío satisfecho. Yo miro asombrada su erección.

- ¿Quieres más? Porque no he acabado contigo. – Asiento temblorosa. Pero esta vez entra en mí despacio, desquiciantemente despacio. Con mis manos aprisionadas en las suyas y con su lengua enredada en mis pezones. ¡Dios, me voy a correr otra vez!

TRISTAN

No sé qué planetas han debido alinearse esta noche para que Luna haya aparecido en mi habitación, con la intención de tener sexo salvaje conmigo. Pero, sin duda, ha hecho que esta noche sea una noche para la posteridad. Digna de celebración.

Por eso estoy al borde del infarto, aguantando un orgasmo que quiere acudir a mí, más potente que ningún otro que haya vivido, lo sé. Pero la espera merecerá la pena.

Luna está bajo mi cuerpo y siento mi dura polla acariciar su interior. Sus terminaciones nerviosas están completamente enloquecidas. Sus pezones duros como nunca. Sus gemidos de placer, o más bien alaridos, me indican que ella está tan poseída por la lujuria del momento, como yo.

Su cuerpo vuelve a temblar. ¿Va a correrse otra vez? Mmmmm. Es una deliciosa noticia. Pero, cuando aprieta los ojos para recibir su siguiente orgasmo, vuelvo a parar. Esta vez dentro de ella.

- No pares. – Gimotea.

- ¿No has tenido suficiente, gatita?

- No. – Se contonea bajo mi cuerpo, sensualmente. – Y quiero que tú también te corras. – Sonríe.

- Gánatelo. – Le desafío. Levanta una ceja. Yo tiro de sus manos, me siento y la siento sobre mí. – Vamos, muévete. Hazme correr. Demuéstrame que me deseas. – Ella sujeta mi miembro con su mano y, sin dejar de mirarme, se lo vuelve a introducir.

- Será un placer, amo. – Y comienza a mover sus caderas en círculos sobre mí. ¡Voy a explotar! Así no aguantaré más. No. No. No. ¡Me corro!

- ¡Luna! ¡Ah! ¡Luna! – No se apiada y sigue. Con movimientos condenadamente placenteros. – ¡Voy a correrme, Luna! – Aprietos sus nalgas y le ayudo en su implacable ritmo. Ella echa la cabeza hacia atrás y grita con fuerza. Está en mitad de un orgasmo. Yo le sigo dos segundos después apretando su cuerpo contra el mío, gritando su nombre y descargando mis fluidos en su interior. – ¡Dios! – Una corriente eléctrica posee mi cuerpo, más placentera que ninguna otra sensación que haya experimentado en mi vida. Me quedo en tensión, saboreándola, mirando en dirección al cielo, durante unos segundos.

Luna se deja caer sobre mi cama sin aliento. Cierra los ojos y trata de recuperar la respiración. Yo me tiro a su lado y la observo. Joder. Que preciosa es. Es una diosa. Una diosa agotada...

Menos mal que no me he terminado la paja que me estaba haciendo en la ducha cuando ella

llamó tan insistentemente a mi puerta.

La miro, con una sonrisa en los labios. Está muerta. Yo también lo estaría tras cuatro orgasmos seguidos. Y, tan intensos. Creo que voy a dejarla dormir aquí. Lo haré para comprobar si sigo igual de tarado o, si, por el contrario, vuelvo a sentirme mejor con su compañía.

Me acurruco junto a ella, asiéndola por la cintura, y cierro los ojos relajado y feliz. Creo que ya está profundamente dormida y, por primera vez en mi vida, siento una paz plena y contundente al ver a alguien dormir. Beso su hombro desnudo y me dejo llevar yo también por un profundo sueño.

Me acabo de despertar. En mitad de la noche. Jadeante. Con el cuerpo en tensión. Empapado en sudor. Pero, no ha sido una pesadilla. He soñado que Luna venía hasta mi habitación, ataviada únicamente con un albornoz, he soñado que se lo quitaba justo al abrirla la puerta, se enredaba entre mis brazos y echábamos el polvo más salvaje de toda mi miserable vida. Ha sido un sueño erótico, del que me he despertado al sentir un extraño roce sobre mi potente erección. ¡Oh, vuelvo a sentirlo! Miro a mi lado con confusión y doy un salto al ver a Luna dormir a mi lado. ¡Joder, no ha sido un sueño! Enciendo la tenue luz de mi mesita de noche para comprobar que no es una alucinación.

¡No lo es! Ella está dormida y se restriega contra mi cuerpo, creo que soñando lo mismo que yo.

Levanto un poco la sábana que cubre su cuerpo y contemplo excitado su bellissimo cuerpo desnudo. Mis labios acuden a mimar uno de sus pezones como si estuvieran hipnotizados por ellos. Luna se retuerce de placer en sueños y yo, sigo con mi dulce ataque.

Lamo su vientre, hasta llegar a su ombligo. Sus piernas se abren involuntariamente y me suplican que continúe. Así que tomo posición en el vértice de las mismas y saboreo con hambre su húmeda necesidad de mí.

Comienza a gemir y me doy cuenta de que está despierta cuando siento sus dedos apretar mi cabello. Pero no me detengo. Sus caderas se elevan, pidiendo más. Doy gracias al cielo de que quiera más, porque yo estoy a punto de estallar.

- Tristan...

Noto su palpitación en mi boca y segundos después siento el sabor de su orgasmo en mi paladar. Se retuerce entre mis brazos y tomo posición sobre su cuerpo. Todavía está saboreando los latigazos finales de su clímax, con los ojos cerrados. Entro despacio en ella, tanteando su estado ante mi intromisión. Y parece que está más que contenta de recibirme, pues sus manos comienzan a arañar mi espalda apretándome y pidiéndome más.

Estoy encantado de la vida de darle más. Por lo que subo el ritmo mientras la beso como si estuviese poseído por el mismísimo Satanás y aprisiono sus manos en las mías.

Su lengua acaricia mi atormentada alma. Su cuerpo se mece al compás del mío. Creo que voy a morir de pasión. Y, cuando siento que está a punto de correrse, me dejo llevar yo también, estallando de nuevo en su interior.

- Ahhh... Luna...

Me dejo caer sobre ella y siento las fuertes palpitaciones de su pecho.

- Vas a acabar conmigo. – Dice y yo sonrío. – Debería irme a mi habitación. – Levanto mi cabeza para mirarla.

- No. Quédate. – Ella me mira aterrada.

- Pero...

- ¡Quédate! – Exijo.

- Tristan, no quiero que...

- ¡¡Quédate!! – Suspira.

- Está bien. – Me tiro a su lado y al fin me relajo al saber que se quedará, al menos esta noche, junto a mí.

- Ven. – La atrapo entre mis brazos y la pego contra mi pecho. Ella comienza a jugar con el vello de mi pecho. Es relajante. Yo acaricio su espalda.

- No sé por qué he venido. – Dice y sé que está pensando en voz alta. Yo miro al techo y respiro profundamente.

- Me necesitas como yo a ti. – Respondo. Ella no lo niega.

- Pero no podemos... tú no... no está bien que juguemos a algo que no podemos tener.

- Me niego a pensar que no podamos tenerlo. – Luna levanta su cabeza y me mira, creo que ilusionada por lo que digo. – Sólo fue una noche, una fatídica noche que se me fue de las manos. Pero mírame. Estoy bien. Más que bien. Me he despertado en mitad de la noche y no he tenido pesadillas. Nunca me ha pasado nada cuando he dormido contigo, sólo aquella vez.

- Tristan, acabaste en el hospital, casi te da un infarto, Mila me mataría si descubriese que me estoy volviendo a ver contigo.

- No tiene por qué enterarse.

- No deberíamos hacer esto. No deberíamos hacernos esto. Para mí no es un juego, ni una terapia, Tristan. – Sus ojos me miran suplicándome que no le cause más dolor, que ya ha tenido suficiente. Me siento maldito, pero no lo suficiente como para renunciar a ella.

- Quiero estar contigo, Luna. Es lo único que quiero en esta vida de verdad. Si te he hecho daño, no ha sido mi intención. – Ella se incorpora y se queda sentada, con la mirada perdida. Yo evalúo su reacción e intento sacar fuerzas de algún lugar, en mi interior, para hacer lo que voy a hacer.

- ¿Por qué? No entiendo por qué no me dejas ir. No entiendo por qué insistes en acercarte, para después alejarte y dejarme con ese vacío tan árido y doloroso en mi interior. – Me siento, junto a ella, y trato de hacerme entender. Pero Luna me silencia. – ¡No! ¡No vuelvas a explicarme lo muchísimo que me deseas! ¡Eso ya lo sé! ¡Sé cómo eres, conmigo y con todas! ¡Sé que me has mentido y que no soy la única con la que te has visto así, una y otra vez! ¡No soy la única con la que juegas con sus sentimientos aprovechándote de un problema que tienes! ¡Pero ese problema no te da derecho a que nos jodas la vida a las personas que estamos a tu alrededor, encandiladas de ti, Tristan Moore! – Me deja sin palabras. – ¡No soy la única, Tristan, que está perdidamente enamorada de ti, que no sabe qué hacer para merecerte! ¡Deja de hacernos esto!

- ¿De quienes estás hablando, Luna?

- ¡De Nika, joder! ¡He visto las últimas declaraciones que ha hecho a una revista en la que narraba cómo la buscabas, le dabas toda la pasión y consideración del mundo y luego desaparecías! ¡Exactamente igual que conmigo!

- No he leído nada de eso. – Confieso perturbado.

- ¡Pero sabes que así ha sido! – La miro. Está a punto de llorar.

- No ha sido mi intención.

- Pero lo has hecho. Nos has hecho daño a las dos sólo para salvarte tú. Nos has condenado para librarte tú de la condena. Y no sólo no lo has hecho, te has puesto en un peligro que casi hace que me vuelva loca. Después has vuelto a desaparecer y no he sabido nada de ti hasta que, el maldito destino, me ha vuelto a colocar en tus brazos, en el ensayo de ayer.

- No te he buscado antes porque pensé que no querías que lo hiciera, Luna. John me dijo que no querías saber más de mí.

- ¡Y no quiero! ¡Pero aquí estoy! – Lloro. Me quedo paralizado. Díselo, Tristan. Díselo antes de que tome la determinación de alejarse del todo. Porque te está suplicando que le des un motivo para no tener que hacerlo. – Dime, ¿por qué nos haces esto? ¿Qué buscas de Nika y de mí?

- Pensé que Nika sabía que nunca sería nada para mí. Pensé que lo había aceptado. Me equivoqué. Solo quería dejar de pensar en...

- ¡Por mucho que lo sepa te ama, Tristan! ¡Yo también lo sabía y no hizo que dejase de amarte, al revés!

- Luna, tú eres distinta.

- ¿En qué? ¿No soy tu compañera de rodaje, como lo fue Nika? ¿No me has repetido hasta la saciedad que no puedes darme más, igual que a ella? ¿No he sido simplemente una terapia para ti para que no...

- Luna, yo te amo. – Suelto de repente y se me corta la respiración. No frenes ahora, Tristan. Controla la ansiedad. Necesitabas que ella lo supiera y ella necesita saberlo. Luna ahoga un gemido en su mano y me mira ojiplática. – He intentado decírtelo de mil maneras, – prosigo nervioso y me levanto para evitar demostrar mi creciente ansiedad. Comienzo a dar vueltas por la

habitación, bajo la mirada petrificada de Luna, que no sabe qué decir – pero no sabía ponerlo en palabras. Me asfixia y me quema en la garganta. Me mata la ansiedad de tener que confesar mi amor y condenarte más todavía. No he sentido nunca esto antes y pensé que lo haría nunca, Luna. Me siento tan perdido que no sé cómo actuar contigo, qué decirte, no sé si debería dejarte libre de esta tortura que siento, porque quiero que seas feliz, o luchar junto a ti para controlarlo y poder así ser felices, juntos. – La garganta se me seca y siento un nudo que no me deja tragar. – Mierda... joder...

- Tristan...

- Estoy bien, estoy bien. – Cierro los ojos y hago los ejercicios de relajación que hasta hace poco me funcionaban. Concentrándome en mi respiración y ejercitando los músculos de mi cuello.

- Tristan... – Siento sus manos sobre mi torso desnudo y abro los ojos. La increíble mirada de Luna me atrapa, llena de lágrimas por mi culpa. – ¿Es eso cierto? – No puedo hablar. – ¿Me amas? – Asiento con la cabeza, que es la única parte de mi cuerpo que ahora mismo me responde. – ¡Oh! – Luna se tapa la boca y comienza a llorar más fuerte.

- Lo siento. No quería... ejem – toso para intentar deshacer el nudo que no me deja hablar – no quería arruinarte la vida con un patético desquiciado como yo. – Se me quiebra la voz. Creo que estoy incluso a punto de llorar. – Yo... yo... ¡Maldita sea, una puta lágrima! – Me la borro.

- Tristan, mírame. – Casi no puedo hacerlo. La humedad de mis ojos me impide verla bien. – Te amo con todo mi ser, con toda mi alma. – Aprieto los ojos y multitud de gotitas salen de ellos. Niego con la cabeza. – Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. – Gimo de dolor. No puede ser. Yo no soy para nada lo mejor que le puede pasar a una mujer. – Y, si de verdad me quieres, lucharé a tu lado para que lo nuestro funcione. No me importa nada más.

- No... Luna... yo soy un lastre para ti...

Sus labios me besan con dulzura y mi llanto se hace aún más agónico. No puedo separarme de ella y protegerla de mí. No puedo. La necesito para seguir respirando.

Luna acaricia mi cara, mi torso, mis brazos y yo la aprieto contra mí con desesperación.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, sus besos calman mi creciente ansiedad y consigo controlarla. Siento su amor y me resulta casi suficiente para no dejarme llevar al lugar oscuro de mi mente que me paraliza y me descontrola.

Acabamos tirados en la cama, besándonos con todo el sentimiento a flor de piel y haciendo el amor como si fuera el último día de nuestras vidas.

Un pitido estridente me despierta y protesto. Mmm... quiero dormir... ¡Espera! ¿Qué? ¡Cuándo he querido yo eso! Me siento rápidamente en la cama y veo a Luna dormida, o más bien desmayada, a mi lado. Respiro satisfecho. Sí... qué noche más mágica y agotadora la de anoche...

El pitido continúa. ¡Mi móvil! Me levanto rápidamente para contestar. ¿Mila?

- ¿Qué pasa? – Mi voz suena somnolienta. No estoy acostumbrado a escucharme así.

- ¡¡¡¿Estabas dormido?!!!

- Sí, ¡qué pasa! – Miro a Luna que comienza a desperezarse, desnuda. Sonrío. ¡Ups! Mi polla también se está despertando. Tal vez sea buena idea echar un polvo en la bañera, con el agua caliente aliviando un poco su escozor...

- ¡¡Son las diez de la mañana!! ¡¡Richard está llamándome hecho un histérico porque deberíais estar ya en el ensayo general y nadie ha conseguido contactar con Luna!! – ¡Joder, ¿las diez?! Luna abre un ojo y me sonrío. Yo comienzo a dar vueltas por toda la habitación buscando mi ropa de gimnasia.

- ¡Ya vamos! ¡Ya vamos!

- ¡¡¡¿ESTÁS CON LUNA, MALDITO SUBNORMAL?!!!

- Ehhh... no... ¡Y no me llames así!

- Mmmm... ¿Seguro que no?

- No, Mila, no. – Digo su nombre cuando siento los besos de Luna en mi espalda, para que entienda lo que sucede. – No sé dónde está Luna, pero la encontraré y en media hora estaremos en la sala de ensayo, ¿vale? – Luna busca rápidamente un reloj en mi habitación y se tapa la boca al ver el de mi mesita de noche. Me mira asustada y yo me encojo de hombros. – Lo siento. – Vocalizo con los labios.

- ¿Y qué hacías tú dormido a estas horas? ¿Estás bien?

- Más que bien. No me distraigas más. Voy a darme una ducha rápida, busco a Luna y me voy al ensayo. Llama tú a Richard y dile que se me ha pinchado una rueda o invéntate algo, hermanita. ¡Un beso! – Cuelgo antes de escuchar su réplica.

- ¡Oh, maldita sea! – Exclama Luna. Yo aguanto la risa. Ella, al verme, comienza a reírse también.

- Vamos a ducharnos y nos vamos juntos al ensayo, anda.

En la ducha Luna se enjabona con rapidez y yo la observo pensativo.

- ¡Vamos, date prisa! – Me urge. Le hago caso.

Salimos de la ducha y ella se coloca su albornoz. Dispuesta a salir cagando leches hacia su habitación para vestirse. Abre la puerta para irse y, antes de que salga, la agarro de una de sus muñecas.

- Paso por ti en cinco minutos. – Le digo. Ella asiente y me besa rápida y contundentemente.

En mi coche, dirección a la sala de ensayo, ambos estamos callados, pensativos y no dejamos de suspirar.

Casi estamos llegando cuando finalmente le hablo.

- ¿Vendrás esta noche a mi habitación? – Ella me sonrío y se muerde el labio.

- Mila vuelve esta noche.

- Yo te necesito más que ella. Contigo puedo dormir. – Se ríe.

- No nos lo va a poner nada fácil y lo sabes.

- Tendremos que sortear su control, durante un tiempo. – Digo convencido. Luna sigue mordiéndose el labio. – Hasta que pueda demostrar a todo el mundo lo muchísimo que te necesito en mi vida y todo el bien que me haces. – Le informo mientras aparco el coche en el aparcamiento de la sala. Inesperadamente, Luna se quita el cinturón de seguridad y se abalanza sobre mí. Me besa con ansias y yo vuelvo a empalmarme. – Luna, no sigas o no llegaremos nunca. – Digo sin aliento. Ella se separa y me mira, creo que feliz.

- Vámonos.

LUNA

El día de ensayo general ha sido de lo más productivo. No hay nada como sentirte feliz para hacer las cosas bien. Entre Tristan y yo ha habido más que química en el ensayo. Más bien había magia. Saltaban las chispas y todo el mundo nos ha felicitado.

El muy insensato no ha perdido la oportunidad de besarme frente a todos cuando terminábamos cada baile. Menos mal que son exigencias del guion, o tendríamos que dar muchas explicaciones.

Pero no me importaría darlas. Él me ama, y viniendo de él no puedo dudar de su confesión, con todo el esfuerzo que ha supuesto para él. Y yo, no puedo ser más dichosa.

Ahora lo tengo todo. Un trabajo prometedor, mi autoestima más o menos rehabilitada, y al hombre de mis sueños dispuesto a luchar por lo nuestro y por mí. Bueno, más bien, al hombre de los sueños de media humanidad.

He comprendido que no debo hacer caso a lo que diga Nika, o cualquier otra mujer encandilada de mi hombre, por ahí. Él está acostumbrado a esas situaciones, yo no. Pero lo haré por él. Ahora no me siento inferior ni nada por el estilo.

Después del ensayo, nos vamos juntos al hotel, y Tristan va metiéndome mano por el camino. Hace que me ría a carcajadas y jugamos a que yo no me dejo, aunque en el fondo estoy deseando abalanzarme sobre él.

Al llegar al hotel, cuando estamos de nuevo en público, ambos aparentamos un distanciamiento y un saber estar que se esfuma en cuanto se cierran las puertas del ascensor con nosotros dos dentro.

Tristan me acorrala contra la pared del ascensor y se restriega contra mí.

- No tienes nunca suficiente... – Susurro sin pararle en su labor de realizarme tocamientos incívicos.

- Contigo nunca. – Dice sensualmente.

- ¡Joder, Tristan, hay cámaras en el ascensor, para! ¡Jajajaja! – Le empujo.

- ¡No me importa! – Contesta el muy descerebrado y trata de volver a la tarea, pero yo le freno con ambas manos en su pecho. – ¡Ven aquí ahora mismo!

- ¡Para de una vez, loco! – Estamos los dos de lo más divertidos. Como yo ya sabía, no tengo la fuerza suficiente para pararlo y Tristan consigue paralizar mis manos a mi espalda, apretándome contra él.

- Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. – Me besa. De pronto, el ascensor se abre y

nos encontramos a Mila al otro lado de la puerta, pero, por arte de magia, Tristan ha dado un salto y está de repente al otro extremo de donde estoy yo, con cara de póquer. ¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo puede disimular también?

- ¡Ah! ¡Aquí estáis! Hola hermano – besa a Tristan en los labios – Hola Luna. – A mí me coge del brazo y tira de mí hacia el exterior del ascensor. – Tenía que hablar contigo, Luna. ¿Por qué no te duchas y cenamos juntas? Tengo cosas interesantes que proponerte. – Me lleva a tirones hacia mi habitación, lejos de Tristan, lo sé. Yo miro de reojo a mi espalda mientras camino. Veo a Tristan con cara de asesino a sueldo observándonos y con las manos en los bolsillos. También sé que no lo dejaré estar y me preocupa cómo acabe todo esto.

Ya en mi habitación me doy una ducha mientras Mila parlotea de algunos posibles contratos que alguna productora nos ha ofrecido sobre opciones variopintas: anuncios de perfume, un papel secundario en una serie de ciencia ficción y un posible papel de coprotagonista en una película de muchísima menos influencia que la que estoy haciendo. Finjo prestar atención, pero mi cabeza está en otra cosa: en Tristan. No me he planteado todavía mi futuro como actriz. Directamente no me considero tal cosa. Ahora me doy cuenta de que he aprovechado la coyuntura con esta película sólo para estar cerca de él, no porque considere que yo tengo talento para algo como el cine. Pero Mila no para de insistirme que sí lo tengo. Puede que acabe por creérmelo.

Después de ducharme me dice que me ponga algo de ropa cómoda para ir al restaurante del hotel a cenar, donde también estará Joe, el representante de Tristan y mío. Yo la desoigo en ese aspecto. Quiero estar guapa. El cuerpo me pide estar guapa. ¿Qué digo guapa? ¡Quiero estar explosiva!

Así que me decanto por unos tejanos muy ajustados (para tener un toque informal), unos botines de tacón de aguja de piel negros y un minúsculo short de encaje negro con un escote de corazón y de hombros caídos. Me recojo el pelo en una coleta alta y dejo algunos rizados sueltos, para que parezca descuidada (aunque nada más lejos de la realidad). Me he aplicado máscara de pestañas de manera contundente y gloss labial.

Mila me mira sorprendida al verme salir así de la habitación, yo me hago la distraída ante su gesto de sorpresa y ambas nos dirigimos hacia el restaurante del hotel.

En cuanto pongo un pie en el restaurante mi respiración se detiene. ¡Lo veo! ¡Qué guapo está! Se ha engominado el pelo, y me encanta como le queda. Se ha afeitado y lleva también unos tejanos con una camiseta blanca ajustada de amplio cuello. ¡Está perfecto! Y, sentado junto a Joe en la misma mesa. ¡Bien! ¡Vamos a compartir la velada! Me acaloro mirando los músculos de sus brazos mientras Mila y yo nos acercamos a ellos dos. Tristan ni se ha dado cuenta de mi presencia, pues está hablando con Joe de algo que parece importante. Pero, en cuanto me ve, su gesto de pasmo es indescriptible, y parece que se tensa en la silla. Aguanto la risa. Tristan es un gran actor y suele disimular mucho mejor de lo que está haciéndolo ahora mismo.

- Buenas noches, chicos. – Saludamos Mila y yo al unísono.

- Buenas noches, preciosidades. – Saluda Joe.

- Joder... digo... ¡hola! – Saluda Tristan y se levanta rápidamente para ofrecerme asiento en la silla que hay justo a su lado. Yo le sonrío con coquetería y tomo asiento. Mila nos observa con el ceño fruncido. – Eres cruel. – Susurra Tristan en mi oído cuando estoy sentada. – Vienes así cuando sabes que no puedo tocarte. – Aprieto los labios para no reírme.

- Así conseguiré sacar más partido de ti cuando puedas hacerlo. – Susurro yo con cuidado de que ni Mila ni Joe nos escuchen. Tristan gruñe.

- ¿Tiene la señorita quejas de mi actuación en la cama? – Le miro y niego sonriente y contundentemente con la cabeza. Tristan sonrío de vuelta.

- ¿De qué habláis vosotros dos? – Interrumpe Mila. Tristan y yo tosemos y nos colocamos bien en nuestro asiento.

- Nada, del ensayo de hoy. – Miento.

- ¡Richard me ha dicho que ha ido genial! ¡Que se os ve genial juntos tras la pantalla! – Se me infla el pecho de orgullo al escuchar eso. Se nos ve genial juntos. Eso es gracias al amor que existe entre los dos. – ¡Mañana empezamos ya a rodar! ¡Estoy ansiosa! – Grita Mila excitada.

- Sí, esto os va a abrir las puertas a los dos sin duda. – Añade Joe.

- Yo tengo pensado tomarme un tiempo, sin trabajo, después del rodaje de esta película. – Nos informa Tristan y todos lo miramos incrédulos.

- ¡Tristan, estás en el mejor momento de tu carrera! ¡Ahora es cuando vienen los proyectos importantes! – Grita Joe.

- ¡Así es, tonto! – Añade Mila. – ¿Cómo se te ocurre frenarte ahora? – Parece muy contrariada.

- Tengo proyectos más importantes en mi vida ahora mismo. – Dice y parece tranquilo. De pronto, siento la mano de Tristan sobre mi muslo y comienza a acariciarlo. ¡¿Soy yo su proyecto importante?! ¡Tengo ganas de llorar de felicidad! Para evitarlo, me remuevo nerviosa en la silla.

- ¡Cuál! ¡A ver! – Insta Mila gesticulando excesivamente con las manos.

- Mi vida. – Sentencia Tristan. – La vida que existe más allá del dinero y la fama. La vida real, no la que finjo tener en cada personaje que interpreto.

Su respuesta nos silencia a todos. Más bien nos deja pensativos. Incluso yo, que he vivido toda mi vida pasando penurias económicas soy capaz de comprender que la vida va mucho más allá de tener dinero.

Durante la cena Mila intenta motivarme a mí para aceptar algunas nuevas ofertas, mientras siento la mano de Tristan por debajo de la mesa metiéndome mano. Menos mal que no llevo una falda, o lo lamentaría.

Cuando su provocación ya es insostenible, pido perdón y me dispongo a irme al baño. Un poco de agua fresca en la frente y en la nuca ayudará a bajar el calor que siento por su culpa.

Pero, cuando estoy precisamente echándome agua en el lavabo, lo veo a él detrás de mí a

través del espejo del baño. Me giro escandalizada.

- ¡Qué haces aquí, insensato! ¡Es el baño de mujeres! – No habla. Simplemente se abalanza sobre mí y me besa excitado. – Tristan...

- Necesito estar dentro de ti. Ahora. – Susurra en mi oído mientras va desabrochando mis tejanos.

- Tristan... no... ¡ah! – Me hago líquido entre sus brazos. La puerta del baño se abre y Tristan me empuja hacia el interior de un habitáculo individual. Cerrando la puerta con llave cuando estamos los dos dentro.

- ¿Has visto que está en el hotel Tristan Moore? – Dice una mujer mientras Tristan sigue desabrochando mis pantalones y besando mi cuello. No tengo fuerzas para detenerlo. – ¡Qué bueno está el cabrón! ¡Si averiguo su habitación te juro que me hago la que se ha equivocado esta noche y me lo follo! – Gruño al oír eso. Tristan parece que ni siquiera lo ha escuchado y comienza a besar mis labios mientras introduce una de sus manos por debajo de mis braguitas. Yo hago lo mismo con él, deseando marcar mi territorio tras escuchar tan espantosos comentarios.

- ¡Sí, joder, ese hombre es impresionante! – Dice la otra acompañante cuando siento dos dedos de Tristan entrar en mí.

Ahogo un gemido y Tristan me dedica una sonrisa maliciosa. Yo también sé jugar a esto. Presiono su miembro y lo masajeo. Tristan levanta el cuello como si quisiera aullar, dejándome espacio para saborearlo.

Estamos los dos, masturbándonos mutuamente, en el baño de señoras del restaurante de un carísimo hotel, mientras dos clientas comentan indecencias sobre mi hombre. Pero está conmigo. Me ama a mí. Así que no voy a arruinar este momento por dos estúpidas desesperadas.

Las mujeres salen del baño, pero ni Tristan ni yo paramos nuestra diablura. Estoy hecha líquido bajo el embrujo de sus dedos y de sus labios. Tristan aguanta los gemidos a base de besos y, cuando noto un fuerte gruñido de sus labios y un espeso y caliente líquido en mi mano, me dejo ir entre sus agasajos. ¡Joder! ¡Esto ha sido muy morboso!

- Te quiero esta noche en mi cama. – Me dice tras limpiarse la mano con papel y mientras está abrochándose el pantalón. Yo me limpio también.

- No creo que Mila me deje...

- ¡Mila no manda en nosotros! Así que o vienes tú a la mía, o voy yo a la tuya. – Dice muy serio.

- ¡Tristan! ¡Mila duerme en mi habitación! – Me río.

- Ya te he dicho que me da igual. Si no quieres público ven a la mía, sino te visitaré yo a ti. – Me da un rápido beso y abre la puerta del habitáculo en el que estamos encerrados. – Por cierto, – dice antes de salir – si te sigues vistiendo así no podré parar de hacer locuras. – Me ruborizo y me siento culpable. Agacho la cabeza. – ¡Eh! – Me sujeta del rostro. – Me encantas... ¡no dejes nunca de mirarme! – Vuelve a besarme y se va. Yo me quedo durante unos minutos mirándome al

espejo y sonriendo como una tonta. No pienso salir de aquí hasta que no se me quite esta sonrisa de estúpida de la cara.

Por la noche, en la habitación, Mila no deja de hablar desde su cama de todas las oportunidades que se me van a abrir de ahora en adelante. Yo sigo con mi cabeza en los brazos de Tristan, y suspiro y sonrío mirando al techo de la habitación como una tonta.

- Estás rarísima. – Me dice de repente Mila tras un bostezo. Yo la miro y me aclaro la voz, como si así pudiese aclarar mi mente. Eso no es tan fácil. – ¿En qué narices piensas? Porque está clarísimo que no prestas nada de atención a lo que te digo yo. – Me pregunta y bostezo de nuevo. – Ups, perdón.

- Sólo estoy feliz. – Me encojo de hombros.

- ¿Por qué? ¿Has tenido buenas noticias de España? – Mila se recuesta y abraza su almohada. De repente mi gesto cambia al acordarme de Juan y de que anda suelto. Pero aquí jamás me encontrará.

- No... no es eso.

- ¿Entonces? – Creo que Mila comienza a sospechar algo y tengo que distraerla. Todavía.

- Voy a ser la protagonista de una película de la Summit. ¿No te parece suficiente? – No me contesta. – ¿Mila?

- Mmmmm. Perdona, estoy super cansada. Más que de costumbre. ¡Apenas son las once y media! Y yo nunca me duermo antes de la una... Será el jet lag... – su voz se va apagando y creo que se ha quedado dormida.

Automáticamente pienso en levantarme e ir a la habitación de Tristan. Pero no me puede cegar la impaciencia. Se acaba de quedar dormida y podría despertarse si me precipito.

- ¿Mila? – La llamo. No responde. ¿Qué hago?

Finalmente me levanto con sigilo y hago un poco de tiempo por la habitación mientras pienso qué hacer.

Busco algo de ropa interior sexi. ¡Maldita sea, no tengo nada! Bueno... creo que tengo un picardías por algún lado... ese que me compré precisamente para la primera noche de sexo que iba a pasar con Tristan...

Rebusco y rebusco hasta que doy con él.

- ¡Aquí estás! – Le digo a la prenda.

Miro a Mila. Sigue K.O. y no paro de mirarla mientras me desnudo y me pongo el picardías. También decido no ponerme braguitas ni nada. Me pondré simplemente la bata para salir al pasillo y atravesarlo hasta llegar a la habitación de mi hombre.

Me dirijo al cuarto de baño acto seguido. Será mejor que me repase un poco las piernas

con la cuchilla de afeitar. Y... un poco de perfume. ¡Ana me regaló uno con feromonas! ¡Es muy oportuno!

Cuando ya me he afeitado y he esparcido unas gotas del perfume por casi todo mi cuerpo, decido atusarme un poco el pelo. ¿Lo dejo suelto? ¿Lo recojo? Pruebo a soltarlo y echarlo a un lado, después a otro... Pongo mi pose más seductora frente al espejo... ahhhh ¡no sé si será demasiado!

¡Maldita sea! ¿Quién llama a la puerta a estas horas? ¡Va a despertar a Mila!

Salgo rápidamente del baño y compruebo que efectivamente Mila aún duerme. Vuelven a aporrear la puerta. ¡Mierda! Abro rápidamente y asomo únicamente la cabeza, porque no estoy para nada decentemente vestida para recibir a nadie.

- ¡Qué! – Contesto a la llamada de malas pulgas. – ¡Tristan! – La sorpresa de verlo ahí es gigante. Aunque tiene aún más cara de malas pulgas que yo. Lo miro de arriba abajo, sólo va vestido con unos pantalones cortos. – ¿Qué haces...

- ¡Llevo esperándote un rato y ya no pienso esperar más! – Abre la puerta de un manotazo y yo me cubro con las manos instintivamente. ¡Lo que llevo es completamente transparente!

- ¿Qué haces? ¡Mila está aquí...

No me deja hablar. Estampa sus labios en los míos y se introduce en mi habitación, cerrando la puerta con una patada y empujándome a mí al interior.

- Ya te he esperado suficiente, niña rebelde, has agotado mi pobre y escasa paciencia. – Me dice sin parar de besarme por todos lados y tirando de los tirantes de mi picardías para deshacerme de él. Yo trato de impedirlo como puedo.

- ¡Tristan, Mila está aquí, justo al lado! – Señalo el cuerpo inconsciente de su hermana que yace sobre la cama que hay al fondo de la habitación.

- No te preocupes por ella. – Continúa succionando uno de mis pezones. – Mmmm joder, qué bien hueles...

- Tristan... para... – mi voz es casi un gemido – ahhhh... – acabo por caer sobre mi cama y Tristan cae sobre mí y, mientras lo hace, va quitándose los pantalones cortos que lleva.

- No te preocupes, le he metido uno de mis tranquilizantes antes, durante la cena, en su bebida. – Dice refiriéndose a Mila. ¡Está loco! Me río a carcajadas y me tapo la boca con la mano para no montar un escándalo. Él me observa también divertido. – Bien... ¿por dónde nos habíamos quedado en el baño? – Noto su mano surcar mi piel en dirección a mi sexo. Yo le beso con erotismo.

- Por ahí precisamente. – Digo cuando su mano alcanza mi húmeda sed de él.

- Dios... me moriría así, pegado a ti...

- ¡Tristan! – Le regaño.

- ¿Qué? – Pregunta sin entusiasmo mientras sigue besuqueando mis pezones y los muerde.

- Mmmmm, no bromees con eso...

- Estoy bien, nena – siento su enorme y duro sexo entrar en mí – ahh... más que bien... mmm

Creo que es el sexo más morboso y excitante de toda mi vida, además del más loco... follar con su hermana dormida justo al lado... ¡dios mío, en qué estamos pensando! Intento mitigar mis gemidos como puedo, mordiendo su hombro, arañando su espalda, apretando con fuerza su cabello. Él no se queja y también aprieta mis muslos y mis nalgas con fuerza con una de sus manos. Con la otra, me mantiene sujeta de la barbilla para evitar que mire hacia otro lado que no sea a él.

Su rostro es el rostro de la lujuria extrema. Es sexi, guapo, perfecto. Es la creación más maravillosa que mis ojos hayan presenciado de cerca, y... tan cerca. Dentro de mí. Haciéndome explotar.

- Te amo... – gimo en sus labios.

- Yo más. – Su confirmación de la que hasta hoy ha sido la mejor declaración de amor que he vivido nunca me hace sonreír. – Y te voy a hacer explotar de pasión entre mis brazos todos los días de mi vida.

Mila gruñe en sueños y yo me tensó, pero Tristan ni siquiera hace ademán de parar.

- Estamos locos. – Le aprieto aún más fuerte al notar las contracciones de mi sexo. Estoy cerca...

- Prefiero esta locura a ninguna otra. Créeme – me besa y con su lengua surca mi boca y acaricia la mía.

- No estás loco. – Digo suplicando porque deje de pensar en su problema. – Juntos lo lograremos. ¡Ahh! – Grito al notar una estocada de Tristan en mi interior.

- Shhhh... no grites, preciosa. Ufff, estoy muy cerca. – Muerdo su hombro para acallar mis gritos de nuevo. Estoy entrando en un potente orgasmo que se alarga y se intensifica de forma impetuosa. Si lo suelto gritaré con todas mis fuerzas. – Grrrr – Tristan gruñe y no sé si es de dolor por mis mordiscos o porque está eyaculando él también. Pero creo que es más bien lo sengudo. – Joder... – Se deja caer sobre mí. – Eres una salvaje. – Me besa y se acomoda junto a mí en la cama. Miro su hombro. Tiene un gran morado.

- ¡Mierda! ¿Te he hecho yo eso? – Me siento como si fuese lo peor al haber maltratado así el escultural cuerpo de Tristan. – Lo siento – digo contrariada.

- Yo no. – Cierra los ojos con una gran sonrisa de satisfacción en la cara. Sonrío yo también y me muerdo el labio. Vuelvo a mirar a Mila. Sigue inconsciente.

- Tienes que irte. – Le empujo. Tristan abre un ojo y me mira serio.

- ¿Por qué? ¿Ya te has divertido conmigo y me echas? – Me río. – Me rompes el corazón...

Mila vuelve a hacer un ruido durmiendo y yo vuelvo a asustarme.

- ¡Vamos vete! – Vuelvo a empujarlo hasta que lo tiro de la cama. – ¡No quiero problemas

con mi manager! ¡Vete! – Sigo empujándolo hasta la puerta de la habitación.

- ¡Vale, vale! ¡Malvada! ¡Descorazonada! – Se burla levantando las manos. – Te veo mañana, preciosa. – Me besa en la puerta mientras se coloca los pantalones.

- Hasta mañana, loco. – Le beso después yo y abro la puerta. – Que duermas bien.

- Dormiría bien contigo. – Me chantajea y pone una cara de triste muy infantil y graciosa.

- Pronto.

- Sí, me encargaré de ello. Buenas noches, Luna mía.

Se va mientras lo observo perderse en el pasillo y no paro de suspirar. Cierro la puerta y me deshago de más suspiros apoyada en ella. Soy feliz... muy feliz...

Hoy es el primer día de rodaje y estoy emocionada, aunque un poco preocupada cuando Mila me pregunta que a qué se deben los moratones de mis muslos. Aguanto la risa al recordar los dedos de Tristan presionándolos y le contesto que anoche me caí de la cama en sueños. Creo que funciona, porque no insiste más.

El primer día de rodaje es toda una experiencia para mí. Tras horas de maquillaje y caracterización me miro al espejo y no me reconozco. ¡Estoy preciosa! Salgo de camerinos ilusionada con que Tristan me vea así. Seguro que le impresiona.

No me equivoco. Su cara lo dice todo. Está tan sorprendido como yo del partido que puedo llegar a sacarme. Sólo tengo que aprender a cómo hacerlo.

El primer día de rodaje es en la calle. Para ello, la productora ha conseguido los permisos pertinentes para parar el tráfico. Pero eso no ha frenado a unos pocos paparazzis que nos fotografian, alentados por la noticia de que la última película de Tristan Moore está siendo rodada en L.A. y con su “nueva amante” como coprotagonista con él.

Todo marcha sobre ruedas y conseguimos rodar todas las escenas propuestas para dicho día. Tristan actúa como un profesional frente a los demás y consigue disimular bien lo nuestro. Yo, sin embargo, no hago más que mirarlo y morderme el labio. Si la gente supiera lo que tenemos... seríamos la envidia de medio mundo.

Lo único que Tristan me dice en referencia a nuestro pasional encuentro de la noche anterior es que tiene las señales de mis dientes y mis uñas en su piel y que las de maquillaje se han escandalizado al verlo. Me contengo la risa a duras penas y él también. No parece que le moleste tener restos de mi ataque en su piel, más bien lo contrario.

La primera semana de rodaje transcurre genial. Entre nosotros hay química y pasión fuera y dentro de las cámaras. Los rodajes van como la seda y, fuera de cámaras, aprovechamos la mínima oportunidad para tener sexo salvaje en los camerinos, baños del set, o en su habitación del hotel. Siempre que conseguimos esquivar la vigilancia de Mila, que creo que se huele algo por

nuestro repentino más que buen estado de ánimo.

Por eso durante la segunda semana de rodaje nos cuesta mucho más encontrar la fórmula para vernos. Mila me asedia a todas horas.

La tercera semana de rodaje es aún peor. Los pocos momentos que logro esquivar a Mila es Laura, una de las chicas de maquillaje, la que me vigila con poco disimulo. Se ha hecho muy amiga de Mila y creo que mi “queridísima cuñada” le paga a mis espaldas para evitar que me vea a solas con Tristan. ¡Esto es de locos! Sólo puedo verlo durante los rodajes y eso nos tiene a los dos exasperados.

Tristan quiere hablar con su hermana y decirle que, gracias a nuestra relación, ya no ha tenido más ataques de ansiedad, ya no hace apenas uso de la medicación y que ya es mayorcito para tomar sus propias decisiones. Pero, al final, ambos hemos coincidido que será mejor cuando avance un poco más el rodaje y sea más difícil que la productora o la propia Mila intente cortar mi contrato en la película. O al menos, evitar que Mila monte un escándalo ahora mismo y lo paralice todo.

Pero echo de menos un maldito rato a solas con Tristan.

Casi me da igual la película y mi prometedor futura carrera.

Nada de lo que tengo ahora mismo es más fuerte que lo que siento por él. Y me da miedo que se evapore.

También me dan miedo todas esas mujeres que se le acercan constantemente con sus irrespetuosos coqueteos.

De todo eso hablo únicamente con Ana por teléfono, cuando tengo un pequeño rato para mí y puedo hablar con ella a solas. Ella está tan feliz como yo de mi clandestina relación con Tristan, pero, las noticias que me da de España, no son alentadoras en absoluto.

Juan ha ido por la cafetería en unas cuantas ocasiones preguntando por mí, y, en una de ellas, ha destrozado la mitad del mobiliario de la misma.

Menos mal nadie, excepto Ana, sabe dónde estoy ni qué estoy haciendo. Pero mi miedo con Juan vuelve a renacer cuando Ana me dice que en algunos medios locales han salido fotos mías con Tristan del rodaje de la película.

Si Juan ve eso soy mujer muerta.

Si Juan descubre que estoy con Tristan será mi fin y, lo peor de todo, meterá a Tristan en su sucia guerra contra mí.

No puedo permitir que la prensa se haga eco de esa noticia aún.

He hablado con Ramón, mi abogado, y dice que hasta dentro de un mes o dos no será el nuevo juicio contra Juan en el que el Tribunal Supremo tendrá que decidir si hubo o no agresión sexual.

Me lo juego todo a eso. Y tengo que rogar al cielo que Juan no descubra mi relación con

Tristan hasta que esté entre rejas, ojalá que por mucho tiempo. Porque podría conseguir venir hasta aquí... o hacer algo a alguien que yo quiera... a Ana... sólo para castigarme a mí.

No puedo permitirlo. Por eso hoy estoy tan nerviosa tras la conversación con Ana. Creo que no sería tan mala idea hablar con Tristan y contratar esa abogada que él me ofreció. Pero, por otro lado, no quiero que Tristan sepa nada de esto.

TRISTAN

Hoy al fin voy a tener un rato a solas con ella. El bicho de mi hermana tiene que viajar a Seattle unos días para unos asuntos laborales y dejará a Luna en paz al menos durante su viaje. Necesito sentirla. Necesito sus besos, su piel...

Llevo más de una semana sin hacerle el amor y me estoy volviendo loco. Ya no tengo pesadillas, pero, cada noche, me levanto tras tener un sueño húmedo con Luna más que alterado. Me siento extraño, nunca me he sentido así, como ahora. Me resulta tan raro irme a la cama sin miedos ni histerias que a veces hasta las echo de menos. No me da miedo dormir y no volver a despertar, porque si eso sucediera ahora mismo, no podría morir en un momento más feliz de mi vida y dejaría este mundo en paz conmigo mismo. Puede que esté hasta rehabilitado.

Hoy, además, nos toca rodar una escena de sexo a Luna y a mí y estoy más que deseándolo. Aunque sé que va a ser duro por un lado, por otro va a ser sensacional poder besarnos y manosearnos sin impedimento alguno.

Cuando la veo aparecer en el set de rodaje recién salida de maquillaje se me corta la respiración. Richard le da las instrucciones precisas de cómo deben ser sus movimientos y dónde se tiene que colocar y yo, mientras tanto, la desnudo con la mirada. Lleva un camisón de seda celeste. Está impresionante.

Luna obedece las instrucciones de Richard, que le indica que se sitúe frente a mí. Me mira y me dedica una tímida sonrisa. Después baja la vista, nerviosa. Supongo que la forma en que yo la miro le intimida. No puedo apenas esperar a que Richard dé la voz de “acción” para abalanzarme sobre ella. Se me acelera el pulso, me sudan las manos, la quiero para mí. Ya.

- ¡Acción!

La voz de Richard suena como música para mis oídos. Sin esperar un segundo más me lanzo a saborear sus besos con desesperación. Luna vierte un gemido en mis labios que me desmorona por dentro. ¡Mierda, me estoy empalmado! ¡Grrr! ¡Contrólate, Tristan, joder! ¡Pareces un puto principiante!

- ¡Corten! Perfecto. Ya tenemos los planos de ese lado. – Dice Richard y yo me separo con pocas ganas de los labios de Luna. Ella me mira pidiendo también más. Frunzo los labios y me encojo de hombros. No puedo ahora, nena, pero créeme que te lo haría como un loco si pudiera. – Ahora grabaremos también el beso desde el otro ángulo. El plano es mayor, así que mientras la besas, Tristan, ve bajando los tirantes de su camisón hasta que caiga al suelo. – Mmmm, es cierto, no recordaba que iba a tener que exponerse Luna semidesnuda... joder, esa idea no me apasiona. Pero bueno, es nuestro trabajo. – Tú, Luna, tienes que tirar de los botones de su camisa con fuerza. Arráncasela, mientras que vais cayendo sobre la cama.

Luna asiente y yo también. Cuando vuelve a gritar “acción” me vuelvo a abalanzar sobre

ella. Mis manos no tienen tanto reparo como mi mente en desvestirla. Añoraba demasiado sentir el tacto de su piel. Sus gemidos vuelven a revolucionarme como desde el primer día que posé mis labios sobre los suyos. De pronto, todos nuestros momentos juntos acuden de golpe a mi mente. Todos esos mágicos minutos que hemos compartidos se agolpan en mi pecho, que late con fuerza. Es la primera vez en mi vida que siento un amor como éste en mi interior y creo que puedo asegurar que jamás amaré a nadie más como la amo a ella.

Luna arranca los botones de la camisa que llevo y desviste mi torso con impaciencia, creo que más impaciencia incluso que la que nos exige el guion, pero nadie se queja, así que continuamos con nuestra escena. La levanto entre mis brazos y la recuesto sobre la enorme cama que nos han preparado para el set de rodaje, posicionándome sobre ella, sin dejar de besarla.

- Muy bien, chicos, seguid así. ¡Quiero una cámara en el extremo opuesto! – Richard habla. Aunque Luna y yo estamos sumergidos en nuestro mundo de lenguas y besos.

Siento que mi miembro está a punto de explotar bajo los pantalones que llevo y, como acto reflejo, presiono con él a Luna que vuelve a gemir. ¡Joder, como corten ahora la escena voy a dar un numerito de lo más simpático!

- ¡Corten!

- ¡Joder! – Pienso en voz alta mientras cierro los ojos y respiro profundo para serenar mi sangre a punto de bullir.

Repaso la plantilla de los Lakers mientras hago movimientos circulares con mi cuello. ¡Bájate, joder! Le digo con la mente a mi polla. Un temblor bajo mi cuerpo me hace abrir los ojos. Al abrirlos, me encuentro a Luna muerta de la risa mientras me observa. Yo le dedico una mirada airada entrecerrada.

- Levántate. Hemos terminado este plano. – Sigue riéndose.

- ¡Bruja! – Le recrimino mientras intento disimuladamente recolocarme la polla con una de mis manos.

- ¡Perfecto, chicos! Ahora sin ropa bajo las sábanas. Tenemos que rodar la escena de sexo. ¿Estáis listos? – Mierda, ¡¿sin ropa?! Trago saliva.

- ¡Sí! – Contesta Luna muy simpática mientras me aparta de un manotazo de ella. La miro y la maldigo. ¡Seguro que ella está tan cachonda como yo! ¡Qué suerte ser mujer a veces para poder disimular este tipo de situaciones incómodas!

- Voy un segundo al baño, perdóname Richard. – Digo de mal humor.

Después de echarme agua fría por mis partes menores y hacer un poco de relajación vuelvo al set.

Pero la peor parte comienza justo ahora. Bajo las sábanas, Luna y yo fingimos tener sexo durante largos y agónicos minutos. Mi libido está por las nubes volando a algún planeta lejano. Siento que me arde la piel mientras reproducimos una y otra vez la dichosa coreografía de la dichosa escena de sexo. Y de un momento a otro me olvido de donde estoy. Me olvido de todo y lo

único que recuerdo es que no puedo vivir un minuto más sin amar a esta mujer. Así que, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo, resbalo mi miembro por su más que húmeda hendidura y me cuelo en su cuerpo. Juro que ha sido involuntariamente. Y me doy cuenta de lo que estoy haciendo justo cuando siento sus uñas clavarse en la piel de mis brazos y escucho su alarido de pasión. Abro los ojos. ¡Oh, joder! Estoy haciéndole el amor a Luna delante de todos... Ella me mira asustada, pero muy, muy excitada. Gime y cierra los ojos. ¡Mierda, así no voy a poder parar!

- ¡Maravilloso chicos, seguid así, joder! – Y cómo sé que nadie puede ver lo que está sucediendo bajo las sábanas le hago caso a Richard y continuo saboreando el precioso cuerpo de mi niña amada.

Luna al principio se tensa. Es normal. No estoy jugando limpio. Pero poco a poco se deja llevar también y sé que está al borde del orgasmo cuando siento sus uñas con más fuerzas en mi piel.

- Te quiero. – Digo en sus labios sin pensar. Ni siquiera está en el guion.

- Te quiero. – Me responde y me siento explotar en su interior. Ella me sigue segundos después con un fuerte gemido.

- ¡Corten! ¡Perfectísimo! Vamos a dejarlo tal cual. No creo que haga falta otra toma. ¡Vestíos! – Dice Richard. Luna sigue jadeante bajo mi cuerpo. Me mira y sonrío por nuestra travesura.

- Esta me la vas a pagar. – Me amenaza divertida.

El rodaje termina y nos volvemos al hotel en mi coche. Ha sido el mejor día de trabajo de mi vida. Y no sólo porque por fin soy el protagonista de una película, sino también porque por fin soy el protagonista de mi vida. Me siento así con Luna: vivo, lleno de vida y de deseo por ella.

Mientras ella me va regañando por el camino por mi sucia jugada en el set cambio de planes y decido llevármela a mi casa. Allí no tendremos distracciones externas y, como Mila está fuera por unos días, tampoco habrá impedimentos por su parte.

Luna también parece que recibe bien la idea cuando veo la sonrisa que muestra al adivinar mis intenciones.

Pasamos una noche intensa, sensual y lujuriosa de sexo en varios rincones de mi enorme casa. Tanta hambre acumulado del uno por el otro en las últimas dos semanas hace que nos tomemos la tarea con entusiasmo.

Jamás había visto a Luna tan desatada en la cama y creo que es la primera jodida vez en mi vida que tengo cinco orgasmos en una sola noche.

Quizá por eso estoy tan destrozado que ni me inmuto cuando suena el despertador por la mañana. Es más, me dan ganas de estrellarlo contra la pared cuando lo oigo.

- Despierta Tristan. Tenemos que trabajar. – Siento su mano acariciar mi mandíbula. Gruño y me tapo la cara con la almohada. – Tristan... si no te despiertas seré mala. – Vuelvo a gruñir. No quiero despertar. Es la maldita primera vez en mi vida que estoy mejor en cama, durmiendo. Sé

que es porque ella está aquí.

De repente siento su húmeda lengua sobre mi polla y me despierto todo yo de una vez.

- Joder... mmmm... buenos días...

- Buenos días. – Me dice sonriente subiéndose sobre mí y dándome un bonito beso de buenos días. – Levántate. Vamos a llegar tarde.

- Primero voy a darte tu merecido. – Me giro para colocarme sobre ella, pero su dichoso teléfono empieza a sonar.

- Levanta. Tengo que atenderlo. Puede ser Mila. – Vuelvo a gruñir y le dejo libre para que atienda la llamada. Pero, cuando ve el número que la llama palidece y sale de la habitación. ¿Quién cojones es? La tentación de saberlo es tan grande que no puedo evitar salir tras ella y espiarla. – ¿Cómo has conseguido mi número? – Le dice a quien sea. – No, no voy a volver. ¡¿Hablar conmigo?! ¡De qué! ¡No hay nada de qué hablar! Te dije que lo nuestro se acabó y no quisiste oírme, como siempre. – Suena muy nerviosa. ¿Con quién cojones habla? Si Juan está en la cárcel no sé quién más puede ser que haya tenido una relación con Luna. ¿Será el tipejo ese de la otra vez del bar? ¡¿Se habrá visto con él estos días a escondidas?! Mi pecho está a punto de explotar y siento que la boca se me seca. ¡No, no, no, no! ¡Otro ataque de ansiedad no! ¡Llevo tres semanas sin sufrir ninguno, me estaba arreglando! – ¡Juan, olvídame! ¡Déjame hacer mi vida de una maldita vez! – ¡¡¡Cómo!!! La ira me ciega y voy directo hacia Luna, que al verme se tapa la boca. Le arranco el teléfono de las manos sin titubeos.

- ¡Escúchame, maldito cabrón! ¡Vas a dejarla en paz de una puta vez o yo mismo cogeré un vuelo a España para arrancarte la cabeza! ¡¡¡¿me oyes?!!!

- No, escúchame tú, actorucho de pacotilla. Luna jamás se va a librar de mí. Ella es mía y quien toca lo mío está muerto. – Me encantaría decirle mil cosas a este malnacido, pero en estos momentos veo que quien realmente está sufriendo un ataque de ansiedad es Luna. Yo mejor que nadie sé cómo son y me necesita.

- Tú ya eres historia. ¡Que te jodan, Juan! – Cuelgo el teléfono y me dirijo rápidamente hacia Luna, que tiembla de pies a cabeza y comienza a hiperventilar. Le sujeto el rostro para que me mire. – Eh, nena. Tranquila. Ya está. Respira despacio.

- No me va a dejar... no me va a dejar... – Dice sin cesar sacudiendo la cabeza. – Quiere hacerme daño, Tristan. Quiere hacerte daño a ti. Por mí. Por mi culpa. – Lloro desesperadamente.

- No me va a hacer nada a mí ni a ti. Juan no tiene ese poder. Luna. Mírame, nena. Eh... tranquila. Ven. – La abrazo con fuerza y dejo que lllore un poco en mi hombro. Pero siento que el abrazo le hace bien y poco a poco su respiración se normaliza. – Nena. Mírame. – Al fin lo hace con el rostro cubierto por la tristeza y la preocupación. – Nadie nos va a quitar esto, ¿me oyes? Estoy aquí, para ti. Para siempre. – Emite un sonido de sorpresa. – Sí, mi amor, para siempre. Nada ni nadie nos arrebatará esto. Y menos ese asqueroso desgraciado. – Ella al fin asiente a lo que digo. La beso tiernamente.

- Te quiero tanto... no podría soportar que te hiciera algo por mi culpa.

- Eso no pasará. Yo estaré bien porque te tengo a ti. Ya está. Es así de simple.

- Siempre me tendrás. – Me dice con media sonrisa.

- Pero dime una cosa, Luna. ¿Qué cojones hace Juan en la calle? – Me pongo más serio ahora. A Luna se le corta la respiración y baja la vista. – Luna... mírame.

- Ha recurrido la sentencia y le han dado la libertad bajo fianza hasta que se celebre el nuevo juicio. – Inflo de aire mis pulmones para no soltar todos los improperios que se me vienen a la cabeza. – Parece ser que no me creyeron cuando conté lo que me hizo. Él dijo en el juicio que los golpes me los había provocado yo y que no hubo agresión sexual porque fue listo y usó el con... – Luna se para en seco cuando ve la expresión de mi cara. – Mierda. – Masculla.

- ¡QUÉ HAS DICHO!

- Nada yo... no importa. – Agacha la vista y se cubre con sus manos su desnudez para protegerse.

- ¡¿QUE NO IMPORTA?! ¡¡¡¡JODER!!!! ¡¡¡¡MALDITA SEA!!!! – Doy un puñetazo a la pared para aplacar la ira tan aplastante que siento.

- ¡Tristan! ¡Te vas a hacer daño! – Luna toma mi puño y lo examina. Yo la miro fuera de mis casillas.

- Dime por lo que más quieras que no te violó ese degenerado, Luna. – Ella me mira asustada. Yo aprieto la mandíbula hasta casi romperla.

- Eso ya pasó...

- Piensa en un prado verde con flores. – Divago en voz alta mientras cierro los ojos. – Respira, Tristan. – Vuelvo a abrir los ojos al no escucharla más. La encuentro aterrada mirándome. Con los ojos llenos de lágrimas. Me siento morir al pensar lo que ese bastardo le hizo pasar. – Ven aquí. – Consigo medio calmarme, sobre todo por ella, y le doy un abrazo sincero. Que ambos necesitamos. – Todo se arreglará. Vas a dejarme de una vez que yo me haga cargo de esto. – Sentencio.

Esa mañana obligo a Luna a llamar al director de la película para decirle que está enferma y no podrá ir a rodar. Ella no está ahora mismo en circunstancias de ir a trabajar y yo necesito asegurarme de que Luna está bien y de que me va a hacer caso esta puñetera vez con la abogada.

Yo, por mi parte, llamo a Mónica Sanz, la abogada que contraté en Madrid para que llevara el caso de Luna, y le ofrezco tres veces más de sus honorarios si consigue reconducir el caso y agravar la condena de Juan en el juicio próximo. Acepta sin problemas cuando le digo que Luna está conmigo y que está conforme. Acordamos una entrevista entre Luna y ella por Skype para la semana que viene, porque no estoy dispuesto a que Luna viaje a Madrid con ese loco suelto bajo ninguna circunstancia. También le pido a Mónica que ponga vigilancia a Juan. Si está suelto, puede intentar hacer de las suyas. Pero ella me tranquiliza diciéndome que no hay modo alguno de que Juan pueda llegar hasta Luna; tiene el pasaporte retirado y tiene que ir cada varios días a sellar al juzgado...

Yo intento por todos los medios que eso me deje más tranquilo. Pero lo cierto es que la tranquilidad me ha abandonado desde el minuto en el que supe que ese cabrón la llamó.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, he logrado frenar toda señal de ataque de ansiedad en mí. Y me han intentado dar unos cuantos. Pero estoy más preocupado por dar la talla y estar aquí, junto a Luna, de forma activa y protegiéndola, en lugar de dándole más problemas.

LUNA

He sido una bocazas. Ahora Tristan sabe que Juan me violó en aquella ocasión y me preocupa el estado de alteración en el que se encuentra. No quiero que recaiga por mi culpa. Lleva tres semanas tan bien... tanto que no parece ni él.

Ahora me mira con esa mirada tan horrible... llena de lástima. Odio la lástima. No quiero que me vea así.

He accedido a llamar a Richard para decirle que estoy enferma y así quedarme con él a solas. Necesito saber que estará bien tras lo que ha averiguado de mí. Y necesito desesperadamente saber que está bien conmigo, que lo nuestro sigue en pie.

De modo que después de hablar con Richard y de que me diga que no me preocupe y que me tome un par de días de descanso, decido apagar mi móvil y centrarme sólo en Tristan y en mí.

Me pide que me duche y me deja algo de ropa suya de sport mientras él hace el desayuno. Yo sé que es porque quiere unos minutos a solas para recomponerse de lo que acaba de averiguar. Se los doy y trato de mostrarme paciente. Aunque en la ducha los miedos me asaltan, y no es miedo a Juan esta vez. Tengo miedo que esto suponga un adiós a lo que Tristan y yo estábamos construyendo.

Es lógico que tema perder lo único que me ha hecho sentirme viva alguna vez. Es lógico que tema perder a la única persona que me ha enseñado la parte bonita del amor y la pasión. Pero no quiero volver a caer otra vez.

Cuando salgo de la ducha, escucho a Tristan manteniendo una conversación telefónica con alguien sobre mí. Enseguida descubro que se trata de Mónica Sanz, la abogada que una vez contrató para mí y que yo desestimé. La voz de Tristan suena desesperada. Suplica a esa mujer que consiga que se haga justicia conmigo, dice que le pagará lo que sea. Lo que sea... por mí... Me emociono al oír cuánto me quiere este hombre. Porque sí, no me cabe ninguna duda que me quiere. Siento en mi pecho la enorme dicha de ser la primera mujer que ha conseguido enamorar a Tristan Moore y, lucharé con uñas y dientes por ser la última.

- Sí, hablaré con Luna y concertaremos una cita contigo por Skype. – Le dice a Mónica mientras sirve dos cafés en dos tazas, sin percatarse que yo estoy a su espalda. – ¡No! ¡Luna no va a pisar Madrid hasta que no sea estrictamente necesario! ¡Hasta el juicio! ¡Y de mi mano, claro está! – Instintivamente le abrazo por la espalda y Tristan se sobresalta al sentirme. Pero acaba apretando mis manos en la suya. – Sí, Mónica. El lunes que viene podemos quedar para hablar los tres por Skype. Estupendo. – Tristan se gira y me besa la frente. – Vale, a las once de la noche hora de aquí. Perfecto. – Tristan cuelga, me mira y suspira. – Todo acabará pronto. Te lo prometo. – Me dice llevándose una de mis manos a su boca y besándola con ternura.

- Gracias por haber vuelto a mí. – Le sonrío emocionada. – Eres lo mejor que me ha pasado

en la vida.

- Eres tú quien me ha salvado a mí, Luna. Te estaré eternamente agradecido.

Pasamos el resto del día dándonos besos y caricias. Tristan propone hacer un poco de turismo y enseñarme lo mejor de Los Ángeles, y yo accedo encantada.

Primero paseamos por las playas de Santa Mónica, justo después de dejar que Tristan me comprase un bikini en una tienda de la zona.

Son unas playas preciosas y en su compañía todavía más. Jamás hice algo tan trivial y relajante con Juan como pasear por la orilla del mar de algún lugar.

Cogida del brazo de Tristan, voy escuchando lo que él me cuenta de su niñez mientras siento las lenguas saladas del mar acariciar mis pies.

Tristan me dice que su niñez transcurrió normal, gracias a su tía Carolina, hermana de su madre. Ella fue la que se encargó de criar a Milagros y a él. Por lo que me cuenta, parecía un niño de lo más corriente y feliz, hasta que, llegada la adolescencia, comenzaron sus problemas con el sueño y sobre todo con las chicas que se le acercaban. Parece ser que todo comenzó cuando Tristan descubrió una vieja nota de prensa que tenía su tía en la que se narraba la tragedia de sus padres. Desde entonces, sus pesadillas con lo que presencié aquel día en el que su padre acabó con la vida de su madre comenzaron a perseguirle cada noche y, cuando tuvo su primer acercamiento sexual con una chica con la que solía salir en el instituto, sufrió su primer ataque de ansiedad severo. Tristan dice que se vio a sí mismo estrangulando a la chica. A mí se me heló la sangre al escuchar eso. Aunque yo sé que él sería incapaz de hacer algo así.

Terminó con aquella chica porque pensaba que había algo en ella que le hacía tener esas malas sensaciones. Pero, desde entonces, cada vez que tuvo un acercamiento íntimo con una mujer, durante la noche, cada vez que dormía con su acompañante, soñaba con lo mismo una y otra vez. Soñaba que acababa con su vida y después gritaba de miedo hasta que el pánico le dominaba y daba paso a un nuevo ataque de pánico.

Así es como tomó la determinación de no volver a acercarse a una mujer más de lo necesario para tener simples y distantes relaciones sexuales. También comenzó su carrera como modelo, aunque su meta era siempre convertirse en actor y poder vivir de alguna manera la vida de otro que no fuese la suya propia.

Después de contarme todo esto, me pide que le cuente cómo llegó una persona como Juan a ser importante para mí. No me gusta la idea de que conozca lo que viví con Juan, pero supongo que se lo debo a Tristan. Él se está esforzando en que yo comprenda su situación y necesita comprenderme a mí también.

- Juan me estuvo invitando a salir durante mucho tiempo, pero yo sólo lo veía como un amigo. – Le explico. Parecía un buen chico. Un chico al que le faltaba el amor. – Mi narración me transporta a tiempos en los que yo todavía era muy niña para comprender en dónde me metía, aunque yo me sentía muy adulta. – Pero cuando mi madre falleció y mi hermana Alba se fue al sur a vivir con su novio, me sentí tan sola que me refugié en él. – Intento como puedo excusar mi falta de criterio por haber escogido a alguien tan deleznable como Juan.

- No sabía que tenías una hermana...

- Alba, sí. Es dos años mayor que yo. Pero hace mucho que no hablamos. Ya tan sólo nos llamamos en nuestros cumpleaños y para navidad. – Afirmo con tristeza mirando al mar. – Ella tampoco aceptaba mi relación con Juan y se alejó para no ser cómplice de mi destrucción. Eso me dijo...

- ¿Por qué no la llamas y le dices que tu novio ahora soy yo? – Miro a Tristan sorprendida. – Seguro que deja de hablarte ahora por envidia, y no por desagrado. – Bromea y me da un beso sonriente.

- ¿Eres mi novio? – Pregunto en sus labios, divertida. Tristan carraspea. ¡Oh! ¿Le habré puesto nervioso? – Sólo estaba continuando tu broma...

- Eres mi novia. Sí. – Dice muy serio. – Y no sólo eso. Eres la mujer de mi vida. – Me quedo de piedra, pero Tristan hace como si nada, cogiéndome la mano y haciendo que continuemos nuestro paseo. – Sigue, ¿qué pasó después de que tu madre se fuera?

- Juan era el único que estaba a mi lado. – Sigo hablando mirando mis pies cubiertos por el agua. – Se esforzó tanto en animarme que comencé a sentirme en deuda con él. No sé cómo pasó, Tristan, no sé decirte cuándo ni dónde comenzó la tortura emocional. Pero lo cierto es que un día dejé de saber quién era yo. No me atrevía a tomar decisiones por mí misma. Puede que fuera cuando se vino a vivir conmigo... Sus palabras hacia mí comenzaron a ser duras y cargadas de reproches. Me sentía culpable por todo. Las cosas tenían que ser a su manera, de lo contrario se enfadaba mucho. Me gritaba, comenzó a insultarme y yo lloraba cada vez que eso pasaba. Pero siempre venía suplicando perdón. Culpaba a su familia y a lo poco que le habían querido siempre de su ineptitud ante el amor y yo... lo creía. Tampoco me atrevía a plantearle una situación en el que el responsable fuera él. Tenía miedo. – Digo esto mirando a Tristan a los ojos y me sorprende al ver en ellos comprensión.

- Hablas de insultos... ¿Cuándo llegaron los golpes? – Trago saliva.

- La primera vez fue después de una cena de navidad con sus compañeros de trabajo. Un amigo suyo comenzó a contarme chistes. Eran muy graciosos. – Recuerdo con una triste sonrisa en los labios. – Me reí mucho. Juan parecía divertido también de verme reír así. Por eso no pensé nunca que estaba haciendo algo mal.

- No estabas haciendo nada mal, Luna. – Dice preocupado. Le miro intensamente.

- Lo sé Tristan. Ahora al fin lo sé.

- Bien. ¿Qué pasó entonces?

- Cuando llegamos a casa, abrí la puerta y entré cansada de tanto bailar. Me dolían los pies, lo recuerdo... Me quité los tacones, los tiré al suelo y, de pronto, todo estaba oscuro. Juan me golpeó en la cara tan fuerte que perdí la consciencia. Cuando desperté estaba en el suelo y Juan me arrastraba por el pasillo tirándome del pelo, en dirección a la habitación. – Siento la mano de Tristan presionar con mucha fuerza la mía. Lo miro. Está pálido, pero no dice nada.

- Continúa. – Dice al fin.

- Puedes imaginártelo. No me hagas decirlo. – Le suplico.

- ¿No te libera hacerlo? Quiero decir, John siempre me dice que no hay nada como soltar la mierda para librarse de su tortura emocional.

- No me libera que seas tú quien escuche esto, Tristan. No cambiaría nada de lo que tengo contigo ahora mismo. Porque es lo mejor que me ha pasado nunca. Pero temo que contarte más haga que tú me veas como alguien roto...

- ¡¿Roto?! ¡Te admiro tanto, nena! ¡Mírame a mí, yo sí que estoy jodido y no he vivido ni la mitad que tú me cuentas! – Se para y me sujeta del rostro. – Tú no has tenido miedo al amor después de haber vivido algo así. Tú me has dado todo de ti sin reservas. Y yo te fallé... Lo lamento tanto... Nunca volveré a hacerlo. – Sonrío y le beso con fuerza.

- Pero estás aquí. Diciéndome que me amas y que me aceptas como soy. Luchando por dejar atrás tu pasado, como yo, sólo para estar conmigo. Tú también lo has conseguido, Tristan. Y lo has hecho por mí.

- Sí, por ti, Luna.

TRISTAN

Pasamos dos días impresionantes juntos. Para no arruinar la fiesta le oculto a Luna que Mila ha estado llamándome insistentemente preguntándome qué cojones hace Luna en mi casa. Sé que el torbellino de Mila viene esta noche de su viaje y voy a tener que enfrentarme a ella para convencerla de que por fin siento que he solucionado mis taras mentales gracias a la relación clandestina que mantengo con Luna desde hace un mes.

Pero eso ya será esta noche.

Ahora mismo estoy en el jacuzzi, disfrutando de un estimulante baño con mi chica y su piel resbaladiza por el agua. Mordisqueo sus pezones y se enciende. La beso con pasión y siento como se remueve ansiosa bajo mi cuerpo.

Pero cuando estoy a punto de entrar en ella, un pensamiento de ella me interrumpe.

- ¿Qué pasará cuando la película se acabe, Tristan? – Frunzo el ceño.

- ¿A qué te refieres?

- A nosotros...

- ¡Oh! – Me separo un poco de ella para evaluar su reacción cuando le proponga lo que tengo en mente. – Pues supongo que tendré que amoldarme a los trabajos que te salgan. – Ella parece extrañada de mi respuesta.

- ¿Los trabajos que me salgan?

- Sí, creo que Richard mismo quiere proponerte para una serie que está dirigiendo junto con otros dos directores más. Es para Netflix. Yo me lo pensaría si fuese tú. – Vuelvo a besarla, pero ella me separa con su mano.

- Me refería a ti y a mí. El trabajo me da igual.

- Nena, por eso mismo. Yo pienso tomarme unos meses de descanso de trabajo. Iré contigo a donde te lleven. – Le beso el cuello.

- ¡¿Vendrás conmigo?! – Pregunta emocionada. La miro sonriente y asiento. Luna me besa con fuerza.

- Ya has visto lo peligrosas que son las escenas de sexo en el cine... no quiero que me cambies por otro tan pronto. – Bromeo. – Y... bueno, y quiero que te vengas aquí, a vivir conmigo.

- ¡¿A tu casa?! –

- Sí. – Susurro y la observo expectante, esperando su respuesta. – No quiero que te me

escapes, nena.

- Jamás te librarás de mí. – Sentencia conduciendo mi miembro a la entrada de su vagina con su mano. – Quiero estar todos los días de mi vida así.

- Mmmm... sigue... me estás convenciendo...

Volvemos al hotel como tortolitos. Aunque Luna parece un poco reacia de demostrar nuestro amor en público. Cree que Mila puede ponerse en nuestra contra o la productora. Lo que ella no sabe es que si lo nuestro salta a los medios de comunicación hará que nuestra película sea todavía más taquillera. Pero eso tampoco voy a decírselo. Lo que más me gusta de Luna es que es la primera mujer que no ha visto en mí un mero método fácil de hacer dinero. Y tampoco quiero que nuestra relación tenga un precio para los medios. Como tampoco le he dicho que pienso hablar con Mila esta misma noche para decirle que Luna está conmigo, se ponga como se ponga.

En el ascensor, en dirección a la planta donde se encuentran nuestras habitaciones, le meto mano mientras ella intenta deshacerse de mí entre risas.

En cuanto llegamos a la planta en cuestión y el ascensor se abre, nos encontramos con la cara de perro rabioso de Laura, la chica de maquillaje que mi hermana tiene sobornada para que nos vigile.

Luna se pone muy recta y disimula como puede su nerviosismo. Yo le muestro una sonrisa que parece sincera a esa mujer. Ella ni me saluda.

- Señorita Luna, ¿se encuentra mejor? ¿Dónde ha estado? – Tira de Luna y la saca del ascensor, separándola de mí rápidamente y yo siento unas enormes ganas de lanzarle un rugido. Pero me callo. Sin embargo, me quedo esperando a que Luna entre en su habitación para dejar de comérmela con los ojos.

- Sí, ya estoy mejor. – Dice ella. – He estado... por ahí. – Frunzo los labios. Quiero que ella también quiera gritar a los cuatro vientos que está conmigo. – Voy a mi habitación a repasar las escenas que nos quedan, hasta luego Laura. – Dice mientras se despide de Laura y abre la puerta de su habitación. Yo me dispongo a abrir también la mía mientras pienso en cuáles serán las mejores palabras para usar con Mila esta noche, cuando le informe que no pienso renunciar a Luna ni un día más de mi vida. Pero, de pronto, algo me detiene. Es una música que proviene del fondo del pasillo, de la habitación de Luna. ¿Hay alguien en su habitación? Creí que Mila llegaba dentro de un par de horas... La veo inmóvil mirando hacia el interior de su habitación, como paralizada. Y entonces reconozco la música. “Requiem por un sueño”. ¿Quién narices ha puesto esa música...? ¡Joder!

- ¡¡¡Luna!!! – Grito en su dirección y ella se gira consternada hacia mí. Con los ojos llenos de pánico y abiertos de par en par comienza a correr hacia mí y yo hacia ella.

- ¡Tristan, corre! – Me grita muerta del miedo cuando llega hasta mí. – ¡¡Corre!! ¡¡Corre!! – Tira de las mangas de mi camisa. Comienzo a correr con ella entre mis brazos en dirección a mi

habitación, pero cuando llego a la puerta de ésta, me freno en seco. Esa infernal música sigue sonando por todo el pasillo, la habitación de Luna sigue abierta y yo no puedo dejar de mirar hacia allá esperando encontrarme con ese demonio. – ¡¡Corre, joder!! – Luna sigue tirando de mí. – ¡Me ha encontrado! ¡Oh, Tristan, nos ha encontrado! – Al fin miro a Luna y siento bullir mi sangre de ira y adrenalina, todo mezclado.

- Entra en mi habitación y llama a la policía. – Le ordeno.

- ¡¿Qué?! ¡¡NOOO!!! ¡Por favor no vayas, Tristan, te lo suplico, por favor, por favor!

- ¡Luna, no voy a permitir que ese cabrón se escape si está ahí!

- No, Tristan, por favor...

De repente vemos salir a un encapuchado de la habitación de Luna que corre hacia nosotros con una pistola en la mano. No sé cómo consigo esquivar el disparo, empujar a Luna a mi habitación y entrar tras de ella en tan sólo décimas de segundo, pero doy gracias al cielo de que lo hago.

- ¡Tírate al suelo! ¡Detrás de la cama! – La empujo y nos tiro a los dos tras escuchar varios disparos más que atraviesan la puerta de mi habitación. A gatas llegamos los dos hasta detrás de la cama. Luna me abraza aterrada y grita mientras escuchamos más disparos.

- ¡Va a entrar! ¡Va a matarnos!

- No, no lo hará. Tranquila. – Digo poco convencido. Sin soltar el abrazo, saco mi móvil del bolsillo del pantalón y marco el 911, número de la policía. – ¡Policía le llamo del hotel Summer Love Inc! ¡Estamos siendo disparados por un individuo que se encuentra fuera de nuestra habitación! ¡La 430! ¡Vengan rápido!

- Enseguida llegarán refuerzos. – Me aseguran mientras no cesan los estruendos.

Luna llora tapándose las orejas con las manos, pegada a mí. De un segundo a otro los estruendos paran y pocos segundos después comienzan a sonar las sirenas de la policía. Por fin respiro aliviado y miro en dirección al cielo. Pero Luna sigue en la misma posición y con el cuerpo en tensión. Sujeto su barbilla para que me mire y veo el más inmenso pánico en sus ojos del color de la miel.

- Nena, ya pasó. Tranquila. Lo cogerán. – Ella asiente y se quita lentamente las manos de las orejas. Suenan unos golpes en la puerta de mi habitación. Luna grita y me abraza con tanta fuerza que casi me asfixia.

- ¡Policía! ¡Abra! ¡Con las manos en alto!

- Eh, nena. Vamos, ya están aquí. – La cojo de la mano y la llevo hacia la puerta de la habitación. Luna tiembla de pies a cabeza. Abro la puerta, agujereada por los tiros, y me encuentro a varios policías armados hasta los dientes.

- ¿Están bien? – Preguntan. Miro a Luna. Ella no lo está.

- Sí. – Digo confundido. – ¿Lo han cogido?

- Estamos peinando la zona. – Eso significa que no.

- ¡Mierda! ¡Tienen que coger a ese bastardo!

- ¿Tiene idea de quién pueda ser? ¿Alguien quiere hacerles daño? – Dos de los policías entran en mi habitación para indagar. Miran la puerta y examinan los balazos, después echan un vistazo al interior de mi habitación. Luna está aferrada a mi brazo y parece que ha perdido el habla. Porque no dice nada a la policía de Juan.

- Creo que puede ser la expareja de mi novia. – Les digo. – Pero no hemos podido verle la cara. Iba tapado con un pasamontañas. – De pronto siento cómo el cuerpo de Luna cae y a duras penas consigo que no se dé un buen golpe contra el suelo. – ¡Luna! ¡¡Luna!! – Intento reanimarla. ¡Joder! ¡Se ha desmayado! – Nena, eh, estoy aquí. Estás a salvo. No pasa nada. Vamos a pillar a ese cabrón y se pudrirá en la cárcel. – Saco mi móvil rápidamente al ver que Luna no responde y llamo a John. Mi amigo contesta enseguida.

- ¡Eh, qué tal!

- ¡John, ven a mi habitación del hotel cagando leches!

- ¿Qué pasa?

- ¡¡¡YA, JODER!!!

- Señor, podemos llamar a una ambulancia. – Me dice uno de los policías.

- No, se pondrá bien. Ayúdenme a ponerla sobre la cama. – Les pido y me asisten. El cuerpo de Luna es peso muerto. – Se ha desmayado del shock. ¡Eh, mi amor! ¡Despierta, nena! ¡Por favor! – Le acaricio el rostro y me muero de la tristeza de verla así. ¡Ese malnacido de Juan me las va a pagar todas! ¡TODAS!

- Tenemos que preguntarle por la identidad de un cadáver que hemos encontrado en el pasillo, señor. – Me dice uno de los policías y yo lo miro blanco como la pared.

- ¡¿Qué?!

- Venga conmigo. Mi compañero se quedará con su novia. – Me levanto y observo a Luna preocupado. Acompaño al policía hacia el exterior de la habitación y, cuando llego al pasillo que conduce a todas las habitaciones de la planta, veo a lo que se refiere el policía. Dos hombres toman huellas y examinan el cuerpo sin vida de Laura, la chica de maquillaje.

- ¡Joder!

- ¿La conoce? – Me pregunta el policía.

- Sí... su nombre es Laura... es una de las chicas de maquillaje de la película... – Digo muy afectado con lo que veo. Hay varios curiosos más que han salido de sus habitaciones ante el escándalo. Los policías les ordenan que entren en sus habitaciones y no abran hasta que ellos den la orden. Mi vista se va entonces hasta donde está la habitación de Luna. Hay un hombre haciendo fotos desde allí. ¡Qué hay allí! – ¡¡¡Mila!!! – Grito hasta casi romperme la voz y salgo corriendo hacia la habitación de Luna. – ¡¡¡Mila!!! ¡¡¡MILA!!!

¡Cogedlo! – Grita un policía y siento como uno de ellos me sujeta por la cintura desde la espalda, interceptándome e impidiéndome llegar hasta la habitación de Luna.

- ¡NOOOO! ¡NOOOO! ¡MILAAAA! – Libero un amargo gemido de dolor y trato de escapar como puedo, pero dos policías más vienen a ayudar a apresarme. Me tiran al suelo y me inmovilizan. – ¡¡¡Soltadme!!! ¡¡¡Milaaaaaaaaaaaa!!!

- Señor, cálmese. ¿Quién es Mila?

- ¡Mi hermana! ¡Mi hermana! ¡Nooo! – Noto como mi cuerpo comienza a sacudirse involuntariamente en el suelo.

Es uno de mis conocidos ataques de ansiedad, pero, inmediatamente me acuerdo de Luna, que está inconsciente sobre la cama de mi habitación, y me obligo a serenarme como nunca antes. Si ella se despierta y me ve a mí de nuevo al borde de la muerte, querrá morirse. Consigo serenarme con mucho esfuerzo y comienzo a gimotear, por el dolor que siento en el pecho tan enorme.

- ¡Rob! ¿Hay otro cuerpo ahí? – Pregunta uno de los policías al hombre que fotografía en la habitación de Luna.

Aprieto los ojos, aún inmovilizado en el suelo por tres policías, y aguardo a la respuesta de ese cuarto policía.

- ¡¡¡Tristan!!! – Oigo su voz. Levanto la cabeza y veo a mi hermana salir del ascensor escoltada por dos policías más. Dejo caer mi cabeza de nuevo contra el suelo y lloro como un niño de alivio. – ¡Tristan! ¡Qué demonios ha pasado! ¡No me dejaban subir! ¡Eh, qué pasa! – Viene hasta a mí, asustada por verme así. – ¡Luna! ¡Dónde está! ¡Maldita sea, Tristan, dónde...!

- ¡En mi habitación! – Consigo decir y al fin los policías me liberan del suelo. Me abrazo a mi hermana con todas mis fuerzas. – ¡Mierda, enana, por un momento pensé que te había perdido! – Mi hermana me acaricia la espalda y vuelvo a sentir todo mi cuerpo temblar.

- ¡Tristan! ¡Tranquilo! – Pero vuelvo a controlar mi ataque de nuevo al recordar que Luna me necesita.

- Estoy bien. – Me separo de Mila y vuelvo en dirección a mi habitación.

Mila grita.

Me doy la vuelta y veo que ha visto el cadáver de Laura. Así que vuelvo a por ella y me la llevo de la mano hacia mi habitación.

Al entrar, Luna sigue inconsciente y el policía que la custodia trata sin éxito de reanimarla.

- ¡Mi amor! ¡Ya estoy aquí! ¡Luna, despierta! – Le doy varios golpecitos en la cara.

Mila nos observa atónita.

- ¿Qué ha pasado, Tristan?

- Alguien ha intentado matarnos. – Le confieso. – Creo que ha sido Juan. Ella está en

estado de shock. – El policía que antes me sacó de la habitación vuelve a entrar.

- Un tal John que dice ser médico y amigo suyo está abajo en la recepción diciendo que usted le ha llamado urgentemente, señor Moore.

- ¡Dígale que suba!

- Estamos desalojando el hotel, señor.

- ¡Tiene que atender a mi novia, joder! – Le grito señalando el cuerpo inconsciente de Luna.

- Está bien. Por ser usted quien es y porque no quiero que esto llegue a la prensa rosa. Pero no podrá subir nadie más.

LUNA

- Luna... respóndeme, Luna. – Siento una voz hablándome en inglés. No quiero abrir los ojos. Ahora mismo estoy feliz en mi casa, con mi madre, con mi hermana. Jugando con mis muñecas. – Luna, sé que me escuchas y sé que estás intentando protegerte de lo que ha pasado. Pero tienes que despertar si no quieres que a Tristan le dé un infarto. – ¡Tristan!

- Tris... – Pronuncio suave.

- Sí, eso es. Tristan te necesita. Reacciona, Luna. – Parpadeo y abro un poco los ojos. Miro a mi alrededor. Estoy en una habitación de un hotel. Sí... ya sé dónde estoy.

- Tristan...

- Mírame. Mira aquí. – John me sujeta la cara y me alumbró un ojo con una linterna, después el otro. – Bien, ya estás volviendo.

- Dónde... está...

- Con Mila. Están respondiendo a algunas preguntas de la policía.

- ¡Mila! – Me incorporo de golpe y John me sujeta.

- Está bien. Tristan también. Y tú. Relájate. – Me pesan los ojos y tras escuchar esas palabras vuelvo a dejarme caer en la cama, más que aliviada. Vuelvo a estar en casa, con mamá... con Alba... – Luna, si no despiertas ya voy a tener que internarte. – La voz de John me vuelve a sacar de los momentos más despreocupados de mi vida. – Y a Tristan le dará algo si tengo que internarte. – Vuelvo a abrir los ojos.

- Él va a matarnos. A los dos. – Digo y me tiembla el labio mientras lo digo. Comienzo a llorar como una niña y me tapo la cara.

- ¿Crees que ha sido Juan?

- Estoy convencida, John. – Confieso sin dejar de taparme el rostro. Pero John tira de mis manos hasta poder mirarme a los ojos.

- Entonces tendrás que ser fuerte para combatirlo. Porque Tristan no va a renunciar a ti.

- Tiene que hacerlo...

- ¡No, Mila! ¡Ella está conmigo, te guste o no! – Escucho la voz de Tristan desde el otro lado de la puerta de la habitación. Me siento y miro hacia la puerta. Desde algunos agujeros causados por los disparos de Juan puedo ver la cara del hombre que amo con todo mi ser. – Me da igual cómo te pongas.

- ¿Ves? – Me dice John. Miro a John aterrada. – Y cuanto más le digamos lo contrario será

peor. – Dice y parece despreocupado.

- Tristan, hermano. ¡Si te jodes la vida con otro ataque como el de la otra vez matarás a Luna del sufrimiento! ¡Y de paso a mí también!

- ¡Mila, tú misma has visto que ya puedo controlar los ataques! ¡Y es gracias a ella! ¡Llevamos casi un mes viéndonos a escondidas de ti y no me ha dado ni un solo ataque! ¡Ni uno!!

- ¿Un mes?

- Sí, un mes. Escucha, la amo. Lo digo sin miedo, Mila. Y se lo digo a ella, y también a todo el universo si hace falta. – Comienzo a llorar emocionada al oír eso. – ¡Luna! – Tristan me oye y entra rápidamente en la habitación. Al verme se muerde los labios, como queriendo ahogar un gemido. – Nena... – Me mira congelado desde los pies de la cama. Yo me lanzo a sus brazos.

- ¡Tristan! – Me deshago en lágrimas en sus brazos.

- ¿Cómo está? – Le pregunta a John.

- Ha salido del shock, creo. Pero sigue asustada.

- Escúchame, Luna. – Tristan me sujeta de la barbilla para que lo mire. – He empaquetado tus cosas. Te vienes a mi casa. He contratado vigilancia hasta que pillen a ese cabrón. Allí estarás a salvo. – Me quedo perpleja y miro a Mila, que nos observa con evidente preocupación. – Eh, mírame a mí. – Me exige Tristan. – Te vienes conmigo. – Asiento lentamente. – Bien, vamos. – Tristan me ayuda a levantarme, me sienta en el filo de la cama y me pone los zapatos. Mila no deja de mirarme con terror.

- Lo siento. – Le digo. Tristan me mira y después mira a su hermana. Con la mirada le pide que no ponga más impedimentos a lo nuestro. Tristan tira de mí y me levanta de la cama cuando ya me ha puesto los zapatos, apretándome entre sus brazos.

- Cuídamelo, por lo que más quieras. – Me pide Milagros con los ojos llenos de lágrimas. Yo me suelto de los brazos de Tristan como puedo y abrazo a Mila.

- No permitiré que le pase nada. – Le prometo en el oído. – Lo amo demasiado. – Tristan vuelve a cogerme de la mano.

- Vámonos. Mila, Joe y tú os quedaréis en la casa de John hasta que esta pesadilla haya acabado. Os he puesto vigilancia también. – Mila asiente.

- ¿Qué pasará con la película? – Pregunta Mila angustiada.

- Richard ha hablado con la policía. Mañana miércoles, grabaremos Luna y yo las canciones de la película en un estudio y entre el jueves y el viernes se grabarán las escenas que faltan. La policía nos va a acordonar la zona del set de rodaje.

En casa de Tristan todavía estoy con la cabeza en las nubes. Él no para de ir de un lado para otro de la casa mientras yo me quedo plantada en mitad del pasillo, creo que está haciendo hueco a mi ropa en algunos cajones de su casa, y yo sigo bloqueada por el miedo. Sé que junto a la verja de su casa hay dos guardaespaldas y en la parte trasera otros dos. Esto se está poniendo feo...

Estoy segura de que el ataque que hemos sufrido ha sido obra de Juan. Tristan también lo cree. Y no dice nada. Pienso en lo que podría haber pasado si Mila hubiese llegado antes y la hubiera encontrado en la habitación y me estremezco.

Tristan pasa por mi lado y me roba un beso. Me sonrío. Creo que intentando sacarme de mis oscuros pensamientos. Le sonrío de vuelta y entonces recuerdo algo. Sigo los pasos de Tristan y lo encuentro sacando ropa de mi maleta y guardándola en uno de los cajones de la inmensa cómoda negra que hay en su habitación.

- ¿Has podido hablar con Laura, Tristan? ¿Está bien? – Tristan se para un momento, pero no me mira.

- ¿Quién?

- ¡Laura! ¡Estaba en el pasillo cuando Ju... – Ni siquiera soy capaz de pronunciar su nombre ahora mismo – cuando eso pasó...

- No he hablado con ella. – Me dice serio y continúa sin mirarme. Suspiro.

- Si Mila hubiese llegado antes...

- ¡Oye! ¡Para! – Me pide y esta vez sí me mira. – No ha pasado nada. Estamos bien y van a coger a ese cabrón. Tú y yo vamos a terminar la película del año y te saldrán cientos de proyectos maravillosos. Y yo estaré ahí para verlos. – Me abraza.

- Sí. – Digo más tranquila. – Voy a llamar a Laura. – Abro mi bolso para sacar mi móvil, pero Tristan me detiene.

- ¡No! – Lo observo pensativa. – Tú vas a venir a mi cama ahora mismo. – Tira de mi brazo y me lleva hasta su cama.

- Tristan, no estoy para eso ahora...

- Sólo quiero tus besos, nena. Vamos, no me los niegues. Ya no tenemos que ocultarnos más. – Me besa con pasión y me tumba sobre el colchón. Colocándose sobre mí. – Te amo, Luna. – Sus palabras son un gran bálsamo. Junto con sus preciosos besos que me cubren la cara.

- Yo también te amo, Tristan.

Varias horas después, ya de madrugada, mientras Tristan y yo seguimos abrazados en la cama llenándonos de caricias y besos, la policía llama al teléfono de Tristan. Nos informan que han encontrado a Juan y que está en Madrid. Además, piensan que no puede ser él, porque tiene el pasaporte retirado y tiene que ir religiosamente a los juzgados a demostrar que no ha salido del país. Tristan monta en cólera con las explicaciones de la policía y yo me preocupo todavía más. Estoy segurísima que Juan está detrás de todo esto, y lo peor de todo, es que va a volver a salir absuelto de todo esto.

Pasamos una noche terrible. Ninguno de los dos pegamos ojo prácticamente en toda la noche. Tristan trata de tranquilizarme diciéndome que confíe en la policía y en la investigación. Pero no confío en nadie.

El miércoles pasamos el día entero en el estudio de grabación para grabar la voz de los temas de la película.

Tristan está más tenso que de costumbre y apenas me deja hablar con la gente del equipo. Está siempre pululando alrededor mío y controlando todos mis movimientos.

Por la noche, volvemos escoltados a su casa y yo sigo más que pensativa.

John viene a visitarnos con Mila y nos traen la cena. Cenamos los cuatro en el enorme salón de la mansión de Tristan. No paran de hablar de Juan, y Tristan sugiere ponerle un detective privado para seguirle los pasos a ese desgraciado. Yo no sólo no pronuncio palabra, tampoco pruebo bocado en toda la cena.

- Nena, tienes que comer. – Me dice al cabo de un rato Tristan con voz dulce en el oído. Después besa mi sien.

- No lo veis. No va a parar. No vais a conseguir pararlo. Él sabe lo que está haciendo. – Digo al fin y comienzo a temblar. – No parará hasta hacerme el mayor de los daños, Tristan. Y eso significa que irá a por ti. – Tristan me observa serio.

- Nada nos va a pasar, Luna, ya te lo he dicho de todas las formas posibles. He pagado a cuatro guardaespaldas para que nos vigilen día y noche. Y pagaré lo que haga falta para encontrar las pruebas suficientes que lo incriminen. – Me aprieta de la mano. Mila me mira y agacha la mirada.

- Tu hermana también está convencida de que te estoy exponiendo a un inmenso peligro, Tristan. ¿No lo ves? – Señalo a Mila que guarda silencio ante mi afirmación y mira a Tristan con ojos llenos de preocupación. Tristan mira a su hermana y me mira a mí. Aterrado.

- No te voy a dejar sola en esto. – Me promete cogiendo mis dos manos en las suyas y besándolas.

- No voy a permitir que te haga esto, Tristan. – Lloro.

- ¡No, nena! ¡No pienses lo que estás pensando! ¡Hemos pasado un infierno para estar juntos! – Suplica. Miro a John. También nos observa preocupado.

- Tú también piensas que lo estoy metiendo en un lío, ¿verdad, John? – Él agacha la mirada y sigue comiendo. Eso es un sí como un camión. Miro a Tristan y sé que comienza a hiperventilar.

- ¡Basta! – Grita dando un golpe en la mesa. – ¡No quiero que vuelvas a sugerir lo que estás sugiriendo, Luna! ¡¿Me oyes?! ¡No! – Su respiración es cada vez más entrecortada y Mila y John se levantan de la mesa automáticamente, muy preocupados. – ¡Dejadme! ¡Joder! – Tristan se

levanta y se aleja de nosotros. – ¡Estoy bajo control, maldita sea! – Sale del salón y los tres nos quedamos mirándonos sin saber qué hacer. Finalmente soy yo quién se levanta y sale en busca de Tristan. Lo encuentro en la cocina sirviéndose un buen trago de whiskey y bebiéndoselo de una sentada. No me ve llegar. Le abrazo por la espalda y descarga un amargo suspiro cuando nota mi presencia. – No quiero perderte ahora... Ese malnacido no puede hacernos esto... – Dice de espaldas a mí. – Si me dejas ahora ya nada tendrá sentido para mí.

- No te dejaré. – Prometo. No podría hacerlo, aunque supiera que es lo que debo hacer. Tristan contiene la respiración. – Juan no va a ganar esta vez...

- Prométemelo. – Tristan se gira y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

- Por lo más sagrado. – Le beso y él responde con amargura a mi beso. – Pero no debes alterarte, ¿vale? Tú tienes que prometerme que seguirás teniéndolo bajo control. – Tristan me mira a los ojos y asiente.

- Podré controlarlo si te quedas conmigo.

- Ejem. – Mila nos interrumpe desde el quicio de la puerta. Ambos la miramos. – Creo que ya lo está haciendo, Luna. Jamás había visto a mi hermano tan controlado bajo unas circunstancias tan estresantes. – Miro a Tristan y le sonrío.

- Lo hago por ti. – Me confiesa. – No quiero traerte más problemas. – Besa mi frente.

- Yo a ti tampoco, Tristan.

- Tú no eres el problema, Luna. ¡Dime de una maldita vez que lo ves! ¡Dime que ves que aquí el único jodido de la cabeza de verdad es ese demonio de...

- Shh. – Tapo su boca con mis dedos. – No pronuncies más su nombre. No sigas metiéndolo en nuestras vidas. No quiero volver a pensar en él. Conseguiré que no me encuentre más. Que nos deje tranquilos. – Tristan asiente conforme.

- Bueno chicos, os dejamos descansar. – Nos comunica Mila cogiendo del brazo a John, que nos mira sonriente. – Estaréis cansados y mañana tenéis que rodar bastantes horas.

- Buenas noches, hermana. – Tristan le da un beso en los labios a su hermana, como es costumbre en ellos, luego estrecha la mano de John y vuelve de nuevo junto a mí.

En la habitación, esa noche, Tristan me hace el amor como un desesperado. Ni siquiera se detiene cuando es consciente de que he llegado a mi tercer orgasmo y las fuerzas me están abandonando. Y yo sé que su brío se debe sobre todo a que está preocupado y muy muy estresado. Por eso dejo que use su pasión por mí como terapia para controlar un más que probable ataque de ansiedad.

Después de vaciarse en mí se deja caer derrotado sobre mi cuerpo y yo le acaricio la espalda y el cabello hasta que se queda profundamente dormido.

En mitad de la noche me despierto cuando oigo un quejido extraño. ¡Dónde está Tristan! ¡Mierda! ¡No está en la cama! El quejido continúa y yo busco mi teléfono por la habitación para llamar a la policía, pero no lo encuentro. ¡Maldición, lo dejé anoche en el salón! Los quejidos no cesan y yo no sé qué hacer. Abro el primer cajón que veo y me pongo una camiseta interior de Tristan, decidida a salir y ver qué sucede.

Por el pasillo voy tanteando las paredes para no caerme, pues no se ve nada. Detrás de una de las puertas del pasillo escucho que los quejidos se hacen más fuertes. ¡Hay alguien ahí! ¡Por favor, por favor, que Tristan esté bien! Suplico mirando hacia arriba mientras giro el pomo de la puerta con sumo cuidado de no hacer ruido y no ser descubierta. Al abrir la puerta me encuentro un enorme despacho con una gigante mesa de despacho y un ordenador encendido en ella. El ordenador está conectado a un viejo aparato de VHS y reproduce una película antigua. Me acerco sigilosamente pues veo que hay alguien sentado en la silla que hay frente a la mesa, de espaldas a mí. Aunque estoy segura que es Tristan cuando oigo sus quejidos de nuevo.

- Tristan... – Susurro su nombre. Está dormido. Al llegar junto a él lo veo dormir y suspiro aliviada. En la mesa hay una botella de whiskey medio vacía y unas pastillas. – Mierda, Tristan... eh, mírame. – Le sacudo la cabeza y trato de abrirle los ojos, pero los tiene vueltos por completo. – ¿Qué has hecho, loco? – Sigue quejándose. Suspiro y miro a mi alrededor. Me encuentro con el susodicho cuadro del cupido herido por sus flechas de amor hecho trizas en el suelo. – Tristan... ¿por qué has hecho eso? – Y entonces miro con detenimiento la pantalla del ordenador. ¡No es una película! ¡Es Tristan de pequeño con su madre! Era una mujer bellísima y me quedo extasiada mirándola. Tristan... tienes que dejar de sufrir por esto. Vuelvo a acercarme a él. Está borracho y no sé si además ha tomado tranquilizantes. Sé lo que tengo que hacer, ya lo he hecho mil veces con Juan. – ¡Ehhh! ¡Vamos! ¡Despierta! – Le doy más fuerte en la cara y se queja. – ¡Vamos! ¡Si no te despiertas me iré ahora mismo para un hotel!

- Mmmm. – Farfulla algo incomprensible.

- ¡Vamos!

- No te vayas. – Dice y trata de levantarse torpemente.

- Ven, te ayudo. – Me pongo uno de sus brazos por mis hombros y lo levanto con cuidado. Lo cargo por el pasillo con cuidado de que no se caiga al suelo.

- Sí... vamos a la cama. – Dice con una voz muy ebria cuando llegamos a su habitación.

- Ni soñarlo. Vamos a la ducha. – Gruñe, pero no le hago caso. A duras penas consigo meterlo en la ducha del baño que hay en su habitación y abro el grifo del agua fría con él dentro. No me detengo en quitarle los calzoncillos que lleva. Se queja más aún por el frío.

- ¡Abre el agua caliente, joder!

- No. Aguanta un poco.

- ¡Arrg! ¡Está muy fría! – Parece que la ducha fría surte efecto y que empieza a reaccionar.

- ¡Aguántate! ¿Has tomado tranquilizantes mientras te atiborrabas a whiskey? – Le pregunto con cara de asesina.

- ¡No! ¡No! ¡Sólo he bebido! ¡Tengo frío! – Sigue con la queja y se frota los brazos con sus manos.

- ¿Por qué?

- Déjame salir ya. Ya estoy bien. – Me suplica y yo me pongo frente a él.

- No. Me vas a contestar primero. – Tristan me mira y frunce los labios. – Dime por qué has bebido.

- Estaba agobiado.

- ¿Te iba a dar otro ataque? ¿Es eso? – Tristan intenta rehuirme de nuevo y salir de la ducha, pero yo se lo impido y me meto en la ducha con él y bloqueando su salida. – Dímelo.

- No. – Entrecierro los ojos ante su falta de convicción al hablar. – ¡No lo sé!

- Si me mientes me iré ahora mismo de aquí y no volverás a verme nunca más, joder, Tristan.

- ¡Eh! ¡No me ha dado! ¡Lo he controlado!

- ¿Emborrachándote hasta perder el sentido? ¿Eso es para ti controlarlo?

- Luna, por lo que más quieras, abre el puto grifo del agua caliente. – Dice tiritando. Yo también tengo frío, pero no me importa.

- Respuesta incorrecta.

- ¡No sabía cómo pararlo de otra forma, ¿vale?! – Dice al fin exasperado levantando los brazos al aire.

- ¡¿Por qué no me has despertado para decirme lo que te pasaba?! ¡Podría haberte ayudado!

- ¡Luna, tú no eres una terapia para mí, tú misma me lo has dicho muchas veces!

- ¡No soy una maldita terapia, no, pero soy tu novia! ¡Y la causante de que estés esta noche así! – Grito con rabia.

- ¿Así cómo? Si te refieres a que eres la causante de que por primera vez en mi vida lleve casi un mes sin ataques de ansiedad, tienes razón. Tú y sólo tú tienes la culpa de que haya conseguido por fin dormir noches enteras, de que haya conocido lo que es el amor, de que haya sido capaz de controlar una y otra vez mis ataques de ansiedad, por ti. Y esta noche no me ha dado al final ninguno, Luna. ¡Eh! – Me agarra de la cara cuando ve que estoy llorando. – Lo siento... no volverá a pasar. – Me besa tiernamente y yo lo abrazo con fuerza.

- Te podía haber pasado algo si te hubieras tomado esas pastillas bebiendo de esa forma. Me habría despertado y te podría haber encontrado muerto. Y, ¿qué sería de mí entonces, Tristan? – Digo llorando abrazada a su pecho. Él suspira.

- No iba a tomármelas. – Lo miro enfadada. – Bueno, me arrepentí en el último momento. – Confiesa tratando de poner cara de niño bueno. – Perdóname, por favor. – Vuelve a besarme.

- No me hagas algo así otra vez.

- No lo haré.

TRISTAN

El rodaje de la película al fin ha terminado. Acabamos de rodar la última escena y los dos bailes de la misma. Nos espera la sesión de fotos para los distintos carteles y todo habrá acabado. Un mes o dos de postproducción y Luna y yo comenzaremos con las entrevistas promocionales.

Hemos tenido ya la visita de algunos paparazzis durante los últimos días de rodaje, pues han salido más fotos mías con Luna del día que estuvimos paseando por la playa. Ya no me escondo. Ella está conmigo, le pese a quien le pese. Y sé que tendremos que hacer frente al acoso de la prensa sensacionalista a partir de ahora. Pero, ahora mismo, eso es lo que menos me preocupa.

Juan ha sido listo. No sé cómo lo ha hecho, pero sé que es él quien ha estado detrás del intento de asesinato de Luna y mío. Él ha sido el responsable de la muerte de Laura y no he podido evitar que al final Luna se enterara de ello. Casi se desmaya de nuevo al conocer la noticia. Y sé que se culpa en silencio por lo que le pasó a Laura. Gracias al cielo ella parece estar tan convencida como yo de luchar por lo nuestro y, a pesar de que ha llorado mucho la muerte de Laura, parece ser que ha sacado fuerzas de algún sitio para seguir creyendo en nuestro amor. Diez horas después de aquella trágica muerte, encontraron a Juan en la casa que tiene alquilada actualmente en Madrid... Diez horas son suficientes para haber cogido un vuelo e irse de nuevo a su madriguera.

Hoy, en la sesión de fotos, me como a Luna con los ojos. Los de maquillaje la han dejado espectacular. Ya no queda apenas nada de la camarera tímida y escurridiza que un día conocí. Las circunstancias la han cambiado todavía para mejor. Nos han cambiado a los dos.

Jamás me habría imaginado amar a alguien como la amo a ella. Jamás teniendo una relación seria. No lo puedo evitar con ella... la quiero tanto...

Cuando terminamos las fotos nos damos un fuerte abrazo con todos los compañeros del set y nos despedimos hasta la próxima.

Richard quiere hacer una cena con todo el elenco. Yo siento un poco de pánico de exponer a Luna así, en público, pero creo que Luna se merece vivir de una vez por todas sin miedo y disfrutar un poco de la vida. Así que al final accedo. Pero no le digo nada a ella.

Es en mi casa, en la ducha, mientras le hago el amor como un loco, cuando le digo que tengo una sorpresa para ella. Está a punto de llegar al orgasmo cuando se lo digo y, como la buena cotilla que es, lo consigue frenar para preguntarme por ello.

- ¿Qué es? – Pregunta mientras besa mi cuello.

Tiene sus piernas enroscadas a mi cintura y yo me clavo un poco más en ella, aplastándola contra la pared de la ducha. Gime.

- Luego lo sabrás. Pero tienes que ponerte muy guapa. – Luna hace un movimiento de

caderas sobre mí que me desarma. – Mmmm, si haces eso otra vez creo que no podré esperar a que llegue tu orgasmo, señorita Sáez. – Vuelve a hacerlo, la condenada. Y se ríe de mi cara de placer combinada con sufrimiento. – ¡Luna!

- ¿Vamos a ir a la cena? ¿Es eso? – Me besa con lujuria y yo estoy al borde de un infarto.

Si sigo frenando el orgasmo voy a explotar.

- Ajá, eso también. – Para evitar que pregunte más le empalo con fuerza y consigo que deje la preguntera para dar paso a un fiero orgasmo de Luna, que provoca el mío segundos después.

Nos vestimos en mi habitación. Ella ha optado por un corto vestido negro con algunas transparencias que le queda increíble. Yo por unos pantalones tejanos azules y una camisa celeste.

En el coche, va mirando por la ventanilla disfrutando del paisaje de Los Ángeles, como si le estuviera diciendo adiós, mientras el coche con dos de los guardaespaldas que he contratado nos sigue. No me ha preguntado más por la sorpresa y me alegro. Prefiero ver su cara cuando sepa de qué se trata.

La cena es en un restaurante japonés bastante conocido. Ella entra encantada de la vida, porque le encanta el sushi. Se abraza con las actrices con las que hemos compartido rodaje, según ella, ya son casi de la familia. Y, de repente, se queda de piedra, pues frente a ella se encuentra su gran sorpresa: su querida amiga Ana.

Luna se gira hacia mí con los ojos llenos de lágrimas y la boca abierta, preguntándose si es obra mía. Sonrío y asiento. Vuelve a mirar a Ana, que ahora tiene el pelo morado, y ambas amigas se dan un gran abrazo y lloriquean la una en el hombro de la otra.

- ¡Ana! ¡Qué alegría verte, amiga! – Gimotea Luna.

- ¡Lunita! ¡Estaba deseando darte un apretón! – Yo saludo a Brandom, el novio de Ana, que ha venido con ella también. Nos damos un apretón de manos y observamos después la dicha de nuestras chicas.

- ¿La has traído tú? – Me pregunta Luna secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

- Sí. Ana también tiene derecho a que le persigan los paparazzis. – Bromeo. Luna se me tira al cuello y me besa con fuerza.

- ¿Sabes que te quiero?

- Estaba empezando a sospechar que algo te gusto. – Vuelvo a bromear. Luna ríe como nunca. Me encanta verla así.

Ana y Brandom se unen a la cena del elenco y Luna y Ana se sientan juntas para ponerse al día de todo. Está radiante. Pletórica. Y yo estoy más feliz que en toda mi vida.

- Al final te ha salido como el culo eso de olvidar a Tristan, por lo que veo. – Bromea Ana y Luna libera una risita nerviosa.

- No me ha dejado el muy pesado. Me ha perseguido día y noche. – Contesta Luna y yo abro la boca de par en par.

- ¡Eh, fuiste tú quien apareció en mi habitación con albornoz y sin ropa! – Le recrimino.

- Ya veo que el amor ha surgido en el set. – Richard se incorpora a la conversación. – Me alegro por los dos.

- Gracias. – Responde Luna risueña. – Este hombre es lo mejor que me llevo de la película. – Se me infla el pecho de orgullo.

- Si te pones así, dejaré que abuses un poquito más de mí. – Le digo con picardía.

La cena es de lo más amena. Tanto que al final decidimos ir a bailar. No quiero cortarle la magia a la noche de Luna tan pronto. Pero me llevo a los escoltas de nuevo con nosotros.

Después de bailar hasta casi morir, decidimos volver a casa. Le propongo a Ana y Brandom que se queden en mi casa a dormir, y así poder disfrutar más de su compañía. Acceden y nos volvemos los cuatro en mi coche, medio muertos.

Esa noche Luna me abraza hasta casi la asfixia mientras dormimos. Pero me hace sentir en paz. Ese ángel caído del cielo me quiere. Me quiere de verdad. Con mis defectos y mis virtudes. Mi cupido me ha herido de amor y ya no me asusta. Lo que me asusta es que sufra o me deje de querer algún día. Pero lucharé con uñas y dientes para que eso no pase.

Finalmente, Ana y Brandom se quedaron cinco días con nosotros en casa y fue como un sople de aire fresco para los dos. No se habló de Juan, a pesar de que seguíamos teniendo escolta por culpa de ese cabrón y sus desvaríos. Pero aun así salimos de paseo los cuatro. Fuimos a la playa, salimos a cenar, a bailar... como jóvenes normales con ganas de vivir.

Cuando Ana y Brandom se despidieron de nosotros, Luna se quedó un poco triste. Pero esa noche me echó el mejor polvo de mi vida.

También tuvimos la entrevista con Mónica Sanz por Skype para tratar el tema de Juan. Ella dice que lo tiene vigilado constantemente y que no tenemos nada que temer, pues, al parecer, ha tratado de saltarse la orden de no salir del país. Lo atraparon en el aeropuerto de Barajas y ahora está bajo arresto domiciliario en el piso que tiene de alquiler hasta la celebración del juicio con Luna. ¡Esa es una magnífica noticia!

Eso ha permitido que podamos al fin tener una relación normal y salir y entrar de casa sin miedos.

Luna ya vive conmigo desde hace algo más de un mes. Ha aceptado un papel en una serie para Netflix y comenzará el rodaje de dicha serie dentro de un mes, más o menos cuando empezamos también las promociones de nuestra película juntos.

No he vuelto a tener más ataques, ni siquiera intentos.

Soy feliz, muy feliz. Y estoy segurísimo de que Luna también lo es.

LUNA

Me tiembla un poco el pulso cuando pulso la tecla de llamada de mi teléfono. Pero Tristan ha insistido en esta llamada y confío en su criterio para buscar lo mejor para mí.

Hace mucho tiempo que no hablamos, pero tengo mucho que contarle...

- ¿Hola? – Contesta dubitativa.

- Hola Alba. Soy Luna. – El silencio se hace por un momento.

- Hermanita, ¡hola! ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Qué sucede? – Parece preocupada.

- Sí, sí, estoy muy bien, Alba. ¿Y tú?

- ¿Yo? Bien, bueno, rompí con Raúl hace meses... pero ya estoy bien. – Se me hace un nudo. Ambas hemos sufrido rupturas dolorosas y no nos hemos apoyado en nuestro dolor. – ¿Y tu novio? – Nunca lo llamé por su nombre, sonrío.

- Dejé a Juan hace más de seis meses. – Digo con placer. Alba se queda callada. – Ahora estoy saliendo con Tristan Moore. – Miro a mi novio que me sonrío orgulloso. Alba sigue sin hablar. – Vivimos juntos desde hace dos meses. No es una broma, hermana. Tristan quiere que vengas a L.A., a vernos. Podrías pasar una temporada con nosotros y... si te gusta, quedarte a vivir...

- ¿Estás hablando en serio? ¿Has dejado a ese cabrón de Juan?

- ¡Sí!

- ¡Oh, Luna! ¡Cuánto me alegra esa noticia! Pero... espera... ¿Cómo narices has conocido tú a Tristan Moore? ¡Eso tienes que contármelo!

Paso una hora pegada al teléfono hablando con mi hermana, narrándole un poco de mi descabellada historia de amor con Tristan, él me observa complacido. Para Tristan la familia tiene un valor inmenso y sé que se siente feliz de verme hablar así con Alba. Mi hermana y yo siempre estuvimos muy unidas hasta que Juan se cruzó en nuestro camino y nos separó. En realidad, Juan me separó de todo lo que no fuese él. ¡Qué diferente es Tristan!

Y no podía haber encontrado a alguien más perfecto para mí. Aún con sus imperfecciones y todo. ¿Quién no las tiene? Pero las tuyas son culpa de las atrocidades de otro monstruo.

No obstante, su amor hacia mí ha conseguido que las supere y que pueda hacer una vida de lo más normal.

Alba y yo quedamos en que la avisaré cuando tenga que volver a España, para el juicio definitivo contra Juan y ella vendrá a verme y a apoyarme. Después ella vendrá a verme a L.A., a la casa en la que vivo con Tristan desde hace ya dos meses... cómo pasa el tiempo.

Al fin la vida me sonríe. Al fin estoy convencida de que todo saldr  bien.

Si los dos primeros meses que vivo con Tristan son mágicos, el tercer mes lo es mucho más. Esta noche estoy sola en casa. Tristan ha salido a cenar con John y unos amigos para hablar de proyectos futuros. Yo le he convencido. Yo he aceptado el papel en la serie de Netflix, cuyo rodaje comenzar  en un par de semanas, cuando vuelva de las entrevistas promocionales de la película que hemos rodado Tristan y yo, y me apetece que Tristan me acompañe en las primeras semanas de rodaje, pero no quiero que se olvide de sí mismo por mí. Yo cometí ese error con Juan y no quiero que él lo haga por mí.

Así que va a estudiar varios proyectos para el año que viene, para ver por cuál se decanta.

Le he preparado una sorpresa, que creo que le gustará. A mí me encanta.

De modo que le espero despierta cuando me escribe un mensaje diciéndome que no tardar  en volver.

Me he puesto un picardías bastante sexi y he alisado mi cabello. S  que a él le encanta así.

Mañana tenemos la primera entrevista en la televisión para promocionar nuestra película, que se estrenará en los cines en dos semanas más. Y después de esa primera entrevista aquí, en L.A., tenemos un tour de más entrevistas por toda Europa. La segunda parada será en Madrid, precisamente. Tristan la ha hecho poner en segundo lugar porque coincide con la fecha del juicio contra Juan, que sigue bajo arresto domiciliario. Después de ese juicio, del que espero que toda esta pesadilla acabe, iremos a Londres, París y Roma. Estoy deseando que todo acabe y nos relajemos en ese gran viaje por toda Europa.

Todavía no me he acostumbrado a esto de la fama y a veces se me olvida cuando salgo a pasear o a hacer la compra. Pero ahora ya soy un personaje muy reconocido en esta parte del mundo. No por mi trabajo en la película, para mi pesar, pues todavía nadie la ha visto, sino por ser la primera relación estable conocida del deseado Tristan Moore.

Estoy nerviosa por la aceptación que tendr  la película en el público y por cómo la crítica hablar  de mí. Pero Tristan parece de hielo. Est  tan acostumbrado a esto que ni piensa en eso. Se pone más nervioso por verme a mí estresada que por otra cosa. Ni siquiera le preocupa lo que digan de nuestra relación. Según él, tiene tan clarísimo que soy lo mejor que le ha pasado, que nada ni nadie podría manchar eso.

Ni siquiera Nika, que ha vuelto a reaparecer en televisión hablando de su "supuesto" antiguo romance con Tristan.  l dice ignorarla, pero en el fondo le enfada mucho que diga esas mentiras sobre él, porque ya s  que son eso, mentiras. A Tristan le molesta que intente empa ar de alguna forma lo que él considera una historia de amor "pura y verdadera" conmigo. Es tan tierno...

Pero no la empaña. Sólo son celos, y en eso se quedará, porque pienso quedarme al lado de Tristan hasta el último día de mi vida.

La puerta de la casa suena y escucho de sus labios canturrear mi nombre. ¡Aquí está mi hombre!

- ¡Lunita! ¡Ya he llegado! ¡Ven ahora mismo a darme mi beso de bienvenida! – Canturrea de forma graciosa.

- Hola hombretón. – Pronuncio de forma seductora apoyada sensualmente en el quicio de la puerta que da al pasillo. Me mira de arriba abajo y resopla.

- Uff ¡Joder! ¡Quítate eso ahora mismo que creo que me he quedado con hambre! – Viene a mis brazos y devora mis labios con erotismo, a la par que trata de quitarme el picardías.

- No. No. No. Esto tiene que aguantar puesto un ratito más. – Frunce el ceño. – Si pasas la prueba te dejaré quitármelo.

- ¿Qué prueba? – Pregunta curioso.

- Tengo un regalo para ti. Pero sólo te lo daré si contestas bien a tres preguntas. Date la vuelta. – Le ordeno. Obedece dubitativo.

- ¿Qué preguntas? – Coloco un antifaz sobre sus ojos y paso mi mano por delante para comprobar que no ve nada. Bien. No ve nada. – Eh, ¿qué estás tramando, pequeña?

- Vamos a la habitación y te lo diré. – Le llevo de mi mano y le quito la camisa en cuanto lo hago.

- ¿Tú si puedes verme desnudo y yo a ti no? ¡No es justo!

- Túmbate sobre la cama. – Le ordeno.

- Sí, ama. – Tantea con su mano y se tumba sobre ella risueño. Me siento a horcajadas sobre él. Rápidamente coloca sus manos sobre mi cintura.

- Levanta las manos. Sobre tu cabeza. – Vuelvo a ordenar.

- ¿De qué va esto? – Pregunta curioso, pero obedece.

- Ahora lo verás. – Esposo sus manos al cabecero, donde previamente tenía colocadas un par de esposas y él se queja.

- ¡Eh! ¡No vale!

- Si contestas bien te recompensaré. – Digo con travesura.

- Mmm. ¡Suéltalo ya! ¡Qué preguntas son esas!

- Veamos. Quiero que me digas cuál es mi bebida favorita.

- ¿Cómo?

- ¡Contesta!

- Mmmm, joder... ¿puedo dar varias opciones?

- No, sólo una.

- Está bien, deja que piense. – Comienza a hacer un repaso mental de nuestros momentos juntos y yo le entretengo desabrochando la bragueta de sus pantalones y quitándoselos, junto a sus bóxers. – ¡Oye, no me distraigas! – Adivina mis intenciones.

- Si contestas rápido será mejor para ti. Si no sufrirás. – Amenazo pasando mi mano sobre su creciente erección.

- ¡Champán! ¡Champán! ¡Es champán!

- ¡Muy bien, querido! – Alargo mi mano y cojo una copa de champán que tengo preparada sobre la mesita de noche. Le doy un trago y vierto desde mi boca un poco en sus labios.

- Mmmm. Así está más rico. – Me quito el picardías y me quedo en tanga sobre él. Después esparzo un poco de champán sobre mis senos. – ¡Eh! ¿Te has quitado la ropa?! ¡Déjame ver! – Coloco uno de mis senos bañado de champán sobre su boca y gime ante la sorpresa. – Ufff, así me gusta todavía más. – Mordisquea uno de mis pezones y yo gimo.

- Ya está bien. – Me separo y gruño. – Ahora dime, ¿cuál es mi comida favorita? – Me levanto y me agacho un poco, quedando mi boca justo sobre su ya viva erección. Me relamo pensando en mi diablura.

- Pues ehh... ¡Joder! ¡Joder! – Grita cuando me introduzco su duro pene en mi boca. – ¡Nena, ahhhh!

- Contesta. – Digo y vuelvo a repetir mi travesura.

- ¡Chocolate! ¡Es el chocolate!

- ¡Maravilloso, Señor Moore! – Cojo el lubricante con sabor a chocolate de la mesita de noche y esparzo un poco mis pezones de nuevo. Después me vuelvo a sentar a horcajadas sobre él. – Pruébalo, quiero que disfrutes tú también de su sabor. – Tristan obedece y yo me acaloro más todavía. Separo mis senos de su boca cuando creo que estoy a punto de ebullición.

- ¡Quiero más! – Se queja. – ¡Vuelve aquí, diabla!

- Falta la última pregunta. – Digo todavía sentada sobre él. Tristan se retuerce desesperado sobre la cama.

- ¡Hazla ya y suéltame de una vez! ¡Voy a destrozarte cuando te coja!

- ¿Cuál es mi película favorita? – Pregunto disfrutando de lo lindo con su desesperación. Tristan suspira.

- Espero que la misma que la mía.

- Su nombre es...

- Te doy mi amor. – Dice el nombre de la película que hemos rodado juntos y se me llena el pecho de felicidad. Me vuelvo a acercar a sus labios y los beso lentamente, le quito el antifaz y me encuentro con su mirada azul eléctrica envuelta en llamas clavándose en la mía.

- Muy bien, nene. – Le beso ahora con salvajismo.

- ¡Suéltame ya! ¡Te vas a enterar!

- Antes quiero que veas mi regalito y me digas qué te parece.

- ¿Cuál regalo? ¡Mi regalo eres tú y lo quiero ya! – Levanto la vista hacia el lugar en el que antes estaba el cuadro de cupido y él guía su mirada hacia allí mismo, imitando mi gesto. – Ohhhh. ¡Nena! – Ahora, en ese espacio, luce un enorme poster de nuestra película, en el que aparecemos Tristan y yo besándonos con devoción. – ¡Me encanta!

- ¿En serio? – Yo lo miro fascinada. Es precioso. Una foto preciosa.

- Muy en serio. – Me mira sonriente. – Pero suéltame ya, bruja. Ahora te espera tu merecido. – Decido soltarlo entre risas. – Vas a dejar de reírte muy pronto. – Me amenaza cuando ya he soltado una de sus muñecas.

- Todavía no te he soltado del todo. Deberías esperar un poquito para ponerte tan chulo. – Le indico regañándole, aguantándome la risa.

- ¡Suéltame de una vez! – Le suelto la otra muñeca y, en décimas de segundo, ya me tiene atrapada bajo el peso de su cuerpo. Yo estoy tumbada sobre el colchón, bocabajo y Tristan se coloca entre mis piernas desde atrás. Tira un poco de mi melena para que levante el rostro y lo mire y me susurra en el oído. – ¿Estás preparada para que te folle salvajemente? – Me muerdo el labio y asiento impaciente.

- Aún tengo puesto el tan... – Tristan me arranca de cuajo la pequeña prenda sin esperar a que yo termine mi frase – ga... ¡Bruto!

- ¿Con que champán y chocolate? Mmmm veo que tienes preparado nuestro banquete aquí mismo. – Alarga la mano a la mesita de noche y coge el bote de lubricante con sabor a chocolate. – ¿De dónde has sacado esto? – Me pregunta excitado mientras esparce un poco por mis nalgas y mi sexo.

¡Oh!

- Lo compré esta tarde, cuando fui a recoger el poster. – Contesto con voz ronca. Tristan gruñe y tira de mis caderas para levantarlas un poco. Sin decir nada más comienza a lamer mis nalgas primero y mi sexo después. Muerdo la almohada loca de placer. – Mmmmm.

- ¿Mmmmm? ¿Qué quieres decir con eso mi amor? – Me provoca.

- Sigue...

- ¡Oh sí! – Continúa su invasión con su lengua y mis gemidos aumentan de nivel. Estoy a punto de explotar, pero de repente Tristan para. – ¡Sigue! – Le ordeno de nuevo, con una enorme sensación de frustración.

- ¿Así? – Gruñe y le siento entrar en lo más profundo de mi ser. Grito ante la sorpresa. Tristan arquea sus caderas en círculos mientras se mantiene dentro de mí. – Dime Luna, ¿así?

- ¡Sí, sí, así!

Es entonces cuando me embiste con salvajismo haciendo que nuestros cuerpos choquen y ambos gritemos locos de deseo y un placer infinito.

Su divina venganza en la cama es de las cosas que más me gustan de Tristan y, en esta ocasión la disfruto más que nunca gracias a la expectación que ha conseguido crear en nosotros mi juego inicial.

Tristan se vacía en mí con un gruñido cuando yo ya estoy en mitad de un grandioso orgasmo y cae sobre la cama.

- Mmmmm me encanta eso de vivir contigo. – Me dice y me abraza con fuerza, con los ojos cerrados y una enorme sonrisa en los labios. – Quédate para siempre. – Mi corazón se llena de inmensidad con sus palabras.

Beso sus labios y me dejo llevar por un bonito sueño.

TRISTAN

Estamos a punto de salir a plató para dar nuestra tercera y última entrevista promocional sobre la película que Luna y yo hemos rodado juntos en L.A.: Te doy mi amor. Mañana volaremos a Madrid a dar la siguiente y a hacer frente al juicio final contra Juan.

Luna tiembla de pies a cabeza y yo sujeto su mano con fuerza. Está radiante de guapa y se lo digo.

- Estás preciosa. – Susurro en su oído. Me sonrío.

- Estoy histérica.

- Yo también.

- ¿Tú? – Se sorprende. Asiento sonriente. – Tú nunca te pones nervioso para estas cosas. – Se defiende. Tiene razón. Para estas cosas no, pero para lo que tengo en mente estoy a punto de sufrir un infarto. – Aquí la que siempre tiembla como un flan soy yo. – Me pone unos morritos muy graciosos y acaricio su rostro.

Me quedo con ganas de besarle esos gruesos labios, pero arruinaría su maquillaje justo antes de salir a plató.

- Tranquilízate. Todo irá genial. – Suenan los aplausos enlatados que nos indican que tenemos que salir a plató.

Ambos respiramos hondo y salimos a escena entre gritos del público, cogidos de la mano. ¡Vamos, Tristan, puedes hacerlo!

El presentador se levanta de su asiento y nos estrecha la mano. Después tomamos Luna y yo asiento en el sofá que hay junto a su mesa.

- ¡Buenas noches, chicos! ¡Es toda una alegría tener al fin en plató a una de las parejas de moda! – Luna me mira asustada. Todavía no se ha acostumbrado a que la prensa nos asedie allá por donde vamos.

- Gracias, es un honor venir a tu estupendo show, Jimmy. – Saludo al presentador. Ya es la cuarta vez que vengo a su programa en este año que está a punto de acabar, y es un buen tipo. Muy divertido.

- Buenas noches, Luna. Creo que para ti esta es tu primera experiencia tras las cámaras, ¿me equivoco? – Luna le sonrío.

- Muy buenas noches. Sí, así es. Y ha sido una experiencia maravillosa.

- ¡Ya veo, por cómo os aferráis el uno al otro de la mano! – Dice el presentador y yo aprieto más la mano de mi chica. – Parece ser que ha surgido el amor entre los dos en el set. – El

presentador me mira ahora a mí.

- Si lo dices por mí yo ya caí en sus redes mucho antes que fuese una actriz de prestigio. – Miro a Luna y se sonroja. – El rodaje de “Te doy mi amor” sólo ha fortalecido aún más lo que yo ya sentía.

- ¡Precioso! ¡Vamos a ver un clip de la película! Que se estrenará en todos los cines dentro de dos semanas. – El presentador da paso a un avance de lo que será la película. Luna y yo observamos embobados. Aún no la hemos visto terminada. Pero se ve que entre los dos hay más que magia. ¡Somos una pareja magnífica! – ¡Mucha química! ¡Esto promete! – Sentencia el presentador cuando el clip ha terminado. Yo me remuevo nervioso en mi asiento. Luna me mira y alza una ceja.

- Sí, Tristan tiene la capacidad de que las mujeres sucumbamos a sus encantos. – Dice Luna de manera descarada.

¡Eh, nena, no echas leña al fuego! Le regaño con la mirada.

- Así es. Este hombre enciende pasiones allá por donde va... – Creo que el presentador va a sugerir algo de mi “supuesta” relación con Nika, así que me levanto de mi asiento para impedirlo.

- La única que ha conseguido volverme loco de amor has sido tú, Luna. – Digo en pie frente a mi chica.

Ella me mira escandalizada por mi repentina improvisación.

- ¿Qué haces? – Me susurra asustada y mirando a su alrededor.

- Mírame. No dejes de mirarme. – Le digo y me arrodillo frente a ella.

Se escuchan gritos de sorpresa entre la audiencia y del propio presentador.

- ¡Tristan! – Ella me mira alucinada.

- Sí, así. Mírame. Cásate conmigo, Luna. – Abro la caja que tengo en mis manos y que siento quemar entre mis dedos.

Me ha costado menos decirlo de lo que pensaba. Ha sido conectar con su mirada y recordar que todo mi mundo gira en torno a esta maravillosa mujer.

Luna ve la sortija y palidece.

- ¡Oh! – Ella se tapa la boca y sus ojos se llenan de lágrimas.

- Dime que sí. Aquí, delante de toda la humanidad. Que todos sepan que nada ni nadie nos separará. Que nuestro amor es más fuerte que todo eso.

- ¡Sí! ¡¡¡SÍ!!!! – Luna se lanza sobre mi cuello y me besa con fuerza. – ¡Claro que sí!

- ¡Maravilloso! – Grita Jimmy, el presentador. Aplaude y todo el público enloquece.

- Estás loco. – Susurra Luna más que sonriente, abrazada a mi cuello.

- Por ti. – Cojo su mano en la mía y coloco el anillo de compromiso con orgullo. Después lo beso, sin dejar de mirar sus increíbles ojos. – No te librarás nunca de mí.

Estamos en el avión con algunos de los compañeros del set, rumbo a Madrid, para la entrevista que tenemos programada allí.

Ocho horas nos esperan desconectados del resto del mundo en este avión. ¡Menos mal! No sé cuántos cientos de llamadas he recibido hoy de todo el mundo preguntándome por mi futuro matrimonio con Luna, y a ella también le han llovido las llamadas.

El camino al aeropuerto ha sido un infierno. Toda la maldita prensa de Estados Unidos y parte de la Internacional nos ha seguido.

Ahora ya respiramos tranquilos. Desde ayer que salimos del plató de televisión en el que le pedí matrimonio no hemos tenido ni un rato de tranquilidad. Sólo cuando Luna se coló en mi camerino tras la inesperada proposición y me desnudó y me hizo el amor como una gata en celo. Seehhh eso estuvo muy bien... cierro los ojos en mi asiento del avión, cogido de la mano de Luna, que está sentada junto a mí y recreo esa morbosa escena en mi mente.

- ¿De qué te ríes? – Susurra ella en mi oído. Abro los ojos y sigo sonriendo.

- Me estaba acordando de cómo me violaste ayer. – Bromeo. Ella ríe. La beso con ansias.

- Relájate, aquí hay mucho público. – Me tienta.

Pero la calma en el avión también dura poco. Enseguida vienen a donde estamos sentados algunos compañeros del set, exigiendo ver la sortija de compromiso. Luna la muestra una y otra vez con alegría. Muchos dicen que nos envidian. Yo también me envidiaría si pudiera.

- Futura Señora Moore, ya hemos llegado. – Susurro en su cuello para despertarla cuando el piloto anuncia el aterrizaje en el aeropuerto de Barajas.

Luna abre los ojos y suspira. Debe estar nerviosa. Esta noche tenemos la entrevista en apenas dos horas y mañana la cita con Mónica Sanz para ultimar el juicio contra Juan, que será pasado mañana.

La entrevista sale bien, como ya me imaginaba, nos preguntan una y otra vez por nuestro futuro enlace y yo hablo de ello con ilusión, aunque Luna permanece callada más tiempo de lo normal.

Me irrita verla así y no poder ayudarla a sentirse mejor. Ella ha conseguido en mí una proeza con respecto a mis ansiedades y yo no soy capaz de ayudarle, porque su monstruo sigue vivo.

He conseguido que me reserven la habitación del Hotel Verona en la que me hospedé aquella vez en Madrid, cuando la conocí, pensando que así ella se relajaría, pero no es así.

Por la noche intento un acercamiento íntimo con Luna, pero desisto enseguida al notar que

está más ausente que nunca.

- Luna... nena, todo va a salir bien. – Le digo abrazado a su espalda. Ella suspira.
- Sí. – Susurra. – Lo sé. – Beso su sien.
- Descansa. Mañana hemos quedado con Mónica en una cafetería que hay por Atocha.

LUNA

Tristan duerme como un niño. Yo no puedo. Saber que Juan está de nuevo tan cerca de mí me pone de los nervios. Pero al menos uno de los dos parece que ha superado a sus fantasmas.

Beso a Tristan con ternura y le acaricio el rostro.

- Encontraremos nuestra paz, mi amor. No puede ser de otra forma.

Me levanto con sigilo de la cama y escribo un whatsapp a Ana. He tenido una idea. Gracias al cielo está despierta y consigo su ayuda para llevar a cabo el plan que tengo en mente. También le escribo a Mila, que lleva aquí en España desde hace dos meses con Carolina, la tía de Tristan y Mila que se hizo cargo de ellos dos cuando apenas eran dos niños. Pero Mila no responde. Estará dormida.

Supongo que mañana por la mañana lo leerá y me contestará.

Vuelvo a la cama y veo a Tristan dormir como un niño y mi corazón se llena de paz gracias a esa bonita imagen.

Ambos hemos sufrido un calvario. Y ambos nos hemos sacado el uno al otro de la penumbra en la que vivíamos. Aunque yo no me sienta tranquila ahora mismo al saber que Juan está a unos escasos dos kilómetros de mí y de Tristan. A pesar de que sé que está en arresto domiciliario, la intranquilidad me inunda de pies a cabeza. Siento como si pudiera oler mi rastro. Como si supiese que estoy cerca. Debe saberlo. Pasado mañana es el juicio y tendré que volver a verle la cara. Así que debe figurarse que estoy por aquí.

Ojalá haya llegado a sus oídos la noticia de que Tristan y yo vamos a casarnos. Ojalá sepa que ya no le pertenezco. Que he sobrevivido a su destrucción y ahora soy más fuerte que nunca.

Si la vida es justa me dejará disfrutar de Tristan por muchos años y hacer una familia con él. Es lo que más deseo. Tanto que quiero hablar de ello con Tristan. Pero lo haré cuando el juicio ya haya terminado y pueda al fin creerme que no tendré que volver a cruzarme con Juan nunca, nunca, nunca más.

Al final consigo dormir algo abrazada a Tristan, sintiendo el latido de su corazón en mi oreja e imaginándome nuestra futura boda y una vida mejor con nuestros futuros hijos y su grandioso amor conmigo, para siempre.

Es todo cuanto quiero. Lo demás me da igual.

Estoy sentada junto a Tristan y Mónica en la cafetería donde hemos quedado y no hago más que mirar a todos lados. Me siento observada.

- Lo único malo es que no había restos de fluidos corporales de Juan en el cuerpo de Luna. – Dice Mónica y yo me tenso. No me apetece recordar esa violación con Tristan a mi lado. Miro de reojo a Tristan y lo encuentro apretando la mandíbula, lleno de rabia. ¿Por qué tiene que vivir esto él? ¡No es justo! ¡Él ya ha salido de su mierda y le ha costado muchos años de horror y soledad! – Pero podemos probar que ha habido muchas palizas, Luna. He conseguido encontrar a varios testigos, vecinos de tu antigua vivienda, que van a testificar mañana que Juan te pegaba reiteradamente. Algunos te escucharon llorar más de una vez. – Agacho la mirada. Tristan carraspea. Debe ser horrible para él escuchar todo esto.

Yo moriría por dentro si supiese que alguien le trató alguna vez a él como Juan lo hizo conmigo.

- Júrame por lo que más quieras que pasará una buena temporada en prisión. – Sisea Tristan con la mirada envuelta en cólera.

- Voy a hacer lo que esté en mis manos, lo prometo. – Dice Mónica.

- Bien, tenemos que irnos. – Digo al mirar el reloj. Tristan abre los ojos de par en par.

- ¡Qué! ¿Adónde?

- Tristan Moore, llevamos dos días prometidos y quiero y necesito disfrutar de mi gran estado de prometida tuya. – Digo enfadada poniéndome en pie. Tristan asiente.

- Nos veremos mañana en el juicio, Mónica. – Le estrecha la mano a mi abogada. Yo le secundo.

- Mañana nos veremos.

Cuando llegamos a la calle paro un taxi y obligo a Tristan a meterse en él.

- ¿Me vas a decir adónde vamos? – Pregunta tratando de sonar relajado. No lo está.

- A ver el atardecer. – Le doy las instrucciones al taxista para que nos lleve al mirador en el que una vez Tristan me besó por primera vez como nadie me había besado en mi vida.

Gracias al cielo no pregunta nada más y se deja llevar.

Al llegar, ya está todo preparado. Ana, con la ayuda de Mila, ha conseguido que coloquen allí una carpita blanca, llena de flores y con música de fondo.

Salimos del taxi y Tristan mira a su alrededor embobado.

El taxi se va después de que yo le dé instrucciones de que vuelva en dos horas a por nosotros, y Tristan se gira para mirarme, con cara de alucinado. De fondo suena la canción de “Dreaming my dreams” de Cranberries a modo de bucle.

- ¡Luna! ¡Eres increíble! – Me abraza y me besa con dulzura.

- Quiero que esta se convierta en nuestra canción. – Le digo sonriente.

- Me parece perfecto.

- Quiero casarme contigo y que suene de fondo. Quiero que suene siempre de fondo. Te quiero Tristan.

- Lo sé, pequeña. – Me acaricia.

- Quería hacer algo por cambiar mi estado de ánimo de estos días. No puedo evitar seguir sintiendo miedo por... ya sabes. Porque esta vez tengo mucho que perder. Te tengo a ti. Tú eres mi casa, mi familia, mi futuro.

- Siempre me tendrás, Luna. No te fallaré nunca. Lo prometo. Mañana acabará la pesadilla y comenzaremos a vivir nuestro sueño. Baila conmigo nuestra canción. – Tira de mí y me arrastra hasta la carpa para bailar pegados.

Me acoplo a su pecho y le abrazo con fuerzas. Dejando mi cabeza recostada en su pecho. Tristan besa una y otra vez mi pelo.

- Tengo otro regalo para ti. – Susurro en su oído.

Me ha costado mucho conseguirlo, pero ha sido gracias a Mila.

Esta mañana me contestó y dijo que hablaría con su tía para ver si encontraba algún vídeo de la mamá de Tristan siendo feliz con sus hijos.

Ha conseguido una gran obra de arte. Es un vídeo de su madre cantándole a un Tristan de sólo dos añitos una canción española llamada “Sólo le pido a Dios” que cantaba Ana Belén.

Además, él no lo sabe, pero Mila está grabando con una cámara oculta este momento, nuestro momento, y lo dejará junto con el vídeo de su madre en nuestra habitación para que lo veamos juntos esta noche. Y así comenzaremos nuestro álbum de vídeos de familia y de momentos felices.

- ¿Qué es?

- Lo tendrás preparado en la habitación del hotel. Cuando volvamos lo verás.

- Todo lo que quiero eres tú.

- Y me tendrás para siempre.

Tristan y yo bailamos y nos decimos todo lo que sentimos con nuestro baile, nuestras caricias, nuestras miradas.

Sus besos me llegan a lo más profundo de mi alma y hacen que consiga disfrutar de este momento y atesorarlo en mi mente como uno de los mejores de mi vida.

¡Voy a casarme con Tristan Moore!

Dos horas más tarde estamos de camino al hotel en la parte trasera del taxi, besándonos acaloradamente. ¡Cuánto amo a este hombre, Dios mío!

El taxi para frente al hotel y yo recibo una llamada de Mila. Así que le digo que entre él y me espere en la recepción. No quiero que se entere de mi conversación con Mila.

Tristan hace lo que le pido.

- ¡Mila! ¿Está todo listo? ¿Has podido grabar nuestro momento?

- ¡Siiiiii! ¡He hecho un vídeo con la canción de mi madre, con algunos clips de vuestra película, con la pedida de manos que mi hermanito hizo por televisión y que vio toooooo el planeta y con vuestro baile de hace un rato! ¡Le va a encantar, cuñada!

- ¡Vaya, es mucho más de lo que me esperaba! ¡Será genial! Voy para el hotel y se lo muestro ahora mismo.

- Está en un pendrive en la recepción del hotel, Luna.

- Vale. Un beso. – Cuelgo y guardo mi móvil en mi bolso.

Pero, al girarme hacia la recepción, me encuentro lo peor que podía encontrarme en mi vida: al monstruo de mis pesadillas justo frente a mí.

Me quedo helada y parpadeo un par de veces, para ver si es una alucinación.

No funciona.

¡Oh, no! ¡Está aquí! ¡Ha vuelto!

- Hola, nena.

- ¡Ju...

No puedo decir nada más. De pronto su mano aplasta mi boca y de un movimiento rápido y ágil, me introduce dentro de la parte trasera de un coche, mientras yo siento cómo las fuerzas me están abandonando. Me ha drogado. Es mi fin.

- Te dije que tú eras mía. Que no permitiría que te fueras con otro. Nunca.

Ese maldito me ha encontrado, como yo sabía que pasaría. El no descansaría nunca hasta lograrlo.

Y lo ha hecho.

Justo antes de que mis ojos se cierren pasa por delante de mí todo un futuro con Tristan que creo que no podré vivir nunca.

TRISTAN

¿Qué estará tramando, Luna?

Ya lleva un rato ahí fuera haciéndome esperar por mi sorpresa y no aparece.

¿Es parte de la sorpresa?

Aunque no imagino qué otra cosa puede ser. Mmmm a lo mejor es otro de sus polvos salvajes. Sí... eso sería genial.

Miro mi reloj por enésima vez y ya comienzo a desesperarme un poco. ¿Me tiene que hacer sufrir de esta manera?

Quiero salir a buscarla, pero no quiero interrumpir su conversación ni fastidiar la sorpresa.

¡Pero ya comienzo a ponerme muy nervioso!

¡Ya sé! La llamaré al móvil y si da línea es que ya no está hablando con nadie.

Eso hago. La llamo y su móvil suena una y otra vez, pero no responde.

¡Esto no me gusta nada!

Salgo a toda prisa a la entrada del hotel. Está todo desértico. ¡Dónde cojones está Luna!

El taxi no está, ella tampoco. ¡No puede haberse ido sin decirme nada! Maldita sea, estoy hiperventilando. Ya se me había olvidado esta maldita sensación.

Vuelvo a llamarla.

- ¡Vamos nena, responde, maldita sea! – Pero no lo hace y, además, creo que estoy escuchando su teléfono por algún lado. Me giro y veo el jodido bolso de Luna en el suelo y su teléfono al lado. – ¡¡Joder!! ¡¡¡JODER!!! ¡LLAMEN A LA POLICÍA! – Grito como un energúmeno y entro en el hotel de nuevo. – ¡Por favor, por lo que más quieran, ayúdenme! ¡Se la ha llevado ese cabrón, joder! – Las fuerzas me fallan y mis piernas flaquean. Escucho las voces de los trabajadores del hotel como un eco, pero no escucho nada con nitidez. – No, mierda, ahora no, aguanta, Tristan. ¡Aguanta el jodido ataque, joder y tráela de vuelta como sea! ¡¡¡Como sea!!!

Consigo medio controlarme y llamo a Ana. Menos mal me contesta en seguida.

- ¡Tristan!

- Dime por lo que más quieras que Luna está ahí contigo, Ana.

- ¿Cómo? ¿Luna?

- ¡¡¡Maldita sea!!! ¡Se la ha llevado, Ana! ¡Frente a mis putas narices! – Vuelvo a salir a la

parte de la entrada del hotel y miro a todos lados, con los ojos llenos de lágrimas.

- ¿Juan? No puede ser...

- Sí. – Sollozo y caigo de rodillas al suelo. – ¿Dónde se la ha podido llevar?

- Voy a llamar a la policía mientras voy de camino a su casa, está aquí al lado. Te aviso de lo que sea cuando llegue.

- Vale. – Digo casi sin voz y derrumbado. Enseguida oigo las sirenas de la policía llegar. Alguien del hotel ha debido llamar. Menos mal. Me levanto rápidamente y voy corriendo hacia ellos. – ¡Ayúdenme, se lo suplico! – Grito aferrado a la ropa de uno de ellos.

- Tranquilícese, señor. ¿Qué ha pasado?

- ¡Se la ha llevado! ¡Estaba aquí, hace sólo unos minutos! ¡Tenemos que encontrarla, antes de que le haga algo! ¡Tenéis que encontrarla! ¡Ay! – Siento un dolor punzante y agudo en mi pecho.

- ¡Señor, relájese! ¡Quién dice que se la ha llevado!

- ¡Juan! ¡Maldita sea, no me acuerdo del apellido de ese bastardo! Un segundo. – Saco mi móvil torpemente del pantalón y veo que estoy recibiendo una llamada de Mónica Sanz, la abogada de Luna. – ¡Mónica! ¡Necesito que me digas el nombre completo de Juan! ¡Y cuál es la dirección de la vivienda que compartía con Luna! ¡¡¡¡Ya!!!!

- Sí, claro. Yo quería justo comunicarle que Juan se ha saltado el arresto domiciliario, Señor Moore.

- ¡Lo sé! ¡Se ha llevado a Luna, me cago en dios! – La policía me quita el móvil de las manos cuando me ve perder así los papeles y hablan con Mónica, que les proporciona la información necesaria.

Después me devuelven el teléfono.

- ¿Es posible que su novia se haya ido porque discutieran, señor? – Me pregunta el muy imbécil.

- ¡Mire, si a Luna le pasa algo por su ineptitud, juro que se las verá conmigo!

- Señor, conteste. Y relaje el tono.

- ¡No, joder, no hemos discutido, iba a darme una sorpresa! – En ese momento me entra una llamada de Ana. – ¡Ana! ¡Dime!

- ¡Tristan! ¡Creo que la tiene en su casa! ¡En casa de Luna! Estoy aquí, delante. Intentando averiguar. ¡Un vecino me ha dicho que ha escuchado follón por aquí! – Levanto la vista al cielo. ¡Por favor, por favor, que no le haya hecho nada! – ¡Estoy llamando insistentemente a la puerta, pero no me abre! ¡He llamado a la policía y hace un rato que me han dicho que venían de camino, pero no aparecen!

- ¡Voy para allá! ¡Hazme saber cualquier cosa que pase! – Cuelgo y me vuelvo hacia el policía, encolerizado. – ¡La tiene en la maldita casa de mi novia! ¡¿Piensan hacer algo o tengo que

ir yo solo?!

Al final la policía decide hacerme caso cuando uno de ellos me reconoce de la serie que grabé en Madrid y se da cuenta de que puedo tener muchas influencias.

Me meto en el coche patrulla y les apremio durante todo el camino en dirección a la antigua casa de Luna.

Es el viaje más largo de toda mi vida. Siento unas inmensas ganas de llorar y un nudo en la garganta que no sé cómo deshacer.

Sólo quiero que esté bien.

Sólo pido eso.

Si hay alguien ahí arriba, que me la devuelva.

Me da igual que vuelvan mis ataques, mis paranoias, mis fobias. Me da igual todo. Sólo quiero volver a ver esos ojos mirarme de la forma en la que siempre lo hacen.

En la radio del coche de policía, escucho a varios agentes que dicen estar en la vivienda de Luna, llamando a la puerta, pero que parece que no hay nadie. Sin embargo, una chica (que supongo que es Ana) insiste que una tal Luna y un tal Juan están ahí, y que si no entran rápido la va a matar.

- ¡Por todos los cielos! ¡Decidles que entren ya!

- Señor, no podemos hacer eso sin una orden.

- ¡Maldita sea! ¡Pues corra! – Me tiro del pelo.

Estoy al borde de un puto colapso emocional y no sé de dónde cojones estoy sacando la entereza para mantenerme de una sola pieza.

El coche de la policía en el que voy aparca sobre la acera. ¡Reconozco este sitio! ¡Es su portal! Es el portal en el que una vez creí decirle adiós para siempre a la mujer de mis sueños.

Salgo a toda prisa cuando veo a Ana, llorando y rogando a los policías que están con ella que saque a Luna de allí. Que la ayuden.

- ¡Tristan! – Me ve y se acerca.

- ¡Vamos Ana! ¡Vamos a echar la maldita puerta abajo! – Tiro de ella, que me sigue. Los policías me miran aturdidos.

El que me ha reconocido habla con sus compañeros y les dice que puede que yo tenga razón, y que deberían actuar. Yo no espero a que lo hagan y entro en el portal, dirección a la puerta del piso de Luna.

- ¡Juan! – Voy gritando por las escaleras. No voy a esperar al ascensor. – ¡Suéltala! ¡Ven a por mí! ¡Aquí estoy! ¡Suelta a Luna! ¡¡¡Ya!!! ¡Y juro por la memoria de mi madre que no pasará nada! ¡¡¡SUÉLTALA!!!

LUNA

Abro los ojos. ¿Dónde estoy? ¡Oh, no! Reconozco esta habitación. Estoy en el suelo, de rodillas y con las manos atadas a mi espalda en mitad de mi habitación de mi piso de Madrid.

Levanto la vista y veo al monstruo.

Me observa desquiciado.

Sé que debería rogarle, suplicarle, para que me deje tranquila. Pero nunca lo hará. Ya me tiene dónde quería y no tengo salida. Así que no voy a darle el placer de suplicar.

- Hola otra vez, Luna.

- Juan, suéltame. Vas a joderte la vida con esta estupidez. Déjame ir de una maldita vez. Hagamos nuestras vidas y olvidemos lo que pasó.

- ¡Jamás! ¿De verdad piensas que te vas a librar alguna vez de mí, Luna? ¿De verdad piensas que voy a dejar que te cases con ese cabrón? ¿Qué le des a él los hijos que me debes a mí? ¡Escúchame bien, ¡jamás! ¡Antes te mato! – Reconozco esa mirada de odio. No habrá nada que pueda hacerlo entrar en razón, porque, simplemente no quiere.

- Vas a arder en el infierno por esto, Juan. – Le escupo con rabia.

- Sabes que no creo en esas cosas. – Se acerca a mí mostrándome un enorme cuchillo.

Trato de mantenerme serena. No voy a suplicar. Esta vez no.

- No hace falta que creas. Tu vida será un infierno. No habrá nadie en la faz de la tierra que quiera a un ser tan despreciable como tú. – Entrecierra los ojos cuando ya está frente a mí y me pasa la hoja de su cuchillo por la mejilla.

- Tú me querías. Hasta que apareció ese maricón y te convirtió en la puta que ahora eres. En su puta.

- Ese hombre es más hombre que tú mil veces. Me ha hecho el amor como tú jamás lo hiciste. Me he corrido más veces con él en seis meses que en los cinco años que pasé contigo. – Digo con la cabeza en alto. – Nada de lo que hagas podrá borrar eso. Ya no te pertenezco Juan, ya no somos nada. Jamás debería haber permitidos que entraras en mi vida, un ser como tú no merece ni un poquito de amor.

Juan me golpea con fuerza el rostro y caigo al suelo. Noto el sabor de la sangre en mi labio. Otra vez me lo ha partido.

Pero vuelve a levantarme tirando de mi melena.

- ¡Calla! ¡Mientes! ¡Nadie conoce tu cuerpo como yo! ¡Sólo quieres desquiciarme, como

siempre! ¡Tú eres mía, de nadie más, y estás aquí para que yo te lo recuerde, Lunita!

- No, no miento. Y no sólo me he corrido con él como nunca. Él me ha enseñado el amor de verdad. A ti sólo te tenía miedo. Pero ya no. Hagas lo que hagas esta noche te cogerán y pasarás el resto de tu vida viviendo tu condena. ¡No me das miedo!

- ¿No? – Me presiona con la hoja de su cuchillo sobre el cuello mientras sigue agarrándome del pelo con la otra. Le miro a los ojos, intentando mostrarme valiente. – ¿No temes que te mate ahora y te arrebate toda tu maravillosa historia de amor? ¡Porque créeme que sería lo que más feliz me haría en el mundo! Ver a ese cabrón retorcerse de dolor por no poder tenerte y a ti enterrada y jodida para siempre.

- No me importa. ¡Hazlo si quieres! Ni matándome podrás arrebatarme todo lo que él me ha dado. ¡He sido la mujer más feliz de la tierra estos benditos meses a su lado! ¡Me han amado como nunca! ¡Me han besado, acariciado y hecho vibrar como jamás nadie lo hizo! Nadie podrá quitarme eso, Juan. Como nadie podrá hacer que yo vuelva a sentir por ti algo diferente al asco más profundo.

- ¡Putas! ¡Sólo eres eso, una puta! – De repente siento la hoja de su cuchillo hundirse en mi vientre. Miro hacia mi estómago, asustada, y veo el puño de Juan clavándome el cuchillo en él. ¡Tristan! Irremediablemente pienso en él cuando sé que me espera tras esto. ¡Qué va a ser de Tristan! – Vas a morir ahora mismo, y yo voy a disfrutar viéndolo. – Los ojos de Juan están llenos de lágrimas y furia. Yo sé que no saldré de aquí. – Tú vas a morir y yo voy a vivir muchos años más disfrutando de este momento.

- Me iré en paz, Juan. Tú no. Puede que yo muera hoy, pero cuando tu momento llegue, verás que todo lo que has construido a tu alrededor es mierda putrefacta. Yo no. Yo he hecho un hogar. Si me voy hoy, me llevaré conmigo todo el amor que me han dado y que tú jamás supiste ni quisiste darme. Jamás sabrás lo que es que te amen de verdad, sólo provocas miedo y terror. Tú vivirás condenado a no saber jamás lo que es el amor.

- ¡Zorra! ¡Muérete! ¡Vete al puto infierno! – Siento mi piel abrirse tres veces más, mientras Juan sigue asestándome puñaladas de ira y odio.

Aguanto los gritos de dolor. No le daré esa satisfacción.

- ¡Luna! ¡Luna! ¡Juan, suéltala maldita sea! – Escucho la voz de Tristan. Debe ser él quien aporrea la puerta de mi piso.

¿O es mi imaginación?

¡No quiero que le haga nada a él! ¡A él no!

- Tris... tan... – Intento hablar, pero el dolor en mi abdomen me lo impide.

- Debería matarlo. – Dice Juan llorando, lo miro desde el suelo mientras siento que las fuerzas me abandonan mientras me desangro. – Pero quiero que sufra lo mismo que yo sufro por perderte. – Mis ojos pesan.

Los golpes no cesan. Cada vez son más fuertes y mi cabeza ya es peso muerto, cae hacia

adelante.

Lo siento Tristan. No podré darte el final feliz con el que tanto habíamos soñado.

Pero, aunque me vaya, esté donde esté, siempre te querré. Me has dado por unos meses la vida que nadie jamás soñó tener. He sido la persona que jamás pensé que volvería a ser a tu lado. Y todo gracias a tu amor. A tu lucha. A que al fin alguien creyó en mí.

- Mi amor, ¿Qué he hecho? – Levanto un poco la vista con las pocas fuerzas que me quedan y veo a Juan enloquecido. – ¿Por qué, Luna? ¿Por qué me has obligado a hacer esto? – Una bocanada de sangre sale de mi boca y trato de relajarme y concentrarme en mi respiración. Tengo que intentar aguantar. Juan llora con el cuchillo en las manos, lo mira y termina rajándose las muñecas y colocándose frente a mí de rodillas. – Nos iremos los dos, Luna. A un lugar mejor, dónde nadie nos separe.

Mi cara de asco lo dice todo y vuelve a caer mi cabeza hacia adelante.

A mi alrededor, un enorme charco de sangre me asevera que me estoy muriendo. Injustamente quedándome sin vida, sin los sueños que tanto deseaba cumplir.

Un estruendo hace que vuelva a abrir los ojos. ¡Tristan!

- ¡Luna! – Corre hacia mí. – ¡Oh dios mío! ¡AYUDA! ¡UNA AMBULANCIA! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡Tranquila, te pondrás bien! – Lloro mientras me suelta como puede las manos.

- ¡Maldito cabrón! – Creo que es Ana, pateando a Juan. No veo bien.

- ¡Déjalo! ¡Ven y ayúdame a cortarle la hemorragia! ¡Ana, joder! Tranquila, Luna. Saldrás de ésta, mi amor. – Me tumba sobre el suelo y presiona mis heridas. – No, no, no, no... Luna... – Lloro amargamente y yo levanto mi mano cómo puedo en su dirección.

- Te amo. Te amaré siempre. Gracias por todo. Me has hecho la mujer más feliz del mundo. – Consigo decir.

- ¡Calla! – Me grita. – ¡Ana, presiona ahí! ¡UNA JODIDA AMBULANCIA! – Escucho más gente alrededor, pero casi no veo. Ana me habla. No sé qué dice.

- Tristan...

- Mi amor, aguanta. Por lo que más quieras. Aguanta.

- Escúchame, Tristan. – Pido. – Tienes que seguir...

- ¡¡¡NO!!! ¡Calla! ¡Te vas a poner bien! ¡Vas a volver conmigo, a casa! – Lloro.

- Quiero que Juan lo pague, Tristan. Que sufra viendo todo lo que nos hemos querido. Que sepa... – la voz se me va apagando y ya no puedo emitir sonido.

Me pesan los ojos, casi ni me llega aire a los pulmones. Tampoco tengo fuerzas para intentar llenarlos. Mi cuerpo pesa toneladas y Tristan me sacude entre sus brazos al ver mi falta de fuerza.

- ¡Maldición! ¡Luna! ¡Arggg! ¡Ayudadme!

- ¡Luna! ¡Luna, amiga! ¡Lucha!

Los ojos me pesan. Las fuerzas me abandonan.

Siento mi cuerpo siendo presionado por multitud de manos. Sólo quiero sentir las de Tristan en mí.

- Mi amor. Abre los ojos. Por favor. Por favor. – Sus labios cálidos presionan los míos y me dan la paz que necesitaba.

Aunque su agónico llanto me hiere en lo más profundo. Quisiera poder hablar y decirle que estoy en paz, que he conseguido a su lado más de lo que podría haber imaginado tener. Pero me resulta imposible.

Ya no veo nada más.

Ya no hay miedo. Pero tampoco hay más paseos en la playa de su mano, ni más sexo salvaje devorándonos la piel, ni los hijos con los que soñaba, ni más ojos azules llenos de amor... solo oscuridad...

TRISTAN

Se está quedando sin aliento entre mis brazos y no sé qué hacer para parar esta desgracia.

Ella no puede irse. No ahora. Tenemos mucho por vivir. Tenemos que envejecer juntos...

No dios mío, no...

La jodida ambulancia llega al fin cuando Luna está ya sin fuerzas y yace sobre mis brazos, con un enorme charco de sangre a su alrededor.

Un médico me aparta bruscamente para examinarla. Le toma el pulso y contengo la respiración. Hasta que me mira y me habla.

- Lo siento. – Aprieto los ojos. No... es mentira... no...

Cuando abro los ojos y la veo, sé que se ha ido. Sus ojos están abiertos, pero no me ven. El médico los cierra y yo siento un crujido horripilante dentro de mí.

- No... no... ¡no! ¡No! ¡¡No!! ¡¡¡¡NOOOOO!!!! ¡ARRRRGGGGG, LUNAAAAA! – Me tiro sobre su precioso cuerpo desangrado y sin vida y le beso con rabia. – ¡Despierta! ¡¡Luna, despierta!! Ahhh. – El dolor más intenso se apodera de mí. Me abrasa por dentro. No me deja respirar. – ¡Mírame Luna, por lo que más quieras, abre los ojos! ¡Ahhhh! ¡Luna! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡Respira, tienes que respirar! ¡Despierta, maldita sea! ¡Ahhh! – Intento hacerle el boca a boca, no responde. ¡Dios mío, no puede ser!

- Tenemos que llevárnosla.

- ¡Nooooo! Mi amor. Mírame. No dejes de mirarme. Luna...

Varios policías me separan de su cuerpo a la fuerza y yo grito desde el suelo y aúllo hasta romperme la voz.

La suben a una camilla y Luna desaparece de mi vista. Ana se abraza a mí, buscando un consuelo que yo no puedo darle.

Estoy roto. Más que nunca. Para siempre. Se han llevado todo lo que la vida podía darme para ser feliz. Se ha ido mi Luna, mi Sol, mi Mundo.

Miro hacia atrás y veo a Juan medio moribundo subido a otra camilla. ¡¡Voy a matarlo!! Pero un par de policías me frenan.

- ¡Dejadme! ¡Hijo de puta! ¡Cabrón del infierno! ¡Vas a vivir tu peor pesadilla! Ahhhh. – Me dejo caer de nuevo al suelo y hundo mi cabeza entre mis manos.

No puede ser...

Abro los ojos de golpe. ¡Estoy en mi cama! ¡Joder, ha sido otra pesadilla! Joder, joder, ha sido una puta pesadilla.

Me giro para buscar el cuerpo de Luna al otro lado de la cama, pero está vacío. Me incorporo de golpe.

- ¡Luna!

- Tranquilo Señor Moore. Ha sufrido un ataque de ansiedad. ¿Se encuentra mejor? – Me pregunta una enfermera. ¿Cómo? ¡Estoy en un jodido hospital! Me levanto rápidamente.

- ¡Exijo que traigan a mi prometida! ¡Necesito verla!

- Señor tumbese. ¡Doctor Andrade! – La mujer clama el nombre de alguien que no conozco.

- ¡No! ¡Quiero que la llamen y que venga aquí, ahora mismo! ¡Luna! ¡Luna! – Un hombre me bloquea la salida de la habitación.

- Cállese, Señor Moore. Venga, le daré otro sedante.

- ¡Dígame dónde está mi prometida! – Amenazo cogiendo al tipo por el cuello.

- Se lo diré cuando se calme. – Siento un pinchazo en mi espalda y me giro rápidamente. La enfermera me ha pinchado algo.

- ¿Qué hace? – En el acto siento mi cuerpo relajarse de la tremenda tensión. – Dígale a Luna que venga, por favor. – Pido esta vez más relajadamente. El hombre me mira y frunce el labio. Mis miedos se hacen de nuevo realidad. Mis ojos se inundan de lágrimas. – Dígale a mi futura mujer que venga. – Me limpio como puedo las lágrimas que no dejan de salir de mis ojos. – Por favor, le pagaré lo que sea... dígale a mi Luna que venga...

- No puedo hacer eso, Señor Moore. – Me tapo la cara con las manos. Joder... la pesadilla continúa. – Siéntese. Podrá despedirse de ella como es debido si se controla. Si no, no voy a poder dejarle salir así. Y su prometida merece una despedida digna.

- No... – Gimoteo con la cara tapada entre las manos. – No está muerta... No...

- Lamento mucho su pérdida, señor. No se pudo hacer nada para reanimarla. – Me siento sobre el camastro y me dejo vencer por las lágrimas. – Su hermana está ahí fuera y quiere verlo. La dejaré pasar si usted quiere. – Sin fuerzas asiento. – Bien. Tiene que ser fuerte, señor Moore. Su prometida querría que lo fuera. – Trago saliva. No puedo hablar.

- ¡Tristan! – Siento el abrazo de mi hermana y me aprieto a ella con todas las pocas fuerzas que me quedan. Llora con agonía en su hombro. – ¡Dios mío, Tristan! ¿Cómo estás? – Continúo sin poder hablar y sigo llorando en su hombro, hasta que creo que me he secado por dentro.

- Quiero despertar ya...

En el tanatorio, un flujo incesante de personas que van y vienen me dan el pésame constantemente. No presto atención a ninguno de ellos.

He escogido una canción para ella, para su despedida, “Cordell” de Cranberries, como también lo era la canción que ella escogió como nuestra canción. Es todo lo que mi mente me ha dejado hacer en medio de esta pesadilla, pero quería de alguna forma hacerle llegar un mensaje de despedida que no pude darle. Un mensaje que le hiciera saber la fractura que ha dejado en mi alma con su injusta partida.

Así me siento. Desgarrado. Roto. Desangrado. Abandonado a mi suerte. No me quedan lágrimas. Pero si hay algo que me mantiene en pie son las últimas palabras de Luna. “Quiero que Juan lo pague, Tristan”. Y en eso voy a centrar lo que me quede de vida.

Aunque ahora no tengo fuerzas para nada, pero por ella las volveré a sacar.

Ni siquiera me atrevo a levantar la vista y comprobar que sigue ahí, frente a mí, atrapada en su ataúd. Cada vez que lo veo pienso que mi vida entera sigue ahí, tras su madera. Luna sigue ahí. Todavía. Y de un momento a otro dejará de estar, para siempre.

- Hola, eres Tristan, ¿verdad? – Oigo una voz que me resulta familiar.

Levanto la vista y no puedo creer lo que veo.

¡Los ojos de Luna!

- ¡Luna! – Me pongo en pie de golpe.

- Soy Alba, su hermana. – Dice con timidez y mira al suelo.

¡No! ¡Mírame! ¡Mírame!

Bien, lo hace de nuevo y siento algo de paz en mi maltrecho cuerpo.

Pero se echa a llorar de repente y no sé qué hacer. Al final la abrazo y una extraña sensación recorre mi cuerpo. ¡Hasta su aroma se asemeja al de Luna! Me cuesta soltar el abrazo. Siento una parte de Luna aún viva entre mis brazos y me muero del dolor de tener que soltarla de nuevo.

- Lo siento mucho. – Lloro yo también.

- Gracias por hacerla tan feliz. – Me dice y mi llanto se vuelve más amargo.

- No he podido salvarla.

- Sí. La salvaste. – Dice separándose y mirándome de nuevo a los ojos. – La sacaste de su cárcel y te estaré eternamente agradecida por ello.

- Te pareces tanto a ella...

- Ella era mejor que yo. – Sonríe con tristeza.

Alba no se separa de mí desde entonces y eso hace que me sienta un poco más fuerte. Es

como si una parte de Luna estuviera todavía conmigo. La miro y veo sus ojos, aunque no son. Es extraño. Sin embargo, consiguen que la vuelva a sentir con vida, junto a mí.

En la ceremonia de despedida del féretro, decido que quiero dedicarle unas palabras a la que ha sido la mujer de mi vida.

- Ante todo, gracias a todos los que habéis venido a despediros de la que será mi mujer para siempre. – Digo y me aclaro la voz, que comienza a temblarme. – Luna habría disfrutado de veros a todos juntos hoy aquí. – Digo esto mirando a su hermana. Tengo que beber un poco de agua para poder continuar. – Gracias Alba por haber querido y sufrido por tu hermana. Ella te quería mucho. – Alba asiente y comienza a llorar. – Gracias Joe y John por haber hecho lo posible por ponerla en mi camino. Ella ha sido la luz de mis días y vosotros lo sabíais desde el principio. – Mis amigos sonríen con tristeza. – Gracias Mila por haber hecho algo que pocas personas han hecho por ella, creer en Luna. – Mi hermanita llora amargamente y yo vuelvo a aclararme la voz. – Has sido su mano derecha y has buscado lo mejor para ella. Te lo agradezco de corazón, hermana. Le dimos lo mejor que teníamos. Gracias Ana, porque sin ti Luna no habría sabido nunca lo que era la amistad de verdad, incondicional, porque ella ha salido de su oscuridad gracias sobre todo a ti. – Ana se abraza a Brandom y no puede ni mirarme mientras le digo esto. – Te quería como a nadie. Y, sobre todo, gracias a ti, mi amor – digo mirando su féretro – por hacerme el hombre más feliz y más completo de la faz de la tierra por unos meses. Nadie nunca sabrá cuantísimo te quiero. – Las palabras se me atragantan. – Nadie nunca ocupará tu lugar. Jamás. Te quiero, mi vida.

Ya no soy capaz de decir nada más. Así que me acerco a la caja de madera que ocultará para siempre mis sueños bajo la tierra y lo beso con todo mi corazón. Sin pensarlo, abro el ataúd y la encuentro ahí, dormida, pálida, quieta. Acaricio su rostro entre lágrimas y beso sus labios por última vez. Antes de encerrarla para siempre, cojo el anillo que una vez le di para quedarme con él de recuerdo de un amor que todo lo pudo. Todo, menos la muerte. Pero cuando vuelva a verla se lo daré de nuevo.

Se llevan el féretro y me quedo allí. Quieto. Mirando a la nada. Pensando en que lo único que quiero es volver a verla.

Llevo unas semanas en Madrid. En la casa que tengo aquí, esperando al dichoso juicio de Juan. Lo único que le he pedido a la abogada es una cosa. Y espero que se cumpla. Me da igual los años que le caigan, sólo espero que mi descabellada proposición siga hacia adelante.

Mila y Alba se han afincado aquí, conmigo. No me dejan solo nunca. Y lo agradezco. Por ahora necesito que me vigilen bien para que pueda cumplir con mi único propósito en esta vida.

Los ataques han vuelto con más fuerza que nunca. Aunque tampoco es que me preocupe. Al menos sigo sintiéndola una vez más en cada sueño. Siempre vuelvo a sus brazos. Luna y yo hacemos el amor como desesperados cada noche en mis sueños pero, al terminar, ella está sin vida, entre mis manos.

He visto como un millón de veces el regalo que esa noche dejó Luna para mí en la recepción

del hotel. El vídeo de la canción que me cantaba mi madre y los vídeos de nuestros mejores momentos juntos.

Me hacen recordar que existió de verdad. Porque a veces me da la sensación de que todo ha sido producto de mi imaginación. Que todo es una pesadilla de la que no sé cómo cojones despertar.

Esta noche, como todas las noches, vuelvo a soñar con Luna, haciéndome el amor entregada a la pasión, para verla después desangrándose en mis manos y me despierto entre gritos y empapado en sudor.

- ¡Tristan! ¿Estás bien? – Alba entra en mi habitación y ni siquiera le preocupa encontrarme en calzoncillos.

Se sienta sobre la cama y me mira preocupada. Se parece tanto a ella...

- Sí. Sólo ha sido una pesadilla. Mañana, después del juicio, si todo sale como espero, me sentiré mejor.

- Intenta dormir. – Me dice y se levanta de mi cama. Pero yo la cojo de la muñeca.

- ¡No te vayas! – Alba me mira extrañada. Yo sólo veo a Luna en ella. En este momento. De noche, a oscuras y con la luz de la luna proyectándose en ella. – Bésame. – Le pido y me abalanzo sobre ella. Ella gime por la sorpresa y por unos segundos siento lo mismo que sentía cuando la besaba a ella. Lo necesitaba, necesitaba volver a besarla. Puede que me esté volviendo loco, pero durante unos minutos es a Luna a quien veo besarme como siempre me besaba, acariciarme como solía hacerlo, mirándome con esos increíbles ojos. – Luna...

- Tienes que descansar. – Me dice Alba acalorada por el beso, pero también con dulzura. Hace que vuelva a mi maldita realidad. – Acuéstate y hazme sitio. – Dice y yo suspiro al saber que se acostará junto a mí.

Necesito volver a sentirte Luna.

Siento la caricia de su piel y su calor y cierro los ojos. Hoy voy a pensar que Alba no es Alba. Voy a pensar que es Luna que ha venido a ayudarme con mis fobias, como ya una vez lo hizo.

Es ella, sí.

Ha venido a iluminarme en lo que queda de mi camino.

- Luna, voy a hacer lo que me pediste. – Susurro en su oído. – Y después podrás volver a mis brazos. Libre. Para siempre.

EPÍLOGO

ALBA

Es la primera vez que me siento feliz por algo desde que mi hermana se fue.

Me acaba de llamar la abogada que Tristan Moore contrató para el juicio contra Juan y me ha dado una gran noticia: no sólo le han caído treinta y dos años de condena, sino que además Tristan ha conseguido lo que quería con tantas ansias. Él quería que parte de la condena fuese que Juan tuviese que ver al menos una vez al día la película que Luna y él rodaron juntos y el juez lo ha aprobado como parte de la condena. ¡Lo ha conseguido! Y sé que eso hará que Tristan esté feliz al menos por unos minutos. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Pobre hombre... su dolor es tal que me desgarran por dentro verlo así. No lo conozco, pero no hace falta hacerlo para saber lo mucho que amó y amará a mi hermana.

Ahora, gracias a Tristan, Juan tendrá que ver cada día de su vida que no pudo con Luna ni con su inmenso amor con Tristan Moore. Que matarla no será suficiente, porque ese amor existió y existió de verdad. Y gracias a esa película será perpetuo, para siempre. Generaciones y generaciones verán la muestra física de una de las historias de amor más bonitas del mundo.

Anoche Tristan me besó pensando que la besaba a ella. Entendí por qué mi hermana se enamoró tan ciegamente de Tristan y dejó todo atrás. Yo también me enamoraría de él si no supiera que jamás ocuparé el lugar de Luna en él. Ese beso fue el más intenso que me han dado en mi vida. Aunque me destrozó verlo tan mal...

Pero voy contenta hacia su habitación para darle la noticia, sin embargo, a lo mejor ya se la han hecho saber.

Llamo a la puerta impaciente.

- ¿Tristan? ¿Hola? ¿Puedo pasar? – No responde. – Tristan, tengo una muy buena noticia. Abro la puerta con sigilo y veo que la habitación está vacía. Pero sobre la cama veo una nota de papel manuscrita. Me acerco lentamente y la leo.

Adiós,

Tengo que irme, lo siento. No quisiera causar daño ni dolor a nadie, sobre todo a Mila. Quiero que entienda que mi lugar está junto a ella. Que he cumplido mi objetivo con Juan, pero no puedo esperar un minuto más para volver a reunirme con ella, mi Luna.

Quiero que todos mis bienes sean para Mila y la tía Carolina. Quiero que Alba se quede con la casa de su hermana Luna, que he terminado de pagar para ella.

Y, ante todo, quiero que me entierren junto a ella, aquí, en Madrid, donde nos conocimos. Aquí detallaré los detalles de cómo quiero que sea la celebración de mi unión perpetua con Luna Sáez; el amor de mi vida.

No quiero lágrimas. Estaré feliz. Como lo estuve cuando ella estaba junto a mí. No quiero vivir una vida de mierda con ataques de ansiedad, pánico y soledad por todos lados. Prefiero mil veces haber vivido hasta aquí y haberla conocido a ella, que haber vivido una larga vida de vacío y desamor. Así que me voy tranquilo, sabiendo que he amado y vivido más de lo que jamás podría haber imaginado...

La carta sigue, pero soy incapaz de terminar de leerla al comprender el mensaje y me tapo la boca con la mano. Miro hacia su cuarto de baño, la puerta está entreabierta. Pero no se oye nada.

- ¿Tristan? ¡Oh, dios mío! – Me acerco lentamente, muy asustada y sólo consigo ver unos pies colgando sobre el suelo. – ¡No! – Retrocedo. Salgo de la habitación corriendo y llamo a la policía.

¡Por el amor de dios!

Por una parte me siento triste, por otra pienso que mi hermanita al fin está con el hombre que se merecía estar.

Nadie la habría amado jamás de esa manera. Sólo Tristan Moore.

El funeral de Tristan es mucho más alegre que el de mi hermana. En parte porque él fue quien decidió su destino, en parte porque todos aceptamos como algo bonito y mágico que se haya podido hacer su sueño realidad de estar enterrado junto a mi hermana.

En el enorme jardín de la casa de Tristan Moore, cómo él detalló en su carta de despedida, un precioso mausoleo de mármol blanco, con las estatuas de ambos abrazados, coronan ambas tumbas.

Hemos conseguido traer a mi hermanita aquí, cómo también pidió Tristan, y aquí estarán siempre juntos, protegidos del público, viviendo su amor en otra dimensión.

Con la canción de fondo que ambos escogieron como su canción, les despedimos y les deseamos que sean felices para siempre.

La pérdida de Luna y Tristan será algo que a todos nos dejará tocados para siempre, pero, todos nos esforzamos también por ver la parte bonita de este desdichado e injusto final. Acabamos brindando y celebrando el amor de verdad. Acabamos imaginándolos juntos, felices, comiéndose a besos...

Allá donde estén...

FIN